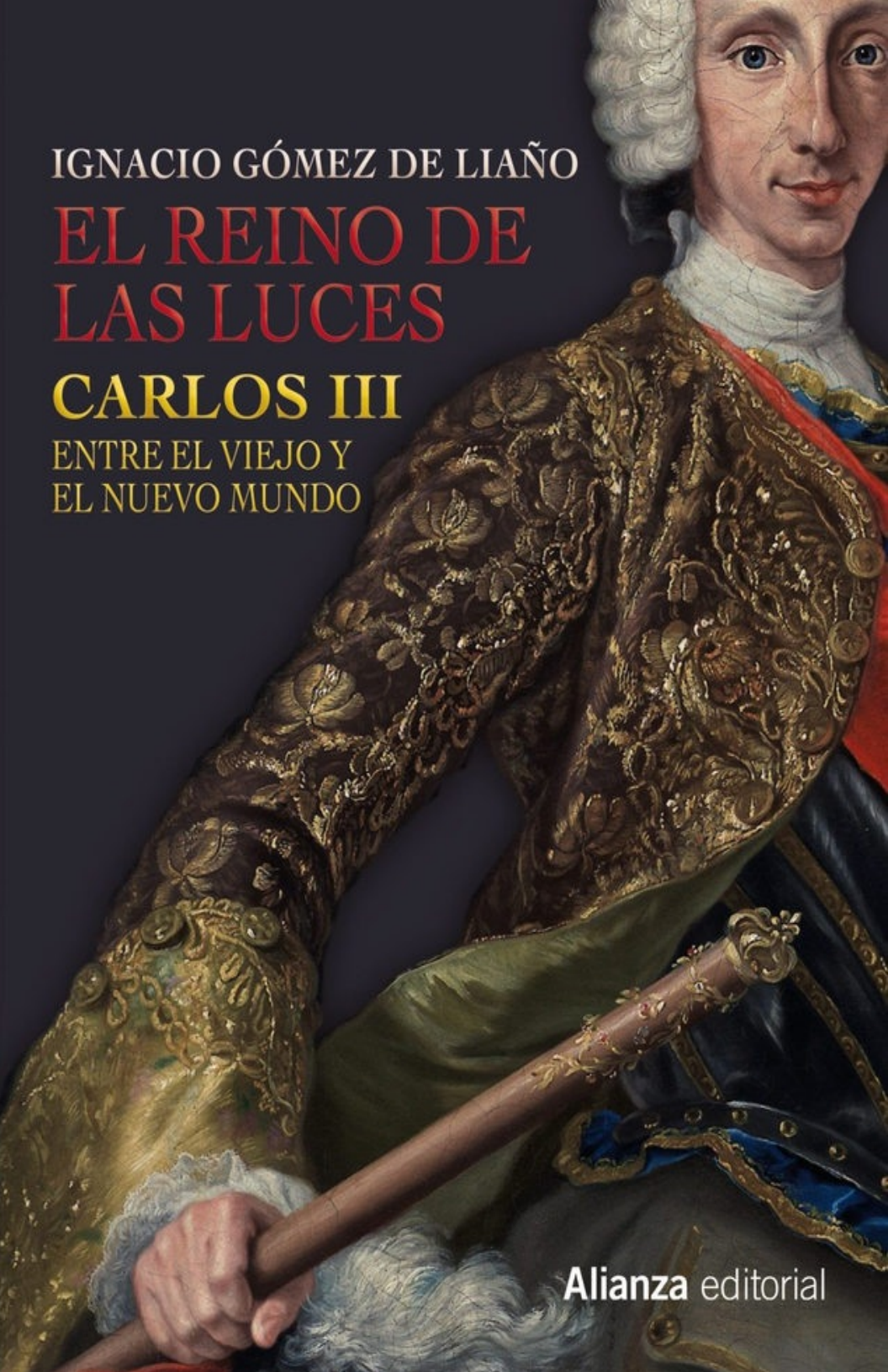


A detailed portrait of King Charles III of Spain, showing him from the chest up. He is wearing a highly ornate, dark brown coat with extensive gold embroidery, including floral and scrollwork patterns. He has a white powdered wig and is holding a wooden scepter in his right hand. The background is dark and indistinct.

IGNACIO GÓMEZ DE LIAÑO

# EL REINO DE LAS LUCES

## CARLOS III

ENTRE EL VIEJO Y  
EL NUEVO MUNDO

Alianza editorial

IGNACIO GÓMEZ DE LIAÑO  
EL REINO DE LAS LUCES

CARLOS III ENTRE EL VIEJO Y EL NUEVO MUNDO

*Alianza Editorial*

*Este libro ha sido posible gracias a la Ayuda a la Edición otorgada por el Instituto Municipal del Libro (IML) perteneciente al Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga*



Ayuntamiento de Málaga  
Área de Cultura



iml • instituto municipal  
del libro

Ilustración de cubierta: *Carlos de Borbón, rey de las dos Sicilias*. Museo del Prado (en dep. en la Real Academia de Jurisprudencia, Madrid)

Edición en formato digital: septiembre de 2015

© Ignacio Gómez de Liaño Alamillo, 2015

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9104-140-5

Conversión a formato digital: calmagráfica

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

## Índice

Destino, Italia

La fundación del reino

El Rey Arqueólogo

El regreso

Política ilustrada

En el reino subterráneo

La Villa de los Papiros

España y el Nuevo Mundo

Realidad y ficción en el descubrimiento y conquista de América:

El predescubrimiento, el paraíso recuperado, el buen salvaje,  
Eldorado, Quetzalcóatl

Los precursores renacentistas de la etnología y la antropología  
cultural

Primera parte: Díaz del Castillo, López de Gómara,  
Motolinía, De Landa, el Inca Garcilaso

Segunda parte: José de Acosta y Bernardino de Sahagún

Arqueología y etnología en la América del Siglo de las Luces:  
Antonio de Ulloa

En el mar infinito

Los rusos llegan a Alaska y la búsqueda del Paso del Noroeste

Rumbo al fin del mundo

España y el nacimiento de Estados Unidos

Las ruinas de Palenque y la arqueología científica

Noticias de Nutka

La Piedra del Sol



El crepúsculo del Reino de las Luces

Bibliografía

Índice de ilustraciones con indicación de su procedencia

Láminas

Figuras

Créditos

## DESTINO, ITALIA

Con la firma del Tratado de Utrecht en 1713 se pone final jurídico y diplomático a la guerra de Sucesión que había sacudido a la monarquía española como consecuencia de la muerte de Carlos II sin descendencia y el consiguiente enfrentamiento de los dos pretendientes: Felipe de Anjou, nieto del Luis XIV de Francia, y Carlos de Austria, hijo del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Leopoldo. En virtud de ese tratado, que será completado un año después con el de Rastadt, España sufre un despojo sin precedentes: Inglaterra se queda con Gibraltar y Menorca; Francia, con el Rosellón y la Cerdeña; Portugal, con la colonia de Sacramento, o sea, Uruguay, y el emperador germánico, con los territorios españoles de los Países Bajos e Italia, excepto Sicilia, que es entregada a Víctor Amadeo de Saboya. Al nuevo rey de España, Felipe V, le duele especialmente la pérdida de sus posesiones en la Italia meridional. No en vano habían formado parte de España desde hacía tres siglos, y el monarca recordaba que, al visitar Nápoles en la primavera de 1702, el pueblo y la nobleza lo aclamaron como en otros tiempos lo hicieron con Alfonso V el Magnánimo.

Como los males nunca vienen solos, el 14 de febrero de 1714, unos días antes de la firma del Tratado de Rastadt, muere la reina María Luisa de Saboya tras dar a luz al futuro Fernando VI. En esa circunstancia, Julio Alberoni, representante de Parma en Madrid, convence a la princesa de los Ursinos y, por medio de ésta, al rey de la conveniencia de elegir a la princesa Isabel de

Farnesio como esposa. Felipe V había conocido en junio de 1702 al duque Francisco Farnesio, soberano de Parma, cuando entró en sus estados de Milán, y a Dorotea Sofía de Neoburgo, esposa del duque y madre de Isabel. Francisco Farnesio quiere aliarse con España para impedir la hegemonía germánica sobre los estados italianos todavía independientes. El rey de España no puede sino coincidir políticamente con Francisco Farnesio en este designio.

La princesa Isabel de Farnesio hace su entrada en España el 9 de diciembre de 1714, y dos semanas después, el día de Navidad, se une en matrimonio con Felipe V en Guadalajara. Mujer de carácter inquieto, la nueva reina en seguida demuestra tener una gran habilidad para hacerse con la voluntad del rey. Un año después, el 20 de enero de 1716, nace en Madrid el futuro Carlos III. Es el último rey que viene al mundo en el viejo alcázar de los Austrias, que un incendio destruirá veinte años más tarde. Como primogénito de Isabel de Farnesio, está destinado a ser, si los hados de la política le son propicios, soberano de los ducados de Parma y Plasencia, y, también, del gran ducado de Toscana.

Aunque el Tratado de Utrecht ha supuesto para España un desastre sin paliativos, España es como el ave fénix, si hemos de creer lo que el ministro inglés Doddington escribe al secretario de Estado inglés, Stanhope, al comienzo del quinquenio de Alberoni (1715-1719): «No hay nación que como España pueda levantarse de nuevo y rehacerse tan fácilmente, y por los caminos que va ahora mejor que nunca. En otro tiempo eran para la metrópoli una carga sus posesiones de Italia y de los Países Bajos. Lejos de que éstas le proporcionasen ventajas, era necesario emplear en sus gastos los tesoros de las Indias y la renta de las dos Castillas. Ahora no ocasionan carga alguna [...]. Las rentas de Felipe V superan, en una tercera parte por lo menos, a las de sus antecesores, y las obligaciones no llegan a la mitad».

El infante Don Carlos habla en francés con los reyes y desde niño empieza a estudiar varios dialectos italianos —el florentino, el lombardo, el napolitano—, lo que, unido al título de príncipe de Parma que se le da en la Corte, hacen que su personalidad esté repartida entre su condición de español y su destino italiano. También estudia latín, matemáticas, geografía, cronología, historia sagrada y profana de España y Francia, náutica y, ya desde niño, va a destacar por sus conocimientos en fortificaciones y en táctica militar. En 1725 aparece en Turín el sexto tomo del tratado militar más importante de la época, las *Reflexiones militares* del marqués de Santa Cruz de Marcenado. Su autor se lo dedica al infante, que sólo tiene nueve años. El primer tomo, publicado un año antes, se lo había dedicado al rey Felipe V, y el quinto, a Fernando, que sucederá a Felipe en el trono. Don Carlos también tiene gran afición a la botánica, como se ve en el retrato que le hace Jean Ranc a la misma edad en que el marqués de Santa Cruz de Marcenado le dedica su obra. En el cuadro de Ranc el infante aparece delante de un libro de botánica y muestra unas flores en la mano. Esta afición le permite sintonizar con la cultura española de la época, que hace aportaciones decisivas en el campo de la botánica (*Lámina I*)<sup>1</sup>.

En El Escorial recibe Don Carlos clases de Diego Torres Villarroel, el famoso Piscator de Salamanca, que, además de su *Vida* —uno de los escritos más notables de la literatura española del siglo—, escribe almanaques astronómicos muy populares y versos que reflejan bien los cambios que, en dirección a una igualación social cada vez mayor y un bienestar cada vez más extendido, se están produciendo en la sociedad española. El infante manifiesta también desde niño gran afición a las artes fabriles, aptitud que le acompañará toda su vida. Aprende a manejar el torno, y labra, siendo adolescente, el puño de su propio bastón y otros objetos.

Pero es la Corte, sin duda, su principal escuela. El talante

receptivo del infante bebe en ella conocimientos tan importantes para la vida en general y para la de un príncipe en particular como el sentido del orden y la jerarquía, la variedad de los caracteres humanos, los intereses de cada individuo, la importancia de los detalles o la trascendencia de una adecuada distribución del tiempo, según lo pone en evidencia el propio Felipe V, que en general sigue las rigurosas etiquetas de la Casa de Austria y, en febrero de 1714, reglamenta el Consejo para que se celebre diariamente en su presencia y dedique cada día a un negocio diferente bajo la presidencia del ministro correspondiente. La escuela de la Corte contribuye a la formación del carácter exacto y comprensivo, reservado y amable que el futuro Carlos III muestra desde su infancia y que se revela en la audiencia que concede al célebre polígrafo fray Benito Jerónimo Feijoo, autor del *Teatro crítico*.

El caso fue que el segundo tomo de esa obra ha dado al infante un disgusto, pues en el discurso 15, titulado «Mapa intelectual y cotejo de las naciones», aparece una tabla donde los españoles no salen muy bien parados. Don Carlos, que aún no ha cumplido catorce años, se muestra indignado ante ese retrato del carácter nacional, a lo que Feijoo responde explicándole que él tampoco está de acuerdo con esa tabla trazada por un oscuro fraile alemán en un no menos oscuro volumen titulado *Specula physico-mathematica-historica*. En el tercer tomo del *Teatro crítico* («La ambición en el solio») comenta así la actitud que en ese momento mostró el infante: «Mal avenida la impasibilidad del semblante con el rigor de la sentencia porque en aquellos suavísimos y soberanos ojos parecía que la piedad se estaba riendo de la ira». En esta frase Feijoo traza casi un retrato moral del infante adolescente. Sus rasgos principales son una mirada inteligente y benévola, una risa que disuelve todo rastro de ira y suaviza toda posible aspereza, una impasibilidad que demuestra un precoz autodominio y, sobre todo, una piedad llena de

comprensión a despecho de ciertas apariencias.

En la dedicatoria del cuarto tomo del *Teatro crítico* (noviembre de 1730), el polígrafo recuerda que el infante le dijo entonces: «Quisiera merecer que me llamasen Carlos el Sabio», y hace del joven príncipe un retrato idealizado que se ajusta, de forma profética, al destino del retratado: «Hoy es Vuestra Alteza ídolo, mañana será oráculo: hoy Adonis, mañana Apolo: hoy cuidado de las Gracias, mañana Ornamento de las Musas. Ruego a la Divina Majestad prospere la vida de Vuestra Alteza por muchos años para [...] protección de ciencias y artes». Quien esté familiarizado con las facciones del Carlos III adulto se sentirá sorprendido viéndole calificado de «Adonis», aunque con este personaje de la mitología, el infante comparte desde niño la pasión por la caza. Sin embargo, el retrato que le hace el pintor Miguel Jacinto Meléndez cuando Don Carlos tiene once años hace justicia a ese calificativo y al de «bello infante» que se le da por entonces y que, por otro lado, es confirmado por el retrato algo anterior que le hiciera Jean Ranc.

El encuentro del infante Don Carlos de Borbón y Farnesio con Benito Jerónimo Feijoo tiene no poco de emblema histórico, si se piensa en el singular papel que desempeñará el príncipe en la cultura de la época y en el papel también señero que hace este erudito gallego afincado en Oviedo que servirá de gozne entre los reinados de Carlos II de Austria el Hechizado y de Felipe V de Borbón el Animoso, pues Feijoo nace en 1676 y muere en 1764, reinando ya Carlos III en España. Espejo de la renovación cultural que tiene lugar con el advenimiento de la dinastía borbónica, y de la proyección que consigue esa renovación en España y América, Feijoo se adelanta, con la enciclopedia que forman su *Teatro crítico universal* y sus *Cartas eruditas*, a la tan celebrada francesa. Los catorce volúmenes de esas dos obras, publicadas entre 1726 y 1760 y traducidas al francés, inglés, italiano y alemán, tratan de los temas más variados, desde

matemáticas, medicina y agricultura hasta historia, filosofía, literatura y arte de la memoria, y presentan con un estilo ensayístico, incluso periodístico, comentarios sobre numerosas novedades científicas y técnicas con el objeto no sólo de renovar los planes de estudios y sacar a la enseñanza que se imparte en las aulas universitarias de la esclerosis, sino también a fin de ilustrar al lector común, empezando por los reyes, a los que da este sensato consejo: «Las verdaderas Artes de mandar, son elegir Ministros sabios y rectos; premiar méritos y castigar delitos; velar sobre los intereses públicos y ser fiel en las promesas. De este modo se asegura el respeto, el amor y la obediencia de los súbditos mucho más eficazmente que con todo el completo de esotras sutilezas políticas». Decidido partidario del método experimental, Feijoo sigue la ecléctica estela de Erasmo, Vives, Bacon y Newton, combate las tradiciones supersticiosas, se adelanta a psicoterapias modernas en el tratamiento de enfermedades nerviosas, hace propuestas para reformar la medicina y la agricultura, anticipa en su ensayo *El no sé qué* (1733) el romanticismo y prefiere el teatro español clásico al neoclásico que empieza a invadir los escenarios por considerarlo más vivaz, libre y variado. Irreconciliable enemigo del «vulgo», no por eso peca Feijoo de elitista, ya que aspira a difundir las luces por doquier. Los más de trescientos mil volúmenes que llevan su obra hasta los más recónditos confines del mundo hispanoamericano hacen de ella un acontecimiento editorial.

La designación de «Carlos Sabio» que da Feijoo al joven infante y el afán que éste pone en merecerla permiten intuir la profunda impresión que hace en su espíritu la llegada a la Corte de la colección de estatuaría clásica que la reina Cristina de Suecia había reunido en Roma a lo largo de los años sesenta y setenta del siglo anterior. Felipe V e Isabel de Farnesio la han comprado en 1724, y al año siguiente las ciento setenta y dos cajas que la contienen son transportadas hasta La Granja de San



Ildefonso (Segovia), donde se está construyendo un nuevo palacio real. De esas esculturas casi setenta son de época romana. En su mayoría, son réplicas de obras famosas del arte griego. El infante, que tiene nueve años cuando llegan a La Granja, puede conocer a través de ellas algunas de las figuras más importantes de la mitología según las concibieron y plasmaron los más destacados artistas de la antigüedad. Así, del siglo quinto a. C., figuran la *Atenea* de Mirón, el *Diadúmeno* de Policeto y la cabeza de *Atenea*, y del cuarto, la *Leda* de Timoteo, el *Sátiro en reposo* de Praxiteles y el *Apolo* de Eufránor.

Otras estatuas de la colección pertenecen a la época helenística, como las famosas *Ocho musas sentadas* de la Villa Adriana de Tívoli, la *Venus del tipo Capitolino*, el *Fauno del cabrito*, la *Musa apoyada*, la *Afrodita agachada*, el *Baco* de mármol, la *Ariadna*, interpretada entonces como Cleopatra, y la cabeza de *Aquiles*, conocida entonces como la de Alejandro. De creación romana destacan un altar con relieves báquicos, la *Atenea Prómaco*, estatuas de Augusto, bustos de Adriano, Sabina y Antínoo y el tan celebrado *Grupo de San Ildefonso*, de comienzos del siglo primero, que muestra a dos jóvenes, identificados como Cástor y Pólux, y también como Hipnos y Tánatos, pero que probablemente representan a la pareja de Píldes y Orestes. De la fascinación ejercida por este grupo — una de las mejores obras que nos ha dejado la antigüedad — es una buena prueba la cantidad de copias que se van a hacer, a partir de entonces, con destino a jardines y palacios.

Como si la colección de la reina Cristina de Suecia no bastase para saciar su pasión por el arte clásico, Felipe V y la reina compran a la duquesa de Alba en 1728 la colección de estatuaría clásica que había heredado de su padre, el marqués del Carpio, quien la había formado mientras residía en Roma y Nápoles en los mismos años en que la reina de Suecia formaba la suya. De especial interés son el puteal del *Nacimiento de Atenea*, la estatua

de *Ganimedes con el águila* y, sobre todo, algunas estatuas egipcias que el emperador Adriano tenía en su Villa de Tívoli y que, junto con las de tipo clásico, van a parar a la Real Galería de San Ildefonso de La Granja. Estas colecciones y el interés que Felipe V e Isabel de Farnesio sienten por ellas contribuyen, sin duda, a alimentar la pasión que, con el tiempo, desarrollará el infante-duque por el arte antiguo cuando se vea en el trono de Nápoles y patrocine las excavaciones de Pompeya y Herculano. A ese estímulo hay que añadir otros, como la habilidad que demuestra desde niño en el arte del dibujo y en el del buril, la larga tradición arqueológico-anticuaria de España o una observación familiar: Felipe V tenía como libro de cabecera *Las aventuras de Telémaco*, de Fénelon, obra en la que se relata una historia muy clásica: las aventuras del hijo de Ulises.

A mayor abundamiento, las pinturas que hay en los palacios reales de Madrid tienen la virtud de mostrar al joven infante los escenarios de aquel mundo antiguo en los que se debían situar las colecciones adquiridas por sus padres. Pues éstas vienen a sumarse a las que Felipe IV compró en Italia con el asesoramiento de Velázquez. De esas adquisiciones las que más podían enseñar al niño y adolescente Don Carlos el mundo antiguo eran los treinta y cuatro cuadros de grandes dimensiones que forman uno de los ciclos pictóricos más importantes que se realizaron para la decoración del palacio del Buen Retiro de Madrid. Realizados en Roma y Nápoles en la cuarta década del siglo diecisiete, fueron pintados por algunos de los principales artistas del siglo: Ribera, Poussin, Lanfranco y Domenichino.

Este grandioso ciclo se puede dividir en tres series. La primera está formada por dieciséis cuadros que hacen entrar por los ojos las diversiones públicas de la sociedad romana, con sus atletas, gladiadores, cuadrigas, luchas de animales, simulaciones de batallas navales y combates de mujeres, como el pintado por Ribera. La segunda serie ofrece escenas mitológicas e históricas,

en las que se ve a Baco, las fiestas lupercales, Príapo y otras muchas figuras. La tercera serie pasa revista a las gestas de los emperadores y los momentos más importantes de sus vidas, como eran, sobre todo, los triunfos militares —así en la *Entrada triunfal de Constantino en Roma*—, además de las ceremonias funerarias y apoteosis con que se les honraba a su muerte (*Láminas II y III*). Al contemplar esas pinturas, el adolescente Don Carlos debió de intuir que, a través de ellas, su tatarabuelo Felipe IV pretendía establecer un paralelo entre los tiempos de la antigüedad clásica y los de su reinado. Cuando, años después, en 1745, siendo ya rey del sur de Italia, Don Carlos encargue al pintor Panini los cuadros en los que se le ve entrar triunfalmente a caballo el 3 de noviembre del año anterior en la Roma papal, rodeado por la muchedumbre, y acercarse, a pie, a la estancia donde le aguarda el papa Benedicto XIV rodeado de su corte, el joven monarca debió de evocar el estupendo cuadro, encargado por Felipe IV para el palacio del Buen Retiro, en el que se representa la entrada triunfal de Constantino en Roma (*Láminas. IV, V, VI y VII*). Lo que Felipe IV de Austria no pudo hacer, él, Carlos III de Borbón y Farnesio, lo estaba haciendo, tras su victoria militar en Velletri contra los austríacos. En el cuadro de Gargiulo y Codazzi se ve al fastuoso cortejo del emperador Constantino dirigiéndose por la calles de Roma al Coliseo y al Arco que lleva su nombre, en tanto que en el cuadro de Panini Don Carlos, ya rey de las Dos Sicilias, se dirige a la basílica de San Pedro por la redonda columnata de Bernini, tras haber visitado al Sumo Pontífice en el palacio del Quirinal.

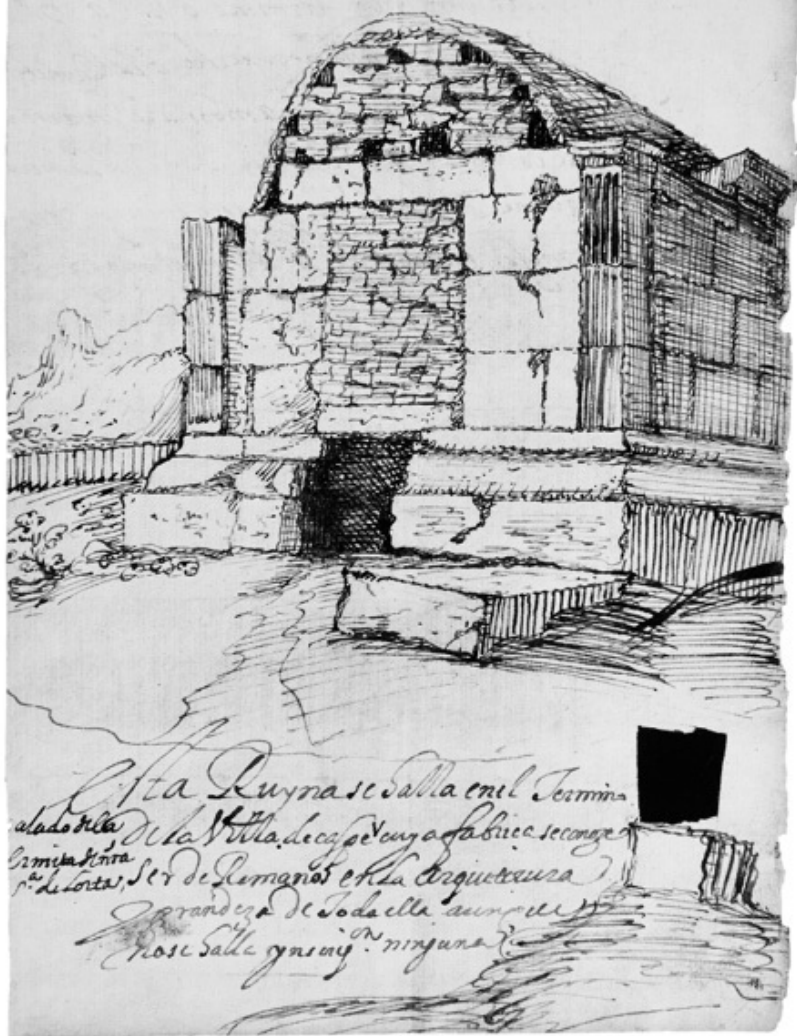
Pero las ruinas más sugestivas de la arquitectura clásica no se las ofrecen al joven infante los cuadros que acabamos de enumerar, ya que en esas pinturas los edificios de la antigüedad se presentan libres de los zarpazos del tiempo, sino algunos de los paisajes ideales que Felipe IV compró también en la cuarta década del siglo diecisiete para decorar el palacio del Buen

Retiro. Me refiero a los paisajes de Claudio de Lorena y, más en concreto, a dos: el *Paisaje con las tentaciones de san Antonio Abad*, que muestra unas sugestivas ruinas bañadas por tres fuentes de luz —las luces del alba, las que difunden hogueras y las que proyecta en el cielo una cruz milagrosa—, y el *Paisaje con el entierro de santa Serapia*, con su vista del Coliseo y otras ruinas, que se ofrecen al contemplador según se podían ver en la Roma de 1639, pero que el artista ha situado en un entorno campestre. A esos dos cuadros hay que añadir el más concienzudo de todos los de esa serie, *Paisaje con anacoreta y ruinas clásicas* de Jean Lemaire. Al fondo se ve un anfiteatro en ruinas; a la izquierda, un edificio inspirado en el *Templum Romae*; en el centro —al lado del anciano anacoreta—, el obelisco erigido por Adriano en memoria de Antínoo, y a la derecha, un sarcófago semejante al de santa Constanza, de pórfido, que está coronado por el vaso Médicis (*Lámina VIII*).

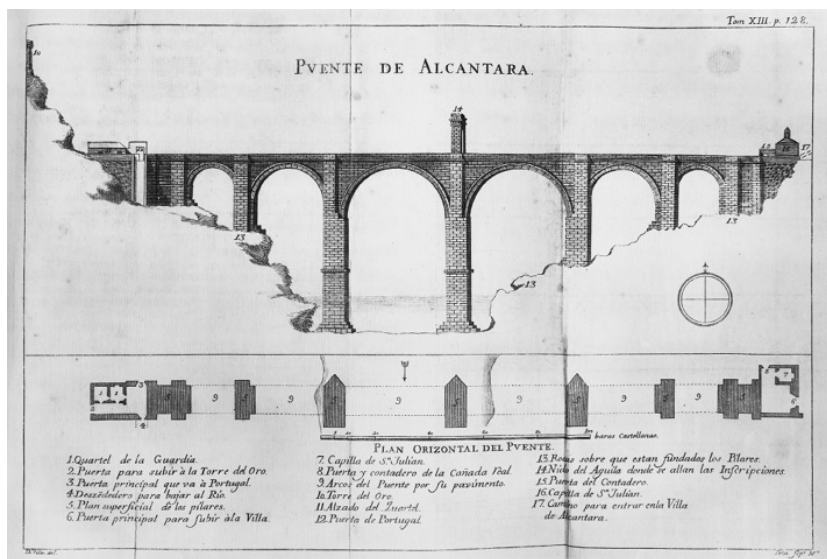
En su pasión anticuaria, Felipe V no hace más que seguir la estela dejada en sus palacios por Felipe IV. Lo mismo se puede decir de Carlos III, que verá potenciada esa pasión al fundar el reino de las Dos Sicilias. Esta pasión de Felipe IV, Felipe V y Carlos III es, por otro lado, reflejo de la tradición arqueológico-anticuaria española, que viene de lejos en el tiempo y en la que destacaron, junto a representantes de la erudición, no pocos de la nobleza. Nada menos que a mediados del siglo quince, en tiempos de Enrique IV de Castilla, Alonso de Palencia describe la antigua Roma que entonces se podía ver, lo que demuestra la sensibilidad anticuaria de los intelectuales castellanos en esas fechas aurales del Renacimiento. Poco después, sin salir del mismo siglo, Antonio de Nebrija hace excursiones arqueológicas para medir la vía de la Plata y el anfiteatro de Mérida. Su poema «Emerita restituta» representa la actitud hacia el pasado clásico que mantendrán en el siglo dieciséis Ambrosio de Morales, Antonio Agustín, el duque de Villahermosa, el conde de

Guimerá y, entre el siglo dieciséis y el diecisiete, Rodrigo Caro. No pocos eruditos de esos tiempos recorren el país en busca de antigüedades, trasladándolas a sus colecciones y a sus cuadernos epigráficos. Y todavía en el siglo dieciséis Alfonso Chacón inicia la arqueología paleocristiana al ser el primero que estudia las catacumbas y las basílicas cementeriales (*Figs. 1, 2, 3 y 4*).

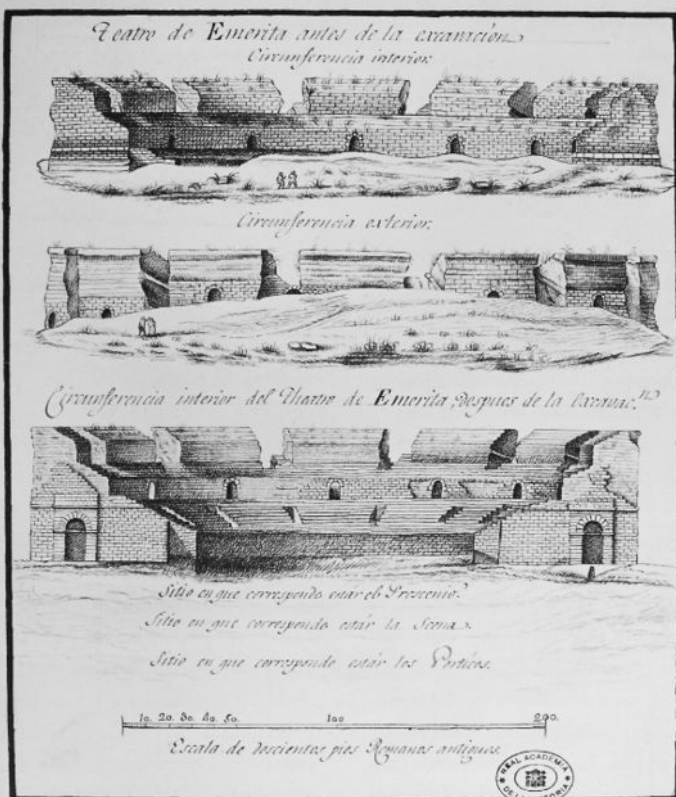
Rodrigo Caro, que es tal vez el más antiguo de los arqueólogos españoles, lleva a cabo exploraciones arqueológicas en Itálica, particularmente en el anfiteatro, que es conocido a través de dibujos y grabados desde comienzos del siglo dieciséis, y contribuye más que nadie a la exaltación de esa ciudad con la «Canción a las ruinas de Itálica», que, inspirada por la primera visita que hace en 1595, empieza con los conocidos versos «Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora campos de soledad, mustio collado, fueron un tiempo Itálica famosa», para luego sumirse en la visión de las ruinas: «Del gimnasio y las termas regaladas, leves vuelan cenizas desdichadas [...]. Este despedazado anfiteatro, impío honor de los dioses, cuya afrenta publica el amarillo jaramago, ya reducido a trágico teatro, ¡oh fábula del tiempo!, representa cuánta fue su grandeza y es su estrago».



1 Mausoleo romano de Miralpeix, Caspe (Zaragoza), por Gaspar de Gurrea y Aragón. Biblioteca Nacional de España.

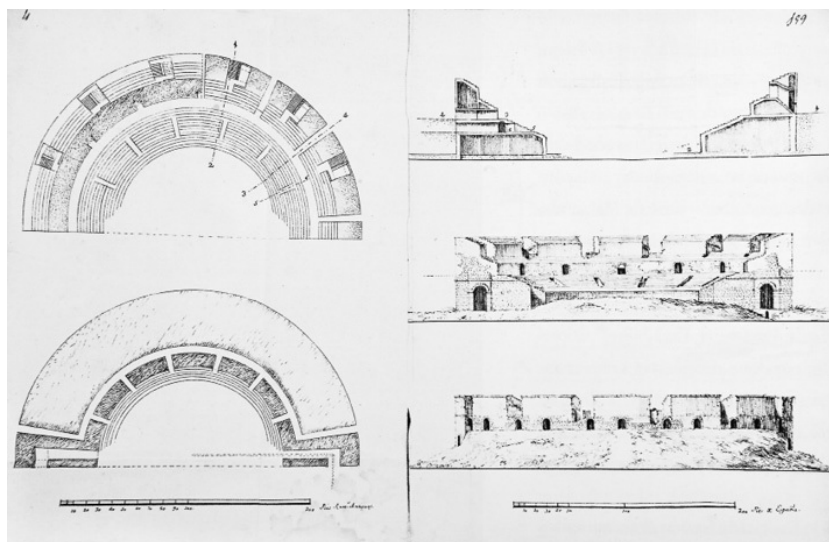


2 El Puente romano de Alcántara (Cáceres) 1756, en E. Flórez. *España Sagrada*.



3 Teatro de Emerita (Mérida, Badajoz), documentado por Esteban Rodríguez en la expedición del Marqués de Valdeflores, h. 1753.





4 Teatro romano de Acinipo (Ronda, Málaga), documentado por Esteban Rodríguez en la expedición del Marqués de Valdeflores, h. 1754. Real Academia de la Historia.



5 *Antigüedades persas*, según los *Comentarios de Don Gaspar de Silva que contienen su viaje a la India y de ella a Persia. Cosas notables que vio en él y los sucesos de la embajada al Sophi*, h. 1614-1624. Biblioteca Nacional de España.

Dos obras descuellan en el siglo dieciséis en la literatura anticuaria: *Las antigüedades de las ciudades de España* (Sevilla, 1575), de Ambrosio de Morales, y los *Diálogos de las medallas, inscripciones y otras antigüedades* (1587), de Antonio Agustín. En

esta última el autor revela un sentido profundamente documental de la labor arqueológica, que se adelanta al positivismo en su concepción de la Historia, cuando dice: «Yo doy más fe a las medallas y tablas de piedra que a todo lo que escriben los escritores». Morales y Agustín son, ciertamente, los primeros que dan un carácter científico a la epigrafía y a la numismática, lo que dota de un método riguroso a los estudios de la antigüedad. Morales es, por su parte, el primer anticuario que llama la atención sobre la importancia de los objetos de cerámica para la datación arqueológica. Ambos, al igual que otros contemporáneos suyos, como Lucena y Fernández Franco, se dedican a recoger antigüedades, estudiar piedras e inscripciones y explorar vías romanas.

Diego Hurtado de Mendoza es uno de los numerosos aristócratas que más se destacan en pleno siglo dieciséis por su afición a esa clase de estudios. Alienta excavaciones y, siendo embajador en Roma, escoge cincuenta estatuas antiguas que se pueden contar entre las mejores que se conocían entonces del mundo clásico. El editor de *La idea del teatro* de Giulio Camillo le dedica con razón esa obra fundamental del arte clásico de la memoria, un arte que viene a ser una aplicación intangible de la muy tangible arquitectura clásica. Por su parte, don Pedro de Toledo, hombre del Renacimiento nacido en el siglo quince, compra, siendo virrey de Nápoles, gran cantidad de esculturas para decorar su villa de Pozzuoli, con lo que se adelanta dos siglos a las aficiones clasicistas que Carlos III desplegará en ese mismo lugar.

La corriente anticuario-arqueológica española se extiende a partir de 1575 por todo el país. Centenares de ciudades y pueblos empiezan a recibir la visita de los comisarios encargados por Felipe II de las *Relaciones Topográficas* para tomar nota, entre otras cosas, de «los edificios señalados que en el pueblo hubiese, y los rastros de edificios antiguos, epitafios y letreros, y antiguallas

de que hubiese noticia». A setecientas se eleva el número de las localidades que contestan el cuestionario, y a siete, el número de los volúmenes que recogen los datos aportados por las localidades.

La manifestación anticuaria más llamativa de la época la protagoniza García de Silva cuando va como embajador de Felipe III ante el sha de Persia. La comitiva sale del puerto de Lisboa en febrero de 1614 y en noviembre de ese mismo año llega a Goa, capital de la India portuguesa y parte entonces de la monarquía hispánica. El 6 de abril de 1618, don García contempla las ruinas de Takht-e Jamsid y es el primero en identificarlas como Persépolis, la ciudad fundada por Darío I y saqueada por Alejandro Magno en el año 330 a. C. También acierta al afirmar que los símbolos que adornan los templos no son mera decoración, sino una forma de escritura, la cuneiforme. Estas noticias corren como la pólvora por Europa a raíz de la carta que escribe don García al marqués de Bedmar contando sus descubrimientos. El pintor que acompaña a don García dibuja las esculturas y relieves más notables, y algunas de las inscripciones, adelantándose tres siglos a los pioneros de la arqueología medio-oriental. Tras reunir una importante colección de objetos y obras de gran valor, el embajador de Felipe III inicia su regreso en 1619, pero se ve retenido en la India hasta 1624 y, cuando ya, por fin, regresa a España, la muerte lo sorprende en alta mar. De su tesoro no quedará ni rastro; pero deja la mejor descripción de Persia de la época en su obra *Totius legationis suae et indicarum rerum Persidisque comentarii*, que se traduce al francés en 1667 y cuyo manuscrito se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid (Fig. 5).

Tres años después de llegar la colección de la reina Cristina de Suecia a España y el mismo año en que la colección del marqués del Carpio entra a formar parte del patrimonio real, empiezan los

grandes viajes que llevarán a Don Carlos a Andalucía primero y de allí a Italia. El 28 de noviembre de 1728 sale la corte de Madrid y llega a Badajoz un mes más tarde, el 2 de enero de 1729. Junto al río Caia los reyes de España y Portugal se entrevistan por primera vez desde la secesión de este país y tiene lugar el intercambio de princesas: el príncipe de Asturias Don Fernando recibe a la infanta Doña Bárbara de Braganza, primogénita del rey Don Juan V de Portugal, y la infanta María Victoria de Borbón Farnesio es entregada al príncipe heredero portugués, convirtiéndose así en princesa de Brasil. Los desposorios se celebran el 19 de enero de 1729. Al día siguiente se representa una ópera en el cuarto de los reyes, en la que está presente Domenico Scarlatti, profesor de música de la nueva princesa de Asturias (*Lámina IX*).

El 3 de febrero entra la real familia en Sevilla. Un grabado de la época nos muestra el cortejo haciendo su ingreso en la ciudad del Betis por la puerta de Triana. Los monarcas visitan también Cádiz, adonde José Patiño, ministro de Marina, ha trasladado la Casa de Contratación, y para celebrar tan memorable ocasión el ilustre ministro organiza la botadura del *Hércules*, buque con capacidad para setenta cañones. Embarcándose en la nave capitana, los reyes se dirigen al Puerto de Santa María, y desde allí, por tierra, a Sanlúcar de Barrameda y Doñana, donde dan rienda suelta a su pasión cinegética. Mientras tanto, los príncipes de Asturias Don Fernando y Doña Bárbara, acompañados de los infantes Don Carlos y Don Felipe, navegan en lujosas galeras por el Guadalquivir para unirse a la corte. Cuatro días tardan en llegar desde Sevilla hasta Sanlúcar, donde avistan el mar por vez primera. En esta localidad asisten junto a sus padres, desde las ventanas del palacio, al soberbio espectáculo de la salida de la flota de Indias, una de las mayores reunidas hasta entonces. Patiño ha organizado el desfile para que el rey pueda apreciar el restaurado poderío naval de su reino. Días después, la corte se

instala en Sevilla, donde Isabel de Farnesio ve cómo se aviva su pasión por el coleccionismo. Se aficiona a la pintura de Murillo, no pierde ocasión de hacerse con todos los cuadros que se le ofrecen del maestro sevillano, muchos de los cuales se hallan actualmente en el Museo del Prado, y, sobre todo, se afana con tenaz diligencia en despejar a su primogénito el camino que le lleve a tomar posesión de los ducados italianos que le corresponden como heredero de los Farnesios y los Médicis. El 9 de noviembre de 1729 se firma en Sevilla el *Tratado de paz, unión, amistad y defensa mutua* entre las coronas de España, Gran Bretaña, Francia y Holanda, en virtud del cual estas potencias se obligan a mantener al infante Don Carlos en la posesión y disfrute de los estados de Parma, Piacenza y Toscana. Mas, para conseguir plenamente sus objetivos, la reina necesita todavía establecer una política de pactos con Austria y que Francia dé un apoyo efectivo a su plan.

En marzo de 1730 la corte se pone de nuevo en movimiento. Ahora se dirige a Granada. Al llegar a la capital del antiguo reino nazarita, los reyes se alojan en el palacio de la Alhambra. Sensibles a las bellezas del edificio, ordenan que se ponga gran cuidado en conservar los pavimentos, los relieves y demás adornos. La exótica escenografía de los salones árabes de la Alhambra y, sobre todo, la de los mudéjares de los Reales Alcázares de Sevilla se convierte así en hogar de la Familia Real española y, de ese modo, de la Europa del Siglo de las Luces. Al moverse los embajadores extranjeros y los ministros españoles en la escenografía de los Reales Alcázares y en las calles aledañas de Sevilla, debían de sentirse como si estuviesen dentro de un cuento de *Las mil y una noches*, obra que había aparecido en la versión francesa de Galland en doce volúmenes entre 1704 y 1717. La sensación de hallarse en un mundo irreal, que rompe moldes, era tanto mayor por cuanto en los Reales Alcázares, junto a los salones y patios mudéjares, reminiscentes de la

Alhambra, hay otros del más depurado estilo gótico, renacentista y barroco, lo que podía dar a los embajadores una idea elocuente de la complejidad de la historia de España y del poder aglutinante de su cultura.

Por todo esto, la estancia de la Familia Real en los Reales Alcázares de Sevilla y en el palacio de la Alhambra, entre 1729 y 1733, anuncia el interés que por la cultura y el arte orientales, y árabes en particular, se empieza a sentir en los medios literarios unos decenios después. Así, de forma viva, se inicia la historia del orientalismo, que en Europa sólo se acusará con trazos claros en los últimos años del siglo de la mano de personajes como Beckford y Byron, pero que, antes de estos escritores, ya se observa durante los reinados de Fernando VI y Carlos III. Este monarca traerá a España al libanés maronita Miguel Casiri para difundir la enseñanza del árabe y clasificar los manuscritos orientales conservados en la Biblioteca de El Escorial, y gracias a su política cultural, se pondrán las bases para valorar los monumentos de la España árabe, en especial la Alhambra de Granada, la Mezquita de Córdoba y la Sinagoga del Tránsito del Toledo. Las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes organizan viajes de estudio, cuyos resultados se publican en las *Antigüedades árabes de España*, obra poco después imitada en otros países de Europa (*Fig. 6 y Lámina X*). En uno de esos viajes, el de 1766, participa Juan de Villanueva, que acaba de llegar de Italia, donde ha residido seis años como pensionado en Roma, conociendo allí a Piranesi, Mengs y Winckelmann. Para este gran arquitecto neoclásico —autor del Observatorio Astronómico de Madrid y del Museo del Prado— las visitas que ha hecho a Pompeya y Herculano no son en absoluto incompatibles con las que ahora hace a la Alhambra de Granada y la Mezquita de Córdoba. De hecho, los dibujos arquitectónicos de las antigüedades árabes realizados por Sánchez Sarabia durante el viaje del que forma parte Juan de Villanueva tienen como

modelo los que figuran en *Le antichità di Ercolano* patrocinadas por Carlos III.



6 *Antigüedades árabes de España*, 1787 y 1804. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.

Sólo tiene quince años cuando el infante-duque inicia el gran viaje que le llevará a Italia y, de este modo, hace de su figura algo así como un nuevo Eneas, pues Don Carlos fundará un reino que, en los tiempos heroicos de la antigüedad, fue la puerta por

donde el héroe troyano entró en la tierra prometida de Ausonia. Por eso, cuando años después traiga a Madrid a Juan Bautista Tiépolo para pintar los techos del Salón del Trono y otras salas del Palacio Nuevo, que reemplaza al incendiado Alcázar, Carlos III escoge como tema la *Apoteosis de Eneas*, pues sin duda se veía reflejado en la historia del príncipe troyano. Como Eneas, que al llegar a Italia ha de visitar el subterráneo mundo de los muertos, también Don Carlos, al ordenar la excavación de las ciudades sepultadas por el Vesubio, se pondrá en comunicación con ese mundo de sombras. Si Tiépolo pinta la *Apoteosis de Eneas*, el sajón Mengs, artista neoclásico tan apreciado por Carlos III, se encargará de representar en otros techos del Palacio Nuevo las *Apotesosis de Hércules y Trajano*, o sea, el mítico fundador de las casas reales de España (Hércules) y el gran emperador hispano-romano (Trajano). La elección de este último, que junto con Augusto es el más glorioso de los emperadores de Roma, revela la importancia que tuvo para Carlos III su estancia en Sevilla. Pues la sombra de Trajano seguía viva en la metrópoli bética. De su nombre deriva el del popular barrio de Triana y el de la puerta por la que, justamente, entró en Sevilla el futuro rey de las Dos Sicilias. Y seguía viva su memoria porque a Trajano se debe el esplendor de Itálica, cuyas ruinas se encuentran en las inmediaciones de la capital andaluza. Como unos años antes de instalarse Felipe V en Sevilla Manuel Martí empezó a excavarlas y realizó un dibujo del anfiteatro, que Montfaucon publica, en 1722, bien puede decirse que la sombra de Trajano y la de Itálica salen a despedir al infante en las puertas de Sevilla y que, de algún modo, le acompañarán en las excavaciones de Herculano y Pompeya que patrocinará cuando se convierta en rey de las Dos Sicilias.

Felipe V e Isabel de Farnesio no reparan en gastos a la hora de costear el viaje de su hijo, que durará dos meses desde Sevilla hasta el puerto toscano de Livorno, adonde arriba el 26 de



diciembre de 1731, pues cuesta al Tesoro 786.112 reales, cantidad a la que se ha de añadir otro medio millón que se paga en París. Además, el monarca asigna a su vástago una pensión anual de 150.000 ducados, y todavía le dará un millón y medio de pesos cuando conquiste el reino de las Dos Sicilias. Esa suma, dice Fernán-Núñez, se la envió «la reina Isabel a su hijo para rescatar varios feudos enajenados de la Corona en tiempos de los virreyes a fin de aumentar así sus rentas y el esplendor de su corte». Por su variedad y magnitud, el séquito de Su Alteza Real es propio de un gran soberano. Se compone de más de cien personas, sin contar las fuerzas militares destinadas a escoltarlo y el personal de camino que se agrega en las escalas. Lleva grandes cantidades de plata y alhajas —sólo las vajillas de plata están valoradas en 246.298 reales de plata— y una impedimenta que llena cientos de cajones y obliga a movilizar todas las carrozas disponibles de la Casa Real y algunas de particulares. El transporte requiere doscientos machos de carga, cien caballerías y ocho carromatos de tres mulas. Tan formidable caravana tiene que hacer nada menos que cuarenta y siete jornadas hasta llegar al puerto francés de Antibes, donde termina la primera y más larga etapa terrestre del viaje, mientras que en el puerto de Livorno le aguarda la escolta que le han destinado sus progenitores y que está formada por siete mil cuatrocientos hombres de a pie y a caballo, al mando de José Carrillo de Albornoz, conde de Montemar.

Haciendo un esfuerzo para sobreponerse a su decaimiento, Felipe V entrega al infante en los Reales Alcázares de Sevilla la espada que le diera su abuelo Luis XIV al venir a sentarse en el trono de España. Don Carlos sale de la capital andaluza el 20 de octubre de 1731. Treinta días tarda en llegar a Barcelona. Le precede el ingeniero Juan Antonio Medrano, que se encarga de componer los caminos. Este ingeniero será uno de los profesores del príncipe, que en esos años siente especial interés por la

ingeniería militar, naval y civil. Y será también el primero que abra las vías de penetración en Herculano, la ciudad sepultada por la erupción del Vesubio. El viaje es una sucesión de entradas y salidas en pueblos y villas cuyas poblaciones, con las autoridades al frente, rodean la comitiva en una nube de vítores, colgaduras, arcos triunfales y otras arquitecturas efímeras, sin que falten los banquetes de numerosos comensales. Por supuesto, tampoco faltan animadas cacerías en las que la buena puntería de S. A. R. le permite cobrar abundantes piezas, de las que nunca se olvida de mandar las mejores a su madre.

El elemento poético popular suele estar presente en los recibimientos que le hacen las villas y ciudades por las que pasa, pero tampoco faltan los de otra clase más a tono con los tiempos de la Ilustración. Es lo que ocurre el 25 de octubre cuando Don Carlos baja a ver las máquinas hidráulicas que hay en las inmediaciones de Carpio y aprende cómo funcionan y el beneficio que rinden a la campiña de la villa. Joaquín de Montealegre, que es el preceptor del joven infante, le informa de que un religioso carmelita inventó tal máquina doscientos años antes.

Almansa es un hito en el viaje, pues el nombre de esa villa está unido a la batalla ganada por Berwick el 25 de abril de 1707, o sea, veinticuatro años antes, a las tropas del archiduque Don Carlos de Austria. Después de comer, va el infante-duque a un paraje donde está erigida la columna que conmemora la victoria que consolidó de forma definitiva a Felipe V en el trono. Allí le tenían preparada una partida de caza. En dos horas y media, el joven dio cuenta de 35 conejos y cerca de 50 palomas. Al recorrer esos lugares sagrados para la dinastía, Don Carlos evoca los detalles de la trascendental batalla, que se sabía de memoria y a la que, en definitiva, debía su viaje a Italia y su misma existencia.

El cortejo hace su entrada en Valencia el domingo día 11 de noviembre. La ciudad se vuelca a su paso. Por la tarde, asiste a una ópera en español. Al día siguiente, se pone al frente de una caravana de coches, y se dirige a la albufera. Al llegar ve que la laguna está llena de lanchas. Cuando sube a bordo de la nave capitana, todas las lanchas se disponen en orden de batalla y avanzan formando media luna al ataque de los pájaros acuáticos de pluma negra, algo mayores que una gallina, que cubren las aguas. Al levantar el vuelo, forman espesísimo nublado, momento que se aprovecha para dispararles. Por la noche se obsequia al infante-duque con una segunda ópera, esta vez en italiano.

Diez días se tarda en llegar de Valencia a Barcelona. En Las Balbas, Montealegre da el primer vislumbre del gusto estético del joven príncipe cuando dice que, ante la belleza del paisaje de los Alfaques, Su Alteza decidió que se dibujase, cosa que hizo el mejor pintor que se encontró en Tortosa. En el cuadro no falta el pintoresco barracón utilizado por Su Alteza para pasar la noche. Al llegar a Barcelona el día 21 de noviembre, Montealegre reconoce que sería «menester mayor y mejor explicación que la mía para describir todo lo que he visto, pues parece que años enteros se estaban aquí preparando para el obsequio del Real infante». Así es que encarga a un escritor local que haga la descripción de la estancia de S. A. R. en Barcelona. La entusiasta acogida que se le dispensa tiene el especial interés de haber sido esa ciudad el último bastión del archiduque, aquel efímero Carlos III que pretendía representar a la España tradicional. El infante entra en la ciudad por la Puerta del Ángel. Las calles están adornadas con ricas tapicerías y colgaduras. En la Puerta de los Capuchinos, ubicada en la Rambla, se ha instalado un monumento en el que aparecen representados tres navíos batidos por las olas entre unos peñascos. Cuando el infante pasa al lado, los navíos disparan fuego a través de un cañón. A unos pasos, la

fachada de la Casa de las Comedias luce una escenografía de balaustradas y una selva en la que dos estatuas de leones ejecutan un baile al son de la música. El infante llega a palacio a las once y come en público. A la noche se enciende el castillo de fuegos artificiales erigido delante del palacio. El castillo tiene como remate un sol hecho de tal suerte que, cuando le toca el fuego, se transforma en *Viva Carlos*. Terminados los fuegos, se representa en el salón de palacio una zarzuela (*Venus y Adonis*) que trata de las relaciones de la diosa de la hermosura y el bello príncipe cazador, mientras que en la ciudad fulgen las luminarias y reina el ambiente de las grandes fiestas. Al día siguiente, al anochecer, los gremios y colegios de Barcelona hacen una fiesta en honor del infante. Es una mascarada en la que intervienen las cuatro partes del mundo y que culmina cuando hace su entrada un carro triunfal que trasporta a la Fama rodeada por un hermoso coro de ninfas que representan las cuatro partes del mundo.

El paso de los Pirineos se hace en la mañana del 26 de noviembre. También en Francia Su Alteza Real es recibido de forma entusiasta, hasta el punto de que en Perpiñán se le rinden los mismos honores que se habrían hecho al rey de Francia. Las autoridades dirigen un encomiástico discurso a Su Alteza y a los reyes de España, y ya ven al infante-duque en Italia como rey de Lombardía abriendo «la puerta a la Casa de Borbón para apoderarse de lo mejor de Europa». El conocimiento de las cualidades que adornan al joven príncipe ha cruzado la frontera y es fuera de España donde se le empieza a contemplar como la encarnación de los altos destinos que aguardan a su familia.

En la mañana del 3 de diciembre Don Carlos contempla en Montpellier con ojos admirativos una famosa estatua de Luis XIV. Luego visita el jardín de hierbas medicinales que cultivan los botánicos de la Facultad de Medicina, los cuales, junto con Buoncuore, que es el primer médico de S. A. R., le explican las virtudes de las más raras. Después, entra en la sala de anatomía,

donde sobre un esqueleto de cera se le explican las principales funciones de los huesos y su situación. Impresionado, Don Carlos escribe por la noche a su madre: «Esta mañana he ido a ver la estatua de Luis XIV que es la más hermosa que se pueda ver; también he visto el jardín en donde hay toda clase de hierbas medicinales». Y, dando prueba de estar en posesión de un criterio riguroso en materia de ingeniería militar, agrega que la ciudadela de Montpellier «no vale nada», pero reconoce que se ha pasado más de dos horas admirando «cosas singulares» en el gabinete del presidente De Bon.

Tras pasar por Lunel, donde come en el mismo cuarto en el que pasó la noche la reina cuando vino de Italia, el tiempo seco de que el cortejo ha disfrutado hasta entonces cambia, y el 7 de diciembre la adversa climatología aconseja prolongar la estancia en Sallon. Los franceses relacionan estas condiciones meteorológicas con una profecía de Nostradamus, cuyo sepulcro se conserva en la iglesia de los franciscanos, y que dice «Quand Don Charles passera le pont mouillé se trouvera» («Cuando Don Carlos pase, el puente estará mojado»), frase en la que se quiere ver una alusión al paso del infante bajo la lluvia por el puente del Ródano.

El cortejo llega el 16 de diciembre a Cannes. Allí aguarda al infante el caballero de Orleans, enviado extraordinario de Su Majestad Cristianísima, y, al día siguiente, S. A. R. tiene una jornada especialmente intensa en la ciudad portuaria de Antibes. Se le recibe entre salvas de artillería, los marineros hacen danzas en su honor y el caballero de Orleans le entrega, de parte del soberano francés, un espadín precioso, guarnecido de brillantes. Si al despedirse de su augusto padre en Sevilla éste le obsequió con el magnífico espadín que recibiera de las manos de su abuelo Luis XIV, ahora, cuando el bisnieto de Luis XIV se despide de Francia, el monarca de esa nación le obsequia con otro igualmente precioso.

Las fuerzas enviadas por Felipe V han ocupado ya la plaza y el puerto toscano de Livorno. Miguel Regio, comandante de la flota que va a llevar a Don Carlos y su comitiva, lo tiene todo listo. Las nueve galeras han sido engalanadas, en especial la popa de la capitana. También las tres enviadas por el gran duque de Toscana están perfectamente equipadas. Y todavía habrán de sumarse las inglesas mandadas por el almirante Wager. Ya se ha embarcado todo el séquito de Don Carlos, pero éste sigue en cama con un fuerte resfriado. Para paliar el tedio de la espera, se entretiene con diferentes juegos de dibujos y de cuentos y con un Nacimiento muy curioso que en esos días navideños han ido formando el padre confesor y el propio infante, «que es más ingenioso que todos», según Montealegre.

Cuando, al fin, la tramontana se calma, se decide que es el momento de hacerse a la vela y, a las diez de la mañana del 23 de diciembre, Don Carlos sube a bordo de la capitana real. Poco después de zarpar la escuadra, los vientos vuelven a soplar y arrecian cada vez con más fuerza. La mar gruesa hace que la Navidad de 1731 sea la más agitada vivida hasta entonces por el infante. Se viven momentos dramáticos que amagan con la catástrofe. La presencia de ánimo de Don Carlos no pasa inadvertida. Serenadas al fin las aguas, el infante-duque arriba al puerto de Livorno en la tarde del 27 diciembre de 1731. En nombre del gran duque y de la señora electriz le da la bienvenida el secretario de Guerra, al que acompañan otros muchos caballeros florentinos. Lujosamente vestido con una casaca de terciopelo morado bordada en oro, sombrero de plumas de garza, la espada de Luis XIV al costado y el Toisón de Oro en el pecho, Su Alteza Real llega, tras poner los pies en tierra, hasta una escalera cubierta de paño verde, sobre la que se alza un gran arco triunfal adornado con las armas de España, mientras desde todas las fortalezas y torreones de la ciudad portuaria se suceden los disparos de artillería.

En Livorno vemos repetirse los fastos de Valencia y Barcelona. Los ministros residentes de las diferentes naciones compiten por hacerse gratos al regio adolescente. Los franceses le obsequian con un concierto nocturno interpretado sobre un carro triunfal. Los ingleses erigen en la plaza un arco igualmente triunfal decorado con pinturas que hacen referencia al infante y a su misión en Italia (*Fig. 7*). Los holandeses y alemanes organizan una carrera de caballos delante del palacio. Los hebreos erigen, en ese mismo lugar, una gran máquina llena de comestibles y vino que es asaltada por los pobres cuando Don Carlos da la señal. El plato fuerte de los festejos es un partido de fútbol, o sea, de «calcio». Gusta tanto al príncipe, que pide se repita todos los días de fiesta. Montealegre se fija especialmente en una de las inscripciones latinas que figuran en el carro triunfal de los franceses, que comienza con estas palabras: «Regio Principi Carolo», o sea, «Al Real Príncipe Carlos», y remite a Sus Majestades una *Breve descrizione* del arco de los británicos, observando que «todas las naciones varias de que se compone esta ciudad miran al Real infante como a su soberano actual y le aclaman como si no hubiese ya en el mundo tal gran duque». La simpatía de Don Carlos, la dignidad con la que se conduce y la atención que presta a todo lo que le rodea se llevan de calle la voluntad de todos, «pues les habla con grandísimo agrado y con los florentinos está muy gitano y ellos están locos de contento con S. A. R».

En suelo italiano, ¿cuáles son las dos primeras salidas del infante-duque? La primera es para visitar un santuario donde se venera la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Montenegro a la que la gente del país es muy devota. La segunda es para ir de caza en un bosque de los frailes capuchinos. Si con su primer movimiento pone de manifiesto su religiosidad, en sintonía con la piedad popular, con el segundo hace ostentación de su destreza con las armas y buenas condiciones físicas. Pero ni la Virgen de

Montenegro ni las partidas de caza le salvan de un ataque de viruelas que causa gran alarma en su corte. Cómo no, si su hermano el rey Luis I murió de esa enfermedad casi a la misma edad que él tiene ahora. La piel del infante se cubre de pústulas, pero Don Carlos es un muchacho fuerte y se cura pronto. «Después de Dios, debo la salud a Buoncuore», escribe a Sus Majestades. Y como en Italia ya se habla de casarlo y han surgido numerosas candidatas, a pesar de que todavía es un imberbe de quince años, escribe a sus padres: «Le he dicho al conde, como SS. MM. lo mandaban, que si me hablaban de matrimonio, yo no haré nada sin la orden de Vuestras Majestades».





7 Arco triunfal levantado en Livorno en 1732 para recibir a D. Carlos de Borbón, por F. Ruggieri. Biblioteca Riccardiana, Florencia.

Su sensibilidad para el arte, sobre todo de la arquitectura, se pone de manifiesto en Pisa, cuya catedral considera «la más hermosa que se puede ver en toda Europa». En esa ciudad el cónsul de España en Lerice le regala una estatua de alabastro

blanco de tres pies de altura que representa al rey Felipe V pisoteando al Vicio y abrazando a la Virtud, la cual lleva de la mano a un niño que señala hacia su progenitor. Con esa imagen en el equipaje, el 9 de marzo el infante-duque hace su solemne entrada, montado a caballo, en la ciudad de los Médicis. La comitiva que le acompaña la forman más de trescientas carrozas. El arzobispo y el senado le esperan en el Duomo, cuya célebre cúpula de Brunelleschi resuena con el himno ambrosiano. El palacio Pitti se convierte en su residencia oficial. Allí la electriz palatina le conduce a los aposentos del gran duque, Juan Gastón de Médicis, quien le acoge con vivas muestras de afecto y le reconoce como príncipe heredero de Toscana.

Mientras tanto, en España Doña Isabel de Farnesio es consciente de que el emperador Carlos VI, a pesar de ser primo hermano suyo, no simpatiza con ella. El solio imperial que le ha deparado la muerte de su hermano no le ha curado del rencor porque Felipe V le arrebatase el trono de España. Desde 1722 se le oye decir que prefiere entregar al Turco antes que a España los estados italianos que ha heredado o puede heredar el infante. Asesorada por su embajador en Austria, el duque de Liria, escribe al emperador haciendo gala de sus artes diplomáticas. Le ruega que reciba al infante «en calidad de hijo y le mire como a tal con el paternal amor que deseo prometerme de la satisfacción y generosa bondad de V. M.». El emperador no se mostrará sensible a tan afectuosos requerimientos.

En Florencia se abre a Don Carlos una nueva vida, incluso en lo físico, pues ha engordado y crecido, sólo le quedan ya cuatro marcas de la viruela sobre la cara y hasta le ha cambiado la voz. Don Carlos hace también progresos en su formación. Con el ingeniero Medrano disfruta trabajando en fortificación y da muestras de estar en posesión de un criterio estético personal, sobre todo en lo que a arquitectura se refiere. Del panteón de los Médicis —obra maestra de Miguel Ángel— escribe a sus padres

que le gusta más que el de El Escorial, y añade que los palacios Pitti, Vecchio y Riccardi son mejores que los de la Casa Real española. Del jardín de Bóboli comenta que «está hecho a la manera de Aranjuez», y la Villa de Pratolino le parece «muy hermosa tanto por la belleza de sus juegos de agua como por el palacio». Comenta que hay tantas burlas, que nadie puede escapar de ellas. Hay pájaros que cantan por la fuerza del agua, y figuras que se mueven. Le gusta, sobre todo, la de la Samaritana, que abre la puerta de su casa, va a una fuente donde se queda hasta que su cubo está lleno, después se vuelve y cierra su puerta.

El 24 de junio de 1732, fiesta de San Juan, la ciudad de Florencia le rinde público homenaje como futuro sucesor de Juan Gastón de Médicis. El infante-duque asiste a la ceremonia sentado en un majestuoso trono colocado en la plaza pública. El gran duque quiere immortalizar el acontecimiento con un cuadro, que encarga al pintor alemán Marco Tuschet. Y si la ópera le parece muy hermosa, el teatro donde ésta ha sido representada lo reputa como el mejor que ha visto en su vida. En la ciudad de los Médicis comienza la serie de retratos que le hacen diferentes artistas durante su *grand tour* italiano. Don Carlos los envía a sus padres y acompaña el envío con comentarios que revelan su interés por la pintura. El reputado pintor genovés Giovanni Maria delle Piane, llamado el Molinaretto, le hace el primer retrato de cuerpo entero, que actualmente se encuentra en el palacio de La Granja. El pintor florentino Giulio Pignatta, el romano Conca y varios escultores retratan también al infante durante su estancia en la capital toscana. Al año siguiente, la reina desea tener un nuevo retrato de cuerpo entero de su adorado hijo, y el Molinaretto desempeña de nuevo su cometido. De esas relaciones recibe Don Carlos el impulso que, posteriormente, le hará implicarse de lleno en la actividad de los artistas en general.

Mientras tanto, el emperador se siente poco dispuesto a

concederle la dispensa por razones de edad para la investidura de los territorios que han sido asignados al infante-duque. Ve como si fuera un ultraje a su dignidad imperial el juramento de homenaje que el senado florentino le ha hecho como heredero del gran ducado de Toscana. Y advierte a la duquesa Dorotea Sofía, regente de los ducados farnesianos, que no permita en modo alguno que su nieto tome posesión de ellos sin antes haber recibido la investidura imperial. Al desafío del emperador germano responde con energía la reina de España ofreciéndose a Francia como aliada, para que ésta entre cuanto antes en la guerra que se anuncia para poner en el trono de Polonia a Estanislao Leczinski, y ordena a su hijo que, sin vacilación, tome posesión de Parma y Piacenza.

Después de haber pasado seis meses en Florencia, Don Carlos marcha a Parma pasando por Bolonia y Módena, y el 9 de octubre de 1732 hace su solemne entrada en la ciudad en medio de la aclamación popular. El infante-duque va a caballo bajo baldaquino. A la mitad del recorrido le sale al encuentro la duquesa Dorotea Sofía, que es saludada respetuosamente por su nieto, quien, al entrar en la catedral, oye cómo se entonan el tedeum y las preces «Pro Adventu Magni Principis». «Aquí estoy cada día más contento», no tarda en comunicar Don Carlos a su madre, a la que también dice: «Ruego a VV. MM. que le digan a mi hermano Don Felipe que hoy harán una academia en el Colegio: el Anfiteatro donde la hacen es la cosa más bonita que se puede ver». De eso no cabe duda, pues se trata de la famosa construcción de madera hecha en estilo palladiano que, desde 1619, sigue siendo una de las maravillas de Parma. Entusiasmada con su joven soberano, la ciudad de los Farnesio ve con satisfacción cómo en el palacio de la Pilotta cuelga un cartel que dice: *Parma resurget*. Pero no todo el mundo está feliz y contento. A pesar de las diplomáticas cartas de la reina, el emperador se siente terriblemente celoso. Cuando ve que en

Parma se acuña una medalla con el busto de Don Carlos en un lado y en el otro una mujer con una flor de lis en las manos y el lema «Spes Publica», lo considera una provocación. A la larga, su reacción tendrá unas consecuencias bélicas que, a la postre, facilitarán la conquista del trono de Nápoles a las tropas españolas.

El infante-duque llega a Colorno el 17 de octubre de 1732 y le parece el sitio más hermoso que ha visto desde que llegó a Italia. Los jardines le recuerdan los de San Ildefonso de La Granja. Se fija especialmente en una bella gruta donde hay muchas figuras que tocan por la fuerza del aire. En cuanto a las vistas que se tienen desde su residencia de Sala, dice que se parecen a las que en El Escorial miran hacia Madrid. El 22 de octubre visita Piacenza, sede de otro de sus ducados, y desde allí escribe a sus padres que sus nuevos estados le placen infinitamente más que Toscana, y que la villa de Colorno es mejor que todas las del gran duque. Diríase que Don Carlos se siente en las tierras de su ducado como en casa. De regreso a Parma, el 10 de noviembre se instala en el palacio y está encantado de dormir en la misma habitación en que naciera su madre.

Allí recibe una visita cargada de emoción. El cardenal Alberoni le va a ver dos veces, y, antes de partir para Roma, le regala —cómo no conociendo como conocía los gustos de su madre— una tabaquera que luce una bonita piedra engastada en oro. El cardenal bien se podía permitir ese lujo, pues sigue cobrando las cuantiosas rentas de las diócesis de Toledo y Málaga. Alberoni ha visto nacer al infante-duque en el alcázar de Madrid en una época que tan gratos recuerdos le traen a la memoria, y hasta podría decir que el real muchacho es, de alguna manera, hechura suya, ya que sus diligencias diplomáticas hicieron posible la boda del rey de España con la princesa de Parma. A vuelta de correo, la siempre curiosa reina pregunta a su

hijo si su antiguo favorito ha envejecido mucho, a lo que el infante contesta que se conserva tan fresco como un joven de treinta años. Aprovecha la ocasión para felicitar a sus padres por el éxito de la expedición militar a Orán, agradece el envío de los retratos de sus tres hermanos y les comunica que él ya les ha enviado uno suyo.

Para complacer a su augusta madre, que colecciona diamantes verdes, ordena a su ayo, el conde de Santisteban, que haga las mayores diligencias para encontrar alguno de ese color. De paso, obsequia a Doña Isabel con otro presente regio, una caja de cristal de roca, en tanto que para sí dispone abrillantar en Venecia un diamante de 217 gramos. Estimado como único por tener un viso violado, ese diamante procede del tesoro de los Farnesio. El infante-duque lo destinará a ornar la corona con la que, tres años después de entrar en Parma, será coronado como rey de las Dos Sicilias en la catedral de Palermo.

Durante la primavera y el otoño de 1733 la caza vuelve a ser su pasatiempo favorito. Entre pieza y pieza, van espesándose los nubarrones que no tardan en ensombrecer el cielo político europeo. La causa es la muerte del rey de Polonia, Federico Augusto II. La pugna entre los dos candidatos a la sucesión provoca la segunda de las tres guerras europeas que se producen en el siglo dieciocho: primero fue la de España, ahora le toca a Polonia, en 1740 vendrá la de Austria. A Estanislao Leczinski le apoya su yerno, Luis XV, el cual obtiene la alianza de España y Cerdeña. Al nuevo elector de Sajonia, hijo del rey muerto, le respalda el emperador germánico. Por aquello de que a río revuelto ganancia de pescadores, Felipe V y su esposa ven llegado el momento de aprovechar la confusión reinante para expulsar de Nápoles a las tropas del emperador y colocar allí a su hijo. El general José Carrillo de Albornoz, conde de Montemar, que está al frente de las tropas españolas en el norte de Italia, estima que la permanencia de los españoles en Lombardía es inútil, pues las

fuerzas francesas y piamontesas se bastan para hacer frente a cualquier contingencia. Esa apreciación le incita a solicitar de Felipe V el 21 de diciembre de 1733 que ordene la partida hacia el sur de las tropas que están a su mando. El 5 de enero de 1734 el secretario de Estado Patiño escribe desde El Pardo a Montemar para ordenarle «que se pasase a la conquista de Nápoles sin pérdida de tiempo, con el todo del ejército del rey».

---

[1](#). Todas las ilustraciones en color se incluyen en las láminas situadas al final del libro.

## LA FUNDACIÓN DEL REINO

La Navidad de 1733 es para Don Carlos todavía más agitada que la de 1731 cuando el barco que le traía a Italia estuvo a punto de naufragar. Felipe V escribe en esa fecha a su hijo para notificarle que le ha conferido el mando supremo en la campaña militar que se avecina. Reunidos en Parma los generales aliados, le reconocen como generalísimo. El infante-duque cuenta con la pericia de un general curtido en cien campañas: el conde de Montemar. Éste acaba de obtener una importante victoria en el norte de África cuando, al frente de un ejército de veinticinco mil hombres, reconquistó la plaza de Orán, que después de estar en poder de los españoles durante doscientos años se perdió en 1708. Don Carlos sale de Parma el 4 de febrero de 1734. Escoltado por ochocientos hombres que están a las órdenes del duque de Liria —hijo este último del mariscal-duque de Berwick— y por el contingente retirado del Po, al que se suma en Bolonia el del marqués de la Mina, se dirige primero a Florencia y, seguidamente, a Arezzo, donde le espera Montemar con las tropas sacadas de Lombardía. El joven príncipe se pone al frente del ejército el 24 de febrero, recién cumplidos los dieciocho años. En Perugia comienza su vida militar activa sentándose a la mesa de los generales y emprende la larga marcha que le conducirá al trono de Nápoles.

El ejército concentrado en esa ciudad suma un total de 15.849 hombres, a los que hay que añadir unos dos mil de caballería, sin contar los más de tres mil seiscientos dejados como defensa en Toscana, Parma y Piacenza. Aparte de estas tropas



regulares, detrás de Don Carlos se va a ir juntando una turba de aventureros formada por unos diez mil hombres que en el Estado Pontificio se desmandarán no poco en presencia del que ellos llaman «el hijo de España», *il figlio di Spagna*. Desde ahora acompaña al infante-duque un florentino de sólida formación jurídica, que conoce a fondo a los autores griegos y latinos. Se llama Bernardo Tanucci, es dieciocho años mayor que el infante y ahora, en el cuartel general, desempeña el papel de auditor. Desde ese momento, va a ser el más influyente, leal, abnegado y eficaz colaborador de Don Carlos hasta llegar a convertirse en su sombra o, por mejor decir, en el espejo en el que el joven príncipe gustará siempre de mirarse.

Felipe V impulsa desde España la conquista del sur de Italia. El 27 de febrero escribe a su hijo que han llegado al fondo de su real ánimo «los clamores de las excesivas violencias, opresiones y tiranía» que los austríacos hacen sufrir a los pueblos de Nápoles y Sicilia; que ha «resuelto preferir a cualesquiera otras conveniencias» redimir a los pueblos napolitano y siciliano «de sus imponderables males», y que siempre ha mirado a esos pueblos «con paternal amor», por tener muy presentes «las demostraciones de júbilo y el general aplauso» con que le recibieron en tiempos de la guerra de Sucesión. Felipe V espera que esos pueblos, una vez se vean «en estado de poder usar de su entera libertad», habrán de darle «iguales pruebas de su fiel devoción, lealtad y celo». Dicho esto, ordena a su hijo que vaya como generalísimo a recuperar aquellos reinos. Cuando el 14 de marzo Don Carlos da a conocer en Civita Castellana esta declaración de su padre, los napolitanos la acogen con entusiasmo. Problemas de protocolo, que en realidad encubren otros de carácter político, aconsejan al infante-duque evitar Roma.

Dada la superioridad militar de los españoles, Don Carlos cruza la Toscana, la Umbría, el Lacio y la Campania sin

encontrar oposición en las fuerzas austríacas del conde de Traum. Una escuadra de dieciséis navíos al mando del conde de Clavijo escolta a los veinte mil hombres del conde de Montemar y contribuye decisivamente a la conquista del reino de las Dos Sicilias. En los primeros días de abril de 1734, Don Carlos recibe en Aversa a los diputados de Nápoles, que le traen el homenaje de la ciudad. Débil, por no decir inexistente, se revela la resistencia germana. El virrey alemán huye de Nápoles. Al tiempo que la escuadra del conde de Clavijo desembarca en Pozzuoli, el infante se prepara para entrar pacíficamente en la capital.

Nápoles es, con sus trescientos cincuenta mil habitantes, la ciudad más populosa de Italia. Madrid sólo tiene a la sazón ciento cincuenta mil habitantes, y Roma, ni siquiera cien mil. En Europa, sólo es superada por Londres y París, pero tiene sobre éstas la ventaja del incomparable marco natural e histórico que la rodea y la suavidad del clima. Los representantes de la capital salen al encuentro del príncipe. El 12 de abril de 1734 le entregan las llaves de la ciudad y le rinden homenaje en nombre de todos los estamentos sociales. El 10 de mayo Don Carlos hace su entrada por la Porta Capuana en medio de los vítores del pueblo y la nobleza, que presienten un período de prosperidad, sobre todo a la vista de que acaba de producirse la licuefacción de la sangre de su patrón san Jenaro. Al día siguiente, entran en la ciudad Montemar y sus soldados. Y mientras repican las campanas de Santiago de los Españoles y tañen las trompetas de Castel Nuovo y del Castel dell'Ovo, en las calles estalla el clamor jubiloso de «¡Han vuelto los españoles!». Instalado en el palacio virreinal, Don Carlos se siente feliz de ocupar los mismos aposentos que ocupara su padre cuando visitó Nápoles en 1702 y ordena proclamarle rey de Nápoles, pero poco después llega el documento en virtud de cual el soberano español le cede todos sus derechos sobre los reinos de Nápoles y Sicilia.

El nuevo rey promete a su pueblo que no establecerá el Tribunal de la Inquisición, respetará sus usos y costumbres y no introducirá nuevos impuestos. A la favorable actitud de los napolitanos y, en general, de los habitantes del sur de Italia hacia los españoles contribuye no poco el deseo de quitarse de encima la opresión económica a que les han sometido los alemanes. Durante ese período Nápoles ha visto salir hacia la capital del Imperio millones de ducados destinados a sufragar los gastos más variados. En 1716 Viena obliga a Nápoles a aportar 120.000 ducados anuales para el «pan de munición» de las tropas del Milanesado. En 1718, en vísperas de la guerra de Sicilia, las provincias del sur de Italia sufren una presión fiscal sin precedentes por razones defensivas. El balance de 1719 denuncia un déficit de 385.000 ducados, ocasionado en buena parte por la necesidad de atender al sostenimiento de las tropas imperiales. Las partidas de dinero que reclama Viena no hacen más que crecer cada año. En 1733 se pide a Nápoles y Sicilia la exorbitante suma de dos millones de florines, de los cuales trescientos mil van a cubrir las soldadas de dos regimientos de infantes suizos, mientras que otra partida importante se destina a la vestimenta de las tropas, toda la cual se confecciona en Alemania con el pretexto de que así cuesta menos a los regimientos.

Frente a tan asfixiante opresión, Don Carlos promete a sus nuevos súbditos, además del indulto general, privilegios y desgravaciones fiscales que pongan término a las exacciones «que ha inventado y establecido la avidez insaciable del gobierno alemán», para decirlo con palabras de un gran señor filoaustríaco, Tiberio Carafa, el cual aporta abundantes datos al respecto en sus memorias. Con Carafa coinciden el agente toscano Intieri, que, en mayo de 1734, refiere al secretario Tornaquinci que España «paga con maggior facilità degli Alemanni», y el embajador veneciano Mocenigo, en cuya opinión una de las causas de la

fácil conquista de Nápoles estuvo en la magnificencia y liberalidad de que hacían gala los españoles.

«La independencia se logró», escribe a este propósito de forma concluyente el filósofo e historiador napolitano Benedetto Croce, «por voluntad de una mujer italiana, Isabel Farnesio, que quiso que su hijo Carlos tuviera un reino, y se lo hizo conquistar a las tropas españolas y defenderlo luego con las mismas tropas, proporcionando para ello los recursos financieros; cosa que quienes se complacen en hacer el balance del *debe* y del *haber* tendrían que apuntar como fuerte partida a favor de España, de la *España explotadora* que, por lo menos en aquella ocasión, no hay duda que fue explotada por nosotros los napolitanos».

Los napolitanos y sicilianos habían llegado a la conclusión de que los dos siglos que duró su integración en la monarquía hispánica se acomodaban mejor a sus intereses y gusto que los veintitantos años de opresión germánica. Gracias a los estudios del historiador napolitano Giuseppe Galasso se ha empezado a revisar la «leyenda negra» que en los últimos dos siglos había desfigurado la historiografía relativa a la época virreinal española, con la consecuencia de dibujarse con una luz mucho más favorable.

Joaquín de Montealegre solicita entonces al papa, de parte del nuevo soberano, la investidura del reino de Nápoles, lo que, de producirse, supondría una importante muestra de reconocimiento, pero el 13 de mayo de 1734 se le envía una carta desde Roma dando largas al asunto con el triple pretexto de que esa investidura pertenecía al emperador, no tenía todavía la soberanía de Sicilia y no había tomado de la Santa Sede la investidura de los feudos de Parma y Piacenza. Así, pues, el pontífice «no sabría cómo darle la investidura del reino de Nápoles». Estas letras debieron de disgustar no poco al joven soberano, quien, diez años después, sabrá cómo resarcirse ante el

papa en persona.

Mientras tanto, las cartas de la reina tratan de suscitar en el espíritu de su hijo un ardor guerrero al que no le predisponía su carácter pacífico, aunque su sentido del deber y del honor, unido a la coyuntura política, pudiera encenderlo. El 25 de mayo de 1734 Montemar gana en Bitonto, cerca de Bari, una batalla decisiva a un ejército de nueve mil alemanes, haciendo prisioneros a sus generales. El 6 de julio las tropas españolas asedian y toman Gaeta estando presente Don Carlos. Es la primera vez que asiste a una batalla y sigue atentamente las maniobras. Debió de evocar entonces las hazañas protagonizadas dos siglos antes en ese mismo lugar por el Gran Capitán al frente también de tropas españolas, y el júbilo y las grandes esperanzas con que Nápoles recibió a Gonzalo de Córdoba en mayo de 1503. El 22 de octubre las tropas de Don Carlos dan en Capua el golpe definitivo a las tropas alemanas.

Mas para ser rey de las Dos Sicilias todavía le faltaba a Don Carlos conquistar la isla de ese nombre. Allí vive medio millón de los cuatro y medio que poblaban entonces el reino de las Dos Sicilias. Unas semanas antes de la rendición de Capua, el ya duque de Montemar desembarca con la armada en Palermo y el 1 de septiembre de 1734 entra vencedor en la ciudad. Los sicilianos reconocen gustosos a Don Carlos como soberano. Diego de Torres y Villarreal dedica entonces a la soberana española la «Conquista del reino de Nápoles por su rey don Carlos de Borbón», poema en el que, tras decir con orgullo «que no hay castillos contra castellanos», exclama: «Ya entra Carlos en Nápoles triunfante, / y a su Domo visita fervoroso, / que si se debe a sí lo militante / pagarle quiere a Dios lo victorioso». Y se deleita describiendo la cabalgada del rey por las calles de la capital partenopea y la visita que hace a la catedral, sin dejar en el tintero el milagro de la sangre de San Jerano.

Ese mismo año el filósofo Gianbattista Vico dedica a Don Carlos un soneto para celebrar la conquista de Nápoles. En el infante español ve encarnado el modelo del *homo novus*, del *princeps novus*, que ha liberado al Sur de la opresión austríaca. En otros sonetos le parangona con Carlomagno, Carlos V, Lorenzo de Médicis, Alejandro Magno y Augusto. El joven Don Carlos es, para el filósofo, un ejemplo vivo de los ciclos que se repiten sin fin, en la forma de *corsi e ricorsi*, de acuerdo con la filosofía de la Historia que el egregio pensador y erudito napolitano expone en *Los principios de una ciencia nueva*. Y el ya anciano filósofo exclama con ardor: «La patria mia, che t'adorò col core / al primo suon del tuo grande nome augusto / lieta ella disse: — Ecco il possente e giusto, — da me già sospirato, almo signore». «Mi patria, que de corazón te adora, / con sólo oír tu grande nombre augusto / alegre dijo: —Aquí viene el poderoso y justo, / el almo señor, de mí tan anhelado». Unos meses después, en julio de 1735, el joven monarca nombra a Vico, que ya era profesor en la Universidad de los Estudios, historiador real. Don Carlos muestra especial interés en promover las luces en el sur de Italia para situarla a la altura de las naciones europeas más cultas. Este designio coincide con las aspiraciones de la clase intelectual del reino que, según lo manifiestan diferentes academias y círculos de investigación, espera que el nuevo soberano alumbré una monarquía ilustrada y burguesa que renueve el país tanto en términos culturales como socioeconómicos.

La Navidad del año 1734 debió de quedar unida en la mente del joven soberano a la fatal noticia de que en esa noche el viejo alcázar de Madrid había sido pasto de las llamas. Entonces se rumoreó que el fuego se inició en el cuarto del pintor Jean Ranc y fue intencionado. Entre las cenizas del palacio quedaban sepultados muchos recuerdos de su infancia madrileña. A comienzos de enero del año siguiente, sale Don Carlos de Nápoles con dirección a Sicilia, precedido por Juan Antonio

Medrano, al que ha nombrado ingeniero mayor del reino, y otros ingenieros napolitanos que se dedican a componer caminos y puentes. Durante ese viaje el conde de Santiesteban escribe al ministro Patiño una carta en la que destaca, en la personalidad de Don Carlos, que acaba de cumplir diecinueve años, la alegría, la afabilidad y el equilibrio, además de una gran viveza y mucho entendimiento.

En el viaje a Sicilia, acompañan a Don Carlos varios pintores. En la hora de la siesta se entretiene viéndoles pintar y, también, dibujando y pintando él mismo. Ejemplo de su habilidad es una estampa grabada a buril por él mismo sobre plancha de cobre, que representa a la Virgen mirando al Niño Jesús, el cual yace en su regazo sosteniendo en su mano derecha una crucecita. El 9 de marzo de 1735, Don Carlos desembarca en Mesina. Tras devolver a Sicilia el título de reino, Don Carlos se corona en Palermo el 3 de julio. Entre los preparativos para la solemne ceremonia, destaca la confección de la corona, «más vistosa y más rica que la que sirvió para el Sacre del rey Cristianísimo que yo vi en Francia el año de 1720», dice Santiesteban. Ornada con más de trescientos brillantes de hechura perfecta y de gran tamaño muchos de ellos, que han sido traídos de España y de Parma, destaca el gran diamante de la Casa Farnesio, de color violeta, cuyo valor se estima en un millón doscientos mil pesos. Pero aún más que el valor material cuenta el simbólico. Lo que el día 3 de julio de 1735 ciñe Don Carlos en la catedral de Palermo es, en realidad, la corona que encajaron un día en sus sienes los grandes reyes Federico II de Suabia y Alfonso V de Aragón. El más famoso pintor de Nápoles, Francesco Solimena, hace, en esas fechas, el gran *Retrato ecuestre* del nuevo soberano. El cuadro, en el que aparece culminando la conquista del reino con el triunfo de Gaeta, es colocado en el llamado salón de los virreyes del Palacio Real de Nápoles, encima del baldaquino que sirve de marco al trono. Previamente, se han quitado de éste el retrato del

emperador y los de los virreyes. Tampoco en Palermo deja trazas de aquél ni de sus representantes.

De regreso a Nápoles, todos piensan que adoptará el título de rey de Italia, lo que habría cambiado sustancialmente la Historia de esa península, pero prefiere conformarse con el de las Dos Sicilias. Por indicación paterna adopta el ordinal dinástico que le corresponde y pasa a titularse Carlos VII. La cuestión del ordinal no era baladí. Según Pietro Giannone, los napolitanos debatieron la cuestión y no acababan de ver qué ordinal le correspondía, «si se le debería llamar sexto o séptimo o más bien octavo. Los sicilianos resolvieron la cuestión diciendo *Carolus III, Siciliae Rex*, ya que ellos, no habiendo estado bajo los reyes de la casa de Anjou, a los únicos Carlos que reconocían como reyes de Sicilia eran Carlos V el emperador y Carlos II de España». Su condición de rey de las Dos Sicilias no hace olvidar a Don Carlos su pesar por haber tenido que renunciar, como consecuencia de la Paz de Viena (1735), a los ducados de Parma y Piacenza, que con el tiempo irán a parar a su hermano, el infante Don Felipe, y también al gran ducado de Toscana (*Lámina XI*).

Cuando Don Carlos regresa a Nápoles, hace traer desde España tropas y tal cantidad de numerario que ha de ser llevado en treinta carros a la Ceca. Los napolitanos no dan crédito a lo que están viendo. Según los cálculos de Mirella Mafri, en agosto de 1734 habían llegado, procedentes de España, 500.000 piezas de plata destinadas a ser acuñadas como ducados, seguidas de 1.800.000 piezas de a ocho refundidas en moneda local a comienzos de octubre y de otras 500.000 unidades, a todo lo cual hay que añadir nuevas partidas de dinero para sostener la armada y los regimientos formados por treinta mil hombres que el rey de España había mandado a su hijo. ¿De dónde salían todos esos caudales? A esta pregunta responde Charles de Brosses, que en esos años se encontraba en Nápoles, cuando en una de sus *Cartas de Italia* dice que los napolitanos «han visto a



Don Carlos [...] repartir a manos llenas la plata del Perú, que le suministraba Madame Farnesio, y no pedir nada a nadie». El dictamen del presidente borgoñón, que coincide por lo demás con el de los ya citados Carafa, Intieri, Mocenigo y otros coetáneos bien informados, no puede ser más claro: el dinero sale de España. Si en los tiempos de los reyes de la Casa de Austria el dinero acababa sepultado en los campos de batalla de los Países Bajos y en los palacios de los banqueros genoveses, ahora, en los del primer Borbón, la gran riada numismática acaba en Italia y, sobre todo, en Nápoles.

Huelga decir que ese dinero nunca fue devuelto. Ni siquiera cuando Carlos III regresó a España, quiso llevarse un anillo encontrado por él mismo en el suelo de una excavación que pertenecía a su patrimonio personal. Y no hablemos de las ricas colecciones de escultura clásica que Carlos III se llevó de Parma y dejó en Nápoles, cuando habría sido coherente que una parte al menos, por ser de su patrimonio personal, se las llevase a su ulterior destino madrileño. Cabe aventurar que el dinero gastado por España en la promoción italiana de Don Carlos habría dado para comprar, a precios de mercado, no pocos de los miles de estatuas, pinturas y demás enseres que se descubrieron en Pompeya y Herculano. La famosa espada de Luis XIV que Felipe V le regaló en Sevilla en vísperas de su viaje a Italia viene a ser el broche de oro del dispendio español. Carlos III se la entregará a su hijo Fernando IV de las Dos Sicilias cuando regrese a España.

Como reino nuevo que es, el de las Dos Sicilias depende en buena medida de Madrid, no sólo en lo financiero y militar, y así el 12 de abril de 1735 Don Carlos comunica a sus padres que les confía «el gobierno de los asuntos e intereses exteriores de su reino». A esta dependencia se refiere P. Giannone cuando dice en su *Vita*: «Si España reclama para sí sus ejércitos y armadas, ¿en qué estado quedará este nuevo rey no teniendo Nápoles y Sicilia una milicia propia y cuando desde hace dos siglos napolitanos y

sicilianos dejaron de lado las armas y todo ejercicio militar?». Con Giannone coincide Benedetto Croce, cuando subraya, en su *Storia del Regno di Napoli*, que si Carlos III pudo fundar y conservar su reino, ello fue porque la reina Isabel de Farnesio se lo hizo «adquirir con tratados y conquistar con las armas de España y defenderlo luego con la ayuda de esas mismas armas».

Un motivo tiene intranquilo al rey. En Madrid no se acaba de resolver la cuestión de su boda. Don Carlos sabe que el conde de Fuenclara está haciendo gestiones en Viena, pero el asunto se dilata. Tal vez pensando en su enlace, Don Carlos decide construir un gran teatro en sustitución del viejo y medio ruinoso de San Bartolomé que, medio siglo antes, en 1684, en pleno virreinato español, había servido de marco al *Pompeo* de Alessandro Scarlatti. Una de las principales razones por las que manda construir el nuevo coliseo es, además de la enfermedad de la piedra que empieza ahora a aquejarle, la de elevar el rango de la capital de su reino y el esplendor de las funciones cortesanas, pues el teatro de San Carlos se levantará al lado del Palacio Real y será durante dos siglos el mayor y más lujoso coliseo del mundo. Aunque modesto en el vestir y de trato sencillez, Carlos III gusta de rodearse de aparato cortesano. Encarga el proyecto del nuevo teatro a su antiguo profesor, el ingeniero Juan Antonio Medrano, y la construcción, al principal empresario del reino, Angelo Carasale. Se inician las obras en marzo de 1737, y el 4 de noviembre del año siguiente, día del santo del rey, el teatro de San Carlos es inaugurado con una solemne sesión de ópera.

La expectativa de la boda real y la construcción del teatro de San Carlos se mezclan, en el tiempo, con la erupción del Vesubio acaecida entre los días 6 y 25 de mayo de 1737. Tan impresionado queda el joven rey que ordena pintar el terrible espectáculo y pide al gobernador de Torre del Greco que haga una minuciosa descripción del acontecimiento, que ha ocasionado grandes daños en las poblaciones aledañas. Francisco

Serrano, médico y profesor de la Universidad de Nápoles, se sirve de ella en la *Historia* que de esa erupción publica la Academia de Ciencias de la ciudad. Al rey se le ofrecerán todavía otras ocasiones —en 1751, 1754 y 1756— de contemplar al Vesubio en erupción, pero seguramente no se sentirá tan impresionado como ante esta primera. Deseoso de que sus padres se hagan una idea, les envía el 9 de julio de 1737 un pequeño cuadro donde se ve a la montaña arrojando ríos de fuego. Es obra del pintor Tomasso Ruiz y actualmente se encuentra en el palacio de Riofrío (Segovia), que mandara construir la reina Isabel de Farnesio (*Láminas XII, XIII y XIV*).

Al tiempo que se inaugura el teatro de San Carlos y acaece la espantosa erupción vesubiana, el joven rey da cima a una importante gestión diplomática. Su embajador en Roma recibe el 18 de mayo de 1738 la investidura del reino, por la cual Clemente XII reconoce a Don Carlos como Carlos VII de las Dos Sicilias. Además, los reyes de España eligen, por fin, a María Amalia de Sajonia o de Walpurgio para que sea esposa de su hijo. Nacida en Dresde el 24 de noviembre de 1724, la princesa es la hija mayor del rey de Polonia, Augusto III, y de la archiduquesa María Josefa, hija del fallecido emperador José I, y, por tanto, sobrina carnal del que fuera pretendiente al trono español, el emperador Carlos VI. También es bisnieta de Leonor de Neoburgo, esposa del emperador Leopoldo y hermana de la duquesa Dorotea Sofía de Neoburgo, que a su vez era la esposa de Eduardo III Farnesio, el padre de la reina Isabel, o sea, de la madre del propio Don Carlos. Los dos jóvenes esposos tienen, por tanto, un antepasado común, el duque Felipe Guillermo de Neoburgo, que, casado en segundas nupcias con Isabel Amalia de Hesse-Darmstad, es bisabuelo de Carlos y tatarabuelo de María Amalia.

Al recibir la noticia de su próxima boda, Don Carlos se siente encantado. No así la corte de Francia, que no sale de su asombro

al ver cómo España, que ha sido su aliada en una guerra cuyo objetivo era colocar en el trono de Polonia al suegro de Luis XV, que era enemigo de Augusto de Sajonia, ahora decide que la hija mayor de este príncipe sea la esposa del rey de las Dos Sicilias. Para congraciarse con Francia, Isabel de Farnesio concertará al año siguiente la boda del infante Don Felipe con la hija mayor de Luis XV, lo que por otro lado facilitará el acceso de aquél a la soberanía de los ducados de Parma, Piacenza y Guastalla, a los que Don Carlos ha tenido que renunciar.

El embajador español, Fuenclara, va a Dresde para arreglar los detalles de los desposorios y, tras ser presentado a los reyes de Polonia, entrega a la novia, que sólo tiene trece años, una carta de su prometido. El matrimonio es ratificado el 19 de junio de 1738 en la raya de los Estados Pontificios y el reino napolitano. Felipe V le envía como regalo de bodas un collar, una cruz y unos pendientes de brillantes, obra del joyero Francisco Sainz, que ha costado ciento cuarenta y cinco mil pesos pagados con caudales de Indias depositados en Cádiz. Según los testimonios de la época y los retratos que de ella se conservan, María Amalia carece de atractivo físico, pero está en posesión de una cultura considerable para su edad y se granjea, desde el primer momento, la simpatía y el amor de su esposo. En las abundantes cartas que escribe a sus suegros, los reyes de España, siempre se muestra alegre, divertida y muy respetuosa.

Después de dar a luz a cinco infantas sucesivas malogradas casi siempre, la reina trae al mundo a un niño al que se pone el nombre de Felipe Pascual, se le da el título tradicional de duque de Calabria y su tío, el ya rey Fernando VI, le declara infante de España. Don Felipe Pascual no tarda en revelarse incapaz. Repetidas crisis epilépticas sumen su imaginación en el mayor desconcierto y estragan su razón. Nacen luego más varones, entre ellos el futuro Carlos IV de España y Fernando IV de las Dos Sicilias. Trece hijos tendrá Doña Amalia a lo largo de trece años,

pero sólo siete saldrán adelante. Con el matrimonio del rey, Nápoles cobra estatuto de gran corte, a lo que contribuye la apertura del teatro de San Carlos con el estreno de *Achille in Scirò*, ópera con libreto de Metastasio y música de Domenico Sarro, y se convierte en la primera ciudad de Italia y en una de las tres primeras de Europa. «Nápoles es la única ciudad de Italia que se siente verdaderamente capital», dice Charles de Brosses en su carta de 24 de noviembre de 1739. «El movimiento, la afluencia de gente, la abundancia y el ruido perpetuo de los coches, la existencia de una corte asaz brillante y con las formas correspondientes [...], todo contribuye a darle ese aspecto vivo y animado que tienen París y Londres y que de ninguna manera se encuentra en Roma».

El momento oportuno para visitar al papa y conocer Roma se lo brinda a Carlos VII una nueva victoria militar. También esta vez la obtiene sobre los alemanes en la guerra europea originada por la sucesión en el Imperio germánico. Acaece en Velletri el 12 de agosto de 1744, cuesta a las tropas españolas y napolitanas, al mando del conde (luego duque) de Gages, la cifra de cuatro mil muertos y representa la tranquilidad definitiva para el reino de las Dos Sicilias y el reconocimiento internacional de Don Carlos. Éste, que va al frente de las tropas, vigila, tras la victoria, la retirada de las fuerzas mandadas por el príncipe Lobkovitz. Con esa excusa se dirige a Roma. Deseoso de resarcirse de la negativa que se le diera años antes cuando estaba a punto de iniciar la conquista del sur de Italia, espera que su presencia en Roma baste para que el papa sancione su victoria, y su real persona cobre un prestigio internacional todavía mayor. El rey hace su viaje de incógnito con el nombre de conde de Pozzuoli. Llega a la urbe el día 2 de noviembre de 1744 y se aloja en la Villa Patrizzi, situada en las inmediaciones de la Puerta Pía. Su incógnito es pura ficción, pues acuden a cumplimentarle en nombre del papa los cardenales Valenti y Colonna, y todos los

ministros extranjeros residentes en Roma. El pontífice le envía un tren de carrozas para que el monarca haga su entrada triunfal en la Ciudad Eterna, pero Don Carlos prefiere ir a caballo para mejor observar la magnificencia de la ciudad. Acompañado de los señores de su corte y escoltado por la guardia de corps y un regimiento de soldados, el rey entra en la urbe por la Vía Pía y se dirige al palacio del Quirinal, residencia del pontífice. De este memorable encuentro hay un precioso documento: el cuadro pintado por Giovanni Paolo Panini, que se encuentra en la Galería Nacional de Capodimonte. En el centro de la animada y brillante composición destaca la grácil figura de Don Carlos que se dirige hacia la estancia donde, a la izquierda, se halla Benedicto XIV. El rey viste una casaca de color púrpura adornada con profusión de oro, y porta en la mano derecha un largo bastón. Al papa también se le ve ataviado de gala y sentado en un trono de alto dosel que sólo queda sugerido en medio de un ambiente irreal a causa de la dorada luminiscencia que baña la sala. Las figuras ondulantes de tres cardenales median entre el rey, que camina con paso firme y elegante, casi de baile de corte, y el pontífice, ante la mirada expectante de los abigarrados personajes que presencian el solemne y teatral encuentro (*Láminas IV, V, VI y VII*).

Panini ha dejado otro hermoso cuadro en el que se ve a Don Carlos acercándose a caballo a la basílica de San Pedro. La muchedumbre contempla al joven príncipe y su ecuestre comitiva desde la plaza, la balaustrada de la columnata de Bernini y los balcones de la basílica. Ya dentro del templo, el rey se dirige a orar ante el Santísimo y luego se detiene ante la cripta de los Santos Apóstoles. Tras honrar las cenizas apostólicas, el monarca examina la magnificencia del templo y, al pasar delante de la capilla del coro, le salen al encuentro dos misteriosos y solemnes personajes. Uno es el rey Jacobo III de Inglaterra y VIII de Escocia, conocido como el Viejo Pretendiente. El otro es su

hijo, Carlos Eduardo Estuardo, duque de York, al que se llamará el Joven Pretendiente. Tras saludarse, se funden en un abrazo el rey cuyo reino es sólo un sueño y el que acaba de hacer realidad el sueño de tener un reino.

## EL REY ARQUEÓLOGO

De *risoluto progresso*, así califica Benedetto Croce la política de Carlos VII. En efecto, el joven monarca actúa con firmeza contra los abusos de que hacían víctima al pueblo los poderosos, unifica las once legislaciones que estaban en vigor cuando llegó al trono, agiliza los trámites judiciales al tiempo que la lengua italiana va sustituyendo al latín en los procesos, firma tratados comerciales con diferentes naciones, solicita al monarca español permiso para establecer una compañía que comercie con América, que hasta entonces era un mercado reservado a España, fomenta manufacturas de todas clases, entre otras la de mosaicos y porcelana de Capodimonte, inspirada en la de Meissen (Dresde), que conoce por su esposa, atrae a su reino a extranjeros útiles otorgándoles el libre uso de sus religiones, llama, en particular, a los judíos que, expulsados por Carlos I en 1540, pueden retornar gracias al edicto de 3 de febrero de 1740 que les concede un salvoconducto para que puedan venir a comerciar y a establecer su domicilio en las Dos Sicilias, y les otorga una cierta paridad con los súbditos napolitanos. Esta medida dará lugar a numerosos pasquines críticos, entre los cuales hay uno que dice: *Infans Carolus, Rex Judaeorum*.

El monarca firma un tratado de paz con la Sublime Puerta para asegurar el tráfico y navegación en el Mediterráneo —de donde resulta el normal intercambio de embajadores entre Estambul y Nápoles—, permite la libre exportación de los granos sobrantes, limpia el puerto de Nápoles, que se hallaba casi abandonado, para facilitar esa exportación, facilita la



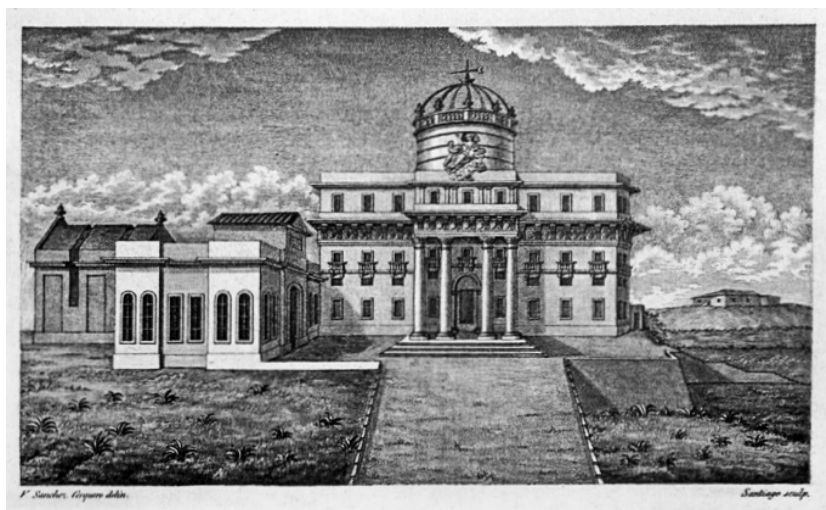
comunicación viaria con el puerto y la Magdalena, reforma la administración de aduanas, regula las tarifas portuarias, restablece los arsenales y la marina, hace fundir cañones para armar los buques, abre un canal de comunicación entre el Mediterráneo y el Adriático, construye una nueva sede para la Universidad, crea la Biblioteca Real a partir de la Farnesina traída de Parma y funda el Albergo dei Poveri, enorme edificio de más de 350 metros de fachada y con capacidad para dos mil asilados, que se asemeja al hospital de San Carlos que, años después, erigirá en Madrid y que actualmente aloja al Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

El Tratado de Aranjuez, firmado en 1752, proporciona cuarenta años de paz en Italia. Paz que se ve reforzada con el matrimonio de la hija de Carlos III, María Luisa, con el segundo hijo de la emperatriz María Teresa, Leopoldo, que más tarde llegará a ser emperador. Otra hija de la emperatriz, María Carolina, queda prometida como esposa del que será el heredero de Carlos III en el trono de Nápoles.

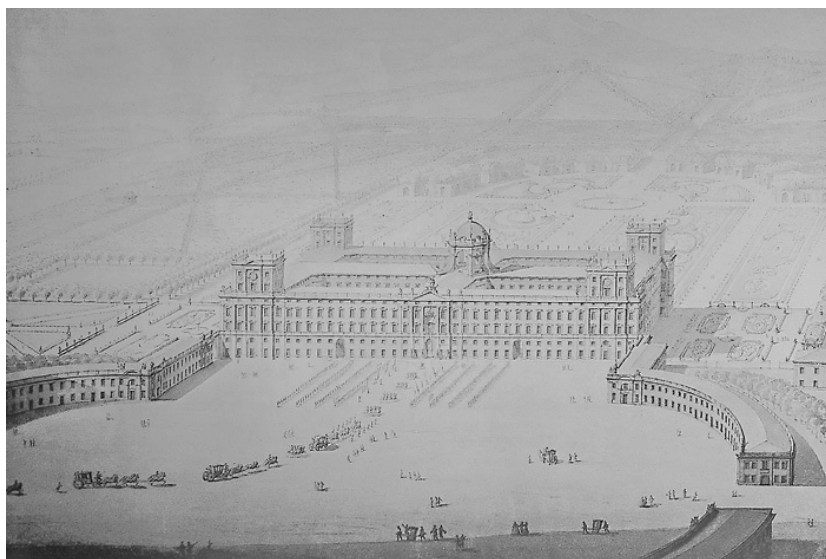
Mientras tanto, en España Fernando VI, que sucede a Felipe V dos años después de que su hermano hiciese su triunfal entrada en Roma, lleva adelante una política semejante de *risoluto progresso*, si bien en una dimensión mucho más vasta y compleja, que facilitará a Carlos III sus tareas de gobierno cuando le suceda en el trono. Se construyen canales, se pone en comunicación a las dos Castillas a través de la sierra de Guadarrama, se consolida la estructura radial de las comunicaciones, se recortan los privilegios de la Mesta, se funda el Observatorio Astronómico de Cádiz (Fig. 8), se ponen en funcionamiento fábricas de armas y municiones, los silos cerealistas, las primeras sociedades médicas, los socorros de los pobres, medidas contra vagos y maleantes y las compañías mercantiles de Caracas, Sevilla, La Habana, Barcelona y otras ciudades. A todo lo cual hay que añadir la realización del célebre catastro que lleva el nombre del principal ministro de

Fernando VI, el marqués de la Ensenada.

En 1746, este ministro, siguiendo la estela de Patiño, expone al monarca las razones de la prioridad que debe darse a la renovación naval «porque sin Marina no puede ser respetada la Monarquía, conservar los dominios de sus vastos estados, ni florecer esta Península». Para llevar a cabo esa renovación, pone en pleno rendimiento astilleros y arsenales, estimula la construcción naval, sobre todo en los puertos del Cantábrico, y así, en vísperas de la muerte de Fernando VI (que ocurre en 1759), España contará con una armada formada por cuarenta y cuatro navíos de línea, diecinueve fragatas, catorce jabeques, cuatro paquebotes y cuatro bombardas, que impone respeto a ingleses, franceses y holandeses. Ensenada funda también escuelas de pilotaje. Todo ese ingente esfuerzo se hace sobre la base de una Hacienda pública que unifica impuestos, eleva los caudales que vienen de Indias de cuatro a seis millones de ducados al año y sube las recaudaciones del Tesoro de 53 a 90 millones sin extorsiones ni aumento de gabelas. La expansión demográfica aumenta de forma rápida, la burguesía se consolida, sobre todo en la periferia —Cataluña, Vascongadas, Sevilla-Cádiz—, y las clases medias empiezan a imponer su estilo de vida en las zonas urbanas. En relación con la Santa Sede, Fernando VI, al igual que su hermano en Nápoles, hace una política encaminada a conseguir la independencia y apoyo mutuo del Estado y la Iglesia.



8 Observatorio Astronómico de San Fernando (Cádiz). Museo Naval.



9 El palacio real de Caserta a vista de pájaro, 1756, por Luigi Vanvitelli. Palazzo Reale, Caserta.

En el terreno monumental Carlos III levanta, durante su reinado en las Dos Sicilias, los palacios de Portici, Capodimonte y Caserta. Comenzada la construcción de este último en 1752, las obras no se terminarán hasta veinte años después. Si los jardines de Caserta con sus estanques, estatuas, grutas, fuentes y cascadas pretenden competir en grandeza con los de Versalles, el edificio trata de emular, como bien lo viera Goethe y hace

patente su estructura, al Real Monasterio de El Escorial. Sólo que allí donde en el monasterio se eleva la basílica con los panteones reales debajo, en Caserta se abre un vestíbulo octogonal del que arranca una inmensa escalera que pasa por ser la mayor escalera de corte de Europa. Y mientras que en El Escorial la fábrica de Felipe II y Juan de Herrera se repliega sobre sí misma y está como ensimismada contemplando un interior riquísimamente articulado y cargado de alusiones ideales, como la del Templo de Salomón y la Ciudad del Apocalipsis, en el palacio de Caserta — inmenso bloque de 253 por 202 metros de lado y 41 de altura, compuesto por cuatro patios, mil doscientas estancias, mil setecientas noventa ventanas y treinta y cuatro escaleras— lo que pretenden Carlos III y el arquitecto Vanvitelli es proyectar el interior hacia fuera, pues ya en el vestíbulo se multiplican las vistas en distintas direcciones, tanto en diagonal como al frente, y por ese mismo vestíbulo discurre el inmenso pasillo que atraviesa todo el edificio y se prolonga hasta el jardín (*Fig. 9 y Lámina XV*).

Carlos III regresa a España antes de haber podido completar esta construcción. Todavía hoy faltan elementos tan importantes como las cuatro torres que debían elevarse, a la manera de las del monasterio escurialense, en las cuatro esquinas del edificio, y la plaza circular que debía erigirse delante, lo que daría al visitante la sensación de ser acogido con los brazos abiertos, como ocurre al que se acerca a la basílica de San Pedro de Roma. Esas deficiencias exteriores unidas a las interiores hacen que se tenga la sensación de entrar en un edificio fantasmal, habitado por un inmenso vacío, incapaz de hacer frente a la grandeza de la idea que en él se quiso plasmar, lo que expresa bien la orfandad en que quedará el reino cuando Carlos III abdique en su hijo Fernando, un niño todavía, que con los años se revelará como un rey poco capaz.

Pero si Caserta representa el final impresionante del Barroco

italiano, los hallazgos de Herculano, Pompeya y Estabia van a renovar el conocimiento de la antigüedad clásica y originarán una revolución en los gustos artísticos, lo que granjea a Carlos III «el glorioso título de Restaurador de las Artes, con el que le aclamó Europa», según dice Fernán-Núñez. En efecto, no han pasado diez años desde el inicio de las excavaciones de Herculano cuando el erudito Juan Matías Gesner, de la Academia de Gotinga, llama a Don Carlos «el más afortunado de los reyes, renovador de la antigüedad e instaurador de todas las artes antiguas».

Una vez convertido en soberano de España, Carlos III llevará el estilo pompeyano a los salones borbónicos del Monasterio de El Escorial, de forma que las ornamentaciones del siglo dieciséis, inspiradas en las composiciones de la *Domus Aurea* de Roma, se confunden con las pompeyanas, y Carlos III se convierte en la versión dieciochesca de Felipe II. Sin embargo, por una de esas ironías de la Historia, dos regímenes políticos empeñados en acabar con lo antiguo y, en particular, con la dinastía borbónica, como la Revolución Francesa y el Imperio napoleónico, van a ser los herederos estéticos de la investigación arqueológica patrocinada por un monarca de esa dinastía, que pasó la mayor parte de su vida entre Madrid, Nápoles y los Reales Sitios cercanos a esas dos ciudades, y representa, como pocos soberanos, el absolutismo ilustrado y el *Ancien Régime*, ya que de él procede, según ha destacado Marcello Gigante, «el primer impulso para la arqueología y la formación del gusto neoclásico del siglo XVIII».

El ingeniero José Antonio Medrano, al que ya hemos visto dando clases a Don Carlos durante su viaje de Sevilla a Nápoles, va a desarrollar una gran actividad en esta ciudad. Autor de los planos del teatro de San Carlos y del palacio de Capodimonte, realiza las obras de restauración del Palacio Real de Nápoles, que

había servido de residencia a los virreyes españoles desde principios del siglo diecisiete, y dirige, con la colaboración del ingeniero zaragozano Roque Joaquín de Alcubierre, los trabajos para la construcción del Palacio Real de Portici en terrenos próximos a Nápoles, que habían pertenecido, sucesivamente, al conde de Palena y al príncipe D'Elbeuf antes de pasar a manos de Carlos III. Es entonces cuando esos parajes van a convertirse en el foco de la atención del joven monarca y en el punto de arranque de las excavaciones que sacarán a la luz Herculano, la ciudad sepultada por la erupción del Vesubio del 24 de agosto del año 79.

El descubrimiento empieza a apuntar a comienzos del verano de 1738 cuando, como paso previo a la remodelación del palacio de Portici para utilizarlo como residencia campestre, Medrano encarga a Alcubierre que levante un mapa del lugar. Mientras está dedicado a esa tarea y estudiando los recursos hidráulicos de los alrededores del palacio, la gente del lugar le informa de los hallazgos fortuitos de objetos antiguos que a menudo se han producido en la zona. A esas noticias une el ingeniero español la que obtiene sobre el pozo Nocerino a través del cual, en 1710, Manuel Mauricio de Lorena, príncipe D'Elbeuf, general al servicio del emperador Carlos VI de Austria, extrajo algunas esculturas de forma también fortuita. Al ordenar la excavación del pozo, D'Elbeuf sólo había pretendido obtener objetos antiguos y mármoles con los que decorar su villa. Esa finalidad explica que cuando sus operarios llegaron hasta la escena del antiguo teatro de Herculano, lo despojaron de todos sus adornos para utilizarlos como cemento en la construcción de la villa.

D'Elbeuf también envió, de forma clandestina, algunas de las estatuas halladas en ese lugar a varias familias reales. Las tres remitidas a Viena para el príncipe Eugenio pasaron después a Dresde, al ser compradas por Federico Augusto III de Sajonia, padre de la futura reina María Amalia. Esta circunstancia y la

coincidencia de la boda real con el inicio de las excavaciones de Herculano han inducido a algunos autores a sacar la conclusión de que la reina influyó decisivamente en esa empresa. La abundante documentación que se conserva no avala semejante tesis. Cuando Doña María Amalia llega a Nápoles apenas tiene catorce años, la caligrafía de sus cartas es tan infantil que incluso ha de ser corregida por una mano adulta y, sobre todo, no muestra un interés especial por las antigüedades. Los contemporáneos coinciden en señalar que en los primeros años de su matrimonio se limita a compartir las aficiones del rey, entre ellas la caza y la pesca, y que su influencia sobre Don Carlos es escasa. En cambio, es bien conocida la relación de Carlos III con la cultura clásica gracias, como ya hemos señalado, al coleccionismo de sus padres —recuérdese el envío a España de las colecciones de Cristina de Suecia y del marqués del Carpio— y al de otros antepasados suyos, como Felipe IV, que desplegó en varios salones del palacio del Buen Retiro los espectaculares cuadros del mundo romano ya comentados, para no hablar de las abundantes antigüedades clásicas existentes en España y de los numerosos estudios de que habían sido objeto desde los albores del siglo dieciséis.

Alcubierre decide entonces bajar a inspeccionar el pozo Nocerino y, cuando llega a veintiún metros de profundidad, descubre vestigios de paredes estucadas en rojo. Informado Medrano, baja él también y, tras confirmar el hallazgo, propone realizar una exploración detallada. Los resultados no están, sin embargo, a la altura de las expectativas, y el secretario de Estado, Joaquín de Montealegre, marqués de Salas, ordena suspenderla debido a que «el trabajo de excavación en el pozo con la esperanza de hallar objetos antiguos ha sido motivo de irrisión por parte de algunos Señores de la Corte». No obstante, un mes después, en consideración a los nuevos datos aportados por Alcubierre, el rey le autoriza el 13 de octubre de 1738 a realizar

un nuevo intento a través de distintos pozos y galerías, no sin prevenir Montealegre a Medrano que «vaya dando cuenta de lo que se fuere descubriendo y encontrando».

Así, el 22 de octubre de 1738, dan comienzo las excavaciones. Desde entonces hasta su muerte, en 1780, Alcubierre las dirigirá y en el curso de las mismas llevará a cabo el desenterramiento de las antiguas ciudades, con la consecuencia de revolucionar las técnicas arqueológicas y, sobre todo, el conocimiento de la antigüedad. Cuando se inicia la excavación sistemática, nadie sabe de qué lugares precisos de la antigüedad se trata. Son los propios hallazgos los que se encargarán de responder a esa cuestión. La exhumación de Herculano es una labor ardua. Hay que atravesar veinte o incluso más metros de una masa pétreo formada por fango solidificado antes de llegar a las ruinas de la ciudad y descubrir, finalmente, que el pozo Nocerino está situado sobre la vertical del teatro.

En contraste con el desdén con que miran «algunos Señores de la Corte» los trabajos de los ingenieros españoles, Fernando VI y Bárbara de Braganza siguen desde España con gran interés las excavaciones desde el primer momento, según lo atestigua la correspondencia que Don Carlos mantiene con ellos. Como respuesta a sus cartas, les dice éste en marzo de 1739: «He ordenado a Montealegre decir todo lo que se encuentra en ese antiguo teatro». En efecto, desde los primeros momentos Don Carlos sigue puntualmente la marcha de las excavaciones. Por ello Pedro Voltes ha podido decir: «El descubrimiento de Pompeya y Herculano, liberadas de la capa de tierra y ceniza que las cubría, debía provocar en el mundo de las artes un segundo Renacimiento. *El mérito se debe al rey Carlos. Su acción personal fue decisiva.* [...] El rey siguió estos trabajos con apasionamiento. Presenció la aparición del templo de Júpiter, con su profusión de estatuas, sus inscripciones, pinturas, y de las calles [...] No tardaron en aparecer las ruinas de Pompeya, y el rey compró los



terrenos para facilitar las excavaciones».

Desde el inicio de las excavaciones se le da a Alcubierre la orden de «dar cuenta por escrito cada semana, y siempre que conviniera», de todo lo que se fuera encontrando, lo que cumplió siempre con puntualidad indicando las fechas y lugares de los hallazgos. Al principio Alcubierre informa al rey diariamente, luego se establece como norma que los informes sean semanales y se haga un diario detallado de las excavaciones. Lamentablemente, muchos de esos partes semanales se perderán años después de que Carlos III regrese a España. De ahí que para la historia de las excavaciones sea de extraordinario interés el *Diario* que Alcubierre redactó en español y en el que se refiere a los hallazgos realizados desde el comienzo de las mismas hasta el año 1756, dos años antes del regreso de Carlos III a España. El gusto de Doña Isabel de Farnesio por las antigüedades clásicas debió de influir no poco en la perseverancia que puso su hijo en la tarea arqueológica, a pesar de las dificultades, pues para darle gusto le envía a Madrid la primera planta que se realiza del teatro, dibujada por Alcubierre, con la indicación de los lugares exactos donde se han encontrado las esculturas de interés. El memorial ilustrativo que acompaña al dibujo lleva una nota de Montealegre, que dice: «por si mereciese la curiosidad de los Reyes Nuestros Señores». En ese memorial, redactado por el ingeniero zaragozano, se incluye una lista de treinta pinturas con la explicación de temas y medidas. También se envía a Doña Isabel el dibujo de un *oscillum*, o medallón de mármol, pero no consta que se le hiciese llegar ninguna de las piezas exhumadas. Al leer estas informaciones la pasión anticuaria de la reina de España no podía sino encenderse.

El interés por los hallazgos que empiezan a aflorar al pie del Vesubio coincide con el suscitado en esas fechas por el propio volcán. El 13 de octubre de 1738 el conde de Brühl, que ha llegado a Nápoles en el séquito que acompaña a Doña María

Amalia, hace una excursión al Vesubio en compañía de José de Cartella, primer caballerizo de la reina. A raíz de esa excursión se explora el cráter, se toman medidas y se recogen muestras de la erupción, que también son enviadas a los reyes de España junto a un plano y una descripción detallada. A partir de entonces los viajeros que lleguen a Nápoles combinarán la excursión al Vesubio con la de las ciudades que se excavan al pie del volcán.

La figura más destacada en la exhumación de Herculano, en la investigación sistemática de esa ciudad —así como en la de Pompeya y Estabia—, en la recuperación de miles de pinturas, esculturas, utensilios y manuscritos o *volumina* y en el registro detallado de esos objetos es el ingeniero militar Roque Joaquín de Alcubierre, que contará para esa dura y absorbente tarea con la ayuda de su hermano Felipe. Nacido en Zaragoza en el año 1702, pasa a Italia con otros ingenieros militares dentro de la expedición enviada por Felipe V en junio de 1734 para ayudar a su hijo en la conquista del sur de Italia. Entre esos colegas se encuentran los ingenieros militares Joaquín Pérez Conde y José de Córcoles, que también tendrán un papel importante en las excavaciones. De la diligencia de Alcubierre y de la buena fortuna que les acompaña es una prueba que el 5 de mayo de 1741, o sea, dos años y medio después de iniciados los trabajos, pueda decir: «Ya pasan de ciento cuarenta las pinturas que se han sacado de las grutas». La importancia que cobran, a cada día que pasa, los hallazgos, unida a la necesidad de garantizar la seguridad de los edificios próximos, aconseja tomar ciertas medidas. Con ese fin se elabora una normativa innovadora, en la que participan el ingeniero mayor Juan Antonio Medrano y el mariscal de campo Andrés de los Cobos, que obliga a levantar planos de todo lo que se explora. Esta normativa pasará a los ingenieros que van a estar al frente de las excavaciones vesubianas: Roque Joaquín de Alcubierre, Francisco Rorro, Pedro Bardet, Carlos Weber y Francisco de la Vega. Así, gracias a las disposiciones ordenadas

por Carlos III, se dan «los primeros pasos de la arqueología moderna, que salía de las limitadas búsquedas del coleccionismo de antigüedades para pasar a ser patrimonio de todos», para decirlo con palabras de Gaetano Capasso. Los cuidadosos procedimientos que se estipulan contrastan con la falsa idea difundida por algunos autores según la cual las excavaciones se limitaban a un simple saqueo en el que ni siquiera se registraban los hallazgos. Eso era normal en la mayoría de las excavaciones de la época, pero no en las de Carlos III. Basta comparar el registro documental de Herculano con el de las excavaciones que por esas fechas se hacen en Roma, con Winckelmann como *Prefecto delle Antichità* y *Anticuario Apostolico*, para darse cuenta del muy superior rigor científico-técnico de las herculanenses.

El rey nunca llega a entrar en las galerías donde efectúan su trabajo de campo los arqueólogos, pues, como señala Fernández Murga, «el real decoro no se avenía con el único modo posible hasta entonces para hacerlo, es decir, a través del pozo y atado a la maroma del cabrestante». Pero del interés con que sigue los trabajos desde sus inicios tenemos el testimonio de Alcubierre, quien anota el 17 de marzo de 1739 la cordialidad con que Su Majestad, ese mismo día, le ha preguntado por las excavaciones desde un balcón de palacio, y eso cuando nadie podía sospechar el tesoro que el tesón del ingeniero militar español y su equipo acabarán sacando a la luz. Un tesoro que sólo se conseguirá al precio de ímprobos esfuerzos, pues al estar Herculano cubierta por una capa de piedra de veinte metros de grosor, hay que trabajar como en las minas. De Brosses, que visita las grutas un año después de iniciados los trabajos, las describe así: «Se descende, como a una mina, valiéndose de un cable y un torno, por un ancho pozo profundo, de cerca de doce a trece toesas [o sea, unos veinticuatro o veinticinco metros] [...] No pueden distinguirse los objetos más que al resplandor de las antorchas, que, llenando de humo estos subterráneos faltos de aire, me

obligaban a cada momento a interrumpir mi examen para ir a la abertura exterior a respirar con más facilidad» (carta del 28 de noviembre de 1739). «Difícilmente podrá nadie que no tenga gran ánimo y corazón», dice por su parte Giacomo Martorelli, «caminar, como he hecho yo, ochenta y cuatro palmos bajo tierra por esas galerías estrechísimas y casi en ruinas». Para orientarse en aquellas tenebrosas galerías Alcubierre no dispone de más instrumentos que una brújula, pues, según él mismo anota en su *Diario*, la estrechez de las grutas no permitía el empleo de la plancheta. A pesar de ello, los hallazgos se irán sucediendo a ritmo creciente día tras día.

Otro expresivo testimonio de las condiciones en que se desarrollan los trabajos de Herculano nos lo proporciona Alejandro Dumas, padre. Aunque la visita que hace a ese lugar data de 1835, cuando ya hace mucho tiempo que se ha dejado de trabajar en ese yacimiento y se puede acceder a él sin necesidad de utilizar el viejo pozo, sus palabras dan una idea de las condiciones en que, durante años, se llevó a cabo la exploración: «Se baja a las excavaciones de Herculano, como a una mina, a través de una especie de pozo. Aparecen luego corredores subterráneos, a los que se accede con antorchas, corredores ennegrecidos por el humo, en los que, de trecho en trecho, y como a través de un velo desgarrado, se entrevén la esquina de una casa, el peristilo de un templo, los graderíos de un teatro; todo ello incompleto, mutilado, tétrico, sin conexión, sin visión de conjunto y, por consiguiente, sin efecto. Por ello, al cabo de una hora pasada en aquellos subterráneos, el más empedernido anticuario, el arqueólogo más obstinado, el más infatigable curioso no sienten otra necesidad que la de ver la luz del día, ni otro deseo que el de respirar el aire del cielo».

Al poco de iniciadas las excavaciones se producen hallazgos tan importantes como las espléndidas pinturas murales de *Teseo vencedor del Minotauro* y *Hércules reconociendo a Telefo* en

*presencia de Arcadia (Lámina XVI)*. La primera, hallada el 22 de septiembre de 1739, suscita una admiración universal. «Esta pintura se considera por cosa muy singular y de valor», comenta Alcubierre, «así por el primor y arte del que la hizo, que en concepto de muchos ha excedido a Raphael [...] como por ser la única tal vez en el mundo que, después de haberse mantenido más de 1.700 años dentro de la tierra, se ha sacado 52 palmos debajo la superficie de ella sin haber perdido nada los colores».

Sensación no menor causa siete años más tarde, en 1746, el hallazgo de dos estatuas ecuestres en mármol de Marco Nonio Balbo, que actualmente se encuentran en el vestíbulo del Museo de Nápoles. Dada la mole de las mismas, su extracción presentaba particulares dificultades. Para entonces ya se había abierto, en base a los precisos cálculos de Alcubierre, una rampa subterránea que, además de facilitar el acceso y la renovación del aire en las grutas, demostró ser providencial cuando una tromba de agua las inundó el 22 de septiembre de 1745: los obreros pudieron salvarse subiendo a lo alto de los graderíos del teatro y escapando por la rampa. No obstante, las estatuas, al igual que la mayor parte de las demás piezas que se iban encontrando, hubo que sacarlas a través del pozo mediante el cabrestante.

Dada la dureza de los trabajos, resulta especialmente ruin la falsa acusación que se hace a Alcubierre de haber empleado minas explosivas, cosa que jamás hizo. «Una mala traducción de los documentos españoles», señala la profesora Alonso Rodríguez a este respecto, «ha extendido en la bibliografía la idea de que las minas a que se refiere el ingeniero de Carlos III, son cargas subterráneas de pólvora que se hacían explotar en las galerías. Sin otro apoyo documental que las sucesivas citas de unos autores a otros, se han llegado a describir episodios de explosiones y pólvora que en absoluto constan en la abundante documentación original que existe ni en las descripciones de todos aquellos que

visitaron las excavaciones en el siglo XVIII». A los autores que han difundido semejante infundio habría que exigirles, al menos, que se informasen acerca del significado de la palabra *mina*, que en español significa, en primer lugar, las galerías abiertas bajo tierra para extraer metales o minerales, y no el explosivo que inventó su acalorada fantasía. La mezcla de ignorancia, ligereza y posiblemente malicia cuando dan a la palabra *mina*, que aparece a menudo en las relaciones de excavación, el significado de explosivo es tanto más vergonzosa por cuanto «quizá nunca un trabajo de minería», según destaca el arqueólogo e historiador Amedeo Maiuri, «impuso un sacrificio tan duro como éste ni exigió tanto esfuerzo de inteligencia y de maestría con medios tan rudimentarios».

Abundando en el malentendido sobre el vocablo *mina*, Silvestro Carotenuto dice en *Herculaneum* (1932) que «cuando la durísima toba ofrecía resistencia se empleó incluso la mina», dando a esta palabra el sentido de explosivo. Harold Acton se hace eco de la patraña en su obra sobre los Borbones napolitanos cuando afirma que «se hallaron muchas cosas de valor, que sobrevivieron [...] a los daños causados por el pico y las minas», y aporta a continuación una variante, igualmente falsa, del caso: «en 1738 Carlos III hizo confiar las excavaciones y las confió a un ingeniero español, Alcubierre que, no entendiendo nada de antigüedades, devastó el teatro de Herculano». En semejante devastación pusieron, en efecto, gran empeño, no Alcubierre y su equipo, sino los operarios con que el príncipe D'Elbeuf, general al servicio de los alemanes, había saqueado esa zona, detalle que Acton prefiere ignorar. Y todavía se atreve este sujeto a añadir la información, igualmente falsa, de que a Alcubierre «le sucedió un florentino, Venuti, célebre anticuario», cuando en realidad le sucedió el español nacido en Roma Francisco de la Vega. Si se tiene en cuenta el inmenso éxito que en hallazgos, conservación e información obtuvo el «ignorante» ingeniero español metido a

arqueólogo, no cabe duda de que los profesionales de la arqueología deberían imitarle en lo posible, sobre todo si se ven obligados a trabajar en las durísimas condiciones en que lo hicieron Alcubierre y su equipo.

La patraña de la pólvora cobró proporciones de difícil digestión cuando el *Reader's Digest*, revista estadounidense de gran difusión aunque de escaso prestigio, publicó en mayo de 1954 el siguiente relato: «En 1748 este ingeniero [Alcubierre], con una cuadrilla de veinticuatro trabajadores y la pólvora como instrumento principal, emprendió una serie de excavaciones toscas. [...] Alcubierre se complacía en los objetos que encontraba por cuanto irían a enriquecer la colección del Rey de Nápoles; pero en lo que más se interesaba era en las aplicaciones técnicas de la pólvora». Lo menos que se puede decir de estas frases, plagadas por lo demás de errores, es que sus autores, Donald y Louise Peattie, y el editor del *Reader's Digest* eran, al igual que Acton, una gente mucho más interesada en las aplicaciones técnicas de la mentira que Alcubierre lo pudo estar en las aplicaciones técnicas de la pólvora, de la que nunca hizo uso en las largas y penosas jornadas de excavación. No niego, sin embargo, que hubo una explosión en Herculano y que esta se produjo el 7 de agosto de 1755: fue debida a una chispa que saltó al golpear un obrero con el pico una piedra provocando la inflamación del gas acumulado. Se trataba de hidrógeno sulfurado, pues se sintió un fuerte olor a azufre. Y todo quedó en el susto.

Frente a la erupción de patrañas, diríase que exhumadas de los fondos más oscurantistas de la leyenda negra, con la que se ha pretendido enterrar el protagonismo de Alcubierre y con él la participación española en la empresa arqueológica más importante del siglo dieciocho, ha habido, ciertamente, estudiosos que han puesto las cosas en su sitio saliendo en defensa del ingeniero zaragozano. Caesar Egon declaró sin rodeos

que «sus méritos eran inmensos» y Alfonso De Franciscis destacó «la realidad de los resultados concretos que la actividad arqueológica alcanzó con las nuevas y grandes empresas de excavación y con los estudios que aquellos descubrimientos provocaron» añadiendo que «fueron las primeras excavaciones emprendidas de forma sistemática y realizadas con un vasto y en cierto modo orgánico programa de exploración y de estudios de complejos núcleos urbanos». Fausto Zevi no ha dudado en afirmar que los trabajos de Alcubierre y su equipo representan «la máxima operación de aquel siglo en lo referente al conocimiento de la antigüedad y, se la mire como se la mire, una de las etapas fundamentales de la arqueología de todos los tiempos». Y, refiriéndose en particular a Herculano, añade estas atinadas palabras: «Hay que considerar que la excavación de Herculano no tenía precedentes, ni por la amplitud del programa (se vio en seguida que había que enfrentarse con la exploración de una entera ciudad) ni por el estado de conservación de los monumentos ni, sobre todo, por las particularísimas condiciones en que se realizaba la exploración, en estrechas y oscuras galerías a veinte metros bajo tierra».

Una severa disciplina preside la actividad de aquel pequeño grupo inicial de exploradores, tanto en lo que se refiere al trabajo, que se rige por la hora española, como en lo que atañe a la comunicación y entrega de cualquier objeto por insignificante que pueda parecer, lo que supone cuidadosos registros y una severa penalización de la menor sustracción. Veamos un ejemplo de esta rigurosa disciplina. El 13 de febrero de 1741, al vaciar un obrero una espuerta de tierra, observa que, revueltos en la tierra, hay unos higos secos que, en la semioscuridad de las grutas, han pasado inadvertidos, y, sin dar importancia a lo que hace, entrega algunos de esos higos a un paisano que pasaba por allí. Al tener noticia de ello, Alcubierre le obliga a recuperar los higos y, aunque ante el marqués de Salas disculpa al infractor, le hace



apresar para que sirva de advertencia a los demás. En esas fechas trabajaban dieciocho operarios en las grutas. Más tarde, cuando lleguen a cuarenta, el peligro de infracciones aumentará y, por ello, se impone el deber de tomar especiales precauciones.

El siguiente ejemplo es todavía más ilustrativo. Se descubre que tres hombres y dos mujeres han robado, en septiembre de 1740, «cierta cantidad de trocitos de bronce antiguo de diversa grandeza y elaboración, junto con otros pequeños pedazos machacados de lastras de plomo, tres lucernas antiguas de terracota, dos piedras de cornalina y otras cosas menudas». El 8 de diciembre se condena por esa infracción a dos de los hombres a tres y dos años de galera respectivamente y a las mujeres a tres años de destierro. A los dos hombres se les aplica además la pena de los azotes «para infundir el temor en los demás». Aunque, a primera vista, sorprende tal dureza en el rey y en el marqués de Salas, que tan merecida fama se granjearon de hombres bondadosos y comprensivos, el rigor de la pena queda explicado con las palabras que Alcubierre escribe ocho años más tarde comentando el caso: «Este ejemplo ha motivado desde entonces tal respeto en las grutas, que es bien positivo que de ellas no se ha extraviado ninguna cosa jamás». Y tanto cuidado se pone en las excavaciones, que Alcubierre podrá jactarse, al final de su *Diario*, de no haber sufrido un solo accidente en los dieciocho años que las dirigió de forma directa.

Del detallismo y conservacionismo a ultranza que preside la labor tenemos una buena prueba cuando el 14 de septiembre de 1742, a raíz de haberse hallado el día anterior una balanza romana, el marqués de Salas llama la atención de Pedro Bardet, que sustituía temporalmente a Alcubierre, para recordarle que debe atenerse a las instrucciones que se le han dado: «Su Majestad ha reparado que al brazo de la romana se le ha quitado la pátina, lo que no se debe hacer, como ya lo tengo prevenido a Vuestra Merced otras veces». En su papel de supervisor, Carlos

III es tan exacto y detallista como lo era en los más variados asuntos de la vida y la gobernación de sus reinos.

Otra calumnia contribuirá a empañar el prestigio de Alcubierre. En este caso el difamador es Winckelmann. El anticuario alemán le acusa, sin el menor fundamento, de haber destruido una inscripción sin haberla copiado, cuando el *Diario* de Alcubierre y sus comunicaciones semanales a la Corte evidencian el cuidado que siempre puso en la tarea de copiar las inscripciones antes de arrancarlas del lugar donde se encontraban, y de recoger todos los fragmentos de las mismas cuando las inscripciones aparecían rotas. El infundio lo lanza Winckelmann en la carta al conde Brühl, que, publicada en París en 1764, cuando Carlos III llevaba ya cinco años en España, obtiene gran difusión para disgusto de los napolitanos y de las personas bien informadas.

«La dirección de estos trabajos», dice Winckelmann al hacer la historia del descubrimiento de Herculano, «fue confiada a un ingeniero español llamado Roque Joaquín Alcubierre, que [...] tiene tanta familiaridad con las antigüedades como la luna con los cangrejos, como dice el proverbio italiano, ha causado con su poca capacidad la pérdida de muchas cosas preciosas. Un solo ejemplo servirá de prueba». Y pasa a referir la patraña de la inscripción. El relato de Winckelmann, si algo pone en evidencia, es la falta de fiabilidad del propio anticuario, que, al ser nombrado conservador de las antigüedades en Roma, no se mostró tan cuidadoso como se podría esperar de quien se atreve a emitir un juicio tan severo y, sobre todo, falso. Como historiador del arte antiguo Winckelmann, desborda las capacidades de Alcubierre, pero, como arqueólogo, es un pigmeo frente a un gigante. Además, jamás se habría permitido un hombre tan serio y cabal como el ingeniero español el tono de resentimiento con que se expresa el esteta alemán.

Si algo excusa a Winckelmann es que, probablemente, se limitó a hacerse eco de la información que le sopló Camillo Paderni, director del Museo Herculanense, pues fue éste quien le acompañó en sus visitas a dicha institución, y Paderni aborrecía a Alcubierre, celoso como estaba de su preeminencia. Poco después del segundo viaje de Winckelmann a Nápoles y de sus visitas al museo, Tanucci escribe el 22 de abril de 1762 a Carlos III, ya rey de España: «Paderni se desahoga como de costumbre contra Alcubierre, al que no me es posible hacer que llegue a digerir». La disciplina con que el ingeniero aragonés dirige los trabajos arqueológicos pudo hacerle antipático ante Paderni, pero lo cierto es que esa disciplina contribuyó a los grandes progresos de la excavación.

Puestos a descubrir escándalos arqueológicos, Winckelmann debería haber dirigido la mirada no hacia el paciente, tenaz y riguroso Alcubierre, sino hacia su engañoso informador, o sea, hacia Camillo Paderni, pues éste y Tanucci protagonizaron una atrocidad de la que Winckelmann no se hace eco. Ocurren los hechos cuando Carlos III se encuentra ya reinando en España y su hijo, el nuevo rey de las Dos Sicilias Fernando IV, sólo tiene diez años. Tanucci autoriza a Paderni, por Orden del 14 de abril de 1761, a destruir a golpes de pico todas las pinturas que no considere merecedoras de figurar en el museo que dirige el propio Paderni. Éste cumple con tanto celo la orden que provoca el estupor y la indignación de cuantos tienen noticia del suceso, de modo que, a los tres años de iniciadas aquellas destrucciones, Tanucci se ve obligado a ordenarle que cese en las mismas, al tiempo que hace saber a Alcubierre esta nueva disposición: «Portici, 12 de noviembre de 1763. Habiéndose ordenado a don Camillo Paderni que no ose poner mano en las pinturas antiguas halladas en las excavaciones, sin consultarlo antes con Su Majestad [...], puesto que el Rey ha oído con horror que se ha ordenado destruir muchas pinturas, me ordena por ello S. M.

que prevenga a V. S. para el cumplimiento de su Soberana resolución». Tal vez a Paderni, no sabiendo qué hacer para quitarse de encima el cargo de conciencia de tan vandálica acción, no se le ocurrió otra cosa que lanzar, para al menos desviar la atención, el infundio de que Alcubierre había olvidado copiar una inscripción antes de arrancarla de un muro.

Así, pues, si en esta tragicomedia de vandalismo arqueológico hubiera que buscar un villano, ese papel habría que adjudicárselo a Paderni, en tanto que a Winckelmann habría que darle el de informador fácilmente manipulable que lanza una acusación falsa a un público ávido de noticias escandalosas. Tampoco refiere Winckelmann que, cuando se encarga a Paderni la dirección de los trabajos de excavación, se logran tan exiguos resultados, en comparación con los obtenidos por su rival, que al cabo de unos meses se le obliga a abandonarlos, y Paderni no puede por menos de reconocer su fracaso declarando a Tanucci el 4 de diciembre de 1762: «Me siento el hombre más confuso del mundo».

Que Alcubierre fue un arqueólogo muy afortunado es un hecho indudable: ahí está el Museo de Nápoles para probarlo. ¿En qué consistió el secreto de su buena estrella? Él mismo lo da a entender cuando dice que el mejor modo para que la excavación dé frutos consiste en atender con asiduidad al trabajo y aprovechar bien los datos que la excavación proporciona. Todavía aclaran algo más el secreto de su éxito las instrucciones que da a Francisco Rorro, que le sucede cuando el 3 de junio de 1741 cae enfermo debido a las duras condiciones que imponen los trabajos, manteniéndose al margen de ellos hasta 1745. Entre esas instrucciones cabe destacar la siguiente: cada día se ha de escribir «haciendo distinta relación de las cosas que hubieran comparecido en las excavaciones y remitiéndola en el correo que lleva las cartas a la Secretaría Real de Nápoles». O sea, lo que se requiere es constancia, método, atención y una información detallada y ordenada del proceso a través de la relación precisa de

todo lo que se halla. Y también se requiere intuición, don que no le faltó a Alcubierre. Por ejemplo, al observar que al pie de algunas estatuas encontradas en las termas romanas de Caracalla figuraba una inscripción donde se informaba de que habían sido extraídas *ex abditis locis*, o sea, de «lugares ocultos», supuso que provenían de las ciudades sepultadas de la Campania, ya que tenía noticia de que, en otros tiempos, se habían producido incursiones en Pompeya, Estabia y, sobre todo, Herculano. Carlos III siempre tuvo a Alcubierre en el mejor concepto, y el 2 de septiembre de 1760, unos meses después de llegar a España, escribe a Tanucci estas palabras definitivas: «Veo lo que me dices de D. Roque de Alcubierre [...] y te diré con sinceridad que él es buen Oficial y muy hombre de bien y limpio de manos». Tan hombre de bien y limpio de manos que, a su muerte, deja en la pobreza a su mujer y a sus numerosos hijos.

Alcubierre tiene también especial cuidado en ilustrar, desde el principio, el proceso con dibujos de los lugares donde se producen los hallazgos relevantes. Los realiza, sobre todo, para dar satisfacción al rey, que es un hombre extremadamente exacto. En una fecha tan temprana como el 13 de mayo de 1739, cuando sólo se lleva medio año excavando, Alcubierre envía al marqués de Salas «el plano que difícilmente he podido formar de las grutas y edificio del Theatro antiguo» de Herculano, «en cuya explicación observará V. E. el lugar fijo donde se han encontrado las inscripciones, estatuas, columnas, metales y otras piedras halladas en estas excavaciones». He ahí un buen ejemplo —entre los numerosísimos que se podrían aducir— de la función que el dibujo tiene para Alcubierre en el proceso investigador.

En esta asidua y minuciosa tarea de dibujar los lugares excavados precisando los objetos hallados en cada sitio, cuenta Alcubierre en los primeros tiempos con la eficaz colaboración de su hermano Felipe y de Mariano Díaz. Más tarde el suizo Carlos Weber y el español nacido en Roma Francisco de la Vega, que

sucede a Weber en el cargo de director subalterno, demuestran estar en posesión de una esmerada técnica de dibujo. Es verdad que la mayor parte de éstos no se ha conservado, pero ese extravío no es imputable a Alcubierre. La desaparición de los dibujos debió de empezar pronto, pues en una carta dirigida a Tanucci el 18 de agosto de 1759, dos meses antes de la partida de Carlos III rumbo a España, dice Alcubierre haber visto en poder de monseñor Antonio Ottavio Baiardi algunos de aquellos dibujos enviados por él a la Corte. Otro tanto ocurre con sus comunicaciones oficiales. Fueron tantas que, al final de su *Diario*, con fecha del 22 de octubre de 1756, habla de dos mil cuarenta y una. Sin embargo, una buena parte de ellas empezó a desaparecer pronto. «Sorprende la desaparición de todos estos documentos», comenta Fernández Murga, «cuando sabemos que en la Corte se tenía el mayor empeño y el máximo cuidado para que nadie tuviera acceso a esas noticias y nadie pudiera adelantarse en la publicación de las mismas». Giulio De Petra, arqueólogo y director del Museo de Nápoles a finales del siglo diecinueve, da a este respecto una interesante información: «Cuando Fiorelli, en 1847, copiaba en la Dirección del Museo los informes de las excavaciones de la parte pompeyana, ya no se daba la debida cuenta de estas preciosas comunicaciones; y atestigua haber visto a alguien, al que incumbía la obligación de custodiarlas celosamente, destruir algunas con una ligereza imperdonable. Y aún peor, se siguió esa obra de destrucción después de que Fiorelli hubo cumplido con el cometido que había asumido». O sea, la destrucción de documentos se produjo muchos años después de que Carlos III dejase el trono de las Dos Sicilias y mucho tiempo después de que se hubiese eclipsado la influencia de los arqueólogos españoles. Y, sobre todo, esa destrucción tuvo como objeto numerosas comunicaciones oficiales de los arqueólogos españoles y de sus colaboradores napolitanos.

Mientras Carlos III reina en Nápoles, las relaciones de excavación se redactan en español. A partir del 24 de diciembre de 1763, por orden del propio Carlos III, que ya está reinando en España, pero que en la práctica gobierna las Dos Sicilias, pues su hijo tiene sólo doce años, se ordena que se redacten en italiano, si bien a veces sigue haciéndose en español. Destituido Tanucci en 1776, víctima de la animadversión de la reina María Carolina a causa de la influencia que el ministro ejerce sobre su marido, bien puede decirse que Carlos III suelta definitivamente las riendas del reino. No es casual que ese mismo año se abandonen las excavaciones de Herculano, que no serán reanudadas hasta bien entrado el siglo veinte, en tanto que las de Estabia se suspenderán de forma definitiva seis años después, en 1782. Cuando a mediados del siglo veinte se reanudan estas últimas, una conocida obra publicada en 1957 con el título *Viaggio in Italia* presenta esa vuelta a la excavación como si fuera el descubrimiento de Estabia. Hasta tal punto se había perdido la memoria de la gran obra de Carlos III, cuyo radio de acción arqueológica fue más allá de las antiguas ciudades vesubianas, al extenderse, sobre todo desde 1750, a diferentes puntos del golfo de Nápoles, como Sorrento, Pozzuoli y Cumas. En este último lugar se encontrará, en 1758, un año antes de su abdicación, un busto colosal de Júpiter que puede admirarse en el Museo de Nápoles.

En los últimos años se está haciendo justicia a la política arqueológica de Carlos III. En un libro de gran calidad artística publicado en el año 2000 con el título de *Pompei. The history, life and art of the buried city* y escrito por un equipo de investigadores italianos, se elogia sin reservas la acción política en general y arqueológica en particular del monarca madrileño y se reconoce lo estricto de la normativa establecida por él para las excavaciones, así como el carácter científico de las mismas. No obstante, en esa obra se comete el gracioso error de suponer que

Carlos III adquirió «el ducado Farnese» por matrimonio, cuando es bien sabido que el derecho a ese ducado lo recibió a través de su madre Isabel de Farnesio. El que adquirió ese derecho por matrimonio fue, en todo caso, su padre, Felipe V. A Carlos III mal le habría podido dar «el ducado Farnese», o para ser más exactos el ducado de Parma, su esposa María Amalia de Sajonia, cuya familia no había tenido nada que ver ni con Parma, ni con los Farnesios, ni siquiera con Italia hasta que el rey Felipe V de España eligió a esa princesa como esposa de su hijo.

El 2 de abril de 1748, sólo diez años después de comenzadas las excavaciones herculanenses, se inician los trabajos que llevarán al descubrimiento de Pompeya. Técnicamente son mucho más sencillos, pues se podía trabajar a cielo abierto. Leandro Fernández de Moratín, que visita la zona en 1796, deja una excelente explicación sobre lo distintas que son las formas de excavar en esos dos yacimientos arqueológicos: «La cantidad de ceniza y lavas que cayeron sobre esta ciudad [Herculano] fue tal, que sus edificios se hallan a sesenta, ochenta y cien pies de profundidad. Esto hace muy difícil la excavación, pues además de la consistencia y grueso de las materias que hay que romper a pico, es necesario sostener con postes y estribos las excavaciones para que todo no se hunda y arruine; y además, cómo es posible taladrar un terreno sobre el cual existen en pie tantos edificios, sin que éstos se resientan». De Pompeya dice a continuación: «La multitud de cenizas que cayeron sobre ella detenidas en los huecos de sus calles y edificios, formaron una elevación de terreno, el cual, haciéndose con el tiempo vegetal y fértil, comenzó a labrarse, y hoy se ve encima de los templos, teatros y sepulcros de Pompeya enlazarse las parras a los chopos, y segar el labrador mieses abundantes. La excavaciones que se hacen en este sitio cuestan poco trabajo, así porque todo es cenizas lo que hay que romper, como porque es mucho menor la profundidad a que se encuentran las ruinas que en Herculano».



A diferencia de la profundidad en que se hallaban sepultadas las ruinas de esta ciudad, la capa de ceniza que cubría Pompeya dejaba ver ocasionalmente las partes más altas de sus principales edificios. En el terreno donde se halla su gran anfiteatro se extendía una viña a la que llamaban «la viña del anfiteatro», indicio de que se sabía muy bien qué clase de edificio estaba emplazado debajo. Al conjunto de aquellas ruinas se le llamaba «Civita», o sea, la Ciudad. Su identificación como una antigua ciudad venía de lejos. Cuando, en el otoño de 1535, el rey emperador Carlos I se dirige a Nápoles tras la victoriosa campaña de Túnez y pregunta qué ruinas eran aquéllas, le responden, incorrectamente, que eran las de la antigua Estabia, las cuales de hecho se encuentran a diez kilómetros de Pompeya y cuya excavación, también bajo la dirección de Alcubierre, se iniciará el 7 de junio de 1749. Sin embargo, el poeta Sannazaro, fallecido cinco años antes de pasar el rey emperador junto a las misteriosas ruinas, había dicho en la prosa XII de su *Arcadia* que correspondían a Pompeya, lo que, sin duda, era sabido por el también poeta Garcilaso de la Vega, que acompañaba a Carlos I en su viaje a Nápoles. Ese dato llegó también a conocimiento de cualquiera que leyese la traducción española de *Arcadia*, que se publicó en 1547 en Toledo y fue hecha por Diego López de Ayala. Pero *Arcadia* era una obra de ficción (que, sin embargo, aportaba un dato histórico) y los que respondieron a la pregunta del rey emperador lo hicieron a título de historiadores (que, sin embargo, transmitían un dato ficticio).

Al comienzo, Pompeya reporta pocos hallazgos de importancia. El 24 de marzo de 1764 Winckelmann profetiza que «no hay esperanza de que puedan encontrarse objetos de arte ni otras cosas en esta ciudad, en cuyos edificios se ven arrancadas, ya desde tiempos antiguos, hasta las pinturas de las paredes y los quicios de las puertas». Afortunadamente, ni Alcubierre ni su equipo hacen caso al anticuario alemán, ni tampoco a la

aparición de la peligrosa *mofeta*, producida por la descomposición de las sustancias orgánicas a causa de los fuertes calores del verano, y siguen adelante en sus trabajos (*Lámina XVII*). Un año después de Pompeya se empieza a excavar en Estabia y, de forma ocasional, en otros puntos del golfo de Nápoles y la Campania, como Pozzuoli, Baias, Cumas y Capua. El conde de Gazzola emprende también en esos años el estudio de los templos dóricos de Paestum (*Lámina XVIII*).

No sólo se sigue excavando en Herculano, sino que, justo cuando acaban de iniciar las excavaciones pompeyanas, los arqueólogos carolinos están a punto de hacer el descubrimiento más sensacional de cuantos brindarán las excavaciones vesubianas. El descubrimiento tiene su prólogo el día 2 de mayo de 1750 cuando se comienza a trabajar en un nuevo pozo de Portici. Es una exploración ardua, ya que, como observa Alcubierre el 9 de mayo, el trabajo «se ha experimentado muy angustioso y difícil, por lo durísimo que allí se halla el terreno, petrificado en algunas partes, en la profundidad de 114 palmos [o sea, unos 24 metros], y por el motivo de lo angosto que está aún el trabajo y manar agua en diversas partes». Con esos dolores de parto empieza a salir a la luz una gran mansión suburbana que debe su nombre de Villa de los Papiros a los numerosos *volumina* carbonizados que en ella se van a encontrar. Exaltado por los hallazgos, Don Carlos se lanza «alla più grande e memorabile impresa della storia dell'archeologia», según la califica G. Capasso, y con ella puede decirse que pone broche de oro a su reinado en el mediodía de Italia (*Lámina XIX*). El análisis de algunos volúmenes de la biblioteca, de los bustos que se hallan en la mansión y de referencias literarias, sobre todo algunas que se encuentran en obras de Cicerón, induce a pensar que la mansión perteneció a Lucio Calpurnio Pisón Pontífice, cuñado de Julio César y adversario de Cicerón, además de íntimo amigo del filósofo epicúreo Filodemo de Gadara, que pudo residir en la

Villa, ya que en ella se encontraron tratados de retórica y música escritos por él, y la mayoría de los volúmenes estaban redactados en griego.

El 25 de julio se incorpora a los trabajos, en calidad de director subalterno, el ingeniero Carlos Weber, que intensifica las exploraciones herculanenses, sin por ello descuidar las de Pompeya y Estabia. A su destreza se suele atribuir el magnífico plano de la Villa de los Pisones, o de los Papiros Carbonizados, en el que se detallan sus dependencias y el lugar exacto en el que fueron hallados las esculturas y libros que albergaba. La excavación se ha vuelto para entonces hasta tal punto una empresa científica presidida por el afán de exactitud —en el caso de la Villa de los Pisones contamos con la abundante documentación dejada por Alcubierre, Paderni y Weber—, que, el 16 de agosto de 1750, al tratar del magnífico pavimento policromado que va a conducir al descubrimiento de la Villa de los Pisones, dice Alcubierre:

«Y respecto a haberse considerado imposible el sacar sano el pavimento que se empezó a descubrir en este paraje el día 1 de este mes, el cual es compuesto de piedras de jaspe, de pajizo antiguo, hechas todas a manera de triángulos isósceles, colocados en círculos paralelos, los que, empezando con las piedras muy chicas, se van aumentando en cada círculo, hasta el diámetro de 20 palmos que tiene todo el expresado pavimento de figura circular, se formó el diseño de él, y se han sacado todas las piedras, que se numeraron, según los círculos a que cada una correspondían, y con ellas se ha vuelto a formar después todo el expresado pavimento en varios pedazos sobre lastras de piperno, para colocarle unido en el paraje que ordenare Su Majestad».

No tarda en verse que ese pavimento corresponde al mirador próximo a un gran jardín, que pertenece a la opulenta Villa de

los Pisones situada a la orilla del mar (*Lámina XX*). Siete meses después, el 2 de marzo de 1751, los pacientes arqueólogos descubren uno de los grupos escultóricos más importantes hallados en las excavaciones vesubianas. Se trata de la serie formada por la pequeña escultura de mármol de *El sátiro y la cabra*, que, debido a su carácter obsceno, va a parar a los sótanos del museo para ser sólo mostrada a contados visitantes, y, sobre todo, el *Sátiro ebrio* (*Lámina XXI*), el *Fauno dormido* (*Lámina XXII*), el *Mercurio sentado en una roca* (*Lámina XXIII*) —estatua de bronce saludada por Winckelmann como la más bella del mundo— y otras muchas esculturas, además de grandes cantidades de trigo procedente de la cosecha recogida unos días antes de que la Villa quedase sepultada, según veremos más adelante cuando la recorramos con algún detalle. Los excepcionales hallazgos que proporciona la Villa representan el lanzamiento a escala internacional de las excavaciones vesubianas. Y así, desde mediados de siglo en adelante, aumenta de forma considerable el número de viajeros que, en su *grand tour*, tienen a Nápoles como destino preferente, sólo por detrás de Roma.

El hallazgo más sorprendente que se produce en la Villa de los Pisones es el de la biblioteca, con sus cientos de rollos de papiro. Unos pocos años antes el presidente De Brosses estimaba que era una «locura imaginar que algunos manuscritos hayan podido resistir al suceso que causó la ruina de Herculano y a los diecisiete siglos de permanencia en el seno de la tierra». Pues bien, esa locura se había hecho realidad. Ahí estaban los libros, como si con su aparición quisiesen hacer realidad los anhelos expresados en 1747 por Matías Gesner, quien en el escrito en que rinde homenaje a Carlos III, en nombre del *orbe literario*, dice: «Si llegara a encontrarse la biblioteca de algún erudito, ¿qué riqueza de materiales no se derivaría para los hombres doctos?» Eso es justamente lo que acontece el 19 de octubre de 1752 cuando empiezan a discernirse en la Villa extraños rollos

ennegrecidos y quemados, semejantes a *terrones*, según los describe Alcubierre, quien, con su exactitud proverbial, anota el número y estado de conservación de los papiros y el lugar en que han sido hallados.

La fragilidad de los *volumina* obliga, dado su estado de carbonización, a tomar precauciones especiales, pues cuando Camillo Paderni intenta desenrollarlos, lo único que consigue es destruirlos. En vista de lo cual Carlos III hace venir a Nápoles al calígrafo y miniaturista Antonio Piaggio, que trabajaba a la sazón como superintendente de las miniaturas de la Biblioteca Vaticana, y, sin reparar en gastos, le encarga que idee un procedimiento que permita conservarlos, desenrollarlos y leerlos. El padre Piaggio llega a Nápoles en julio de 1753, se instala en una habitación del palacio de Portici e inventa un artefacto que le va a permitir desenrollar los *volumina* y consolidar las partes estiradas, a fin de poder transcribirlos y hacer una copia facsímil. Pero Piaggio trabaja demasiado lentamente para la ilusión que Carlos III ha puesto en esa empresa. Todas las semanas acude dos veces a su taller y no pocas le acompaña la reina. Acerca de esas visitas dice Piaggio que «el rey estaba siempre de pie junto a mi máquina y no hubo un solo caso en que se le viera sentarse por muchas fatigas que hubiera pasado en mar o en tierra. No se movía hasta que hacia mediodía venían a avisarle los mayordomos». La presencia de la reina no ha de extrañar. Desde su boda con Carlos III, se ha aficionado de forma progresiva a las colecciones de arte, al igual que su padre y su hermano. Se da, además, la circunstancia de que su padre, Federico Augusto III, adquirió en su momento algunas de las estatuas halladas por el príncipe D'Elbeuf en su propiedad de Portici al excavar el pozo Nocerino, y las empleó para adornar los jardines reales de Dresde, en tanto que otras quedaron en Resina y pasaron a ser propiedad de Carlos III cuando éste adquirió el palacio de D'Elbeuf.

El 9 de diciembre de 1760 Tanucci escribe a Carlos III, que ya lleva un año en España: «He apremiado tanto al Padre Piaggio, que lo he obligado a darme todos los meses una relación exacta de su trabajo. El mes pasado ha desenrollado tal cantidad de papiro como son trece líneas». Del disgusto que siente Carlos III por la lentitud de Piaggio hay varios testimonios en la correspondencia del rey con Tanucci, como cuando le escribe desde el palacio de El Pardo el 1 de febrero de 1763: «Veo con mucho gusto lo bien que se trabaja en la fundería y Museo, y quisiera oír otro tanto del Padre Antonio» y, más acerbamente, cuando, dos años después, el 16 de julio de 1765, le escribe desde Madrid: «Siento que el Padre Piaggio te haya burlado, y veo la poca cuenta que hay que hacer con él». Piaggio es un trabajador lento, pero los sabios franceses e ingleses no se van a mostrar mucho más diligentes, ni eficaces cuando Fernando IV regale, en 1806, veintiséis de los papiros mejor conservados, una parte al gobierno francés y otra al inglés. Domenico Comparetti observa, en 1883, que ninguno de esos volúmenes se había desenrollado todavía; no digamos leído. Esos volúmenes se ven envueltos, además, en un curioso incidente. Ocurre en 1819 y lo protagoniza un tal Sickert. Este perito alemán en papiros carbonizados se ofrece a desenrollar los que están en poder de Inglaterra, y el Gobierno británico pone a su disposición todos los medios imaginables. Se designa una comisión, de la que forma parte W. Hamilton, para que Sickert opere en su presencia. «El resultado fue», refiere Comparetti, «que Sickert con este método suyo, sobre el cual siempre quiso observar un religioso silencio, no logró otra cosa que destruir siete de aquellos papiros, y los habría destruido todos de no ser porque la comisión le obligó a interrumpir su tarea y lo despidió. Luego Sickert publicó una autodefensa, que es una obra maestra de la estupidez, en la que echa toda la culpa a los papiros y parece estar convencido de que los papiros deberían haber sido hechos con

vistas a su método, y no éste con vistas a los papiros. Y un periódico alemán de la época salió en su defensa atribuyendo también la culpa a los volúmenes “que no estaban bastante carbonizados”. En descargo de Sickert y de la comisión ante la que actuaba, hay que decir que un papiro que permaneció cuarenta años en poder de Champollion-Figeac y, después, de Firmin Didot nunca llegó a ser desenrollado ni leído. De haber llegado a conocimiento de Carlos III estas pequeñas historias protagonizadas por tan eminentes sabios, habría disculpado la lentitud con que operaba el padre Piaggio.

Deseoso de difundir las luces, Carlos III patrocina la publicación de un catálogo en el que se registren los hallazgos arqueológicos más importantes. El primer intento acaba en un voluminoso fiasco. El *Prodromo delle Antichità d'Ercolano* incurre en excesos de erudición tan impertinentes que su autor, monseñor Ottavio Antonio Baiardi, dedica nada menos que dos mil seiscientas setenta y siete páginas no a las antigüedades descubiertas, sino a los trabajos de Hércules, mítico fundador de la ciudad de Herculano, y a otras disertaciones semejantes. En vista de ello el rey resuelve crear la Reale Accademia Ercolanese por un decreto de 13 de diciembre de 1755, y el 25 de enero del año siguiente, la Academia celebra su sesión inaugural. En el rescripto que, por orden del rey, se envía a cada uno de los miembros designados para constituir la, Tanucci, recientemente nombrado secretario de Estado, traza las líneas maestras. Señala que el rey está vivamente interesado en que los académicos estudien lo más a fondo posible las antigüedades herculanenses, para cuyo rescate no ha reparado en gastos ni en dedicación, y que con ese fin ha estimado que lo mejor era elegir entre los numerosos eruditos que hay en la capital a quince personas idóneas que se apliquen al estudio e ilustración de todos esos monumentos y se reúnan cada quince días en la Secretaría de Estado para intercambiar sus respectivos conocimientos y tratar

los asuntos que se sometan a dilucidación.

Carlos III no escatima esfuerzos ni fondos para sostener las actividades de la Academia, y contrata a un nutrido grupo de dibujantes y grabadores, que dan origen a la escuela de grabado de Portici. Resultado de esta iniciativa será la edición de los ocho magníficos volúmenes de *Le antichità di Ercolano Esposte*, empresa monumental comparable, en lo editorial, a lo que representan, en lo material, las excavaciones (Fig. 10). Para su elaboración la Academia va a utilizar la obra que se propone componer Alcubierre en un encuentro que, en 1756, tiene con los reyes en los jardines de Portici. La obra recibirá el título de *Noticia de las Alhajas antiguas que se han descubierto en las excavaciones de Resina y otras en los dieciocho años que han corrido desde 22 de octubre de 1738, en que se empezaron, hasta 22 de octubre de 1756 que se van continuando*. En 1757 sale de las prensas de la Imprenta Real el primero de los ocho volúmenes de *Le antichità di Ercolano* dedicado a Carlos III. Entre los afortunados que reciben algún ejemplar de esos volúmenes —de los que sólo puede disponer el rey, ya que los edita a su costa— está Feijoo, al que obsequia con los dos primeros tomos de las pinturas. En justa correspondencia, el benedictino dedica al «sabio rey» el tomo V y último de sus *Cartas eruditas*, publicado en Madrid en 1760. *Le antichità di Ercolano* <sup>2</sup> revela al público europeo y sobre todo al hispánico y al napolitano, a través de magníficos grabados, quinientas pinturas, doscientas esculturas, cincuenta bustos y ciento cuarenta utensilios, o sea, un vasto museo de la antigüedad clásica en sus vertientes pública y privada, civil, religiosa y doméstica, que influirá decisivamente, al igual que los propios hallazgos, en la historia del arte y del gusto. Pues, como han puesto de relieve Mario Praz y Ferdinando Bologna, los descubrimientos de Herculano y Pompeya supusieron mucho para la historia del arte en general y de la cultura europea en particular.



El comprensible deseo de reservar a los eruditos napolitanos el privilegio de hacer públicos los hallazgos arqueológicos suscita, sin embargo, algún malestar en el público ilustrado de otros países, ansioso como está por conocer al detalle el fruto de tan extraordinarios descubrimientos. A la formación de ese estado emocional contribuye el sentimiento de frustración de los comerciantes de antigüedades ante el rigor que el monarca pone en la protección jurídica de los hallazgos. Y contribuye también la irritación de Winckelmann, que viaja de Roma a Nápoles en 1758, pues aunque Antonio Piaggio le aloja en Portici, se siente frustrado por las dificultades que encuentra para estudiar a fondo las antigüedades, debido a que la Academia, con un sentido excesivamente patrimonialista, restringe a los investigadores foráneos la posibilidad de estudiarlas directamente. Goethe lo pudo comprobar por sí mismo. Al referir la visita que hace a Portici en marzo de 1787, o sea, treinta años después de que Carlos III dejara Nápoles, dice: «Fuimos al Museo bien recomendados y nos recibieron bien. Pero no nos consintieron que dibujáramos nada». Pero como al autor de *Fausto* le gusta siempre ver el lado positivo, no se enfada por la restricción que se le impone, a diferencia de su admirado Winckelmann, y añade, como si estuviera pensando en el refrán castellano *No hay mal que por bien no venga*: «Pero quizás por eso mismo nos fijáramos más en las cosas y nos trasladáramos más vivamente a los desvanecidos tiempos en que aquellos objetos se hallaban en torno a sus dueños y servían para el uso y el placer de la vida».

Los fondos pictóricos de la colección real no hacen más que crecer a cada año que pasa. En 1739, cuando aún no ha transcurrido un año desde que fueron iniciadas las excavaciones, ya hay treinta y una pinturas; en 1748, cuatrocientas, y en 1750, seiscientas. En su carta del 2 de febrero de 1756 el abate Barthelemy habla de «unas ochocientas pinturas, más de trescientas cincuenta estatuas, cabezas o bustos, casi mil vasos de

diferentes formas y tamaños, y cuarenta candelabros grandes», además de ochocientos manuscritos antiguos, los famosos papiros de la Villa de los Pisones. En 1758, un año después de iniciada la publicación de *Le antichità di Ercolano*, y dos de fundada la Academia, Carlos III abre al público, lo que era una novedad en la época, el Real Museo Herculanense de Portici. En 1762, dos años después de la partida de Carlos III a España, el museo alberga ya mil doscientas pinturas antiguas, y diez años después, mil quinientas. Único en el mundo por la riqueza de sus fondos artísticos y anticuarios, todos los viajeros cultos lo visitan y en sus memorias, cartas y relatos de viaje dejan constancia de la fuerte impresión que han recibido.

Algunos cortesanos, haciendo gala de un espíritu excesivamente precavido, reconviene al joven monarca por mostrar una colección tan preciosa en un lugar tan expuesto al Vesubio. A lo que éste les replica, con estilo zumbón, muy madrileño: «Así tendrán los venideros otra nueva diversión de aquí a dos mil años, y les hará honor descubriéndola». De todos modos, la cantidad e importancia de los fondos del Museo de Portici aconsejan su traslado, operación que se efectúa en 1774, dos años antes de la destitución de Tanucci, o sea, cuando todavía Carlos III regía las Dos Sicilias desde Madrid. El lugar elegido es el antiguo Palacio de los Estudios de Nápoles. Construido por el virrey conde de Lemos e inaugurado en junio de 1615 como sede de la Universidad, había quedado vacante al trasladarse ésta al colegio que abandona la Compañía de Jesús tras su abolición en 1773. Goethe visita el museo en la primavera de 1787, y veinte años después lo recordará como «el alfa y omega de todas las colecciones de antigüedades», añadiendo que en él «puede verse bien hasta dónde llegaron los antiguos tocante a gozoso sentido artístico».

La partida de Carlos III a España en octubre de 1759 y, sobre todo, la mayoría de edad de su hijo Fernando IV relajarán el

rigor de las normas conservacionistas. Rigor que el propio rey emplea consigo mismo cuando pone rumbo a España. En ese trance entrega a Tanucci, como regente del reino y representante de las autoridades napolitanas, un anillo, del que ya hemos hecho mención, decorado con un camafeo romano que, según la información del erudito Juan Andrés, representa una máscara con aspecto de Sileno. El rey se desprende del anillo a pesar de haberlo llevado en el dedo durante siete años, haberlo encontrado él mismo en el suelo y haber empleado a miles de hombres e ingentes cantidades de dinero procedentes de España para fundar el reino de las Dos Sicilias y sufragar los gastos de las excavaciones (*Lámina XXIV*). En su *Elogio de Carlos III*, Juan Pérez Villamil destaca que tan empeñado estaba Carlos III en que se conservaran en Nápoles las pinturas y esculturas descubiertas en las excavaciones, que ni siquiera le dio ninguna a su padre Felipe V. Tampoco su hermano el rey Fernando VI recibió ni una brizna de las colecciones que se custodiaban en el Museo Herculanense, ni el menor de los preciosos objetos antiguos que decoraban sus propias habitaciones y las de la reina. Tampoco los recibió posteriormente el propio Carlos III de su hijo el rey de Nápoles. Testimonio de la voluntad conservacionista del rey y de la exactitud con que la lleva a cabo es que, estando ya a punto de retornar a España, manda realizar un inventario de todas las joyas y bienes pertenecientes a la Corona. Esa línea conservacionista no tendrá, desgraciadamente, seguidores en los reyes que le suceden en el trono napolitano, los cuales no sólo regalarán a gobiernos extranjeros y a particulares algunos de los hallazgos realizados en el reinado de Carlos III, sino que permitirán exportaciones o ventas ilegales, como las de William Hamilton, representante de Inglaterra en Nápoles.



10 Carlos III, por Camillo Paderni, en *Le antichità di Ercolano esposte*, Nápoles, 1757-1792.

La partida de Carlos III produce una gran pesar entre los arqueólogos y los académicos, como bien lo ponen de manifiesto Luigi Vanvitelli, Piaggio y Tanucci, y sobreviene un brusco frenazo en las excavaciones y en el ritmo de apertura y estudio de los papiros. Si esos trabajos vuelven a recobrar parte de su ritmo anterior es gracias al impulso que desde España continúa

dándoles el propio monarca español. En señal de afecto y agradecido recuerdo, los académicos le obsequiarán en 1782 con un servicio de porcelana en el que figuran representaciones de las antigüedades de Herculano<sup>3</sup>. Entre los principales académicos se destaca el español Francisco de la Vega, que dirige las excavaciones a la muerte de Alcubierre, en 1780, y da nuevo impulso y una dirección más racional y moderna a las de Pompeya. También será académico su hermano Pedro, que le sucede en la dirección arqueológica. Carlos III ya había advertido las buenas cualidades que adornaban a Francisco de la Vega, en carta a Tanucci del 17 de diciembre de 1765, en la que también hace consideraciones que evidencian su excelente criterio en materia arqueológica y, en particular, conservacionista, la atención con que sigue la marcha de las excavaciones, el minucioso conocimiento que posee de los aspectos más variados del mundo romano, particularmente de su tecnología, y, lo que es más notable, su sencillez y falta de presunción o prepotencia, vicio en el que tan fácilmente podría incurrir un monarca absoluto:

«Te agradezco el haber depuesto la tentación de volver a poner en el templo de Isis las pinturas ya cortadas con todo lo que esos peritos te auguraban en vista de mis razones, y el haber mandado que todas las que se hallen en él, o en otra parte, se corten y pongan en el Museo de Portici [...] y te agradezco la planta que has hecho hacer y me has enviado de lo que se ha descubierto hasta ahora de él, la que he visto con grandísimo gusto, y no le tengo menor en ver lo que me dices de la actuación y vigilancia de ese joven La Vega y lo que él con su hermano menor de tan gran talento aprovechan así con los libros que se les suministran como con los discursos que tienen con Paderni, como bien se vio por la descubierta que me dices que han hecho de cómo estaban retenidos los remos

y los remeros en las trirremes y haberla ya comprobada con la experiencia hecha, lo que te aseguro que me causa un gusto infinito, y merecen que se les premie; y te agradezco lo que me dices has dispuesto de que se haga el modelo, con una explicación y dibujo, para publicarlo en el Tomo que se prepara de Herculano, para que todo el mundo lo sepa, y otros no les quiten el mérito, y también te agradezco lo que me dices de que con la ocasión de otro navío me enviaras el modelo, el que bien puedes creer con cuánta impaciencia lo espero y el sumo gusto que tendré en verle y examinarle, pues bien sabes cómo soy en estas cosas».

Siete años han pasado de su partida de Nápoles, y, sin embargo, Carlos III sigue tan *dentro* de las excavaciones como cuando estaba en Nápoles. El párrafo transcrito revela algunos rasgos de la personalidad intelectual del rey, como son sus conocimientos de ingeniería y su idea de que cualquier elucubración ha de contrastarse con la experiencia. En cambio, su hijo Fernando IV, que tiene a la sazón quince años, nunca va a demostrar especial interés por las excavaciones. Lo que le gusta no es la arqueología, sino las «Comedias de improviso», que interpretan los comediantes del Arte.

Cuando el 11 de noviembre de 1814 fallece Pedro de la Vega, que ha sucedido a su hermano en la dirección de las excavaciones, puede decirse que termina el largo período de casi tres cuartos de siglo en el que la empresa arqueológica vesubiana estuvo dirigida por ingenieros militares españoles o hijos de españoles. Bien se puede llamar a ese período el Siglo de Oro de la arqueología clásica, pues nunca antes ni después se sacará a la luz una cantidad tan abundante y valiosa de objetos de la antigüedad clásica. Además, es entonces cuando se ponen las bases de la arqueología científica con un *modus operandi* que, como veremos más adelante, será tenido en cuenta por los

arqueólogos españoles que en el último cuarto del siglo dieciocho van a explorar las ruinas que dejaron los mayas entre México y Guatemala.

La España a la que llega Carlos III en 1758, después de haber residido en Italia veintisiete años y reinado en Nápoles veinticuatro, está preparada para recibir al que bien podemos llamar el Rey Arqueólogo. Luis José Velázquez de Velasco, marqués de Valdeflores, que es uno de los protagonistas de la investigación arqueológica a mediados del siglo y un adelantado en el estudio de los alfabetos prerromanos utilizados en la Península Ibérica, cuenta que, durante el reinado de Fernando VI, «se hizo de moda el saber» hasta convertirse en el factor principal del tono social. En efecto, además de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, fundada por Fernando VI para difundir el buen gusto en pintura, escultura, arquitectura y grabado, se crean las Reales Academias de Buenas Letras de Sevilla (1752) y de Barcelona (1752), así como la Real Academia Histórico-Geográfica Vallisoletana de Caballeros (1753). Además, se promueven los *viajes literarios* y se envían los primeros pensionados de la Real Academia de San Fernando a Roma. A todo lo cual hay que añadir el viaje que hace a Italia Francisco Pérez Bayer, entre 1754 y 1759, para recoger monedas, manuscritos y antigüedades con destino a la Real Librería.

La ciencia anticuaria, que había contado con sabios tan destacados como Ambrosio de Morales y sus *Antigüedades de las ciudades de España* (1575), ahora rebrota con el *Viaje de las antigüedades de España*, ambicioso proyecto impulsado por la Real Academia de la Historia en 1752 a cargo del mencionado marqués de Valdeflores, quien, según Jorge Maier Allende, «representa la institucionalización de los estudios arqueológicos y la conservación monumental en España, una iniciativa sin precedentes en Europa», y con la *España Sagrada* de Enrique Flórez, monumental obra que empieza a publicarse en 1747.

Tocado también por la fiebre anticuaria, el marqués de la Ensenada actúa como intermediario en 1746 en la compra del monetario de Charles de Orléans de Rothelin —una de las colecciones de monedas más ricas de Europa— para el Gabinete de antigüedades de la Real Librería, comisiona un año después al ingeniero Carlos Luján para que recupere y conserve las antigüedades de Cártama (Málaga) y en 1752 da instrucciones precisas para que se recojan los hallazgos arqueológicos producidos en el puerto de Cartagena. Ese mismo año la Real Academia de la Historia resuelve que se dibujen las antigüedades para facilitar su reconocimiento y estudio, y detalla las medidas que se han de tomar para la protección y conservación del patrimonio arqueológico. Esta disposición es una de las primeras que en ese sentido se toman en Europa, y sintoniza con las que Carlos III estaba tomando en Nápoles.

Ese mismo año de 1752, poco después de iniciadas las excavaciones de Pompeya, se estudian las ruinas de Emerita Augusta (Mérida), el lugar de la Península donde se concentran más restos arqueológicos de la antigüedad clásica, pues no en vano fue capital de la parte de Hispania llamada Lusitania y, después, de toda Hispania. Sólo un año después se cuenta con una colección de dibujos detallados de las ruinas del teatro romano (*Fig. 3*) y, también, del puente romano sobre el Guadiana, el acueducto de los Milagros y otros monumentos y esculturas, a los que, en 1754, se van a sumar testimonios análogos del teatro romano de Acinipo (*Fig. 4*) (Ronda), del monumento sepulcral de Zalamea y, en 1756, del grandioso puente romano de Alcántara (*Fig. 2*).

Un impulso no menor recibe el estudio epigráfico de las inscripciones latinas y de las monedas y medallas romanas, visigóticas y medievales en general. El P. Flórez es uno de los principales estudiosos de la antigua numismática española y marcará un hito cuando publique en 1757 *Medallas de las*



*colonias, municipios y pueblos antiguos de España*. En la introducción de esa obra, destaca que «entre los varios descubrimientos de los españoles, adoptados por los extranjeros, uno es el estudio de las medallas» y que «el primero de quien debe tomarse el origen de la Ciencia de las Medallas es un Rey de España, pues aunque antes recogió algunas el Petrarca, no tuvo sucesión, apagándose la luz tan presto como la encendió, por lo que el tracto continuo, y la época de los Anales Numismáticos se debe establecer en D. Alfonso el Sabio de Aragón, Quinto entre los Alfonsos, que reinó desde el año 1416 hasta el 1458». Su descendiente Fernando VI, al igual que su hermano Carlos III, no van a desmerecer de este predecesor, ni tampoco de otro tan ilustre como Don Alfonso X de Castilla, el cual portaba consigo a donde quiera que iba una arquita de marfil en la que guardaba sus medallas predilectas, lo que le permitía tener ante los ojos en todo momento los retratos de los héroes antiguos cuyas efigies representaban esas medallas.

---

2. Los volúmenes I (1757), II (1760), III (1762), IV (1765) y VII (1779) están dedicados a la pintura; el V (1767) y el VI (1771), a los bronce, o sea, bustos y estatuas, y el VIII y último (1792), a las lucernas, candelabros y otros utensilios. Aunque sólo el primer tomo de *Las antigüedades* se publicó durante el reinado de Carlos III en Nápoles, éste siguió alentando desde España la edición de los demás, al igual que todo lo referente a las excavaciones. Su carteo semanal con Tanucci da buen testimonio de ello.

3. Con la ocupación de Nápoles por las tropas napoleónicas, el rey José Bonaparte sustituye en 1807 la Academia que crease Carlos III por otra análoga a la que llama *Accademia de Storia ed Antichità* y para la que nombra como secretario perpetuo al ilustre bibliófilo español y jesuita expulso Juan Andrés, que ya había prestado sus servicios al rey Fernando IV de Borbón.

## EL REGRESO

La reina Doña Bárbara de Braganza muere en Aranjuez el 27 de agosto de 1757. Su esposo Fernando VI abandona la capital y los Reales Sitios para hundirse en una larga y dramática enfermedad nerviosa. Al infante Don Luis le toca ver de cerca las frecuentes crisis de delirio de su hermano. Desde su retiro en La Granja de San Ildefonso, la reina Isabel de Farnesio reclama a menudo la presencia en Madrid de su hijo el rey de las Dos Sicilias, ya que Fernando VI ha abandonado por completo las riendas del gobierno, pero Don Carlos le contesta: «V. M. ve cómo es de delicado este asunto y que yo no debo ni puedo encargarme de la administración, sino cuando esté seguro de que sus intervalos lúcidos son cortos y poco frecuentes y que lleven a un abandono del gobierno, al que se añada un cierto grado de desesperación y de tiempo en esta enfermedad». Añade que va a pedir información en las más altas esferas «y en vista de todo ello tomaré el partido que sea compatible con la seguridad de mi conciencia y las necesidades de esos pueblos y los intereses de mi familia».

A los cuarenta y cinco años de edad, Fernando VI expira el 10 de agosto de 1759 en el castillo de Villaviciosa de Odón, adonde se había retirado al fallecer su esposa. Cinco días después Doña Isabel de Farnesio, después de doce años de alejamiento de la Corte, abandona La Granja de San Ildefonso, y, al llegar como reina gobernadora a Madrid, tiene la satisfacción de ver que el pueblo la recibe con vítores. Hace su entrada en el palacio del Buen Retiro por el jardín del caballo y sube por la escalera de los

bufones que pintara Velázquez. Carlos III puede estar contento de la herencia que le deja su hermano: una España en paz, un concordato que fija las relaciones con la Santa Sede en una línea de regalismo semejante al de Francia, representaciones diplomáticas permanentes en doce capitales (París, Roma, Londres, Venecia, Génova, La Haya, Lisboa, Suiza, Saboya, Toscana, Nápoles y Parma) a las que en seguida se sumarán las de Suecia y Dinamarca y una Hacienda pública tan saneada que las reservas que contienen las arcas del Tesoro llegan a setenta millones de ducados.

Tras abdicar el trono de las Dos Sicilias, a favor de su hijo Fernando, un muchacho de ocho años (*Lámina XXV*), el 6 de octubre de 1759 Don Carlos y la Real Familia ponen rumbo a España en una escuadra formada por dieciséis navíos de línea y algunas fragatas. Los napolitanos salen en masa a despedirle — dos bellos cuadros de Antonio Joli, que están en el Museo del Prado, reproducen ese momento— (*Láminas XXVI y XXVII*) y conservarán un recuerdo imborrable, casi mitológico, de Carlos III, como se relata en este párrafo de la *Storia di Napoli*, de Antonio Ghirelli: «La fidelísima ciudad de Nápoles y las poblaciones del reino lo verán como el intérprete de sus exigencias y lo amarán transmitiendo hasta nuestros días el recuerdo del “buen rey”, del “sabio entre los necios”, del guardián escrupuloso de un patrimonio ideal que ni siquiera se anulará del todo en el crisol de la Italia unida. Hasta la segunda guerra mundial, en pleno siglo xx, el nombre y las obras del primer Borbón seguirán siendo familiares a las generaciones partenopeas, como una memoria querida: las calles, los palacios, las instituciones ligadas a su paso serán instintivamente identificadas como los signos del alentador principio de una historia que, sin embargo, desembocará en el deprimente epílogo de 1860». Tanto sienten los napolitanos la partida de su rey que se difunde la especie de que éste piensa trasladar la Corte de

Madrid a Valencia para estar más cerca de su amada Nápoles. Es lo que cuenta el arquitecto Luigi Vanvitelli, que conoce bien al soberano, en una carta que escribe en Nápoles el 28 de agosto de 1759 a su hermano.

El 17 de octubre los reyes desembarcan en Barcelona. Las jornadas de exaltada alegría que vive la ciudad dejan bien claro que los tiempos en que la ciudad tomó partido por el pretendiente Carlos de Austria contra Felipe de Borbón pertenecen al pasado. De hecho, ya eran cosa del pasado veintiocho años antes, cuando el entonces infante-duque pasó por esa ciudad en su jornada a Italia. Quince carrozas que llevan numerosas deidades y figuras mitológicas desfilan ante el monarca los días 18 y 19 de octubre. El marqués de Castellbell le da la bienvenida en representación de la ciudad y en su discurso le califica de «consumado maestro en el arte de reinar». La alegría con que el pueblo acoge al nuevo rey se explica porque la abolición de las fronteras aduaneras dentro de España y la apertura al comercio con las Indias decretadas por Felipe V estaban dando a Cataluña una gran prosperidad al hacerla superar el localismo medieval que mantuvieron los reyes de la Casa de Austria.

Una acogida no menos entusiasta da a la Real Familia la ciudad de Lérida. «El pueblo hace locuras», escribe la reina María Amalia a Tanucci. Las fiestas se reproducen en Zaragoza, pero no faltan las preocupaciones. Los británicos acaban de arrebatar Quebec a los franceses gracias a la preponderancia naval británica y al empuje de sus colonos norteamericanos. Francia necesita la ayuda militar y naval de España. El rey, hallándose todavía en Zaragoza, manifiesta su preocupación en la carta que dicta al marqués de Esquilache para su embajador en Londres.

El nuevo soberano entra en Madrid un lluvioso 9 de diciembre de 1759 por la Puerta de Alcalá, modesta construcción

que unos años después reemplazará con la magnífica puerta diseñada por Sabatini, que acabará convirtiéndose en símbolo de la capital. La entrada oficial tendrá lugar el 12 de julio del año siguiente y revestirá gran esplendor. Al final de la calle Mayor, ya cerca de la entrada del Palacio Real (*Lámina XXVIII*), todavía en construcción, se erige un arco de triunfo y se recubre la fachada del actual palacio de los Consejos y de otros palacios con grandes tapices que representan escenas bíblicas. Un tablado se eleva delante de la Casa de la Panadería, cuyos balcones, como los demás de la Plaza Mayor, ostentan ricas colgaduras. En la Puerta del Sol, que también aparece revestida de tapices, se han erigido arquitecturas efímeras que sirven de escenario a la evolución de jinetes con sus caballos. La más hermosa, y clasicista, de estas arquitecturas festivas se eleva en la calle Platerías. Representa un templete de redonda cúpula sostenida por ocho columnas de fustes azules con capiteles y basas dorados.

Sin embargo, Doña María Amalia no se siente a gusto. «No hago más que pensar en Italia y en Nápoles, la ciudad que llevo dentro de mi corazón», escribe nostálgica a Bernardo Tanucci. A ese sentimiento tal vez contribuye el pensamiento de haber dejado *huérfano* en Nápoles a su hijo Fernando, un niño de ocho años que, tutelado por Tanucci hasta que llegue a la mayoría cuando cumpla dieciséis años, debe gobernar un reino y cuidar de su hermano mayor, el infortunado Don Felipe Pascual, el príncipe demente, al que sus padres han dejado en Nápoles. Las secuelas de una caída de caballo sufrida poco antes de poner rumbo a España se han agravado durante el viaje y, estando con su suegra en San Ildefonso, Doña Amalia empieza a sentirse mal. Al empeorar su estado, el rey decide trasladar la Corte a El Escorial y luego a Madrid. Esos desplazamientos no retrasarán, sin embargo, su hora. La reina muere el 27 de septiembre de 1760, en el palacio del Buen Retiro. Tenía treinta y cinco años de edad. El rey consagrará el resto de su vida —veintiocho años

— a ese amor único que se ha truncado casi al mismo tiempo que la Providencia le concediese, con el galardón de un reino extendido por los cuatro continentes, la pena de abandonar otro que se prolongaba en fantásticos espacios subterráneos. A diferencia de su padre, que quiso ser enterrado en el Real Sitio de San Ildefonso, donde yace también su hijo Luis I, y a diferencia de su hermano Fernando VI, que lo fue en el convento de la Visitación de Madrid (las Salesas Reales), Carlos III elige para enterrar a la reina María Amalia y albergar, llegado el momento, sus propios restos el Panteón de Reyes de El Escorial, donde se hallan los despojos de todos los soberanos de la Casa de Austria desde el rey emperador Carlos I. Al tomar esa decisión, quiere hacer patentes los lazos de familia que une a todos los reyes de España.

Poco después, cada vez más indignado a causa de las continuas provocaciones inglesas, Carlos III se deja atraer por el ministro de Luis XV, Choiseul, que negocia en París con el embajador marqués de Grimaldi, en 1761, la firma del Tercer Pacto de Familia. La ruptura de hostilidades con Inglaterra y su aliada Portugal se produce un año más tarde. El resultado de la guerra de los Siete Años será desastroso para Francia, que pierde sus dominios en África y la India, y es expulsada de forma casi total de América. Para España la derrota significa la pérdida de Manila, que en seguida es recuperada, la de La Habana, que volverá a España en 1763, y la de Sacramento, que ha de entregar a Portugal. Además, se ve obligada a ceder a Gran Bretaña la Florida. Como compensación, Francia entrega a España la Luisiana. Carlos III aprenderá la lección, y veinte años después podrá resarcirse de esta derrota.

Como si quisiera precaverse de accidentes imprevistos y no dejar resquicio por donde pudiera filtrarse la ociosidad y con ella la melancolía, Carlos III hace de la distribución del tiempo un sistema que seguirá de forma rigurosa hasta el final de sus días.

Cualquiera podía saber a qué está dedicado el rey en cada hora del día y dónde se encuentra en cada momento del año. Según Fernán-Núñez, la razón profunda de esa distribución del tiempo está en que Carlos III «conocía que la regularidad en la vida y la distribución inalterable de las horas de un Monarca es tan necesaria para la seguridad y tranquilidad de los que le rodean, como la invariabilidad del curso del sol y de los planetas para reglar sobre ella las estaciones y acciones de la vida».

La estancia en los Reales Sitios facilita al rey la vida en el campo, el contacto con la naturaleza y la dedicación a la caza, que es para Carlos III una forma de huir de la melancolía, o sea, una terapia, además de entretenimiento. Estando una vez de caza en El Pardo, confía al conde de Fernán-Núñez: «Si muchos supieran lo poco que me divierto a veces con la caza, me compadecerían más de lo que podrían envidiarme esta inocente diversión» (*Lámina XXIX*). Otro rasgo de la personalidad de Carlos III es su talento para imitar e interpretar papeles. Lo que no es un talento desdeñable en su caso, pues si toda vida humana es teatro, aún lo es más la de los reyes. Carlos III nunca echa en olvido que actúa en el Gran Teatro del Mundo, para emplear la fórmula de Calderón, el gran dramaturgo de la corte de Felipe IV. O sea, en esa resbaladiza frontera donde la verdad y la ficción interaccionan (*Lámina XXX*). Lo que explica que tantos soberanos enloquezcan (Felipe V, Fernando VI), o reduzcan su inteligencia para vivir como niños (Carlos IV, Fernando IV de Nápoles), o desarrollen los gérmenes de la desconfianza y la venganza (Fernando VII), o crean curarse echándose en brazos de la frivolidad (Isabel II). La buena constitución que Carlos III acertó a dar a su persona le salvó de caer en las malformaciones anímicas que se observan en sus antecesores y en sus inmediatos sucesores. Giacomo Casanova dice con razón en sus *Memorias* que la locura es una especie de «epidemia real, y no hay en ello nada sorprendente, porque los reyes que pretenden cumplir con

su deber tienen demasiado que hacer». Locos, añade, es «como han de morir todos los reyes que son hombres de honor». El famoso vividor y trotamundos veneciano hace estos comentarios en las páginas que dedica a evocar, precisamente, los meses que pasa en la Corte de Madrid.

Los biógrafos describen a Carlos III como a un hombre bueno, humano, virtuoso, familiar, que aborrece todo lo que sea destrucción, hasta el punto de no sufrir que se tale un árbol en su presencia, y cuya forma de vestir no se diferencia de la de sus vasallos. Su amor a la sencillez y a la verdad era un buen antídoto contra los demoledores efectos de la gran ficción que es la vida cortesana en general y política en particular, con todos sus aparatos la primera y triquiñuelas la segunda. «Primero Carlos que Rey», ésa es su divisa. Tal vez debido a esa forma suya de ser, Marcelino Menéndez y Pelayo verá a Carlos III como «un especiero modelo» o «un honrado alcalde de barrio».

Carlos III es también un hombre precavido, cauteloso y celoso cuando está en juego su idea de la monarquía y de la dinastía. De ahí que, poco después de llegar a España, convoque las Cortes, cosa que nunca había hecho Fernando VI, para asegurar la sucesión de la Corona en su hijo el príncipe Carlos, pues el *Nuevo Reglamento* de 1713 establece que el heredero ha de haber nacido en España, condición que no se daba en el príncipe de Asturias, nacido en Nápoles, lo que abría la puerta a una eventualidad perturbadora. Concretamente, la de que su sucesor pudiera ser el infante Don Luis (hermano menor de Carlos III), pues, en 1754, con 27 años de edad y cinco antes de la llegada de Carlos III a España, había renunciado a la dignidad de cardenal arzobispo de Toledo, rango al que había sido elevado sin haber sido ordenado sacerdote. Las Cortes juran al hijo mayor de Carlos III como príncipe de Asturias el 19 de julio de 1760, dos meses antes del fallecimiento de la reina María Amalia. Como si no le bastase con ese juramento, el monarca refuerza la



posición de su hijo casando al infante Don Luis, que muy a su pesar seguía soltero a sus casi cincuenta años, con María Teresa de Vallabriga, una joven de diecisiete años de edad. Al tratarse de un matrimonio «desigual», Don Luis quedaba inhabilitado para la sucesión en la Corona en virtud de la Pragmática Sanción del 23 de marzo de 1776. Pero no para ser una de las figuras más atractivas de la Real Familia y de la Corte, como lo evidencian su mecenazgo y su pasión por el coleccionismo.

Al final de su vida la colección de Don Luis comprende novecientas nueve pinturas, cuatro mil doscientos quince grabados, trescientas cuarenta y tres esculturas y ciento cincuenta y cinco dibujos. En ella hay cuadros importantes de El Greco, Zurbarán, Ribera, Alonso Cano, Murillo, Claudio Coello, El Bosco, Brueghel el Viejo, David Teniers el Joven, Rembrandt, Sebastiano del Piombo, Bronzino y Lucas Jordán. De los pintores modernos tiene cuadros de Goya, Paret y Alcázar y Mengs, de los que fue gran mecenas, junto con otros de Maella, Bayeu, Vernet y el gran pintor de bodegones Luis Meléndez. Su biblioteca está formada por incunables, manuscritos y más de tres mil libros, entre los que se cuentan obras de Maquiavelo, Calvino, Rousseau, Voltaire y otras de índole religiosa, también prohibidas, como el Corán y una Biblia hebreo-española. Además, posee los tratados de arquitectura de Vitrubio, Barozzi, Vignola y Palladio —no en vano fue benefactor del arquitecto Ventura Rodríguez, del que hay en su colección un gran retrato pintado por Flipart—, y descripciones de los palacios de Caserta y Caprarola. En la biblioteca de Don Luis figuran también los tratados de pintura de Leonardo da Vinci y de Antonio Palomino, además de libros de arqueología y viajes. De su afición a la música baste decir que Don Luis tocaba algún instrumento y tenía en su corte a Luigi Boccherini.

Pero quizá lo más llamativo de su coleccionismo es la importancia que concede a la ciencia. Su gabinete de

curiosidades, iniciado en 1757, se adelanta al Museo de Historia Natural, o Real Gabinete, que será fundado en 1771 y abrirá sus puertas al público en 1776. Además de herbarios, instrumentos de matemáticas y de física experimental, globos terrestres y celestes, esferas armilares, telescopios, microscopios, termómetros, barómetros, higrómetros, cámaras oscuras y numerosas láminas de botánica y zoología, Don Luis tiene en su gabinete de maravillas o de Historia Natural pinturas de Meléndez que representan comestibles españoles, fanales que contienen minerales, metales, conchas, fósiles, raros insectos, especímenes variados del reino animal y extrañas malformaciones humanas. De su interés por la antropología y la etnología, ciencias en las que van a destacarse algunos españoles de su tiempo, son un buen testimonio las pinturas de tipos populares que pintaron para él Lorenzo Tiépolo y Francesco Sasso.

El magnífico cuadro de Goya *La familia del infante don Luis de Borbón*, de 1784, refleja muy bien el ambiente de sencilla distinción con que el infante, flanqueado por sus hijos, el pintor Goya y el músico Boccherini, acertó a rodear en su corte de Arenas de San Pedro a su bella y joven esposa, que el gran pintor de Fuendetodos capta en el momento en que el peluquero peina su larga cabellera, mientras su envejecido cónyuge se entretiene haciendo con los naipes de la baraja española un solitario en el que junto al as de oros pintan bastos.

## POLÍTICA ILUSTRADA

Al igual que para sus dos antecesores, para Carlos III nada podía estar más reñido con la Ilustración que el particularismo y el localismo. Esta manera cosmopolita de pensar predomina entre los ilustrados españoles, sobre todo entre los catalanes. Francisco Romá y Rosell, que empieza su obra *Las señales de la felicidad de España y medios de hacerlas eficaces* (Madrid, 1768) haciendo un cálido elogio de la libertad intelectual y económica, quiere que en España haya unidad legislativa e igualdad entre los ciudadanos, y que desaparezcan los estados dentro del Estado. Esta línea de pensamiento la había avanzado unos años antes Miguel Antonio de la Gándara en sus *Apuntes sobre el bien y el mal de España* (1759). En esa obra, De la Gándara aconseja suprimir aduanas interiores, abolir el monopolio sevillano o gaditano en el comercio con América y luchar contra la reglamentación que los gremios imponían a la producción de bienes de consumo, y exige, sobre todo, que haya igualdad jurídica entre todos los españoles y que su procedencia geográfica no sirva para discriminarles al distribuir los empleos públicos, pues el mérito es el criterio que debe predominar.

Los procuradores de Barcelona, Zaragoza, Valencia y Palma que acuden a las Cortes reunidas en julio de 1760 para jurar al heredero del trono dirigen a Carlos III un memorial que va en la dirección apuntada por Reglá y De la Gándara. Quieren que el nuevo rey complete la obra de Felipe V, que borre todo vestigio de extranjerismo entre las regiones de España, que haya absoluta igualdad jurídica de todos los españoles. Esas ideas típicas de la

Ilustración llevan a Carlos III a suprimir las aduanas interiores, establecer un sistema tributario más racional y ligero, emancipar a los miembros de las trescientas familias mallorquinas de sangre judía, facilitar la incorporación de la mujer al desarrollo económico, promover, entre otras industrias, la textil catalana y los hornos de fundición vascongados y habilitar, desde 1778, a un total de trece puertos peninsulares y veintidós de Ultramar al libre comercio con América. Puestos a resumir en pocas palabras la política de Carlos III, nada mejor que la frase con que la sintetiza Jovellanos en el *Elogio* que le dedica a su muerte: «Ciencias útiles, principios económicos, espíritu generoso de la Ilustración: ved ahí lo que España deberá al reinado de Carlos III».

El régimen unificador y, en consecuencia, centralizador iniciado por Felipe V, seguido por Fernando VI y culminado por Carlos III será especialmente beneficioso para Cataluña. Vicens Vives señala que «el descombro de privilegios y fueros benefició insospechadamente» a Cataluña, y Pierre Vilar subraya la «eficaz colaboración» de Barcelona con el poder central. Lo que se entiende, pues las regiones más beneficiadas con los decretos de Nueva Planta son las periféricas, en particular Cataluña, en tanto que Castilla no supera la decadencia a la que la habían reducido los reyes de la Casa de Austria. De ahí que R. Fernández Díaz haya podido destacar que es en esos años «cuando más cuajó el sentimiento colectivo de pertenencia a la realidad nacional de España, y no por obra de los castellanos exclusivamente». En efecto, es entonces cuando aparecen y son ya de uso constante, a partir de 1760-1770, las palabras «patria», «patriota», «patriotismo», y se generaliza la idea de que la defensa de la lengua castellana o española y del patrimonio cultural de la nación es lo que más puede y debe unir a los españoles.

Se sigue imprimiendo en catalán y en valenciano, como se venía haciendo desde siempre, pero se hace a una escala muy

modesta por falta de demanda. De ahí que los impresores importantes de Cataluña y Valencia editen en castellano, pues quieren conquistar una porción del mercado español peninsular y ultramarino. La castellanización editorial venía de lejos. A finales del siglo dieciséis los títulos editados en castellano en Barcelona eran casi diez veces más que los editados en catalán. Concretamente, el 76,2 por ciento frente al 8,2 en catalán y el 15,5 en latín. Con las comedias esa tendencia era todavía más pronunciada. Prácticamente todas las que se representan en los corrales valencianos y catalanes están escritas en castellano, pues es en esa lengua como las quiere el público. En esa preferencia los catalanes y valencianos del siglo dieciocho no hacen más que seguir la costumbre que tenían sus mayores en los siglos anteriores.

Como símbolo de la solidaridad ciudadana sobre la base de la unidad jurídica de los españoles, Carlos III crea el himno nacional (Marcha Real Granadera) y la bandera roja y gualda, que destinada inicialmente a la armada acabará siendo desde 1843 distintivo nacional de España. El primero es obsequio de Federico el Grande de Prusia, quien, además de admirador de la cultura española, pagaba así el provecho que decía haber sacado de las *Reflexiones militares* del marqués de Santa Cruz de Marcenado. En cuanto a la bandera, además de su valor simbólico, tenía también la virtud de permitir distinguir en el mar los navíos españoles de los que llevaban el pabellón blanco con las flores de lis de la Casa de Borbón (Francia, Dos Sicilias, Parma y España hasta ese momento). La elección de los colores rojo y amarillo respondía a criterios de visibilidad y economía, y a la consideración de que esos colores eran comunes a los escudos de León, Castilla, Aragón y Navarra. Pero Carlos III no se conforma sólo con símbolos. Para llevar los ideales de la Ilustración a la gobernación del reino, trata de mejorar los criterios de selección de los servidores públicos y crea la Junta

Suprema, precedente del Consejo de Ministros, a fin de que los ministros se reúnan semanalmente y puedan confiarse los unos a los otros «el estado de los negocios que cada cual tiene a su cargo».

Claro exponente de la política centralizadora es la radialidad viaria que va tomando cuerpo en la España peninsular durante los tres primeros Borbones, pero que tiene su precedente en el último de los Austrias, según lo patentiza la guía de Miselli de 1684. El *Reglamento General de Postas* expedido por Felipe V en 1720 no hace más que oficializar y consolidar ese esquema. En el *Reglamento* del primer Borbón se destacan seis itinerarios que, saliendo de Madrid, configuran el sistema viario. En el *Itinerario español* de Matías Escribano, de 1760, ya se discierne claramente una radialidad acusada con Madrid como punto al que confluyen o del que irradian más «caminos de rueda».

«Siglo de la historia», llama Sánchez Albornoz al dieciocho. Entre sus historiadores más eminentes hay que destacar a Mayans y Siscar, autor de los *Orígenes de la lengua española* y de la primera biografía de Cervantes, y, sobre todo, a Flórez, autor principal de la *España Sagrada*, monumental obra de cincuenta y un volúmenes llena de documentos originales (diplomas, crónicas, fueros, etc.) publicada a partir de 1747. De los orígenes de la literatura y de la cultura en general trata el jesuita expulso Juan Andrés en *Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura* (siete tomos, 1782-1799), que tiene varias reediciones en Italia y es traducida al español, francés y alemán. Juan Andrés siente una simpatía prerromántica por la Edad Media española—los árabes, la literatura catalano-provenzal, Alfonso X el Sabio, los cronistas castellanos— y, como los neoclásicos españoles, por Garcilaso y fray Luis de León. Andrés es también autor de un original libro de viaje por Italia. En sus manos el *grand tour* se convierte en un viaje casi borgiano por las bibliotecas del país.

Junto a estos y otros cronistas de la gran historia proliferan también los de la pequeña en los periódicos. A ciento treinta y cinco asciende el número de los que se publican durante el siglo dieciocho. De ellos, el 51 por ciento se imprime en Madrid, el 8 por ciento en otras ciudades del interior y el 41 por ciento en la periferia, dentro de la cual el sur se destaca claramente, pues Cádiz, Granada y Sevilla cuentan con treinta y una publicaciones, o sea, más de la mitad del total de la periferia, mientras que el norte y el noroeste apenas tienen prensa. Esas publicaciones, generalmente de corta vida, reflejan la animación de la vida del país y se fijan sobre todo en la economía, la sociedad y las instituciones políticas. Los títulos de las editadas durante el reinado de Carlos III, con su referencia a utilidades y especulaciones, vida civil y curiosidad erudita, deseo de imparcialidad y economía, ocio y pensamiento, juicio y visión crítica son un buen reflejo del espíritu de la época. En algunos casos, como en el madrileño *Semanario económico* (1766-1767), se informa sobre temas tan variados como cultivos, ganadería, química industrial, técnicas manufactureras, comercio internacional y literatura.

Decidido a fomentar la agricultura, Carlos III se encarga personalmente de dirigir las obras de mejora en las tierras del Real Sitio de Aranjuez, y lo mismo les manda hacer en las suyas a sus hijos los infantes Don Antonio y Don Gabriel. En Aranjuez crea una Escuela Práctica de Agricultura y Ganadería, de la que se ocupa él mismo, y como primera providencia planta ciento veintiocho mil viñas y cincuenta mil olivos, además de perales, manzanos, cerezos, melocotoneros, albaricoqueros, higueras y otras especies de frutales. También dedica un sector del Jardín del Príncipe a la plantación de una gran variedad de especies procedentes de diferentes partes del mundo, como el cedro del Líbano, el árbol chino de la Vida, pinos de Nueva Inglaterra, Jerusalén y Arcadia. A tono con esa afición, el monarca impulsa

la construcción de canales y embalses para el riego, ordena la desecación de tierras pantanosas y funda, en 1771, el Real Gabinete de Historia Natural y, en 1790, el Real Observatorio Astronómico de Madrid.

Ya en 1752 Antonio de Ulloa propuso a Fernando VI la creación de un Gabinete de Historia Natural, que albergaría también una Academia de Geografía. El gran botánico José Celestino Mutis en 1757, cuando residía en Madrid, pensó en crear un gabinete de esa clase y en 1764 animaba a Carlos III a llevar a cabo ese proyecto, que se hará realidad cuando el comerciante ecuatoriano Pedro Franco Dávila ponga a disposición de Carlos III la rica colección que había acumulado. Nacido en Guayaquil, Franco Dávila realiza su primer viaje a la Península en 1730, acompañando a su padre, don Fernando, español, dedicado al comercio del grano, y reside en Cádiz, París y Flandes. Sus colecciones son consideradas las mejores de Francia, incluso mejores que las del rey de ese país. Carlos III, siguiendo el consejo del P. Flórez, acepta la colección en 1771, y en octubre de 1772 Franco Dávila se traslada a Madrid con las colecciones debidamente embaladas, que se depositan en el palacio del Buen Retiro y acaban en el palacio Goyeneche, que iba a albergar también a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, céntrico edificio diseñado por Churriguera y reformado en sentido neoclásico por Diego de Villanueva, que lo despoja de toda excrecencia barroca, sobre todo en la decoración de la fachada, con sus rocallas, angelotes y cuervos.

Se destina el segundo piso a albergar el Real Gabinete de Historia Natural, que ocupa también algunas buhardillas del edificio. Además de especímenes animales, vegetales y minerales, y de una biblioteca, en las salas del gabinete se pueden ver máquinas, instrumentos científicos, armas, herramientas de todas clases, un laboratorio de química, un taller de taxidermia y disección, piedras grabadas, medallas, relieves y variadas muestras



de arte etrusco, griego, romano, egipcio y chino y cuadros de Carreño, Herrera el Viejo, Murillo, Velázquez o Mengs, entre otros pintores. Todavía se le añaden el Tesoro del Delfín, veinticuatro tableros que representan la conquista de México por Cortés, y colecciones etnográficas y arqueológicas. En noviembre de 1776 el Real Gabinete abre sus puertas al público.

En cuanto al Real Jardín Botánico, que tanta trascendencia tendrá en la historia de la ciencia en los tiempos de Carlos III, fue creado, en 1755, por su predecesor Fernando VI en el Soto de Migas Calientes. De allí lo traslada Carlos III, en 1774, a la zona del llamado Prado Viejo de San Jerónimo, donde sigue actualmente, se abre a la docencia en 1781 y sirve de modelo a los de Barcelona, Valencia y Zaragoza. Durante la primera década de su existencia, la actividad científica que se desarrolla en el jardín la dirige José Quer, cuya principal obra es una *Flora española* en seis volúmenes. En 1772 la dirección pasa a Casimiro Gómez Ortega, que la desempeña hasta 1801. Durante esas tres décadas el jardín es una de las instituciones de mayor importancia dentro del panorama mundial de la botánica, ciencia de la que los españoles son un factor decisivo en el siglo dieciocho y que sirve a la renovación del arsenal farmacéutico, la agricultura, la manufactura textil y la construcción naval. Su aportación más destacada es la organización de grandes expediciones botánicas, que suelen estar encabezadas por naturalistas formados en su escuela. Alejandro de Humboldt hace en su *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* un buen balance de las realizadas en América a lo largo del último tercio del siglo dieciocho:

«Desde fines del reinado de Carlos III, y durante el de Carlos IV, el estudio de las ciencias naturales ha hecho grandes progresos no sólo en Méjico, sino también en todas las colonias españolas. Ningún gobierno europeo ha sacrificado sumas más considerables que el español

para fomentar el conocimiento de los vegetales. Tres expediciones botánicas, a saber, las de Perú, Nueva Granada y de Nueva España, dirigidas por los señores Ruiz y Pavón, don José Celestino Mutis y los señores Sessé y Mociño, han costado al Estado cerca de 400.000 pesos. Además, se han establecido jardines botánicos en Manila y en las islas Canarias. La comisión destinada a levantar los planos del canal de los Güines tuvo encargo también de examinar las producciones vegetales de la isla de Cuba. Todas estas investigaciones hechas por espacio de veinte años en las regiones más fértiles del Nuevo Continente no sólo han enriquecido el imperio de la ciencia con más de cuatro mil especies nuevas de plantas, sino que también han contribuido mucho para propagar el gusto de la historia natural entre los habitantes del país».

Nada impresionó tanto a Humboldt, cuando en 1801 visita la casa de la expedición (de Nueva Granada, 1783-1816) en Santa Fe, como las láminas que le muestra José Celestino Mutis, señalando que «jamás se había hecho una colección de dibujos más lujosa y aún podría decirse en más grande escala». En efecto, según el inventario hecho en 1951 por Lorenzo Uribe se podían contar cinco mil trescientas noventa y tres láminas. En relación con el herbario, se calcula en unos veinte mil ejemplares. Todo el material fue enviado a Madrid. Humboldt sabía bien de lo que hablaba, pues, a lo largo del viaje que él y Bonpland hacen por la América española con el patrocinio de la Corona, recolecta unas cinco mil ochocientas especies, tres mil seiscientas de las cuales eran entonces desconocidas.

Coincidiendo con Humboldt, no sin razón dice el botánico inglés David Don, en 1833: «Tal vez ningún pueblo ha realizado mayores sacrificios por la ciencia como la nación española. Sus expediciones y viajes de descubrimiento se llevaron a cabo con la

mayor magnificencia y en extensiva escala; desafortunadamente, sus resultados tuvieron poca posibilidad de ser conocidos por el mundo científico».

A la sombra de estas expediciones se despierta el interés por la primera realizada con designios científicos en tierras americanas. La protagonizó entre 1570 y 1577 Francisco Hernández, protomédico de Felipe II, quien le había encargado hacer la «Historia de las Cosas Naturales en Nueva España». Hernández estudió los recursos naturales del país, reunió importantes colecciones de plantas y semillas, describió la flora y fauna en treinta y ocho volúmenes manuscritos y redactó también una obra de carácter etnológico. Tras insistentes búsquedas, el historiador Juan Bautista Muñoz, a quien se debe la organización del Archivo General de Indias de Sevilla, encontró la obra de Francisco Hernández en el Colegio Imperial de Madrid y, de ese modo, tiende un puente entre la botánica de los tiempos de Carlos III y la de los de Felipe II.

El aragonés Félix de Azara, hermano del ilustre diplomático José Nicolás de Azara, pone las bases a la teoría evolucionista de las especies animales entre 1781 y 1801, años en que alterna los trabajos cartográficos que se le han encomendado en el Río de la Plata y Paraguay con el estudio de las aves y los mamíferos de la zona. Además de describir especies (más de dos centenares actualmente admitidas se basan en sus observaciones), formula teorías innovadoras sobre el origen de las especies peculiares de América y el proceso de selección. Sus observaciones e ideas ejercerán una notable influencia en Darwin, quien cita con frecuencia sus obras y reconoce repetidamente la deuda que ha contraído con el naturalista español.

Según el proyecto original, el Real Jardín Botánico de Madrid estaba destinado a ser una pieza dentro de un conjunto más amplio dedicado a las ciencias de la naturaleza. Como no pudo

hacerse realidad debido a la destitución en 1754 del marqués de la Ensenada, el proyecto resurge en 1785 cuando Carlos III y su primer secretario de Estado el conde de Floridablanca deciden fundar la Academia de Ciencias. El gran arquitecto neoclásico Juan de Villanueva lo materializa con rapidez, y entre 1785 y 1792 se construye un magnífico edificio destinado a la Academia y Museo de Ciencias junto al Jardín Botánico y el Observatorio Astronómico, obras diseñadas también por él mismo. Sin embargo, la Academia de Ciencias nunca llegará a ocupar dicho edificio, pues en 1819 se destinará al museo de pinturas conocido desde entonces como Museo del Prado.

Un aspecto de la política de Carlos III relacionado con las investigaciones botánicas es el sanitario. Entre las medidas que se toman con ese fin están la fundación en 1770 de la Academia de Medicina de Barcelona, que sigue los pasos de la ya existente en Madrid, y la de los importantes Colegios Reales de Cirugía —el de Cádiz se funda en 1748, el de Barcelona en 1760 y el de San Carlos de Madrid en 1780—, con los que se pretende subvenir a las necesidades médicas del ejército y la armada. Para hacer frente a la viruela, considerada en la época «la asesina de la infancia», se introduce el remedio consistente en la inoculación en pequeñas dosis en los niños que aún no la han padecido. Esta práctica profiláctica es el precedente de la verdadera vacunación jenneriana, que se divulgará en los últimos años del siglo.

La demografía da también una idea de las mejoras sanitarias y, en general, de los progresos que hace el país. De los 7,5 millones de habitantes que hay en 1715, se pasa, según los datos oficiales, a 9,3 millones en 1769 y a 10,5 en 1787. Hay, pues, un aumento global en torno al 40 por ciento a lo largo del siglo. Si nos atenemos a las cifras que figuran en el catastro del marqués de la Ensenada (hacia 1751), habría que poner 11 millones donde las cifras oficiales ponen 9,3. La expansión poblacional es más rápida en la primera mitad del siglo. No obstante, el interior

de la Corona castellana tiene, en 1751, casi medio millón de personas menos que a finales del siglo dieciséis, a pesar del crecimiento que registra desde antes de 1700. Y por lo que se refiere a las dos Castillas, León y Extremadura, los niveles demográficos de 1787 no superan los de los de 1591, casi doscientos años antes.

El apelativo que se da a Carlos III de «rey alcalde» reduce a proporciones demasiado localistas la dimensión de su reinado, pero de alguna manera le hace justicia, en razón del papel que desempeña en la transformación y mejora de Madrid. En 1761, cuando aún no se han cumplido dos años de su regreso, aprueba un ambicioso plan de saneamiento con empedrado de calles, aceras, canalones, alcantarillados, excusados en miles de viviendas, pozos, arbolado, farolas y la numeración de manzanas y casas. Esta política de adecentamiento, que Sabatini se encarga de llevar a efecto, hará de Madrid, en opinión del embajador francés, duque de Bourgoing, «una de las poblaciones más limpias de Europa» (1797) y con mejor alumbrado público, gracias a los 4.408 faroles de cristal que se instalan en sus calles. El Paseo del Prado se convierte en el Salón del Prado gracias a los cafés, tiendas, jardines, fuentes y más de dos mil sillas que en él se instalan y sirve de modelo al Paseo de la Bomba de Granada, las Alamedas de Málaga y Cádiz, el Espolón de Burgos y el Salón de San Juan de Barcelona. No es raro ver a los miembros de la Real Familia compartiendo los espacios de uso público con sus súbditos. A escritores extranjeros, como José Townsed, les llaman la atención la sencillez y familiaridad con que trata a la gente de toda clase y condición.

En los tiempos de Carlos III y en los inmediatamente posteriores, se construyen, además de los ya mencionados Observatorio Astronómico y Museo del Prado, edificios tan notables como, para ceñirnos sólo a Madrid, la Casa de Correos (actualmente sede del gobierno regional), la Aduana

(actualmente Ministerio de Hacienda), el palacio de Goyeneche (actualmente Real Academia de Bellas Artes de San Fernando), el palacio de Buenavista (actualmente Cuartel General del Ejército), el Hospital General (actualmente Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía), la Puerta de Alcalá y las desaparecidas Caballerizas Reales.

Carlos III es el monarca por excelencia del neoclasicismo, no tanto porque dirige sus preferencias a la arquitectura de Sabatini y a la pintura de Mengs como, sobre todo, por su ligazón con las ruinas de Herculano y Pompeya, de que ya hemos hablado. Sin las excavaciones, investigaciones y ediciones de los hallazgos de esas ciudades que el monarca patrocina y atiende, tanto desde Nápoles como desde Madrid, no habría podido generarse el estilo neoclásico que marcará el último tercio del siglo dieciocho y la primera mitad del diecinueve. No obstante, el estilo barroco perdura en provincias y, sobre todo, en América, donde llega entonces a su período áureo. Ante el esplendor arquitectónico que le es dado admirar en su viaje por América en la frontera de los siglos dieciocho y diecinueve, Humboldt no duda en afirmar que las ciudades hispanoamericanas están a la altura de las más celebradas de Europa, y califica a México, capital de Nueva España, como la ciudad de los palacios.

Carlos III tiene también el gran acierto de seguir la política naval de sus dos antecesores. Éste es un aspecto trascendental, dada la dimensión oceánica de la monarquía. Desde la Edad Media España sobresalía en la arquitectura naval. Ya en tiempos de Alfonso X el Sabio (1221-1284) eran famosos en toda Europa sus constructores de naos. Y dos siglos y medio después florecen los arsenales y durante muchas generaciones los navíos de España son considerados los más hermosos que surcan los mares. Además, España estaba en la vanguardia mundial en la fabricación de instrumental náutico. La arqueología subacuática ha permitido comprobar que más del ochenta por ciento de los

astrolabios náuticos de los siglos dieciséis y diecisiete fueron fabricados en España y Portugal. A pesar de tan lisonjeros antecedentes, la armada española se había quedado reducida a su mínima expresión al final del reinado de Carlos II.

La activa política naval de José Patiño, ministro de su predecesor Felipe V, logra que las veintidós naves de guerra con las que contaba España en 1717 se conviertan, al año siguiente, en cuarenta, con un ejército de treinta mil hombres y cien cañones. «Nunca se vieron en España», escribe el marqués de San Felipe, «preparativos tan grandes; ni Fernando el Católico, que tantas expediciones hizo, ni Carlos I, ni Felipe II». Patiño tiene un digno sucesor en el riojano don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, que había acompañado a Nápoles al infante Don Carlos. Cuando en 1743 Fernando VI le pone al frente de las Secretarías de Estado y Guerra, Marina, Hacienda e Indias, Ensenada se convierte en el principal promotor de la reforma de la armada y del dinamismo de los astilleros peninsulares y americanos: de los ciento ocho buques construidos entre 1715 y 1759 para la Armada, treinta y cuatro lo son en América.

Consciente de la necesidad de aumentar todo lo posible las fuerzas navales, Carlos III consigue que la armada eleve a más del triple sus efectivos en toda clase de embarcaciones, desde buques de líneas y fragatas hasta corbetas, bergantines y lanchas cañoneras. Estos progresos servirán a Carlos III para recuperar Menorca y la Florida, incorporar a la soberanía española la colonia de Sacramento (Uruguay), Fernando Poo, Annobón y Corisco, y, también, para contribuir a la independencia de las trece colonias británicas que se constituirán como Estados Unidos de América.

Esta labor constructiva va acompañada de medidas tan importantes como la unificación de la Armada Real en 1714 y la

fundación, en 1717, de la Academia de Guardias Marinas, una de las instituciones de mayor peso en el conjunto de la ciencia española de la Ilustración, que Carlos III traslada, en 1769, de Cádiz a la isla de León (San Fernando) (*Fig. 11*). Creado por Felipe V en 1711 el Cuerpo de Ingenieros Militares como cuerpo autónomo de artillería, la ordenanza de 1718 le otorga atribuciones muy amplias. Este cuerpo se va a destacar por su transcendencia, no sólo en las operaciones militares, sino también en las obras civiles, como se ve en algunas de tanta transcendencia cultural como las excavaciones de Herculano, Pompeya y Palenque.

Las sesenta expediciones oceánicas que el Gobierno envía entre 1735 y 1800 atestiguan la profunda renovación de la armada y su relación con los ámbitos más variados de la cultura, pues en la dotación de los buques hay botánicos, médicos, zoólogos, astrónomos, cartógrafos, dibujantes y otros especialistas cualificados. La expedición más ambiciosa, sistemática y dilatada en el tiempo y el espacio es la que va al mando de Alejandro Malaspina y José Bustamante. En los cinco años que dura su periplo alrededor del mundo, cruza de norte a sur y de este a oeste los océanos Atlántico y Pacífico, va de Australia y la Tierra del Fuego a Alaska, de Filipinas al Perú. Este viaje, preparado todavía durante el reinado de Carlos III, se inicia a los pocos meses de la muerte de este monarca y aporta a España vastas colecciones botánicas y mineralógicas, además de trajes, instrumentos y productos indígenas.

Entre las grandes figuras de la marina española vamos a fijarnos en dos, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, pues en sus personas confluyen aspectos muy variados de la cultura de la época. Geógrafo, cosmógrafo, político y diplomático sutil, reconocido en Europa como «el Sabio Español», Jorge Juan (1713-1773) inicia su formación en los difíciles años que siguen al Tratado de Utrecht y se va a destacar en los campos de la



ciencia y el diseño náutico. En 1734 es designado para encabezar la participación española en la expedición al Perú organizada por la Academia de Ciencias de París con el objetivo de medir un arco de meridiano terrestre. En esa misión le acompaña el también teniente de navío Antonio de Ulloa (1716-1795), que sólo tiene 19 años y que, al igual que Jorge Juan, ya apunta como lumbrera científica. Desde 1735 hasta 1744 ambos llevan un diario de navegación, asisten a las observaciones astronómicas y botánicas, levantan planos de ciudades, puertos y fortificaciones, calculan la longitud y latitud de los principales lugares, especialmente los marítimos, y recopilan toda información política, militar, económica y administrativa que pueda ser de interés para la Corona sobre los reinos, provincias y pueblos que visitan. La obra en que exponen los resultados de su trabajo son las *Observaciones astronómicas y físicas en los reynos del Perú* (1748).

Hasta 1766 Jorge Juan es director de la Academia de Guardias Marinas de Cádiz, donde funda el Observatorio Astronómico en 1753; trasladado más tarde a la isla de León, es el más importante de los hispánicos, incluso tras la creación de los de Montevideo (1789), Madrid (1790), Bogotá (1803) y el Ferrol (1806). En la «Asamblea Amistosa Literaria» que, en 1755, se reúne en su casa gaditana —semilla de la Academia de Ciencias que se proponía fundar en Madrid— se debaten durante años cuestiones de matemáticas, geografía, física, historia y antigüedades y se redactan informes y opúsculos sobre esas materias. A partir de 1770, dirige el Real Seminario de Nobles de Madrid, que había sido fundado en 1726, y reorganiza profundamente los planes de estudio de ese centro.

Jorge Juan sobresale también como ingeniero naval. Para subsanar los defectos de los navíos de Gaztañeta, viaja por encargo del marqués de la Ensenada a Inglaterra, donde permanece dieciocho meses a fin de conocer las innovaciones que

se hayan podido producir en ese país. Aunque sea llamado «inglés», el método de construcción ideado por Jorge Juan a su vuelta de Inglaterra es una aportación suya, pues introduce variaciones sustanciales ideadas por él mismo y basadas en los experimentos que realiza en la bahía de Cádiz. En este terreno su obra culminante es el *Examen marítimo* (1771), que será traducida al inglés, francés e italiano. En ella anticipa las técnicas de la aviación, cuando, al tratar los temas de «voladores o cometas», establece una nueva teoría sobre los ingenios aéreos y sus posibilidades en el futuro.

La trayectoria de Antonio de Ulloa es más compleja. En 1744, cuando estando todavía en América regresa a Quito a bordo de la fragata francesa *Deliverance*, los ingleses la apresan y Ulloa, hecho prisionero, arroja por la borda gran parte de la documentación que lleva consigo. Sin embargo, al llegar a Inglaterra es agasajado por el mundo intelectual del país y nombrado miembro de la Real Sociedad, lo que le permite recuperar los papeles que aún conservaba cuando el apresamiento. De regreso a España en 1746, redacta la parte histórica de la investigación realizada con Jorge Juan en América, y escribe, con el título de *Noticias secretas*, un informe sobre diversos aspectos de la administración americana a fin de corregir los abusos. Hace experiencias con un nuevo metal, el platino, en las mismas fechas en que los hermanos riojanos Elhuyar descubren un nuevo elemento químico, el wolframio o tungsteno, que dan a conocer en 1783.

Con la experiencia y conocimientos adquiridos en sus viajes por Francia, Suiza, Flandes, Holanda, Alemania, Rusia y los países bálticos, Ulloa contribuye a modernizar el país reorganizando los colegios de Medicina y Cirugía, perfeccionando la gestión de las minas de Almadén y creando, entre otras empresas, la Real Fábrica de Paños. En 1758 es nombrado superintendente de las minas de Huancavélica (Perú)

a fin de aumentar la producción de azogue, y en 1765, gobernador de la Luisiana. Experto en botánica, astronomía, geología, cartografía, matemáticas, ingeniería e hidrografía, nuestro polifacético marino será elegido miembro de la Academia Sueca.

La figura más destacada del talante reformista que Carlos III trata de llevar a las Indias es el malagueño José de Gálvez, que entre 1765 y 1771 actúa con plenos poderes como visitador general en los territorios de Nueva España a fin de mejorar la Hacienda de ese virreinato introduciendo una reforma fiscal y combatiendo los privilegios de las viejas clases coloniales. Nombrado secretario de Indias en 1776, lleva a término la reorganización administrativa y fiscal iniciada cuando era visitador, crea el ejército regular y fomenta el poblamiento de Sonora, California y Nueva Vizcaya (*Fig. 12*). En esos años se establece un sistema de colonización basado en presidios, misiones y pueblos, que atiende a las necesidades militares, religiosas y civiles de las nuevas poblaciones. Con los presidios se pretende fijar una línea defensiva capaz de responder a las eventuales incursiones de rusos e ingleses y, sobre todo, de los indios hostiles. Los presidios disponen de tierras de labor, y sus habitantes, considerados en su tiempo los mejores jinetes del mundo, son a la vez trabajadores y soldados. En 1771 se plantea la creación de un cordón fronterizo formado por quince presidios desde el golfo de California en el oeste hasta el de México en el este, cordón que constituye básicamente la línea fronteriza actual de los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de América. Dados los excelentes resultados que se obtienen con los presidios, centenares de colonos de diferentes poblaciones malagueñas y canarias parten en 1778 con destino a Nueva Orleans y fundan Nueva Iberia en 1779.

Otro aspecto importante de la política de Carlos III es la reorganización del ejército, que hacia 1785 sólo contaba con

treinta y cinco mil hombres, lo que significaba que el porcentaje de soldados por habitantes en España era muy inferior a la media europea. Para paliar esa escasez, se crean milicias urbanas y provinciales que encuadran a varios miles de personas en un contexto vagamente militar. La creciente amenaza de otras potencias —la inglesa, la rusa y, con el tiempo, la estadounidense— hace inevitable la implantación, entre 1780 y 1790, de esas milicias en América, complementando así un ejército numéricamente poco importante —de sólo veinte mil hombres— y muy disperso. Formadas por unos doscientos mil criollos, las milicias acabarán viéndose a sí mismas como si fueran propias de cada virreinato, lo que las llevará a adoptar características patrióticas locales, con la consecuencia de que, ante el vacío de poder que se produce en 1808 y años sucesivos a causa de la invasión napoleónica y de las crisis institucionales en los reinados de Carlos IV y de Fernando VII, acabarán combatiendo por la independencia regional frente a los escasos efectivos peninsulares destacados en América. Unas directrices reformistas que lucían bien sobre el papel y que podían ser convenientes desde un punto de vista teórico contribuirán, sin embargo, al desmoronamiento del Estado al que pretendían servir.

Algo parecido ocurre con el sistema de las intendencias, de origen francés, que representa un cambio profundo en la organización político-administrativa de América. Los intendentes se van a encargar, en lugar de las autoridades locales, de los servicios de justicia, hacienda, guerra y policía. Ese centralismo, tan conveniente en la España peninsular, dados sus límites geográficos y su homogeneidad cultural, no lo será en los inmensos y variados territorios del continente americano, y tendrá la consecuencia de que las clases dominantes de esos reinos ultramarinos tenderán a mirar más por sus intereses particulares que por los generales del Estado.

Las sombras del reinado de Carlos III no son menos

esclarecedoras (sirva la paradoja) que sus luces. El trance más difícil al que ha de enfrentarse el monarca es el motín de Esquilache, que estalla en la primavera de 1766 y viene a ser una especie de ensayo general del asalto de la Bastilla que se producirá en París veintitrés años después. La revuelta se expande en los primeros días de abril a medio centenar de ciudades donde se producen tumultos populares, algunos de ellos, como el de Zaragoza, tan graves o más que el madrileño. Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache, es un buen ministro de las políticas ilustradas de Carlos III. Durante su mandato se recuperan enajenaciones mal hechas por gobiernos anteriores, se inspeccionan las rentas de las provincias, se cubren las atenciones públicas sin elevar los tributos, se simplifica la acción administrativa, se reduce el número de empleados, mejorando los sueldos y procurando su arraigo y honradez, se hace frente a la proliferación de vagos y maleantes, se prohíbe el uso de armas cortas y de fuego, se establecen montepíos para viudas y huérfanos, se crea la lotería para atender a la beneficencia y se lleva adelante el plan de Sabatini para mejorar el estado y la limpieza de las calles de Madrid. Pero el ubicuo ministro venido de Nápoles lleva una vida ostentosa, no pierde ocasión de aumentar su clientela prodigando favores, su esposa se rodea de lujos impertinentes, se otorga a sí mismo el grado de teniente general sin tener formación militar y hace saltar a un hijo suyo del rango de teniente coronel al de mariscal de campo en poco tiempo, mientras otro vástago disfruta de un arcedianato dotado de buenas rentas, y el tercero, casi sin haberse tomado la molestia de salir de la cuna, es nombrado administrador de la Aduana de Cádiz. Los enemigos de Esquilache y de las políticas reformistas de Carlos III se encargan de dar al odio suscitado por el ministro el rumbo que desembocará en la sublevación.

El ambiente que acabará haciendo estallar el motín viene dado porque, desde 1760, la producción agraria sufre un

continuo descenso en amplias zonas de la Península tras varios años de sequía, y, entre 1762 y 1765, sobreviene una importante crisis de mortalidad. En vez de hacer caso al creciente malestar popular, el Gobierno decide completar las medidas liberalizadoras del comercio de cereales provocando su encarecimiento. La guardia valona acaba de caldear el ambiente cuando dispara contra la muchedumbre para poner orden en las fiestas que se celebraban en los jardines del Buen Retiro por la boda del príncipe de Asturias. El balance es veinte muertos a bayonetazos o ahogados en el estanque. Y así, cuando el 11 de marzo de 1766 se publica el edicto que prohíbe a los madrileños el uso de las capas largas y los sombreros gachos, se prende la mecha. El 23 de marzo, domingo de Ramos, la ira popular estalla en la plaza de Antón Martín y asalta la casa de las Siete Chimeneas donde residen los marqueses de Esquilache. Mientras tanto, el rey charla con el pintor Tiépolo, que está terminando de pintar los techos del Salón del Trono del Palacio Nuevo, y, sin perder su calma habitual, se va a ver al pintor Mengs, que en esos momentos hace un retrato de la Familia Real. El pueblo se le planta entonces delante y por medio de un fraile le exige el destierro de Esquilache y su familia, la sustitución de los ministros extranjeros por españoles, la salida de Madrid de la guardia valona, la rebaja de los precios y, lo más grave de todo, que Su Majestad acuda a la Plaza Mayor a otorgar formalmente esas concesiones. «De no hacerlo, arderá Madrid», es la amenaza final. El rey decide presentarse ante el pueblo, pero no en la Plaza Mayor, sino en el gran balcón del Palacio Real que da a la plaza de la Armería, concede cuanto se le ha exigido y, a las dos de la madrugada del día 25, Martes Santo, utilizando en secreto la puerta de escape del Campo del Moro, sale de Madrid con la Real Familia y Esquilache y se dirige a Aranjuez a reunirse con la reina madre. Unas horas después, escribe a Tanucci: «Gracias a Dios todos estamos buenos, y te aseguro que no es poca gracia la

que nos hace». Contrariada al ver llegar a su hijo en esas condiciones, Doña Isabel no sobrevivirá mucho tiempo a los sucesos de la Semana Santa de 1766, que anuncian la acción directa del pueblo en la política. Fallece en Aranjuez el 11 de julio.

Pero si el motín de Esquilache anuncia la era de las revoluciones con la acción violenta de las masas, la expulsión de los jesuitas, que tiene lugar once meses después, el 27 de febrero de 1767, anuncia la era del despotismo moderno. El conde de Aranda, que había resuelto el problema del motín combinando lo dúctil y lo enérgico, el talento del negociador y el rigor del militar y, sobre todo, divirtiendo al pueblo, ahora, cuando se fragua la expulsión de los jesuitas, organiza en Madrid, durante el Carnaval de 1767, un baile de máscaras público en el Coliseo del Príncipe —actual Teatro Español— y en el de los Caños del Peral, ubicado donde hoy se levanta el Teatro Real (*Fig. 13 y Lámina XXXI*). Un cuadrito de Luis Paret y Alcázar, que se puede ver en el Museo del Prado, refleja muy bien el ambiente de esos bailes que revolucionan las formas de esparcimiento. Aranda no ignora la trascendencia política de una adecuada administración del espectáculo. Con los bailes de máscaras, había encontrado la versión dieciochesca del *panem et circenses* romano. Un *panem et circenses* que en seguida se hace fuerte en la Villa y Corte, pues la costumbre de los bailes con orquesta va en aumento hasta el punto de que el ministro Manuel Roda llega a decir en la carta que escribe al diplomático José Nicolás de Azara en 1767: «De Madrid se ha desterrado ya la melancolía con los bailes de máscaras. [...] me huelgo infinito de oír y ver a los Ministros extranjeros confesando que no hay Corte en Europa como la de Madrid». Casanova, que hace su debut madrileño en el teatro de los Caños del Peral, observa que «en el nuevo sistema de convivencia que el conde de Aranda ha introducido, este baile constituye la pasión de todas las mujeres de la capital» y confiesa

sentirse cautivado —el momento culminante llega a la medianoche, cuando madrileños y madrileñas se lanzan a bailar el fandango— y hasta *sobrepasado*, pues reconoce que «el libertinaje en Madrid es excesivo; tiene incluso, por encima del de otros países, la terrible hipocresía que daña más a la auténtica piedad que la licencia abierta». En labios de un Casanova, estas palabras dan que pensar.

La expulsión de los jesuitas no es cosa del pueblo, sino de las clases altas —las mismas que se habían educado en sus colegios— y del apoyo de ciertos filósofos de moda. Juan-Jacobo Rousseau, cuando se entera de la expulsión de los jesuitas, prorrumpe en loores a España que Aranda comunica en una carta a Floridablanca: «Rousseau me dice que continuando España así dará la ley a todas las naciones, y aunque no es ningún doctor de la Iglesia, debe tenérsele por conocedor del corazón humano, y yo estimo mucho su juicio». La expulsión decretada por Carlos III tenía precedentes en otros países, pues en 1759 habían sido expulsados de Portugal, después del intento de asesinato del rey José I, y en 1761, de Francia. Con la expulsión el soberano español pretendía acabar con la enorme influencia política que tenían los religiosos de la Compañía y que reposaba sobre dos pilares: los numerosos colegios en los que se formaban los jóvenes pertenecientes a las familias de más poder y alcurnia y las misiones que habían fundado en América, particularmente en el Paraguay. A mediados del siglo, la Compañía gobernaba cuarenta y ocho misiones, con una población que llegó a tener más de cien mil indios, y hacía funcionar ocho colegios y una universidad. Concentraba a los indígenas en poblados aislados del mundo exterior, llamados *reducciones*, donde les daba educación religiosa y enseñaba oficios acordes con los tiempos, incluidos los de naturaleza artística, como la arquitectura, la pintura, la escultura, el dorado y la música (*Figs. 14, 15 y 16*). El sistema, similar al de las *aldeias* del Brasil, facilitaba la labor



catequética, pero, desde el punto de vista de un soberano absoluto como Carlos III, el peligro estaba en que la autoridad religiosa y la civil residían en una sola mano, la del misionero, con lo que el poder de éste sobre el indio era total y las reducciones venían a ser, en la práctica, un Estado dentro del Estado.

Carlos III tampoco podía ignorar que, durante el reinado de Felipe IV, la Compañía había ayudado a la independencia de Portugal para tener las manos más libres en el Brasil, durante su propio reinado había infligido graves ultrajes a la Corona con la insurrección de los negros en el Paraguay y las intrigas en México denunciadas por el arzobispo Palafox y, según opinión general, había caldeado los ánimos para el estallido del motín de Esquilache. Además, como buen regalista, Su Majestad Católica se consideraba mejor gestor de los asuntos eclesiásticos que la Curia romana y se creía con derecho a intervenir en la administración de la Iglesia. Por otro lado, varias órdenes religiosas habían manifestado enemistad hacia la de San Ignacio. En la carta que escribe a Clemente XIII el mismo día en que se verifica la expulsión, el monarca explica bien las razones que le han movido a tomar esa decisión: «El primer deber de un monarca es cuidar del mantenimiento de la tranquilidad de sus estados, del honor de su corona y de la paz interior de sus vasallos. Para cumplir con este deber me veo en la necesidad urgente de expulsar a los jesuitas fuera de mis reinos y de hacerles conducir a los Estados de la Iglesia». A finales de 1767, año en que se verifica su expulsión, los jesuitas son también expulsados de las Dos Sicilias y, posteriormente, de Parma y Piacenza. Y Carlos III consigue que Clemente XIV, elegido papa en 1769, decreta la extinción de la Compañía.

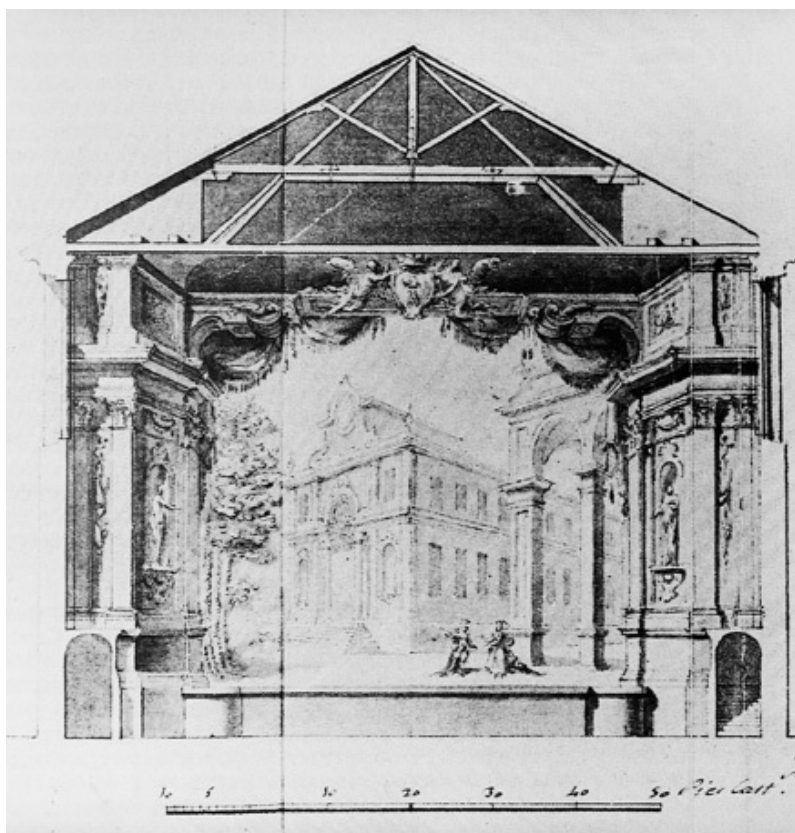
Los jesuitas tenían, ciertamente, sus defectos, pero, como en el caso de los judíos expulsados en 1492 y de los moriscos que lo serían un siglo después, los compensaban con cualidades de

laboriosidad, eficiencia y cultura. Para España y las Indias la expulsión tendrá consecuencias especialmente graves. «Aquel día el Rey de España», dice Salvador de Madariaga, «desató con sus propias manos el lazo más fuerte que unía a su Corona con los reinos de Ultramar». De la noche a la mañana España se vio privada de un importante poder interesado en el mantenimiento de la monarquía y, de rebote, se granjeaba un poderoso e influyente enemigo, acostumbrado a actuar en la sombra. Entre los jesuitas expulsos no faltarán quienes aboguen, como Pablo Vizcardo, por la independencia de América. Y así los hijos de San Ignacio van a cooperar junto con masones y judíos, según señala también Madariaga, en la destrucción del Imperio español, que se produce durante el reinado de Fernando VII, nieto de Carlos III.



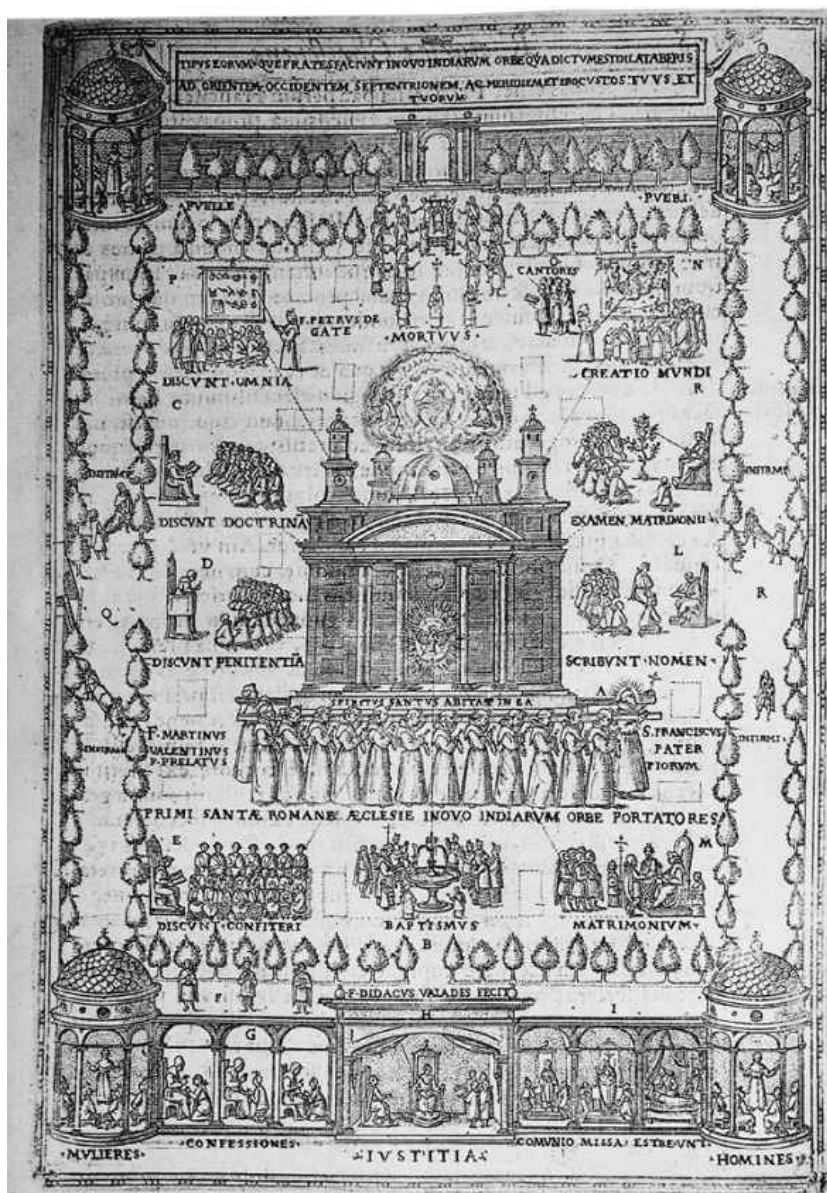
11 Real Colegio de Guardiamarinas de San Fernando (Cádiz). Museo Naval de Madrid.





13 Proyecto para el Coliseo de la Cruz de Madrid, por M. M. Rodríguez, 1785.





16 Imagen de la Ciudad de Dios que proclama la igualdad de todos los hombres en el Reino de Cristo, en la *Rethorica Christiana* de Diego Valadés, Perusiae, 1579.

Menéndez y Pelayo subraya, en la *Historia de los heterodoxos españoles*, el hecho tremendo de que en un solo día fuese arrojada de España una pléyade de grandes intelectuales, entre los que destaca, para poner unos pocos ejemplos, a Juan Andrés, erudito

historiador de la cultura; Hervás y Panduro, padre de la lingüística comparada y uno de los primeros cultivadores de la etnografía y de la antropología; Eximeno, filósofo, matemático y autor de un nuevo sistema de estética musical; Arteaga, a quien debe José Nicolás de Azara la mayor parte de su gloria como promotor del gusto neoclásico, y que es el autor del mejor libro de estética de su tiempo; Requejo, restaurador de la pintura pompeyana e historiador de la pantomima entre los antiguos; Isla, que con el *Fray Gerundio* crea una de las principales novelas del siglo dieciocho; Aponte, traductor de Homero, insuperable según Moratín; Pou, que tradujo por primera vez a Herodoto en lengua castellana; Prats, ilustrador de la inscripción de Rosetta; Clavijero, historiador del antiguo México, y Nuix, que justifica, contra las declamatorias invectivas del abate Raynal, la conquista española en América.

«Espantoso desorden, en lo civil y en lo eclesiástico, siguió en la América meridional al extrañamiento de los jesuitas; se arruinó la instrucción pública y se disiparon los cuantiosos bienes embargados, y una larga serie de fraudes, malversaciones, torpezas y delitos de todo jaez, mezclados con abandono y ceguedad, trajeron en breves años la pérdida de aquel imperio colonial, el primero y más envidiado del mundo». Con este diagnóstico de Menéndez y Pelayo coincide el historiador Enrique Manera Regueyra, que hace la interesante observación de que, al marcharse los jesuitas, fueron «sustituídos por profesores entusiastas de los principios de los Enciclopedistas, entonces de moda, continuados por los nacidos de la Revolución Francesa, lo que produjo una generación propicia a la separación de la Metrópoli, hasta entonces respetada hasta en sus menores gestos». Al expulsar a los jesuitas, Carlos III no fue consciente de que la monarquía católica y la Compañía de Jesús tenían más intereses en común de los que podían separarles.

Si el rey o sus ministros no estaban de acuerdo con la forma

como los padres de la Compañía dirigían sus misiones o sus colegios, en su mano estaba tomar medidas proporcionadas según los casos y arbitrar una legislación adecuada. Pero, en vez de eso, se optó por una resolución que hacía pagar a justos por pecadores y daba carta de naturaleza a prácticas típicas del totalitarismo contemporáneo. Veinte años después, la Revolución Francesa colmará las medidas decretando miles de destierros y ejecuciones, en tanto que el Imperio sucesor de la Revolución cubrirá de sangre Europa y, en particular, España, hasta que finalmente los guerrilleros, las Cortes de Cádiz y el ejército expulsan a las tropas napoleónicas que habían invadido la Península.

El único conspirador antijesuítico que no pertenece a la nobleza es Roda. Este letrado, que, por carecer de pergaminos, había visto cerrado el acceso a uno de los colegios de Salamanca, no sólo está a favor de la expulsión de los jesuitas, sino también de otra medida no menos preñada de consecuencias. En principio se pretendía, lo que era razonable, que el criterio empleado para la elección del personal destinado a la administración del Estado tuviese más que ver con la capacitación técnica que con la alcurnia, y se pensó que, para conseguir ese objetivo, había que recortar el predominio de los colegiales —hijos de la nobleza— en los niveles altos del gobierno (en vísperas de los motines de 1766 los colegiales reunían en sus manos, según Olaechea, alrededor del 85 por ciento de los cargos más importantes). La tenacidad de manteístas influyentes hace que Carlos III adopte una resolución radical para corregir esa situación —se suprimen los seis colegios (cuatro de Salamanca, uno de Valladolid y uno de Alcalá) donde se formaban los cuadros altos de la administración— cuando lo más conveniente habría sido purgarlos de sus defectos, remozarlos, complementarles con la aportación de los manteístas y mantener, mejorándola, una tradición de aristocracia



intelectual cuya falta se dejará sentir en España desde principios del siglo diecinueve. La supresión de los colegios será letal para el sostenimiento de una estructura tan compleja como la de la monarquía hispánica y, por ello, tan necesitada de un personal altamente cualificado por la amplitud de miras, las relaciones sociales y un acrisolado sentido del honor.

Siguiendo estas líneas de actuación, Carlos III toma medidas contra la independenciamiento de las universidades suprimiendo la antigua libertad de elegir rectores, catedráticos y libros de texto. Entre finales de 1768 —sólo un año después de la expulsión de los jesuitas y dos del motín de Esquilache— y comienzos de 1769 los antiguos visitadores temporales son reemplazados por directores perpetuos elegidos entre los consejeros de Castilla. Pero el intervencionismo llega más lejos. En 1770 se decreta que todas las tesis que se defiendan en el ámbito universitario han de someterse a la inspección de los censores regios, por lo general fiscales de audiencias y chancillerías, y se exige a los que se disponen a graduarse el juramento de promover y defender a todo trance las regalías de la Corona.

A favor de la política educativa de Carlos III hay que decir, sin embargo, que, desde 1781, se establece la enseñanza obligatoria en el nivel primario, se crean por primera vez escuelas de niñas, se arbitran métodos de selección del profesorado para mejorar la calidad de la enseñanza y se uniformizan los métodos pedagógicos a través de catones y cartillas que enseñan a los niños a leer y a escribir. Y es entonces también cuando se vincula por primera vez la educación con lo *público* y se empieza a hablar de *educación nacional*.

## EN EL REINO SUBTERRÁNEO

La relación de Carlos III con Italia no acaba cuando regresa a España. Donde quiera que esté, ya nunca perderá de vista ni los cotos de caza de Campania o Prócida, ni el palacio y Real Sitio de Caserta, ni las ruinas de Herculano y Pompeya, esos tres caudalosos ríos en cuyas aguas boga feliz su activo y curioso espíritu de Rey Cazador, Arquitecto y Arqueólogo. Desde su partida, en 1759, Carlos III inicia una correspondencia semanal con Bernardo Tanucci, ahora regente de las Dos Sicilias, que se prolonga durante muchos años y le permite seguir de cerca y orientar la marcha de su antiguo reino. Entre sus otras obligaciones, Tanucci cumple celosamente el encargo real de supervisar las excavaciones, dirigir el Museo de Portici y editar las antigüedades. Al final de sus cartas, nunca deja de dar cumplida cuenta de los hallazgos producidos en los diferentes yacimientos, de las esculturas de bronce y pavimentos de mosaico que se han restaurado, de las pinturas que se han barnizado y de la colocación en el museo de las diferentes antigüedades.

Para tener al monarca lo mejor informado posible, Tanucci organiza un eficaz servicio de información, desde el que se envían semanalmente al monarca los partes de las excavaciones y la relación de lo restaurado. En la correspondencia se incluyen asimismo dibujos sobre las novedades arqueológicas y los grabados de *Le antichità di Ercolano* a medida que se van imprimiendo, y acerca de todo lo cual Carlos III comenta de forma típica: «Puedes creer el gusto que esto me causa, ya que Dios no quiere que lo pueda ver de otro modo». Tanucci

informa también al rey de las reuniones de los académicos, del estado en que se encuentra la composición de cada tomo de *Le antichità* y de los escasos avances que tiene con los rollos papiráceos el padre Piaggio, al que llama «il più lento servitore de la monarchia», ya que desde 1754 a 1793 sólo logra desarrollar dieciocho *volumina*, que no verán la luz hasta 1798, cuando se publica el libro IV de Filodemo de Gadara *Sobre la música*.

Por su parte el rey emplea una fraseología estereotipada, casi ritual, para referirse a los cotos de caza y a las excavaciones, de la que es un ejemplo típico esta frase de una carta de 18 de agosto de 1764: «Te estimo mucho todas las noticias que me das de esas cazas y la distinta relación que me haces de lo poco que habían producido esas excavaciones, pues me es de mucho gusto». La caza, la arqueología y la arquitectura, he ahí las tres pasiones de Don Carlos, las regias diversiones que le permiten olvidarse por un momento de las obligaciones de cada día y de la grave responsabilidad de tener que dictar órdenes que afectan a una buena parte del mundo. Las tres le brindan la posibilidad de estar al aire libre, como a él le gusta. Si en la caza el rey debe demostrar la superioridad de sus dotes «animales» —buena vista, rapidez de reflejos, intuición, aprovechamiento del azar—, lo que en las excavaciones está en juego es, junto a considerables conocimientos de ingeniería, la capacidad para hacerse con la forma de discurrir de los antiguos. Tanto en esas dos actividades como en la edificatoria, nada puede lograrse sin una feliz combinación de habilidad técnica, perseverancia y buena suerte, como bien sabe Don Carlos desde que era un adolescente. A veces Tanucci consulta al Amo sobre determinados problemas de conservación o dirección. En esos casos el rey expone de forma circunstanciada su opinión, aunque a veces le basta con una simple frase, como cuando dice a Tanucci, después de pedirle que supervise personalmente la colocación de los bronce en el

museo, «sabes cuánto me intereso en las antigüedades, y el genio que las tengo [...] pues merecen estarlo donde puedan verse por todos los que van ahí» (24-6-1760). O sea, Su Majestad estima que se ha de facilitar el acceso a quienes deseen tener un conocimiento directo de las antigüedades. El museo debe estar abierto al público.

Se ha reprochado a Carlos III que la circulación de *Le antichità di Ercolano* se viese limitada porque los ejemplares de la obra no estaban en venta. A ese reproche cabe responder que el rey distribuyó los volúmenes con generosidad, y que ninguno de los que los solicitaron dejó de tener acceso a ellos. La nobleza fue el estamento que más se benefició de la munificencia real; pero también se conservan agradecimientos de diferentes bibliotecas y universidades, como Gotinga, Edimburgo, St. Andrews, Cambridge, etc., lo que indica el carácter intelectual de muchos de los favorecidos por el monarca. En todo caso, *Le antichità di Ercolano* era una obra del rey y estaba financiada a sus expensas, como le recuerda Tanucci a Finocchietti: «Del re sono questi libri; il Re li dà; li dà a chi li chiede, quando S. M. stima il suplicante degno di questa sua grazia real» (10-12-1760). España se ve generosamente recompensada. En la carga del navío *Velasco*, que llega a Cartagena en junio de 1765, figuran varios cajones que contienen doscientos volúmenes del cuarto tomo de las pinturas, que el rey repartirá en España.

Las reacciones a la publicación son variadas. A comienzos de 1758 Fernando VI, al recibir el primer volumen, comenta en tono desenfadado que algunas de las estampas «estaban de verano», a lo que Carlos III replica, cuando se lo cuentan: «¡Qué quieres, así son los originales!» (30-5-1758). El comentario de Fernando VI no debería sorprender, pues en ese tomo figuran pinturas como la de Pan desnudo acosando a un no menos desnudo hermafrodita y la de un también desnudo Sátiro que hace otro tanto con una bacante igualmente desnuda y rendida.

A tal exhibición nudista se suma una larga teoría de desnudos, sobre todo masculinos, que van de Teseo, el Minotauro, Hércules y el joven Aquiles a un animado tropel de amorcillos. Todos los cuales, ciertamente, «estaban de verano». Un año y medio después, a finales de 1759, llega a oídos de Tanucci el rumor de que la Inquisición de Lisboa ha intentado impedir la difusión del primer tomo en Portugal a causa del carácter lúbrico y pagano de muchas de las figuras. Detrás de esos movimientos cree ver la mano de los jesuitas.

El tema arqueológico está tan presente en la correspondencia semanal que tiene Carlos III con Tanucci, que en las ciento cincuenta y una cartas que le remite en el lapso de poco más de tres años, entre febrero de 1760 y junio de 1763, el monarca hace unas ciento veinticuatro referencias al tema. Sólo unos meses después de llegar a Madrid, encontramos un párrafo muy expresivo en la carta que escribe desde el palacio del Buen Retiro el 24 de junio de 1760: «Te estimo infinito las buenas noticias que me continúas [...] de lo que se había encontrado en aquella semana en esas excavaciones y las disertaciones que me has enviado, que me son de grandísimo gusto, así como lo que me dices de que prosigue la stampa de Herculano, y en lugar de tener que perdonarte el último período de más en que me das cuenta de todos los bronce que se han restaurado por Paderni, tengo que agradecértelo, pues es uno de los mayores gustos que me puedes dar, pues sabes cuánto me intereso en esas antigüedades y el genio que les tengo y puedes creer de cuánto gusto me es que las dos estatuas de bronce pasadas de Canard a Paderni estuviesen en punto de concluirse, y te diré que ahora que estás ahí fueses a Portici para verlas y poderme decir cómo han quedado, y ver al mismo tiempo con Paderni en qué parte se pueden situar y que todas las demás del mismo metal que existan en poder de Canard las hicieses pasar a Paderni y vieses con él si necesitan de restauración para hacerla, y situarlas todas unidas,

pues merecen estarlo donde puedan verse por todos los que van ahí». Carlos III, que contempla de forma global el proceso, se complace en seguir con detalle las diferentes labores de excavación, restauración, estudio científico y exposición en el Palacio-Museo de Portici. En su mente conciliadora la globalidad de la visión intelectual tiene su complemento en el detalle de las actuaciones.

Dos meses después, el 5 de agosto de 1760, escribe desde el palacio de San Ildefonso una carta en la que se ve cómo, al tiempo que desea conocer los estudios de los eruditos, vive con emoción e impaciencia el momento en que el mármol de una estatua aflora en el suelo. Dos semanas después, el 26 de agosto, da muestras del interés con que sigue las labores de restauración y lee las disertaciones académicas sobre los hallazgos. «Veo con mucho gusto», añade, «todo lo que me dices de las pinturas y del gran número a que han llegado». El 7 de octubre, desde el palacio del Buen Retiro, Carlos III se manifiesta no menos interesado por los aspectos económicos de la empresa arqueológica que por un asunto tan docto y especializado como es el desenvolvimiento y lectura de los papiros de la Villa de los Pisones.

En la carta que escribe desde Aranjuez el 31 de marzo del año siguiente (1761), comunica a Tanucci su deseo de que le hagan «en yeso las cosas más particulares que se hallan en el Palacio y el museo de Portici, pues a lo menos de este modo tendría el gusto de ver en el modo que es posible aquellas cosas que sabes son tan de mi genio y gusto». En mayo de 1765 llegarán a Madrid, embalados en dieciséis cajones, los vaciados de las esculturas más importantes conservadas en el museo de Portici, junto con las antigüedades que mandara comprar en Roma.

El 14 de abril de 1761, también desde Aranjuez, escribe a su viejo amigo que no deje por ningún concepto de tratar de esos

temas para él tan queridos en las cartas que le envía desde Italia, a pesar de que recibe todas las semanas información puntual de las excavaciones y los asuntos relacionados con ellas. Carlos III desea contrastar la información que recibe de forma oficial con la del propio Tanucci, hombre de juicio y erudición que tanto aprecio le merece. Y el Amo le pide más, como puede verse en la carta que le escribe desde San Ildefonso el 28 de julio de ese año (1761): «Y así harás muy bien», le dice, «en ir a verlas [las restauraciones], y ojalá pudiera yo acompañarte, que bien puedes creer con cuánto gusto lo haría».

Carlos III, que al tratar epistolarmente de Herculano y Pompeya se siente transportado a su querida Nápoles, está tan orgulloso de los hallazgos, en particular de los producidos en la fastuosa Villa de los Pisones, que dos semanas después, el 11 de agosto, dice a su ministro desde San Ildefonso: «Y te estimo la distinta relación que me haces de lo hallado en esas excavaciones y de estarse haciendo la forma del famoso Mercurio, pues me es de grandísimo gusto, y veremos si Caylus dice que tampoco vale nada; y veo la insolencia del hurto tentado en el Palacio de Portici, y estoy bien seguro de que no dejarás diligencia alguna para descubrir a los que le han cometido». Resulta simpático el tono de desafío que lanza Carlos III al conde de Caylus, uno de los más concienzudos anticuarios de la época, que por esas fechas estaba publicando los siete volúmenes de su *Recueil d'Antiquités égyptiennes, étrusques, grecques et romains* (1752-1765), obra que quedaría eclipsada seis años después cuando Johann Joachim Winckelmann publica, en diciembre de 1764, su *Geschichte der Kunst des Altertums* (*Historia del Arte en la antigüedad*). Esa línea de la carta muestra que, en punto a anticuariado clásico, al monarca español no le intimida en absoluto el conde francés. En la línea siguiente, el rey pasa de ser anticuario a mostrarse como un político que en modo alguno está dispuesto a tolerar que una partida de ladrones, tal vez bien situados, menoscabe

impunemente el rico patrimonio arqueológico que, gracias a sus desvelos, se está reuniendo en Nápoles.

A veces el monarca se siente obligado a dar su autorizada opinión respecto a cuestiones controvertidas, como en la carta que escribe en San Lorenzo de El Escorial el 19 de noviembre de 1761, donde pide a Tanucci que trate de quitar de la cabeza a Weber «el pensar sólo en querer sacar el plano de las ciudades arruinadas, pues con tal ideario no hace sino seguir las calles sin entrar en las habitaciones, que es donde debe entrar para hallar [antigüedades], sin dejar por esto de continuar sus planos según vaya adelantando, y si logras esto te aseguro que no lograrás poca victoria, pues yo no la pude conseguir en mi tiempo, sino por muy pocos tiempos, volviendo siempre él a su idea». El consejo del rey, dado de forma tan llana y modesta, tiene la indudable ventaja de hacer justicia por igual a los que desean conocer el plano de la ciudad y a los que quieren desenterrar el rico contenido que atesoran las casas, y que brilla por su ausencia en las calles. Carlos III sabe valorar en su justa medida la importancia de la estructura urbana, pues saluda con gran satisfacción el hallazgo de las puertas de Pompeya, pero ve la investigación arqueológica pompeyana de forma orgánica y global, y sabe, como buen político, que sin el estímulo de los hallazgos de estatuas, pinturas, muebles y enseres, que sólo proporcionan las casas, la investigación perderá un poderoso acicate y correrá el riesgo de extinguirse por falta de materia de estudio. El rey quiere armonizar esas dos vertientes complementarias de la investigación: la doméstica y la urbana.

Dada la proyección intercontinental de la monarquía, a veces en las cartas de Carlos III esas ciudades del pasado y el mundo antiguo que son Pompeya y Herculano se dan la mano con otras del Nuevo Mundo y el futuro, como cuando en la carta de 7 de septiembre de 1762 dice: «Te agradezco la distinta relación que me haces de lo hallado en esas excavaciones; y todo lo que me



lices sobre La Habana». En otras ocasiones la arqueología se combina con su familia, como ocurre en una carta escrita en La Granja el 5 de octubre del mes siguiente, en la que comunica a Tanucci que ha dado a su madre el tercer tomo de *Le antichità di Ercolano*, lo que demuestra el interés de Doña Isabel de Farnesio por los temas anticuarios.

Durante la regencia de Tanucci tienen lugar las otras visitas de Winckelmann a Nápoles. Puede ver todas las antigüedades reunidas hasta la fecha, excepto el escandaloso grupo escultórico de *Pan y cabra* de la Villa de los Pisones, se le permite examinar los planos de Weber y, en general, disfruta de un acceso más libre que ningún otro coetáneo no napolitano. Sin embargo, el abate publica en 1764 la *Lettre de M. l'Abbé Winckelmann, Antiquaire de Sa Sainteté, a Monsieur le Comte de Brühl, Chambellan du Roi de Pologne, Électeur de Saxe, sur les découvertes d'Herculanum*, que logra una difusión más amplia que la versión alemana publicada en Dresde dos años antes y provoca gran irritación en Nápoles, pues, junto a informaciones razonables sobre las ciudades sepultadas, el museo de Portici y la erupción del Vesubio del año 79, contiene críticas infundadas acerca de los métodos de excavación empleados por Alcubierre, que por otro lado están en contradicción con lo que el propio Winckelmann pudo contemplar en su visita de 1762. Indignado, Tanucci manda a Carlos III dos ejemplares de la carta e impulsa las respuestas de Galiani y Zarilli, miembros de la Academia Herculaneuse. Este grave incidente no es óbice para que, tres años después, en 1767, el atrabiliario abate se entreviste brevemente con Tanucci, quien le regala el quinto tomo de *Le antichità*, pero le niega los demás y le echa en cara, ante los embajadores que estaban presentes, los pasajes ofensivos de su carta enumerándolos uno por uno.

En 1764, tras la muerte de Weber, se incorpora a las excavaciones como ingeniero subalterno Francisco de la Vega, que ha recibido en Roma formación de arquitecto. En los tres

años siguientes se empieza a descubrir en Pompeya el teatro, el templo de Isis, el odeón, el templo de Esculapio, el foro triangular y el pórtico situado detrás del teatro. Entre los personajes que acuden a visitar la excavación del templo de Isis están William Hamilton, representante de S. M. británica en Nápoles, y el propio rey Fernando IV, lo que llena de alegría a su padre. Pietro Fabris recoge en un gouache, publicado en *Campi Phlegraei*, el momento en que se está excavando el templo isíaco.

A partir de ahora el mayor número de visitas se dirige a Pompeya. En 1776 los visitantes se acercan al centenar. La presión del público para dejar in situ las pinturas de los edificios da lugar a que en 1766 se desmoronen algunas durante un temporal. Afortunadamente, habían sido registradas en dibujos. Esta pérdida resulta especialmente molesta a Carlos III, que había anunciado tal eventualidad. En una carta del 14 de junio de ese año dice a Tanucci con la exactitud científica que pone en la dirección de las excavaciones: «Pero siento otro tanto lo que me dices que ha sucedido con las pinturas que estaban alrededor del Templo de Isis con el rigor del tiempo, y en no haberme engañado en lo que creía que sucedería, y te agradezco lo que has regañado, por no haber ejecutado lo que habías mandado y temo que ahora algunos duden de la estampa que se haga según el dibujo que se había sacado; y me alegrará que esto se pueda remediar con los pedazos que me dices han quedado de ellas».

A despecho de que su correspondencia con Tanucci le hace sentirse como si todavía dirigiera desde la distancia la acción arqueológica vesubiana y la edificatoria de Caserta, el monarca es consciente de que esas dos grandes empresas se le han ido de las manos desde el momento en que renunció a sus reinos italianos. Por eso, a los tres años de haber regresado a España, en una carta escrita en El Escorial el 16 de noviembre de 1762, dice de forma que casi se le oye exhalar un suspiro de resignación: «Veo cuanto me dices de las columnas de verde antiguo y alabastro que están

ahí, y lo que desea saber Vanvitelli sobre ellas, y te diré que yo las tenía destinadas para esa gran galería que cae a la parte del jardín con las estatuas antiguas que se han hallado, pero dile lo uno y lo otro a mi Hijo y haz lo que sea más de su gusto, pues suyo es lo uno y lo otro y es él quien con la ayuda de Dios lo ha de gozar».

Unos años después, como se ve en la siguiente anécdota, es todavía más viva en el ánimo del monarca la sensación de que ya no es el Amo al que se escucha como un oráculo. En mayo de 1769 el emperador José II visita el museo de Portici, el teatro de Herculano y las excavaciones de Pompeya. Además de los tradicionales vínculos familiares que unen a las casas reales de España, Austria y Francia, el emperador ha adquirido nuevos lazos de familia con Carlos III al casarse su hermana, la archiduquesa María Carolina, con Fernando IV, hijo del monarca español, y al casarse el propio emperador con una princesa de Parma, hija del infante-duque Don Felipe, lo que le ha convertido en sobrino del rey de España. En su visita a Pompeya, De la Vega le enseña el templo de Isis y la colección de dibujos que ha hecho del edificio, contrastando la curiosidad de José con la falta de interés de su cuñado Fernando. El emperador germánico no se recata de dar su opinión sobre cómo deben dirigirse los trabajos arqueológicos, mostrándose partidario de seguir la tesis del ya fallecido Weber, o sea, de excavar las calles, en detrimento de las casas. Este sistema, como ya se ha visto, no convence a Carlos III. Éste, que desde hace tanto tiempo lo tiene bien estudiado, en el mes de diciembre de ese año hace el siguiente diagnóstico, que se cumplirá de forma inexorable: «Siento que por obedecer en todo el consejo que dio el emperador de continuar en descubrir las calles de Pompeya siga la suma esterilidad de tales excavaciones, pues sin faltar a ello se podría aplicar alguna porción de la gente que trabaja a entrar en las casas, y hallar algo, y con esto dar gusto al emperador y a mí también».

Los funcionarios de Nápoles no siguen, sin embargo, un consejo tan sensato, y lo ignoran a pesar del tono modesto con que el soberano madrileño da a conocer su opinión. Cuando transcurrido un año siguen sin salir a la luz nuevos hallazgos, el rey se desahoga con Tanucci: «Siento que esas excavaciones no hubiesen producido nada, y en cuanto a su escasez de tiempo a esta parte, ten paciencia si con mi acostumbrada ingenuidad te digo mi parecer, y es que procede del empeño tomado en querer descubrir las calles y sacar la planta, y no en buscar en los edificios como se hacía en mi tiempo, y con lo cual también se conseguía sacar la planta, aunque más lentamente, y así mi parecer es que se deban proseguir, y yo me alegraría poder dirigir las y vivir tanto tiempo como sería necesario para acabarlo todo como se debe» (25-6-1771). El rey habla con la autoridad que le concede su conocimiento a fondo del proceso arqueológico. Pero la opinión de ese visitante de campanillas que es el emperador austríaco cuenta con el apoyo de su hermana, la reina María Carolina, mujer presuntuosa, caprichosa e irritable, que antepone las indicaciones de su hermano, que sólo conoce de pasada la historia y técnica de las excavaciones, a las de su suegro, que es un experto en la materia y se siente profundamente implicado en ellas desde hace cuarenta años.

La presencia española en las excavaciones es, de otra parte, tan importante que, aunque por Real Orden de 24 de diciembre de 1763 —veinticinco años después del inicio de las mismas— se manda a Alcubierre que redacte los informes en italiano, tanto los informes arqueológicos diarios como la correspondencia entre los ingenieros y la contabilidad siguen haciéndose en castellano, prueba de que la mayoría de los responsables eran españoles o descendientes de españoles, como es el caso de los hermanos Alcubierre, de los hermanos De la Vega y de Joaquín Pérez Conde. Todavía en 1785 el jesuita expulso Juan Andrés, al visitar Nápoles, se muestra tan sorprendido de la cantidad de españoles

y descendientes de españoles dedicados a trabajos de campo y al museo de Portici que se lo comenta a su hermano Carlos Andrés en una de sus cartas italianas.

A pesar de lo cual, entre los españoles residentes en España que visitan Nápoles no parecen tener demasiado eco esos trabajos que tanto interesan, en cambio, a su rey. Pero aunque contados, algunos de esos visitantes figuran entre los principales representantes de las artes y las letras de la época; así Francisco Pérez Bayer y Antonio Ponz, a los que Carlos III regala el catálogo de Baiardi; el gran arquitecto Juan de Villanueva y el pintor José Castillo, que visitan las excavaciones vesubianas en 1764 tras conocer en Roma al director de las mismas Francisco de la Vega; Ortiz y Sanz, traductor de Vitrubio al español, que visita Nápoles, Baias, Pozzuoli, Paestum, Pompeya y Posidonia en 1779, y, antes de finalizar el siglo, el pintor Isidro Velázquez Bosco y el gran comediógrafo Leandro Fernández de Moratín, que tras recorrer de forma detallada los yacimientos en 1796 deja una descripción de Pompeya que merece ser transcrita, pues sirve para hacerse una idea de la visión que Carlos III pudo tener de aquella urbe, tantas veces evocada desde los Reales Sitios españoles:

«No es posible caminar por aquel paraje sin una especie de entusiasmo que todos aquellos objetos inspiran. Éste era el teatro; aquí se acomodaba el pueblo, allí la nobleza; por allí salían los actores; aquí se oyeron los versos de Terencio y Plauto; este recinto sonó con aplausos públicos, los hombres desaparecieron, y el lugar existe. Éste era el templo [de Isis], allí está la inscripción, allí las aras; las pinturas anuncian todavía en pinturas y estucos los atributos de la deidad. Aquí se degollaban las víctimas; aquí, escondidos los sacerdotes, prestaban su voz a un mudo simulacro, y el pueblo, lleno de terror, creía escuchar la divinidad misma, anunciando a la

ignorancia humana los futuros destinos. Ésta era una calle, empedrada está como las de Nápoles, con lava que ha vomitado ese volcán vecino, a un lado y otro hay ánditos para que pase el pueblo seguro de los carros, aún se ven las señales de las ruedas. Veis aquí las tiendas, allí se vendieron licores; la insignia que está a la puerta, la señal que ha dejado el pie de las copas sobre el mostrador, y las hornillas inmediatas para tener caliente la bebida lo manifiestan. Allí hay otra donde se vendían priapos, la insignia está esculpida sobre la puerta, allí está el aparador, repartido en gradas, donde se exponían estos dijes a la vista pública. Éstas son casas de gente rica, éste es el pórtico sostenido en columnas de ladrillo revestidas de estuco, con decoración dórica; allí está el patio, con la galería que le rodea; estancias pequeñas, altas, con mosaicos en el suelo y pinturas en las paredes; el baño, la estufa, con pared hueca, por donde se comunicaba el calor; el jardín, la fuente, la bodega con grandes cántaros, la sala de conversación, la de comer, la alcoba, el poyo donde estaba el lecho; pinturas voluptuosas por todas partes, triunfos de amor. Veis allí los sepulcros que erigió la patria agradecida a sus hijos ilustres, la inscripción anuncia sus nombres y su calidad, allí reposan sus cenizas. Qué silencio reina en todo el contorno. Qué soledad horrible. Y todavía el Vesubio arroja llamas y retumban sus cavernas con rumor espantoso».

En 1772 el duque de Arcos asiste como embajador extraordinario de Carlos III al bautizo de su nieta, la primogénita de los reyes de las Dos Sicilias. Durante su estancia en Nápoles visita el museo de Portici en compañía de otros dos caballeros y de Camillo Paderni, que les sirve de guía. En una carta de 1 de octubre de 1772, dirigida a Vargas Macchiuca, Martorelli comenta que los acompañantes españoles del duque «se mostraban expertos en la materia, pero Paderni me ha confiado

que se mostraron llenos de desprecio por el estado en que se encontraban las excavaciones a causa del descuido de los Soberanos, etcétera. ¡Figuraos lo que dijeron de los papiros!». ¡Sólo hace doce años que Carlos III falta de Nápoles y cómo se nota ya su ausencia!

Además de llevar de forma negligente las excavaciones, Fernando IV no respeta la voluntad de su padre de mantener dentro del reino el producto íntegro de las mismas. Algunos de los hallazgos los emplea para hacer regalos de Estado o a particulares, como la donación que hace a William Hamilton de un vaso etrusco del museo de Portici, o de los papiros de Herculano, que trueca por canguros. Claro que Hamilton no obtiene de forma tan elegante todas las piezas de su colección de antigüedades. En sus *Viajes italianos* Goethe insinúa algunas de las peculiares formas de adquisición que practica este representante de Su Majestad Británica cuando le visita en su residencia napolitana a finales de mayo de 1787. A instancias de su amigo el pintor de paisajes Hackert, Hamilton muestra al autor de *Fausto* su «gabinete secreto», donde se ven puestas al buen tuntún obras de todas las épocas, bustos, ánforas, bronce, junto con los enseres más diversos. En medio de ese revoltijo el poeta descubre, echada en el suelo, una caja alargada y, no pudiendo reprimir su curiosidad, levanta la tapa y descubre en el interior «dos candelabros magníficos de bronce. Le llamé la atención a Hackert sobre ellos con una seña y le murmuré al oído la pregunta de si no serían aquellos los de Portici. Me respondió él con otra seña, imponiéndome silencio, pues, efectivamente, podían haberse extraviado de las grutas pompeyanas, y venido a parar aquí. Por culpa de esa y otras adquisiciones semejantes, sólo podía el caballero acceder a enseñar aquellos arcanos tesoros a sus amigos más íntimos». La forma de piratería, o de saqueo, que ejemplifica Hamilton y que Goethe saca a la luz es, justamente, algo que nunca habría

tolerado Carlos III, sobre todo si el pirata era el representante de Inglaterra. Recordemos lo que en su carta del 11 de agosto de 1761 decía a Tanucci de «la insolencia del hurto tentado en el Palacio de Portici, y estoy bien seguro de que no dejarás diligencia alguna para descubrir a los que le han cometido». Pero los tiempos de Fernando IV no son los de Carlos III. Su esposa María Carolina de Austria no era para el caso de gran ayuda, a diferencia de lo que había sido para Carlos III Doña Amalia de Sajonia. Aunque al principio se hizo simpática por su vivacidad, no tardará en mostrar un corazón borrascoso y un temperamento irritable contra el telón de fondo de la apatía de su esposo.

Aunque Fernando IV, al llegar a la mayoría de edad en 1767, se hace confeccionar un sello que confía a la custodia perpetua de Tanucci para así ahorrarse el trabajo de firmar los documentos oficiales, la reina María Carolina amasa cada vez mayor influencia en la Corte. Su madre, la emperatriz María Teresa, le ha recomendado que sea siempre alemana en las cosas importantes y se finja napolitana «en todo aquello que no tiene importancia». Con semejante instrucción, unida al declinar de Tanucci y al desinterés político de Fernando IV, no se podía esperar que fuese una verdadera soberana del reino fundado por su lejano suegro.

En cuanto al origen de los objetos arqueológicos procedentes del sur de Italia que se conservan en los museos españoles, ninguno de ellos salió de las excavaciones patrocinadas por Carlos III en vida de éste. Sólo un año y medio después de su muerte, en 1791, Carlos IV recibe del intendente de la fábrica de porcelana de Capodimonte unos vasos etruscos, dos medios bustos de mármol, un cuadro de José de Ribera y otras antigüedades que el rey agradece con un regalo valorado en sesenta mil reales de oro. Otro conjunto de vasos suritálicos llega a España en el siglo diecinueve a través de María Amalia de Borbón Dos Sicilias, casada con el infante Don Sebastián Gabriel



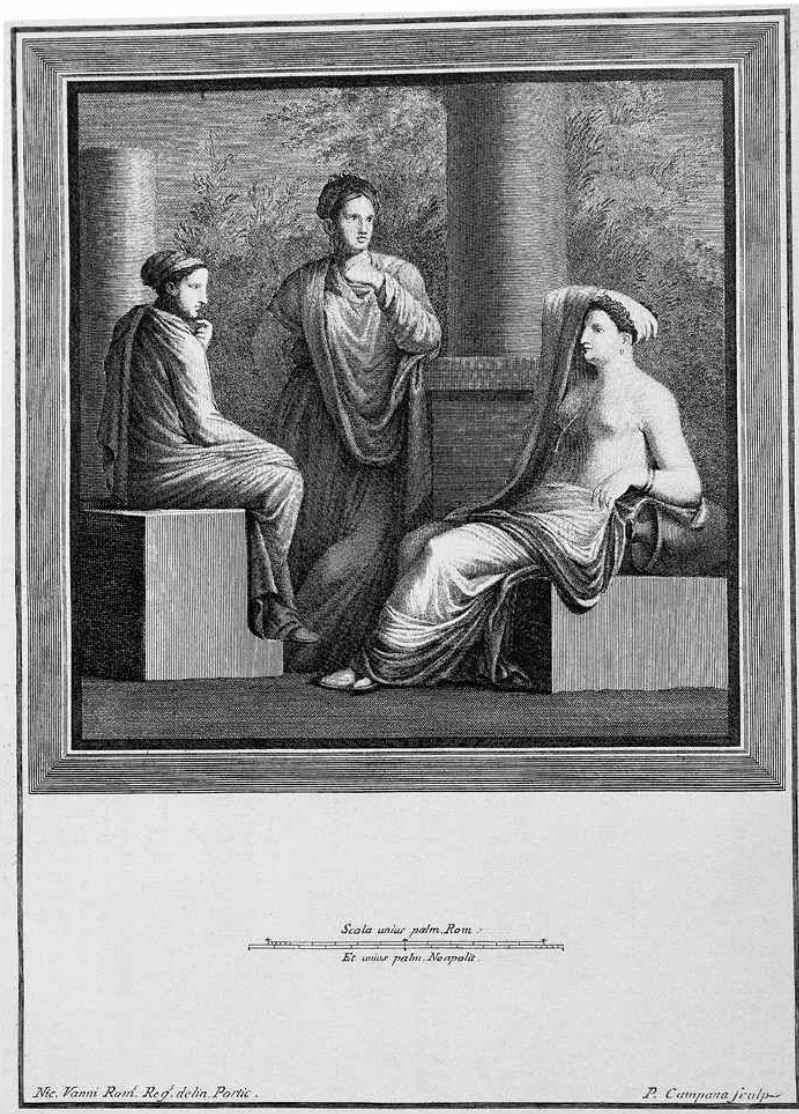
de Borbón, y, más avanzado el siglo, el museo Arqueológico Nacional adquirirá otra colección procedente de las excavaciones del marqués de Salamanca en Paestum. Sirvan estas precisiones como prueba del nulo rédito anticuario que España obtuvo del enorme esfuerzo humano y financiero que hizo para instalar a Carlos III en Nápoles y hacer viable el reino de las Dos Sicilias y las propias excavaciones.

En cambio, a su munificencia se debe la inmensa repercusión que tienen en Europa los diseños de Herculano y Pompeya. Por doquier se copian los modelos «a la griega» o «etruscos» que aparecen en las láminas de *Le antichità*, y no hay palacio o gran mansión que no tenga su correspondiente habitación pompeyana. Los focos más notorios de difusión de ese estilo van a estar en Inglaterra y Francia —donde sus principales valedores serán Madame de Pompadour, su hermano el marqués de Marigny y el arquitecto Soufflot, que estuvieron en Nápoles en 1750—, pero la moda pompeyana barre fronteras y llega con fuerza a Berlín y a la Rusia de Catalina la Grande. Y así la vemos en los grandes edificios, ya mencionados, que erigen Ventura Rodríguez, Villanueva y Sabatini en Madrid y otros lugares de España en los últimos cuatro decenios del siglo dieciocho, en el pabellón de música de Louveciennes, encargado en 1770 a Ledoux por la Du Barry, en los preciosos salones de la Casita del Labrador de Aranjuez (1792 y siguientes), que contienen la colección de bustos clásicos reunida por José Nicolás de Azara, embajador español en la Roma de Pío VI, en las puertas del hotel Beauharnais de París (1804-1808), en los edificios del arquitecto alemán Schinkel, así como en las decoraciones pictóricas que realizan Mengs —protegido del mencionado Azara y del propio Carlos III— en diferentes lugares de Europa (Roma, Madrid, etcétera), Robert Adam y Angélica Kauffmann en Syon House y el escocés Cameron en Tsarkoie-Selo. Sin Pompeya y Herculano o, por mejor decir, sin *Le antichità di Ercolano esposte* la estética

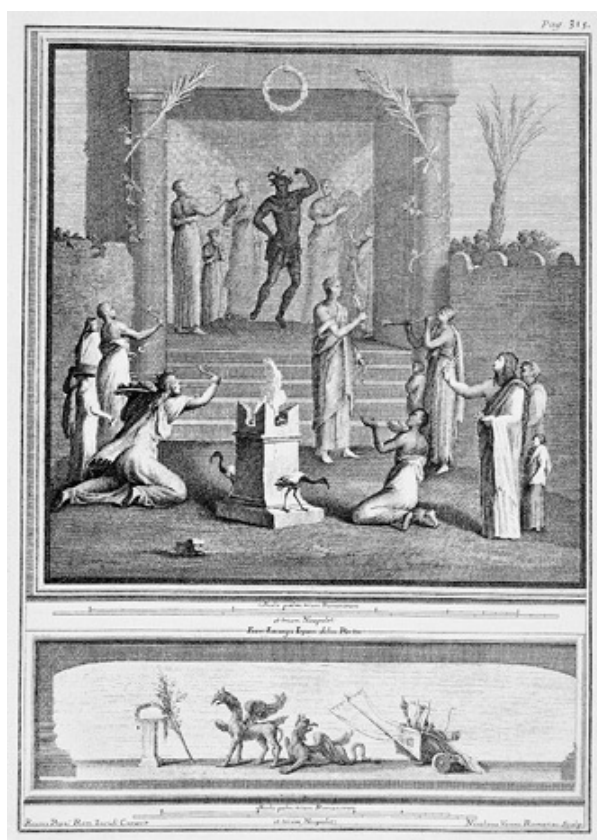
de la *École de Beaux-Arts* de París no habría podido llegar a la existencia. Claro que los modelos herculanenses podían circular a través de otros canales, como, por ejemplo, la porcelana de Capodimonte. Sirvan de muestra la vajilla enviada por Fernando IV en 1782 a su padre Carlos III, que reproduce grabados de *Le antichità*, y el *etruscan service*, actualmente en el Castillo de Windsor, que el mismo soberano envía a Jorge III de Inglaterra y que se compone de 282 piezas en las que se reproducen pinturas herculanenses de centauros, danzarinas, amorcillos, etc.

Basta abrir los cinco primeros tomos de *Le antichità*, dedicados los cuatro primeros a la pintura y el quinto a la escultura (publicados entre 1757, que es cuando sale a la luz el primero, y 1767, que es cuando lo hace el V, y Carlos III sigue rigiendo los destinos de las Dos Sicilias a través de Tanucci), para darse cuenta, con sólo repasar sus ilustraciones, de la revolución que suponen los hallazgos, sobre todo en el conocimiento de la pintura antigua, de la que habían quedado tan escasos restos, según se practicaba en los dorados y dramáticos tiempos de Cicerón, César, Virgilio y Séneca. Gracias a esas ilustraciones Europa puede ver a Hércules, Medea, Teseo, Aquiles, Eneas y otros héroes y heroínas; escenas de la vida cotidiana relativas al comercio, la industria, el foro y las relaciones vecinales (*Fig. 17*); ceremonias religiosas, incluidas las de cultos exóticos, como los de la diosa egipcia Isis (*Fig. 18*); formas de ornamentación inspiradas en diseños arquitectónicos más o menos estilizados (*Figs. 19 y 20*); naturalezas muertas o bodegones, cuya sencillez, geometría y rotundidad recuerdan, a veces, a los de Van der Hamen y Meléndez; animadas escenas de teatro; vistas de puertos de mar y villas lujosas asomadas al agua (*Fig. 21*), y los llamados paisajes idílico-sacros, que, por su austera sencillez, el plácido lirismo que exhalan y la intensa y ensimismada espiritualidad que les baña bajo una luminiscencia crepuscular o lunar, no tienen parangón en la posterior tradición europea, sino,

más bien, en el paisajismo chino, con el que muestran sorprendentes concordancias y al que los paisajes de Herculano y Pompeya parecen adelantarse en varios siglos (*Láminas XXXII, XXXIII, XXXIV y XXXV*).



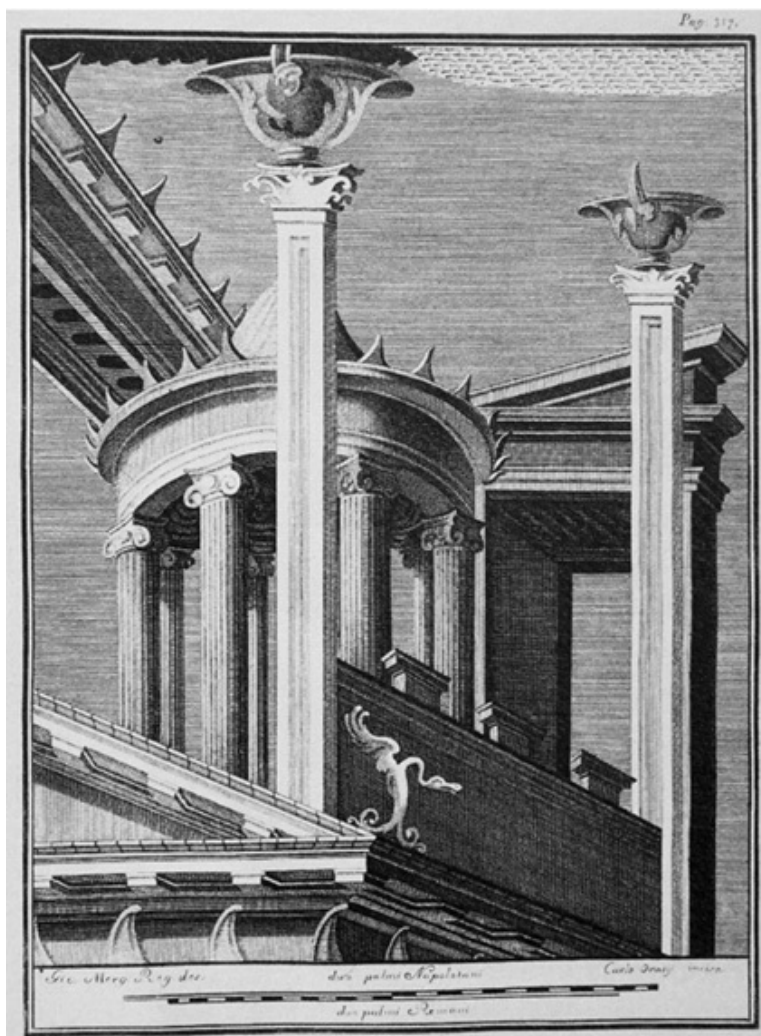
17 Mujeres conversando. (*AntErc*, II, XI, 71).



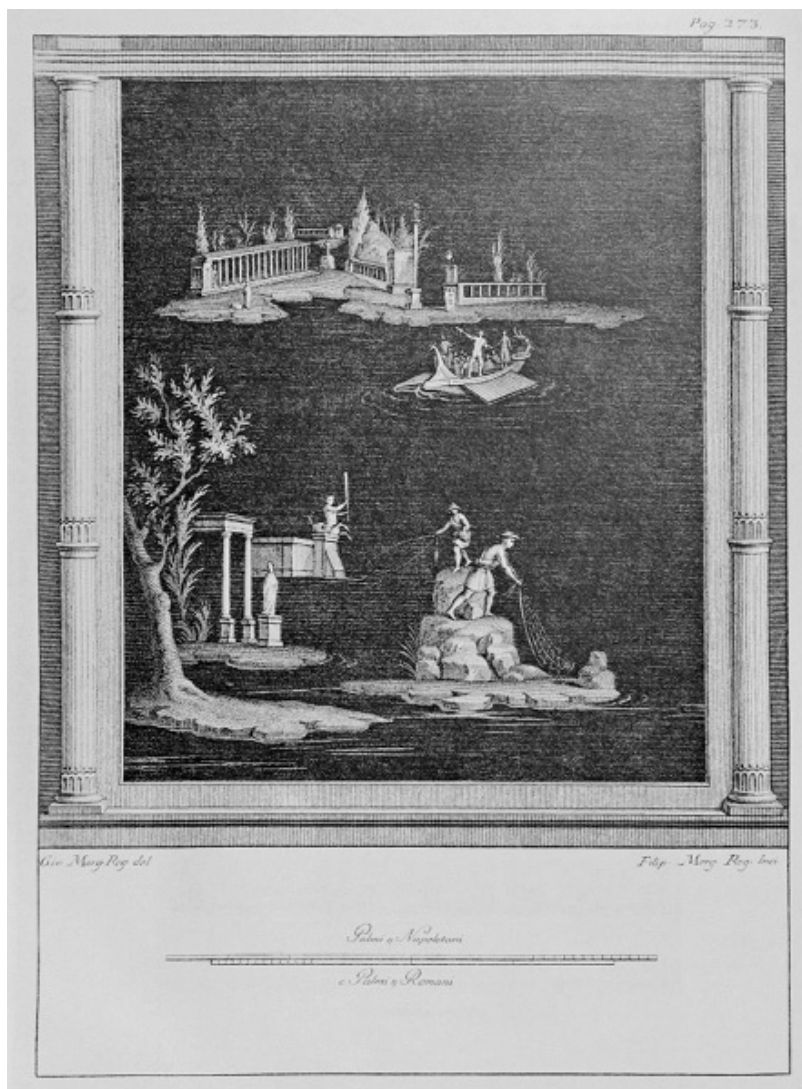
18 Ceremonia istaca. (*AntErc*, II, LIX, 315).



19 Perspectiva arquitectónica con mujer leyendo. (*AntErc*, III, LVII, 303).



20 Detalle de decoración del II Estilo. (*AntErc*, III, LX, 317).



21 Paisaje nocturno. (AntErc, II, 40).

## LA VILLA DE LOS PAPIROS

En el ambiente arqueológico tan intensamente vivido por Carlos III, fácilmente se entiende el entusiasmo con que el monarca siguió, entre los años 1750 y 1761 —los nueve últimos que pasa en Nápoles y sus dos primeros de Madrid—, el descubrimiento de la Villa de los Papiros, lujosa mansión ubicada frente al mar a las afueras de Herculano (*Lámina XIX*). En los diferentes ambientes de esta *domus*, que se articula a lo largo de más de doscientos metros en varias terrazas que potenciaban la *amoenitas loci*, se descubrió la mayor colección de esculturas legada por la antigüedad clásica (cincuenta y cuatro de bronce y veintiuna de mármol), que se cuentan, según Winckelmann, entre los «monumentos más preciosos conocidos de la antigüedad». La preferida del anticuario alemán era el *Fauno dormido* (*Lámina XXII*) y, todavía más, el *Mercurio sentado en una roca* (*Lámina XXIII*). Los académicos herculanenses se decantaban más bien por el *Sátiro ebrio* (*Lámina XXI*).

El responsable del programa decorativo es conocido. Su rango explica la magnificencia de la mansión. La hipótesis más verosímil lo identifica con Lucio Calpurnio Pisón Pontífice. Cuñado del dictador Julio César, por haber casado éste con su hermana Calpurnia, este nexo familiar explica su estrecha vinculación con los dos primeros emperadores, Augusto y Tiberio, y que un descendiente suyo osara encabezar la conjura que pretendió destronar a Nerón. Pisón Pontífice desempeñó la función consular en el 15 a. C., al igual que su padre Pisón



Cesonino lo hiciera años antes, y conoció bien las regiones orientales del Imperio. Después de ser legado consular en Galacia y Panfilia, pasó, por orden de Augusto, a Tracia, donde sometió a sus habitantes entre los años 12 y 10 a. C. Tras volver a Roma con honores de triunfo, parece que fue enviado como procónsul a Asia (hacia el 8 a. C.) y como legado a Siria (entre el 4 y el 1). Unos años después, hacia el 13 d. C., Tiberio le concede la dignidad de prefecto de la ciudad, que desempeñará, junto con la de pontífice, hasta su muerte, que le sobreviene a la edad de ochenta años. Amante de la cultura griega, como también lo fueran su padre y sus coetáneos algo mayores Cicerón y Lúculo, los años que pasa en el Oriente le permitieron ponerse en contacto con los soberanos de los reinos allí existentes, algunos de los cuales se jactaban de ser sucesores de Alejandro Magno.

La colección de arte y la rica biblioteca que atesora en la Villa ponen de relieve la orientación intelectual de su personalidad. Pisón tiene amistad con el poeta Antípatro de Tesalónica, que le dedica sus poemas sobre la guerra de Tracia. También Horacio le dedicó, a él y a sus hijos, la famosa *Epistula ad Pisones* sobre el arte de la poesía. Probablemente el núcleo de la biblioteca encontrada en su Villa fue adquirido en Atenas por el filósofo epicúreo y musicólogo Filodemo de Gadara, con el que el padre de Lucio Calpurnio Pisón Pontífice había tenido amistad. Convertido en huésped permanente de la casa, donde habría redactado algunas de sus obras, Filodemo debió de regentar en ella una escuela o lugar de encuentros intelectuales. Entre los asistentes podemos imaginar a Virgilio, pues era el discípulo más prometedor que tenía en Nápoles Sirón, filósofo epicúreo amigo de Filodemo. La Villa de los Pisones venía a ser así una especie de museo destinado al saber, al arte y al disfrute de la naturaleza. A resucitar la Edad de Oro cantada por el viejo Hesíodo y el moderno Ovidio. En ese feliz refugio se daban cita representantes del helenismo y de la latinidad, que procedían de las altas esferas

de la política, la filosofía y la poesía. Todos ellos habían sucumbido al hechizo del paradisíaco golfo de Nápoles, evocado por Virgilio al hacer entrar a Eneas en Ausonia por esos mismos parajes. Todos, de alguna manera, aspiraban a esculpir en el mármol vivo del alma la estatua interior que, como en sueños, les mostraban los dioses.

Quizá fue la Villa de los Pisones la que sugirió a Tiberio la idea de construirse en Capri, enfrente mismo de la mansión de sus ilustres amigos, la Villa Jovis, donde pasaría los últimos once años de su vida. Aunque el palacio del emperador era una construcción magnífica, no se podría decir que fuera más fastuoso que la mansión de los Pisones. Piénsese que sólo el gran peristilo rectangular de ésta ocupa una superficie de casi 100 metros de largo por más de 30 de ancho, extensión comparable a la de la plaza mayor de una ciudad mediana de la época: el foro de Pompeya tenía 150 de longitud por 40 de anchura.

La exactitud con que dirigieron la difícil excavación Alcubierre, Weber y De la Vega nos regala la excepcional oportunidad de conocer la ubicación precisa de las piezas escultóricas encontradas en la Villa y por ello la de leer los itinerarios simbólico-estéticos que el *dominus* quiso trazar en los diferentes ambientes de su *domus* por considerar que esa sintaxis topológico-icónica contribuía al disfrute de la vida y a la formación del *cives romanus*. Para proceder como es debido en la *lectura*, tenemos un instrumento extraordinario: el mapa de la Villa dibujado por Carl Weber o algún otro miembro del equipo de Alcubierre (*Lámina XXXVI*). De ese plano, puesto a punto en 1760, ha dicho con razón S. A. Muscettola que es «un admirable ejemplo de precisión, tanto más impresionante si se tiene en cuenta las condiciones imposibles en que fue realizado». Al igual que en su día hiciera Carlos III, recorramos también nosotros con el mapa en la mano las diferentes estancias de la Villa.

Nada más trasponer el umbral nos encontramos en un espacio bastante complejo formado por un patio o peristilo cuadrado y por un *atrium* que da acceso a una terraza porticada que se abre sobre el mar. El atrio, que en la mayoría de las casas romanas se encuentra nada más entrar en la vivienda, tiene en el centro un pilón cuadrado o *impluvium* en torno al cual hay una animada serie de esculturas que representan la alianza de la inocente niñez y la olvidadiza ancianidad con sus encantos respectivos y, en cierto modo, complementarios. Pues lo que vemos son niños y viejos que se divierten, los primeros jugando con el agua o con máscaras de teatro y los segundos libando en honor de Baco y acariciando a pequeñas panteras, pues no en vano son éstos unos silenos con barbas en forma de tirabuzones y rasgos que recuerdan a los de Sócrates. En el centro del pilón se ve un viejo sileno de fiero rostro barbado y coronado con hojas de hiedra, que cabalga sobre un inflado odre y ha convertido su boca en surtidor de agua (*Lámina XXXVII*).

Esta simpática fraternidad de las dos edades extremas, de abuelos achispados que parecen salidos de la tierra y de nietecitos retozones que juegan con el agua y se divierten interpretando los papeles de la vida, nos trasporta a un mundo rural, a la Edad de Oro, a un tiempo que sólo sabe de la cultura dionisiaca del vino y del mimo. La fuente provista de doce cabezas de tigre que se ve en un muro del atrio abunda en este carácter silvestre, báquico, al que también aluden dos figuritas que representan, junto a ese muro, a un juvenil fauno danzante que blande un tirso y a un fauno más bien maduro que toca la flauta. «Potencia el sentimiento de la vida», parece decirnos el *dominus* de la casa, o Filodemo, al venir a saludarnos en el atrio.

Cerca de todos estos diosecillos rurales y de las cabezas felinas, dos bustos de aspecto clásico, que están situados el uno frente al otro en dos lados del atrio, nos dejan algo perplejos. El uno representa a Remetalce, que reinaba en Tracia en el tiempo en

que Lucio Calpurnio Pisón mandaba la expedición militar que entró en aquel territorio. El otro representa a Lisímaco, el primero de los reyes que gobernó esa región a la muerte de Alejandro Magno. La conexión que se establece entre lo dionisiaco y la realeza en el atrio de la casa no debe extrañarnos, aunque seguramente dio que pensar al soberano de España y las Indias cuando reparó en ese detalle. En los tiempos de Pisón Cesonino y de su hijo Pisón Pontífice el triunviro Marco Antonio se identificaba públicamente con Dionisos, al igual que lo hacían los reyes helenísticos. Así, pues, lo que el dueño de la Villa quiere decirnos es que la verdadera realeza ha de despertar el sentimiento profundo de la vida, armonizar la encantadora fantasía del niño con las experimentadas cavilaciones del anciano. En suma, ha de potenciar las posibilidades de regeneración y renovación, sin por ello renunciar a la sabiduría del tiempo y a la fuerza de los impulsos naturales. La presencia de los reyes en el atrio explica que el atrio sea también una ciudad, una ciudad especial, pues el mosaico que cubre el suelo dibuja el recinto torreado de una urbe. Lo que muy bien puede querer decir que ese mundo dionisiaco compuesto de viejos y niños, de silenos y amorcillos, gobernado según el espíritu de la Hélade, es también un proyecto de ciudad ideal firmemente inscrito en el centro tradicional de la vida doméstica romana.

El ciclo escultórico del peristilo cuadrado al que ahora pasamos nos muestra hermas (pilares con forma de estípite) sobre los que descansan bustos de bronce que representan a dos jóvenes, la *Amazona* atribuida a Fidias y el *Doríforo* de Policeto, y a dos ancianos, los filósofos Pitágoras de Samos y Empédocles de Agrigento. Al fijarnos en esas figuras nos damos cuenta de que no sólo hay que ver dialogando al lancero de Policeto con la Amazona de Fidias, sino también a ambos con los filósofos. ¿Qué quiere enseñarnos Calpurnio Pisón? Sin duda, la belleza masculina (el Doríforo, Aquiles) y la femenina (la Amazona,

Pentesilea), el arte sublime de Policleto y Fidias y, también, la sabiduría que encarnaron dos representantes señeros de la filosofía, el «matemático» Pitágoras y el «físico» Empédocles (o tal vez Heráclito), cuyas vidas transcurrieron entre la Hélade e Italia. Lo que el dueño de la casa quiere contarnos en el patio cuadrado es el diálogo que debe haber entre la inexperta juventud y la experimentada madurez. Una conversación incesante y misteriosa como el agua que brota de las fuentesillas situadas delante de sus cabezas.

El patio alberga todavía otras dos parejas de bustos. Están entre el del Doríforo y el de Empédocles. La primera la forman, de un lado, un hombre barbado y maduro, en el que se ha querido reconocer a Demócrito, y, del otro, un joven imberbe con clámide. Dado el realismo de los rasgos faciales de ambas, no hay que excluir la posibilidad de que se trate de dos miembros de la familia Calpurnia. Como quiera que sea, también en esta pareja vemos dialogar a la edad juvenil con la edad adulta, a la experiencia de la vida con el anhelo de saber. De la segunda pareja sólo se ha encontrado un busto, que representa a un exótico personaje de blandos y carnosos rasgos fisionómicos, cuyo cabello le cae sobre la frente en rizados tirabuzones. A veces se le ha identificado como Thespis, afamado maestro de música.

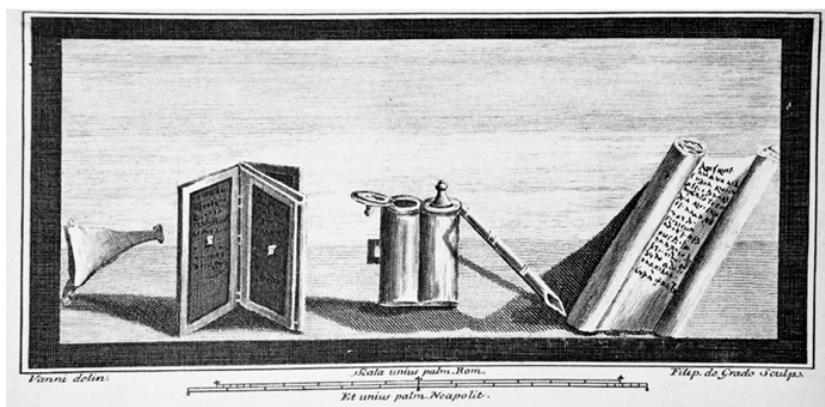
Como las esculturas del peristilo cuadrado que acabamos de recorrer hacen referencia a las relaciones de complementariedad que debe haber entre los dos sexos (Doríforo-Aquiles y Amazona-Pentesilea) y, sobre todo, entre la vigorosa juventud y la madurez filosófica, lo que Pisón Pontífice quiere enseñarnos es que la juventud debe marchar por los senderos del saber y la virtud de la mano de la filosofía en su doble vertiente de ciencia de los Números y ciencia de la Naturaleza. Y de golpe nos hace descubrir que entre los pobladores del atrio y los del patio hay una secuencia que va de la niñez a la juventud, la una acompañada por los abuelos que viven en el campo, la otra

aleccionada por los filósofos que residen en la *polis*, y que sólo así se puede hacer realidad el proyecto de ciudad ideal.

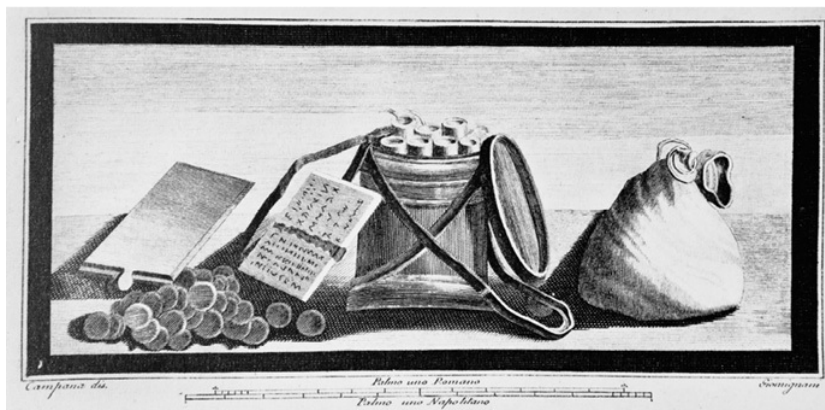
Al dejar el patio cuadrado para entrar en el *tablinum*, que hace de salón y despacho, lo primero que nos sale al paso, entre dos columnas, es la *Minerva arcaica* o *Atenea Promachos*, diosa del valor y de la inteligencia, de la prudencia en suma, que, con sus dos metros de altura, aparece en actitud de combate. A fin de atemperar el efectismo de esta aguerrida figura, nos saluda, pegada a un muro, otra estatua, más alta todavía y también marmórea, a la que podemos identificar con Vesta, o con Juno, si es que no es un retrato de la *domina*, de la señora de la casa. Con esas dos imágenes complementarias, que se contrapesan y equilibran, Pisón Pontífice quiere decir a su visitante cómo procede en el manejo de los negocios que se ventilan en su despacho.

En el interior de la sala llaman la atención varios bustos de bronce. Uno muestra los rasgos del orador Demóstenes, lo que sugiere el interés de los Pisones por una disciplina tan esencial en la política romana como la oratoria, a la que por otro lado hacen referencia numerosos *volumina* de la biblioteca y a la que se dedicaba el amigo y mentor de los Pisones, Filodemo. Otro busto corresponde a la cabeza de Epicuro. Si Demóstenes representa el *negotium* político al que por nacimiento está vinculada la vida de los Pisones, Epicuro simboliza el *otium* filosófico sin el cual no querrían llevar adelante la existencia ni hacer una política digna de ese nombre. Junto a esos dos bustos de «dechados intelectuales» se encuentran otros tres que seguramente representan a diferentes miembros de la familia. Entre ellos se destacan, por su fuerza expresiva, un hombre que a veces ha sido visto como Escipión Africano; por su elegancia, una dama que se asemeja a Agripina, la esposa de Germánico, y por su encanto juvenil, un muchacho en el que podemos ver a la nueva generación de la familia.

En el *tablinum* guardaban los Pisones una parte de su biblioteca, lo que quiere decir que esa sala era utilizada como lugar de estudio y diálogo erudito. La sala V del plano, que está al otro lado del patio cuadrado, ya cerca de la zona destinada a los baños, era, sin embargo, la que albergaba más *volumina*. En esta última salita, con sus mesas, sillas, lámparas y candelabros, con sus armarios, hornacinas y cajas cilíndricas llenas de rollos de papiro, podemos imaginar a Filodemo en el momento en que está desenrollando un *volumen* o en el que está poniendo el punzón sobre una de las tablillas, encontradas también en esa sala, para fijar en ella una feliz inspiración (*Lámina XXXVIII, y figs. 22, 23 y 24*).



22 Instrumentos de escritura. (*AntErc*, II, IX, 55).



23 Instrumentos de escritura y capsas. (*AntErc*, II).



24 «Saf» con instrumentos de escritura. (*AntErc*, II).

Aunque el número de los papiros encontrados en la Villa asciende a mil ochocientos, los rollos que pueden formarse con ellos no pasan de ochocientos. Dado que las obras filosóficas y literarias de la época solían constar de varios volúmenes, hemos de suponer que la biblioteca comprendía unas trescientas, o



algunas menos. Sin duda, el general Lúculo poseía una biblioteca mucho más rica en la Villa que había levantado enfrente de Nápoles, donde ahora se eleva la mole del Castillo del Huevo. La biblioteca de Augusto, para no hablar de la de Séneca, también debía de ser mucho más rica, pero de esas librerías no ha quedado ni rastro. En la de Pisón predominan libros escritos en griego de autores pertenecientes a la escuela epicúrea (Epicuro, Hermarco, Filodemo), más alguno de la estoica, como Crisipo, del que figuraba su tratado *Sobre la Providencia*, pero brillan por su ausencia los grandes filósofos de la época clásica: Platón, Aristóteles, los presocráticos. Los volúmenes reunidos por Filodemo-Pisón tratan, sobre todo, de moral, retórica y música. También hay tratados de lógica, matemáticas, ciencias físicas e historia de la filosofía. No faltan los que abordan cuestiones de teología, alta política y economía. De poesía hay, al menos, un poema dedicado a la guerra que Octaviano, hijo adoptivo de Julio César y por tanto sobrino de Pisón Pontífice, hizo en Egipto contra Marco Antonio, lo que acabó con el régimen republicano y elevó al rango de *princeps*, con el título de Augusto, al propio Octaviano. Se sabe que el joven Virgilio tuvo en mente escribir un poema sobre esa guerra.

Los pequeños bustos de Epicuro, Hérmaco, Demóstenes y Zenón que se hallaron en una estancia conectada con la biblioteca del *tablinum* funcionan probablemente como claves icónicas, pues era costumbre decorar las bibliotecas con los bustos de los autores de los textos más celebrados. Así se hacía en la famosa biblioteca de Alejandría fundada por Ptolomeo I dos siglos antes de que los Pisones formasen la suya: para ordenar los miles de rollos que contenía, se pusieron junto a los armarios y anaqueles bustos de escritores relacionados con el material bibliográfico. La abundancia de escritos filosóficos y retóricos que hay en la biblioteca pisoniana explica la presencia de los de Epicuro y otros pensadores de su escuela, como Metrodoro y

Zenón de Sidón.

También pertenecen a esta zona *libresca* de la casa otros dos interesantes bustos. El uno, de gran calidad estética, representa a un hombre barbado que mira hacia abajo con expresión serena. Los rasgos de su fisonomía recuerdan a los de Platón, pero la majestad y reserva de su expresión hacen pensar en el Dionisos de los misterios, cuya función mistagoga enseña a los hombres a regenerarse, a resurgir a una nueva vida. Cerca de él se halló la cabeza de un efebo de cabellera rizada, que tanto podía pasar por un Hércules adolescente como por una versión algo libre del Doríforo, si es que no es el retrato idealizado de algún juvenil miembro de la *gens* Calpurnia. Como quiera que sea, de nuevo nos sorprende la complementariedad de estas dos figuras halladas bastante cerca la una de la otra, pues si Dionisos representa una humanidad divinizada y sublimada, el efebo hace más bien referencia a la humanidad en formación.

Al pasar del *tablinum* al gran patio o peristilo rectangular, vemos, entre las columnas de la galería que mira al patio, estatuas de mármol que representan a dos grandes de la poesía y de la elocuencia: Homero y Esquines. Ambos observan lo que ocurre allí abajo, delante de ellos, en torno a la *piscina*. Lo mismo parecen hacer, en un plano algo inferior, junto al bordillo semicircular que cierra por ese lado la alberca, dos ciervos de bronce que sugieren un ambiente agreste. Junto a los ciervos llaman nuestra atención dos bustos, que están en consonancia con los ciervos y con los sabios, pues el primero representa a Apolo, el dios de la sabiduría poética, y el segundo, a su hermana Diana-Artemisa, cuya vida transcurre en medio de la selvática naturaleza.

Cerca de los ciervos nos sale al encuentro el joven *Fauno dormido* (*Lámina XXII*). Sentado sobre una roca, con una pierna extendida y la otra replegada, deja caer un brazo, en tanto que el

otro se alza y rodea la cabeza. Con los ojos cerrados y la boca entreabierta, el agraciado fauno es la imagen del joven que duerme envuelto por la fragancia del jardín y el rumor del agua. Que vive como si la vida fuese un sueño. Enfrente de él, al otro lado de la alberca, está una de las estatuas más bellas de la Villa, el dios *Mercurio sentado sobre una roca* (*Lámina XXIII*). Guarda una enigmática correspondencia con el *Fauno dormido*. Al igual que éste, el también joven *Mercurio* tiene una pierna extendida y la otra recogida, pero sus pies no están desnudos, sino calzados con los alados talares que le sirven para surcar el cielo. También *Mercurio* tiene un brazo caído sobre la roca, pero, a diferencia del *Fauno*, no apoya el otro brazo sobre la cabeza, sino sobre el muslo, y no tiene el torso echado hacia atrás, sino hacia delante, y sus ojos no están cerrados, sino abiertos, como si contemplara con atención lo que acontece allá abajo, en el líquido mundo del estanque, al término del cual se halla el dormido dios rústico. Diríase que el uno, *Mercurio*, es la vigilia, la atención, y el otro, el *Fauno*, el sueño, el descuido. Que el uno es la Palabra, la Razón, y el otro, el Silencio, el Ensueño.

Pero el Logos de Hermes-Mercurio no está solo. Un poco detrás de él vemos, a ambos lados, a dos jóvenes luchadores en el momento de lanzarse a correr. Diríase que ostentan en la tierra el don de la rapidez que Mercurio acredita en el cielo, y que la carrera física del cuerpo que ellos representan es congruente con el rápido curso psíquico del pensamiento articulado que simboliza Hermes. Al lado de *Mercurio* vemos a otro ser misterioso. Es el *Sátiro ebrio* (*Lámina XXI*). Está echado sobre un odre de vino y tiene una pierna extendida como buscando el equilibrio. Sin duda, está borracho, y canta, y sus ojos muy abiertos *ven...* Si Hermes es el *Logos*, la Palabra, Sileno es la *Epopteia*, la Visión. El uno es la Razón, el otro, el Frenesí.

Estas sugerencias sapienciales del grupo que corona el gran patio rectangular parecen resonar en el busto fundido en bronce

que se encontró en la misma zona, concretamente en el rincón suroccidental del jardín. Es, sin duda, la cabeza más admirada y reproducida de cuantas jalonan la Villa. Representa a un anciano cuya vida, según se refleja en su fisonomía, se la han repartido a partes iguales la meditación sobre la condición humana y la resistencia a los vaivenes de la fortuna (*Láminas XXXIX y XL*). En ella se ha querido ver a Séneca, y, aunque por muchas razones no puede tratarse de este filósofo y político, sus rasgos podrían ilustrar elocuentemente la filosofía, la vida y también la muerte, bajo Nerón, del gran moralista cordobés. Lo más probable es que se trate de un retrato ideal de Hesíodo, o de Esopo. O, tal vez de Aristófanes. O sea, de alguien que en la *vita passiva* de su *otium* ha pensado a fondo la condición humana.

En torno de la *natatio*, que tiene casi setenta metros de longitud, y en las galerías porticadas que la rodean nos saludan otras muchas esculturas. Entre ellas vemos a sonrientes y barbados filósofos que departen con jóvenes imberbes, a reyes famosos que se hacen acompañar de celebrados oradores, a Palas Atenea que, con la Gorgona dibujada en el casco, alterna con la dulce Hestia, diosa del hogar, a una niña que abre sus brazos como las orantes, a la que parece responder una mujer de mirada vivaz, en la que se ha querido ver a la poetisa Safo, y a otra dama, que se está preniendo sobre el hombro derecho un vestido clásico griego, mientras cuatro doncellas que portan cántaros de agua y forman una hilera nos relatan una historia terrible. Pues esas mujeres que visten el peplo dórico y portan cántaras son las Danaides. Ahí están para avisarnos de las atroces consecuencias de las guerras civiles. Según la mitología, en la contienda que por la posesión de Argos libraron los hermanos Egipto y Dánao, éste obligó a sus cincuenta hijas a matar a sus maridos, que eran hijos de Egipto, en la noche de bodas. Para pagar tamaño crimen fueron condenadas en el otro mundo a llenar de agua una tinaja sin fondo.

El lechoncillo o pequeño jabalí que ahora se nos presenta en el acto de saltar nos aleja de ese mundo de guerras civiles para llevarnos a los sencillos y despreocupados placeres de la vida campestre, tan del gusto de los epicúreos amigos de Filodemo y los Pisones, los cuales no vieron inconveniente en enriquecer su colección con una escultura que armó gran revuelo cuando fue descubierta, pues representa a Pan en el nefando acto de copular con un chivo que con los ojos entornados y el cuerpo plegado en posición supina se muestra condescendiente con los ardores de su dionisiaca y rural pareja.

Con la cabeza llena de tantas visiones salimos del gran patio rectangular y nos ponemos a caminar por un largo corredor que discurre paralelo al ancho y resplandeciente mar y desemboca en un hermoso mirador con forma de rotonda y techo abovedado sostenido por columnas. Entonces nos fijamos en el suelo. Es un mosaico de trazado geométrico. Considerado uno de los más bellos de esa clase (*Lamina XX*), en el centro ostenta una estrella de doce puntas, en torno a la cual se dibujan numerosos círculos concéntricos formados por cuñas cuyo tamaño aumenta conforme se incrementa el radio de los círculos, lo que hace que el pavimento se asemeje a un girasol, a una estructura radiante, helioide, que resulta congruente con la vista del mar cuajado de luz que ofrece la balconada. Y entonces, mientras contemplamos el sol poniéndose sobre el mar, recordamos la pieza escultórica más extraña que tienen nuestros amigos los Pisones en su casa. Se trata de un pernil o jamón de bronce. Tal vez es el cuarto delantero de un ternero (*Láminas XLI y XLII*). En la parte de la pazuña lleva un anillo móvil, lo que indica que esa pieza estaba destinada a ser colgada. Lo más intrigante es que ese pernil es una especie de reloj solar. En su superficie se ve un cuadrante formado por siete líneas verticales cruzadas por otras tantas horizontales. Bajo las líneas verticales figuran los doce meses en dos renglones. Los seis primeros se leen de izquierda a derecha en

el primer renglón (IVN MA AP MA FE IA, o sea, junio, mayo, abril, marzo, febrero, enero), en tanto que los otros seis van en el segundo y se leen de izquierda a derecha (IV AV SE OC NO DE, o sea, julio, agosto, septiembre, octubre, noviembre, diciembre). El último mes (diciembre) conecta así con el primero (enero).

Cuando el soberano de las Dos Sicilias leyó, en el informe habitual de 15 de junio de 1755 redactado por Roque Joaquín de Alcubierre, que «en las mismas grutas se ha encontrado también un pernil de metal, que es grande casi como una mano, el cual, parece, está cubierto de una hoja de plata, y tiene su anillito para colgarle y algunas rayas y señales», debió de quedarse perplejo, al igual que sus ministros. ¿Qué querían decir los sabios antiguos utilizando un pernil como soporte de un instrumento astronómico de la clase del reloj de sol? Ni Carlos III, ni sus ministros, ni los académicos herculanenses, ni los investigadores modernos han sabido responder al acertijo que los Pisones les lanzaban desde el rincón de la Villa donde se halló el pernil. Pero lo que es innegable es que los Pisones *sí sabían* cuál era la razón por la que un artífice probablemente oriental había empleado esa forma para labrar un reloj de sol. Cuando trajeron el extraño pernil de sus viajes orientales, seguramente no ignoraban que, en los Misterios de Mitra practicados en las regiones del Ponto, Armenia y Siria por las que ellos viajaron, se atribuía al dios Mitra la regulación del año solar y que, en varios monumentos donde se le representa en el acto de «invertir» al Sol con el poder y la norma correspondientes a su condición, lo hace enarbolando ante el Sol... un pernil. ¿Por qué enarbola Mitra un pernil? ¿Qué significaba el pernil para los seguidores de Mitra?

Para responder a esa pregunta no tenemos más que leer la «Liturgia de Mitra» del Gran Papiro Mágico Parísino, que se remonta a los inicios del siglo cuarto y fue encontrado en Tebas. Al llegar a cierto punto del ritual mágico descrito en el papiro,

salen a escena siete dioses de aspecto juvenil llamados «Señores del Polo» y «Guardianes del Eje», cuya función consiste en «dar impulso, bajo el poder de una orden única, al eje zodiacal en continuo movimiento del cielo». A continuación se ve descender de los cielos a «un dios gigantesco con el rostro bañado de luz, muy joven, de áurea cabellera, con un manto blanco, corona de oro y pantalones anchos, *sujetando con su mano derecha el áureo pernil de un novillo que es la Osa, la que mueve y hace girar en sentido contrario al cielo, según la hora, ascendiendo hacia el polo o descendiendo*» (PGM IV 675-705).

Ahora está claro qué es lo que simboliza el extraño pernil horológico de bronce, el cual estaba tal vez recubierto por una pátina de plata. Simboliza a la Osa Mayor (llamada «Hélice» por los griegos), y ésta, al poder soberano del dios Mitra para ordenar e impulsar, conforme a las siete medidas planetarias, el movimiento de la bóveda celeste en tono al eje del Zodíaco. Si las cabezas de Medusa aledañas representan al Leontocéfalo mitraico —deidad que en los Misterios de Mitra simboliza el desorden que imperaba en los cielos antes de que Mitra ejerciese su benéfica acción reguladora sobre el Sol—, entonces tal vez debamos ver a Pisón Pontífice, si es que no a su mentor Filodemo de Gadara, como a uno de los más antiguos simpatizantes romanos del mitraísmo, religión creada hacia el 80 a. C. y patrocinada por el rey Mitridates VI, que sería derrotado por los generales Lúculo y Pompeyo.

Pero en lugar de atribuir a ese amigo de Augusto y Tiberio llamado Lucio Calpurnio Pisón Pontífice una filiación mitraica sólo porque tenía en su casa el curioso pernil horológico, tal vez debamos más bien pensar que esa pieza era, simplemente, un *souvenir* de los años pasados en Oriente. O, tal vez, un detalle del eclecticismo religioso reinante en su casa herculanense. Pisón Pontífice no consagró su hermosa mansión suburbana a una religión exótica que dos siglos después estaría extendida por toda

la frontera renano-danubiana e incluso por una buena parte del Imperio, sino a la cultura del alma en su doble vertiente pública y privada. Pisón adoptó una perspectiva naturalista que conciliaba los impulsos más básicos con los ideales más refinados, pues sólo con esos mimbres se podía tejer el tapiz del verdadero deleite. Como ministros de su proyecto se sirvió de faunos, sátiros y amorcillos que en medio del campo se solazan entregándose al baile, a la música y al juego, mientras jóvenes atletas compiten en esas palestras que nunca faltan en las ciudades griegas. Los maestros de la filosofía y de la poesía tampoco faltaron a la cita, ni, por supuesto, los reyes y gobernantes. Todos ellos, en apacible asamblea, se mostraron ante Pisón Pontífice dispuestos a cooperar en esa particular agricultura del espíritu que es la formación de la persona, del *cives*, condición indispensable de una vida feliz. El pernil horológico, con sus veladas alusiones mitraicas y calendarísticas, no era más que una muestra de la amplitud de su mente y de la vocación armonizadora de la casa. Incluso de su actitud respetuosa hacia el orden que imponen en el mundo los movimientos de los cielos.

Una amplitud de mente y capacidad armonizadora en las que cabía la posibilidad de que el visitante, al ver un elenco tan variado de sátiros y silenos en un ambiente tan impregnado de espíritu griego, pensase en aquellos «Silenos de Alcibíades», estuches que, bajo la repulsiva apariencia de sileno, guardaban en su interior las joyas más preciosas —el aristócrata ateniense tan admirado por el joven Platón utilizaba esos Silenos a modo de joyeros— y, también, como una forma de decir que bajo una apariencia grosera, cual era la de los campesinos y la de su maestro Sócrates, se podía esconder un gran caudal de sabiduría y belleza. En sus *Emblemas morales* Sebastián de Covarrubias resumió este concepto con la lapidaria frase *Meliora latent*. O sea, «lo mejor está oculto». Fuera o no fuera ésta la intención del



dueño de la Villa de los Papiros, seguramente alguna vez dijo en voz baja a las figuras que, gracias al arte, incorporó a la vida cotidiana de su casa las siguientes palabras, u otras parecidas:

«Recordad siempre que la gran empresa de formación que tenéis encomendada la patrocina deidades tan cualificadas como Minerva, Mercurio, Apolo, Baco y Hércules. La primera os brinda la prudencia y el valor; la segunda, el arte del razonamiento y la persuasión, además de la energía de la juventud; la tercera, la armonía y la claridad de la inteligencia; la cuarta, el delirio que nos hace sentir vivamente a los otros por más humildes que sean, y hasta nos eleva por encima de la humana condición; y la quinta, la fortaleza y la paciencia que en una empresa como la nuestra son tan necesarias. Los que en esta casa, situada frente a los *neptunia templa*, según nuestro querido Virgilio llama al “mar”, nos esforzamos en formarnos e ilustrarnos, podemos confiar que con esos medios materiales y artísticos los dioses nos otorgarán su inspiración y ayuda».

# ESPAÑA Y EL NUEVO MUNDO

Cuando Carlos III llega a España, no se encuentra sólo ante un país fundacionalmente europeo, con una secuencia histórica trazada, desde hace más de dos mil años, por íberos y celtas, romanos y visigodos, musulmanes, judíos y cristianos, incluso por esa forma de comunidad europea que intentó Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico. Se encuentra también, y tal vez sobre todo, ante un país fundacionalmente americano, pues una buena parte de su territorio, población y recursos se halla al otro lado del Atlántico, en América, y, también, al otro lado del Pacífico, en las Islas Filipinas y otros archipiélagos polinesios. Con la particularidad de que es durante el reinado de Carlos III cuando los dominios españoles llegan a su máxima extensión en América, lo que exige un esfuerzo adicional para salvaguardar unas fronteras tan extensas y tan alejadas de la metrópoli, con la consecuencia de que la Corona promueva la exploración de las zonas marginales o fronterizas del Imperio. Las que hacen los españoles en el Pacífico septentrional tienen la virtud de tender un hilo de oro entre el Rey de las Luces y los Reyes Católicos. Pues en el reinado de Carlos III y en los primeros años del de Carlos IV culmina y se cierra la gran empresa descubridora iniciada en el de Isabel y Fernando. Y culmina también el acopio de conocimientos geográficos, náuticos, científico-naturales, lingüísticos y etnológicos que se empezó a reunir y sistematizar en la España del siglo dieciséis.

La política de mestizaje que fomentan los Reyes Católicos es una de las causas del desarrollo sin precedentes que tienen en

América las ciencias de la naturaleza y —lo que nos interesa especialmente en este libro— la antropología cultural y la etnología, ciencias que se inician en el siglo dieciséis con la obra de figuras tan destacadas como Bernardino de Sahagún, José de Acosta, Toribio Motolinía, Diego de Landa, el Inca Garcilaso de la Vega y los cronistas e historiadores de Indias Bernal Díaz del Castillo y López de Gómara, y que culminarán, a mediados del siglo dieciocho, con Antonio de Ulloa y, ya a finales de ese siglo, entre los reinados de Carlos III y Carlos IV, con José Mariano Mociño. Conviene, pues, remontarse a la América de los tiempos de los Reyes Católicos y de Carlos I para poder contemplar, con perspectiva suficiente, algunos de los principales logros científicos y culturales del reinado de Carlos III y de los inicios del de Carlos IV, así como la continuidad que tienen esos dos períodos en algunos de los campos más originales e innovadores de la cultura.

Dado que en capítulos posteriores vamos a mostrar algunos de los principales hitos del proceso de formación de las disciplinas que acabo de destacar —la antropología cultural y la etnología junto con la arqueología americana—, empecaremos por ver cómo, desde los primeros momentos de la Conquista, los españoles tratan de conocer a fondo a los pueblos que encuentra en América, cómo actúan ciertos mitos en el proceso descubridor y conquistador y cómo se forman otros mitos acerca del papel de España en la Historia que van a tener especial incidencia durante el reinado de Carlos III. El asombro y la emulación que provoca la renovación del paisaje humano obrado por España en las Indias Occidentales tienen la consecuencia de que en los países rivales no falten quienes se dedican a elaborar y difundir un relato de la acción española en América al que se ha dado el nombre de «leyenda negra», pues en él hay más de ficción que de verdad, más de oscurantismo que de esclarecimiento. Aunque esa leyenda empieza a labrarse en el siglo dieciséis, en paralelo a la

formación del Imperio español tanto en América como en Europa, es en la segunda mitad del siglo dieciocho cuando se intensifica, lo que hace que Carlos III experimente de forma especial sus efectos. Las *Recherches philosophiques sur les Américains* (1768-1770) de Cornelius De Pauw, la *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes* (1770) de Guillaume Raynal y la *History of America* (1776) de William Robertson son los principales exponentes de esa acción manipuladora.

Este resurgir de la leyenda negra, sobre todo en Francia e Inglaterra, presenta la novedosa particularidad de que pretende infravalorar no sólo la acción de España en América, sino al hemisferio americano en su conjunto, hasta llegar a considerarlo —así en Pauw, Buffon y otros autores— una zona en la que degeneran las especies animales, vegetales y el propio género humano. Ante semejante superchería, los criollos reaccionan contundentemente, y José de Gálvez, que ha sido promovido por Carlos III en 1776 a la Secretaría de Indias y a la Presidencia del Consejo de Indias, toma unas medidas de enorme trascendencia para los investigadores futuros, al encargar al historiador Juan Bautista Muñoz, por Real Orden de 17 de julio de 1779, la elaboración de una «Historia del Nuevo Mundo» a partir de las fuentes históricas, justo después de que, el 8 de junio de 1779, expusiese a Carlos III el modo de contestar a los ataques antiespañoles. Según Muñoz, la mejor respuesta es «dar al público *la verdadera historia de nuestros establecimientos en la América*: desde su origen hasta nuestros días, donde constase a todos el recto proceder y las sanas intenciones del Gobierno español: *en vista de mil auténticos documentos* que aún no se han disfrutado todavía».

Con ese fin Muñoz investiga el inmenso material documental acumulado durante dos siglos y medio en los archivos estatales (Consejo de Indias en Simancas y Madrid, etc.) y, en el curso de

su trabajo, llega a Sevilla en 1784 para proceder al reconocimiento de las instituciones que custodian documentación relativa a América (Casa de la Contratación de Sevilla y de Cádiz, entre otras) y escoge para albergar el Archivo General de Indias el monumental edificio trazado a finales del siglo dieciséis por Juan de Herrera para Lonja de Mercaderes, que no tenía funciones comerciales desde 1646. La magnífica escalera principal, de 1611, obra de Zumárraga es embellecida con mármoles rojos y sus paredes son revestidas de jaspe, procedentes de canteras malagueñas, como deseaba el ministro Gálvez. En 1785 se funda el Archivo y un año después entra en funcionamiento. Sus fondos proceden, en buena medida, de la documentación producida o tramitada por el Consejo de Indias instituido en 1524 como máximo organismo para el gobierno de América, así como de la Vía Reservada utilizada por la Secretaría de Estado del Despacho Universal de Indias, la Casa de Contratación y los Consulados de Comercio. En 1785 llegan las primeras remesas de fondos, procedentes de Simancas (294 cajones). En 1786, los papeles de la Casa de Contratación, de Cádiz, y de la Contaduría General del Consejo de Indias, y en 1788, los de la Secretaría del Perú, del mismo Consejo. En 1788 se concluyen las obras de adaptación del edificio, ya fallecido el ministro Gálvez.

La fundación del Archivo General de Indias de Sevilla es un hito en la historia de la archivística mundial debido tanto a la naturaleza de sus fondos como al innovador sistema de clasificación que se emplea en la catalogación y que se adelanta a la teoría estructuralista desarrollada medio siglo más tarde. Lejos de ser un simple almacén, el Archivo sevillano es un elemento vivo documental al servicio del Estado. Por otra parte, la riqueza de sus fondos permite llevar a cabo una investigación detallada y fidedigna de la acción de España en América, con la consecuencia de invalidar narraciones que, como las de

Robertson, Raynal y De Pauw, se basan en historias y crónicas generales, raras veces sobre una documentación original y fidedigna que podría haber corregido la imagen distorsionada del régimen español en América. «América, la bien documentada»: con esas palabras se ha querido destacar la abundante y continuada documentación existente en los archivos españoles sobre la actuación española en América.

La labor de los archiveros hace su clasificación en base a la propia vía administrativa de la que proceden los papeles (Consejo de Indias, Secretaría de Indias, Casa de la Contratación, consulados) atendiendo a cuatro normas capitales: el criterio de respeto a los distritos administrativos del Consejo de Indias; el criterio diplomático; criterios de procedencia, y criterio temático. Respeto, pues, a la procedencia de los fondos. La archivística alemana calificará este criterio-guía como principio estructural en 1898, adelantándose el Archivo General de Indias un siglo en las ordenanzas sancionadas por Carlos IV en 1790. El Archivo General de Indias no sólo es el primer archivo monográfico, sino modélico de la ciencia archivística.

De entonces acá ha cambiado mucho la percepción de la acción de España en América. Por eso nuestro Rey de las Luces habría suscrito con gusto lo que dicen a este respecto dos autores estadounidenses, uno de mediados del siglo veinte y otro de finales del diecinueve. Philip W. Powell, que es uno de los mejores conocedores del tema, resume así las causas de la leyenda negra y su estructura ideológica: «Los siglos de su dominio imperial le crearon [a España] un conjunto de enemigos que, mezclando temores, envidias y los odios intensos de conflictos religiosos, hicieron que España y sus hijos fueran los primeros en sufrir el impacto de la imprenta como arma de propaganda. El poderío español fue el blanco de efectos devastadores de sus enemigos, que iniciaron la moda en Occidente de denigrar a España y a todo lo español, montando de tal forma su

propaganda, que llegaron a confundirla con las verdades de la Historia».

Los dos procedimientos utilizados para elaborar la leyenda negra no pueden ser más sencillos y también eficaces: omitir y exagerar. Por un lado, omitir lo bueno de España y exagerar lo malo, y por otro omitir lo malo de los países rivales y exagerar lo bueno. ¿Y eso por qué? Por la sencillísima razón de que España crea el Imperio más rico y majestuoso que el mundo ve en los trescientos años que van del 1500 al 1800, y ese Imperio es la cantera de donde los países rivales sacan los materiales con los que construyen los suyos. La gran deuda contraída por esas naciones con España es, en definitiva, la causa que las impulsa a buscar la manera de justificar ante la Historia su propia acción imperial, y la manera más fácil y simple de conseguir esa justificación es atribuir al acreedor alguna tacha gracias a la cual el deudor se siente legitimado para salir a la calle con la cabeza bien alta a pesar de la deuda contraída.

El también estadounidense C. F. Lummis, en una obra dedicada a desmontar esa leyenda, no duda en ver la exploración que llevan a cabo los españoles en las Américas desde finales del siglo quince hasta los inicios del diecinueve como «la más grande, la más larga y la más maravillosa serie de valientes proezas que registra la Historia». Además del honor del descubrimiento, hay que reconocer a España el de dar América al mundo y «el de una exploración que duró varios siglos y que ninguna otra nación ha igualado en región alguna». Según este autor de finales del siglo diecinueve, la historia de los conquistadores no tiene paralelo en la historia militar. «Ninguna otra nación dio jamás a luz cuatro Julios Césares en un siglo; pero eso es una parte de lo que hizo España para el mundo. Pizarro, Cortés, Valdivia y Quesada tienen derecho a ser llamados los Césares del Nuevo Mundo».

Lummis subraya también que otros europeos de la época

demostraron ser mucho menos civilizados y respetuosos en su trato con los indios. Y pone el ejemplo de Ambrosio Dalfinger que, en 1529, desembarcó con cuatrocientos hombres en Coro (Venezuela) para emprender la colonización de esa zona que había concedido el rey emperador Carlos I a la opulenta familia bávara de los Welser. ¿Qué hizo Dalfinger? Llevar la muerte y la devastación por donde pasaba. Su brutalidad hacia los indios fue tan grande y contrastaba de tal modo con el trato que los españoles solían dar a los indios, que éstos, exasperados, se rebelaron. «El mal estaba», señala Lummis, «en que los Welser no tenían más empeño que encontrar tesoros para reintegrarse el dinero que habían desembolsado, y no sentían el verdadero espíritu colonizador y cristianizador de los españoles».

Uno de los tópicos de la leyenda negra, que cobra renovado vigor en tiempos de Carlos III, es que España habría llevado a las Indias una visión oscurantista de la cultura y de la vida. Pero ése es un juicio que se estrella con la Historia. Desde el año 1524 ya hay en América escuelas españolas para indios, y en 1539, cuando todavía no han pasado dieciocho años desde el final del Imperio Azteca, empieza a funcionar la primera imprenta del Nuevo Mundo, cien años antes que lo hiciera en Boston la primera imprenta inglesa. En la lista de libros impresos no faltan obras de astronomía, medicina, filosofía, así como gramáticas y vocabularios de las lenguas indígenas, además de los de índole religiosa. El primer diccionario aparecido en México (y en América) es el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, que Alonso de Molina redacta entre 1555 y 1571, y que, a partir de 1571, incluye uno en español-náhuatl. No deja de ser notable que este diccionario de náhuatl sea anterior al primero del que se tiene noticia de la lengua inglesa, la *Table Alphabetical* publicada por Cawdrey en 1604, y que, hacia 1575, ya se hubiesen impreso en la Ciudad de México muchos libros en *doce* dialectos indios diferentes.



Sobre los notables estudios lingüísticos que se llevaron a cabo, baste decir que, paralelamente a la Conquista, se redactan e imprimen gramáticas y diccionarios de numerosas lenguas indígenas, se fundan cátedras de esas lenguas en las universidades de México y Lima, se escriben en las lenguas nativas los textos de instrucción, se emplea como *lingua franca* para la predicación no el castellano, sino el náhuatl en la Nueva España y el quechua en el Perú, y, además, se adaptan a la sensibilidad indígena la música, la liturgia y la arquitectura. Con razón ha dicho Madariaga: «Nunca un pueblo que domina siendo superior en todo, se acomodó tanto al dominado».

Y así, si en la Península, durante el reinado de Felipe II, el extremeño Francisco Sánchez de las Brozas se constituye en el padre de la lingüística científica moderna con su *Minerva sive de causis linguae latinae* (Salamanca, 1587), los numerosos estudiosos de las lenguas autóctonas de América que hacen los españoles desde los inicios del siglo dieciséis ponen las bases a la lingüística comparada que formalizará el conqueño Lorenzo Hervás y Panduro con su *Catálogo de las lenguas* en los tiempos de Carlos III y en los primeros años del reinado de Carlos IV.

Basta con dar las fechas en que se crean las imprentas y su número en la América española y en la anglosajona para ver a cuál de esas dos culturas se puede tachar de oscurantista. En 1539 empieza a funcionar la imprenta en México; en 1584, en Lima, y en 1667, en Guatemala. En el último cuarto del siglo diecisiete funcionan cuatro imprentas en la Nueva España, y en 1761 sólo en la Ciudad de México hay seis, una de ellas con material para imprimir en griego y en hebreo. En 1705 se introduce la imprenta en el Paraguay, en 1739 en Santa Fe de Bogotá, en 1755 en Quito, en 1765 en La Habana, en 1766 en Buenos Aires, en 1806 en Caracas y en 1812 en Santiago de Chile. Esta plétora de imprentas hispánicas brilla por su ausencia en la América anglosajona, según destaca Lummis, quien

también nos informa de que Boston no tendrá su primera imprenta hasta 1638 (cien años después que en México y medio siglo después que en Perú), Pensilvania hasta 1686, Nueva York hasta 1693, Virginia hasta 1729 y Jamaica hasta 1756. Pero no debe sorprender el retraso con que la América inglesa adopta la imprenta, pues el país colonizador no andaba mucho mejor. En 1685, según Macaulay, «salvo en la capital y en las dos Universidades, apenas si había un impresor en el reino. La única imprenta de Inglaterra al norte del Trent, parece haber sido la de York».

Si de las imprentas pasamos a las bibliotecas, entonces descubrimos que los centros educativos de los recién constituidos Estados Unidos de América no abundaban en libros. Cuando Sebastián de Miranda recorre ese país en 1783 y 1784, la Universidad de Harvard le parece planeada para formar clérigos, no ciudadanos hábiles e instruidos, su gabinete de historia natural apenas merece ese nombre y la biblioteca de tan celebrada institución sólo tiene mil doscientos volúmenes. Compárense ese dato con el activo comercio librero que hay entre España y las Indias. Sólo un librero de España manda a un solo agente suyo de las Indias diez mil libros, y eso en enero de 1601. O sea, manda en un año nueve veces más libros de los que albergará la biblioteca de la Universidad de Harvard casi dos siglos después. Añádase que en todas las listas de libros enviados a América en el siglo dieciséis figuran fray Luis de Granada y Luis Vives, uno de los grandes espíritus del Renacimiento, en cuya obra se halla una buena parte de las ideas de Francis Bacon, al que se suele ver como maestro del pensamiento moderno. Pero no nos sorprenda esta efervescencia bibliográfica. ¿Cómo iba a faltar el público lector en América si Santo Domingo y México tienen universidad antes de mediado el siglo dieciséis, Lima en 1551, y durante el siglo diecisiete se crean cinco universidades más, y otras diez en el siglo dieciocho, a lo que hay que sumar

muchos centros de enseñanza superior y colegios?

La prensa tampoco se queda a la zaga. Mientras que en Inglaterra aparece el primer periódico en 1622 y en sus colonias norteamericanas en 1704, en el Perú ya se cultivaba el periodismo más de un siglo antes, pues la primera hoja de noticias se publica en Lima en 1594 para anunciar la captura del pirata inglés Richard Hawkins, y en 1620 se editaban con relativa regularidad hojas de noticias. En cuanto a México, antes del año 1693 se publicaba un folleto noticioso llamado *El Mercurio Volante*, y el 1º de enero de 1722 ve la luz la *Gaceta de México*, y *noticias de Nueva España*, que tendrá una periodicidad mensual. De la capital mexicana dice Alejandro de Humboldt al inicio del siglo diecinueve que ninguna ciudad del Nuevo Mundo, sin exceptuar las de Estados Unidos, presentaba establecimientos científicos tan grandes y sólidos. Y añade que ningún gobierno europeo había dedicado tanto dinero y tanto esfuerzo como el español en los tiempos de Carlos III y los primeros años de Carlos IV para fomentar los estudios de las ciencias de la naturaleza en general y de botánica en particular, con el resultado de formarse bibliotecas científicas comparables a las mejores de Europa, además de riquísimas colecciones de especies botánicas y de dibujos descriptivos. De la labor cartográfica que llevan a cabo los marinos españoles dice el geógrafo prusiano que «pocas son las cartas marinas de Europa mejor trazadas que las de la América Occidental, desde el Cabo Mendocino al Estrecho de la Reina Carlota». En capítulos posteriores describiremos algunas de las expediciones responsables de la elaboración de esas cartas.

A las elogiosas palabras que Humboldt dedica a la labor científica desarrollada por España en América a lo largo del siglo dieciocho, parecen hacer eco las que casi un siglo después, a finales del diecinueve, emplea Lummis para destacar la formación intelectual de muchos de los españoles trasplantados

en el siglo dieciséis a América y el valor científico de sus aportaciones: «En geografía, en historia natural, en física y química y en otras ciencias fueron [los españoles] los primeros, como lo habían sido en sus descubrimientos y exploraciones». Y después de resaltar que en una fecha tan lejana como el año 1579 se hizo de forma pública en la Universidad de México la autopsia del cadáver de un indio para indagar las causas de una epidemia que hacía estragos en la Nueva España, duda «que en aquella época hubiesen llegado tan lejos en la misma ciudad de Londres» y aporta el curioso dato de que en libros españoles de aquel período, todavía existentes, se «hallan proyectos de armas de repetición, y hasta una inequívoca indicación del teléfono».

Si de la imprenta, la prensa, las bibliotecas científicas y las investigaciones en el campo de las ciencias naturales y de la medicina pasamos al teatro, vemos que los españoles se apresuran a extender en América ese arte que en la Península estaba logrando, con Lope, Calderón, Tirso, Moreto, Alarcón, que había nacido en México, y otros autores, un esplendor comparable al que tuvo dos mil años antes en la Atenas de Pericles. En fecha tan temprana como 1541 Fernández de Oviedo se refiere a las representaciones y farsas de devoción que los niños y muchachos indios representan y recitan en lengua castellana y latina, en verso y prosa, y lo hacen tan bien que ni «en Italia ni en Castilla no se podría hacer mejor por los naturales españoles e italianos». Hacia 1575 México tiene ya teatro permanente, y, en 1603, Balbuena, al dar la lista de los atractivos que ofrece la capital de la Nueva España, habla de las comedias que en ella se estrenan con frecuencia. También en lo que a la música y a las artes plásticas se refiere la América hispana sigue, de forma muy original, los pasos de la Europa más avanzada.

La efervescencia cultural que España lleva a América, desde los inicios de la Conquista, se hace notar de forma notoria en la

creación de las ciudades de trazado más racional y moderno de la época y también —lo que es menos conocido— en la fundación de instituciones inimaginables en Europa por su carácter innovador. Ése es el caso del obispo Vasco de Quiroga, nacido en 1470 en Madrigal de las Altas Torres, que funda dos hospitales —uno en las cercanías de México, en 1532, y otro en Michoacán— que van más allá de lo que se esperaba de esa clase de establecimientos, pues, junto a los servicios propios de un hospital, albergan escuelas, talleres, huertas, ganado y viviendas para el personal y sus familias. El diseño arquitectónico no es menos novedoso. El edificio central está formado por cuatro cuerpos en cuadro con un patio en medio. Dos de estos cuerpos, opuestos entre sí, se dedican respectivamente a casos contagiosos y a casos no contagiosos, y los otros dos a viviendas. En el centro del patio se alza la capilla, abierta por ambos lados para que los enfermos puedan oír misa desde el lecho. En cada casa se agrupan de seis a ocho matrimonios del personal hospitalario con su prole. Todas las funciones del hospital son electivas y cada operario trabaja por turno seis horas diarias, ya como enfermero en las salas, ya como agricultor en el campo. Recolectada la cosecha, se distribuye por igual a todos los miembros de la comunidad. El sobrante sirve para cubrir los gastos generales, repartir entre los pobres y formar una reserva destinada a hacer frente a los años malos. Vasco de Quiroga es un ferviente discípulo de Tomás Moro, el canciller inglés decapitado por Enrique VIII, cuya *Utopía* trata de hacer realidad con la institución que funda en la Nueva España. Al morir, no deja un maravedí, pero sí seiscientos veintiséis volúmenes que pasan al Colegio de San Nicolás fundado por el propio Quiroga en Michoacán.

Pero si España llevó a las Indias una efervescencia cultural y social tan intensa e innovadora, ¿cómo explicar que caigan en ruinas muchos monumentos indígenas? Es un fenómeno que

ocurre siempre que se produce un cambio de paradigma cultural. Además, la investigación moderna ha probado que los españoles destruyeron mucho menos de lo que se suele decir. Pero, ¿era posible evitar las destrucciones cuando, en los siglos dieciséis y diecisiete, se están llevando a cabo de forma masiva en Inglaterra, Alemania y otras partes de Europa? ¿Qué decir de la destrucción general de obras de arte religioso que tiene lugar en la Inglaterra de Eduardo VI y de la reina Isabel, y en la Alemania de Lutero? ¿No deberían haber escuchado a Hernán Cortés cuando proponía que se conservasen templos y libros aztecas al menos como curiosidades? En todo caso, no es razonable acusar a los conquistadores por la destrucción o, más bien, el abandono de monumentos indígenas, pues no se les puede exigir un criterio artístico, arqueológico o antropológico propio de nuestro tiempo y de la perspectiva que hoy nos proporcionan unas ciencias que entonces no eran de dominio público y cuyo primer desarrollo es justamente debido a los religiosos que acompañan a los conquistadores, como se ve de forma tan sobresaliente en los escritos de Sahagún, Acosta, Landa y Motolinía. Y no es muy razonable porque, al hacer esa acusación, se suele pasar por alto que los europeos de la Edad Media destruyeron o dejaron que cayesen en ruinas una infinidad de monumentos grecorromanos y prerromanos, que ingleses y alemanes entraron a saco en el patrimonio iconográfico religioso medieval en los siglos dieciséis y diecisiete, que los ejércitos napoleónicos destruyeron infinidad de monumentos cuando invadieron España entre 1808 y 1813, que las naciones más «civilizadas» de Europa realizaron destrucciones sin cuento en la Europa del siglo veinte y que, en los últimos cincuenta años, se ha podido ver cómo en China, Afganistán, Irak, Siria y otros países se ha llevado a cabo una labor sistemática de destrucción de monumentos antiguos.

¿Cómo eran esos conquistadores en los que a veces se ceba la leyenda negra? Para empezar, no pertenecían a la vieja nobleza y

a la aristocracia palatina, sino al común, al pueblo. Sobre todo al pueblo de Extremadura, Andalucía y Castilla. Por lo general, se trata de individuos jóvenes que llegan a América en un número nada excesivo. De los *Catálogos de Pasajeros de Indias* se deduce que no pasan de cinco mil quinientos los que cruzan el Atlántico entre 1500 y 1535, año de la fundación de Lima. Cifra mínima si se considera que de esos cinco mil quinientos hay que descontar a funcionarios, clérigos, niños y mujeres, y que en 1535 ya se han conquistado los Imperios Azteca e Inca y las principales Antillas, y se ha explorado una buena parte de las Américas del Norte y del Sur.

El primer epíteto que el historiador se ve obligado a dar a los conquistadores es el de ser sufridos. Pues la historia nos los muestra marchando cubiertos con sus pesadas armas en el ardiente trópico y también en la puna helada; durmiendo en los árboles y enterrados en la arena para evitar los insectos (Pizarro); atravesando desnudos los ríos con las ropas en tablachinas puestas sobre la cabeza (Balboa) y cruzando ciénagas palúdicas y ríos llenos de reptiles; sobrellevando el soroche y cayendo acribillados por niguas, hormigas, mosquitos y toda clase de animales; comiendo la carne de los perros para no morir de hambre (Pizarro y Alvarado) y cayendo despeñados en los abismos; siendo sacrificados para servir de víctimas propiciatorias y retorciéndose bajo el efecto venenoso del curare hasta quedar muertos, si es que no se quedan de pie helados, como les acaeció a los primeros que fueron a Chile. López de Gómara pondera la paciencia con que los españoles sobrellevan las muchas enfermedades que les atacan debido a las especiales condiciones de vida en que se encuentran, y de esas dolencias dice que «dos fueron perpetuas: bubas, que hasta entonces no sabían qué mal era, y mudanza de su color en amarillo, que parecían azafranados».

La paciencia y aguante de los españoles que van a las Indias

empiezan en el momento mismo de subir a bordo del barco que les traslada al otro lado del océano. Un buen ejemplo de la dureza de esas jornadas lo tenemos en la crónica que hace Antonio Pigafetta de la vuelta al mundo de Magallanes y Elcano. De los padecimientos que sufre la tripulación durante los tres meses y veinte días que pasa en el océano Pacífico sin probar alimento fresco desde el 28 de noviembre de 1520, fecha en que la expedición cruza el estrecho de Magallanes, dice: «La galleta que comíamos no era ya pan, sino un polvo mezclado de gusanos, que habían devorado toda la sustancia y que tenía un hedor insoportable por estar empapado en orines de rata. El agua que nos veíamos obligados a beber era igualmente pútrida y hedionda. Para no morir de hambre llegamos al terrible trance de comer pedazos de cuero [...] Frecuentemente quedó reducida nuestra alimentación a serrín de madera como única comida, pues hasta las ratas, tan repugnantes al hombre, llegaron a ser un manjar tan caro, que se pagaba cada una a medio ducado». Nada tiene de extraño que, en esas condiciones, los tripulantes se viesen atacados por una enfermedad de la que murieron diecinueve hombres.

Otro ejemplo de las condiciones en que se realizaban las jornadas oceánicas nos lo brinda Antonio Vázquez de Espinosa, que relata su viaje de Veracruz a Cádiz, de junio a noviembre de 1622, en un folleto impreso al año siguiente en Málaga. En el trayecto de Trujillo a La Habana el barco es asaltado por una plaga de ratas que llegan a comerse la mayor parte de la comida. Aunque en el puerto de La Habana se mata a más de mil, los tripulantes descubren posteriormente que las ratas se han vuelto a reproducir, han agujereado la madera de la nao por muchas partes y el mar les entra en gran cantidad. El bizcocho que logran rescatar, han de vigilarlo día y noche contra los asaltos de las ratas, que, hambrientas, osan atacar a los hombres mientras están comiendo; pelean con los papagayos y las gallinas, hasta



vencerlos y comerlos; asaltan a los gatos, que huyen de ellas despavoridos, y se matan entre sí.

Además de sufridos, los conquistadores son muy sensibles a la majestad de la ley. Con la excepción del enloquecido y terrorífico Lope de Aguirre, se guardan de enfrentarse con el rey y buscan en la palabra real la sanción de sus gestas y el fundamento de su autoridad. Penetrados del sentido de la dignidad humana, que en España, como en el resto del mundo latino, se sustenta sobre la doble tradición de la Roma jurídica y la Roma cristiana, siempre incluyen en el plan de conquista la evangelización y educación de los indios. Este respeto por los valores del espíritu lo pone de relieve el modo como se relacionan los conquistadores con el otro tipo humano a través del cual se hace presente España en el Nuevo Mundo: el fraile. Para asombro de los indios, aquéllos se humillan ante los frailes, y éstos —lo que todavía les causa más desconcierto— pugnan por humillarse ante los propios indios, y muestran el mayor desinterés hacia los bienes materiales.

La misión evangelizadora es uno de los pilares sobre los que la Corona funda su soberanía. Según las *Partidas* de Alfonso X el Sabio, la soberanía se podía obtener por uno de estos cuatro títulos: herencia, elección voluntaria, matrimonio y concesión pontificia o imperial. En el Nuevo Mundo el derecho se basa en la *donación* papal en virtud de la bula *Inter Caetera*, otorgada por Alejandro VI en 1493, que establece una línea de demarcación entre España y Portugal cien leguas al oeste de las Azores, con el encargo adjunto de llevar las luces del Evangelio a los pueblos descubiertos. A ese fundamento se unen el del *descubrimiento* y la subsiguiente toma de posesión, que se efectúa después del requerimiento que se hace a los indígenas —en el caso de que hagan acto de presencia— para que reconozcan la soberanía castellana. Uno de los primeros y más hermosos ejemplos de esas tomas de posesión la hace Cristóbal Colón en Guanahani ante los Pinzón, el Escribano y el Veedor, y bajo las banderas verdes

en las que lucen las coronadas *F* e *Y* de Fernando e Isabel.

El escrupuloso legalismo de los conquistadores hace que tomen posesión de la tierra con un formulismo que hoy nos resultaría teatral, pero que revela respeto por los valores jurídicos que, en esos años, se enseñan de forma magistral en las universidades de Salamanca y Alcalá. Ese legalismo, típico de la España de la época, hace que, en 1494, la Reina Católica someta a las deliberaciones de una junta de teólogos y letrados la cuestión de si se podía reducir a esclavitud a los indios. La junta resuelve que deben permanecer libres. Enterada de que en Sevilla se pretendía hacer esclavos a indios venidos con Cristóbal Colón, la reina prohíbe por una Real Provisión de 1500 que se les capture y se les haga esclavos. Incluso concede a los indios privilegios espirituales análogos a los que en materia civil ya disfrutaban, de forma que, en casos en que se les descubría realizando sacrificios humanos, no se les aplicaba la pena capital. En 1504 la Reina Católica encarga en su testamento al rey, a la princesa Juana, heredera suya, y, más en particular, a las autoridades que «pongan mucha diligencia, y no consientan ni den lugar que los indios, vecinos y moradores de las dichas Indias y Tierra Firme, ganadas y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas ni bienes, mas manden que sean bien y justamente tratados, y si algún agravio han recibido lo remedien». Para la Reina Católica los indios son, como los propios castellanos, súbditos suyos y por ello se les ha de tratar conforme a derecho y, también, con una especial atención y cuidado debido a las particulares circunstancias que se dan en ellos.

En 1509 la Corona toma nuevas medidas a favor de los indios: se ordena que no sirvan de forma vitalicia, sino sólo uno o dos años. Como no siempre se cumple esa orden, en 1511 se hace la primera protesta seria de una actuación no humanitaria e igualitaria con los indios, y, en 1512, las *Leyes de Burgos* insisten en el buen trato que se ha de dar a los indios, a los que se

conceden derechos que para sí querrían muchos trabajadores de las sociedades más avanzadas, pues entre esos derechos figuran el de disfrutar de un descanso de cuarenta días después de trabajar cinco meses; el de ser bien alimentados con carne; y el de tener casas, hamacas y vestidos. Además, se prohíbe cargarlos, encarcelarlos o golpearles con palos y látigos, y hacer trabajar a las mujeres encintas. Siguiendo líneas humanitarias de tipo sanitario, se les prohíbe sacarse sangre, hacerse tatuajes y emborracharse. Por último, se ordena que el adoctrinamiento se lleve a cabo con dulzura.

En sus lecciones *De Indis*, profesadas en 1532 en Salamanca, Francisco de Vitoria asienta sobre firmes bases jurídicas el derecho de los indios a la libre posesión de sus territorios y leyes, pero también enumera una serie de derechos cuya salvaguarda puede justificar que los españoles ocupen territorios e incluso hagan la guerra: el derecho de libre comunicación e intercambio de información, el de viajar y desplazarse para predicar el Evangelio, el de intervenir para evitar que los convertidos vuelvan a la idolatría, el de atender a los requerimientos que, en ese sentido, hagan aliados o confederados, el de los convertidos a tener un príncipe cristiano, el de evitar tiranías, sacrificios y leyes vejatorias y, por último, el derecho de una elección verdadera y voluntaria.

La legislación que España implanta en América es tanto más humanitaria con los indios cuanto que, en esas fechas, el rey emperador está sustrayendo en forma de impuestos a sus vasallos del reino de Castilla sumas exorbitantes, que están arruinándoles, a fin de emplearlas para apuntalar su Imperio germánico, lo que nada tenía que ver con el interés de los castellanos, a los cuales no se les había perdido nada en Alemania ni en Flandes. En cambio, la legislación de Indias impone a los indios del Perú tributos moderados y les deja libres y «señores de sus propias haciendas». No obstante, teniendo libertad para vivir por su cuenta —una

libertad que los indios nunca habían tenido—, éstos prefieren permanecer con sus amos, aprender cómo llegar a ser buenos cristianos y dedicarse a hacer negocios de compraventa y de prestación de servicios. Es verdad que la larga lista de Reales Cédulas que prohíben a los indios servicios personales a los españoles prueba que no siempre se trataba a los indios conforme a lo que exigían las leyes, pero, ¿cómo se iba a producir por generación espontánea, en unas Indias tan complejas, una igualdad política que en ese mismo siglo dieciséis era desconocida en la civilizada y cristiana Europa? «Lo que maravilla», dice Salvador de Madariaga a este respecto, «es que a la distancia que actuaron y dentro del medio en que lo hicieron, [los españoles] no se hubieran comportado más despótica y más anárquicamente».

El legalismo de la Corona es tan escrupuloso que el Consejo de Indias llega a proponer al rey, en 1551, la suspensión de los descubrimientos y de las conquistas en vías de ejecución, y la Corona propone, según consta en las *Leyes de Indias*, que en vez de *conquista* se diga *pacificación*. Las Casas, que ya ha superado su primera fase de explotador colonial, se hace eco de la propuesta y califica el término *conquista* de «tirano, mahomético, abusivo, impropio e infernal». Solórzano Pereira estima que «la palabra *conquista* ha parecido odiosa y se ha quitado de estas pacificaciones». Pero aunque se intenta reemplazar ese concepto con los de *pacificación* y *poblamiento*, la realidad es la que es y el término mucho más gráfico de *conquista* seguirá predominando.

Hernán Cortés expresa muy bien el talante con que él y sus compatriotas ven la Conquista en los albores del siglo dieciséis: «Y yo los animaba diciéndoles que jamás en los españoles en ninguna parte hubo falta, y que estábamos en disposición de ganar para vuestra majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo. Y que además de hacer lo que como cristianos éramos obligados, por ello en el otro mundo

ganábamos la gloria, y en éste conseguíamos el mayor prez y honra que hasta nosotros ninguna generación ganó». Con estas palabras Cortés expresa un afán de conquista que se somete a las normas que imponen la fe cristiana —base de los más elevados sentimientos de fraternidad universal— y las exigencias del honor caballeresco. En el carácter de Cortés también se destaca la curiosidad intelectual. La decisión de seguir adelante en su marcha hacia la capital de México, a pesar de los incontables peligros con los que a cada paso tropieza y la exigua fuerza de soldados españoles que le acompañan (apenas unos cuatrocientos), se sustenta en buena medida en el deseo de desvelar un gran secreto y sacar a la luz la clave de un misterio.

La calidad moral de los conquistadores es tal que, a pesar de su juventud y de las excepcionales condiciones en que les toca vivir tan lejos de la familia y de la civilización, muy pocos verán registrado su nombre en los anales del crimen. Walter Raleigh, el conocido pirata y aventurero inglés, favorito de Isabel I de Inglaterra, la gran enemiga de Felipe II, les tributa este tan merecido homenaje: «No puedo dejar de encomiar aquí la virtuosa paciencia de los españoles. Es muy difícil o imposible encontrar otro pueblo que haya soportado tantos reveses y miserias como los españoles en sus descubrimientos en las Indias. Sin embargo, persistiendo en sus empresas con invencible constancia, han anexionado a su reino tantas y tan ricas provincias como para enterrar en recuerdo todos los peligros pasados. Tempestades y naufragios, hambres, derrotas, motines, calor y frío, pestes y toda suerte de enfermedades, tanto conocidas como nuevas, además de una extremosa pobreza y de la carencia de todo lo necesario, han sido sus enemigos más pronto o más tarde mientras realizaban sus nobilísimos descubrimientos». Con razón dice un historiador de Indias tan bien informado y culto como López de Gómara que las hazañas de los conquistadores superan a las de los romanos. Con la

particularidad de que, a diferencia de éstos, el conquistador español se encarga de reclutar a la gente, armar y avituallar los navíos, fundar un determinado número de poblaciones, transportar animales y plantas y difundir el Evangelio.

De la forma como los españoles tratan a los indígenas, Lummis destaca que los que resistieron a los españoles fueron tratados con muchísima menos crueldad que los que se hallaron en el camino de otros colonizadores europeos. «Los españoles», añade, «no exterminaron *ninguna* nación aborígen, como exterminaron docenas de ellas nuestros antepasados [los ingleses], y, además, cada primera y necesaria lección sangrienta iba seguida de una educación y de cuidados humanitarios». Si contemplamos la conquista y el gobierno español de América desde la perspectiva de los siglos veinte y veintiuno, entonces el balance es mucho más favorable a la acción española, pues, como bien ha visto el sociólogo Pitirim Sorokin, «el siglo veinte ha sido el siglo más sanguinario de la historia de la Humanidad». Hasta se podría aventurar que el número de muertes violentas sobrevenidas en los tres siglos que duró el régimen español en América no superó al que se produjo en un solo mes de la Segunda Guerra Mundial, o en un solo año de la historia de la Unión Soviética de Stalin, de la Alemania de Hitler y de la China de Mao.

Para muchos habitantes del Nuevo Mundo, en particular para los del México de los comienzos del siglo dieciséis, la Conquista representó una liberación. El sometimiento a la Confederación Azteca que, en forma de tributos onerosos, supeditación militar y sacrificios humanos, padecían los pueblos xochimilca, chalca y huastaca, entre otros, explica que los tlascaltecas se unieran de forma entusiasta a los castellanos para quitarse de encima el yugo azteca que les asfixiaba desde hacía siglos y que en la época en que arribaron los españoles había degenerado en un estado de guerra civil o, más bien, tribal permanente. Algunas referencias,

espigadas en la crónica de Díaz del Castillo, nos permiten ver que los frecuentes y masivos sacrificios humanos eran parte de la estructura del régimen azteca. Esas referencias tienen, además, el interés de que las hace un testigo de vista y buen conocedor de México en el tiempo de la llegada de los españoles. En un pueblo de Tlaxcala llamado Cempoal los españoles descubren casas de madera donde están encarcelados numerosos indios e indias para, una vez engordados como si fuesen reses estabuladas, sacrificarlos y utilizarlos como plato fuerte en los banquetes sagrados de los aztecas. En cierta ocasión, cuando los españoles quiebran y deshacen esas cárceles de madera, ven con asombro que «los tristes indios no osaban de ir a cabo ninguno, sino estarse allí con nosotros, y así escaparon las vidas». Después de detallar el número de los sacrificados —tres o cuatro mil cada año—, Díaz del Castillo nos hace saber cómo los sometidos a la dominación azteca dicen a Cortés que quieren ser vasallos del rey de España y amigos de Cortés y aun le ruegan que les defienda «de aquel gran señor que los tenía por fuerza y tiranía y que les tomaba sus hijos para los matar y sacrificar a sus ídolos».

Sobre la cuestión de los sacrificios humanos Toribio Motolinía se expresa de forma esclarecedora, como corresponde a un hombre de sus elevadas cultura y espiritualidad. Después de escribir que «los sacrificios y crueldades de esta tierra y gente sobrepusieron y excedieron a todas las del mundo», precisa su información diciendo que en determinados días el número de los que sacrificaban llegaba a ochocientos hombres, y eso en sólo la ciudad y provincia de Tlaxcallán. Hecha la inmolación, cada cual se llevaba los muertos que había llevado vivos al sacrificio, «dejando alguna parte de aquella carne humana a los ministros, y entonces todos comenzaban a comer ají con aquella carne humana». Motolinía alude también a una provincia que se distinguía por matar y sacrificar niños y niñas en honor del dios del agua, y describe las variadas formas que revestían los

sacrificios humanos. Había una fiesta en la que «levantaban un hombre atado en una cruz muy alta, y allí le asaeteaban». En otra, para matar a la víctima empleaban varas de palo de encina del largo de una braza con las puntas muy agudas. Sirviéndose de ellas, le mataban como a un toro. Estos sacrificios, que eran normales en las fiestas principales, alcanzaban a veces proporciones difíciles de imaginar, como en el caso de un antecesor de Moctezuma llamado Ahuizotl, el cual ofreció a los indios en un solo templo y en un sacrificio que duró tres o cuatro días ochenta mil cuatrocientos hombres. Y eso no era excepcional, pues Motolinía añade que cuando los españoles entraron en la Nueva España, por todos los pueblos y provincias de esa vasta región se hacían muchos sacrificios de hombres e incluso se mataba delante de los ídolos más que nunca.

Al describir el ritual de uno de estos sacrificios, Motolinía relata que, como primera provisión, se levantaban seis grandes árboles como si fuesen mástiles de barcos con sus escaleras correspondientes; luego, en lo alto de las gradas, degollaban a dos esclavas, les desollaban el cuerpo y el rostro y les sacaban los huesos del muslo. Efectuada esta operación, dos indios principales se vestían esas pieles, y se ponían los rostros de las mujeres sacrificadas a modo de máscaras, al tiempo que blandían en las manos los huesos «y muy paso a paso bajaban bramando, que parecían bestias encarnizadas». Seguidamente, los oficiantes ataban en lo alto de los seis palos a otros tantos cautivos de guerra. Concluida la operación, los dos mil muchachos y hombres que estaban debajo a la redonda armados con arcos y flechas disparaban a los cautivos una lluvia de saetas. Tras dejarlos medio muertos, los oficiantes subían rápidamente por los palos, les quitaban las ataduras, los dejaban caer, de forma que el golpe que sufrían con la caída les quebrantase los huesos del cuerpo, y luego les daban «la tercera muerte» sacándoles el corazón. Hecho lo cual, y tras llevarlos a rastras lejos de allí, los



degollaban, daban las cabezas a los oficiantes y llevaban los cuerpos «como carneros para los comer los señores y principales». En la *Relación de las cosas de Yucatán* Diego de Landa describe una forma *clásica* de realizar esos sacrificios humanos, en la que también figura la *caída* de un hombre agonizante o ya muerto y el acto de bailar los oficiantes revestidos con las pieles de los cadáveres que acaban de desollar y cuyas carnes, debidamente cocinadas, se servirán ulteriormente en el banquete postsacrificial.

De la forma sanguinaria de gobernar de los aztecas no se debe deducir, sin embargo, que los mexicanos fuesen crueles por naturaleza, ya que en los sacrificios humanos que realizaban, el pueblo no experimentaba el menor goce. Se limitaba a cumplir una exigencia social, pues los dioses en los que tenía depositada su fe necesitaban el derramamiento de sangre humana para vivir, y había que dársela, ya que si los dioses morían, la humanidad perecería. Pero no se puede decir lo mismo de los gobernantes o, a lo menos, de algunos de ellos, que tal vez habían perdido todo respeto por la vida humana y les era imposible ejercer su imperio como no fuera en medio de una escenografía en que se confabulaban la política, la religión y la sangre. Esto es lo que se deduce de las palabras en las que Motolinía refiere que Moctezuma tenía en su palacio enanos y corcovados, a los que habían hecho gibosos cuando eran niños. Funcionarios del palacio se encargaban de quebrarlos y descoyuntarlos, y de ellos se servían los señores aztecas «como ahora hace el Gran Turco de eunucos».

A partir de estas premisas se entiende que los pueblos sometidos a la dominación azteca sufriesen un estado de guerra civil que iba a facilitar la conquista. Motolinía lo dice claramente: «Cuando la tierra en el principio se conquistó había en ella mucha división, y estaban unos contra otros, porque estaban divididos». En ese contexto Hernán Cortés tiene el buen

sentido de transformar la guerra civil que minaba las bases de la Confederación en una guerra de liberación que permitirá a los indios vivir conforme a principios y valores de más elevada humanidad. Esos valores e ideas aparecen por doquier en las crónicas de la Conquista y en las declaraciones de sus protagonistas. Es la idea de que el rey emperador Carlos I, como gran señor que gobierna muchos reinos y señoríos, ha enviado a los españoles, vasallos suyos, «para deshacer agravios y castigar a los malos, y mandar que no sacrificasen más ánimas», según lo expresa Díaz del Castillo. No es otro, sino un fin humanitario, el que tratan de implantar en América los conquistadores. Cortés, según los apuntes que toma Díaz del Castillo, dice a los indios, para persuadirles de que se sumen a su ideario y proyecto político, que todos los seres humanos son hermanos, hijos de un mismo padre y una misma madre llamados Adán y Eva, y que su señor, el emperador, le había enviado para que «no adoren aquellos ídolos ni les sacrifiquen más indios ni indias, pues todos somos hermanos». En las *Cartas de relación*, enviadas al rey emperador, Cortés abunda en estas ideas: «Yo buscaba siempre, Muy Poderoso Señor, todas las maneras y formas que podía para traer a nuestra amistad a éstos de Temixtitán [...]. Y dondequiera que podía haber alguno de la ciudad se lo tornaba a enviar para les amonestar y requerir que se diesen de paz [...] porque yo no les quería destruir sino ser su amigo». El ofrecimiento de paz se vuelve un rasgo obsesivo en la estrategia de Cortés. Está convencido de que lo mejor que puede hacer es poner nuevos y buenos cimientos a la convivencia de los pueblos de la Confederación Azteca. Incluso a sus aliados indios trata de persuadirles de que no maten ni sean tan crueles con los otros indios.

No creo que se deba atribuir la actitud amistosa y cristiana de Hernán Cortés a maquiavelismo, primero porque Cortés la mantiene de forma continuada y según todos los indicios sincera;

segundo, porque la lleva a la práctica siempre que puede; y, tercero, porque hasta en su estandarte puso el lema de *amici sequamur crucem, et si nos habuerimus fidem in hoc signo vincemus*, o sea, «amigos, sigamos la cruz, y si tuviéremos fe, con este signo venceremos». Cieza de León confirma el humanitario programa que llevan consigo los conquistadores (en este caso a la conquista del Perú), que se puede resumir en la idea de que todos, tanto indios como europeos, proceden de los mismos padres Adán y Eva y que «por todos los hombres el Hijo de Dios descendió de los cielos a la tierra, y vestido de nuestra humanidad recibió cruel muerte de cruz para nos redimir y hacer libres del poder del demonio».

Que en el régimen que establece España en América cabe encontrar elementos de tiranía es innegable, pero han de ser vistos en la perspectiva de la época. Formas de gobernación mucho más tiránicas se daban entonces en Inglaterra, los estados alemanes, Holanda y los demás estados europeos y no europeos: Lutero predica que hay que matar como perros a los campesinos de su país y una buena parte de Europa se ve asolada por guerras de religión. La paz de que América va a disfrutar durante los tres siglos de régimen español no se encuentra ni por asomo en la Europa de esos tres siglos ni, probablemente, en el resto del mundo. Se trata de una paz viva y *libre*, calificativo a menudo empleado por los viajeros del siglo dieciocho, y creadora, en la que surgen y se suceden generaciones de hombres de letras, artistas, arquitectos y espíritus creadores en las más variadas manifestaciones de la cultura.

¿Habrá que poner de relieve la barbarie con que un siglo después de la Conquista los ingleses de Virginia tratan a los indios y a sus mismos compatriotas? Estos «hábitos» de horror, asevera J. Toynbee, habían sido adquiridos por los ingleses en sus agresiones contra los restos de la «franja céltica» en las *highlands* de Escocia y en los pantanos de Irlanda. Una de las cosas que

más abundan en la Inglaterra de los tiempos de la Conquista es la intolerancia religiosa. Se persigue y masacra a los no anglicanos, y en Londres estallan con frecuencia motines contra los extranjeros, llegando a veces a tal extremo que el gobierno se ve obligado a reaccionar con una dureza que sería inconcebible en la España de la época. Los españoles que acompañan al entonces príncipe Felipe en su viaje a Inglaterra para casarse con la reina María Tudor no dan crédito a la proliferación de bandas que hacen inseguras las calles de las ciudades y peligrosos los caminos. «Son tantos los ladrones que hay en esta tierra que no se puede creer, que andan muchos juntos de veinte en veinte», dice un español que visita el país en 1554. «Todas las fiestas acá son comer y beber, que en otra cosa no entienden», comenta otro viajero, que también advierte cómo las mansiones de los aristócratas ingleses están adornadas con el fruto de sus rapiñas: «y la más tapicería es de devociones, de iglesias y monasterios que quemaron y derribaron para quitarles las rentas y así hicieron a frailes y monjas». Otro miembro de la comitiva de Felipe II dice sin rodeos que «nosotros los españoles andamos entre todos estos ingleses como entre las bestias [...] según son de bárbaros».

Si se hiciese un recuento de las muertes violentas acaecidas en los ciento cincuenta años que van del 1500 al 1650 en países como Alemania, Inglaterra y Francia, se tendría un número mucho más elevado que el de las causadas por los españoles en los tres siglos que duró su gobierno en América. Eso sin contar que las descripciones que a menudo se hacen de algunas supuestas matanzas son tan falsas que a veces rayan en lo grotesco. Al tratar de las muertes ocasionadas por los compañeros de Pizarro cuando se vieron atacados de improviso por una multitud de indios en la plaza de Cajamarca, Lummis se resiste a creer que murieran dos mil, pues calculando cuántos indios puede matar un hombre con una espada o un mosquete o una ballesta en media hora de lucha a todo correr, y multiplicando

ese factor por ciento sesenta y ocho, resulta que no es dos mil, sino doscientos, el número probable de los muertos en Cajamarca. Además, como señala este autor, el principal empeño de los españoles no era matar, sino rechazar a los indios hostiles y hacer prisionero a Atahualpa, pero sin hacerle daño. Pizarro había dado severas órdenes en este sentido. Más aún, en un momento crítico para Atahualpa, Pizarro da un salto para ponerse delante del cacique indio, lo que le hace recibir una herida en un brazo y salvar así la vida de Atahualpa. Añádase que los ciento sesenta y ocho harapientos castellanos que llegaron con Pizarro a Cajamarca sólo disponían de dos culebrinas, dos o tres arcabuces y setenta y siete caballos. Con semejante artillería la carnicería no podía ser muy grande.

Díaz del Castillo aclara, no sin sarcasmo, la grotesca y falsa idea de las matanzas que, según los enemigos de España, habrían hecho los conquistadores en México: «Pues de aquellas grandes matanzas que dice que hacíamos, siendo nosotros obra de cuatrocientos soldados los que andábamos en la guerra, que harto teníamos de defendernos que no nos matasen». ¿Qué gran matanza habría podido hacer Cortés cuando en la decisiva batalla de Otumba sólo logró alinear siete escopeteros? Y, en general, ¿qué grandes matanzas podían hacer los españoles cuando sabemos que el número de los que llegaron al Nuevo Mundo y estaban en condiciones de pelear no llegaron a cinco mil entre 1500 y 1535, fecha en que se había hecho lo principal de la Conquista, y contaban con un armamento tan escaso como rudimentario?

Prueba irrefutable de la buena disposición que tiene la Corona para con los indios es, justamente, la atención que presta a fray Bartolomé de las Casas, a pesar de las exageraciones e informaciones torcidas que hay en sus escritos. Toribio de Motolinía, que es coetáneo suyo y que lo conocía muy bien, y que en sus escritos y actuación demuestra una gran altura moral e

intelectual, dice acerca de la manera de «investigar» de Las Casas: «No procuró de saber sino lo malo y no lo bueno». Ni siquiera aprendió la lengua de los indios, ni se aplicó a enseñarles. «Su oficio fue escribir procesos y pecados que por todas partes han hecho los Españoles», con la particularidad de que lo que escribe en esa dirección «no es todo cierto ni muy averiguado». Además, añade, si se comparan los delitos que sólo en la ciudad de Sevilla se han cometido y castigado en los últimos treinta años, se verá que son muchos más que cuantos «han acontecido en toda esta nueva España después que se conquistó, que son treinta y tres años». Una de las cosas que inspira especial compasión y pena a fray Toribio es ver cómo la ciudad de Chiapas «después que el de las Casas allí entró por Obispo quedó destruida en lo temporal y en lo espiritual». Con su superior conocimiento de la realidad americana y de la índole del obispo de Chiapas, Motolinía destaca certeramente algunos rasgos de la personalidad de Las Casas que invalidan la objetividad de sus juicios: su obsesión por registrar lo negativo de la acción española y dejar fuera lo positivo; su incapacidad para averiguar la realidad, lo que le lleva a menudo a dar por ciertas informaciones falsas; su desconocimiento de la realidad indígena, hasta el punto de no haberse tomado el trabajo de aprender las lenguas autóctonas, ni tampoco el de impartirles enseñanza. El argumento decisivo del franciscano leonés contra Las Casas es, sin embargo, otro: dejó la ciudad de Chiapas, de la que fue obispo, «destruida en lo temporal y en lo espiritual».

¿Y qué decir del régimen de esclavitud de los negros que los europeos llevan a América? Las primeras voces que se alzan contra tan lamentable fenómeno son precisamente españolas. Las Casas, que inicialmente la había propugnado para socorrer a los indios, confiesa más tarde su error. Dos siglos y medio después, en tiempos de Carlos III y Carlos IV, la legislación española en esa materia es, como anota Humboldt, la más humana de la

época. Mientras que los españoles sostienen de forma natural y desde siempre la idea de que negros e indios son tan seres humanos como los europeos, Montesquieu pone entre los argumentos que aduciría en el caso de ser llamado a defender la esclavitud uno tan típicamente racista como éste: que sean negros de los pies a la cabeza y que tengan la nariz aplastada. Cuando, por otro lado, en *Del espíritu de las leyes* dice que «los pueblos de Europa, tras haber exterminado a los de América, han debido convertir en esclavos a los de África», revela falta de conocimiento y ligereza de juicio, ya que lanza una acusación muy grave y genérica («los pueblos de Europa») sin haberse documentado lo más mínimo. Montesquieu conoce bien a los autores clásicos, pero tiene una total ignorancia sobre los textos, leyes y prácticas de España, a pesar de que le habría sido fácil remediarla. Si la hubiese remediado, no habría podido decir que España tuviera nada que ver con el supuesto exterminio de los pueblos de América, ni con la utilización masiva de los negros africanos como esclavos, tacha que, en cambio, sí es imputable a Francia.

Las siguientes cifras son esclarecedora sobre la diferencia de trato que se da a los esclavos negros en las colonias españolas y en las francesas. Mientras que la parte española de Santo Domingo llega a tener ciento diez mil hombres libres en una población total de ciento veinticinco mil, la francesa tiene, en 1754, catorce mil blancos, cuatro mil mulatos libres y ciento setenta y dos mil esclavos negros. O sea, mientras que, en la parte española de la isla, de diez hombres nueve son libres, en la francesa la proporción es la inversa: de diez hombres, nueve son esclavos negros. Obviamente, éstos tienden a escapar a la parte española, en la que hallan mejor trato, más facilidades para conseguir la emancipación y disposiciones más favorables a los matrimonios mixtos. Salvador de Madariaga no duda en decir que «el trato que los franceses daban a los negros era el más cruel conocido en

el Nuevo Mundo, eso a pesar de la tan cacareada Revolución Francesa». Claro que tampoco la Revolución Americana pensaba ni por asomo en dar la libertad y un trato mejor a los esclavos negros.

Tampoco los holandeses eran mucho más humanitarios con los esclavos negros. El capitán Alexander hace esta descripción de la vida de los negros en las Indias Occidentales holandesas: «Durante el verano de 1830 el Gobernador de Surinam pregonó una pragmática, análoga a otras ya promulgadas de cuando en cuando, mandando que ningún negro fumara, cantara o silbara en las calles de Paramaribo; que al acercarse un blanco a cinco varas todo negro se descubriera; que no se permitiera a ningún negro llevar ropa alguna por encima de la cintura».

¿Y los británicos? A finales del siglo dieciocho el viajero inglés J. B. Moreton en *Manners and Customs in the West-Indian Islands* dedica estas líneas a la vida de los negros en las colonias británicas: «En Gran Bretaña e Irlanda están más protegidas por la ley las bestias del campo que los esclavos en las Antillas Británicas». Y suministra estos detalles: «Se calcula que cada año se exportan de África unos cien mil esclavos; algunos de estos pobres desgraciados, al enfermar cerca de las costas de África, los echan vivos al mar para evitarse el seguro; y por ir almacenados en tan poco espacio, se calcula en diez y seis mil el número de los que mueren en la travesía; en el período de aclimatación mueren unos treinta mil». Moreton proporciona también información complementaria sobre el destino de estos negros: «Todos los días mueren algunas de estas pobres gentes, desesperadas ante su destino; y para evitar que circule la noticia, en perjuicio de la venta por dar al cargamento reputación de mala salud, se ocultan los muertos en la bodega hasta la noche, y en la oscuridad se arrojan a los tiburones, que se los tragan de un bocado: cuando hay muchos navíos negreros en el puerto, los peces comen bien».



El testimonio que, también a finales del Siglo de las Luces, da William Dickson, que fue secretario privado del gobernador de la isla de los Barbados, no es menos ilustrativo: «En este país [Barbados] se castiga a veces a los hombres con la crueldad de animales; pero lamento decir que no conozco caso alguno de amo perseguido por maltratar a su esclavo. Además, no hay leyes que alcancen los malos tratos sin fin y sin nombre que tienen que aguantar los negros de blancos maleantes, contra quien *su testimonio no se admite en modo alguno como válido*». Tal dureza de corazón no sólo la sufren los esclavos negros. Entre las víctimas figuran también ingleses, sobre todo los más débiles. Los mercaderes de Bristol se hacen de oro apresando a muchachos que mandan a las Indias a trabajar en condiciones que en la práctica no difieren de la esclavitud. El trato que infligen a los indios no es mucho mejor. Los hacendados de Carolina del Sur compran indios prisioneros de guerra para venderlos a buen precio como esclavos en las Antillas. Y si se rebelan se les castiga «clavándolos primero al suelo por medio de garfios en los cuatro miembros, y poniéndoles fuego gradualmente desde los pies y las manos, quemándoles poco a poco hasta la cabeza», según cuenta el doctor Sloane al relatar sus viajes a Jamaica en 1708. Comportamientos como éstos habrían indignado a los Reyes Católicos o a cualquiera de sus sucesores y habrían puesto en acción al Consejo de Indias para castigar a blancos tan inhumanos y criminales. Claro que casi dos siglos después de los viajes a Jamaica de Sloane, en la «civilizada» era victoriana las autoridades tratan a los niños encerrados en las cárceles con asombrosa crueldad, que describe un testigo de excepción, Oscar Wilde, en las dos cartas remitidas en 1897 y 1898 al *Daily Chronicle*.

¿Cómo pudieron los esclavos negros resistir tan inhumanas condiciones de vida? El Padre Labat, que viaja a las Antillas en el primer cuarto del siglo dieciocho, destaca su fortaleza y buena

constitución física. En ningún lugar de América ha visto negros jorobados, cojos, tuertos, bizcos o contrahechos de nacimiento. Y pondera la excelencia de su trato mutuo: «Se aman unos a otros mucho, y se ayudan en sus necesidades». También anota que aguantan los castigos más duros antes que traicionarse. Es costumbre entre ellos, añade, atribuir a los blancos todas las malas cualidades que hacen despreciable a una persona, y decir que lo que echa a perder a los negros es el roce con los blancos. No obstante, los negros, a poco que se les haga bien, aman infinitamente a sus dueños, y no les arredra peligro alguno cuando se trata de salvarles la vida, aun a trueque de perder la suya. Esta idiosincrasia puede explicar cómo pudieron soportar las infrahumanas condiciones de esclavitud a que se les sometía en las colonias inglesas, francesas y holandesas.

Las siguientes cifras, que Humboldt stampa en el *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, son sobradamente ilustrativas acerca de dos puntos fundamentales: el menor uso de esclavos negros que en comparación con los demás países occidentales hizo España en América y el alto grado de preservación de la población indígena que ese mismo país llevó a cabo en el Nuevo Mundo. Según el sabio prusiano, de los 6.443.000 negros (esclavos y libres) de toda América entre 1800 y 1820, la América española tenía solamente, el 4 por ciento de la población hispanoamericana; es decir, entre quinientos y quinientos cincuenta mil esclavos, mientras que en las Antillas francesas e inglesas la proporción era del 80 al 90 por ciento y en Estados Unidos del 16 por ciento. Los esclavos transportados a la América española representan solamente la decimoquinta parte del número total transportado durante tres siglos por los países europeos. Además, en las colonias españolas, los manumisos eran mucho más numerosos que en otras partes: el 18 por ciento en Cuba frente al 3 por ciento en Estados Unidos y al 10 por ciento en las Antillas inglesas. En Cuba la población libre, entre

blancos, negros y mulatos, representaba en 1820 el 64 por ciento de la población de la isla.

En cuanto a la población india, Humboldt estima que hay unos ocho millones de indios (el 50 por ciento de la población de Hispanoamérica), a los que cabe añadir unos cuatro millones de mestizos y mulatos, lo que significa que el 80 por ciento de la población de la América española la componían la raza indígena y la mestiza originada de la mezcla entre indígenas y españoles. Lo que, evidentemente, contradice rotundamente la leyenda de la destrucción sistemática de la sociedad india por los «feroces» españoles.

Si a estos datos añadimos que, en 1804, la Corona dedica la mayor parte de la renta obtenida de sus posesiones americanas a cubrir los gastos de la administración colonial, difícilmente se podrá sostener que América fuese, en realidad, una colonia o que, si lo era, se trataba de una colonia cuyo sostenimiento, como en otros tiempos las posesiones italianas, resultaba caro a la metrópoli.

¿Qué decir del Tribunal de la Inquisición del que suelen sacar tantos réditos los subscritores de la leyenda negra? Lo primero, que España no tiene mucha prisa en implantarlo en América, pues se establece casi un siglo después de iniciada la Conquista: en 1570, en Lima y en México, y más de un siglo después, en 1610, en Cartagena de Indias. Lo segundo, que en América actúa de una forma más permisiva que en la Península. Y lo tercero, que tanto en ésta como en aquélla es del agrado del pueblo, aunque no de nobles y letrados. En general, el rigor de sus sentencias no llega al nivel general de crueldad de los tribunales de la época, ni se ocupa de cuestiones de física, astronomía u otras ciencias, en contra de lo que a menudo se dice. El Santo Oficio se crea en España no contra los judíos, pues era imposible llevar ante un tribunal a alguien que previamente había sido

expulsado del país, sino como precaución ante los conversos judaizantes, aunque más tarde centrarse su atención en los primeros brotes de protestantismo que afloran en España. Estas cautelas de índole religiosa no deberían sorprendernos. Todos los estados, sin exceptuar los considerados más democráticos, son intolerantes en aquello que atenta contra sus creencias y valores esenciales. La unidad de fe era tabú en la España del siglo dieciséis, al igual que en los demás países europeos de la época. La única diferencia estaba en el contenido teológico que se adjudicaba a esa fe.

La Inquisición española apenas se ocupa de la brujería, que, en cambio, es perseguida en Gran Bretaña y Alemania con una crueldad y un fanatismo insuperables. Mientras que el Santo Oficio rara vez condena con la pena de muerte a los acusados de brujería o hechicería, la caza de brujas se convierte hasta tal punto en el deporte favorito de Alemania que el número de los condenados a la pena capital se eleva en ese país a decenas de miles. Pero no sólo las brujas son objeto de tortura, pues, como refiere Solórzano Pereira, se toman tanta licencia los nobles con los rústicos y plebeyos, «que no hay ministerio por servil y trabajoso que sea a que no se les compelan, castigándoles rigurosamente si no obedecen». Suecia sigue el camino de Alemania en su furia contra las brujas: en 1670 se condena en un solo juicio a ochenta y cinco personas, quince de las cuales eran niños, a morir en la hoguera. En Inglaterra (sin comprender Escocia) las autoridades del país calculan que el número de ejecuciones de brujas se eleva a setenta mil, aunque, según estimaciones más moderadas, las brujas ejecutadas entre 1542 y 1636 no habrían pasado de mil, cifra de todos modos exorbitante, comparada con las de la Inquisición en la España y las Indias de la época. Dado que la población de Inglaterra no llegaba entonces a un tercio de la de las Indias, el resultado es que, en menos de un siglo, fueron ahorcadas en Inglaterra de

treinta a cincuenta veces más personas de las que la Inquisición quemará en las Indias por herejía en los dos siglos de su historia.

Mientras la proporción de sentencias de muerte a procesados por el Santo Oficio en las Indias es del 1 por ciento, en las persecuciones por brujería en Inglaterra (cuyos tribunales son mucho menos severos que los de Escocia) se ahorca al 19 por ciento de los inculpados, y el porcentaje puede llegar a ser todavía mayor, como se ve en la campaña desatada por el buscador de brujas Hopkins, en la cual perecen diecinueve mujeres de las veintinueve procesadas. En las Indias, aun contando los que fallecieron como consecuencia del tormento físico o moral, la cifra no llega a cien en los tres siglos que dura el régimen español, y está muy lejos del extremo que se alcanza en las colonias británicas de Norteamérica, donde las autoridades ahorcan en 1692 a diecinueve en Salem (Nueva Inglaterra, hoy Estados Unidos). O del extremo al que se llega en los Estados Unidos del siglo veinte, donde durante su primera mitad han perecido tres mil ochocientas treinta y nueve personas linchadas sin tener, obviamente, la menor garantía de justicia.

Ni siquiera con el advenimiento del Siglo de las Luces mejoran mucho las cosas en Inglaterra. En un proceso que tiene lugar en Leicester en el año 1717 veinticinco testigos declaran ante el tribunal que las personas acusadas de brujería están incursoas en ese crimen por la filosófica razón de que, al arrojarlas al agua con los pulgares de las manos atados con los de los pies, nadaban como si fuesen corcho, aunque se hacía todo lo posible para que se fueran al fondo. Ésta era para esos testigos de la ilustrada Inglaterra de la época una prueba infalible del terrible crimen de brujería.

# REALIDAD Y FICCIÓN EN EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMÉRICA: EL PREDESCUBRIMIENTO, EL PARAÍSO RECUPERADO, EL BUEN SALVAJE, ELDORADO, QUETZALCÓATL

Cristóbal Colón tuvo el mérito de hacer realidad una idea extraordinaria que estaba en el ambiente. La de que navegando por el océano Atlántico en dirección oeste se podía llegar, dada la esfericidad de la Tierra, a las costas más orientales de Asia y encontrar, en el camino, un continente desconocido. La primera referencia que se conoce a ese continente la había dado Séneca en su tragedia *Medea*, la esposa de aquel Jasón que en la nave *Argos* arribó a los confines más orientales del mar Mediterráneo. Colón tradujo así los versos de Séneca: «Vendrán en los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar océano aflojará los atamientos de las cosas y se abrirá una gran tierra; y un nuevo marinero, como aquel que fue guía de Jasón descubrirá nuevo mundo. Ya entonces no será la isla de Thule la postrera de la Tierra».

No sólo los versos del filósofo y poeta hispanorromano tomaron cuerpo en Colón hasta hacer de él un nuevo Jasón. También se hizo un lugar en su mente la explicación que da el mallorquín Raimundo Lulio sobre el fenómeno de las mareas cuando lo atribuye a la acción conjunta de la Luna, el Sol y un

continente que, situado en los confines de Occidente, sirve de estribo a un arco de agua cuyo estribo opuesto se halla en las costas occidentales de Europa. Todavía más clara es la profecía que, también en el siglo trece, formula Dante en el Canto XXVI de «El Infierno», cuando describe el viaje de Ulises a un continente desconocido que sitúa mucho más allá de las Columnas de Hércules y de las Islas Afortunadas, y que, a juzgar por la derrota que sigue el héroe dantesco, sólo podía ser América.

Pero lo que decidió a Colón a dar el gran salto no habrían sido tanto esas eruditas referencias como una noticia más concreta. Según una tradición que se remonta al siglo dieciséis, esa noticia se la habría comunicado el piloto Alonso Sánchez de Huelva cuando Colón le alojó en su residencia de San Sebastián de La Gomera. José de Acosta dice que «dejó por paga del buen hospedaje a Cristóbal Colón la noticia de cosa tan grande», y añade que ese marinero arribó al Nuevo Mundo al verse arrastrada su embarcación por un temporal. La existencia de esa noticia o rumor explicaría que Colón encontrase seguidores tan fervorosos entre la gente marinera de las costas de Cádiz, Sevilla y Huelva, que tanto frecuentaban las aguas del Atlántico. Cabe suponer que la noticia del continente occidental había llegado también a sus oídos. Notable es el caso de la familia Niño, propietaria de la carabela *La Niña* y natural de Moguer. De ella puede decirse que es la primera familia del Viejo Mundo que pone sus plantas en el Nuevo el 12 de octubre de 1492. Pues Juan Niño lleva consigo a su hijo Alonso, a sus primos Bartolomé y Alonso Pérez Niño y a sus sobrinos Andrés, Cristóbal y Francisco Niño. ¿Cómo no pensar que la abundante participación de esta familia en la expedición descubridora era debida a noticias que, previamente, habrían llegado a su conocimiento sobre la existencia del misterioso continente occidental, sobre todo si se tiene en cuenta que, según la

tradición que hace referencia al viaje predescubridor de Sánchez de Huelva, en él figuraba un Francisco o Franco Niño?

Antonio de Ulloa, que fue contemporáneo de Carlos III y conocía a fondo la realidad física de América y su historia, refiere en *Noticias americanas* que varios autores del siglo dieciséis sostenían que Cristóbal Colón supo por primera vez de la existencia de tierras hacia el poniente del Atlántico gracias a la información que le proporcionó en la isla Madera un piloto que se hospedó en su casa. Ulloa explica que los vientos habían llevado a este piloto a las costas americanas. Esta noticia parece ser una variante de la del piloto Alonso Sánchez de Huelva. López de Gómara precisa que ese piloto falleció en la casa de Colón y que por esa circunstancia quedó en poder del futuro Almirante el relato de «todo aquel largo viaje, con la marca y altura de las tierras nuevamente vistas y halladas». Gómara estima que el descubrimiento de América debió de tener antecedentes de esa clase porque, si Colón hubiera sabido por razones científicas dónde estaban las Indias, no habría tenido necesidad de ir a España, sino que habría tratado el asunto de la expedición al continente occidental con los genoveses, «que corren todo el mundo por ganar algo».

En todo caso, Colón, cuando abandona Lisboa tras intentar en vano que el rey de Portugal patrocine su proyecto, se va directamente a Palos de la Frontera, donde, según refiere en su *Diario de a bordo*, «habló con Martín Alonso Pinzón, piloto muy diestro», que se puso a su disposición porque «había oído decir cómo navegando tras el sol por vía templada se hallarían grandes y ricas tierras, y con fray Juan Pérez de Marchena». Este franciscano de La Rábida, que era cosmógrafo y humanista, le aconseja que trate su negocio con los duques de Medina-Sidonia y de Medinaceli, pues podían serle de mucha ayuda. Siguiendo los pasos que Juan Pérez le señala, Colón logra introducirse en la corte de Castilla en el año de 1486 con la ayuda del confesor de



la reina Hernando de Talavera. Los soberanos escuchan atentamente al marino, pero le hacen saber que por el momento no pueden llevar a cabo el proyecto que les propone, pues todos sus pensamientos están concentrados en la guerra de Granada, último bastión de los musulmanes en la Península. No obstante, el funcionario de la Corte Luis de San Ángel presta a Colón seis millones de maravedís para la realización del viaje.

\* \* \*

Cuando el 12 de octubre de 1492 Colón arriba a una de las islas del Caribe y en días sucesivos visita otras islas de ese mar, no sabe adónde ha llegado, pero en su pensamiento toma cuerpo la idea de que está en un resto o prolongación del paraíso terrenal. Aquella vegetación lujuriante, aquellos paisajes llenos de encanto y, sobre todo, la cándida desnudez de los indígenas y el primitivo estado en que viven le confirman en esa creencia, que el descubridor ve refrendada porque «bien dijeron los sacros teólogos y los sabios filósofos que el Paraíso Terrenal está en el fin de Oriente». Además, está persuadido de que la isla de Cuba a la que acaba de llegar es Cipango, o sea, el Japón, la más oriental de las islas conocidas en la época.

Para testimoniar ante los Reyes Católicos su descubrimiento, Colón les presenta en 1493 diez nativos, cuarenta papagayos, muchos gallipavos, batatas, ajíes, maíz y otras cosas igualmente extrañas. Los monarcas se quedan maravillados al oír que los indios no tienen vestidos, ni letras, ni moneda, ni hierro, ni trigo, ni vino, ni animal alguno mayor que los perros, ni navíos grandes, sino canoas. No pudiendo sufrir que se coman unos a otros y todos sean idólatras, hacen voto solemne de que harán lo que esté en su mano para suprimir aquella inhumanidad y desarraigar la idolatría. Como un año antes, en enero de 1492, han entrado victoriosos en Granada, no tienen inconveniente en hacer grandes gastos para preparar una nueva expedición y el

sueldo para los cerca de mil quinientos hombres que irán en esa flota, con la que Cristóbal Colón sale de Cádiz el 25 de septiembre de 1493. Cuando llega a las Antillas, el Almirante ve, horrorizado, que los treinta y ocho españoles que había dejado unos meses antes en una fortificación han sido eliminados por los caribeños. Es la primera matanza de que se tiene noticia en la historia del Nuevo Mundo. Las víctimas son españoles. Bien pudo pensar Colón que en ese residuo del paraíso terrenal seguía activa la serpiente.

Pero no es Colón el único que ve la realidad del Nuevo Mundo con los lentes de la fantasía. Los más la veían con los de las novelas de caballería. Lo que no es de extrañar, pues Isabel la Católica leía la *Historia de Lanzarote*, su nieto Carlos I, *Belianís de Grecia*, y Hernando Colón tenía en su biblioteca muchas novelas de esa clase. ¿Cómo extrañarse entonces de que los españoles sitúen en los parajes del Nuevo Mundo las fantásticas ocurrencias que esmaltan esos relatos con sus gigantes, enanos, amazonas y caníbales, sus fuentes de la juventud y sus islas encantadas? Cuando llegan en 1519 a Tenochtitlán, capital del Imperio Azteca, la fantasía de los españoles se desborda. A la vista de «tantas ciudades y villas pobladas en el agua», dice Díaz del Castillo, «nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas y encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues [o sea, templos] y edificios que tenían dentro en el agua», y no faltaban los que creían estar soñando. La onírica visión que depara a Cortés y sus compañeros la gran Venecia-Tenochtitlán del Nuevo Mundo hace aflorar en su mente curiosas asociaciones historicistas. Al ver los ídolos de barro y sus variadas figuras, no faltan los que piensan que son del tiempo de los gentiles, mientras que otros dicen que son obra de los judíos que desterró Tito y Vespasiano de Jerusalén. ¡Hasta allí habría llegado el judío errante de la leyenda!

Pero tampoco debía de resultarles tan extraño ese mundo que

descubrían a su paso, pues a menudo les oímos decir que los lugares que recorren les recuerdan a tal o cual paisaje español, y la toponimia que van sembrando hace patente este sentimiento. Junto al lado fantástico y al familiar, el Nuevo Mundo tiene también un flanco científico, que el matemático Julio Rey Pastor puso de relieve al señalar que la observación de la declinación magnética realizada por Colón durante su primer viaje fue un hallazgo científico lo suficientemente importante como para considerar su viaje un éxito. Esta aportación científica, al igual que otras que harán los navegantes y exploradores españoles, estaba en la línea de las enseñanzas que se impartían en la Universidad de Salamanca que Colón visitara a finales del siglo quince.

Las impresiones iniciales de Colón sobre la idílica vida de los indios de Guanahani se propagan por Europa gracias a las cartas de Pedro Mártir y hacen que Luis Vives llegue a decir en una carta al obispo de Lincoln que los indios «reciben de la pura y recta naturaleza ideas verdaderas y sanas». Como Vives era amigo de Tomás Moro y su obra era bien conocida de Francis Bacon, las opiniones del humanista español pueden haber sido una de las vías por donde las ilusiones de Colón pasan a la *Utopía* del uno y a la *Nova Atlantis* del otro. Unos años después de Vives, Las Casas idealizará todavía más a los indios. Así nace y se desarrolla el mito del «buen salvaje», ese maravilloso retoño de un Adán y una Eva que no hubieran sido expulsados del Edén, y a favor de cuya existencia se podían aducir textos clásicos de Hesíodo, Platón y Ovidio sobre la Edad de Oro, que los humanistas conocían de memoria. *El Jardín de las delicias*, cuyo panel central representa, como mostré en mi libro *La variedad del mundo*, la vida de los hombres en el paraíso terrenal o en la Edad de Oro, pudo muy bien ser la forma como El Bosco actualizó la paradisíaca sociedad que Colón decía haber descubierto en las maravillosas islas del Nuevo Mundo. No

habían pasado quince años del descubrimiento y, sin embargo, América ya estaba presente y actuante en los ámbitos más variados de la cultura europea.

Los relatos sobre la arcádica vida de los indios acabarán tejiendo un ideal de sociedad perfecta que tendrá su máximo exponente en la filosofía optimista de Rousseau, después de haber pasado por Montaigne y Montesquieu, los cuales, antes de ensartar sus disertaciones sobre la idiosincrasia de los indios, deberían haberse preocupado por conocer un poco mejor la historia verdadera de América, sobre la cual ya había en España cantidad de documentos. Pero, cómo vamos a pedirles tal cosa si Voltaire, en pleno Siglo de las Luces, da a los indios peruanos de su tragedia *Alzire* unos nombres tan apropiados como *Zamore*, *Alzire*, *Montèze*, *Émire* o *Céphane*.

Que los conquistadores se encontraron en América con mansos amigos es cierto; pero más frecuentemente se dieron de bruces con fieros enemigos. Que lo diga si no Díaz del Castillo: «De los mil y trescientos soldados que entramos, en ocho días nos mataron y sacrificaron y comieron sobre ochocientos y sesenta y dos españoles». Además de fieros enemigos, los españoles encontraron a su paso en el Nuevo Mundo peligros de muy variadas especies: desde las trampas que se les tendía a su paso, el misterio de los lugares y una fauna y flora a menudo traicioneras, hasta la cantidad numérica del enemigo y las flechas y el veneno que ese enemigo empleaba como armas. A Díaz del Castillo, como a Cieza de León y a tantos otros, la realidad les ha convencido de que el Nuevo Mundo no es, ni mucho menos, una prolongación del paraíso terrenal y que la noción de «buen salvaje» no pasa de ser una entelequia, bastante cruel por otro lado, pues los «buenos salvajes» son los primeros en padecer esa condición supuestamente tan feliz. No obstante, a menudo el indio se liga al español para combatir a otras tribus, y basta con que la ocasión se lo aconseje para que los indios suministren a los

españoles intérpretes, les obsequien con mantas, cueros y pescado e incluso les ofrezcan a sus hijas, a las que los españoles se unen con agrado, aunque sólo sea porque son pocas las que de España pasan a las Indias, sobre todo en los primeros años de la Conquista; y de esas pocas la mayoría van como esposas de conquistadores. Encantados los indios con esas uniones, que la Corona fomenta desde los inicios de la Conquista y, formalmente, desde 1514, los principales conquistadores —Cortés, Alvarado, Pizarro, Martínez de Irala, Almagro— son padres de mestizos, algunos de los cuales se granjearán celebridad, como Martín Cortés, el Inca Garcilaso, Huaman Poma de Ayala, Fernando Alba Ixtilxóchitl y tantos otros. Y así surge en el Nuevo Mundo un proceso antropológico sin paralelo en la Historia de la Humanidad: el de una civilización mestiza que facilita el proceso de transculturación y la diseminación de una espiritualidad que Waldo Frank destaca en su *América Hispana* cuando dice que «el elemento creador de la conquista española es la presencia humilde, pero penetrante, del amor cristiano».

Hay amor, sin duda, pero también interés. Pues si los indios están interesados en mezclar su sangre con la de ese extraño hombre blanco al que atribuyen un carácter divino, este último, numéricamente tan escaso, también está interesado en esa clase de alianzas. A veces las normas que rigen la vida familiar otorgan a los españoles inesperadas ventajas, como en el caso de la conquista del Imperio Incaico por Pizarro, en razón de que el inca bastardo Atahualpa ha usurpado el trono y exterminado a la Familia Real —centenares de hombres, mujeres y niños—, destruyendo así el principio exclusivo y aristocrático en que reposaba el régimen. La política de alianzas familiares no puede ser más conveniente para la Corona, pues los indios, antaño fieles súbditos de los caciques indígenas, pasan a convertirse en súbditos no menos fieles del rey de España y de las Indias. El

mestizo Garcilaso de la Vega expresa así este aspecto de la idiosincrasia india: «El indio rendido y preso en la guerra, se tenía por más sujeto que un esclavo, entendiendo que aquel hombre era su dios y su ídolo, pues le había vencido, y que como tal le debía respetar, obedecer, servir y serle fiel hasta la muerte». La fidelidad de los indios será tan firme que la única forma de que llegue a prosperar la rebeldía entre ellos es que se la presente como si estuviera dirigida contra el mal gobierno y a favor del rey. Todavía en el siglo diecinueve los criollos independentistas ocultarán a los indios todo atisbo de deslealtad con el rey hasta que, lograda la victoria militar, aquéllos se ven constreñidos a transferir su lealtad a los nuevos señores. Por eso se ha dicho que la Conquista la hicieron los indios y la independencia los españoles. En esta aparente paradoja hay no poco de razón. Un rasgo de la conducta de los indios que también destacan los historiadores y que potencia su fidelidad es que se muestran inteligentes y activos, si están dirigidos, y, en cambio, apáticos y pasivos si les falta el caudillo.

¿Cómo fue posible que tal fidelidad a la Corona se mantuviera durante tres siglos, a pesar de los intentos que en sentido contrario hacían las potencias europeas rivales? Gracias, sobre todo, al Consejo de Indias, órgano que representa la política de la Corona en lo referente a los reinos de Ultramar y, por ello, responsable principal de la prosperidad y seguridad de que va a gozar la América durante el régimen español. Del Consejo de Indias dice con razón, a comienzos del siglo diecinueve, François Depons, corresponsal político del Gobierno de Francia: «Europa no presenta ejemplo alguno de otro tribunal cuyas decisiones hayan sido durante tres siglos tan sabias y luminosas como las que han procedido y todavía siguen procediendo de las deliberaciones de este Consejo. Durante la totalidad de este largo período la calumnia no ha osado tachar sus actos de ningún favoritismo, ignorancia o parcialidad».

A fin de controlar la calidad de la gobernación, los encargados de regir las Indias son sometidos, cuando termina su mandato, al juicio de residencia. Un magistrado especial investiga las actuaciones de los gobernantes, toma cuenta de los dineros que ha administrado y recibe las quejas de sus exgobernados. Esta saludable institución, que de la Castilla medieval pasa íntegra a las Indias, se aplica a todos los funcionarios del Estado: virreyes, oidores, corregidores y alcaldes mayores. Si en los estados democráticos del siglo veintiuno la actuación de ministros, jueces, magistrados y otros altos funcionarios se sometiese a juicios de residencia, ¡cuántos casos de corrupción y mal gobierno se evitarían! En realidad, muchas de las llamadas «ideas democráticas» que se suelen adscribir a la Revolución Francesa, o a los enciclopedistas, o a Rousseau, o incluso a la Revolución Norteamericana, se hallan ya expresadas en los clásicos españoles del siglo dieciséis, y, si de las ideas pasamos a la práctica, vemos que la Corona lleva a las Indias, al inicio de ese siglo, una institución municipal que un francés de principios del diecinueve cree describir exactamente comparándola con los municipios creados por la Revolución Francesa, dado que los corregidores eligen a los alcaldes sin intervención alguna de la Corona.

\* \* \*

¿Es verdad eso que tantas veces se dice, sobre todo en el mundo anglosajón, de que lo que mueve a los conquistadores es la fiebre del oro? Antes de contestar a esa pregunta hay que trasladarse a la época y, más concretamente, hacerse una idea de la crisis general monetaria que se agudiza a finales de la Edad Media al disminuir el surtido de metales nobles a causa del comercio con el Oriente. No es sólo que las mercancías provenientes de esas lejanas tierras se viesan muy encarecidas a causa de los numerosos intermediarios por los que tenían que pasar antes de llegar a Europa, el principal problema estaba en que habían de ser pagadas con moneda de oro y plata, pues el

Occidente no poseía productos de valor semejante que exportar al Oriente. A esa circunstancia se sumaba la expansión de las actividades estatales en el interior y en el exterior de los estados, lo que hacía que los soberanos europeos viesen crecer su necesidad de numerario y con ella la de hacer nuevas acuñaciones. Cristóbal Colón, en la anotación de su *Diario* del 23 de diciembre de 1492, da a entender que el proceso descubridor portugués tenía como uno de sus objetivos hallar tierras bien provistas de oro.

Desde el arribo de Colón al Nuevo Mundo, el tema del oro está presente de manera obsesiva en la correspondencia y diarios de viaje italianos, en particular de los mercaderes venecianos y genoveses, y de los corresponsales de los dogos. El embajador de Venecia Andrea Navagero, que en 1523 promete a Ramusio noticias inéditas y libros sobre las cosas de las Indias, al cabo de cuatro años de actividad diplomática en Castilla considera el Nuevo Mundo bajo una óptica casi exclusivamente económica, y unos pocos años después, Ferrante Trotti se muestra tan sensible al oro y, sobre todo, a lo mucho que abunda ese metal en el Nuevo Mundo, que escribe desde Milán al duque de Ferrara el 5 de julio de 1535 que los indios tenían tanto oro que empleaban ese metal en los enseres domésticos con la naturalidad con que en Europa se empleaba la loza. La relevancia que cobra ese factor en la Europa de entonces explica la aparición del mito de Eldorado, símbolo de la fiebre aurífera del hombre de todos los tiempos (al menos desde que hace dos mil setecientos años se hicieron las primeras acuñaciones de oro) y, de forma especial, del hombre que vive en Europa a finales de la Edad Media y comienzos de la Moderna. No se puede negar que los conquistadores tuviesen sed de oro. Seguramente, tenían tanta sed como los demás hombres de su tiempo, aunque probablemente menos que los del nuestro. Pero en su descargo se ha de decir que ninguno de ellos se contentó con acumular oro. De muchos conquistadores se sabe



que, colmados de riquezas, no vacilaron en abandonarlas para empeñarse en nuevas acciones de conquista que tal vez sólo les iban a deparar la muerte. El caso de Pizarro es ilustrativo a este respecto. En 1524 sale de Panamá con ciento doce hombres, pero fracasa en su empeño, no consigue botín y mueren varios soldados. En 1526 navega con dos buques por la costa ecuatorial, pero ha de regresar con las manos vacías dos años después. En 1532 emprende una nueva expedición y, después de terribles luchas, conquista el Perú, el 18 de enero de 1535 funda Lima y, no contento con eso, emprende la conquista de las tierras situadas al sur, que entrega a Diego de Almagro. Tan sobrehumanos esfuerzos demuestran que la sed del oro no es el único motor, ni siquiera el principal, de la Conquista. No obstante, fray Toribio de Motolinía, cuyo nombre quiere decir *pobreza* en la lengua de los indios, alerta sobre los peligros del oro en estas monitorias palabras: «Cuando los Españoles se embarcan para venir a esta tierra, a unos les dicen, a otros se les antoja, que van a la isla de Ofir, de donde el rey Salomón llevó el oro muy fino, y que allí se hacen ricos cuantos en ella van [...]. ¡Oh, locos y más que locos! ¡Y si quisiese Dios [...] que de cuantos han muerto por estas partes resucitase uno para que fuese a desengañar y testificar y dar voces por el mundo, para que no viniesen los hombres a tales lugares a buscar la muerte con sus manos!».

Mucho más que a los conquistadores la fiebre del oro afecta a aquellos cortesanos que el rey emperador Carlos I se trae de Flandes a los reinos de España, recién empezado el siglo dieciséis, y de los que dice Andrea Navagero: «Desollaron estos reinos y los dejaron en los huesos». En efecto, las Pragmáticas de 1551 y 1552 hacen que pase a Flandes lo más granado del negocio bancario castellano. Eso era lo que quería Carlos I, pues en Castilla se lo tasaban las Cortes, mientras que en Flandes se lo prestaban los banqueros a manos llenas, aunque a altos intereses.

Así, si hemos de buscar un modelo de la fiebre del oro no lo vayamos a buscar en Cortés o en Pizarro, sino en aquel favorito flamenco de Carlos I, llamado Chièvres, cuyo primer cuidado al llegar a España en el séquito del rey emperador fue hacerse rico a costa del Tesoro español al tiempo que iba minando la moral de los procuradores castellanos con mercedes discretas y regalos en dinero, ante la escandalizada indignación de las ciudades, sobre todo al ver los efectos que tenían los sobornos de ese oscuro personaje en las Cortes de La Coruña de 1520.

Otros individuos a los que afecta de forma especialmente virulenta la fiebre del oro son los piratas ingleses, que no pierden ocasión de saquear las posesiones españolas y sus galeones. Esa fiebre se veía en Inglaterra como algo normal, si hemos de creer al sobrino del pirata Francis Drake, el cual, al publicar las hazañas de su tío, no duda en titularlas: *Sir Francis Drake Redivivo: Llamamientos a esta Edad Afeminada y Bota Para que Siga sus Nobles Empresas en Busca de Oro y Plata*. El propio Walter Raleigh, para citar a otro ilustre pirata inglés, no duda en practicar el soborno aprovechando su amistad con la reina y está obsesionado por descubrir el fantástico país de Eldorado. «El príncipe que lo posea», dice, «será señor de más oro, y de un imperio más hermoso, y de más ciudades y gentes, que el rey de España o el Gran Turco». Otros piratas ingleses hacen algo mucho peor que desvivirse por el oro. La *Historia de los Incas* escrita por el jesuita mestizo Padre Valera se pierde para siempre, cuando todavía estaba en manuscrito, a causa del saqueo a que los ingleses someten a Cádiz en 1596. Claro que estos ingleses tenían a quién imitar. Diez años antes, en 1586, Drake toma Cartagena, que figuraba entre las más nobles y hermosas ciudades de Indias, pero que no contaba con las defensas que su importancia requería. Como los mil doscientos hombres con que la toma no bastan para conservarla, Drake decide ir destruyendo uno a uno sus más nobles edificios hasta obtener el rescate de

110.000 ducados que exige para marcharse. Tal conducta no era excepcional entre los piratas ingleses.

La piratería inglesa prosigue pujante en la segunda mitad del siglo diecisiete y cobra nuevo impulso en el dieciocho, sólo que ahora se reviste con el atuendo del contrabando. El Tratado de Madrid (1670), por el cual España e Inglaterra establecen el compromiso de no agresión entre las flotas de ambos países, hace que ambas potencias permitan la libertad de movimiento de los buques de la parte contraria, y que España reconozca las posesiones inglesas en las Indias Occidentales sin especificar cuáles eran éstas exactamente. Esta ambigüedad, lejos de dar paso a una paz duradera, va a servir para estimular las pretensiones inglesas y para que los contrabandistas británicos se sientan envalentonados. Charleston —segunda colonia permanente inglesa— no tarda en convertirse en el centro de los enemigos de España, a pesar de haber sido fundada dos años después del Tratado de Madrid, y en la punta de lanza del avance colonial inglés hacia el sur. El cambio de dinastía no altera esta situación, que se ve refrendada por el Tratado de Utrecht y el Derecho de Asiento.

Cuando se acusa a la política española con América de proteccionismo y así se pretende justificar la acción de los contrabandistas británicos, se pasa por alto que el proteccionismo no es un principio permanente de política de la Corona en relación con las Indias y, sobre todo, que, en lo tocante a proteccionismo, Inglaterra se lleva la palma: en 1660 Inglaterra excluye a Escocia en el comercio colonial y, posteriormente, el Parlamento inglés prohíbe a las colonias americanas la manufactura de artículos que puedan hacer la competencia a los fabricados en la metrópoli. Esa prohibición, que ya abarcaba muchos productos, se extiende en 1722 a la fundición de cobre, y en 1732 incluso a la fabricación de sombreros.

Pero a Inglaterra no le basta con el proteccionismo comercial. Siempre que puede, aspira al monopolio. En todos los tratados que firma al comienzo del siglo dieciocho a raíz de la guerra de Sucesión —empezando por el de Utrecht— va en esa dirección. En virtud de ese último obtiene el monopolio del comercio negrero con las Indias españolas, lo que servirá a los ingleses para instalarse en diferentes lugares de los territorios españoles de América. Como la política de los primeros Borbones pone cada vez más trabas a la actividad de los contrabandistas británicos, éstos, que han llegado a considerar los beneficios obtenidos ilegalmente como si de un derecho se tratase, se indignan, al ver que no recobran la prosperidad de antaño, contra la intervención de las autoridades españolas para reprimir un comercio que, aunque tolerado, ha sido siempre ilícito. Al tiempo que crece rápidamente el disgusto de los contrabandistas y sus partidarios, se desata en Londres una campaña en la que se acusa a los guardacostas españoles de toda suerte de atrocidades, con la consecuencia de que el populacho reclame la guerra a España, a pesar de que el primer ministro Walpole y su embajador en Madrid, Keene, hacen lo posible por oponerse a tan insensata presión. «Al revisar la conducta de Inglaterra», escribe a este respecto William Coxe en sus *Memoirs of Sir Robert Walpole*, «no vacilaremos en confesar que fue inconsistente, altanera y violenta». Y añade: «La nación británica escuchaba sólo un lado de la cuestión, daba crédito implícito a todos los relatos exagerados de las crueldades cometidas por los españoles sin datos adecuados, y sin prestar atención a que los mercaderes británicos violaban tratados explícitos». En el momento oportuno sale a escena un tal Jenkins alegando que un guardacostas español le ha arrancado una oreja diciéndole que se la fuera a enseñar a su rey. Esta «ridícula historia», según la califica Coxe, da a la guerra el nombre con el que se la conoce en Inglaterra: «la guerra de la oreja de Jenkins». El Gobierno

español publica entonces un manifiesto que, según el mismo Coxe, «justificaba plenamente la conducta de España y probaba a la Europa imparcial que, aun cuando al negarse a pagar 95.000 libras parecía ser la agresora España, los verdaderos agresores eran los ingleses», que eran los que «había violado el espíritu del tratado». ¿Cómo explicar entonces la guerra? «Considerábanse entonces las posesiones de España en las Indias Occidentales presa fácil para los aventureros británicos; los mercaderes [ingleses] daban por anticipado el monopolio del comercio con la América del Sur y la posesión de las minas del Perú y del Potosí».

Esta efervescencia belicista, al combinarse con el mito del victimismo, no hace sino fomentar la actitud que tradicionalmente ha mantenido una Inglaterra que iba en pos del Imperio respecto a una España que lo tenía desde hacía casi tres siglos: la de actuar de forma agresiva y rapaz en los mares españoles del Nuevo Mundo. Esto es lo que nos viene a decir el almirante inglés Edward Vernon, que tanto sabía del comportamiento de sus compatriotas, cuando escribe el 21 de junio de 1741: «Siempre temo la conducta nuestra inglesa, y el comportamiento de nuestros soldados cuando llegan a un país abundante, que viéndose con poca o ninguna disciplina, se dispondrían a robar a los indios y a abusar de ellos en cuanto vinieran a su bando, y hasta quizá a abusar de sus mujeres».

Con razón dice en 1761 el irlandés Ricardo Wall, que ocupaba la Secretaría de Estado al comienzo del reinado de Carlos III, al embajador británico: «Ustedes no hacen más que oponerse a la potencia española; insultan nuestras costas; violan nuestra neutralidad; han invadido nuestro dominio en América so pretexto de cortar leña, formando nuevas factorías en la bahía de Honduras. Han privado a los súbditos del Rey de España del derecho que siempre tuvieron de pescar en los bancos de Terranova. Yo he dado a mi real amo esperanzas de que se

prometerá enmienda de todos estos agravios; y ahora tengo orden de exigir cómo, cuándo y dónde se hará la reparación esperada». Y a la rapiña seguirán entregándose las tropas inglesas cuando, al mando de Wellington, intervengan medio siglo después en la guerra de la Independencia para expulsar de la Península a los ejércitos de Napoleón.

Pero si todavía alguien insiste en la idea de que la fiebre del oro afectaba de forma especial a los españoles de la época, ¿cómo explicar que, mientras que en el siglo quince Castilla era un reino próspero, cuyas ciudades albergaban centenares de industrias de lana, seda, cuero y de otras muchas clases, y la feria de Medina del Campo era un acontecimiento europeo en el que se hacían tratos considerables de compraventa que gradualmente pasaron a ser operaciones de intercambio de papel comercial, la economía castellana fuera declinando desde el advenimiento de la Casa de Austria en beneficio de la hispanoamericana y, sobre todo, de la de los reinos europeos de esa Casa? Es bien sabido: el oro y la plata procedentes de América acababan en los palacios de los banqueros de Génova, Flandes y Alemania. Y acababan arruinando a Córdoba, Segovia, Toledo y otros grandes centros de la industria castellana. Siglo y medio después del Descubrimiento, las Cortes pintan ante el rey, en 1662, un cuadro tenebroso sobre la pérdida de la opulencia de que gozaba el reino de Castilla y la larga depresión económica que sufre a causa de las Indias. Las Cortes dicen al rey que Castilla «se ha reducido a estado tan miserable, sin gente, despoblado lo más y mejor del Reino. Manifiéstase en Sevilla, que desde el año mil seiscientos y treinta le faltan las tres cuartas partes de sus vecinos».

La designación normal y continuada de *esos reinos* al referirse a las Indias indica que desde la España peninsular se les veía y trataba en pie de igualdad con los reinos de la Península, y que la forma española de organizar políticamente las Indias no era ni

podía ser *colonial*. En ninguna parte de los documentos oficiales o no oficiales aparece la idea de que las Indias son para España, a diferencia de lo que ocurre en Inglaterra, Holanda y Francia en relación con sus colonias. Las Indias son, simplemente, para las Indias. En cambio, no puede decirse que la Corona se cuidase tanto de que la riqueza de la España peninsular fuese para la España peninsular. En el terreno fiscal, que es tan ilustrativo de las relaciones de poder dentro de los estados, la conquistadora Península acaba haciendo el papel del pueblo sometido, según lo ponen de relieve Alejandro de Humboldt y el profesor Hamilton cuando señalan que las cargas que soportan los habitantes de las colonias son inferiores en un tercio a las impuestas al pueblo de la Península, y según lo revelan estas cifras de los tiempos de Carlos IV: el nivel de renta de los habitantes de México es superior en un 30 por ciento al que tienen los de la Península, y superior al de los países más avanzados de Europa, ya que en 1800 la renta de la España peninsular llegaba al 94 por ciento de la británica y francesa combinadas. Muchos súbditos americanos del rey de España —en su mayoría blancos, pero también indios— habían creado grandes fortunas, y, como observa Humboldt hacia 1800, bastantes indios conservaban considerables riquezas en su poder.

Sirvan las siguientes cifras, aportadas también por Humboldt, para ver el nivel que han alcanzado los indios más humildes en los últimos años del reinado de Carlos III y los primeros del de Carlos IV. Mientras en Sajonia el minero cobra 4 francos o 4 y medio por semana de cinco días, el minero mexicano cobra de 25 a 30, y un carpintero de Nueva Andalucía cobra de 5 a 6 francos al día, es decir, más que un minero sajón en una semana. «El minero mexicano», concluye Humboldt, «es el mejor pagado de todos los mineros». Después de afirmar que el nivel de vida de los campesinos indios es superior al de muchos campesinos europeos, el geógrafo prusiano da estos datos: la ciudad de

México consume 189 libras de carne por cabeza y día, mientras que París sólo consume 163, y eso que en México hay treinta y tres mil indios poco dados a comer carne. En cuanto al consumo de pan, los niveles son los de cualquier ciudad europea. Y no hay que pasar por alto que ese nivel de prosperidad se ha conseguido en las condiciones más adversas, dada la infatigable hostilidad de Inglaterra, Francia y Holanda, naciones que, por otro lado, en 1654, cuando ya han transcurrido cinco cuartos de siglo de continuas agresiones, no han ocupado más que algunas islas sin importancia —ninguna de ellas a consecuencia de una victoria naval o militar— y no han conseguido instalarse en Tierra Firme a pesar de los esfuerzos que han hecho para lograrlo.

Si ahora pasamos a comparar los jornales que se cobraban en los tiempos «coloniales» con los que se cobrarán en los tiempos «independientes», las cifras que aporta, a comienzos del siglo veinte, el autor mexicano T. Esquivel Obregón en su libro *Influencia de España y los Estados Unidos sobre México*, son aún más ilustrativas: «El jornalero de la época virreinal, con el producto de 250 días de trabajo podía comprar 37'71 hectólitros de maíz; en 1892, podía comprar 42'50 hectólitros, y en 1908 solamente 23'51 hectólitros. En 1792 podía comprar 23 medidas de 100 kilogramos de harinas; en 1891, sólo podía comprar 9'71 medidas, y en 1908, ya nada más que 5'25. Nuestro jornalero de la época colonial podía comprar tanto trigo como el francés de hoy, pero nuestro jornalero de 1908 apenas podía comprar algo más que el francés de los luctuosos tiempos de Carlos IX; hemos desandado así el camino del progreso». La conclusión parece clara: en términos económicos la independencia fue un mal negocio para los mexicanos en conjunto, pues de disfrutar el más alto nivel económico —superior al de los Estados Unidos, la Francia o la Inglaterra de la época— descendieron a uno mucho más bajo. La escocesa Frances Eskine Inglis, esposa del marqués de Calderón de la Barca, primer representante español en los



Estados Unidos Mexicanos durante los años 1840-1842, deja entrever en su diario-epistolario el deterioro que ensombrece al país apenas veinte años después de la independencia, y muestra también, como telón de fondo, los restos del esplendor virreinal que conservan las familias criollas de estatus más elevado, o sea, las que más hicieron por conseguir la independencia, y que, a sus ojos, se manifiesta sobre todo en las alhajas, joyas y vestuario que ostentan las damas mexicanas.

Además de tener el privilegio de que la moneda española fuese durante tres siglos la base de cambio internacional, los súbditos del rey de España contaban también con el servicio de correos mejor del mundo. «Desde el ministerio del Conde de Floridablanca», dice Humboldt, «el servicio de correos de tierra está tan bien organizado, que con sólo estos correos, puede corresponder con bastante regularidad un habitante del Paraguay o de la provincia de Jaén de Bracamoros (a orillas del Amazonas) con un habitante de Nuevo México o de las costas de Nueva California, o sea a través de una distancia igual a la que va de París a Siam o de Viena al Cabo de Buena Esperanza. [...] Me complazco en mencionar estas instituciones que pueden considerarse como una de las obras mejores de la civilización moderna».

Incluso en los años más grises y decadentes del Imperio español los observadores hacen afirmaciones muy lisonjeras sobre su funcionamiento. Refiriéndose al tren de vida de los mexicanos de la primera mitad del siglo diecisiete, el inglés Thomas Gage observa que las calles de Europa no pueden compararse con las de México «en anchura y en limpieza, pero especialmente en la riqueza de las tiendas que las adornan». Y esto lo dice Gage después de haber apostatado del catolicismo. No sólo reina una progresiva prosperidad en las Indias; también se vive con una sensación de seguridad que brilla por su ausencia en Europa, donde hay una continua sucesión de guerras, a menudo

internacionales. Gage aporta, indirectamente, una prueba de esa seguridad cuando, al describir un motín acaecido en México, comenta: «Y mirad que en esta escaramuza tan empeñada no se tiró ni una pieza de cañón, pues el virrey no tenía ninguna para la defensa de su palacio y persona, ni tampoco la tenía ni tiene aquella gran ciudad para su seguridad y fuerza, pues los españoles viven sin temor alguno de los indios».

Con esos hechos a la vista, se entiende que Humboldt, que a fuer de geógrafo y hombre ilustrado conocía a fondo lo mejor de Europa y había recorrido buena parte de la América española, escriba desde Caracas en 1800 que cada día le gustan más las Indias españolas y admira en los habitantes de estos lejanos países «esa lealtad y esa probidad que, en todos los tiempos, han distinguido a la nación española». Al hablar de las aldeas hispanoamericanas —concretamente las misiones franciscanas del Orinoco, que suelen constar de mil ochocientos a dos mil habitantes—, no duda en decir que son más grandes y hermosas que las de las partes más cultivadas de Europa.

\* \* \*

Al éxito de la conquista contribuyó la aureola misteriosa, sobrenatural, que nimbó a los hombres de tez blanca y atuendo de hierro que, para asombro de los indígenas, llegaban del océano. Moctezuma y los hombres de su corte les atribuyeron, al menos inicialmente, una condición divina. La leyenda de Quetzalcóatl ayudó a que los aztecas identificasen a Cortés con ese dios de tez clara y barbado, y a los españoles, con las deidades que le acompañaron en su viaje al Oriente. Dios del aire y de los vientos, Quetzalcóatl había dado la vida a los hombres y les había enseñado las artes. Dioses enemigos le obligaron a huir por el mar hacia el este, pero dejó en el aire la promesa de volver un día a reinar. En los textos de Chilam Balam, que recogen las palabras proféticas de los sacerdotes mayas, la llegada de los españoles es

vista como la «aparición de los hijos del Sol, los hombres de color claro». Díaz del Castillo comenta que «debe de ser cierto que somos los que sus antepasados muchos tiempos antes habían dicho, que vendrían hombres de hacia donde sale el Sol a señorear estas tierras», y se refiere en varias ocasiones a ciertas profecías y señales milagrosas, que tal vez han de ser interpretadas como reelaboraciones hechas por los indios a fin de justificar su derrota, pero que, en cualquier caso, contribuyeron a dar a los españoles un tinte sobrenatural. Concretamente, habla de una señal con forma de rueda de carreta y un color entre verde y colorado, que los mexicanos dijeron haber visto poco antes de la llegada de los españoles junto con otra señal que era como un camino que iba hacia donde sale el Sol. El cronista castellano hace constar que los españoles nunca vieron esas señales y que sólo sabían de ellas por lo que contaban los mexicanos. Lo que sí dice haber visto en el cielo, y con él muchos en 1527, es una señal con forma de espada larga que permaneció sin cambiar de sitio durante más de veinte días. Y también habla de otras señales, como un «aguacero de terrones» que se volvían sapos al llegar al suelo. ¿Cómo interpretaron los mexicanos esos fenómenos? Según sus escrituras sagradas, gente procedente de los lejanos confines donde sale el Sol habían de venir a sojuzgar sus tierras y a hacer de ellos sus vasallos. Así de sus escrituras sagradas cabía deducir que el rey de Castilla era el señor natural de los indios y éstos, en consecuencia, debían obedecerle y tenerle como su señor.

Motolinía cuenta que a Moctezuma le habían pronosticado ciertos agoreros que su imperio no había de durar muchos años y que en su tiempo «vendrían gentes extrañas a señorear esta tierra». Moctezuma creía que el que le arrebataría el cetro sería el dios Quetzalcóatl. Cuando sus súbditos vieron aparecer los navíos de Hernán Cortés (*Lámina XLIII*), se persuadieron de que era ese dios, y al reparar en las velas blancas y altas de los barcos,

pensaron que eran los santuarios que traía Quetzalcóatl, y cuando, al fin, vieron desembarcar a varias personas, decían que con esta deidad llegaban los dioses que le acompañaron en su viaje rumbo al este.

En el Perú circularon historias parecidas, con el dios Viracocha haciendo el papel de Quetzalcóatl. Las profecías peruanas también hacen referencia a gente venida del este que dará nuevas leyes al país. Por ello, cuando ven desembarcar a Pizarro, los sacerdotes incaicos consideran que esas profecías se están llevando a cumplimiento. El terror que en México se había apoderado de Moctezuma se repite ahora en el Perú con Atahualpa, lo que pone en conmoción las bases de su imperio. Pero aunque Viracocha presenta analogías con Quetzalcóatl, no sirve a la conquista de Pizarro tanto como el dios azteca a la de Cortés. Diego de Landa observa un fenómeno semejante en el Yucatán, región en la que los mayas habían desarrollado siglos antes una cultura que es considerada la más elevada del Nuevo Mundo. Sus adivinos habrían llegado más lejos que los de los otros pueblos indios, pues hasta profetizaron el monoteísmo y el misterio del árbol de la cruz que traerían los nuevos señores venidos del Oriente.

Estos factores de naturaleza mítica no nos deben hacer olvidar, sin embargo, otros más tangibles que contribuyen grandemente a la Conquista, como, por ejemplo, los caballos, perros, arcabuces y falconetes. Tan grande es la importancia del caballo que Díaz del Castillo llega a dar el nombre de los dieciséis caballos y yeguas que participan en la conquista de México, y el Inca Garcilaso no duda en decir que su «tierra se ganó a la ginetá». Otra importante arma de los españoles son los alimentos, o sea, la revolución alimentaria que llevan consigo. Pues si del Nuevo Mundo traen los españoles al Viejo el maíz, la patata, el tomate, el cacao, el tabaco, la batata y la quina, del Viejo llevan al Nuevo especies todavía más útiles, cuya carencia

hacía que las poblaciones indígenas sufriesen una malnutrición endémica: el trigo, la cebada, el arroz, el centeno, las viñas, los naranjos, los manzanos, los almendros, los olivos, los perales, los ciruelos, los albaricoqueros, los plátanos, los granados, las higueras, los melones, los dátiles, la caña de azúcar, los espárragos, el azafrán, las limas, las cidras y varias legumbres y hortalizas. A estas especies vegetales hay que añadir las animales: la cabra, la oveja, el cerdo, el gato, la gallina y la paloma, además del caballo y el perro ya mencionados. (Del perro había una especie de escasa talla en las Antillas.) Esas aportaciones supusieron un cambio tan grande en la vida de los indígenas que, según algunos autores, se alejaron del consumo habitual de coca al ver que les era de más provecho consumir pan, vino y carne. A las listas anteriores hay que añadir todavía artículos tan importantes como la seda, herramientas y oficios mecánicos variados, la moneda y otros muchos productos que eran de uso corriente en Europa.

# LOS PRECURSORES RENACENTISTAS DE LA ETNOLOGÍA Y LA ANTROPOLOGÍA CULTURAL

PRIMERA PARTE: DÍAZ DEL CASTILLO, LÓPEZ DE GÓMARA, MOTOLINÍA, DE LANDA,  
EL INCA GARCILASO

Antes de detenernos en las dos obras más relevantes para el conocimiento de las culturas amerindias —la *Historia de las cosas de Nueva España*, de Bernardino de Sahagún (1499-1590), y la *Historia natural y moral de las Indias*, de José de Acosta (1539-1600)—, vamos a espigar en las de otros autores anteriores o contemporáneos suyos que también son acreedores al título de precursores de la etnología y la antropología cultural y evidencian hasta qué punto *Conquista* y *cultura* fueron de la mano. «Muchas veces», dice Cieza de León, «cuando los otros soldados descansaban, cansaba yo escribiendo. Más ni esto, ni las asperezas de tierras, montañas y ríos ya dichos, intolerables hambres y necesidades, nunca bastaban para estorbar mis dos oficios de escribir y seguir a mi bandera y capitán, sin hacer falta». El caso de Cieza no es excepcional. Las ordenanzas sobre descubrimientos y conquistas preceptuaban que las mesnadas llevasen consigo un veedor que hiciese la «descripción de la tierra» y dejasen constancia de las costumbres de sus pobladores. A esa tarea investigadora se dedicaron no pocos conquistadores, aunque sólo fuese porque entre ellos no faltaban los licenciados por las universidades de Salamanca y Alcalá. De una importante

batalla que tuvo lugar en el Perú Gómara pudo decir que «nunca batalla se dio en que tantos capitanes fuesen letrados». En efecto, eran cinco, empezando por el caudillo principal, Pedro Gasca.

Junto a autores que ya han aparecido en páginas anteriores, como Toribio de Motolinía, Bernal Díaz del Castillo y López de Gómara, en las que a continuación vienen comparecerán, entre otros, el franciscano Diego de Landa, autor de la *Relación de las cosas de Yucatán*, fuente principal para conocer la cultura maya, y el Inca Garcilaso de la Vega, que, con sus *Comentarios reales*, proporciona muchas claves para entender la sociedad incaica, a la que él pertenecía, y la cultura autóctona del Perú, que vivió desde su infancia. De la labor investigadora de los españoles que se trasladaron a América en el siglo dieciséis ha dicho Lummis que no tiene rival en la historia de la curiosidad humana y que todavía hoy constituye la cantera más rica de materiales para el estudio de las culturas amerindias.

Los autores que desempeñan alguna función eclesiástica o que pertenecen a alguna orden religiosa se fijan especialmente en las creencias, ritos y danzas de las religiones indígenas, sin pasar por alto sus escrituras sagradas y su calendario, extraordinariamente preciso en el caso del utilizado por mayas y aztecas. El franciscano Motolinía observa que entre los aztecas había cinco libros que ostentaban «figuras y caracteres». El primero trataba de los años y tiempos; el segundo, de los días y fiestas que se celebraban a lo largo del año; el tercero, de los sueños y agüeros en los que tenían puesta su fe; el cuarto, «del bautismo y nombres que daban a los niños», y el quinto, de los ritos, ceremonias y agüeros que observaban en los matrimonios. De estos cinco cuerpos doctrinales, Motolinía reconoce el especial valor del que trata del calendario, «que aunque bárbaros y sin letras, mucha orden tenían en contar los tiempos, días, semanas, meses, y años, y fiestas».

Cuando más adelante estudiemos la Piedra del Sol descubierta a los pocos meses del fallecimiento de Carlos III, veremos que no le faltaba razón a Motolinía al mostrarse tan admirativo sobre el calendario azteca, del que anota algunas de sus características principales, como que se compone de dieciocho meses, que cada mes consta de veinte días y que, acabados éstos, se añaden otros cinco complementarios, lo que arroja un total de trescientos sesenta y cinco días. En este contexto, hace referencia a una ceremonia que tenía lugar en México y sus dominios, que recuerda a otras análogas que se celebraban en Roma y en las antiguas ciudades griegas. La fiesta se celebraba a la caída de la tarde del último día del año y consistía en apagar con agua todos los fuegos, tanto en los templos como en las casas particulares. Hasta aquí la liturgia amerindia es como la romana, pero en lo que ahora viene se aparta totalmente del paradigma clásico, pues al comenzar el día del año nuevo los indios «hacían gran fiesta, y sacrificaban cuatrocientos hombres en solo México». A ningún romano o griego se le habría ocurrido semejante orgía de sangre, aunque los romanos las tenían también en los espectáculos del circo y en las crucifixiones. Motolinía precisa que los indios practicaban esas orgías de sangre a la fuerza y con gran sentimiento y dolor.

También Diego de Landa siente la mayor admiración por el calendario utilizado por los indios del Yucatán: «Tienen su año perfecto como el nuestro, de 365 días y seis horas». Según Landa, dividen el año en dos clases de meses: en la primera los meses tienen treinta días; en la segunda, veinte, de forma que el año entero constaba de dieciocho meses. A los trescientos sesenta días resultantes añadían cinco días y seis horas, con las que «se hacía cada cuatro años un día, y así tenía de cuatro en cuatro años el año 366 días». Para designar a los trescientos sesenta días tenían veinte letras o caracteres, «dejando de poner nombre a los otros cinco, porque los tenían por aciagos y malos». A continuación da



las letras con los nombres correspondientes de los meses, enumera las funciones de tipo religioso, civil y económico del calendario y subraya los paralelismos que tiene con el cristiano.

Según Landa, además de los saberes relativos al calendario, fiestas, rituales, adivinación y remedios para los males, los indios del Yucatán poseían el de leer y escribir con sus letras y caracteres mediante figuras. Sobre sus libros el obispo de Mérida del Yucatán dice que consistían «en una hoja larga doblada con pliegues que se venía a cerrar toda entre dos tablas que hacían muy galanas, y que escribían de una parte y de otra a columnas, según eran los pliegues». El papel del que se servían estaba hecho con las raíces de un árbol y «le daban un lustre blanco en que se podía escribir bien». Motolinía corrobora la información de que los indios descendientes de los mayas ponen «por memorias, caracteres y figuras» sus historias, en especial las referentes a la sucesión y generación de los linajes principales, así como de las cosas notables que en su tiempo acontecieron. También nos hace saber que, además de su escritura figurativa, contaban con «personas de buena memoria que retenían y sabían contar y relatar todo lo que se les preguntaba».

Los incas, como informa el Inca Garcilaso de la Vega, utilizaban una forma muy diferente de escritura, si es que puede llamarse así. Se refiere a los atadijos de cordones llamados quipus que, a caballo entre la mnemotecnia y la escritura, utilizaban los funcionarios como sistema de notación. Los nudos que hacían en los cordoncillos representaban, por ejemplo, los delitos que se habían castigado y «ciertos hilillos de diferentes colores, que iban asidos a los cordones más gruesos, decían la pena que se había dado y la ley que se había ejecutado». Los cordones de que se compone el quipu, con sus cordoncillos subordinados y los colores y formas de los mismos, sirven, pues, para articular un sistema de ordenación mediante la cual se puede memorizar los contenidos más variados. Entre esos contenidos figuraban los de

índole historiográfica, que los llamados quipucamayus aprendían de memoria y enseñaban a sus hijos.

Motolinía refiere que las escrituras sagradas de los mexicanos trataban de los sueños y de lo que significaban, «todo puesto por figuras y caracteres», y que había maestros que los interpretaban. Los mexicanos también tenían libros especializados en diferentes formas de adivinación. Por ejemplo, para averiguar dónde estaba algo que se había perdido, «hacían ciertas hechicerías con unos granos de maíz, y miraban en un lebrillo o vasija de agua, y allí decían que veían al que lo tenía, y la casa adonde estaba». También describe Motolinía ritos que nos trasladan a los orígenes de la cultura, concretamente a las formas primitivas de transmisión del saber, consistentes en bailes o areitos, de los que Fernández de Oviedo ya había tratado ampliamente en 1526. Con esos bailes y cantares los indios transmitían de generación en generación «los hechos de sus dioses y varones ilustres», y no tenían «otros monumentos históricos sino los areitos, ni hay cosa que más estimen. Estos pasan tradicionalmente de padres a hijos, por vía de enseñanza y ejemplo».

Motolinía trata después de la concepción que tienen de dios, o, más bien, del demonio, de la «descomunal y horrenda efigie» con que lo pintan, de sus sacerdotes, a los cuales atribuían «toda la ciencia y poder de la medicina y la adivinación», y no pasa por alto que los mexicanos llamaron a los españoles *teteuh*, que quiere decir «dioses», y que ese vocablo corresponde al de *teules* empleado por los españoles. Motolinía puntualiza que ese nombre sólo les duró a los conquistadores tres años, pues pasado ese tiempo los religiosos ya habían dado a entender a los indios que no había más que un solo Dios. A este mismo autor le llama la atención que, teniendo tanta abundancia de metales, los indios desconociesen su uso, de suerte que para partir cualquiera cosa se servían de pedernales. No le sorprende menos que abundando tanto en su tierra el oro, no supiesen sacar provecho de ese metal.

López de Gómara describe de forma muy gráfica y circunstanciada ceremonias de iniciación en las que uno cree asistir a los primeros vagidos educativos de la Humanidad. Se celebraban en las tinieblas de una cueva dentro de la cual se proferían voces y sones diversos, si es que no alaridos, junto a invocaciones y cantos que llevaban al anhelado estado de trance o éxtasis, en el que el *piache* respondía como si fuera un iluminado a las preguntas que le formulaban algunos jóvenes. López de Gómara describe también la actitud beligerante que tenían algunos religiosos ante esas prácticas «demoníacas» (hoy las llamaríamos más bien «liturgias delirantes» si es que no teatro pánico). Y de nuevo creemos estar en los tiempos aurorales de la cultura cuando describe la forma de instrucción superior practicada por los indios: «Aprenden la medicina y mágica [o sea, magia] desde muchachos, y en dos años que están encerrados en bosques no comen cosa de sangre, no ven mujer, ni aun a sus madres ni padres; no salen de sus chozas o cuevas; van a ellos de noche los maestros y piaches viejos a enseñarles. Cuando acaban de aprender, o es pasado el tiempo del silencio y soledad, toman testimonio de ella, y comienzan a curar y dar respuestas como doctores». Diríase que algunas prácticas características de la secta pitagórica y de algunas órdenes religiosas hunden sus raíces en esas arcaicas formas de instrucción superior.

Sobre el origen de los indios del Yucatán refiere Landa que, según la información que le han dado, habrían venido del sur. De su aspecto dice que son altos, bien dispuestos y recios, pero por lo general son zambos debido a que en su niñez sus madres les llevan a todas partes a horcajadas en las caderas. Otros rasgos de su anatomía son debidos a ciertas prácticas sociales, como la de colgarles las madres del pelo un pegotillo que les caía entre las cejas. Como el pegotillo «les andaba allí jugando, ellos alzaban siempre los ojos y venían a quedar bizcos». Otros rasgos también provocados eran el aplanamiento de sus cabezas y frentes, el de

tener las orejas horadadas para poder llevar zarcillos, y el de no criar barbas, lo que sus madres conseguían quemando a sus hijos los rostros con paños calientes cuando eran niños. Estos indios dejaban crecer el cabello en torno a una zona que quemaban para tenerla sin pelo en la parte alta de la cabeza. Alrededor de esa zona, que tenía forma de corona, trenzaban el pelo y hacían con él una guirnalda en torno de la cabeza. Landa observa también que todos los hombres usaban espejos, pero no las mujeres.

De las indias dice Landa que «son cortas en sus razonamientos y no acostumbran a negociar por sí, especialmente si son pobres, y por eso los señores se mofaban de los frailes que daban oído a pobres y ricos sin respeto». Por esta declaración se ve que los frailes trataban a los indios de una forma igualitaria, que no hacía acepción de sexo o estatus, a pesar de que por ello eran motivo de mofa entre los indios principales. Al decir que «son cortas de razonamiento» no pretende Diego de Landa rebajar las dotes intelectuales de las indias, a las que, poco después, dedica palabras muy lisonjeras cuando afirma que «son en general de mejor disposición que las españolas». Si eran cortas de razonamiento, ese defecto era consecuencia de lo que Motolinía refiere después: no estaba bien visto que las mujeres negociasen por sí mismas. De este particular uso social derivaba aquella carencia.

Landa trata, al igual que otros muchos autores, como ya hemos visto y seguiremos viendo, del tatuaje, práctica muy común en las sociedades primitivas, que, además de ir unida a un cierto exhibicionismo masculino de valentía y resistencia, tiene que ver con el cultivo estético de la apariencia exterior y, también, con la escritura del cuerpo, lo que sitúa a esos indios entre los más antiguos representantes del *body art*. Landa destaca también las dotes histriónicas de los indios y cómo esas dotes facilitaban un cierto intercambio social entre ellos y los españoles.

En la religión que se practica en el Yucatán observa Landa afinidades con algunos de los sacramentos del cristianismo, como el bautismo, incluso en el vocablo que emplean para designarlo «que quiere decir nacer de nuevo u otra vez». Estos indios también tienen algún conocimiento de la confesión: «Cuando por enfermedad u otra cosa estaban en peligro de muerte, confesaban sus pecados y si se descuidaban traíánselos sus parientes más cercanos o amigos a la memoria, y así decían públicamente sus pecados, al sacerdote si estaba allí, y si no, a los padres y madres, las mujeres a los maridos y los maridos a las mujeres». Y también saben de peregrinaciones y romerías: «Tenían a Cuzmil y el pozo de Chichenizá en tanta veneración como nosotros las romerías a Jerusalén y Roma».

Impresionado por estas coincidencias, el obispo de Mérida del Yucatán indaga la posible conexión de la religiosidad maya con la cristiana, siendo el resultado de su encuesta no poco sorprendente, pues se ve inducido a suponer que, antes de llegar a América los españoles, pudieron haber sido llevados a la región del Yucatán algunos náufragos de filiación cristiana. El caso fue que Landa preguntó a un señor de los indios si en su país se había tenido alguna noticia de Cristo o de la Cruz antes de la llegada de los españoles. Su interlocutor, que era un hombre de muchas luces y gran reputación, le contestó que no había oído nada a sus antepasados acerca de Cristo ni de la Cruz, pero que una vez, cuando demolían un pequeño edificio en un lugar de la costa, «habían hallado en unos sepulcros, sobre los cuerpos y huesos de los difuntos, unas cruces pequeñas de metal, y que no miraron en lo de la cruz hasta ahora que eran cristianos y la veían venerar y adorar, que habían creído lo debían ser aquellos difuntos que allí se habían enterrado». Landa deduce que en otro tiempo pudo llegar alguna gente de España, pero que se consumió en breve y no quedó memoria de ellos.

Landa observa también cómo el politeísmo indio se dirige a

seres de toda especie, pudiendo decirse que su religión es una forma de panteísmo idolátrico, y anota el especial valor que concedían a las imágenes de sus ídolos cuando estaban labradas en madera: «Tantos ídolos tenían que aún no les bastaban los de sus dioses, pero no había animal ni sabandija a los que no les hiciesen estatuas, y todas las hacían a la semejanza de sus dioses y diosas. Tenían algunos pocos ídolos de piedra y otros de madera y de bultos pequeños, pero no tantos como de barro. Los ídolos de madera eran tenidos en tanto, que se heredaban como lo principal de la herencia. Ídolos de metal no tenían porque no hay metal ahí».

Una interesante práctica social que describe Landa es la de la Casa Abierta, según podríamos denominarla, que servía de lugar de encuentro a la gente joven. Con ese motivo, hace algunas referencias a la práctica del embadurnamiento y el tatuaje: «Usaban tener en cada pueblo una casa grande y encalada, abierta por todas partes, en la cual se juntaban los mozos para sus pasatiempos. Jugaban a la pelota y a un juego con unas habas como a los dados, y a otros muchos. Dormían aquí todos juntos casi siempre, hasta que se casaban. [...] Embadurnábanse de color negro, hasta que se casaban y no se solían labrar hasta casados, sino poco. En las demás cosas acompañaban siempre a sus padres y así salían tan buenos idólatras como ellos y servíanles mucho».

Landa se expresa de forma especialmente favorable acerca de la vida comunitaria de los indios de Yucatán. Tienen la tierra muy limpia y desmontada de malas plantas y sus pueblos responden a ciertas pautas urbanísticas: «En medio del pueblo estaban los templos con hermosas plazas y en torno de los templos estaban las casas de los señores y de los sacerdotes, y luego la gente más principal, y así iban los más ricos y estimados más cercanos a éstas y a los fines del pueblo estaban las casas de la gente más baja».

Respecto a la idiosincrasia y aptitudes de los indios en general, Díaz del Castillo se muestra especialmente laudatorio. Comenta que la mayoría han aprendido muy bien los oficios llevados a América por los españoles y tienen tiendas destinadas a esos efectos, lo que les permite ganarse la vida. Destaca su habilidad en las labores de platería, artes lapidarias, pintura y talla. Tan extremados se muestran en las artes plásticas que al cronista se le vienen a la memoria la legendaria figura de Apeles y las contemporáneas de Berruguete y Miguel Ángel. «Y además de esto, todos los más hijos de principales solían ser gramáticos». Hernán Cortes también tiene a los indios en el mejor concepto. Piensa que hacen su vida con «buen orden y policía», y son gente «de toda razón y concierto, y tal que lo mejor de África no se le iguala».

El Inca Garcilaso de la Vega destaca las aptitudes y habilidades artísticas de los peruanos no menos que Díaz del Castillo las de los mexicanos. Sobre todo se fija en cómo reproducían en oro y plata árboles variados y vegetales diversos —en particular, los maizales— y animales chicos y grandes, entre los que menciona ratones, lagartijas, culebras, mariposas, zorras, gatos monteses, pájaros de todas suertes, «unos puestos por los árboles, como que cantaban; otros como que estaban volando y chupando la miel de las flores». Tampoco faltaban alimañas más agrestes e incluso feroces, como venados, gamos y varias especies de felinos. A esta clase de arte que pretende representar la naturaleza vegetal y animal en su conjunto se refiere también López de Gómara cuando escribe que «no había cosa en su tierra que no la tuviese de oro contrahecha, y aun dicen que tenían los incas un vergel en una isla cerca de la Puna, donde se iban a holgar cuando querían mar, que tenía la hortaliza, las flores y árboles de oro y plata; invención y grandeza hasta entonces nunca vista».

Motolinía pone también de relieve las aptitudes intelectuales

de los indios cuando escribe que Dios les dotó de «grande ingenio y habilidad para aprender todas las ciencias, artes y oficios». Además, aprenden los oficios «en tan breve tiempo, que en viendo los oficios que en Castilla están muchos años en los deprender, acá en sólo mirarlos y verlos hacer, han quedado muchos maestros. Tienen el entendimiento vivo, recogido y sosegado, no orgulloso ni derramado como otras naciones. Deprendieron a leer brevemente así en romance como en latín». Estas afirmaciones las hace un hombre que sabe del alto grado de ingenio y destreza que exigen los niveles tecnológicos más primitivos y rudimentarios, y de la forma como esas primitivas prácticas fabriles se combinan con otras de tipo ritual. Lo que hace Motolinía con su relato es, ni más ni menos, describir con pelos y señales la forma como elaboraba sus utensilios de piedra el hombre del Paleolítico. Sigamos con él cada uno de los pasos de tan primitiva, y poética, actividad. El primer acto es de naturaleza material y técnica. Consiste en extraer de una piedra negra y gruesa como la pantorrilla navajas largas como un palmo y negras como azabache. Para ello se sirven de un palo con el que «hacen fuerza a los cantos de la piedra, y a cada empujón que dan salta una navajuela delgada con sus filos como de navaja». De cada piedra sacan más de doscientas navajas y algunas lancetas para sangrar. El segundo acto es de naturaleza ritual y cultural. Ponen las navajas en una manta limpia, las perfuman con incienso y, cuando el Sol se acaba de poner, los sacerdotes dirigen a las navajas cantos religiosos acompañándose de tambores. Después de dedicar un cierto tiempo a esta clase de canto, dejan a un lado los tambores y «cantaban otro cantar muy triste, y procuraban devoción y lloraban». En el tercer acto la acción del drama se vuelve sobre el sujeto de la actividad fabril y, más en concreto, sobre su cuerpo. Acabado el segundo cantar, un maestro bien diestro empleaba, como si fuera un cirujano, aquellas navajas benditas para horadar las lenguas de todos por



medio practicándoles un considerable agujero.

A diferencia de los autores que acabamos de mencionar, hay otros que no tienen un concepto tan lisonjero de los indios. Un hombre con tantos conocimientos como José de Acosta dice sobre ellos en *Predicación del Evangelio en las Indias* que son de corto ingenio, juicio escaso y natural inconstante, desleales, ruines, serviles, ingratos y hechos a ceder sólo al miedo y a la fuerza, temerarios, perezosos, rudos, osados y propensos a caer en ataques de furia. No respetan las leyes del matrimonio ni las de la naturaleza, dejándose guiar sobre todo por sus apetitos. Acosta piensa que es más fácil herir una piedra que conseguir que los indios comprendan cuestiones difíciles y elevadas, o adquieran instrucción, dificultad semejante a la que presenta la lengua o, por mejor decir, las lenguas, ya que «tienen más de setecientas, hasta el punto que no hay valle algo crecido que no tenga la suya propia». Con las anteriores declaraciones no pretende Acosta describir a los indios en general, sino a los que viven en condiciones de vida muy primitivas y son, por lo tanto, muy diferentes de aquellos a los que aluden Díaz del Castillo, Diego de Landa y el Inca Garcilaso, pues añade que la mayor parte de los indios a los que se refiere «viven como fieras, no en ciudades o pueblos, sino en rocas o cavernas, no reunidos en común, sino esparcidos y cambiando a cada paso de morada».

El dominico Tomás Ortiz y otros religiosos compañeros suyos también se muestran críticos con la idiosincrasia de los indios que viven en condiciones muy primitivas. El cuadro que pinta Ortiz es muy expresivo del «tipo humano» que se forma en tales circunstancias. El dominico avala sus juicios con cartas y testigos que presenta ante el Consejo de Indias en 1526. Según Ortiz, los indios que viven en condiciones primitivas no tienen idea de la justicia, ni del amor, ni de la vergüenza. Andan desnudos, actúan como gente alocada e insensata, por una fruslería llegan a matarse. No respetan la verdad, a no ser que vaya en su

provecho. Son inconstantes e irreflexivos. Se precian de borrachos. Ninguna obediencia ni cortesía tienen los jóvenes con los viejos, ni los hijos con los padres. Traidores, crueles y vengativos, no se guardan lealtad maridos a mujeres ni mujeres a maridos. Cobardes y sucios, no tienen piedad con los enfermos. Ni siquiera los castigos les hacen aprender o cambiar. Cuando se olvidan de las enseñanzas cristianas, dicen que esas cosas son para Castilla, no para ellos. Sólo si no han cumplido diez o doce años es posible darles una adecuada instrucción moral e intelectual. No cabe duda de que el «salvaje» del jesuita Acosta y del dominico Ortiz viene a ser el reverso del «buen salvaje» fantaseado por Rousseau. Pero, según se deduce de las últimas palabras de Ortiz, basta con que desde niños aprendan lo que normalmente aprendía un niño español de la época para que aquéllos dejen atrás la triste condición de salvajes.

En cualquier caso, las consideraciones que hicieron estos y otros autores sobre los indios no fueron razón suficiente para que la Corona les destinase a la esclavitud. Es ésta una cuestión que, como ya hemos visto, se suscita en los primeros años de la Conquista y a la que la Corona responde declarando oficialmente la libertad de los indios y mandando, bajo gravísimas penas, que nadie los haga esclavos. Las Leyes de Burgos de 1512 y las Leyes Nuevas de 1542 hacen que, tras milenios de sometimiento, los indios sean por primera vez sujetos de derecho y ponen coto a los desmanes que se derivaron de la Conquista en sus momentos iniciales. Del buen resultado de estas disposiciones tenemos el testimonio en Landa, quien, refiriéndose a los indios de Yucatán, señala «la justicia y cristiandad y paz en que ya viven; por lo cual deben más a España y a sus españoles, y principalmente a los muy católicos reyes de ella que a sus primeros fundadores». Landa responde también a los que, exagerando los abusos cometidos por los españoles, llegan a decir que mejor habría sido para los indios no haber sido descubiertos, poniendo de relieve

que mayores eran los agravios que unos a otros se hacían matándose, haciéndose esclavos e inmolándose en sacrificios sangrientos. Además, si los indios han recibido algún mal ejemplo de los españoles, «el rey lo ha remediado y remedia cada día con sus justicias y con la continua predicación y perseverante contradicción de los religiosos».

El Inca Garcilaso describe con gran plasticidad y detalle manifestaciones estético-sociales indígenas que, una vez más, nos trasladan a los tiempos aurorales de la formación totémica de la persona, a la que cabe ver como la más antigua de la Humanidad: «Unos venían (como pintan a Hércules) vestidos con la piel de león, y sus cabezas encajadas en las del animal, porque se preciaban descender de un león. Otros traían las alas de un ave muy grande que llaman *cuntur*, puestas a las espaldas, como las que pintan a los ángeles, porque se precian descender de aquella ave. Y así venían otros con otras divisas pintadas, como fuentes, ríos, lagos, sierras, montes, cuevas, porque decían que sus primeros padres salieron de aquellas cosas. Traían otras divisas extrañas con los vestidos chapados de oro y plata. Otros con guirnaldas de oro y plata; otros venían hechos monstruos, con máscaras feísimas, y en las manos pellejinas de diversos animales, como que los hubiesen cazado, haciendo grandes ademanes, fingiéndose locos y tontos, para agradar a sus reyes de todas maneras».

Motolinía conoce aspectos especialmente secretos y aun alucinantes de la vida india, como este que describe en las siguientes líneas: «Tenían otra manera de embriaguez que los hacía más crueles: era con unos hongos o setas pequeñas [...] comidos crudos [...]; y de allí a poco rato veían mil visiones, en especial culebras, y como salían fuera de todo sentido, parecíales que las piernas y el cuerpo tenían llenos de gusanos que los comían vivos, y así medio rabiando se salían fuera de casa, deseando que alguno los matase; y con esta bestial embriaguez y

trabajo que sentían, acontecía alguna vez ahorcarse, y también eran contra los otros más crueles. A estos hongos llaman en su lengua Teonanacatl, que quiere decir carne de Dios, [...] y [...] con aquel amargo manjar su cruel Dios los comulgaba».

La facilidad con que los indios se sumen en las más variadas formas de embriaguez y se entregan a la ingestión de hongos alucinógenos es uno de los rasgos de la idiosincrasia india que más disgusta a los españoles, los cuales, por otro lado, cautivan en seguida a los indios con su propio sentido de la fiesta. Las que organizan en la capital mexicana poco después de la Conquista se inspiran en las que tenían lugar en las ciudades del Renacimiento para dar esplendor a las grandes ocasiones. La magnificencia con que se realizan en el Nuevo Mundo nada tiene que envidiar a las que se organizaban en las principales ciudades de Europa. Son un medio de atraer a los indios a las formas de cultura de los conquistadores y, de ese modo lúdico a la vez que pedagógico, llevar la conquista a su culminación pacificadora. Bernal Díaz del Castillo nos informa ampliamente de la que puede considerarse la primera gran fiesta renacentista del Nuevo Mundo. Se celebra cuando todavía no han pasado treinta años desde que Colón puso por primera vez sus plantas en América:

«Acordaron de hacer grandes fiestas y regocijos, y fueron tales, que otras como ellas, [...] no he visto hacer en Castilla, así de justas y juegos de cañas, correr toros, encontrarse unos caballeros con otros, y otros grandes disfraces que había [...]. Y volviendo a nuestra fiesta, amaneció hecho un bosque en la plaza mayor de México, con tanta diversidad de árboles, tan natural como si allí hubieran nacido. Había en medio unos árboles como que estaban caídos de viejos y podridos [...]. Y dentro en el bosque había muchos venados, y conejos, y liebres, y zorros, y adives, y muchos géneros de alimañas chicas de las que hay en esta tierra, y dos leoncillos y cuatro tigres

pequeños, y teníanlos en corrales que hicieron en el mismo bosque [...] Después de esto amaneció otro día en mitad de la misma plaza mayor hecha la ciudad de Rodas con sus torres y almenas, troneras y cubos y cavas y alrededor cercada y tan al natural como era Rodas».

Como se ve, en esta fiesta diseñada sobre moldes del Renacimiento, con Rodas como telón de fondo, los indios han introducido elementos autóctonos como el bosque y los animales. Lo que no es de extrañar, pues no faltan españoles particularmente interesados en la cultura india. Admirador fervoroso de la arquitectura de Yucatán, Diego de Landa es el primer europeo que contempla con ojos de arqueólogo doblado de esteta sus monumentos. La «muchedumbre, grandeza y hermosura» de sus edificios, dice, deberían haber dado a conocer en el mundo esa región centroamericana como el «oro, plata y riquezas» han dado a conocer el Perú y la Nueva España. Landa considera que Yucatán sobresale del resto de las Indias por sus monumentales edificios «porque son tantos y tantas las partes donde los hay y tan bien edificadas de cantería, a su modo, que espanta, y porque esta tierra no es tal al presente, aunque es buena tierra, como parece haber sido en el tiempo próspero en que en ella tanto y tan señalado edificio se labró».

Landa, que vive en tiempos de Felipe II, anuncia así la primera excavación científica que harán los arqueólogos españoles en tiempos de Carlos III en Palenque, enclave maya situado en la misma región que tan bien conocía el sabio obispo de Mérida, el cual hace una ordenada enumeración de las construcciones más destacadas de Yucatán añadiendo que «los españoles poblaron aquí una ciudad y llamáronla Mérida por la extrañeza y grandeza de los edificios, el principal de los cuales señalaré aquí como pudiere e hice [con el] de Izamal». En efecto, los conquistadores son hasta tal punto conscientes del valor de los antiguos edificios de Yucatán que dan a la ciudad que allí

fundan el nombre de Mérida —la Emerita Augusta que llegó a ser capital de Hispania— y con esa designación ponen a los mayas a la altura de los romanos. También las ruinas de Palenque, en tiempo de Carlos III, serán vistas como si fuesen un nuevo episodio de la historia que empieza en Pompeya y Herculano.

# LOS PRECURSORES RENACENTISTAS DE LA ETNOLOGÍA Y LA ANTROPOLOGÍA CULTURAL

SEGUNDA PARTE: JOSÉ DE ACOSTA Y BERNARDINO DE SAHAGÚN

Enciclopedia de América, así se puede describir la *Historia natural y moral de las Indias* de José de Acosta, pues lo es de su geografía física y humana, de sus producciones minerales, botánicas y zoológicas, de sus religiones, gobiernos y culturas. Si Alejandro de Humboldt vio en ella una importante contribución en la esfera de las especulaciones sobre la naturaleza, Benito Jerónimo Feijoo dice, en el *Teatro crítico universal*, que a Acosta se le podría llamar con propiedad el Plinio del Nuevo Mundo, si bien «en cierto sentido hizo más que Plinio, pues éste se valió de las especies de muchos escritores que le precedieron, como él mismo confiesa. El P. Acosta no halló de quién transcribir cosa alguna. Añádase a favor del historiador español el tanto en creer y la circunspección al escribir que faltaron al romano».

Nacido en Medina del Campo en 1540, José de Acosta hace sus estudios superiores en la Universidad de Alcalá. Destinado a América en 1571, se traslada al Perú a mediados del año siguiente formando parte de la tercera misión enviada por los jesuitas a ese virreinato, y en 1586 pasa al de la Nueva España, donde permanece casi un año. Tras regresar a la Península, publica en Sevilla en 1590 su *Historia natural y moral de las Indias*, que dedica a la infanta Isabel Clara Eugenia, hija de

Felipe II. Al final de su vida ejerce como rector del Colegio de Salamanca, ciudad donde fallece en 1600. Buen conocedor de las poblaciones indígenas de América, Acosta aprecia las culturas mexicana y peruana, y observa que así como la estructura política del Imperio Romano facilitó la difusión del cristianismo en el Viejo Mundo, otro tanto ocurría en el Nuevo gracias a la unidad política, cultural y lingüística que, a la llegada de los españoles, habían implantado mexicanos e incas en sus respectivos territorios. Otro factor que explica la rápida difusión de la fe en las Indias lo expresa el jesuita con la fórmula de «la fatiga y desesperación en que el Demonio tenía a los indios». O sea, la dureza y arbitrariedad con que los indios eran gobernados les disponían a recibir con agrado una doctrina que predica la fraternidad y el amor universal, y un gobierno que aspira a regirse por esos principios. El jesuita vallisoletano representa, por otro lado, lo mejor de la filosofía moderna cuando, frente a las veleidades idealistas que harán furor dos siglos después en no pocos filósofos, afirma que más vale la experiencia para el conocimiento que «cualquiera razón y demostración filosófica», y destaca que al entendimiento humano no le es «posible percibir y alcanzar la verdad sin usar de imaginaciones», y, por otra parte, tampoco le es «posible dejar de errar si del todo se va tras la imaginación», llegando así a la conclusión de que la razón no ha de escuchar «a la imaginación más que a una vieja loca». Con esta regulación del uso que se debe hacer de la imaginación con vistas al conocimiento se adelanta a formulaciones prácticamente idénticas que hará medio siglo después Thomas Hobbes en el *Leviatán*.

Desde el punto de vista de la geografía física Acosta da en el clavo cuando, doscientos años antes de que las exploraciones lo descubriesen, afirma que el hemisferio americano no está del todo apartado del euroasiático. «Tengo para mí que la una tierra y la otra en alguna parte se juntan y continúan o a lo menos se



avecinan y allegan mucho. Hasta ahora a lo menos no hay certidumbre de lo contrario; porque el polo Ártico que llaman Norte, no está descubierta y sabida toda la longitud de la tierra, y no faltan muchos que afirmen que sobre la Florida corre la tierra larguísimamente al Septentrión, la cual dicen que llega al mar Scytico o hasta el Germánico». O sea, que, según esa hipótesis, habría un paso que pondría en comunicación el mar del Norte con el que bordea Siberia. Los pobladores de América habrían, pues, llegado por el norte caminando por tierra aún más que navegando por el mar, «y ese camino lo hicieron muy sin pensar mudando sitios y tierras su poco a poco, y unos poblando las ya halladas, otros buscando otras de nuevo, vinieron por discurso de tiempo a henchir las tierras de Indias de tantas naciones y gentes y lenguas».

A despecho del convencimiento personal que tiene de la conexión que hay entre el Viejo y el Nuevo Mundo en las regiones árticas, Acosta expone esta hipótesis con cautela ya que «hasta ahora» el estrecho del polo Ártico, si lo hay, no ha sido descubierto. Es verdad que, en la cartografía de la época, como se puede ver en el mapa de la América septentrional de Paolo Forlani, impreso en Venecia en 1566, la región situada al norte de la península de California se junta a través de un estrecho, llamado de Aníán, con las costas de China e Indochina, de forma que el Japón viene a quedar en medio del océano. Obviamente, el cartógrafo ignoraba la existencia de los territorios que corresponden a las partes occidentales de Estados Unidos y el Canadá, a las penínsulas de Alaska y Kamtchaka, a Siberia, Corea y Manchuria. Sobre esta hipotética conexión geográfica del Nuevo Mundo con el Viejo vuelve Acosta en el Libro Séptimo y último de su *Historia* para decir que está convencido de que los primeros pobladores de las Indias Occidentales vinieron por tierra, y por consiguiente el continente americano tiene continuidad con el formado por Asia, Europa y África, aunque

reconoce que todavía no se ha descubierto la tierra que anuda esos dos mundos o el brazo de agua que los separa. De ese brazo, que dos siglos después recibirá el nombre de estrecho de Bering, dice que fieras y hombres pueden pasarlo a nado o en barcos sencillos.

El jesuita de Medina del Campo anticipa también futuros logros científicos, concretamente la doctrina evolucionista de Darwin (y de Félix de Azara), cuando trata, en el Libro Cuarto, de «Cómo sea posible haber en Indias, animales que no hay en otra parte del mundo». Piensa que las diferencias pudieron ser causadas por «diversos accidentes, como en el linaje de los hombres ser unos blancos y otros negros; unos gigantes y otros enanos», y concluye que «si hemos de juzgar de las especies de los animales por sus propiedades, son tan diversas que quererlas reducir a especies conocidas de Europa, será llamar al huevo castaña». En resumen, la adaptación al medio explica muchas de las diferencias que se observan entre los animales del Viejo y del Nuevo Mundos. El geógrafo y antropólogo castellano hace también interesantes observaciones acerca de la capacidad de aprendizaje que poseen ciertos monos, pues «las habilidades que alcanzan cuando los imponen, no parecen de animales brutos, sino de entendimiento humano». A pesar de la cautela con que recoge la información que se le ha dado sobre un mico que *servía* en la casa del gobernador de Cartagena de Indias, añade: «No pienso que hay animal que así perciba y se acomode a la conversación humana, como esta casta de micos».

Al tratar de los Andes, se fija en «la yerba o árbol que llaman coca, que tan estimada es de los indios y tanto dinero vale su trato» (III 20), y concreta que «en sólo Potosí monta más de medio millón de pesos cada año la contratación de la coca, por gastarse de noventa a noventa y cinco mil cestos de ella, y aun el año de ochenta y tres, fueron cien mil». De las propiedades de esa plata el jesuita se hace eco de los que de ella «dicen que les da

gran esfuerzo, y es singular regalo para ellos. Muchos hombres graves lo tienen por superstición y cosa de pura imaginación. Yo, por decir verdad, no me persuado que sea pura imaginación». Una vez más, Acosta acierta en sus conjeturas.

Al llegar al Libro Quinto, trata de cuestiones que hoy se inscribirían en el ámbito de la antropología cultural y de la historia de las religiones. En términos generales hay dos géneros de idolatría según Acosta: una, que versa sobre cosas naturales, y otra que trata de cosas imaginadas o hechas por invención humana. La que versa sobre cosas naturales se divide en dos, según sea general o particular el objeto de culto. En el primer caso están el sol, la luna, el fuego, la tierra y los elementos; en el segundo, tal río, fuente, árbol o monte. De este género de idolatría dice que se usó mucho en el Perú, y que allí se llama guaca. Tras señalar que los indios reconocen la existencia de un Ser Supremo y Hacedor de todo, al cual los del Perú llamaban Viracocha, y le ponían nombre de gran excelencia, como Pachacamac o Pachayachachic, que significa creador del cielo y tierra, se extiende Acosta sobre cuestiones mitológicas. La descripción que hace de las creencias, prácticas e instituciones religiosas de los incas y los mexicanos es notablemente detallada. No pasa por alto sus aspectos sanguinarios. Refiere que cuando le daban al nuevo inca la insignia de rey, se sacrificaba a unos doscientos niños de cuatro a diez años. En la inmolación de niños, los indios del Perú llevaban la delantera a los de México, pero en el número de los hombres que se sacrificaban y en el modo horrible con que se hacía, los mexicanos excedieron a los del Perú, y aun a cuantas naciones hay en el mundo. Éste es un tema del que tratará ampliamente Bernardino de Sahagún.

Al entrar en el Libro Sexto, donde se estudian las costumbres y gobierno de los indios, Acosta dice de forma muy lisonjera para los indígenas que pretende «deshacer la falsa opinión que comúnmente se tiene de ellos, como de gente bruta, y bestial y

sin entendimiento, o tan corto que apenas merece ese nombre. Del cual engaño se sigue hacerles muchos y muy notables agravios». O sea, que a finales del siglo dieciséis, junto a la visión idealizada del indio como ejemplo del *buen salvaje*, que en esos años representa Montaigne, se ha abierto camino la que ve a los indios en términos menos lisonjeros. Acosta rechaza, en todo caso, una visión denigratoria. Los indios, dice, «tienen natural capacidad para ser bien enseñados, y aun en gran parte hacen ventaja a muchas de nuestras repúblicas». Pero, como ya hemos visto, conceptúa de forma muy negativa a los que viven en estado salvaje.

Tras declarar con énfasis la condición plenamente humana de los indios, pasa a exponer el calendario utilizado por los mexicanos, del cual nos informarán más detalladamente Bernardino de Sahagún y sobre todo, ya a comienzos del reinado de Carlos IV, el matemático y astrónomo Antonio de León y Gama. Tras hacer luego referencia a la escritura china, el jesuita pasa a describir los sistemas americanos de notación, particularmente el de los quipus, del que nos ha informado en términos semejantes el Inca Garcilaso: «Yo vi un manojó de estos hilos, en que una india traía escrita una confesión general de toda su vida, y por ellos se confesaba, como yo lo hiciera por papel escrito, y aún pregunté de algunos hilillos que me parecieron algo diferentes, y eran ciertas circunstancias que requería el pecado para confesarle enteramente. Fuera de estos quipos de hilo, tienen otros de pedrezuelas, por donde puntualmente aprenden las palabras que quieren tomar de memoria». Tras detallar la aplicación del quipu a la contabilidad, Acosta se muestra muy impresionado por el ingenio de los indios, hasta el punto de decir que «en aquello a que se aplican nos hacen grandes ventajas».

En relación con los mexicanos, se fija Acosta en aspectos de índole cultural que también retendrán la atención de Sahagún,

como que Moctezuma «para diversos géneros de vida tenía casas y palacios diversos: unos de placer; otros de luto y tristeza, y otros de gobierno; y en sus palacios diversos aposentos, conforme a la cualidad de los señores, que le servían con extraño orden y distinción». Y refiere que en cierta ocasión, relacionada con las profecías que anunciaban la llegada de los españoles, Moctezuma «estaba a la sazón en los palacios que llamaban de llanto y luto, todos teñidos de negro». Este uso de los palacios se acomoda bien a la imaginación barroca que entonces se está gestando, como consecuencia, en buena medida, del contacto que con otras culturas, en particular las amerindias, tienen los europeos. Acosta observa también que «en ninguna parte hubo tanta curiosidad de juegos y bailes como en la Nueva España, donde hoy día se ven indios volteadores, que admiran, sobre una cuerda; otros sobre un palo alto derecho, puestos de pies, danzan y hacen mil mudanzas [...] Mas el ejercicio de recreación más tenido de los mexicanos, es el solemne mitote, que es un baile que tenían por tan autorizado, que entraban en él los reyes».

Al igual que Sahagún unos años antes, Acosta no deja de tomar nota sobre formas de aprendizaje y transmisión cultural típicas de la era totémica que se conservaban entre los peruanos de su tiempo. Su información complementa la dada por otros autores de la época, como Gómara y el Inca Garcilaso, a los que ya hemos hecho referencia: «Vi también mil diferencias de danzas en que imitaban diversos oficios, como de ovejeros, de labradores, de monteros». Otras danzas, en las que se utilizaban máscaras, tenían una función más bien psicológica. La Iglesia — observa el jesuita— hace bien en servirse de estas tradiciones y, en particular, de la pasión de los indios por el canto para la evangelización.

En el Libro Séptimo y último relata Acosta la historia de los mexicanos. Como Sahagún, sorprende por la modernidad e imparcialidad de su criterio, pues, al tratar de la llegada de los

españoles a América, se basa en lo que los indios cuentan en sus libros y relatos. Al igual que Díaz del Castillo, refiere cómo «apareció en el cielo una llama de fuego grandísima y muy resplandeciente, de figura piramidal, la cual comenzaba a aparecer a media noche [...] Mostrose de este modo cada noche por espacio de un año». Acosta describe también otros portentos que, según los nativos, anunciaban la llegada de un pueblo que revolucionaría por completo su estilo tradicional de vida. Y no deja de relatar, ya al final de la *Historia natural y moral de las Indias*, la jornada del 13 agosto de 1521, cuando, derrotado, Moctezuma «con extraño valor, arrancando una daga, se llegó a Cortés y le dijo: “Hasta ahora yo he hecho lo que he podido en defensa de los míos; ahora no debo más sino darte ésta, y que con ella me mates luego”. Respondió Cortés que él no quería matarle, ni había sido su intención de dañarles, mas que su porfía tan loca tenía la culpa de tanto mal y destrucción como habían padecido. Que bien sabían cuántas veces les habían requerido con la paz y amistad. Con esto le mandó poner guardia, y tratar muy bien a él y a todos los demás que habían escapado». De la conducta de Cortés, Sahagún destaca también, al final del penúltimo capítulo de su *Historia*, el talante moderado del que siempre hizo gala y su constante designio de evitar destrucciones.

En la *Historia general de las cosas de la Nueva España* Bernardino de Sahagún, que nace en los tiempos de los Reyes Católicos y muere en los de Felipe II, adelanta, aún más claramente que Acosta, el contenido y la metodología de las ciencias de la cultura que tendrán sus pioneros en determinadas figuras de la España de Carlos III: el marino sevillano Antonio de Ulloa y el botánico limeño José Mariano Mociño en el campo de la antropología cultural y la etnología; el jesuita conquense Lorenzo Hervás en el de la lingüística comparada y su inserción antropológica, y otras figuras de la España peninsular y ultramarina, como Alcubierre, De la Vega, Del Río y Estachería

en los de la arqueología clásica y americana. La *Historia* de Sahagún presenta el particular interés de haber sido dada a conocer en tiempos de Carlos III por el cosmógrafo e historiador oficial de Indias, Juan Bautista Muñoz, que será, desde la Península, uno de los actores principales en las excavaciones de la ciudad maya de Palenque, y que, como hemos visto, es, junto con el ministro José de Gálvez, el principal creador del Archivo General de Indias.

Consagrado desde 1540 al estudio de las cosas del México prehispánico, cuyos anales se remontan según Sahagún a más de mil años de antigüedad, éste elabora entre 1547 y 1577 su *Historia*, con la colaboración, que le facilitan las autoridades civiles, de diez expertos en la lengua y antigüedades mexicanas, cinco universitarios que conocían las lenguas náhuatl, castellana y latina y algunos escribanos. El sabio franciscano se encierra con su equipo por espacio de algo más de un año en un colegio y se dedica a tomar nota de todo lo relativo a la vida de los antiguos mexicanos —creencias religiosas, cultos, ritos, historia, calendario, vida familiar, fiestas, labores agrícolas, trabajos manuales, etc.—, además de anotar las circunstancias en las que recoge toda esa información, los nombres y conocimientos de quienes se la proporcionan y las revisiones a las que somete su obra durante los treinta años que tarda en componerla. El resultado de tan vasta como novedosa investigación ha merecido que los etnólogos modernos la consideren como la mejor fuente para conocer la antigüedad mexicana y hayan proclamado su *Historia* como «el libro de México para regalo de la cultura universal», además de otorgar a su autor el muy justificado título de principal precursor de la etnología científica.

Inédita en su tiempo, la *Historia* de Sahagún se conservó gracias principalmente a dos manuscritos, el *Códice florentino* y el *Códice castellano de Madrid* o *Manuscrito de Tolosa*. El primero, cuyo texto está acompañado de ilustraciones, llega a Madrid en

1578, y Felipe II, que era su destinatario, lo envía, probablemente el año siguiente, a Florencia como regalo al gran duque de Toscana Francisco I, que estaba casado con una archiduquesa de Austria, prima hermana del rey español. Como Sahagún anota que los antiguos mexicanos no tenían letras ni caracteres para escribir, pero se comunicaban mediante imágenes y pinturas, y así todos los libros en los que trataban de sus antigüedades estaban pintados con figuras e imágenes, muy bien podemos ver el *Códice florentino* como una forma de conciliar las formas bibliográficas europeas y mexicanas por las ilustraciones que acompañan al texto. El segundo manuscrito de la *Historia* de Sahagún procede del convento franciscano de Tolosa, fue adquirido por el cosmógrafo e historiador oficial de Indias Juan Bautista Muñoz y se guarda en la biblioteca de la Real Academia de la Historia. Una copia de este manuscrito fue llevada a México y se encuentra en su Biblioteca Nacional. Allí se imprimirá por primera vez entre 1829 y 1830.

La obra consta de doce libros y está dispuesta en tres columnas paralelas: una para el texto en español, otra para el texto en náhuatl y la tercera para las notas, fuentes y comentarios. Una tercera parte de la obra versa sobre la religión mejicana, mientras que el resto trata de la sociedad prehispánica del Valle de México. Al igual que Acosta, Sahagún tiene en la mejor opinión a la población india, a la que dedica estas palabras en el Prólogo: «Aprovecharé mucho toda esta obra para conocer el quilate de esta gente mexicana, el cual aún no se ha conocido». Y añade que en lo tocante al orden social están por delante de «muchas otras naciones que tienen gran presunción de políticos», si dejamos a un lado «algunas tiranías que su manera de regir contenía». Ya al final del Prólogo, afirma con énfasis que «es certísimo que estas gentes todas son nuestros hermanos, procedentes del tronco de Adam como nosotros, son nuestros próximos a quien somos obligados a amar como a nosotros



mismos». Esta actitud, esencialmente cristiana y típica de los conquistadores, va a presidir el largo y laborioso proceso investigador, que adopta un sesgo providencialista cuando, poco después, dice que con la conversión de los indios Dios quiere «restituir a la Iglesia lo que el demonio la ha robado en Inglaterra, Alemania y Francia, en Asia y Palestina».

Hagamos un resumen de la obra. En el Libro Primero se describen las deidades del panteón náhuatl, sus características y atributos, así como las ceremonias a ellas dedicadas. Al tratar de la diosa de las cosas carnales, llamada Tlaçultéuth, se extiende sobre una forma de confesión de los pecados, que los indios debían hacer una vez en la vida y era propiciaba por la mencionada diosa. Sahagún ve en esa confesión una variante *natural* del correspondiente sacramento cristiano. Como ya hemos visto, también Diego de Landa observó una forma de confesión entre los indios de Yucatán. Sahagún advierte otro paralelismo con el cristianismo cuando más adelante trata del dios de los convites, Omácatl. En este caso se trata de una variante del sacramento de la comunión. Los indios celebraban esa comunión de noche y empleaban para ella una masa con figura de hueso al que llamaban el hueso del dios Omácatl.

Las prácticas sanguinarias de la religión mejicana no tardan en salir a escena. Concretamente, en el capítulo en el que se trata del dios de los mercaderes, Yiacatecutli. Cuando estos negociantes regresaban prósperos a su tierra, la religión les ordenaba comprar esclavos y esclavas de buena presencia y naturaleza saludable para ofrecérselos a ese dios en una determinada fiesta: «Dábanlos a comer y beber abundantemente, y bañábanlos con agua caliente, de manera que los engordaban [...]. También los regocijaban haciéndolos cantar y danzar a las veces sobre el azotea de sus casas o en la plaza; [...] y no estimaban en nada la muerte». Cuando, seguidamente, trata del dios Napatecutli, al que adoraban los fabricantes de esteras de juncia, Sahagún refiere

que, en su fiesta, «compraban un esclavo para sacrificarle delante de él, ataviéndole con los ornamentos de este dios, como que fuese su imagen».

En el capítulo dedicado a Tezcatzóncatl, que era uno de los dioses del vino, observa el franciscano leonés que los antiguos mexicanos «no tenían por pecado aquello que hacían estando borrachos [...]. Y aún agora, en el cristianismo, hay algunos o muchos que se excusan de sus pecados con decir que estaban borrachos».

El Libro Segundo trata, como Ovidio había hecho de forma poética en los *Fastos*, del calendario, así como de sus fiestas fijas, ritos, sacrificios, edificios sagrados, ministros, comidas, atuendos y formas de conducta. El año mexicano, del que Sahagún ofrece una correlación con el cristiano, consta de trescientos sesenta días, repartidos en dieciocho meses de veinte días cada uno. «A los cinco días restantes del año, que son los cuatro últimos de enero y el primero de febrero, llamaban *nemontemi*, que quiere decir “días baldíos” y teníanlos por aciagos y de mala fortuna». Ya en el primer mes del año «mataban mucho niños; sacrificábanlos en muchos lugares en las cumbres de los montes, sacándoles los corazones a honra de los dioses del agua, para que les diesen agua o lluvia». Y así va describiendo Sahagún los variados aspectos que revestían las fiestas del año. En el doceno mes, llamado *teutleco*, en el que se conmemoraba «la llegada de los dioses», los aztecas hacían un sacrificio especial y el curso de la ceremonia presentaba rasgos característicos de la civilización totémica, que tampoco pasaron inadvertidos a Acosta y a otros autores españoles: tenían listos «muchos cautivos para quemar vivos; y hecho gran montón de brasa, andaban bailando alrededor del fuego ciertos mancebos disfrazados como monstruos, y así bailando iban arrojando en el fuego estos tristes cautivos». Más adelante precisa que en esta ceremonia también figuraba otro mancebo que se disfrazaba de murciélago.

Después de tratar de las fiestas movibles, describe Sahagún una que se hacía cada ocho años y que, además de reflejar rasgos característicos de la sociedad mexicana, expresa muy bien las esencias teatrales de la civilización totémica, magistralmente estudiada por Durkheim en *Las formas elementales de la vida religiosa* y de la que puede decirse que representa el grado cero de los festivales que en Grecia se consagrarán a Dionisos: «En esta fiesta decían que bailaban todos los dioses, y así todos los que bailaban se ataviaban con diversos personajes: unos tomaban personajes de aves; otros de animales, y así unos se transfiguraban como zinzones, otros como mariposas, otros como abejones, otros como moscas, otros como escarabajos; otros traían a cuestras un hombre dormido —decían que era el sueño—; [...] y también tomaban personajes de pobres, como son los que traen leña a vender. También tomaban personajes de enfermos, como son los leprosos y bubosos; otros tomaban personajes de aves, como de búhos y de lechuzas y otras aves».

El Libro Cuarto trata de la influencia que atribuían los mexicanos a los astros. La secuencia de las deidades astrales forma una especie de calendario de doscientos sesenta días distribuidos en veinte períodos de trece días. Al hilo de su exposición, Sahagún suministra abundante información sobre la relación entre hombres y mujeres, clases inferiores y superiores, la embriaguez, las diferentes formas de prostitución, el protocolo que se observa en la partida de los mercaderes a lugares lejanos y otros aspectos de la vida social. En el Apéndice se hacen nuevas precisiones sobre el calendario ceremonial descrito en el Libro Segundo. Según la *primera cuenta*, esencialmente teológico-sacrificial, el año azteca se divide en dieciocho meses y cada mes en veinte días, lo que arroja un total de trescientos sesenta, a los cuales se han de añadir los cinco días «baldíos». En ese período celebraban veinte fiestas. La *segunda cuenta*, llamada cuenta de los años, hace referencia al ciclo, que ha de representarse como

«un círculo redondo» y abarca cincuenta y dos años, distribuidos en cuatro partes de trece años cada una, que se van sucediendo a lo largo del tiempo como si fueran los radios de una rueda. Esas partes reciben sus nombres específicos de los caracteres gráficos que sirven para identificarlas: *caña* (oriente del círculo), *pedernal* (norte), *casa* (occidente) y *conejo* (sur). La finalidad de esta cuenta es renovar cada cincuenta y dos años el pacto o juramento de servir a los dioses. Al término de ese período, llamado «atadura de años», hacían una fiesta muy solemne, «y sacaban fuego nuevo, y apagaban todo lo viejo, y tomaban todas las provincias de esta Nueva España fuego nuevo. Entonces renovaban todas las estatuas de los ídolos y todas sus alhajas». A la *tercera cuenta*, que ya ha descrito en el Libro Cuarto, Sahagún la considera más bien pseudocalendarística, pues está destinada a servir de instrumento o método «para adivinar la fortuna o ventura que tendrían los que nacían». Esta *cuenta* se combina con las dos anteriores. Consta de veinte caracteres, cada uno de los cuales reina trece días, lo que arroja un total de doscientos sesenta días. Sahagún aprovecha la ocasión para corregir a los que dicen que los antiguos mexicanos no conocían el año bisiesto. El franciscano demuestra que cada cuatro años contaban 366 días y hacían, con esa ocasión, una fiesta muy señalada. Este punto será matizado por Antonio de León y Gama en 1792 al analizar la Piedra del Sol. Los mexicanos, según este autor, sabían que el año solar tiene una duración de trescientos sesenta y cinco días y casi seis horas, pero el añadido del sexto día lo hacían de una forma astronómicamente más refinada que la supuesta por Sahagún: al final del ciclo de cincuenta y dos años de la *segunda cuenta* añadían doce días y medio, lo que quiere decir que al final del ciclo máximo de ciento cuatro años se contaba con un añadido de veinticinco días completos. León piensa que éste es el procedimiento más exacto de cuantos se han inventado para reducir el año civil al solar. Sahagún remata el Libro Cuarto con

otros detalles sobre las cuentas calendarísticas y las fiestas a que esas cuentas daban lugar, y no deja de señalar que, en su libro (como se ve en el Códice de Florencia), ha ilustrado tales informaciones con láminas que facilitan la comprensión del calendario y de otros temas étnicos completamente desconocidos en la Europa del siglo dieciséis.

Al final del Libro Segundo Sahagún hace una relación exhaustiva de los setenta y ocho edificios que componían el gran Templo de México, y de las ceremonias y servicios religiosos que allí se celebraban. Este tema da pie al autor para trazar un vívido cuadro de la vida social y religiosa de la sociedad prehispánica. Por otras fuentes sabemos que cuando Moctezuma II inauguró ese gran templo fueron sacrificados doce mil doscientas diez personas que habían sido hechas prisioneras en las guerras contra la provincia de Tlachquiahco.

En el Libro Tercero trata Sahagún del origen de los dioses, refiere las creencias de los mexicanos sobre el destino de las almas de los difuntos, se extiende sobre el tema de la educación de los jóvenes y concluye describiendo el proceso de selección de los sumos sacerdotes. El Libro Quinto, que es junto con el Séptimo el más breve de la obra, versa sobre agüeros, pronósticos y supersticiones, algunas de las cuales están todavía vigentes en México. El siguiente libro contiene una colección de discursos transmitidos de generación en generación para enseñar a conducirse en las diferentes circunstancias de la vida. Aparte de su interés como modelos de retórica, estos discursos pintan un cuadro muy variado de la vida que se llevaba en el México prehispánico, así como de las normas morales y prácticas que tenían más predicamento. Mientras que en el libro anterior se han expuesto las formas *irracionales*, en base a agüeros y supersticiones, utilizadas para orientar y condicionar la conducta y acción social, en este Libro Sexto se presentan las formas *racionales o discursivas*, basadas en la experiencia y el sentido

común, mediante las cuales conseguir análogos resultados condicionadores de la conducta.

En el Libro Séptimo Sahagún transmite uno de los mejores relatos del mito de la creación del Quinto Sol que, según los aztecas, regía el universo en el tiempo de la llegada de los españoles. Importante es también la descripción de la fiesta dedicada a la «atadura de los años», que se celebraba al cerrarse el ciclo temporal de cincuenta y dos años. A este respecto, Sahagún informa de que el inventor de esa «atadura» fue el dios Quetzalcóatl, y que hay una gran discrepancia acerca del principio del año: en unos lugares le han dicho que comenzaba en enero; en otros, que a primeros de febrero; en otros, que en marzo. «En Tlatilulco junté muchos viejos, los más diestros que yo pude haber, y juntamente con los más hábiles de los colegiales, se altercó esta materia por muchos días, y todos ellos concluyeron que comenzaba el año el segundo día de febrero». Dos siglos después, Antonio de León y Gama, que no conoció la obra de Sahagún, pero sí la de los herederos intelectuales de éste —concretamente, la del también franciscano Juan de Torquemada, autor de la monumental *Monarquía indiana* (Sevilla, 1615), que fue discípulo de Antonio Valeriano, el cual lo fuera a su vez de Sahagún—, habría empeñado su fortuna por haber podido reunir a un grupo tan selecto de sabios indios como el reunido por Sahagún, pues uno de los temas más controvertidos a los que se enfrenta al tratar del calendario mexicano es el del comienzo del año, que León y Gama pone a comienzos de enero.

Mientras que los primeros siete libros de la *Historia general de las cosas de Nueva España* tratan de cuestiones de carácter religioso y teológico-mitológico, en el Octavo fray Bernardino empieza su tarea enumerando los gobernantes que había en el Valle de México, y describe la vida de los señores, el funcionamiento de la administración, la educación de los niños y

jóvenes destinados a ejercer funciones de gobierno y otros temas relacionados. En este libro apunta un asunto, ya clásico, que se desarrollará más en el Libro Duodécimo y último: el de los portentos y visiones de tipo profético que tuvieron lugar antes de la llegada de los españoles, y lo que éstos hicieron desde su desembarco hasta la toma de México.

En el Prólogo del Libro Octavo Sahagún informa de que cuando llegó Hernán Cortés, los mexicanos creyeron que se trataba del dios Quetzalcóatl, inventor, según hemos visto, de la «atadura de los años» o ciclo de cincuenta y dos años. De él dice Sahagún que era un «gran nigromántico» y que, según los naturales, habría de regresar a México, como los ingleses piensan «del rey Artús». La identificación de Cortés con Quetzalcóatl facilitó la creencia de que con la llegada de los españoles empezaba un nuevo ciclo, incluso un nuevo calendario. Sobre la causa precisa de la muerte de Moctezuma, Sahagún dice que fue «una pedrada que le dieron sus mismos vasallos» cuando estaba en poder de los españoles, y que ocurrió en el año 1520.

El Libro Noveno trata de la clase privilegiada de los mercaderes y, más en concreto, de su organización, bienes, fiestas y ceremonias. Al tocar el punto de los viajes que hacían a lejanas tierras, anota que un día antes de la partida se cortaban el pelo y se enjabonaban las cabezas en sus casas, y que esas operaciones sólo las volvían a hacer cuando regresaban. El siguiente libro trata del individuo en general, de las virtudes y vicios de los mexicanos, de los papeles sociales que han de representar en la vida y de sus oficios y profesiones. De los jóvenes que llevan una mala vida dice que andan como si estuvieran hechizados o muy beodos, fanfarronean mucho y son incapaces de guardar un secreto, son amigos de mujeres y andan perdidos «con las cosas que sacan al hombre de su juicio, como son los malos hongos y algunas yerbas que desatinan al hombre». Cuando el franciscano vuelve más adelante sobre este punto, dice que la principal causa

de los vicios está en «la borrachera, que como cesó aquel rigor antiguo de castigar con pena de muerte las borracheras [que había antes de la llegada de los españoles], aunque agora se castiga con azotarlos, trasquilarlos y venderlos por esclavos por año o por meses, no es suficiente castigo para cesar de emborracharse, y aún tampoco las predicaciones de los predicadores, muy frecuentes, contra este vicio, ni las amenazas del infierno bastan para refrenarlos». De esas borracheras seguía a menudo el matarse los unos a los otros y originar grandes disturbios. A este respecto, piensa Sahagún que el régimen político implantado por los españoles peca de «demasiada blandura y piedad», comparado con el azteca, y que de ahí se han derivado algunas consecuencias socialmente indeseables.

En el Libro Décimo Sahagún trata de las enfermedades, medicinas y remedios, y ofrece un panorama histórico de los diferentes grupos indígenas asentados en las tierras del antiguo México. En el Libro Undécimo se ocupa de botánica y zoología, y, al hilo de la exposición, registra un rico corpus léxico de la flora y la fauna mexicanas. Al enumerar las yerbas, empieza diciendo que hay una llamada *cóatl xoxouhqui*, que cría una semilla llamada *ololiuhqui* o *cóatl xoxouhqui* que emborracha y enloquece. «Danla por bebedizos para hacer daño a los que quieren mal, y los que la comen parécenles que ven visiones y cosas espantables». Luego pasa a describir los efectos del peyote: «los que la comen o beben ven visiones espantosas o de risas. Dura este emborrachamiento dos o tres días, y después se quita. Es común manjar de los chichimecas, que los mantienen y da ánimos para pelear y no tener miedo, ni sed, ni hambre; y dicen que los guarda de todo peligro». Y así fray Bernardino va enumerando uno por uno los alucinógenos de la región y describiendo sus efectos. Ya al final del Libro Undécimo Sahagún hace interesantes observaciones sobre el difícil proceso de cristianización de la Nueva España, y refiere después los estragos



que ocasionaron las enfermedades que traían consigo los viajeros llegados del Viejo Mundo, enfermedades para las que los habitantes del Nuevo no estaban inmunizados. Sahagún sitúa la primera gran pestilencia, de viruela, en 1520. La siguiente se produjo en 1545, estando ya la Nueva España tranquila y prosperando. El propio fraile se encontraba entonces en la ciudad de México, murieron más de diez mil personas y él mismo fue atacado por la enfermedad y estuvo a las puertas de la muerte. «Agora este año de mil y quinientos setenta y seis, en el mes de agosto, comenzó una pestilencia universal y grande, la cual ha ya tres meses que corre, y ha muerto mucha gente, y muere y va muriendo cada día más». Ese mismo año le llegan a Sahagún noticias frescas de China, concretamente de la misión que allí han enviado los padres agustinos. Este dato muestra de forma viva el carácter globalizado, planetario, que ha adquirido el mundo en un corto lapso de tiempo. Sahagún se abandona entonces al entusiasmo religioso, pues, dado el nivel cultural logrado por los chinos, si la Iglesia entra en ese país y echa raíces, «la fe católica, creo, durará por muchos años en aquella mansión».

En el Libro Duodécimo y último se relata la conquista de México según fue vivida por los «vencidos». Mientras Moctezuma y su corte sienten crecer en su pecho el temor ante las noticias que les llegan del arribo de los españoles capitaneados por Hernán Cortés, éste consigue la alianza y amistad de los habitantes de Tlaxcalla, enemigos declarados de Moctezuma (*Figs. 25 y 26*). En ese primer encuentro se inicia el proceso de mestizaje que dará lugar al México actual, pues los señores de Tlaxcalla reciben pacíficamente a los españoles, les dan el mejor trato posible y «también les dieron a sus hijas doncellas muchas, y ellos las recibieron y usaron de ellas como de sus mujeres».

Del rápido resumen que acabamos de hacer de la *Historia general de las cosas de Nueva España* se deduce que guarda un

cierto paralelismo con el plan de la *Historia natural y moral* de Acosta. En ambas se organiza la investigación en función de tres niveles, el religioso, el histórico-moral y el físico o natural, pero mientras que en Acosta reviste mayor importancia el físico geográfico y el objeto que estudia es mucho más amplio, en Sahagún el primer plano lo ocupa el aspecto religioso, litúrgico, mitológico y social, y la obra gira casi exclusivamente en torno a la población autóctona de la Nueva España, o sea, de México. Ambos autores ponen en evidencia que con la Conquista no se pretendió sojuzgar a un pueblo, sino elevarlo a cotas superiores de civilización, tanto por la religión que se le enseña como por el régimen político y jurídico que se establece en el lugar que dejaban vacante los imperios azteca e incaico, o la muchedumbre de tribus que vivían en estado salvaje y condiciones sumamente atrasadas. Los conquistadores empiezan su obra civilizadora por la base, es decir, tratando de comprender la historia, lenguas y formas de cultura de los pueblos conquistados o, por mejor decir, de los pueblos que ven en los conquistadores el medio más idóneo para superar las duras condiciones de vida que padecían desde tiempo inmemorial.

25 *Ruta de Hernán Cortés desde Veracruz hasta Tenochtitlán.*



26 El lago de México-Tenochtitlán en el conocido como mapa de Clavijero, de 1538.

# ARQUEOLOGÍA Y ETNOLOGÍA EN LA AMÉRICA DEL SIGLO DE LAS LUCES: ANTONIO DE ULLOA

En los años centrales del reinado de Carlos III, Antonio de Ulloa publica sus *Noticias americanas* (1772), obra de carácter enciclopédico que, como la de Acosta, versa sobre los más variados aspectos de América —el clima, el territorio, las especies vegetales y animales, las producciones minerales y otros variados aspectos de la geografía física del continente—, pero que también expone de forma muy original, en los últimos capítulos, asuntos de índole antropológica, etnológica y arqueológica, de los que sólo podemos hacer un breve resumen. El autor coincide más bien con aquellos autores que, en tiempos de la Conquista, no se formaron un buen concepto de los indios, si bien se refiere particularmente, al igual que aquéllos, a los que vivían en condiciones muy primitivas, sobre todo en las regiones de la América del Norte, como la Luisiana y la Florida, aunque también en Chile y la pampa de Buenos Aires. Pero la forma como se expresa Ulloa y las razones que da sobre el fenómeno han cambiado, a tono con los nuevos tiempos de la Ilustración. La causa principal del estado rudimentario de su cultura y de su pervivencia a través de los tiempos no es debida a algún defecto de su constitución antropológica, sino, sencillamente, a falta de comunicación y comercio con otras sociedades, lo que limitaba su horizonte humano. Admite que los indios actúan con talento aceptable en las cosas relativas a la vida o a la supervivencia, pero

está muy lejos de sumarse al mito del «buen salvaje» de Montaigne y Rousseau. Contra ese mito señala que los indios son especialmente temibles «por sus alevosías y las astucias de que se valen para cometerlas. Vencedores por sorpresa son inhumanos hasta el extremo, sin conocer piedad, ni compasión [...]. Vencidos son los más cobardes y pusilánimes que se puedan ver».

Ulloa afina después sus apreciaciones al distinguir «los actos y operaciones del entendimiento de los que son de pura manipulación o industria; o por otro modo aquellos en que trabaja el discurso de los que sólo se terminan a los sentidos». Es en los primeros donde Ulloa ve en los indios defectos de discernimiento y comprensión. La principal deficiencia de los indios está en su falta de inteligencia teórica y discursiva, lo que afecta a su visión de las cosas de la vida en sentido amplio y profundo. Esta deficiencia debe atribuirse a su escasa formación en los campos de la filosofía, la historia, la religión, la literatura y las ciencias. Pero estas apreciaciones poco lisonjeras, que se refieren a los indios que viven en estado salvaje, se modifican al tratar de los niveles más civilizados de la vida india. Y así, al considerar la magnitud de los enormes sillares de que están formadas las antiguas construcciones incaicas de Cuzco, fantasea Ulloa hipótesis de transporte (mediante fusión) que también se habrían aplicado a las pirámides egipcias.

Un aspecto de la vida india, que ya había interesado a autores españoles del siglo dieciséis, llama su atención: el tatuaje y la pintura corporal en general. Ulloa hace observaciones sobre el uso que hacen del color en las diferentes partes de América y, siguiendo una tesis adelantada por Diego de Landa, estima que hay una equivalencia entre la extensión del tatuaje (también llamado piqueteado y estampado) y el prestigio guerrero: «A proporción de las proezas se extiende este modo de pintura; los unos no traen más que los brazos, otros aumentan las piernas; en

otros se extiende a los muslos, y en otros desde la cintura arriba, que son los principales en la guerra: de este modo, a medida que las acciones y la reputación van creciendo, lo va también el estampado».

Ulloa observa que ciertos usos y costumbres relativos a la configuración de determinadas partes de la anatomía —sobre todo, orejas, narices, labios y barbilla— se practican en poblaciones muy alejadas entre sí, tanto en el Perú como en la América del Norte. De ahí deduce que se trata de rasgos antropológicos arcaicos mantenidos a lo largo de los siglos y aun de los milenios. Tampoco deja de mencionar, como antes de él otros autores, el uso que en ocasiones señaladas hacen los indios de formas de disfraz que rayan en la metamorfosis y que son típicas del totemismo. También en este punto, Ulloa indaga paralelos históricos —concretamente, en Grecia y Persia— y trata de descubrir un origen común a las más variadas culturas humanas.

Respecto a la constitución física de los indios, hace Ulloa interesantes consideraciones, como ésta acerca de la dureza de sus cráneos, que ya había hecho Fernández de Oviedo en 1525: «Reconocidos los cráneos que se sacan de las sepulturas antiguas, se ve tener más grosor que lo regular, siendo de 6 a 7 líneas [o sea, unos 12 milímetros]; lo mismo se repara en el pellejo, manifestándolo así las operaciones de cirugía y los esqueletos que se sacan de los sepulcros. De esto se infiere ser en ellos la organización más tosca y de mayor resistencia; por lo cual es menos sensible. Lo acredita también la resistencia con que sobrellevan las miserias y las intemperies». También describe Ulloa de forma muy detallada la práctica guerrera, en la que se destacan los indios de América del Norte, que consiste en arrancar las cabelleras de los enemigos.

Como sus precedentes del siglo dieciséis, Ulloa observa la

afición de los indios a sumirse en estados de embriaguez y hace una descripción de los escenarios relacionados con esos estados y con el domingo, pues es en ese día de la semana cuando «se ven las poblaciones llenas de gentes sin sentido, unos con las caras ensangrentadas, otros con las cabezas rotas, otros lastimados en el cuerpo, [...] hasta que rendidos se tiran por las calles a templar con el sueño las furias de los vapores». De las cosas que les ofrece el mundo, los indios sólo esperan, y desean, según Ulloa, lo que les es preciso para el día y, particularmente, «el satisfacer la pasión de la embriaguez». Del uso inmoderado que hacen los indios del aguardiente dice que «destruye más indios en un año que las minas en cincuenta».

También hace el marino sevillano observaciones de índole política que evidencian el notorio grado de independencia que la Corona reconoce a los indios. Viven en sus pueblos con entera libertad, y son gobernados por sus curacas y caciques al modo como lo estaban antes de la Conquista. Al examinar la forma como se rigen las diferentes poblaciones indias que se encuentran en la América española, Ulloa piensa que no hay mucha diferencia entre las que se ajustan a las estructuras político-sociales españolas y las que se mantienen independientes de las mismas. Más adelante abunda en la idea de la igualdad de idiosincrasia que se advierte en los indios, por más alejadas que se encuentren entre sí sus poblaciones, lo mismo si llevan una vida nómada y tribal como si es sedentaria, lo que pone de manifiesto la universalidad de ciertas constantes culturales, sobre todo si hacen referencia a las artes de la supervivencia en situaciones de peligro. En esos trances «los de la Luisiana y los de Chile, los de Quito y los de Tarma, con todos los otros, son hábiles y expertos, como si hubiesen tomado las lecciones en una misma escuela; y como parte de ellas son tan cautos en la observancia del sigilo, que no flaquean con motivo alguno».

El calendario de los indios de esos lugares, sobre todo de la

América del Norte, que viven en condiciones muy atrasadas y trashumantes, está muy lejos del grado de sofisticación que tanto llama la atención en el de los mayas y aztecas. No tienen noción de horas, semanas y años. El tiempo es para ellos un día que se repite indefinidamente, con la única variación de las lunaciones. Para comunicar a otras tribus la fecha de una asamblea, se sirven de un «manojillo de varillas», en los que cabe ver una de las formas originarias de los quipus. La carencia de un calendario digno de ese nombre hace que su vida sea semejante a la de «los brutos, sin horas determinadas para las distribuciones». También se parecen a los brutos «en ser de poco sueño». Antonio de Ulloa pasa después a tratar cuestiones relacionadas con sus viviendas. Son de planta redonda y alcanzan la altura aproximada de un hombre. La pared se alza derecha y la techumbre tiene forma piramidal. Alrededor de la vivienda, por la parte de dentro, ponen un tablado que les sirve para tenderse sobre pieles de los animales que cazan, y en el centro encienden el hogar. Estas viviendas no tienen más abertura que la puerta, que es muy estrecha y con la altura precisa para poder entrar. El humo sale por ella y por entre las ramazones y hojas que forman la techumbre. El material empleado para la construcción es barro y piedra en unos casos, madera en otros. Y, de nuevo, muestra Ulloa sus dotes de observación y su tendencia a establecer comparaciones que le permitan llegar al origen común de los diferentes productos culturales, cuando añade: «Por la parte de adentro en la pared hacen unos nichos cuadrilongos de un pie o media vara de alto y una cuarta de ancho, al modo de los que se ven en los palacios de los Incas en el Perú, que les sirven para poner las pocas cosas de que hacen uso».

Cada familia tiene su casa propia, que sólo se diferencia de la de los demás en el tamaño. Junto a las particulares, Ulloa destaca la existencia en cada población de una casa común de planta cuadrada y con tablados alrededor, que es mucho más grande



que las particulares y sirve como lugar de reunión. En ella «tratan sobre el tiempo en que han de salir a hacer caza o pesca; los que han de ir en cada cuadrilla; los parajes adonde se han de distribuir; el tiempo que han de estar fuera para volverse a juntar, y también el modo de hacer las correrías contra los extranjeros establecidos [...]. En esta se juntan para beber y para celebrar sus festividades con danzas; sobre ella tienen el granero donde recogen el maíz y las calabazas que les ha dado la cosecha». Dos siglos antes Diego de Landa, al tratar de los indios de Yucatán, había descrito una casa semejante, a la que llamamos Casa Abierta, pero, mientras que las de Yucatán sólo servían para alojar a los jóvenes solteros del poblado, las descritas por Ulloa desempeñan funciones sociales mucho más amplias, pudiéndoselas considerar una combinación de ayuntamiento, casino, taberna y almacén. Ulloa observa que incluso los civilizados indios del Perú tienen en sus pueblos esas casas comunales.

La combinación de lo divertido con lo serio, de lo laboral con lo lúdico no es exclusiva de esas casas. Una combinación semejante observa Ulloa en la manera en que los indios mezclan trabajo y diversión, lo que permite descubrir el origen de ciertas formas populares de música. Hasta tal punto es importante para los indios combinar el esfuerzo laboral con la diversión de tipo musical que «si les faltasen tales atractivos de bebida y baile, no concurrirían» al trabajo. Al tratar de sus hábitos culinarios, Ulloa no deja de observar los aspectos positivos. El hecho de que incluso los indios civilizados acostumbren a comer el pescado crudo y vivo, cuando todavía está saltando en las playas recién extraído de las redes, explica que les resulte fácil sustentarse en cualesquiera situaciones. Ulloa estima que se trata de una costumbre que les viene de tiempos muy antiguos y que esa forma de alimentarse «les sustenta más, y les altera menos, necesitando menos de beber que cuando el alimento está

preparado con sal, con cosas grasas o con otros ingredientes».

Aunque Ulloa tiende a pensar en la inferioridad de los indios si se les compara con los europeos, reconoce que los propios indios, concretamente los de la Luisiana y otras partes de la América del Norte, tienen un concepto mucho más lisonjero de sí mismos, pues están persuadidos de que los europeos no pueden igualarles en perspicacia. La importancia que otorgan a esa cualidad nace «de que su intento es siempre engañar sin que se perciba» y sin ser ellos engañados. A pesar de que «no perdonan el agravio cuando se les falta a lo que se les promete», ocurre «que no conocen buena fe, ni legalidad, pues en lo más urgente de las ocasiones faltan, disculpándose después con pretextos que forjan al intento». Además de la perspicacia de la que tanto presumen, los indios se atribuyen el don de la elocuencia y piensan que sus discursos son el no va más de la persuasión. Ulloa los considera, en cambio, «largos, cansados e importunos hasta el extremo».

Al tratar de sus formas de religiosidad, Ulloa describe un rito que los indios del Perú celebran en lo alto de los cerros, donde convocan al Diablo y conversan con él. En esos lugares se ven montoncitos de piedras puestas cerca de donde pasa el camino. Cada indio lleva su piedra y la coloca en el montón. Ulloa relaciona esta práctica con la que en la antigüedad hacían los gentiles en honor del dios Mercurio colocando cada caminante una piedra en las encrucijadas de los caminos. Ulloa podría haber mencionado también, de haberla conocido, una práctica semejante que se ha mantenido hasta nuestros días en el Tíbet y que corroboraría la procedencia asiática de los indios del Perú.

Nuestro ilustrado viajero describe seguidamente otra práctica muy extendida entre las tribus indias de la Luisiana y otras partes de la América del Norte, que es bastante conocida del hombre moderno gracias al cine: «el *calumó*, que es una pipa [...], y de

una misma chupan el tabaco cuantos están en la compañía. Este *calumó* sirve de cumplido o saludo entre ellos, como entre los europeos el brindarse con el vino». Ulloa encuentra que la moda del calumó, practicada sobre todo por los indios de la Luisiana y otras zonas de la América del Norte, es semejante a la que tienen los orientales cuando obsequian a sus visitantes presentándoles pipa para que fumen y café u otras bebidas, «y así sin haberse comunicado unas naciones con otras, convienen entre sí, siendo de las partes más remotas de la tierra; lo cual arguye, así por el uso como por el modo, haber tenido principio en un mismo tiempo». Como si de un uso lingüístico se tratase, Ulloa, una vez más, deduce, al comparar usos sociales prácticamente idénticos en pueblos diferentes, una etimología o «raíz usual» común, que, con el tiempo y los cambios producidos en las condiciones de vida, se ha ido ramificando en poblaciones que pueden encontrarse muy apartadas entre sí. Esta consideración «etimológica» de los usos y costumbres guarda un notable paralelismo con la que en esas fechas está haciendo Hervás y Panduro respecto a los usos lingüísticos, y lleva a Ulloa a avanzar un pronóstico sobre el futuro de las Indias, que ve destinadas a albergar una población esencialmente mestiza en el siglo veintiuno: «Con la confusión de mezclas de castas europea, africana e india, vendrán a poblarse enteramente de una raza mixta que participará de todas sin ser perfectamente de ninguna de las primitivas. Aquel Mundo, nuevo a la verdad para las gentes que no lo conocían, podrá serlo también en sus pobladores, respecto de las otras partes».

A Ulloa le llama la atención que, después de la Conquista, los indios olvidasen algunas prácticas de índole técnica, como el modo de fabricar las vasijas antiguas, el de labrar la piedra dura con cierta clase de metales y el de elaborar las armas de que se servían antaño. Este olvido es tan completo que, actualmente, los indios civilizados no acertarían «a preparar una flecha

engastándole el pedernal, ni a colocarle las plumas, para que fuese derecha adonde la encaminase el impulso; mucho menos a disponer el arco en la debida proporción; y esto mismo que para los que subsisten en la barbarie primitiva es un juguete, para los sucesores es un imposible, sin que haya más razón para ello que la falta de uso». Es, pues, «la falta de uso» el factor que ante todo determina, en los diferentes pueblos y culturas, la pérdida del nivel tecnológico. Basta que se deje de usar un artefacto para que se pierda el conocimiento de su fabricación.

También hace Ulloa interesantes consideraciones sociológicas sobre los españoles afincados en América. En relación con los trabajos mecánicos, observa que no se comportan como otros europeos, lo que puede ser atribuido al clásico complejo *hidalgo* del español, que en los tiempos en que Ulloa publica su libro, ya avanzado el reinado de Carlos III, está en retroceso, al menos en la Península, gracias al afianzamiento de nuevos paradigmas económico-sociales y, más en particular, a una legislación que mira a ennoblecer todo tipo de actividad laboral socialmente útil. Ulloa observa que ese menosprecio es causa de que no se produzcan poblamientos suficientes en los vastos territorios gobernados por España. Estima que se debe superar esa actitud, pues impide que las poblaciones crezcan numéricamente y prosperen económicamente, dos condiciones indispensables para el mantenimiento de una monarquía tan vasta en unos tiempos en que los intereses económicos empiezan a figurar como sinónimo de progreso, expansión política y hasta panacea de los males de la Humanidad.

Del gran viajero que fue Antonio de Ulloa —viajero por toda América y por toda Europa— vamos a pasar ahora a otro, también de los tiempos de Carlos III, que no tiene ciertamente el carácter de sabio enciclopédico de Antonio de Ulloa pero que ostenta rasgos de pionero y va a conjugar, en su viaje, las observaciones militares con las de índole etnológica y

antropológico-cultural. La necesidad de descubrir un camino interior que ponga en comunicación a Sonora con la Alta California (vital para la subsistencia de las fundaciones establecidas en esa región, pues de lo contrario dependían exclusivamente del auxilio que se les pudiese prestar por mar) lleva al militar Juan Bautista de Anza a buscarlo. Anza sale del presidio de Tubac y se dirige a la misión de Monterrey de forma que para llegar a su destino habrá de cruzar los ríos Gila y Colorado.

El *Diario de la primera expedición a la Alta California (1774)* en el que Anza deja consignado su primer viaje atestigua el interés que suscitan las cuestiones de antropología cultural y etnología en los expedicionarios españoles de la segunda mitad del siglo dieciocho y, también, hasta qué punto sigue viva la idea misionera o evangelizadora. A los jefes indios con los que se encuentra en su camino Anza les predica que no hay más que un Dios, y un amo sujeto a Dios, que es el rey, el cual ha mandado que todos los españoles les consideren «hermanos, y que porque los ama a todos me envía por estas partes». Anza describe a menudo la idiosincrasia de los indios, su forma de gobierno, el aprendizaje que hacen del español, sus artesanías primitivas, incluso las ruinas de un palacio. He aquí un párrafo característico: «Los indios que habitaban al norte de Sonora —seris, pimas altos, apaches gileños y yumas— [eran] diferentes por el idioma y la organización político-social y la religión que profesaban. No obstante, coincidían en que la propiedad de la tierra era comunal, siendo la agricultura la base fundamental de su existencia. Solían vivir en rancherías, poblados habitados generalmente por los miembros del mismo clan. Sus creencias solían ser animistas de tipo panteísta, llegando a creer que hasta los objetos y utensilios propiedad de cualquier persona también poseían alma. A todos los seres espirituales en los que creían los agrupaban bajo la denominación de “espíritus guardianes”, los

cuales compartían en sí los principios de dualidad del bien y del mal y actuaban según la conducta del creyente, para quien lo más terrible que le podía suceder era la “pérdida del alma”, vicisitud que les conducía a situaciones depresivas y al padecimiento de enfermedades».

Para aliviar esta situación los indios cuentan con chamanes que tratan de remediar las enfermedades. Hay incluso jesuitas que creen que esos hechiceros tienen poderes para convertirse en animales y hacerse invisibles. Algunos incluso han sido testigos de cómo intentaban embrujar a los misioneros empleando para ello técnicas similares a las de los brujos del vudú haitiano, como se observa en el relato de la muerte del P. Marcos de Loyola. Según la *Relación del Padre Carlos de Rojas* (Arizpe, 28 de julio de 1744), «sus males no eran de enfermedad natural, sino causada del común enemigo; el Demonio, viéndose vencido de tan valeroso soldado, se valió de un hechicero que enhechizó al padre, habiéndole lastimado las narices, de donde, con admiración de todos, echaba el Padre unos gusanos peludos, que le comieron las narices y le redujeron a tan lamentable estado que murió en la misión de Aconchi». El hechizo fue descubierto en una cueva y consistía en «un muñeco vestido de jesuita con una espina atravesada en la nariz».

Anza nos suministra también informaciones lingüísticas de interés, pues hacen referencia al origen visuo-gestual del lenguaje, como la de que, para comunicarse entre sí, los indios seris no necesitan formar palabras, ni articular voces, sino que «con ademán de labios y aspiraciones entre confusas y suprimidas en las garganta» se entienden y explican, sin que sea posible «traducir a la pluma lo que ellos en ademanes y gestos hacen por pronunciar». De la música le interesa a Anza en particular el poder que tiene para atraer a los indios a las ceremonias religiosas.

Un año después de efectuada su primera expedición a California por el interior, Anza sale de nuevo de Tubac el 26 de octubre de 1775 acompañado de doscientas cuarenta personas. En la Pimería Alta se vuelve a encontrar con su viejo conocido Salvador Palma, jefe de los indios yumas, y propone al padre Garcés que inicie el proceso de catequización. La expedición sigue el itinerario establecido por el militar español Pedro de Fages en 1772 hasta Monterrey, y llega a la misión de San Gabriel el 4 de enero de 1776. Anza envía entonces el tocado de Cuerno Verde (jefe de los comanches de Nuevo México) al virrey Bucareli, el cual, a su vez, lo remite a Carlos III, quien se lo manda al papa Pío VI, el cual lo deposita en el museo Vaticano, donde se puede ver en la actualidad.

Anza pone de relieve la importancia de tratar humanamente a los indios y de propagar el cristianismo. Como muestra de su *Diario de la segunda expedición a la Alta California (1775-1776)* y de su interés etno-antropológico, veamos el contenido de una jornada, la del domingo 24 de marzo de 1776, cuando Anza se halla cerca del sitio de San Bernardino, y también de Las Llagas: «Hemos notado en este paraje que, en el lugar que se dijo la última misa cuando por él viajaron los nuestros, en los palos que clavaron y pusieron el altar, los hemos hallado llenos de flechas adornadas de plumas de colores, y colgados algunos saquillos de comestibles ya corruptos, que indica el reconocimiento que hacen estos gentiles; no sabemos a quién; pero de otros, que me acompaña algún conocimiento es lo más común a la inmortalidad de los suyos, bien que confusa y muy distinta de lo que es». Cuatro días después, el 28, refiere cómo él mismo planta una cruz en la boca de un puerto donde nadie había estado y al pie de la cruz pone, debajo de tierra, unas noticias de las cosas que ha visto, «para que les sirva de gobierno a los barcos que entren».

Unos años después de los viajes de Ulloa y Anza, ya al final

del reinado de Carlos III, Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809) estudia numerosos idiomas amerindios en su *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y enumeración, división y clases de estas según la diversidad de sus idiomas y dialectos* (Madrid, 1800-1805, seis volúmenes). Hombre de visión universal, Hervás traspasa el estrecho marco de las lenguas europeas, al que se habían limitado lingüistas anteriores, para abarcar lenguas de todo el mundo. Su labor recolectora se ve facilitada por su pertenencia a las dos instituciones más globales de la época: la monarquía católica y la religión católica. En su *Catálogo* elabora el jesuita conquense la gramática de más de cuarenta lenguas, es el primero en reconocer la superior importancia de la morfología para determinar el parentesco de las lenguas, y juzga que el nivel más permanente y consistente de una lengua no está en el vocabulario, sino en la estructura gramatical y fonética. Además, al estudiar las lenguas como vía para establecer familias étnicas, acierta a integrar la lingüística en el campo más amplio de la etnología y la antropología. Veinticinco años antes de que Franz Bopp demostrase la existencia de la familia indoeuropea, Hervás establece por primera vez el parentesco entre el griego y el sánscrito. Y frente a los lingüistas franceses, demuestra que el hebreo no fue la lengua del paraíso ni la primigenia, y deja sentado su parentesco con otras lenguas semíticas, como el arameo, el árabe y el siríaco.

Guillermo de Humboldt, que conoce a Hervás en Roma en los años en que su hermano Alejandro está viajando por la América hispana, elogia sin reservas la obra de este jesuita castellano, del que recibe un regalo inapreciable: el manuscrito de las *Gramáticas abreviadas de las dieciocho lenguas principales de América*. Los lingüistas Max Müller y Otto Jespersen tampoco escatimarán elogios a su labor. Hervás se adelanta al propio Humboldt en la teoría de que la lengua representa una visión del mundo y de la realidad, pues los idiomas no son sólo códigos que



sirven para regular las diferentes formas del habla, sino también métodos para hablar y pensar. Así mismo es el primero en señalar las analogías idiomáticas que se observan entre las lenguas indias de América del Sur (especialmente el araucano) y la lengua malaya. A partir de ahí etnólogos posteriores podrán sostener la tesis de que el malayo fue una de las lenguas madres de las utilizadas en América y la de que la población inicial de ese continente no sólo llegó a través del estrecho de Bering, según había intuido José de Acosta, sino también por la Polinesia.

El interés por conocer a fondo la realidad india —tanto en sus aspectos antropológicos, etnológicos y mitológicos como lingüísticos— cobra tanta actualidad en la España de mediados del siglo dieciocho que José Francisco de Isla, en su famosa novela *Fray Gerundio de Campazas alias Zotes* —protagonizada por una pareja de pícaros *a lo divino* y cuya primera edición, en 1758, se agota a los tres días de salir a la calle—, transcribe una «plática de disciplinantes» en la que se mezclan las religiones indígenas de América con la católica en un batido extrañamente moderno por lo que tiene de interculturalidad surrealista.

El caso es que en una aldea se acuerda hacer una procesión de rogativas para que el cielo depare una lluvia de la que estaban necesitados los campos, y con ese fin se decide que salga la cofradía de la Cruz y que fray Gerundio les dé una plática. Para componerla, el fraile estima que la mitología puede servirle y entonces se acuerda de «haber leído en un extraordinario libro, que se intitula *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*», obra de Lorenzo Boturini (Madrid, 1746), «cómo en honor del dios Izcacauhqui, que era el dios del fuego, iban los indios al monte por un grande árbol», árbol que el elocuente fraile ve pintiparado para representar el de la Cruz, y así, ni corto ni perezoso, tras volver a leer algunas páginas del citado libro y de otro de Gemelli Careri, «que trata de los símbolos de los meses indianos», enhebra un discurso en el que Tozoztli, que

significa «sangría o picadura de las venas» y simboliza el segundo mes, se mezcla con Tláloc, el dios de la lluvia, y con otras figuras de la mitología mexicana. Su estupenda plática termina con estas encendidas palabras:

«Mirad, fieles, que está enojado nuestro divino Tláloc; mirad que el benéfico Cinteotl se pone de parte de su ceño. Corred, corred a aplacarlos; volad, volad a satisfacerlos; empuñad, vuelvo a decir, esos *xuchiles*; tomad bien la medida de esos *magueys*; brote de vuestras espaldas el rojo licor a borbotones. Así aplacaréis la ira de los dioses; así satisfaceréis por vuestras culpas; así conseguiréis para vuestros campos epitalamios de lluvia, y para vuestras almas epiciclos soberanos de gracia, prenda segura de la Gloria».

Aunque se trate de una parodia, el P. Isla nos muestra en ese pasaje el interés de la España de la época por los temas de mitología americana y hasta qué punto se está produciendo un mestizaje cultural en el que los elementos en fusión van desde el clasicismo pompeyano hasta el exotismo nada clásico de Teotihuacán o Palenque. Como Carlos III llega a España un año después de publicarse la novela de Isla, bien puede decirse que el monarca que viene de Nápoles se da de bruces, al llegar a Madrid, con la temática étnica americana que fray Gerundio enarbola en su tan celebrado sermón, de la misma manera que cuando el infante Don Carlos llegó, procedente de Madrid, a Nápoles se fue a topar con el despliegue más impresionante que registra la historia de la mitología y el mundo clásico grecorromanos.

Antes de pasar a exponer las *Noticias de Nutka*, de José Mariano Mociño, hito fundacional de la etnología y la antropología cultural, hemos de dirigir la atención a las expediciones que durante el reinado de Carlos III ponen rumbo a Alaska desde California y completan la empresa descubridora y

cartográfica iniciada por España tres siglos antes. Mociño realizará su modélico estudio etnológico mientras acompaña en su viaje a la isla de Nutka al marino José Francisco de la Bodega y Quadra, que representa a la Corona en la llamada «expedición de límites».

## EN EL MAR INFINITO

Cuando se hace la historia de las exploraciones que tienen como escenario el océano Pacífico en la segunda mitad del siglo dieciocho, se citan a menudo nombres británicos o con ellos relacionados, como John Byron, Samuel Wallis, James Cook, George Vancouver y John Kendrick, a los que se suelen sumar las figuras francesas de Louis-Antoine de Bougainville y La Pérouse. Pero se pasa por alto, con la salvedad de Alejandro Malaspina, el papel no menos extraordinario de un destacado grupo de marinos españoles que hizo progresar el conocimiento de esas tierras y de sus poblaciones. Sin embargo, durante el reinado de Carlos III, que nombra para la Secretaría de Indias y Marina a ministros tan competentes como Julián Arriaga (1754-1776) y José de Gálvez (1776-1787), se llevan a cabo en América treinta y dos expediciones científicas, eso sin contar otras cuyo objetivo era político y militar, pero que también dieron copiosos frutos de índole científica, literaria y artística. Esas expediciones son, probablemente, las que aportan una información más amplia, sistemática y científica en los campos de la geografía, la botánica y, sobre todo, la etnología y la antropología en las tierras el Pacífico septentrional, pues nos vamos a centrar en éstas, además de ser las que se granjean más simpatías, como advertirá con sorpresa George Vancouver, entre unas poblaciones indígenas que solían mirar con ojos hostiles a cuantos arribaban a aquellas costas.

La falta de reconocimiento que ha afectado a esas expediciones es en buena parte debida a la política de silencio y

hasta ocultamiento con que el propio Gobierno de Carlos III promueve esos viajes, sobre todo los que se dirigen al Pacífico septentrional. Piensa que así los extranjeros no llegarán a conocer los puntos flacos de los dominios españoles y se evitará que se ponga en peligro el comercio que España desarrolla en el Pacífico, de forma casi exclusiva, desde finales del siglo dieciséis. Los ministros no parecen comprender que cuanta más publicidad se dé a los diarios y relaciones de navegación —tan abundantes por otro lado en los archivos españoles—, tanto más efectivo será el dominio de esos territorios, cuya toma de posesión hacen oficiales de marina y sacerdotes con la tradicional ceremonia que culmina en el momento de plantar una cruz en tierra ante la imaginable indiferencia con que la mayoría de las tripulaciones —formadas por mulatos, indios y chinos— sigue esa ceremonia, que es también atendida por un número indeterminado de indígenas que no entienden su significación y que, cuando ven alejarse a los españoles, se llevan la cruz a su poblado para plantarla delante de la casa principal como si de un poste totémico se tratara. Con razón habla Malaspina de alucinación respecto a esas ceremonias que tenían lugar «en parajes que aún no sabíamos si eran islas o continente, si eran o no habitados».

La publicación de los viajes y de las hazañas científicas anejas habría contribuido no poco a afirmar el derecho español a la soberanía sobre las tierras descubiertas y puesto un obstáculo considerable —el de la *opinión*, arma cada vez más poderosa— a las intromisiones, cada vez más frecuentes, de ingleses, rusos y, en menor grado, franceses. Inglaterra sabe, en cambio, sacar buen partido de la difusión, a menudo mitificada, de los viajes que llevan a cabo sus navegantes, como se ve en 1784 cuando con la publicación del diario del tercer viaje de Cook se contribuye a afirmar la impresión de que Inglaterra tiene preeminencia sobre España en el Pacífico y en la costa septentrional de América. Eso obliga a España a redoblar los esfuerzos para hacer frente a un

mundo encantado con las hazañas del capitán Cook.

Francia comprende también la importancia de poner ciertas dosis de mitología en la copa del relato histórico. Es lo que hace con La Pérouse. En 1785, para emular a Cook, Luis XVI comisiona al conde de La Pérouse la realización de una expedición semejante a la encabezada por el marino inglés. La Pérouse parte en agosto de 1785 del puerto de Brest al mando de las fragatas *Boussole* y *Astrolabe*. En Monterrey es recibido de la manera más amistosa y generosa por las autoridades españolas, que no tardan en descubrir, aunque los franceses pretendan ocultarlo, el interés que éstos tiene en el negocio de las pieles, que desde hace unos años practican rusos e ingleses en las costas del Pacífico septentrional. Los barcos franceses siguen la ruta de Kamchatka, anclan en Yakutat el 26 de junio de 1787 y, siguiendo la orden de ocupar un puerto situado al norte del de Bucareli, considerado el punto más septentrional de las posesiones españolas, La Pérouse escoge el Port des Français en los 58° 37' como base de la actividad francesa en la zona. Después retorna a Monterrey, donde informa al marino español Esteban José Martínez de los avances rusos por las costas de la América septentrional. La Pérouse no podrá, sin embargo, culminar su viaje. Muere en 1788, al norte de las Nuevas Hébridas, cuando regresaba a Francia. Es una muerte que puede servir de emblema de la decadencia de Francia en el Nuevo Continente, o, para decirlo con palabras del historiador mexicano Miguel León Portilla, «el fracaso de la expedición de La Pérouse vino a ser un corolario de la retirada de ese país tanto del Canadá como de la Luisiana (1763) y, en general, de las áreas más importantes de América». Sin embargo, el relato de su fracasado viaje alrededor del mundo, que se publica en 1797 durante el Directorio, aureola a La Pérouse con un nimbo misterioso, como si una maldición innombrable le hubiera perseguido y fulminado en los últimos confines del mundo. El

fiasco del marino francés no impide, sin embargo, su glorificación.

En el caso de la muerte del capitán Cook las artes de la propaganda o, por mejor decir, de la manipulación se muestran todavía más activas, con la particularidad de que, en vez de nimbarle con un final misterioso, le van a presentar luciendo un atuendo heroico. «La muerte de Cook en la isla Hawaii», señala Pedro Ortiz Armengol, «muestra el tenaz y logrado esfuerzo británico por pulir y abrillantar su historia. Como respondiendo a una consigna, existen varias ilustraciones, muy divulgadas, que glorifican a Cook como muerto por la espalda por malvados indígenas [...], mientras el agredido Cook está tratando de evitar que los marinos ingleses disparen a bocajarro sobre los nativos. ¡Qué estampa tan filantrópica! La verdad fue radicalmente distinta». ¿Cómo se produjo, en realidad, la *heroica* muerte de Cook? Se produjo cuando, estando en la bahía de Kealekekua, mató con arma de fuego a un natural de Hawái que quiso tomar un bote a los británicos. O sea, su letal *over-reaction* hizo que aquellos pacíficos isleños tomaran las armas y, como represalia, le matasen. Las estampas clásicas que muestran al capitán inglés en actitud filantrópica y a los indígenas en actitud alevosa tienen, como observa Ortiz Armengol, «una intención tergiversadora evidente». Que, por otro lado, logró hacer olvidar algunos detalles de la vida de Cook, como que fue un joven sin escrúpulos que no tuvo inconveniente en practicar el contrabando y que, en resumidas cuentas, hizo un viaje cuyo mérito se ha exagerado notablemente, ya que tuvo lugar doscientos cincuenta años después del que hicieron otros en circunstancias mucho más meritorias.

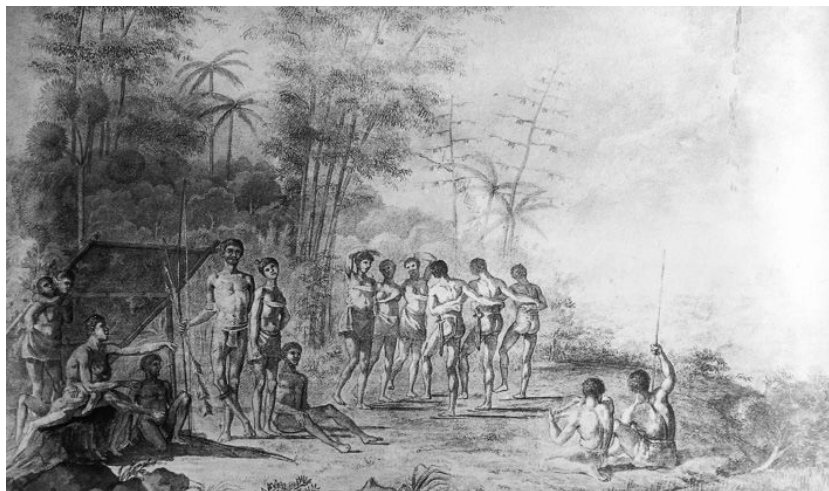
Pero, a despecho de su carácter tergiversador, el resultado de la operación propagandística se verá coronado por el éxito. Alejandro Malaspina lo sentirá en carne propia. Al regresar a España tras una expedición que con tanto brillo se destaca en el

Siglo de las Luces, se le bautiza como «el Cook español» y así se cree honrar a ese hombre íntegro y experto en astronomía náutica, física experimental y tantas otras materias que, con un equipo excepcional de marinos, científicos y artistas —muy superiores a los que acompañaban a Cook—, navega durante más de cinco años (1789-1794) a bordo de buques también excepcionales (las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*), desde el cabo de Hornos hasta Alaska, desde Acapulco hasta Manila, la Melanesia, Australia, Nueva Zelanda, el archipiélago de Vavao (Tonga) y otros de la Polinesia (*Fig. 27*). Basta con comparar las expediciones de Cook y Malaspina para ver que, desde el punto de vista científico y artístico, los frutos de la expedición del segundo superan con mucho los de las expediciones del primero. Con ser importantes los logros de Cook —unas mil especies de plantas y gran número de peces, aves, insectos, minerales, armas y material etnológico, además de unos mil trescientos dibujos y una valiosa información geográfica—, muy superiores son los aportados por Malaspina, como en seguida veremos.

El 10 de septiembre de 1788 Alejandro Malaspina y José de Bustamante presentan al ministro Valdés un proyecto de expedición cuya realización podrá aportar una valiosa información sobre las tierras que se proponen visitar en asuntos tan variados como la situación política, el desarrollo económico (incluyendo producciones y estadísticas comerciales), etnología, antropología, demografía, geología, hidrografía, vientos, mareas y corrientes, física, química, botánica, zoología, historia natural y, por supuesto, cartografía, que, según el curso que llevará a cabo la expedición, se hará de las costas de América del Norte y del Sur, de archipiélagos y territorios del Pacífico, como las islas Hawái, las Filipinas, Australia o Nueva Zelanda, y del área del cabo de Buena Esperanza. Malaspina y Bustamante preparan con tanto esmero la expedición que, antes de llevarla a cabo, hacen consultas a las academias de ciencias de Londres, París y Turín, al



Observatorio de Cádiz y a sabios de la categoría de Ulloa, Tofiño, Gómez Ortega, Banks, Lalande y Spallanzani.



27 Baile de los hombres en las islas Vavao, dibujo de Fernando Brambila; fotografía de hacia 1876.

El 31 de julio de 1789 zarpan del puerto de Cádiz las corbetas *Descubierta* y *Atrevida* con rumbo a Montevideo. Hasta cinco años después, el 21 de septiembre de 1794, no regresarán a la Península. La dotación ha sido cuidadosamente seleccionada. Malaspina pone especial cuidado en conservar el buen estado de salud a bordo. Ante todo, trata de hacer frente a las tres causas principales de las enfermedades de los marineros: alimentación defectuosa, mala calidad del aire y el tránsito brusco del calor al frío o al revés. Establece adecuadas reglas de higiene, ventilación, ropa y, sobre todo, una alimentación sana, que se compone de víveres llamados comunes, como cereales, legumbres y tocino, junto a los extraordinarios o antiescorbúticos, entre los que se encuentran barriles de col, vino de Sanlúcar y carne seca, además de cuarenta terneros, quince carneros, veinte cerdos y trescientas gallinas que suben a bordo de las corbetas. De la forma como Malaspina dirige la expedición tenemos el testimonio de Manuel Agote, representante de la Compañía de Filipinas a bordo de la *Astrea*, que en una carta dice que la ha conducido «con una prudencia sin límites, dándose a conocer durante la navegación

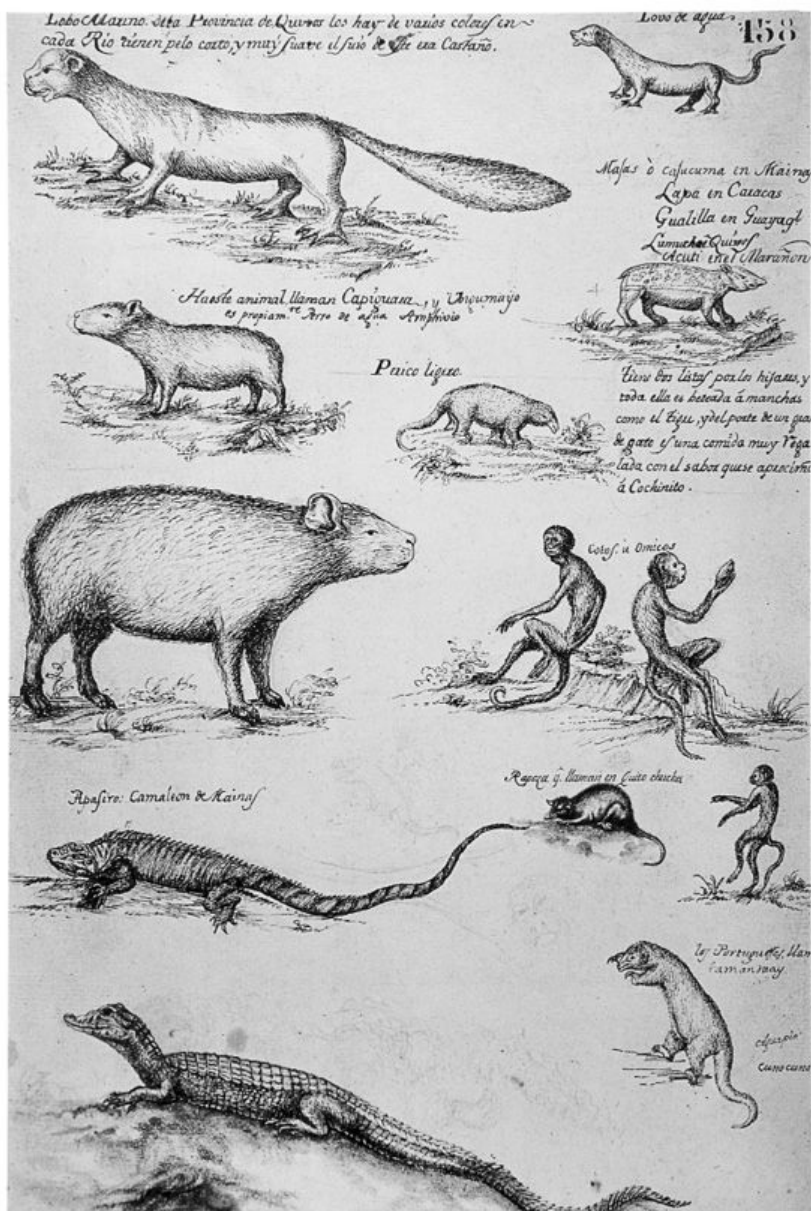
estar adornado de todas aquellas cualidades que se requieren en un perfecto marino». Bustamante contribuye también de forma decisiva al éxito de la expedición. Su tranquilo talante será vital en momentos críticos, como cuando se ha de sofocar en Mulgrave una revuelta de indígenas soliviantados por la suspensión de sus intercambios con los miembros de la expedición tras producirse el robo de unas prendas.

La expedición aporta a España vastas colecciones botánicas y mineralógicas, enriquecidas con trajes, instrumentos, productos indígenas y los magníficos dibujos de plantas, vistas de ciudades, retratos de caciques e instrumentos que realizan los artistas que forman parte de la misma (*Fig. 28*). Demos algunos detalles de interés. Entre finales de septiembre y mediados de noviembre de 1789 los botánicos Luis Née y Antonio Pineda elaboran, sólo en la zona de Buenos Aires, un herbario de casi quinientas plantas y describen más de cincuenta especies de aves, algunos peces, insectos, minerales y petrificaciones. En la Patagonia verifican que sus habitantes son ciertamente altos —el cacique Junchar medía un metro noventa—, pero su altura no tiene nada que ver con la fantaseada por los dibujantes ingleses de la expedición comandada unos años antes por el comodoro John Byron, en cuyos dibujos los europeos aparecían como diminutos liliputienses al lado de los gigantescos patagones. De la magnitud de la labor de Née dan una idea las doce mil plantas que recolecta en el curso de la expedición. O sea, diez u once veces más que las recolectadas en los viajes de Cook. La colección de Née pasará a formar parte del Real Jardín Botánico de Madrid.

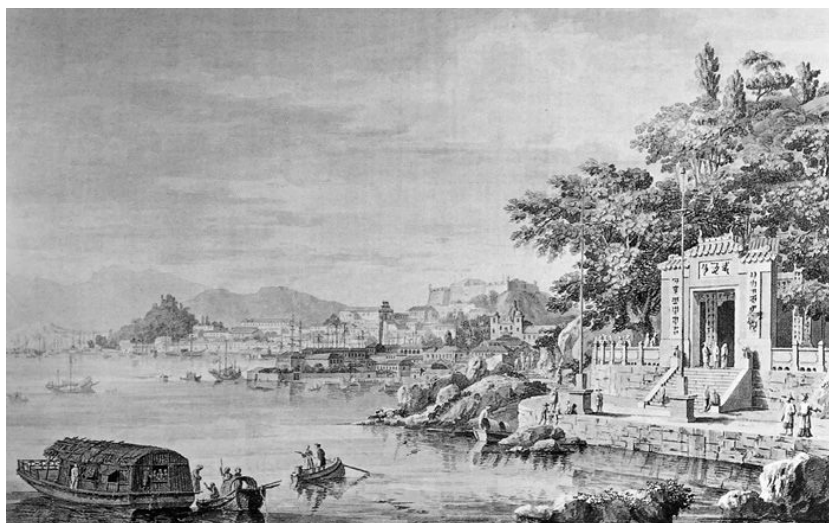
No menos impresionante es el inventario zoológico de Antonio Pineda. Este naturalista describe, en muchos casos por primera vez para la ciencia, trescientas cincuenta y siete especies de aves, ciento veinticuatro de peces, treinta y seis de cuadrúpedos y veintiuna de anfibios, algunos de los cuales serán «redescubiertos» en el siglo siguiente debido a que sus

descripciones quedarán manuscritas y sin publicar en el Real Gabinete de Historia Natural. Además, adelanta la teoría de que los dioses Vulcano y Neptuno colaboraron en la modelación de la corteza del planeta, hipótesis que expresada en forma de metáfora mitológica será secundada por Alejandro de Humboldt y Leopold von Buch, los cuales evolucionaron desde el pensamiento neptunista hacia el vulcanista al observar el comportamiento de los volcanes canarios y americanos.

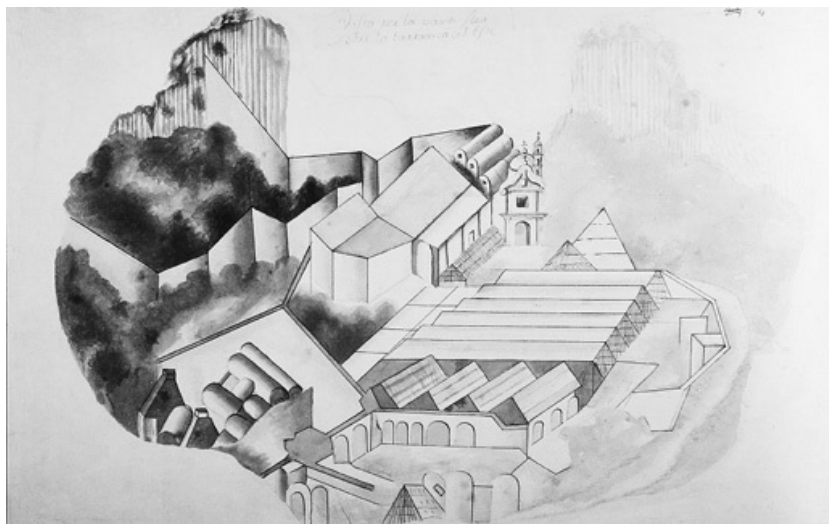
Otro de los científicos de la expedición, Tadeo Haenke, recoge entre 1789 y abril de 1790 más de mil cuatrocientas plantas y otros objetos de historia natural en la región del Río de la Plata, las pampas, las sierras de Mendoza y las montañas andinas. Entre 1790 y 1793 visita las minas de azogue de Punitaquim, de gran interés estratégico, hace mediciones de la gravedad para ver la forma de nuestro planeta, cartografía numerosas costas y acumula un espléndido herbario que en el primer año se eleva a cuatro mil plantas y, al final, arroja la impresionante cifra de quince mil plantas más quinientas especies zoológicas. Además, el naturalista checo entretiene a sus compañeros con sus raras habilidades musicales en el clavicordio y transcribiendo la música con la que se expresan los diferentes pueblos americanos y aun las aves que encuentran a su paso.



28 Cuadrúpedos, por José Guío, h. 1790.



29 *Vista de Macao*, por Fernando Brambila.



30 *Vista de Querétaro*, por José Gutiérrez.

No menos notable que el de los científicos es el elenco de artistas que se va renovando a lo largo del viaje. Está formado por los pintores José Guío, José del Pozo, José Cordero, Tomás de Suria, Juan Francisco Ravenet, Fernando Brambila, Francisco Pulgar, Francisco Lindo y José Gutiérrez. Las extraordinarias vistas de Brambila nos permiten contemplar Montevideo, Buenos Aires (la primera representación conocida de esa ciudad), Santiago de Chile, Lima, Panamá, Acapulco, México, Mulgrave,

Umátag de la isla de Guaham, Palápag de la isla de Samar, Sorsogon de la isla de Luzón en las Filipinas, Manila, Zamboanga de la isla de Mindanao, también en las Filipinas, Macao (*Fig. 29*), Sídney y Paratama en Nueva Gales del Sur, Soledad en las Islas Malvinas o los bancos de hielo y nieve entre los que pasa la *Atrevida*. La vista que de Querétaro, en la Nueva España, traza José Gutiérrez llama la atención por su carácter notoriamente cubista (*Fig. 30*).

La visita que hacen a Australia en 1793 pudo servir a los expedicionarios españoles para evocar a los compatriotas que, casi dos siglos antes, arribaron a esa parte del mundo. Pedro Fernández de Quirós es el primer europeo que, en 1606, pone pie en la isla de Tahití y el primero también que utiliza el término Australia para referirse a tierras de esas latitudes. Váez de Torres, que va en la misma expedición, llega al archipiélago de las Lusíadas, pasa a lo largo de la costa meridional de Nueva Guinea, logra salir, al cabo de dos meses, del inmenso dédalo de islas, bancos y rocas del estrecho que lleva su nombre y llena de topónimos españoles el litoral septentrional de Australia, hasta que al fin arriba a las Molucas y de allí aporta en las Filipinas. El Memorial nº 8 que escribe Quirós en 1609 sobre el viaje tiene en España tres ediciones en menos de un año, se propaga por toda Europa y Cook lo lleva en su periplo de 1788 y con él recorre la costa sur de Australia y el estrecho de Torres, aunque no es consciente de estar a la vista de un continente.

El precedente español más cercano de la expedición de Malaspina y Bustamante está en las tres que el virrey del Perú, Manuel Amat, envía desde el puerto de El Callao ante la eventualidad de que los ingleses se instalen en el Pacífico, pues no ignora la estancia de Cook en la isla de Tahití. La que en 1770 va al mando de González de Haedo es la primera de índole científica que hace una nación europea a la isla de Pascua. Efectuada la exploración geográfica, que da lugar a los primeros

planos de la isla que se conservan, se hace la descripción de sus habitantes y de sus monumentales ídolos, que se harán tan famosos con el tiempo, se realizan diversas observaciones de tipo etnológico y se toma posesión de la isla, rebautizada como San Carlos, en nombre de Carlos III, con el beneplácito de tres caciques indígenas.

Dos años después, en septiembre de 1772, Domingo Boenechea zarpa a bordo del *Águila*, atraviesa el Pacífico, toca las islas Tuamotu, Haraiki y las demás descubiertas por Quirós en 1606 y llega a Tahití, donde permanece un mes y medio. Lleva instrucciones semejantes a las dadas para la exploración de la isla de Pascua: descripción de la isla, levantamiento de planos, estudio de sus habitantes y de su lengua e información sobre posibles asentamientos extranjeros. En el curso del viaje se descubren o redescubren numerosas islas y se comprueba la ausencia de establecimientos ingleses, por lo que el virrey Amat decide enviar de nuevo a Boenechea para fundar una misión española. Dos años más tarde parten de nuevo desde El Callao Boenechea, al mando del *Águila*, y José Andía, al mando del paquebote *Júpiter*. Transportan la casa y utensilios necesarios para el establecimiento de una misión franciscana, que se inaugura en Tahití —bautizada como isla de Amat— con el consentimiento de los jefes indígenas, quienes manifiestan su complacencia por la declaración de soberanía española. No obstante, en 1775 Lángara recogerá a los franciscanos ante el temor de un ataque indígena. Seguramente, Malaspina, Bustamante y sus compañeros de expedición evocaron algunos de estos viajes mientras recorrían Australia y otras partes de Oceanía.

Pero, ¿realmente pudo Malaspina evocar con gusto estos viajes y los suyos propios al regresar a España? ¿En qué disposición anímica volvió a España? Pocos meses antes del regreso, escribe: «Por fin tengo la satisfacción de poder concluir

una empresa de la que debía estar, y realmente estoy, hastiado». Y, ya en Madrid, añade: «Es tan difícil ser recibido por el sultán [o sea, Manuel Godoy]; todo lo que le rodea está tan sumido en la confusión y el no hacer nada, que es imposible hacerse oír y poder actuar». En noviembre de 1795 es encarcelado bajo la acusación de instigador y revolucionario y condenado a diez años de prisión. Un año más tarde, la pena le será conmutada por la de destierro a Italia, donde fallecerá en 1809. Y, lo que no es menos grave que el encarcelamiento, la Corona pretende que cinco años de incesantes, arduos y fructíferos trabajos vayan a dormir en los desvanes de la Historia. La España de Carlos IV y de «el amigo Manuel» a la que llega Malaspina no es la que, en los meses postreros del reinado de Carlos III, auspició y facilitó su viaje, tan concienzudamente preparado, por los vastos mares del mundo.



# LOS RUSOS LLEGAN A ALASKA Y LA BÚSQUEDA DEL PASO DEL NOROESTE

Tres factores, relacionados entre sí, hacen que España despliegue durante el reinado de Carlos III una intensa actividad en las costas del Pacífico septentrional americano. El primero es el salto que desde los años sesenta dan los rusos desde la península de Kamchatka hasta Alaska con intención de llegar a California. Este movimiento hace que la Corona española se preocupe por asegurar las fronteras septentrionales del virreinato de la Nueva España y las fundaciones recientemente establecidas en California. El segundo es la presencia británica, también creciente, al descubrir en la zona grandes oportunidades en el negocio peletero. El tercer factor, relacionado con los otros dos, es la búsqueda, que se intensifica en esos años, del Paso del Noroeste que pondría en comunicación los océanos Atlántico y Pacífico. Caso de existir, representaría una revolución en las comunicaciones de Europa con el Extremo Oriente y, también, una amenaza a la estabilidad de las posesiones españolas en Norteamérica.

La tradición del Paso del Noroeste viene de lejos. Se remonta a la primera mitad del siglo dieciséis, cuando Hernán Cortés, tras conquistar el Imperio Azteca, especula sobre su existencia. En sus *Cartas de relación*, aventura un itinerario que permitiría llegar por el norte de la Florida hasta las Filipinas y las Molucas en un tiempo mucho menor que por el cabo de Hornos o el de Buena

Esperanza. El itinerario iría hasta la península del Labrador, y desde allí un estrecho permitiría pasar al Pacífico de forma que la navegación desde las Molucas hasta España sería «muy buena y muy breve, y tanto que sería las dos tercias partes menos que por donde ahora se navega y sin ningún riesgo». En 1532 envía Cortés desde Acapulco dos naves en dirección norte, que llegan hasta la entrada del golfo de California, desde entonces llamado Mar de Cortés, y unos años después envía otra que recorre por primera vez, en 1539 y 1540, los litorales de Sonora y Baja California. Una de las embarcaciones de esta expedición llega hasta el cabo del Engaño, en los 30º, y aunque no se descubre el Paso, se demuestra que California no es una isla.

López de Gómara contribuye a dar credibilidad a la existencia del Paso. Aunque se acerca a la verdad geográfica al determinar su posición ártica, no tiene en cuenta las dificultades que representa para la navegación, ni su longitud real. Al igual que antes lo había hecho Fernández de Oviedo, relata la historia del piloto Esteban Gómez, que estuvo en la junta celebrada en Badajoz por castellanos y portugueses sobre las Molucas, y en la que se trató de la conveniencia de descubrir un estrecho por el Atlántico norte que comunicase con el Pacífico. En 1525, a bordo de una carabela armada en La Coruña a costa de Carlos I, busca Gómez ese Paso siguiendo el itinerario de la península del Labrador, pero, aunque sube al norte de la Florida, no lo encuentra.

En 1596 Felipe II ordena continuar los descubrimientos en California. El virrey Zúñiga, conde de Monterrey, organiza una expedición al mando de Sebastián Vizcaíno, que sale de Acapulco en 1603, sobrepasa el cabo Mendocino y llega a los 43º norte, pero el frío y el escorbuto afectan seriamente a la tripulación, y muere, entre otros, el piloto Martín de Aguilar. Antonio de la Ascensión publica en 1613 el relato de Vizcaíno sobre ese viaje que tanto contribuye al conocimiento de la costa de California.

Torquemada lo da a conocer en su *Monarquía Indiana* y sitúa el cabo dedicado a Martín de Aguilar en los 43º norte, que es, en su opinión, la entrada occidental del estrecho de Anián. Ese estrecho, que separaría los continentes americano y asiático por el norte, aparece en varios mapas de la segunda mitad del siglo dieciséis como, por ejemplo, en el del veneciano Zaltieri, *Discoperto della Nova Franza*, de 1566, y en el del mundo, de 1568, de Abraham Ortelius.

La tradición del Paso del Noroeste se reviste con la fuerza persuasiva de los mitos gracias al relato del supuesto viaje de Apostolos Valerianus (1536-1602), más conocido como Juan de Fuca. Del descubrimiento hecho por este personaje sólo sabemos lo que se cuenta en el *Purchas his Pilgrimes*, compilación de escritos sobre viajes y descubrimientos publicada en 1625. Según Samuel Purchas, un comerciante inglés llamado Michael Lok habría conocido en Venecia al mencionado Fuca, el cual le dice que ha nacido en Grecia, se ha naturalizado español, ha estado al servicio de Felipe II y ha descubierto en 1592 el tan buscado Paso del Noroeste, pero, a despecho de tan señalado descubrimiento, la Corona no le ha dado ninguna recompensa. En las palabras de Fuca (cuyo nombre se ha asociado a los Fúcares, conocidos mercaderes y banqueros de Carlos I y Felipe II, en cuyas empresas Apostolos Valerianus pudo trabajar), hay algunos datos falsos y otros imprecisos. Lo más probable es que el tal Fuca tuviese una vaga noticia sobre un viaje al norte del golfo de California y que la acalorada fantasía de Lok pusiese el resto.

A las declaraciones del marino hispano-griego vienen a sumarse las que hace Lorenzo Ferrer Maldonado (1550-1625) en su *Relación de descubrimiento del estrecho de Anián*, obra escrita en 1609 para hacerla llegar a los funcionarios de la corte de Felipe III. De acuerdo con las experiencias náuticas que Maldonado se atribuye, se puede llegar a las Islas Filipinas en sólo tres meses si se sigue la ruta, por él descubierta en 1588, que permite acceder

al Paso del Noroeste por la península del Labrador, no lejos de Groenlandia. Maldonado cuenta que entró en ese estrecho por los 60° de latitud, luego fue subiendo hasta los 75°, desde allí fue disminuyendo siempre de latitud por mares parcialmente helados, ya que hizo su travesía en pleno invierno, y desembocó en el Mar del Sur por el mismo paralelo de los 60°.

El extremeño don García de Silva y Figueroa, que protagonizará, como ya hemos visto, uno de los viajes más sugestivos de la época, cuando en 1612 es enviado por Felipe III ante el sha de Persia, no tarda en poner en evidencia a Ferrer Maldonado. En el encuentro que tiene con él en Madrid en 1609, el futuro descubridor de Persépolis no necesita más que hacerle una pregunta para darse cuenta de que es un impostor: «Le pregunté en qué tiempo había navegado por aquel estrecho, y el que había tardado en navegarle hasta salir al mar Oriental, y asimismo en qué grado estaba la entrada y salida de él». Cuando Maldonado «respondió muy sosegado y confiado que la entrada estaba en 78° y la salida en 75°, y que lo había navegado en poco más de treinta días por los meses de noviembre y diciembre, quedé admirado de tan desvergonzado disparate». La *Relación* de Maldonado había nacido al ensalmo de otras ficciones revestidas de historia que, como los llamados falsos cronicones, hicieron época en la última década del siglo dieciséis.

En el Londres de principios del siglo dieciocho sale a escena un nuevo defensor de la tesis de Juan de Fuca y Ferrer Maldonado. Se llama Bartolomé de Fonte y se dice «Almirante de la Nueva España y el Perú y Príncipe de Chile». Con tan rimbombantes títulos lo presenta James Petiver en la revista londinense *Memoirs of the Curious*. Según la entrega de abril-junio de 1708, el tal almirante cuenta en una carta felizmente rescatada el viaje que realizó en 1640 desde el Callao de Lima a fin de descubrir «una comunicación entre el Mar del Sur y el Océano Atlántico e interceptar algunos navegantes procedentes

de Boston en Nueva Inglaterra a los que encontró en busca del Paso del Noroeste». A pesar del caótico estilo del relato y de que su contenido no es más que una grosera mistificación, tal vez inspirada en el desafortunado intento de exploración de la Alta California llevado a cabo en 1644 por el almirante aragonés Pedro Porter Casanate, la historia del príncipe de Chile suscita en Inglaterra gran interés y el Parlamento ofrece una recompensa a quien descubra el Paso.

Lo más grave es que a la superchería inglesa va a juntarse la francesa. Pues el 8 de abril de 1750 el astrónomo y cartógrafo Joseph Nicolas Delisle en una conferencia que da en la Academia de Ciencias de París hace referencia al viaje de Fonte y a las expediciones rusas a Alaska, para lo que se sirve de la experiencia personal de su hermano, el astrónomo Louis Delisle de la Croyère, que acompañó a Chirikov en la expedición de 1741. En el curso de la intervención académica Philippe Buache presenta un mapa donde incluye los supuestos descubrimientos de Fuca y Fonte, además de un golfo situado al oeste de Canadá y llamado «Mer de l'Ouest». Delisle publica ese mapa en junio de 1752 con el título de *Carte des Nouvelles Découvertes au Nord de la Mer du Sud*. El prestigio de estos geógrafos franceses contribuye a dar credibilidad a la existencia del famoso Paso, y a que la Corona española tome cartas en el asunto, pues entre el público asistente a la conferencia de Delisle se encuentran los célebres marinos y científicos Jorge Juan y Antonio de Ulloa, y el secretario de la embajada española, Ignacio de Luzán, que, además de ser el autor de su tan celebrada *Poética*, asiste en la capital francesa a los experimentos de física del abate Nollet y a su regreso a España se planteará la formación de una academia de ciencias.

En España no tardan en alzar la voz científicos que contradicen las fantasías enarboladas por los geógrafos franceses y los editores ingleses. En 1757 el jesuita Andrés Marcos Burriel, que está preparando la edición de las *Noticias de la California* de

Miguel Venegas, hace referencia a las expediciones rusas en Alaska y al peligro que representan para España, analiza las informaciones de Delisle y Buache y desmonta los mitos de Fuca y Fonte. Aunque el libro es traducido inmediatamente a varios idiomas, no consigue disipar las fantasías que envuelven el Paso del Noroeste. El franciscano José Torrubia, en su obra *I Moscoviti nella California*, editada en Roma en 1759 y en Nápoles en 1760, rebate también los argumentos que sustentan la tesis del Paso, defiende la primacía de los españoles en el descubrimiento de la costa noroeste de América y advierte al Gobierno sobre el peligro que supone la penetración rusa desde Alaska. «¿Los moscovitas en California?», se pregunta. Y responde: «Sí, estos mismos moscovitas que tan potentes se muestran en Alemania, estos mismos pueden ir a California con sus naves».

Los zares empiezan las exploraciones del extremo oriental del continente asiático a mediados de los años veinte, pero sólo en la primavera de 1741 la expedición que va al mando del marino ruso Alexei Chirikov y del danés Vitus Bering arriba a las inmediaciones de Alaska. El 15 de junio Chirikov, que va al frente de unos ciento cincuenta hombres entre los que se encuentra el ya mencionado astrónomo Louis Delisle de la Croyère, descubre una isla del archipiélago Alexander, en el sureste de Alaska, y el 26 avista la costa americana en los 55 grados y 36 minutos de latitud. Dos chalupas son enviadas a recoger leña y agua, pero, al ver que no regresan, Chirikov ordena el tornaviaje a Kamchatka, pues tiene a la tripulación enferma de escorbuto. La tragedia también se va a cebar en el buque capitaneado por Vitus Bering. Cuando el 16 de julio avista el impresionante monte de San Elías, el escorbuto tiene postrada a la tripulación, y, antes de llegar a Kamchatka, su barco se estrella contra un arrecife. Afortunadamente, todos los tripulantes llegan salvos a tierra, pero la isla se revela inhóspita y

acabará siendo su tumba. Los contados supervivientes logran construir en la primavera una barca y el 15 de agosto inician el retorno a Kamchatka, adonde llegan de puro milagro. La noticia que transmiten acerca de la riqueza de caza y, sobre todo, de peletería que tanto abunda en la zona suscita el interés de los comerciantes, y a partir de 1742 se organizan expediciones de tipo mercantil junto a las oficiales realizadas por motivos geopolíticos. Los rusos interrumpen sus expediciones entre 1753 y 1764 a causa de su participación en la guerra de los Siete Años, pero reciben un nuevo impulso en 1762, al subir al trono Catalina II. La fundación de la primera Compañía Rusa de Comercio en 1765 y su sucesora la Compañía Ruso-Americana contribuyen a que los asentamientos peleteros cobren una importancia cada vez mayor, con graves consecuencias para el medio ambiente, debido a la exterminación de la fauna, y también para la supervivencia de los indígenas.

Es entonces cuando la España de Carlos III descubre que, al reto representado tradicionalmente por Inglaterra, han venido a sumarse las inquietantes noticias que llegan a la Corte sobre los establecimientos rusos en las costas norteamericanas. El centro de gravedad de la política ultramarina se traslada así al Pacífico septentrional. Ya en 1759, encontrándose todavía en Nápoles, Carlos III había confiado al embajador francés, conde de Ossun, que, nada más llegar a España, su primera preocupación sería dar seguridad a las Indias españolas. Anticipándose al salto que Rusia dará en 1765 sobre el estrecho de Bering para plantarse en Alaska, Carlos III nombra en 1760 ministro plenipotenciario en la corte de Petersburgo a Pedro de Luján y Góngora, marqués de Almodóvar (duque desde 1780). El ministro de Estado, Ricardo Wall, le encarga «que, con la mayor maña y disimulo, tratéis de indagar a qué términos han llegado los descubrimientos de los rusos en las tentativas de su navegación a la California». Cumpliendo tales instrucciones, el marqués de Almodóvar

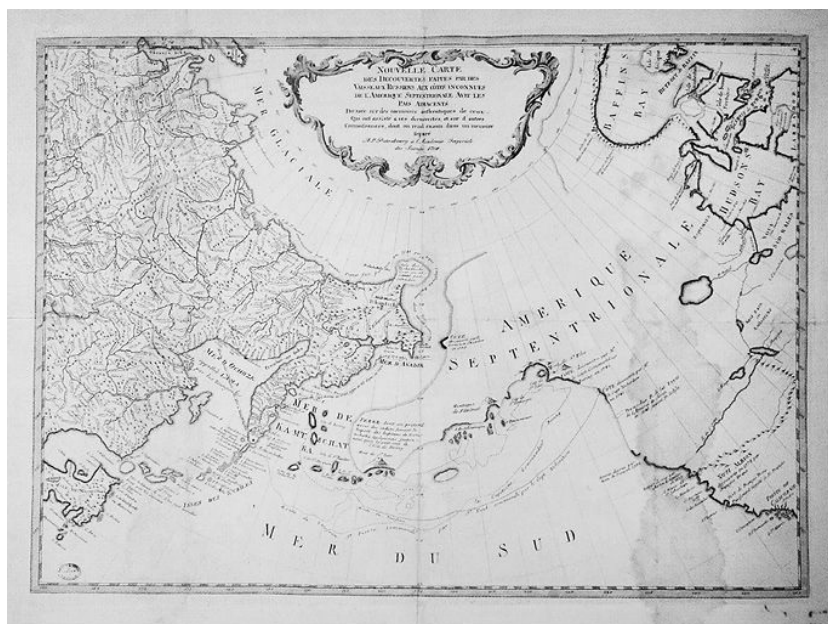
comunica al Gobierno con un tono demasiado elevado para los usos diplomáticos y, sobre todo, para los requerimientos geopolíticos y militares de la Corte que los viajes rusos más podían «servir para el adelantamiento de la Geografía, que para el aumento del Imperio ruso», aunque «en los siglos venideros podrá suceder otra cosa». También aborda el marqués, que es un hombre de gran cultura geográfica, la cuestión del hipotético Paso, rechazando de plano su existencia. En 1764 Álvaro de Navia, vizconde de la Herrería, que ha sucedido al marqués de Almodóvar como embajador en Petersburgo, informa al secretario de Estado marqués de Grimaldi de los avances rusos por el archipiélago de las Aleutianas y las costas de Alaska, señalando que «los rusos aspiran a crear una Nueva Rusia, a imitación de la Nueva España, en las tierras de Onalaska». Un año después, en 1765, José de Gálvez se encuentra ya en la Nueva España desempeñando, hasta 1771, la alta función de visitador general (en determinados aspectos, superior a la de virrey) con la misión de aplicar las reformas administrativas de Carlos III (*Fig. 31*).

Como en esos años Inglaterra proyecta abrir factorías de pesca y curtidos de pieles en las costas septentrionales del Pacífico, e introducir de contrabando sus productos manufacturados en los puertos hispanoamericanos, el Gobierno de Carlos III tiene doblados motivos para preocuparse. La carta que el embajador español en Londres, príncipe de Masserano, envía al monarca el 3 de junio de 1766 es una buena muestra de esa preocupación. Tras anunciar la llegada del comodoro John Byron, el embajador español pasa a decir que, en el encuentro que tuvo con él, le comunicó sus recelos acerca de los objetivos que perseguían las expediciones británicas en el Pacífico y una semana después, conversando con el duque de Richmond, Masserano le pregunta por los objetivos de la expedición que acababa de terminar. Como el inglés responde que fue a buscar gigantes en la



Patagonia, el embajador español le contesta que esa información se la podía haber facilitado Su Majestad Católica, a quien pertenecen esas tierras.

Un año después, en 1767, la gravedad de la situación se pone aún más de relieve. Herrería narra, en una misiva cifrada, los intentos rusos por desembarcar en América desde Kamchatka, añadiendo que «esta noticia ha llegado a la corte y se tiene en gran reserva así como las expediciones que continuarán». La situación se vuelve preocupante cuando se intercepta en Rusia una carta de la Cancillería del Gobierno de Siberia en la que se explica que «situarían un ejército de 25.000 hombres en la península de Kamchatka junto con un comandante inglés para proteger la zona». El tránsito de los rusos a Alaska podía parecer en la corte de Madrid un peligro mayor, pues se desconocía la distancia real entre California y Alaska. El 20 de noviembre de 1767 Herrería comunica al ministro Grimaldi que los rusos seguían con la intención de instalarse en América y, según ellos mismos dicen, ya han llegado a tierra firme, pero los indígenas «los obligaron a volverse a embarcar después de haber muerto trescientos rusos». El Gobierno de Carlos III no pasa por alto la eventualidad de que, llegado el caso, Rusia e Inglaterra puedan actuar como los dos brazos de una tenaza en una coyuntura en la que España ya no puede contar con la ayuda de Francia. Consiguientemente, Carlos III y su Gobierno impulsan la exploración y ocupación de las tierras de la costa noroccidental de América.



31 Establecimientos rusos en América del Norte, 1758, Academia Imperial de las Ciencias, San Petersburgo.

El 23 de enero de 1768 Grimaldi ordena al virrey de la Nueva España y al visitador José de Gálvez la exploración y colonización del puerto de Monterrey por mar y por tierra. Ese mismo año Gálvez elabora un plan con el objeto de extender los dominios españoles lo más al norte posible y proteger, en especial, las costas de Nueva Galicia. Con ese fin se crean la Comandancia General de las Provincias Internas —Nueva Vizcaya, Sinaloa, Sonora, las Californias, Coahuila, Nuevo México y Texas—, dependientes del virreinato de México, y San Blas de Nayarit, que tras ser apostadero desde 1768 pasa a ser Departamento Naval en 1774 y está situado en la costa del Pacífico (159 kilómetros al norte de Puerto Vallarta). Gálvez elabora también para el piloto Vicente Vila, comandante del paquebote *San Carlos*, destinado a ocupar el puerto de Monterrey, una instrucción que responde a las alarmantes noticias que el vizconde de la Herrería envía a Madrid desde Rusia. Gálvez es uno de los primeros altos funcionarios españoles que cobra plena

conciencia del peligro y de la necesidad de que España, para conjurarlo, extienda su esfera de influencia lo más al norte posible, para lo cual se necesita organizar expediciones de exploración. Según el primer punto de la instrucción de Gálvez, la expedición a California, además de difundir la religión católica y extender los dominios del rey, debe poner esa región de límites imprecisos por el norte «a cubierto de las ambiciosas tentativas de una nación extranjera». A continuación se recuerda el viaje de Sebastián Vizcaíno, realizado en el reinado de Felipe III, que llegó en 1606 a reconocer hasta los 42° de latitud norte, y se recomienda se dé buen trato a los indígenas.

Un año después, en 1769, se lleva a cabo la definitiva colonización de la Alta California. Las autoridades novohispanas envían al misionero fray Junípero Serra a ocupar nuevos territorios en el norte de California, pues lo esencial es poner en práctica la vieja máxima de tiempos de Felipe II de «conquistar es poblar». Del sistema de colonización de esa zona ha dicho el historiador Francisco Fuster Ruiz que «es posiblemente el más perfecto que se establece en toda la América hispana. Una acción combinada de tres elementos fundamentales: religioso, militar y civil». Los marinos Juan Pérez y José de Cañizares transportan a varios frailes con víveres y pertrechos hasta Monterrey en 1771 y años sucesivos. Consciente de la importancia del negocio peletero, a finales de 1768, mucho antes del estallido de ese negocio, el visitador José de Gálvez señala a los franciscanos establecidos en la Baja California que una interesante fuente de ingresos para las misiones sería la caza de nutrias y la venta de sus pieles, y plantea un razonable plan para emprender ese comercio, que, sin embargo, no se materializa de forma continuada.

El militar de origen irlandés conde de Lacy sucede, en 1772, al vizconde de la Herrería al frente de la embajada española en Petersburgo. Entre ese año y el siguiente, remite a Madrid un buen número de cartas donde se relatan los avances rusos en

América, y anticipa posibles tratados de Rusia con Gran Bretaña. En una carta de 11 de octubre del año 1772 informa del temor que tiene el Gobierno ruso de que los españoles puedan estar interesados en Kamchatka. Las informaciones que remite en abril de 1773 son especialmente preocupantes. A sus oídos ha llegado la noticia de que un considerable ejército ruso, mandado por un general inglés llamado Lloyd, está ultimando los preparativos para una invasión de China, y presumiblemente del Japón. Ese mismo mes el conde envía a Madrid mapas de las posesiones rusas en América. Madrid remite copias de esos mapas a las autoridades de la Nueva España. El 23 de diciembre de 1773 Lacy hace llegar a Madrid un mapa con referencias a las noticias aportadas por un comerciante ruso sobre los avances en América. Fruto de esta coyuntura geopolítica es también la carta que Íñigo Abbad y Lasierra dirige al rey en 1781 en la que propone realizar una obra de carácter geográfico que haga inventario de los productos, el comercio, la topografía y otros aspectos de California. En la *Descripción histórica y geográfica de la California, sus costas e islas hasta el estrecho de Anián*, de 1783, Abbad estudia la presencia rusa en América y anota que en 1773 los rusos han sacado de América más de trescientas mil pieles y sus aduanas han ingresado 25.000 rublos anuales en concepto de tasas de comercio, el cual se cifra en más de 300.000 rublos.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, se explica que Carlos III impulse, desde 1774, la organización de expediciones destinadas a explorar las costas americanas del Pacífico norte, a tomar posesión de esas regiones hasta los 61 grados de latitud, ya en Alaska, y a reunir información de carácter geográfico, zoológico, botánico y etnológico. La mayor parte de esas expediciones salen de San Blas de Nayarit. Formadas por españoles de América y de la Península, van a surcar las aguas más septentrionales del Pacífico y a estudiar la forma de vida de unas poblaciones indígenas que a veces no habían tenido ningún

contacto, hasta entonces, con gente procedente de Europa.

## RUMBO AL FIN DEL MUNDO

La historia que ahora se va a contar es una historia épica y borrasca que empieza el 18 de julio de 1773 cuando el virrey Antonio María de Bucareli encarga al alférez de fragata Juan Pérez que redacte un proyecto de expedición a la costa situada al norte de California. Pérez tendrá como segundo a Esteban José Martínez y la nave escogida será la fragata *Santiago*. La expedición se hace a la vela el 25 de enero de 1774 con dos objetivos a la vista: descubrir las posiciones rusas que pueda haber en la zona y asentar la soberanía española, adelantándose a la expansión rusa, en territorios que con el tiempo se llamarán Oregón, Washington, Columbia Británica y Alaska. El virrey Bucareli encarga a Juan Pérez que trate a los indígenas «con la mayor dulzura», atraiga su voluntad para que «se derrame en ellos la luz del Evangelio» y obtenga informes precisos acerca de sus costumbres, religión y los productos naturales de sus tierras. También se les habrá de preguntar si han visto otras embarcaciones, si de ellas bajaron hombres blancos, aunque hablando un idioma diferente del español, si esos viajeros pensaban volver y qué trato les dieron.

Al llegar a la altura de los 55 grados de latitud norte, la tripulación de la *Santiago* ve que unos grupos de indios haidas de las Islas de la Reina Carlota les rodean con canoas para obligarles a darles hierro y cobre a cambio de pieles. En el relato oficial del viaje se cuenta así el encuentro: «En 55 grados de latitud trató Pérez con los indios, y observó que eran robustos, alegres y de hermosos ojos. Las mujeres de bien parecer y tienen el labio

inferior taladrado, en cuya fisura introducen un óvalo que es de diferentes tamaños, según la edad de la que lleva este adorno. Hicieron su cambio de pieles de nutria, de osos y lobos por cuchillos, abalorios, etc., y era tal su viveza que era preciso darles con anticipación las bagatelas convenidas, y en caso de gustarles solían pedir más amenazando no entregar la presa contratada. Vieron en sus manos una media bayoneta y un pedazo de espada, que conceptuó Pérez fuesen de la gente que el capitán Chirikov mandó en su lancha en este mismo paraje y jamás volvió». Los indígenas, según anotan los expedicionarios, están en posesión de una cultura elevada, lo que echa por tierra la idea de que el nivel de civilización de las poblaciones indígenas disminuye a medida que se asciende hacia el norte.

En su viaje de regreso, Juan Pérez echa el ancla, el 8 de agosto de 1774, en el fondeadero de Nutka o de San Lorenzo —junto a la isla de Vancouver— y los españoles mantienen un activo comercio con los indios que se les acercan en sus canoas. A pesar del miedo que les inspiran un buque del porte de la fragata *Santiago* y la extraña apariencia de la tripulación, estos indígenas, como los haidas de las Islas de la Reina Carlota, se muestran encantados con el comercio que se les brinda y demandan especialmente piezas de hierro o cobre y manufacturas metálicas, como clavos, cuchillos y espadas. A pesar de ser la de Pérez la primera expedición europea que llega a estas costas, los españoles observan que los nativos tienen algunos utensilios y armas de cobre y hierro. Infieren que han podido llegarles a través del Pacífico mediante alguna forma de intercambio comercial con los países asiáticos. Como fruto material de su viaje, Juan Pérez lleva a la Nueva España dos cajones llenos de objetos manufacturados, armas y otros artículos, entre los que figuran mantas muy bien tejidas y diseñadas con variedad de colores y dibujos. Al examinarlos, las autoridades del virreinato y de la corte de Madrid no ocultan su sorpresa y un cierto entusiasmo,

pues entienden que esos indios pueden servir, en el futuro, como aliados y súbditos, o, por el contrario, como peligrosos enemigos, si contraen alianzas con otras naciones europeas.

Estimulado por las informaciones de Pérez, que regresa a San Blas de Nayarit el 3 de noviembre de 1774, tras nueve meses y nueve días de navegación, el virrey Bucareli organiza una segunda expedición para 1775 que se realizará en la fragata *Santiago*, la goleta *Sonora* y el paquebote *San Carlos*. Para esta expedición se cuenta con un plantel de oficiales de marina jóvenes recién llegados de la Península. A todos ellos los iremos encontrando en sucesivas expediciones por el Pacífico. Sus nombres son Bruno de Heceta, Miguel Manrique, Fernando Quirós, Juan Manuel de Ayala, Juan Francisco de la Bodega y Quadra, Francisco Antonio Mourelle de la Rúa e Ignacio de Arteaga. Su superior formación en matemáticas, astronomía y otras disciplinas les convierte en cualificados ejemplos del Siglo de las Luces.

Encabeza la nueva expedición Heceta. Va al mando de la fragata *Santiago* y lleva como segundo a Juan Pérez. Tiene el encargo de llegar hasta Alaska —ya visitada por Juan Pérez en esa misma fragata— y regresar costeando a fin de descubrir puertos o ensenadas de los que habrá de tomar posesión y levantar planos. Deseando ardientemente participar en la expedición, Juan Francisco de la Bodega y Quadra, llegado de España junto con los demás jóvenes marinos, pide permiso al virrey para embarcarse en la goleta *Sonora*, al no ver inconveniente en «ir bajo las órdenes de otro de mi misma graduación [Juan Manuel de Ayala], ni acordarme de los infinitos riesgos, incomodidades y continuos peligros que me esperan de una embarcación de dieciocho pies de quilla, y en alturas tan crecidas, donde la experiencia me ha hecho ver lo recio de los vientos y crecidas mares que rara vez faltan; sólo miraba al deseo de corresponder



con honor al encargo a que he venido, sacrificando mi salud y aún mi vida por Su Majestad».

Como se observa en el párrafo transcrito, que procede de su *Comentario de la navegación* (se guarda en el Museo Naval de Madrid), De la Bodega emplea un estilo narrativo más ágil y retórico de lo que se acostumbra en esa clase de literatura. No sólo se va a revelar como experto marino y cualificado científico, sino también como escritor de talento y hasta como personaje literario. Nacido en Lima en 1743, inició sus estudios superiores en la Universidad de San Marcos con sólo 16 años, y, todavía adolescente, se trasladó a la Península para seguir su formación en la Real Compañía de Guardiamarinas de Cádiz. Antes de regresar a América ya ha tenido embarcos en el Mediterráneo, y ha visitado los puertos de Nápoles, Palermo, Génova y Córcega, además del de Cartagena.

La goleta *Sonora*, en la que navega De la Bodega a las órdenes de Juan Manuel de Ayala, zarpa del puerto de San Blas el 16 de marzo de 1775. Lleva víveres para un año y agua para cuatro meses. El mismo día se hace a la vela el paquebote *San Carlos*, que va al mando de Miguel Manrique, quien lleva como segundo a José de Cañizares. Junto a los anteriores va también otro experto marino, Antonio Mourelle de la Rúa. Tres días después de la partida se hace una señal de socorro desde el paquebote. Ha surgido un grave problema. Miguel Manrique ha perdido el juicio. «Después de haberle sosegado en parte, de sus cavilaciones», dice De la Bodega, «lo conducimos a la fragata, en donde ni por sangrías, ni otras medicinas que se le aplicaron encontró alivio, antes más se enfurecía y empeoraba». Desembarcado y trasladado a Tepic, Ayala y De la Bodega pasan a mandar el paquebote *San Carlos* y la goleta *Sonora* respectivamente. Así inicia el marino limeño su intensa carrera en las aguas del Pacífico septentrional.

La *Sonora* es apenas mayor que una lancha. Para alojar a la tripulación, dispone de un camarote en el que sólo se puede estar sentado y cuyo equipamiento se reduce a una cama y un cajón que está debajo de la cama. La cubierta es tan exigua que ni siquiera permite el entretenimiento de darse un paseo. En esas condiciones van a permanecer De la Bodega y sus compañeros diez meses. Además, la *Sonora* no navega bien y le resulta imposible seguir la marcha de la fragata, a pesar de que ésta lleva un mástil estropeado. Desafiando el peligro de irse a pique, De la Bodega fuerza el velamen de su nave, aguanta impertérrito los embates del mar y logra levantar el ánimo de algunos marineros que fingen estar enfermos para ser trasladados a la fragata. «Deseoso de quitarles el miedo», dice De la Bodega, «salí y mandé se largase el rizo e izasen la vela, y mostrándoles enojo les dije que ninguno sin mi permiso volviese en adelante a arriar un palmo de vela, que yo estaba avergonzado de verlos tan pusilánimes y cobardes, que era bajeza indigna en los hombres demostrar tener tan poco espíritu, ni qué confianza podría tener ni qué debía esperar de ellos en alturas crecidas donde es preciso que los mares y vientos sean con mayor fuerza y más aparato». De la Bodega adopta a menudo en su *Comentario* un tono épico que muestra al joven y sufrido capitán irguiéndose frente a las inclemencias como heroica fuerza de inspiración.

El 9 de junio de 1775 De la Bodega descubre el Puerto de la Trinidad, al norte de California, entre los cabos Mendocino y Blanco. Observa que en ese lugar hay una colina costera que permite detectar en seguida la presencia y movimiento de naves propias y extrañas, y, llegado el caso, cumplir funciones de defensa. A partir de entonces este enclave comienza a formar parte del nuevo pasillo de defensa que sobre el océano Pacífico auspicia la Corona y alienta el virrey desde la Nueva España. Dos días después de la arribada, De la Bodega toma posesión de esas tierras con el rito tradicional de plantar una cruz en lo alto de un

monte y celebrar misa. Al describir a los indígenas de la zona, los yurok, y compararlos con otros grupos étnicos, De la Bodega discrepa de las tesis antiamericanistas y eurocéntricas tan en boga tras haberlas apoyado Buffon, el cual en obras de los años 1766 y 1767 sostiene la tesis de que los «salvajes» americanos han sufrido un proceso de degradación, debido al clima, la alimentación y las costumbres, lo que les ha convertido en seres «menos robustos, menos sencillos, más temerosos y más cobardes». Contradiciendo al ilustre naturalista, De la Bodega asevera que los yurok están muy lejos de tener cuerpos deformes o feos según el canon occidental de la época: «Son sumamente dóciles, de mediana estatura, bien hechos y encarados». Y pasa a describir de forma muy precisa la sociedad yurok, que vive en un estadio muy primitivo. Se fija en su indumentaria —confeccionada con pieles de venado, lobo y nutria—, viviendas, costumbres, armas y organización social en ranchos gobernados por un capitán. Anota su ateísmo y su costumbre de incinerar a los muertos. No ve con malos ojos su desnudez, ni la forma como se adornan: «Los hombres, cuando es excesivo el frío, se cubren con pieles de venado, lobo, nutria, etc., pero por lo regular no usan cosa alguna y exponen sus carnes a la inclemencia; traen algunos la cabeza coronada de hierbas olorosas y plumas [...]. En las orejas traen dos perfectos tornillos de hueso, se ciñen por la cintura con una correa y por la inmediación al tobillo con un hilo suavemente apretado; pintan su rostro, espalda y pecho de negro o azarcón y traen los brazos picados, formando diferentes dibujos».

En su afán por describir con la mayor objetividad al *otro* cultural, enuncia a veces juicios de carácter estético, como cuando afirma que le resulta atractiva y armónica la falda femenina tejida en forma de red. También se muestra sensible a las deformaciones del rostro femenino de las yurok, que enjuicia de forma negativa, aunque relaciona algunas de sus marcas

corporales con las de las mujeres de la Grecia clásica: «Las mujeres cubren la cabeza con una copa [...], tejida de pita y otras hierbas; tienen el pelo partido en dos trenzas a la usanza griega; usan en las orejas lo mismo que los hombres y distínguense de ellos con tres fajas picadas en el labio inferior, que [...] les afea las facciones de su rostro; traen al cuello varias sartas de cuentas diminutas hechas de frutas, hueso y conchas; pero usan desde la cintura a la pantorrilla una red primorosamente trabajada color azafrán y traen las mismas pieles que los hombres para cubrir la espalda». De la Bodega también menciona el cultivo del tabaco a que se dedican los yurok y anota que su alimentación se basa en la caza, la pesca y los productos de la tierra. Al enumerar las producciones de ésta, se expresa como un buen conocedor de la materia: «La tierra [...] está inundada de hierbas silvestres [...] entre las que se crían infinitas rosas de Castilla sumamente olorosas, orégano de mucha fragancia, lirios, llantén, manzanilla, apio, cardo y otras infinitas comunes de los campos; también se vieron fresas, moras de zarza, cebollas dulces y criadillas de tierra».

Pero como ocurre en los relatos épicos, frente a lo bueno y bello se alza lo malo, tenebroso y trágico. Haciendo gala de un optimismo temerario, De la Bodega se olvida de los aspectos violentos de estas poblaciones, a pesar de que Mourelle de la Rúa ha observado, en el Puerto de la Trinidad, la presencia de arcos y flechas, y que los hombres llevan suspendidos del cuello cuchillos que parecen piezas de sables viejos. El incidente surge el 12 de julio de 1775, cuando De la Bodega cree hallarse delante del estrecho de Juan de Fuca y la fragata *Santiago* está a cinco leguas de la costa. Varias canoas se aproximan al costado de la goleta. Llevan unos sesenta indios a bordo. Tras un primer momento de alarma, De la Bodega considera que los indígenas son «aún más dóciles que los de la Trinidad». Como si quisieran confirmarle en esa idea, los nativos ofrecen pescado, carne, legumbres y cántaros

de agua a cambio de pañuelos y abalorios. Debido a la presencia de muchas mujeres y niños en las canoas y a las invitaciones que les hacen los indígenas para que vayan a visitar su pueblo, los expedicionarios piensan que su intención es pacífica y amistosa. Y así, con el propósito de remediar la escasez de agua y leña, De la Bodega despacha a seis hombres, cada uno con un fusil, cartuchos, un sable y, en algunos casos, dos pistolas, además de abalorios para obsequiar a los indígenas. Nada más llegar los seis marineros a la playa, una banda de trescientos indios se precipita sobre ellos y los mata. De la Bodega y la tripulación contemplan horrorizados el espectáculo, pero no pueden acudir a socorrerlos pues no disponen de botes. Tampoco logran saber si algún marinero ha podido escapar al feroz y traicionero ataque, y refugiarse en la maleza. Para advertir del suceso a la *Santiago*, se hacen disparos de fusilería desde la *Sonora*, pero la señal no llega a la fragata.

Los diez sobrevivientes de la goleta, entre los que se cuentan cuatro marineros enfermos de escorbuto, tratan de ponerse bajo la protección de la fragata, pero en ese momento se acercan nueve canoas con unos treinta indios. De la Bodega prohíbe disparar hasta conocer sus intenciones. De hecho, en esa coyuntura sólo dos tripulantes y él mismo están en condiciones de hacer uso de los fusiles, ya que los demás se hallan postrados por el escorbuto o dedicados a otras tareas. Al ver que una canoa con nueve indios intenta abordar la goleta, ordena abrir fuego. Momentos después, se celebra una junta de oficiales a bordo de la *Santiago*. De la Bodega y Mourelle piden un destacamento de treinta hombres para vengar la muerte de sus compañeros y rescatar a los posibles sobrevivientes, pero el comandante Heceta estima que esa operación sería muy arriesgada y daría lugar a más bajas. Parten entonces las naves de la Rada de los Mártires, que hoy se llama Puerto de Grenville y se halla en el estado de Washington.

Acuciados por el escorbuto, la escasez de agua, el frío y el desánimo, los oficiales de la fragata apremian a Heceta para que ponga fin a la expedición, pero ni De la Bodega ni Mourelle aceptan semejante idea. Quieren llevar adelante la misión que les ha encomendado el virrey. De la Bodega hace llegar a la fragata su decisión dentro de un barril amarrado a un cabo. En ese escrito invoca la importancia del espíritu de sacrificio, proclama que desea conducir su nave «a los 61 grados o más» y concluye: «A mí se me ha entregado el mando, yo debo cumplir con el honor que corresponde a mi nacimiento. No se me oculta su pequeñez [la de la goleta *Sonora*], mal gobierno, poco aguante, ningún andar y serme indispensable forzar de más vela que la que requiere. [...] Dios ayuda y esfuerza las acciones grandes, y cuando me sea la fortuna tan adversa que no encuentre remedio, morir cada uno en su ejercicio y por el Rey es gloria para la posteridad».

De la Bodega cubre los vacíos causados en la tripulación de la goleta con reemplazos de la fragata, desde la que se le proporciona también una canoa, un cañón, pólvora, balas y provisiones. El 30 de julio la *Sonora* pierde de vista el farol de la fragata y, a pesar de repetidos disparos, no se restablece el contacto. De la Bodega cuenta que el tiempo estaba muy nublado y lluvioso; Mourelle se refiere a una tempestad que duró dos días. No parece, sin embargo, que la separación de la fragata y la goleta obedeciese a algún accidente natural. Una vez más De la Bodega ha visto la ocasión de demostrar su carácter heroico. El 16 de agosto de 1775 el marino limeño avista la costa a 57 grados, y en su *Comentario* menciona un monte muy elevado y nevado, al que llama San Francisco, y Mourelle, san Jacinto (hoy recibe el nombre de Edgecombe). El monte se eleva sobre un cabo al que se da el nombre del Engaño. El 17 y el 18 la goleta entra en ensenadas y el intrépido capitán toma posesión de esas tierras para España. La tripulación corta leña y llena los barriles

con el agua fresca de un riachuelo. Los indios pretenden obtener a cambio alguna recompensa y se presentan armados con grandes lanzas provistas de puntas de pedernal. De la Bodega les da a entender, con la escopeta en la mano, que está listo para defenderse. Los indios deponen su actitud.

Continuando la exploración rumbo al mítico Paso del Noroeste, el 25 de agosto la goleta entra en una enseñada amplia y cómoda que presenta varios brazos de mar bien abrigados de los vientos. El marino limeño le da el nombre de puerto de Bucareli en homenaje al virrey. Está ubicada a 55 grados y 14 minutos en la isla del Príncipe de Gales. De la Bodega ve en el puerto riachuelos y aljibes de agua fresca, florestas y tierra fértil. Tras alcanzar el grado 58 de latitud, ya en Alaska, el 6 de septiembre ordena iniciar un regreso que se va a revelar difícil. La tripulación está enferma de escorbuto y tiene dolores en las piernas. El propio comandante también se ve aquejado por esa enfermedad. Al llegar a Monterrey, encuentra a Heceta y la fragata *Santiago*. Tras pasar un mes en ese puerto, los expedicionarios zarpan hacia San Blas de Nayarit el 1 de noviembre. Al día siguiente, fallece Juan Pérez, el alférez mallorquín que había sido el primer europeo en explorar las remotas tierras del Pacífico septentrional americano. El 20 de noviembre de 1775, a los ocho meses y unos días de haber salido de San Blas, los sufridos navegantes entran de nuevo en ese puerto.

Tras recuperarse del escorbuto, que dejará quebrantada su salud para el resto de sus días, De la Bodega anota que el viaje de 1775 ha sido la contribución más importante que ha hecho hasta entonces como marino. En sus posteriores solicitudes de ascenso va a seguir utilizando la prosa épica que utiliza en 1775 para relatar su periplo, y así, en la carta que dirige a Carlos III en el verano de 1784, se ve, retrospectivamente, «lidiando los más furiosos huracanes en la mar, el siempre temible escorbuto que

amenazaba la total ruina» y «los continuos riesgos», hasta que, finalmente, la expedición se reviste de un aire casi legendario. De la Bodega no es el único que tiene una visión providencialista de su jornada rumbo a los helados y nebulosos mares del norte. Los frailes franciscanos del Colegio de San Fernando de México destacan, en una memoria de 1776, tres aspectos del viaje del marino limeño que revelan la mano de la Divina Providencia: la tripulación de la *Sonora* se libró de la muerte a la que el escorbuto la condenaba; se mantuvo en buen estado a pesar de no estar acostumbrada a vivir en latitudes tan cercanas al polo, y, por último, el Todopoderoso condujo a De la Bodega al gran puerto de Bucareli.

El virrey de este nombre lee con entusiasmo el *Comentario* de De la Bodega, comunica a Carlos III el carácter heroico de su navegación, ya que, a pesar de la extrema fragilidad de su nave, ha llegado a mayor altura que la fragata *Santiago* en condiciones mucho más duras de las que experimentará el capitán Cook en esas mismas latitudes un año después. El ministro de las Indias José de Gálvez examina en Madrid el *Comentario*, De la Bodega asciende a teniente de navío en 1776 y ejerce algún tiempo como comandante del departamento naval de San Blas. Al año siguiente recibe la orden de ir al Perú a comprar una fragata. El marino la adquiere en El Callao y le da el nombre de la *Favorita*. Carlos III ordena entonces una nueva expedición, que tendrá lugar en 1777 y que es la segunda de De la Bodega a esas latitudes y la tercera de las organizadas con ese destino.

Los rumores que llegan a la corte de Madrid acerca de nuevas expediciones rusas en la zona de la América septentrional y del viaje del capitán Cook al Pacífico preocupan al ministro José de Gálvez y a otros miembros del Gobierno, pero en ese momento no cabe pensar en organizar desde la Nueva España una expedición que pueda emular a la del capitán británico, el cual, antes de salir de Plymouth en julio de 1776, ha tenido



conocimiento del *Diario* escrito un año antes por Mourelle de la Rúa, que ha llegado a sus manos por un conducto clandestino procedente de España. Al deseo de continuar la exploración del Pacífico septentrional le sale un competidor, pues la rebelión de las Trece Colonias norteamericanas contra Inglaterra se declara en 1776, alterando profundamente la situación política internacional. El Gobierno de Carlos III se apresta a dirigir los movimientos de la armada a favor de las colonias rebeldes y Gálvez ordena al virrey Bucareli que no se proporcione ayuda a los barcos ingleses en las costas del Pacífico, y que, si Cook desembarca en territorio español, sea detenido.

Mientras se produce la contienda norteamericana, Juan Francisco de la Bodega al mando de la fragata la *Favorita* e Ignacio de Arteaga al de la *Princesa* y de la expedición en su conjunto emprenden en 1779 un viaje que hará contribuciones científicas y militares de importancia. De la Bodega y Arteaga se proponen alcanzar los 70 grados de altura, ya que desde los 58 en adelante se tiene un conocimiento poco preciso de la línea costera, aunque algunos suponen que ésta se extiende, al llegar a los 62 grados, hacia el sudoeste. Llevan instrucciones del virrey para redactar un diario detallado en el que se haga especial referencia a la historia natural y recursos de las tierras visitadas, así como a las prácticas religiosas, formas de gobierno, organización social y costumbres de los indígenas. Tras estudiar documentos de la Academia Imperial rusa, un mapa de Nicolás Bellin y, sobre todo, las cartas de Alaska realizadas en las anteriores expediciones españolas, De la Bodega y Arteaga deciden emplear en su labor cartográfica diferentes colores para representar la costa de Alaska. Al igual que en 1775, De la Bodega y su segundo Mourelle van a relatar la expedición de 1779 como si debieran dar cuenta ante el severo tribunal de los historiadores del futuro.

El 11 de febrero de 1779 las dos fragatas parten de San Blas.

De la Bodega enseña a los marineros, entre otras tácticas defensivas, la de utilizar el ruido de los cañones para repeler eventuales ataques. Con la lección bien aprendida de su anterior viaje en la goleta *Sonora*, distribuye ropa de abrigo entre los tripulantes. El 3 de mayo, tras llegar a los 55° y 2' de latitud, la *Favorita*, seguida de la *Princesa*, fondea en la ensenada de Bucareli. El 13 de ese mes, en presencia de algunos indios, se planta de forma solemne la cruz que simboliza la toma de posesión, se celebra misa y se da al puerto el nombre de la Santa Cruz por haber sido descubierto el día de esa festividad. Arteaga y una buena parte de la tripulación de la *Princesa* han caído enfermos y, tras producirse algunos fallecimientos, el cirujano de la *Favorita* aconseja desembarcarles. El 20 de mayo se lleva a los enfermos a una barraca que se acaba de construir en la playa. Gracias a los cuidados del cirujano, sólo fallecen dos tripulantes más, y el resto se repone rápidamente. Los naturales de la región visitan a los españoles de forma amistosa, les llevan pescado, pieles de oso y lobo, esteras y otros artículos, que intercambian por baratijas y esos pedazos de hierro y metal que tanto codician. Los oficiales españoles se esfuerzan en aprender la lengua de los indios.

Mourelle dedica un mes a explorar el interior y recoge mucha información etnológica sobre los indígenas, así como sobre la botánica y geología del lugar. Descubre rancherías fortificadas muy bien construidas y pintadas de negro y rojo. A veces se encuentra con grupos de indígenas armados con arcos, lanzas largas y cuchillos de hierro que se asemejan a las bayonetas europeas. Los españoles se mantienen vigilantes. La sensación de amenaza es constante. A diferencia de otras tribus, los tlingit tienen conciencia de su soberanía sobre la tierra, las aguas y los recursos naturales del lugar donde moran. Saben defender sus intereses y no aparentan tener miedo a las armas de fuego. No contentos con los regalos que les hacen los españoles, se atreven a

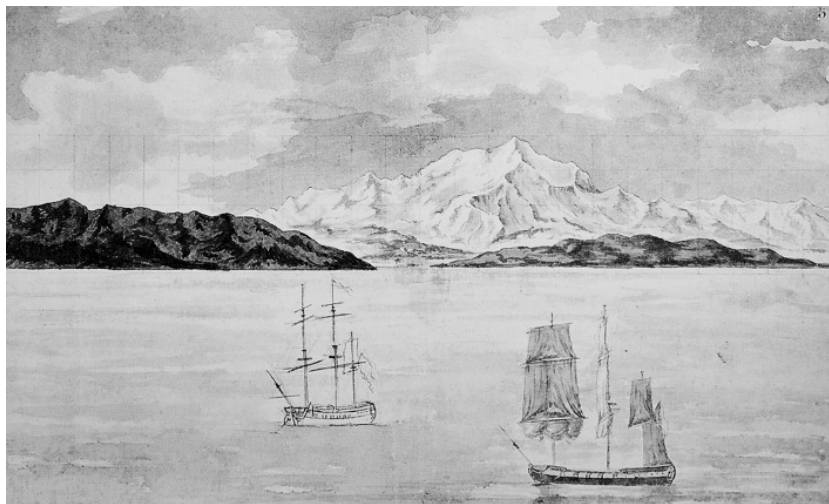
mayores. Aprovechándose de las facilidades que se les da para subir a bordo, roban utensilios, objetos metálicos, ropa y otras cosas sin importancia. Su codicia llega al extremo de dar sus propios hijos a cambio de baratijas. Por consejo de los sacerdotes que van a bordo de las fragatas, se acepta la entrega de una niña de ocho años y un niño de diez, al que De la Bodega toma bajo su protección y da su propio nombre. Piensan que, una vez catequizados, podrán facilitar la introducción del cristianismo cuando retornen a su tierra. A veces la violencia de los nativos obliga a los españoles a hacer uso de fusiles y cañones, sobre todo para inspirarles miedo. En una ocasión los indios capturan a dos marineros, lo que da lugar a la muerte de un indio. A pesar de lo tenso de la situación, De la Bodega y Arteaga logran mantener la disciplina y que la violencia no se desborde.

Los frecuentes contactos que mantiene De la Bodega con diferentes grupos de la zona del puerto de Bucareli le permiten reunir un rico arsenal de información acerca de su aspecto físico, temperamento, vestimenta, adornos, idioma, vida diaria, armas, usos bélicos, métodos de caza y pesca, construcción de canoas y de viviendas fácilmente transportables y otras facetas de su cultura e industria. Esta información tiene el especial interés de reflejar el primer contacto que esos indios tienen con el mundo exterior, con la civilización. Así nos enteramos de que los indígenas se alimentan con pescado asado o cocido, especialmente salmón y rodaballo, merluza, sardina, unos pececillos que abundan mucho en la zona parecidos a la cabrilla y mariscos, en particular mejillones, almejas y percebes. También comen carne de venado, ballena, oso y pato, para cuya captura se sirven de perros. Y hacen uso de una hierba que les agrada en especial y que en el reino del Perú se llama *cochainio*. De la religión de los tlingit, De la Bodega dice que, a veces, parecen demostrar alguna inclinación al Sol, y otras no denotar la menor idolatría. De su gobierno inicialmente pensó que era oligárquico,

pues se sometían a algunos viejos, pero otras observaciones le han inducido a considerar que, por encima del poder de los diferentes jefes y capitanes, un hombre de aspecto majestuoso y como de 35 a 40 años de edad ostenta atributos reales. Además de una información etnográfica y geográfica variada, De la Bodega y Arteaga reúnen una gran colección de ropas, armas e instrumentos, que remiten a España. A diferencia de la expedición británica de Cook, de la española de Malaspina y de la que el propio De la Bodega protagonizará en los primeros años noventa, esta de 1779 no lleva artistas a bordo, por lo que sólo se conservan unos dibujos trazados con una técnica muy rudimentaria por el primer piloto Caamaño, que ilustra su diario con una impresionante canoa de los indios tlingit y un kayak de los esquimales, que asombra a los españoles por sus buenas condiciones de navegación.

Las fragatas se hacen a la vela el 1 de julio y unos días después, el 9, ven la tierra cubierta de nieve y divisan al fondo el impresionante monte de san Elías que, con sus 5.500 metros de altitud, marca la entrada a la península de Alaska y que podemos contemplar, como fondo de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida* (de la expedición de Malaspina), en un dibujo trazado unos doce años después de pasar por allí De la Bodega (*Fig. 32*), el cual rectifica su ubicación situándolo a más altura de la que se le atribuía hasta entonces. De sus cálculos resulta que se halla a los 59° y 52' al norte, y 40° y 11' al oeste de San Blas. El 20 de julio, hallándose las fragatas cerca de la costa, se acercan dos canoas de indios. Éstos, según refiere De la Bodega, quitan las puntas de cobre de sus flechas y se las entregan en señal de paz. Los españoles responden con los regalos de rigor. Los indios muestran su deseo de que introduzcan las naves por una boca que aparece a poniente. Ante la perspectiva de que pueda ser la entrada que figura en los mapas rusos, Arteaga y De la Bodega se disponen a reconocerla avanzando el día 21 por el interior de la

ensenada. Debido a los escollos, encargan al alférez Cañizares y al piloto Juan Pantoja que sigan la exploración con la lancha de la *Favorita*. Mientras tanto, Arteaga dispone que se tome posesión de un puerto próximo al lugar donde han fondeado. Se le da el nombre de Puerto de Santiago y se levanta un plano del mismo, que va de la latitud 59° 30' a la 61°. Este mapa muestra, en su extremo oriental, el monte de San Elías y, en el occidental, las islas Cañizares, San Pedro y San Pablo, el monte de Pan de Azúcar y el volcán de Miranda.



32 Las corbetas Descubierta y Atrevida en Alaska frente al Monte San Elías.

La expedición prosigue su marcha hasta los 61°, donde toma posesión de la isla de Magdalena (actualmente Hinchibrook). Los expedicionarios encuentran a esquimales que exhiben en sus botes banderas blancas, azules y rojas, indicio de que han tenido contacto con europeos. La expedición del capitán Cook ha estado en esa región un año antes y los rusos siguen moviéndose hacia el este por la costa de Alaska. Prosiguiendo rumbo al oeste, los expedicionarios toman posesión de las islas Chugach, en el centro de la costa de Alaska, y, finalmente, basándose en las observaciones reunidas a lo largo del periplo y en las de otros anteriores, demuestran que el tan buscado Paso del Noroeste es

sólo una fábula.

Yendo contra sus más íntimos deseos de gran explorador, De la Bodega ha de aceptar la decisión de regresar a Monterrey, y el 7 de agosto inician el tornaviaje. De la Bodega anota las grandes incorrecciones que, sobre esa costa tan prolijamente recorrida por los españoles, presentan los mapas rusos y, también, el «miserable estado en que tenía su gente con el escorbuto, de cuya contagiosa enfermedad se le habían muerto ocho», pero no en su fragata *Favorita*, sino en la *Princesa*. El 14 de septiembre de 1779 esta última fondea en el puerto de San Francisco. Y el 21 de noviembre entra, al fin, De la Bodega en el de San Blas, a los nueve meses y diez días de haber partido. De la Bodega remite a Madrid dos cajones llenos de productos curiosos de los indios junto con los diarios de navegación, los planos y las actas de posesión. El 10 de mayo de 1780, Su Majestad acusa recibo, concede ascensos a los marinos de ambos buques y ordena que, en el caso de no continuarse las exploraciones debido a la guerra, De la Bodega y Fernando Quirós, segundo jefe de la *Princesa*, pasen a La Habana a servir en las escuadras del Atlántico. De la Bodega pasa tres meses en cama. Su salud queda tan quebrantada a causa del escorbuto que, a la postre, acabará costándole la vida en 1794.

No han acabado los descubridores de recibir el agasajo de las autoridades y de pasar a limpio los datos geográficos que han reunido cuando les llega la noticia de que España ha declarado formalmente la guerra a Gran Bretaña y se implica abiertamente en la lucha por la independencia de las Trece Colonias. El apoyo de España exige que las fuerzas navales estén disponibles en todo momento y que el Gobierno dedique a ese fin recursos financieros y abastecimientos militares de gran magnitud. La consecuencia es que España permanece con respecto al noroeste de América entre 1779 y 1787 en una inercia suicida, según la ha calificado el historiador Francisco Fuster Ruiz, «sin aprovechar

en absoluto para la colonización de la costa oeste de los actuales estados norteamericanos y canadienses de Oregon, Washington, Columbia Británica y Alaska el gran éxito de las exploraciones marítimas de Juan Pérez, Bruno de Heceta, Juan Francisco de la Bodega y Quadra, Ignacio Arteaga y Francisco Antonio Mourelle de la Rúa».

# ESPAÑA Y EL NACIMIENTO DE ESTADOS UNIDOS

La actividad española en tierras que hoy forman parte de Estados Unidos se desarrolla durante trescientos nueve años (desde 1513), y de forma ininterrumpida durante doscientos cincuenta y siete (desde 1565). O sea, durante más tiempo del que Estados Unidos existe como nación independiente. Se inicia en 1513, cuando Ponce de León arriba a las costas de Florida tomando posesión de ellas, y termina en 1822 cuando, ya independizado México, se arría en California la bandera española. El escenario de las exploraciones y conquistas en el que la Corona asienta su soberanía lo forman quince de los estados que integran actualmente Estados Unidos: Florida, Georgia, Alabama, Luisiana, Texas, Mississippi, Arkansas, Nebraska, Missouri, Tennessee, Colorado, Nuevo México, Arizona y California. Abarca, pues, una buena parte del sur norteamericano y todo el oeste.

Momento trascendental es el que se inicia en 1775 con el levantamiento de las Trece Colonias que Inglaterra tiene en la franja occidental de América del Norte y culmina en 1783, cuando se constituyen en Estados Unidos de América. La política de Carlos III va a ser decisiva en ese trance. El monarca no ha olvidado la hostilidad de Gran Bretaña cuando era rey de las Dos Sicilias, ni las consecuencias que tuvo para la monarquía española la guerra de los Siete Años, a la que se dejó arrastrar en 1761, cuando sólo llevaba dos años reinando en España. Carlos III aprendió de esa contienda que había involucrado a su país en una



guerra para la que no estaba preparado, y que su prioridad debía ser reformar el ejército, reconstruir la marina y reorganizar la administración de las Indias.

Lejos de apaciguarse con su victoria, Gran Bretaña redobla su política de agresión en la América española y territorios limítrofes. Súbditos y soldados ingleses se internan en el valle del río Ohio y en el bajo Mississippi, lo que supone una amenaza al virreinato de la Nueva España, y establecen asentamientos ilegales en Centroamérica. El gobierno británico se propone, además, excavar un canal que ponga en comunicación el Atlántico con el Pacífico dividiendo así en dos partes el Imperio español. Es un plan que data de 1524, cuando Carlos I ordenó estudiar la posibilidad de abrir un canal interoceánico utilizando para ello el río San Juan y la laguna de Nicaragua. Pero, obviamente, las intenciones de Inglaterra nada tienen ver con las del rey emperador. Los británicos llegan también, en la América del Sur, hasta el Río de la Plata, practican siempre que pueden el contrabando y se esfuerzan en captarse la simpatía de las tribus indias para indisponerlas con España.

Está ya avanzado el proceso de regeneración impulsado por Carlos III cuando se le presenta la oportunidad que buscaba. Las Trece Colonias británicas de Norteamérica se levantan. El 4 de julio de 1776 el Congreso norteamericano firma en Filadelfia la Declaración de Independencia, y ese mismo año el Gobierno de España permite a los barcos de Estados Unidos refugiarse en el puerto de La Habana al tiempo que niega a los ingleses el acceso a los puertos españoles. Luis de Unzaga, que desde Nueva Orleans gobierna la Luisiana entre 1770 y 1777, ordena a las autoridades locales que se apoderen de los barcos británicos que entren en puertos españoles, trasladen a sus tripulaciones a los puertos británicos más cercanos y remitan a Londres las facturas por los gastos ocasionados. Por otro lado, España ha extendido desde 1775 en las zonas involucradas en el conflicto una red de

observadores cuya información permite a las autoridades hacerse una idea del curso que va tomando. Simultáneamente, las autoridades reúnen grandes cantidades de dinero con vistas a la financiación de la guerra que se avecina.

Antes de declarar la guerra, el Gobierno de Carlos III se sirve de la diplomacia para mediar entre los sublevados y Gran Bretaña. Para España, según lo ve en ese momento el Gobierno de Carlos III, lo ideal sería que Inglaterra reconociese la independencia de sus Trece Colonias, pues ese reconocimiento permitiría establecer una forma de alianza con la nueva nación americana sin por ello indisponerse con Gran Bretaña. En esta primera fase de la guerra Carlos III juega la carta de la neutralidad. No obstante, trata de remediar las carencias que padecen los rebeldes enviándoles grandes cantidades de dinero, pólvora, armas y pertrechos, ya que sin esos medios no estarían en condiciones de hacer frente a una potencia que ha salido tan reforzada de la guerra de los Siete Años.

En 1775, nada más producirse el levantamiento, el Gobierno de España proporciona suministros a Massachusetts, y al año siguiente, entre abril y junio, hace llegar a los rebeldes 50.000 pesos, 187.000 libras tornesas y seis navíos cargados de géneros diversos, además de prometerles tres millones de reales cuando arribe el *San Julián* a la Nueva España. El 27 de junio de ese año el secretario de Estado marqués de Grimaldi escribe una carta al conde de Aranda, que es embajador de España en París, en la que le comunica que el rey le ha autorizado a recibir un crédito de un millón de libras tornesas para que las remita a los rebeldes. Antes de terminar agosto de 1776, el gobernador español de la Luisiana les ayuda de una forma que será vital para el éxito de la revolución al suministrarles 12.000 libras de pólvora sin la cual los puestos defensivos que tienen en la frontera noroccidental habrían caído en poder de los indios, y Wheeling y el fuerte Pitt, en el de los ingleses. Esas dos bases serán esenciales para el éxito

de la campaña que en 1778 lleva a cabo Rogers Clark en el valle del río Ohio. En el mes de septiembre de 1776 el general Charles Lee, segundo jefe de los ejércitos de los Estados Unidos, pide ayuda al gobernador español de la Luisiana y solicita la protección de Su Majestad Católica, que, mostrándose una vez más generoso, ordena que salgan de España y la Nueva España armas, ropas, municiones, quina, pólvora y mosquetones, además de 13.700 varas de paño, que, en los meses siguientes, llegarán a las colonias rebeldes a través de La Habana.

El 24 de diciembre de 1776, el Gobierno manda por una Real Orden a todos los funcionarios y, particularmente, a los gobernadores de La Habana y de la Luisiana que proporcionen con rapidez a los norteamericanos la pólvora y los mosquetones de que dispongan. En ese año los rebeldes reciben, además, 500.000 libras tornesas, al tiempo que el banquero Diego de Gardoqui prepara en Bilbao un gran embarque de mantas y les hace llegar 50.000 pesos, junto a otros 70.000 que les remite el tesorero Ortiz de la Riba<sup>4</sup>. Asimismo, se expide a Boston un barco con doce mil mosquetones y, poco después, llega a ese puerto el *Anfitrite*, cargado de armas. Floridablanca proporciona a los rebeldes letras de cambio con las que pagar a las tropas y comprar armamento en Holanda, además de ofrecerles también la ayuda de oficiales españoles.

La ingente aportación de fondos financieros y suministros de todas clases que hace España durante los cinco años que dura la contienda procede de la Península y de las provincias ultramarinas. Los hispanoamericanos que más aportan son los que viven en la Nueva España y en Cuba, seguidos de los que habitan en los territorios españoles donde hoy se encuentran los estados norteamericanos de Luisiana, Nuevo México, Arizona y California. El dinero español que circula por Nueva Orleans llega a extenderse tanto que la divisa española se convierte en moneda de uso corriente en las Trece Colonias. De ahí que,

cuando el Congreso Continental de Estados Unidos autorice en 1776 la impresión de papel moneda, adopte como modelo el peso o real de a ocho español, que, denominado «dólar español» (*spanish silver dollar*), se convierte en moneda de uso corriente en la nueva nación (*Fig. 33*). El peso español sirve para garantizar el valor de la nueva divisa, la cual por su relación con la moneda española se aleja de las unidades monetarias inglesas e introduce en el país el sistema decimal monetario. Como el «dólar» español tiene 371,25 gramos de plata pura por término medio, esa cantidad se toma como base para el estadounidense. Esta circunstancia explica que la moneda española sea declarada de curso legal en 1793 y 1806, y que circule en los Estados Unidos hasta 1857.

A pesar de todas las ayudas financieras y de pertrechos que hace España, el viento no sopla a favor del ejército rebelde en los primeros meses de la guerra. Pues aunque en marzo de 1776 George Washington logra un éxito notable al entrar en Boston, los rebeldes son derrotados en la batalla de Long Island, que tiene lugar en los alrededores de Nueva York en agosto de ese mismo año. En esa difícil etapa sólo resisten George Washington, que apenas cuenta con cuatro mil combatientes mal vestidos, mal armados y aún peor pagados, y las milicias, que no se paran en barras a la hora de eliminar a los que siguen leales al soberano británico. Sin la ayuda española, difícilmente habrían podido aguantar los rebeldes la superioridad militar de los ingleses.



33 El dólar. «The United Colonies. Four Dollars.» Leyenda: «Este billete da derecho al portador a recibir 4 monedas de dólar español acordonado o su valor en oro o plata de acuerdo con la resolución del Consejo de Filadelfia del 2 de noviembre de 1776.»

Desde el comienzo de la guerra Francia simpatiza con los rebeldes y arde en deseos de desquitarse de la derrota de la guerra de los Siete Años. Turgot postula que Francia se mantenga rigurosamente neutral, pero el secretario de Estado conde de Vergennes consigue que Francia se implique en el conflicto ayudando en secreto a los rebeldes. No obstante, aconseja a Luis XVI que, antes de dar un apoyo efectivo a la Revolución Americana, recabe el respaldo de España, pues Francia no dispone de fuerzas suficientes para hacer frente a Inglaterra, que ha salido tan fortalecido de la guerra de los Siete Años. Vergennes intuye que sólo con la cooperación de España las Trece Colonias podrán contar con una armada y un ejército comparables o incluso superiores a los de Inglaterra, y triunfar así en su lucha por la independencia de las colonias. Tras ser destituido Turgot, llegan a París en 1776 los enviados estadounidenses Benjamin Franklin, Arthur Lee y Silas Deane.

Antes de implicarse abiertamente en la guerra, España quiere que se atienda a sus pretensiones, pues aspira a recuperar los

territorios que se vio obligada a entregar a Gran Bretaña y a Portugal: Menorca, Uruguay, Jamaica, las Bahamas, la Florida y, dentro de ésta, Pensacola en especial, pues desde ese puerto se puede controlar el paso de los barcos por el golfo de México <sup>5</sup>. Y aspira a recuperar, en primer lugar, Gibraltar, del que dice Franklin «es tan español como Portsmouth inglés». Además, España también quiere que Estados Unidos reconozca unas fronteras claras y definitivas que permitan a España mantener, como hasta ahora, el control del Mississippi. Y pretende, por último, acabar con el contrabando británico en la América española y borrar del mapa los asentamientos ilegales que Gran Bretaña ha plantado en Honduras y Campeche, base de su industria tintorera.

Carlos III no sólo se mantiene bien informado del curso del conflicto, sino que tiene conocimiento de algunos de los principales dirigentes de las colonias rebeldes. Sabe muy bien quién es Benjamin Franklin, antes incluso de que éste llegue a París como comisionado por el Congreso para negociar el apoyo de Francia y España. Su hijo el infante Don Gabriel se cartea con el prócer norteamericano desde que éste, en 1774, iniciara con él una relación amistosa. Don Gabriel es un joven culto, que se dedica al latín, la música, la pintura y a las máquinas, en particular a los globos aerostáticos. La armónica de cristal, o de vasos, inventada por Franklin ha llamado su atención y se pone en contacto con él a través de la embajada española en Londres, pues entonces Franklin residía en esa ciudad. El prócer norteamericano le regala el instrumento que tenía en su poder y, a cambio, el infante le obsequia con un ejemplar de su magnífica traducción de Salustio, considerada la edición más perfecta del Siglo de las Luces. El otro ejemplar que envía a la embajada es para el diplomático que ha llevado a cabo la gestión. Para agradecerle el regalo, Franklin escribe al infante desde Filadelfia el 12 de diciembre de 1775 una carta muy expresiva, en la que le

promete enviarle un ejemplar de las últimas actas del Congreso americano con algunos otros papeles que contienen relaciones de los éxitos «con los que la Providencia nos ha favorecido últimamente». Y Franklin añade esta significativa frase: «En esos documentos sus sabios políticos podrán contemplar los primeros esfuerzos de un Estado naciente, el cual parece que probablemente pronto representará un papel de cierta importancia en el escenario de los asuntos humanos, y proporcionará materiales para un futuro Salustio». En las frases que siguen Franklin no demuestra ser tan clarividente como en las que acabamos de transcribir, a menos que haya que ver en ellas ciertas dosis de hipocresía: «Mirando hacia adelante pienso que veo crecer aquí un poderoso dominio, cuyo interés se fijará en establecer una cercana y firme alianza con España y sus territorios fronterizos a los nuestros; y que estando unidos serán capaces, no sólo de mantener a su propia gente en paz, sino rechazar la fuerza de todas las otras potencias en Europa. Por eso parece prudente por parte de ambos lados cultivar un buen entendimiento que puede ser muy útil de aquí en adelante para ambos; con vistas a ese fin una justa base está ya en nuestras mentes por la bien fundada opinión popular que aquí se tiene de la integridad y el honor españoles». De esta carta de Franklin conviene destacar el carácter providencial que atribuye a la revolución de su país, el papel de Nueva Roma que le adjudica y la «firme alianza con España y sus territorios fronterizos a los nuestros» que estima debe presidir la política estadounidense.

Aunque el Gobierno de España opta por dilatar su entrada en la guerra, envía a América, en noviembre de 1776, una de las mayores flotas que ha reunido en toda su historia, a fin de recuperar Uruguay y acabar con las operaciones de contrabando británicas en la costa brasileña, objetivo que conseguirá plenamente. Con esa operación el Gobierno pone a Gran Bretaña a la defensiva por primera vez en muchos años y le lanza

la advertencia de que no debe intervenir en las operaciones que ha encomendado a esa flota en Suramérica, pues se trata de una disputa entre España y Portugal. Para mayor seguridad, comunica a Londres que cualquier intromisión provocará una declaración de guerra, que es lo último que en ese momento puede querer Gran Bretaña, y que España no hace otra cosa que tratar de acabar con el contrabando y de poner remedio a afrentas recibidas de Portugal.

Al hacer ese movimiento, Carlos III y sus ministros son conscientes de que Gran Bretaña no puede admitir públicamente las operaciones ilegales que lleva a cabo en América ni requerir por ello el apoyo de otras potencias. La flota española tiene, además, la virtud estratégica de convertir el levantamiento de las Trece Colonias en un conflicto global que obliga a Inglaterra a dispersar sus fuerzas. Esta estrategia va a hacer posible que las colonias norteamericanas vean compensadas sus deficiencias y puedan enfrentarse con perspectivas de éxito a un enemigo que, de no darse esas condiciones, les habría resultado invencible. Esa estrategia global es la gran aportación de España y el factor que, a la postre, determinará el resultado de la contienda. Además, le permite a España en 1776 y 1777 hacer la guerra a Gran Bretaña y a Portugal, que todavía es su aliada, sin necesidad de declararla formalmente y con la seguridad de que, al haber emprendido en solitario unas operaciones con las que sólo pretende defender sus territorios, Austria, Prusia y otras potencias interesadas en el equilibrio europeo no tienen razones de peso para entrar en liza. Los dirigentes de las Trece Colonias empiezan también a darse cuenta en esa fase de la guerra de que su rebelión sólo puede triunfar si se inserta en un conflicto internacional, en el que Francia y España se involucren a fondo y en el que, por supuesto, Gran Bretaña no consiga un apoyo internacional considerable.

El 29 de diciembre de 1776, y de nuevo el 4 de enero de 1777, Franklin, Lee y Deane se reúnen en París con el embajador



español conde de Aranda y le proponen que España forme una alianza con los revolucionarios americanos y Francia. Franklin, que es el ministro plenipotenciario de las colonias independizadas ante la corte de España, se manifiesta «in perfect concert» con Aranda. Éste promete seguir enviando ayuda, pero declina el ofrecimiento de establecer una alianza inmediata. Gracias a sus conversaciones con los representantes norteamericanos, se entera de que la marina británica ha perdido casi una tercera parte de sus efectivos debido a que muchos marinos se han incorporado a la flota de las Trece Colonias.

En febrero de 1777 llega a España Arthur Lee, enviado por el Congreso. En nombre del Gobierno de España, el marqués de Grimaldi, que ha dejado tres meses antes la Secretaría de Estado, se entrevista con él en Burgos y Vitoria, actuando como intérprete el banquero Gardoqui. El representante español asegura a Lee que las ayudas no se interrumpirán a pesar de las protestas de Londres y que su país puede contar con la cooperación española. Y le da la noticia de que el Gobierno ha acumulado pólvora y prendas de ropa en los puertos de Nueva Orleans y La Habana. España hace llegar a los rebeldes, a través de la empresa de Gardoqui, doscientos dieciséis cañones, doscientas nueve cureñas, cincuenta y una mil trescientas catorce balas de mosquetones, trescientas mil libras de pólvora, treinta mil mosquetones con bayonetas, cuatro mil tiendas de campaña, treinta mil uniformes completos y plomo para balas. Estos suministros arribarán al puerto de Boston por la ruta de las Bermudas. Posteriormente Franklin agradecerá en una carta al conde de Aranda el envío de otros doce mil mosquetones. En abril de 1777, Aranda pone en conocimiento de Floridablanca un acuerdo en virtud del cual las colonias recibirán tres millones de libras francesas, cantidad que viene a sumarse a los dos millones enviados por Francia y España a través de Roderique Hortalez et Cie. Adjunto a la misiva de Aranda va un documento

que demuestra que los norteamericanos disponen de una línea de crédito por valor de 7.730.000 de libras francesas, lo que no obsta para que los rebeldes pidan un préstamo de otros dos millones.

A partir de 1777 los funcionarios americanos de la monarquía española se preparan para entrar en la guerra. La tarea de preparar defensas, planificar ataques y organizar operaciones encubiertas en los territorios más determinantes incumbe a Bernardo de Gálvez, como gobernador de la Luisiana que es desde 1777, y a su padre, Matías de Gálvez, que, desde 1779, será el gobernador de Guatemala. Ambos trabajan a las órdenes de José de Gálvez, que es el ministro encargado de la política americana. En esta nueva fase de la guerra, que va de octubre de 1777 a la primavera de 1780, tiene lugar la batalla de Saratoga. El 17 de octubre de 1777 se rinde el general británico al verse rodeado por las tropas norteamericanas cerca de ese lugar, situado en el estado de Nueva York. Esta victoria va a ser una de las acciones más importantes de la guerra debido a los ánimos que insufla en los rebeldes y, sobre todo, a sus repercusiones diplomáticas.

Cuando la noticia llega a Europa el 3 de diciembre, Vergennes entiende que ha llegado la hora de apoyar abiertamente la Revolución Americana. Las perspectivas de incrementar el comercio con la nueva nación en sustitución de Gran Bretaña y la búsqueda de la hegemonía se unen al deseo de vengarse por la derrota en la guerra de los Siete Años. Para adelantarse a esa eventualidad, el Gobierno británico trata de llegar a un acuerdo con el Congreso norteamericano. El Parlamento está dispuesto a hacer concesiones. Pero esas ofertas ya no son suficientes. Los tres años de guerra no han pasado en balde. Pero Franklin utiliza astutamente ese intento de paz en beneficio de la causa, pues sugiere a las autoridades francesas que deben apresurarse a reconocer a la nueva nación y participar en la

guerra si no quieren que los rebeldes restablezcan sus vínculos con Gran Bretaña. Vergennes se persuade de la necesidad de intervenir, y Franklin se compromete a que los Estados Unidos avisen a sus aliados antes de firmar una paz por separado con Londres. El 6 de febrero de 1778 Franklin firma en nombre del Congreso un tratado de comercio y alianza con Francia. El Gobierno británico responde declarando la guerra a este país el 14 de junio de 1778.

La entrada de Francia en la guerra no resulta, sin embargo, decisiva y no faltan norteamericanos que se preguntan qué ventajas les aportan realmente sus nuevos aliados. Las tropas francesas sufren en la India reveses tan serios que a comienzos de 1778 Francia pierde todas sus posiciones en la zona, en tanto que Gran Bretaña conserva su superioridad naval en Europa y América. La conveniencia de la intervención española se hace cada vez más patente, pues ni la victoria de Saratoga ni la intervención francesa se han traducido en la rápida victoria que los rebeldes esperaban. Consciente de que Francia y las Trece Colonias no pueden ganar la guerra sin su ayuda, el Gobierno de Carlos III considera, sin embargo, que todavía no ha llegado el momento de renunciar a la prerrogativa de elegir cuándo y cómo entrar en liza. Al igual que Vergennes, el general Washington conoce la importancia de arrastrar a España a una declaración formal de guerra, y anota que, sin la armada española, «la armada británica tiene demasiado poder para contrarrestar los planes de Francia». «Los ingleses», escribe también al Congreso, «son ahora muy superiores en el mar a los franceses [...] y seguirá siendo así a no ser que se interponga España». Y pronostica que esa victoria sólo se conseguirá cuando «Francia y España se unan y obtengan una superioridad marítima decisiva». A ese fin se encamina, precisamente, la estrategia diseñada por Carlos III, Floridablanca y José de Gálvez, que será llevada a la práctica por Matías y Bernardo de Gálvez, así como por otros mandos españoles de la

Península y de América, como Pedro de Cevallos, José Solano y Francisco Saavedra.

Si Floridablanca insiste en la conveniencia de negociar con Londres, es porque alimenta todavía la esperanza de que Gran Bretaña, ante la amenaza de que España declare la guerra, se avenga a razones, acepte la independencia de las Trece Colonias y haga alguna concesión, como la devolución de Gibraltar. No obstante, los suministros españoles a los rebeldes se suceden sin pausa. En junio de 1778 Bernardo de Gálvez entrega al intermediario Oliver Pollock 24.023 pesos en dos pagos, que se añaden a los 26.990 pesos en que estaban valorados los suministros que también se les proporciona. Entre 1776 y 1779 Pollock recibe del Gobierno de Carlos III créditos por valor de 7.944.906 reales que sirven para proporcionar a los rebeldes toda clase de pertrechos —uniformes, zapatos, mantas, alimentos, medicinas, plomo, pólvora, mosquetones, yesca, cañones y otros materiales— que son enviados por los ríos Mississippi y Ohio a las mal provistas tropas de George Washington y Rogers Clark.

En noviembre de 1778 el embajador español en Londres, Marcos Marreno Valenzuela, envía a José de Gálvez un informe en el que analiza la situación. Advierte de que el nuevo país que surgirá de las Trece Colonias heredará la agresividad natural de su progenitora; España necesitará, por ello, mantener una relación amistosa con Estados Unidos a fin de atemperar la apetencia que, en el futuro, tendrá este país por las posesiones españolas, y deberá demostrar a los hispanoamericanos que el Gobierno español, a diferencia del británico, comprende sus necesidades y aspiraciones. El embajador español no es el único en mantener estos puntos de vista. Pues, aunque el deseo de desquitarse de la derrota de 1763 es unánime en Madrid, no faltan voces que auguran malos tiempos para el comercio entre la Península y la América hispana en caso de involucrarse España en la guerra. Tampoco faltan los que predicen que es un grave

error ayudar abiertamente a los colonos rebeldes y que esa ayuda acabará volviéndose contra España, ya que, una vez conseguida la independencia, Estados Unidos será el principal rival de España, pues es previsible que continúe, ya como nación independiente, la presión que actualmente ejercen los británicos en el Caribe (Cuba, Puerto Rico, Honduras) y en la frontera hispano-norteamericana. Esta frontera es en esas fechas una larguísima línea que comienza en la península de Florida, continúa por Pensacola, a la orilla del golfo de México, y se prolonga hacia el norte por el inmenso valle de Mississippi, en la Luisiana, hasta llegar al Canadá. Más de 6.000 kilómetros que España deberá vigilar si ha de tener a raya las apetencias expansivas que los norteamericanos ya han exteriorizado a reclamar la Florida y el derecho de navegación por el Mississippi.

Las opiniones que acabamos de mencionar no son minoritarias entre los mandatarios españoles, y explican la dificultad que comportaba elegir la mejor opción. Por un lado estaba un mal presente (la agresiva política inglesa, su descarada prepotencia, en la que sólo parecía contar la ley del más fuerte) y, por otro, un mal peor todavía, pero que yacía inconcreto en el limbo del futuro. Al final, el Gobierno de Carlos III toma el camino de combatir el mal presente, a sabiendas de que no hay que hacerse ilusiones sobre el futuro. El 12 de febrero de 1779 se lee en el Congreso norteamericano una carta enviada por el Gobierno de Carlos III en la que se manifiesta que el rey de España considera «la independencia de Estados Unidos como un artículo preliminar para la pacificación general». Apurados todos los intentos de mediación diplomática, el Imperio español se dispone a hacer la guerra. La postura española suscita en el ánimo del joven Gobierno norteamericano una confianza renovada, tanto más cuanto que Alexandre Gerard, diplomático francés en Estados Unidos, se hace eco de la creencia de Vergennes de que la guerra sólo se puede ganar con la ayuda de

España. En esta dirección va el pensamiento de George Washington cuando comunica en carta a John Jay que «la mayor insensatez que ha hecho [Inglaterra] en el curso de esta contienda» fue no aprovecharse de la oferta de mediación de España.

Hecha la declaración de guerra, Carlos III ordena a Bernardo de Gálvez, gobernador de la Luisiana, que inicie una campaña para expulsar a los británicos de los puntos estratégicos del golfo de México que todavía controlan. Don Bernardo, que ha ayudado a Rogers Clark en las batallas de Vincennes (Indiana), Kaskaskia y Cahokia (Illinois), y mantiene correspondencia con Thomas Jefferson, Charles Henry Lee y otros importantes militares norteamericanos, y no deja de ayudarles siempre que lo solicitan, organiza, sin pérdida de tiempo, un ejército en el que se han alistado soldados de muy variadas procedencias. En agosto de 1779 se pone al frente de dos mil hombres y el 21 de septiembre de 1779 toma Baton Rouge, principal plaza inglesa en el río Mississippi, y Fort Panmure, en Natchez. El estuario del Mississippi queda así libre de fuerzas inglesas, y la navegación del río pasa a manos españolas. El 28 de noviembre de 1779 captura el fuerte de San Fernando de Ornoa, y los indios chocta hacen un pacto con él prometiéndole reunir cuatro mil hombres. En los primeros meses de 1780 marcha con mil doscientos hombres sobre Móbila, una de las ciudades del golfo de México que Francia traspasó a Inglaterra en 1763, y en marzo de 1781 Móbila se rinde a las tropas españolas.

Con la intervención militar de España la contienda adquiere dimensiones mundiales. De hecho, las acciones militares que más desgastan a Gran Bretaña durante 1779 se producen en lugares alejados de las Trece Colonias. La estrategia global se hace realidad en el Mediterráneo, cuando las fuerzas franco-españolas inician el 11 de julio de 1779 el asedio de Gibraltar, que durará hasta el final de la guerra, preparan la invasión de Inglaterra y

obligan a Gran Bretaña a concentrar una parte considerable de sus fuerzas navales y terrestres en torno a Menorca ante los previsibles intentos de desembarco de la marina y los ejércitos borbónicos. Simultáneamente, esos dos ejércitos hacen preparativos para llevar a cabo la invasión de Jamaica y las Bahamas.

En esta fase de la guerra es de destacar la proeza del teniente general Juan de Lángara que, yendo al mando de una escuadra de sólo once navíos de línea y dos fragatas, se enfrenta a una flota inglesa de veintidós navíos de línea y catorce fragatas comandada por George Rodney, que ha zarpado a finales de diciembre de 1779 con el objetivo de romper el asedio hispano-francés a Gibraltar. Pírrica será la victoria inglesa, pues Lángara, a pesar de que su buque insignia queda hecho pedazos, prosigue la batalla con una tenacidad que se verá recompensada, pues desmantela un tercio de los navíos de línea de Rodney, dispersa la mayor parte de los demás buques, que quedan, por otro lado, muy maltrechos, y, sobre todo, sirve decisivamente a la estrategia global que llevará a Inglaterra a la derrota.

Lejos del escenario donde actúan las fuerzas españolas, los rebeldes de las Trece Colonias reciben en 1780 el golpe más duro de toda la guerra. Se produce cuando los británicos ocupan el 12 de mayo la ciudad costera de Charleston, lo que les permite disponer de una base desde la que penetrar en Carolina del Sur. Esa victoria, sumada a la de Savannah y a la existencia de notables casos de defección en el bando rebelde, devuelve la iniciativa a los británicos. No obstante, la presión que las marinas española y francesa ejercen sobre la británica en el Atlántico y en el resto del mundo, pues se combate ya desde la India hasta Gibraltar, junto a la acción de los corsarios norteamericanos, hace cada vez más difícil a los británicos atender a todos los frentes. A finales de febrero de 1780 las autoridades españolas, que tienen suficiente confianza en sus propios recursos como

para poder ampliar las victorias iniciales, acuerdan enviar catorce navíos de línea con unos once mil soldados. El 18 de abril de 1780 sale de Cádiz el convoy español. Con esta armada se redondea la estrategia consistente en desplegar en las Antillas una potencia abrumadora, frente a la que poco podía hacer la armada británica.

Los rebeldes se encuentran, sin embargo, en una situación delicada, pues en esas fechas sufren dos grandes derrotas, la de Charleston, ya mencionada, en mayo, y la de Camden (Carolina del Sur), en agosto. Reducido a diecisiete mil hombres, su ejército se enfrenta a una fuerza de treinta mil soldados británicos bien preparados. Francia envía a Norteamérica ocho mil soldados a las órdenes del conde de Rochambeau. Afortunadamente para Francia y para los rebeldes, Inglaterra no puede impedir la expedición francesa debido a que sus fuerzas están ocupadas en reparar la armada a la que ha dejado tan malparada la escuadra de Lángara.

A pesar de los fracasos que sufren norteamericanos y franceses, España se siente, a mediados de 1780, muy animada por las continuas victorias que está consiguiendo en las Américas. Las tropas españolas se disponen a asediar Pensacola, plaza estratégica de primer orden, mientras, en otro frente, Matías de Gálvez, padre de Bernardo de Gálvez, empieza a desarrollar una eficaz acción ofensiva en Guatemala. Floridablanca y Vergennes han conseguido entre tanto que la emperatriz Catalina de Rusia asuma el liderazgo en la organización de una Liga de la Neutralidad Armada, lo que refuerza la estrategia global hispano-francesa. Constituida en marzo de 1780, se unen a la Liga Rusia, Suecia, Dinamarca, Holanda y el anglófilo Portugal. Floridablanca y Vergennes impiden así que el conflicto genere complicaciones internacionales. Tres meses después, en junio de 1780, Londres sufre un brote de disturbios que muchos británicos ven como anuncio de una revolución.



Floridablanca consigue también la neutralidad de la señoría de Génova y la disposición amistosa de Federico de Prusia, de Hider Ali Khan en la India y de Mohammed I de Marruecos, que arrienda a España los puertos de Tánger y Tetuán. Asimismo, pone al duque de Crillon el mando de la flota que se encargará de recuperar Menorca, y, al averiguar poco después que está a punto de zarpar una gran flota británica para abastecer a los puertos británicos de las Indias Orientales y las Antillas, convence a Carlos III de la conveniencia de interceptarla en las Azores y pone al mando de la misión al teniente general Luis de Córdova, al que el embajador francés Montmorin tilda de hombre senil. Córdova, que tiene 73 años de edad, ataca en agosto de 1780 a la flota británica por sorpresa, apresa más de sesenta barcos y captura a muchos civiles, a dos mil ochocientos oficiales y soldados, y bienes valorados en dos millones de libras. A finales de agosto de 1781 la fuerza hispano-francesa que está al mando del duque de Crillon desembarca en dos lugares distintos de Menorca. Los menorquines, que sobre todo se sienten españoles, se niegan a cooperar con los británicos, y así, cuando Murray intenta reclutar una milicia local, fracasa estrepitosamente, y fracasa también cuando intenta reclutar trabajadores, albañiles, herreros y carpinteros para reparar la fortaleza de San Felipe. El militar británico se siente tan desesperado que considera la posibilidad de reclutar moros del norte de África para que le ayuden en los trabajos. Las tropas que están a las órdenes del marqués de Avilés toman con facilidad Ciudadela, en tanto que las que siguen al de Peñafiel ocupan Fornells. Ninguno de los dos marqueses encuentra resistencia entre la población. Tras apresar a la mitad del destacamento británico, las tropas aliadas se dirigen a Puerto Mahón y capturan el arsenal. Finalmente, en la madrugada del 6 de enero de 1782 la guarnición británica se rinde. De entonces viene la tradicional fiesta de la Pascua Militar.

La noticia de la recuperación de Menorca se difunde por todo el Imperio y Carlos III premia a Crillon otorgándole el mando del asedio de Gibraltar. Un ingeniero francés propone efectuar el asalto mediante baterías flotantes. El plan es aceptado a pesar de la oposición de Crillon, que pronostica su fracaso. La batalla empieza en la mañana del 13 de septiembre de 1782. Las fuerzas hispano-francesas no logran recuperar la plaza, pero la defensa del Peñón le supone a Inglaterra un coste que supera con creces la lista de víctimas, que es también grande. Se ha dicho, con exageración, que Inglaterra sacrificó sus colonias norteamericanas a la conservación de Gibraltar, un punto geográficamente insignificante en el mapa de España. Pero también podría decirse, esta vez sin exageración, que España sacrificó la recuperación de Gibraltar, que entonces tenía al alcance de la mano, a la independencia de Estados Unidos. En todo caso, los acontecimientos europeos obligan a Inglaterra a inmovilizar su flota en Europa, lo que le supone sacrificar su paridad marítima en América. Mientras tanto, la campaña de Matías de Gálvez en Guatemala y, particularmente, en Honduras, Nicaragua y Costa Rica se ve coronada por el éxito. Las tropas españolas expulsan a los británicos, desmantelan sus asentamientos ilegales y acaban con el proyecto de canal interoceánico. Simultáneamente, otras fuerzas españolas se enfrentan a Gran Bretaña en las Islas Filipinas, las Galápagos y Juan Fernández, y, junto con las francesas, siguen alimentando la amenaza de invadir Gran Bretaña e Irlanda.

A comienzos de 1781 Bernardo de Gálvez desarrolla una estrategia que se concreta en ofensivas a lo largo del Mississippi en dirección a Illinois y el lago Michigan. Las fuerzas españolas derrotan a los británicos en San Luis, Missouri y San José, protegen el alto Mississippi y el río Ohio y obligan a Inglaterra a abandonar sus planes de cercar a las colonias rebeldes desde el oeste. Tras su victoriosa campaña, Gálvez se concentra en la costa

del Golfo y en el Caribe. Valiéndose de ciento trece buques bien armados, mantiene a raya a las fuerzas de Gran Bretaña y las obliga a dividirse. El 9 de marzo de 1781 echa las anclas de su buque insignia en la bahía de Pensacola. Mediante una atrevida acción personal, quebranta las defensas inglesas, pone sitio a la plaza y, tras varias semanas de bombardeo, el 8 de mayo los españoles abren una brecha en un reducto inglés. Los británicos se rinden el 10, tras dos meses de asedio. La toma de Pensacola marca el punto culminante de la campaña española y supone la vuelta de la Florida a la Corona y el final del predominio británico en la cuenca del Mississippi y en la costa del Golfo. Las victorias de Bernardo de Gálvez dan un carácter definitivo a la derrota británica y contribuyen a que Estados Unidos consiga las máximas concesiones, especialmente en los territorios occidentales, durante las ulteriores negociaciones de paz. Los ingleses sólo conservan ya la Florida oriental, las Bahamas y Jamaica. Al ver que pueden acabar perdiendo todas las posesiones que tienen en el golfo de México, replantean su estrategia y se concentran en Jamaica, centro de su comercio en las Antillas.

Bernardo de Gálvez, que ha comandado una parte de la flota francesa en los meses que dura el sitio de Pensacola, la provee con 500.000 pesos oro en el momento de despedirla. Esa ayuda va a ser trascendental para el resultado de la guerra. Gracias a ella la flota francesa podrá navegar en la primavera de 1781 a lo largo de la costa atlántica y llegar en el momento justo en que George Washington necesita ayuda para derrotar a lord Cornwallis, el cual ha puesto rumbo al norte con la intención de organizar su base de operaciones cerca de la costa en Yorktown. Aunque en la batalla de Yorktown no combaten tropas españolas, España juega un papel esencial en la victoria, ya que, sin los 500.000 pesos que aporta a los rebeldes norteamericanos y a los franceses, ni los unos ni los otros habrían tenido la oportunidad de dar batalla a Cornwallis. Además, si Francia está en condiciones de dirigir su

flota al norte y bloquear el puerto de Yorktown es sólo porque la armada española, al mando de Solano, libera a Francia de sus obligaciones en las Antillas y traslada a cinco mil soldados franceses para que colaboren en el asedio de Yorktown. El medio millón de pesos con el que Bernardo de Gálvez consigue sacar a la flota comandada por De Grasse y a las tropas de Rochambeau y Washington de su forzada inmovilidad es fruto de la acción del capitán sevillano Francisco Saavedra de Sangronis. Una acción tanto más meritoria por cuanto un año antes de llevarla a cabo, en 1780, reflexionando sobre las consecuencias que podía traer a España su implicación en la independencia de las Trece Colonias, advirtió: «Lo que no se ha pensado sobre el momento actual, lo que debería ocupar la total atención de los políticos, es la gran convulsión que a su debido tiempo producirá sobre la raza humana la revolución de Norteamérica». Veamos cómo consiguió el dinero.

A bordo de una fragata rápida llega Saavedra a La Habana el 15 de julio de 1781 y allí se entera de que el ministro José de Gálvez ha ordenado que se entregue un millón de pesos a los franceses, pero los barcos enviados a Veracruz a recogerlo no han regresado todavía. Saavedra no puede esperar, pues la falta de numerario tiene inmovilizado a De Grasse y su flota está en peligro. Entonces consigue que el intendente de La Habana recurra a los habitantes de la isla y en poco menos de seis horas se recaudan 500.000 pesos, que son embarcados en la fragata, la cual zarpa sin haberse detenido en la Perla de las Antillas más de veinticuatro horas. Pero la ayuda financiera española no acaba aquí. Unos días después un barco francés arriba a La Habana para recoger el millón de pesos otorgado por el Gobierno de Madrid.

El 9 de septiembre de 1781 la flota francesa, que al fin ha podido ponerse en movimiento, derrota a la de Hood y se hace dueña de las aguas de la bahía de Chesapeake. A continuación el

ejército aliado pone sitio a Yorktown. El 19 de octubre —cuatro años y dos días después de Saratoga y nueve días después de ser bombardeada Yorktown— Cornwallis capitula. Mientras tanto, las tropas españolas luchan victoriosamente, a las órdenes de Bernardo de Gálvez, contra los ingleses en el golfo de México. Como el dinero procedente de Cuba es lo que permite a los norteamericanos y a sus aliados franceses dar la batalla de Yorktown, que consuma la derrota de Inglaterra, el historiador estadounidense Stephen Bonsal ha podido escribir: «El millón que las señoras de La Habana dieron al marqués de Saint-Simon para pagar a las tropas, puede ser considerado en verdad como los cimientos sobre los cuales se erigió el edificio de la independencia americana». En términos semejantes se expresa otro importante historiador de la independencia de los Estados Unidos, Thomas E. Chávez, cuando dice: «La batalla de Yorktown fue en parte una estrategia española diseñada por Saavedra, aprobada por Bernardo de Gálvez y, en último extremo, por el rey de España [...] Además, la batalla la financió España con una línea de crédito que se extendió desde México a Cuba». En justa correspondencia, cuando llegan las fiestas de Navidad de ese año de 1781, el general Washington se aloja en la casa que el representante español, Francisco Rendón, tiene en Filadelfia, capital entonces de la nueva nación, y le pide que haga gestiones para que Carlos III se declare protector y defensor de los Estados Unidos.

La noticia de Yorktown produce gran impacto en Inglaterra. La oposición manifiesta abiertamente su rechazo a continuar la guerra. Sin esperanza de conseguir nada sustancioso con las armas, agotada, Gran Bretaña busca afanosamente la paz y entonces descubre que... coincide en este empeño con los rebeldes. El 30 de noviembre de 1782 Londres reconoce la independencia de Estados Unidos, y el 20 de enero de 1783 se concreta un armisticio y un acuerdo en que incluye un pacto

entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Pues Estados Unidos, al ver que Francia y España quieren continuar la guerra en pro de sus intereses, resuelve que sólo va a luchar por los suyos y, traicionando la palabra dada por Benjamin Franklin en nombre de Estados Unidos y haciendo realidad los más oscuros pronósticos de las autoridades españolas, llega a un acuerdo con Gran Bretaña sin tener en cuenta a los dos países, España y Francia, sin cuya ayuda no habría podido lograr la independencia.

En 1783 España podría presentarse como el ganador principal de la contienda, pues recibe las dos Floridas, el control del río Mississippi y Menorca, conserva todos sus dominios en Norteamérica, que llegan, por el noroeste, hasta la actual frontera de Estados Unidos con Canadá, y expulsa a los británicos de Centroamérica y Suramérica. Pero, si apuramos la situación, el cuadro no es tan lisonjero, pues España no obtiene su principal objetivo, Gibraltar, y su éxito militar, que se ha traducido en la independencia de las colonias rebeldes inglesas, será olvidado rápidamente por éstas. Lejos de agradecer una ayuda tan importante, Estados Unidos empieza su andadura rechazando la mera propuesta de firmar el tratado comercial que propone, en nombre del Gobierno de Carlos III, Diego de Gardoqui, que tanto contribuyera a hacer llegar el dinero y los suministros sin los cuales Estados Unidos no habría podido llegar a la existencia. El Congreso norteamericano se limita a distinguir, en 1783, a Bernardo de Gálvez, el cual fallece en 1785 a los 40 años de edad, un año después de ser nombrado virrey de la Nueva España.

En conjunto, las autoridades norteamericanas se van a comportar con España como aquel John Jay, que representó oficialmente a Estados Unidos en Madrid desde septiembre de 1779 hasta mayo de 1782, y que, en todo ese tiempo, tenía el descaro de no querer reconocer la constante ayuda que España

hacía a su país, a pesar de ser públicamente notoria en Francia, en Estados Unidos y, por supuesto, en España, donde la prensa informaba ampliamente de las actividades bélicas. Toda esa información estaba a su disposición, pero Jay prefería ignorarla. No contento con eso, se las arreglaba para molestar a todo el mundo, empezando por los miembros de su delegación, y se comportaba con el Gobierno de Carlos III como si fuera la insaciable «mantenida» de un aristócrata manirroto. A diferencia del agradecimiento que con el tiempo dispensarán a Francia, las autoridades norteamericanas no harán honor a la ayuda que a lo largo de la guerra les presta España. De nada vale el argumento de los que dicen que España participó en la contienda más para atacar a Inglaterra que para ayudar a unos colonos rebeldes, pues Francia tampoco actuó de forma altruista, sino, sobre todo, para vengarse de la derrota que sufrió en la guerra de los Siete Años y obtener ventajas comerciales. Y si las Trece Colonias hacían la guerra, era, sencillamente, porque estimaban que la situación resultante de la misma sería más interesante para ellos que la presente.

La importancia decisiva de la ayuda española en la independencia de Estados Unidos queda bien reflejada en estas palabras de Thomas E. Chávez: «Es probable que, como hoy sabemos, la nación norteamericana no hubiera logrado su independencia sin la ayuda de España», o en las que escribe Celia López Chávez en un artículo sobre la relación de Benjamin Franklin con el infante Don Gabriel: «Hoy ya no hay duda entre los investigadores del tema sobre lo decisivo que fue para la independencia de las colonias inglesas el papel de España, sus diplomáticos, sus generales, sus soldados, su equipamiento militar, sus buques y su dinero» y, sobre todo, en las palabras que Thomas E. Chávez stampa al inicio del capítulo final, o Conclusión, de su obra *España y la independencia de Estados Unidos*: «Fue la estrategia global de España la que consiguió la

derrota de Gran Bretaña. Sin la implicación de España, las consecuencias de esa guerra hubieran sido muy distintas. Todos los líderes, desde George Washington hasta el secretario de estado francés, el conde de Vergennes, sabían que España era vital para la causa. El poderoso ministro francés advirtió a su rey de que no entrase en la guerra a menos que España se comprometiera también. Sabía que Francia necesitaba a España para asegurar la victoria. Pero como la Historia, con mayúsculas, de Estados Unidos es la historia de un país nacido de las colonias inglesas, no se ha reconocido de verdad el papel de España. Ni tampoco se han reconocido los sacrificios de las colonias españolas».

Al menos George Washington supo mostrarse agradecido al tener a su lado a Diego de Gardoqui, primer embajador de España en Estados Unidos cuando, en 1789, se celebraba el desfile inaugural en Nueva York, capital entonces de la nueva nación. Pero esa clase de detalles no han sido demasiado frecuentes entre los norteamericanos. Así lo reconoció Stanton Griffins, embajador de Estados Unidos en España, cuando al desembarcar en Nueva York el 3 de febrero de 1952 dijo estas palabras: «La ayuda que España prestó a los Estados Unidos en el momento de su independencia es un extremo que aquí [o sea, en Estados Unidos] los historiadores han tratado de ocultar siempre o, por lo menos, disminuir, mientras ensalzaban la ayuda francesa [...]. Durante ciento setenta y cinco años hemos oído hablar de lo que otros países han hecho por la independencia norteamericana, pero en cambio se ha callado el socorro que nos prestó el monarca español Carlos III».

Y tampoco se ha reconocido suficientemente la vital contribución de Bernardo de Gálvez, quien debería figurar, junto a Carlos III, como uno de los campeones de la independencia de Estados Unidos. Contribución tanto más heroica cuanto que la revolución y la guerra norteamericanas no eran ni *su* revolución



ni *su* guerra. Todavía no parece haber llegado la hora en que, al menos respecto a España y a sus reinos americanos, los estadounidenses merezcan que se les aplique el refrán castellano que dice «es de bien nacidos ser agradecidos». Esa falta de gratitud y reconocimiento ya fue advertida por Diego de Gardoqui, que tan bien conocía la historia de la independencia norteamericana. Al desembarcar en Nueva York, dirigió al Gobierno de España un despacho reservado con fecha de 1º de febrero de 1785, que dice: «He visto que el concepto de España en los Estados Unidos es equivocado y poco decoroso»<sup>6</sup>.

El conde de Aranda, que siempre consideró «a los ingleses nuestros mayores enemigos por razón de los intereses, y a los franceses nuestros peores amigos», y que, como embajador de España en París, firmó con Gran Bretaña el tratado de paz de 1783, dirige ese mismo año a Carlos III un memorial o «dictamen reservado» que llama la atención por su carácter profético. El problema principal lo ve el conde aragonés en el monstruo político que con Estados Unidos acaba de salir a la faz de la tierra: «Esta República Federativa ha nacido, digámoslo así, pigmea [...]. Mañana será gigante, conforme vaya consolidando su constitución, y después un coloso irresistible en aquellas regiones. Este estado se olvidará de los beneficios que ha recibido de ambas potencias [España y Francia] y no pensará más que en su engrandecimiento». El problema mayor lo ve Aranda en la índole expansiva o, por mejor decir, agresiva de ese nuevo estado: «Engrandecida dicha potencia angloamericana debemos creer que sus miras primeras se dirijan a la posesión entera de las Floridas para dominar el seno mexicano. Dado este paso, no sólo nos interrumpirá el comercio con México siempre que quiera, sino que aspirará a la conquista de aquel vasto imperio...».

Frente a tan oscuro panorama, Aranda aconseja al rey desprenderse de todas sus posesiones americanas, «quedándose únicamente con las islas de Cuba y Puerto Rico en la parte

septentrional y algunas que más convengan en la meridional con el fin de que ellas sirvan de escala o depósito para el comercio español» y «colocar tres infantes en América: el uno de rey de México, el otro del Perú y el otro de los restantes de Tierra Firme, tomando Vuestra Majestad el título de Emperador». Así los cuatros monarcas podrán actuar de forma coordinada y cooperativa, como si fuesen una sola familia, que es lo que en realidad son. Esos cuatro reinos tendrán a Francia como aliada principal. El conde hace a continuación algunas consideraciones sobre las ventajas de su plan y señala que Francia, de atender a sus propios intereses, habría hecho mejor limitándose a mirar cómo se destruían mutuamente los ingleses y sus colonos. Pero al embarcarse en la guerra, arrastró a España, «en virtud del pacto de familia, a una guerra enteramente contraria a nuestra propia causa».

La profecía de Aranda no tardará en cumplirse. A los pocos años de la firma del Tratado de Versalles, Estados Unidos plantea un contencioso a España basándose en una sarta de sofismas legales. Considera que la frontera de la Florida occidental, recuperada por España en virtud del Tratado de Versalles, llega hasta el paralelo 31°, mientras que España defiende su derecho al territorio comprendido hasta el paralelo 32° 28'. Al mismo tiempo, los *frontiersmen* ocupan los valles de los ríos Tennessee y Kentucky, ignoran el monopolio español sobre la navegación por el Mississippi y presionan para dar salida al mar a sus productos por ese río que hace de frontera entre España y Estados Unidos. El representante español Gardoqui, que se ha establecido en Nueva York, trata inútilmente de que Estados Unidos renuncie a la navegación por el Mississippi. Tampoco consigue que devuelva los empréstitos, muchos de ellos dados a través de él mismo. El Tratado de Amistad y Límites (llamado de San Lorenzo o de Pinckney) pone fin a las disputas sobre la Florida y la Luisiana. Las negociaciones, desarrolladas en

medio de una compleja batalla diplomática, desembocan en el triunfo de la diplomacia norteamericana, apoyada por Francia. Firmado precipitadamente por Godoy ante la temible eventualidad de una posible alianza entre Inglaterra y Estados Unidos, y la escasez de fuerzas españolas en la zona, Carlos IV accede a todas las pretensiones estadounidenses: reconoce el establecimiento de la frontera en el paralelo 31º, autoriza la libre navegación y comercio por el Mississippi hasta el puerto de Nueva Orleans y la existencia en esa ciudad de un depósito franco, que acabará convirtiéndose en un foco de contrabando. Simultáneamente, España autoriza a inmigrantes de Estados Unidos a establecerse en la Florida y la Luisiana, con el resultado de facilitar la introducción de quintas columnas de un vecino cada vez más claramente hostil. Así lo ve Thomas Jefferson, quien se felicita de la oportunidad que esa política representa para el expansionismo estadounidense. En una carta le dice a George Washington que por ese camino España está proporcionando a Estados Unidos «los medios de entregarnos de manera pacífica lo que de otro modo podría costarnos una guerra».

Pero si la alianza de Estados Unidos con Gran Bretaña era lo peor que les podía ocurrir a los intereses de España en América, Napoleón Bonaparte acaba de complicar las cosas. Tras su ascenso al poder a finales de 1799, planea reconstruir el perdido imperio colonial francés y con ese fin pide a España la Luisiana, lo que logra en 1800 en virtud del tratado de San Ildefonso, que es confirmado y desarrollado en 1802. El tratado estipula que Francia no podrá entregar la Luisiana a un tercer país en el futuro. El 30 de noviembre de 1803 se formaliza la transferencia. En nombre de Francia recibe la Luisiana el comisionado Laussat, el cual, en contra de lo estipulado en el tratado, traspasa a Estados Unidos el 20 de diciembre ese territorio, que unos meses antes había sido vendido por Bonaparte a cambio de 15 millones

de dólares. A pesar de que la «Louisiana Purchase» ha sido considerada la mayor ganga histórica en compraventa de terrenos, el Congreso de Estados Unidos no elogia de forma unánime tal adquisición, que le dará el pretexto para reclamar la mayor parte del oeste de Florida y todo Texas —supuestamente incluidas en la nueva adquisición—, lo que será causa de posteriores conflictos, y que, por el momento, hace que Estados Unidos vea duplicado su territorio, y que, con el tiempo, surjan doce nuevos estados. España declara inválida esta adquisición, pues Bonaparte no tenía derecho a vender la Luisiana a un tercero, y durante largo tiempo intenta recuperar esa provincia. Pero todo es en vano.

El expansionismo estadounidense no se detiene ahí. Baste añadir, aunque nos salgamos fuera de los límites que nos hemos impuesto, que, en 1806, cuando apenas han pasado veinte años desde la independencia, la nueva nación hace intentos de invadir México desde la Luisiana, y, tras la firma del Tratado de Adams-Onís de 1819, por el que Estados Unidos consigue la Florida, ve cada vez más despejado el camino para seguir su expansión hacia el suroeste, a costa ahora de los recién constituidos Estados Unidos Mexicanos, sucesores del virreinato de la Nueva España. Y, como remate, el «coloso irresistible» preconizado por el conde de Aranda provoca en 1898 la guerra que le servirá para arrebatar a España sus últimas provincias ultramarinas —Cuba, Puerto Rico y Filipinas— enarbolando la doble bandera de la libertad y la hipocresía.

*Quatro ídolos de la isla de pandla, que adquirió el Pres.<sup>to</sup>  
Talamanco, para presentar al Rei en su R.<sup>a</sup> Biblioteca.*



34 Ídolos, documentados por fray Juan de Talamanco en *Noticia de los cuatro ídolos de la Isla de Española*, 1749. Real Academia de la Historia, Madrid.

4. Se ha calculado que Gardoqui entregó directamente a los enviados americanos 406.083 pesos fuertes desde 1777 hasta 1782, además de una cantidad importante de mercancías bélicas: 216 cañones, 27 morteros, 12.826 granadas, 51.134 balas, 30.000 mosquetes, 30.000 fusiles con sus bayonetas, 300.000 libras de pólvora y 4.000 tiendas de campaña. También abasteció a los corsarios americanos.

5. La presencia española en la bahía de Pensacola, o Panzacola, data del siglo dieciséis, cuando en 1559 Tristán de Luna funda en ese lugar la villa de Santa María Filipina, que será arrasada por un huracán. Ciento treinta y cinco años después, en 1698, se funda en el mismo emplazamiento Santa María de Galve y se construye el fuerte de San Carlos de Austria. Finalmente, en 1757 la ciudad es rebautizada con el nombre de San Miguel de

Panzacola, por decreto de Fernando VI.

6. Hace unos cuarenta años un periodista estadounidense solicitó entrevistarse con el último descendiente directo de Diego de Gardoqui, que residía en Madrid. El periodista le pidió que le dejase algunos documentos que el señor Gardoqui guardaba en su archivo. Éste se los dejó, pero el periodista nunca se los devolvió. Una hija del conñado señor Gardoqui ha tenido el detalle de referirme esta curiosa anécdota.

# LAS RUINAS DE PALENQUE Y LA ARQUEOLOGÍA CIENTÍFICA

El escenario arqueológico que nos disponemos a explorar está muy lejos del mundo clásico de Pompeya y Herculano. Se encuentra en la capitanía general de Guatemala, concretamente en Palenque, y va a poner ante nuestros ojos la cultura de los antiguos mayas. Como en el caso de las dos citadas ciudades clásicas, también la empresa arqueológica que se va a desarrollar en Palenque tiene antecedentes dentro del ámbito cultural hispánico. En pleno siglo diecisiete Carlos Sigüenza y Góngora había llevado a cabo excavaciones en la pirámide de la Luna de Teotihuacán y, casi un siglo después, en 1749, Agustín de Palenzuela enviaba desde la isla de La Española cuatro ídolos a Juan de Talamanco, el cual, al recibirlos, los dibuja, anota las circunstancias de su descubrimiento, explica la función que les atribuye y los dona a la Real Librería, luego Biblioteca Nacional de Madrid (*Fig. 34*).

Pero si las prospecciones de Sigüenza y los ídolos de Talamanco pueden figurar en el atrio de ingreso a la arqueología americana, la actividad que Antonio de Ulloa despliega en América desde 1735 puede ser vista como el corredor que conduce a las excavaciones palencanas. Al tratar de Quito y sus alrededores, en su *Relación histórica del viaje a la América meridional* (1748), Ulloa describe las ruinas prehispánicas que hay en la zona e inserta varias láminas con planos que evidencian excavaciones, las primeras realizadas en América, anteriores en más de treinta años a las de Palenque y a las que, según algunos,

realizaría Thomas Jefferson en 1784. Consciente de la importancia que tiene la arqueología para conocer el pasado, anota en el capítulo XX de sus *Noticias americanas* (1772), que «las memorias de los indios del Perú anteriores a su Conquista se conservan en las poblaciones, edificios y muros, en las guacas o entierros, y también en aquellas cosas que les eran de propio uso, como son herramientas o instrumentillos de que se servían para hacer sus obras, y en las figuras de ídolos que al modo de dijes acostumbraban», de donde pasa a describir con detalle importantes ruinas, particularmente las del palacio de Pachacamac: «Entre los edificios grandes en que se acredita la magnificencia y poder de los soberanos del Perú, es de los principales el del Valle de Pachacamac, nombre que entre ellos significa el Dios supremo, invisible y desconocido, o el Creador. Este se halla cerca del pueblo de Lurin, que dista de Lima cinco leguas. Al presente sólo existen de él ruinas, con algunos trozos que están en pie: hállanse divididos en tres distintos parajes, que consisten en un palacio, una fortaleza y un templo o adoratorio, reconociéndose en todos por aquel término que les permitía la rusticidad un aire suntuoso y grande, que denota las ideas de los soberanos que los hicieron fabricar». Ulloa ve en la arqueología un importante instrumento para conocer el pasado indígena americano, de la misma manera que los historiadores del mundo clásico se sirven de las antigüedades de Pompeya y Herculano para conocer el pasado de Roma y Grecia. En 1777, el ilustre marino y polígrafo sevillano redacta para el virreinato de la Nueva España unas *Instrucciones* y *Cuestionarios* que hacen especial referencia a los procedimientos que se han de seguir para efectuar excavaciones, lo que influirá en posteriores actividades arqueológicas.

Un buen ejemplo del interés que suscitan las reliquias prehispánicas lo tenemos en Pedro Franco Dávila, que publica en París en 1762 el catálogo de su colección, algunas de cuyas piezas



proceden de la costa ecuatoriana y pudieron ser fruto de las excavaciones llevadas a cabo por el propio coleccionista. En 1771 la dona a Carlos III, que la deposita en el nuevo Real Gabinete, que pasa a dirigir el propio Franco Dávila. En esas mismas fechas Miguel Feijoo de Sosa se extiende sobre la arqueología de la zona de Trujillo del Perú, una de las más ricas de América, en la obra que dedica a esa ciudad. Su descripción evidencia la realización de excavaciones, pero carece de ilustraciones. Feijoo publica el volumen en 1763, y dos años después el virrey Amat envía a Madrid «antigüedades de barro cantarilla, piedras y lanzas» que pararán en el Real Gabinete y, más tarde, en el museo de América. De las excavaciones que se realizan en 1765 en la Huaca de Tantalluc da algunas noticias Baltasar Martínez Compañón en su historia de la diócesis de Trujillo, que elabora entre 1782 y 1790 y consta de nueve volúmenes, el último de los cuales está dedicado a las antigüedades, y estructurado según los moldes de Ulloa y Feijoo. Compañón inserta en esa obra dibujos de objetos arqueológicos y planos de ruinas y tumbas. Y en 1790 remite desde Cartagena trescientas vasijas para el Real Gabinete.

Pero centrémonos ya en Santo Domingo de Palenque, pequeña y floreciente ciudad cuya población ronda las dos mil almas a mediados del siglo dieciocho. En el año 1773 —dos años antes de que las Trece Colonias de Norteamérica se rebelen contra Inglaterra— el teniente de alcalde de Chiapas, Gutiérrez de la Torre, se dirige a las inmediaciones de Palenque a inspeccionar unas ruinas que la gente del lugar llama Casas de Piedra y de las que le ha hablado el presbítero Ramón Ordóñez Aguiar. Tras limpiar el terreno de maleza, Gutiérrez y los improvisados arqueólogos que le acompañan se descuelgan por un hoyo que han abierto en la bóveda de un edificio, y se ven en el interior de una sala de unos cincuenta metros de largo, en la que hay «unas mesas o camas de piedra y lajas de una pieza con sus pies de la misma piedra labrada». De improviso Gutiérrez

decide interrumpir la exploración. Le ha asaltado un gran miedo. Piensa que la sala, que es el llamado salón del trono del palacio, puede hundirse, pues observa que «golpeando el pavimento con su bastón, sonaba a hueco abajo».

Once años después, en 1784, o sea, uno después de finalizada la guerra de independencia de Estados Unidos, el presidente de la Audiencia de Guatemala, José Estachería, informado de la existencia de esas Casas de Piedra, se pone manos a la obra. Su actuación va a ser sorprendentemente lógica y sistemática, con el valor añadido de dejar constancia escrita y gráfica de todos los pasos que se van a dar en la investigación. Lo primero que hace es dirigirse, el 28 de noviembre de 1784, al alcalde de la población más próxima a las ruinas, José Antonio Calderón, para comunicarle que el examen de la «populosa ciudad», que en otro tiempo debieron de ser las ruinas, «puede producir luces para la mayor ilustración de los fastos de la Historia antigua y moderna». Consiguientemente, le ordena que sin pérdida de tiempo le «informe de todas aquellas circunstancias que sirvan al conocimiento que necesito para formar idea del método, reglas e instrucciones» con que poder «providenciar una exacta revisión de todo aquel lugar, para la colección de monumentos, epígrafes, inscripciones, estatuas y demás piezas que indiquen más clara y próximamente la antigüedad, particularidades y fundación de aquella Ciudad».

Calderón contesta a Estachería el 15 de diciembre de 1784 mandándole un informe en el que hace una descripción pormenorizada del palacio —es el primero que le da este nombre—, con sus puertas, corredores, escudos, medidas, etc., y otra más escueta de numerosas ruinas existentes en la zona. Su informe va acompañado de cuatro dibujos hechos por él mismo con trazo infantil, que sin embargo resultan muy claros e ilustrativos. Calderón advierte al presidente de que aquel al que mande ir a investigar las Casas de Piedra ha de afrontar muchas

dificultades y penalidades, y, a propósito de un detalle del calzado de los indios representados en los relieves, hace referencia al tema romano, debido a que, según Plutarco, los nobles de Roma tenían en el calzado medias lunas y así proclamaban la inmortalidad del alma, como cosa venida del cielo, si bien Calderón añade con cautela: «No afirmo ni asiento que esta obra fue de estos [romanos], sino que es un modo de pensar o de decir lo que otros dicen».

Basándose en el informe de Calderón, redacta el presidente Estachería en enero de 1785 unas *Instrucciones* en las que marca a la investigación arqueológica cinco cuestiones fundamentales: la de cuanto pueda contribuir a hacerse una idea de la antigüedad del lugar y de la gente que lo habitó; la de los medios económicos que permitieron subsistir a esa gente; la de las causas que originaron su desaparición (emigración, guerra, etc.); la de «la entidad y magnificencia» de la población, y, en quinto lugar, la del «orden que a su arquitectura señalan las noticias históricas» teniendo en cuenta las «piezas de los palacios, su altura, torres, bóvedas subterráneas, escudos, estatuas, adornos, y partes en que están colocados». Estachería precisa los métodos de examen y análisis, de los que sólo me voy a fijar en un detalle. En el capítulo séptimo dice que «este escrutinio manifestará si los citados cerros constan de las materias que dan de sí las erupciones de volcanes». Obviamente, por este detalle vemos que está latente el recuerdo de la erupción vesubiana que dio lugar a los yacimientos arqueológicos de Pompeya y Herculano. También conviene tener en cuenta que, un año antes, en 1783, Carlos III ha fundado la Real Academia de San Carlos de las Nobles Artes de la Nueva España en la ciudad de México, y que entre los libros enviados a la Academia figuran *Le antichità di Ercolano esposte* junto con estudios sobre Pompeya y Herculano, y *Le antichità romane* de Piranesi.

Pero en la mente del presidente de la Audiencia de Guatemala

no sólo están presentes Pompeya y Herculano, sino también las instrucciones que, en relación con las antigüedades americanas, había dado Antonio de Ulloa en 1777. En ellas se ordena que se recojan los vestigios que puedan aportar algún conocimiento de los pueblos a los que pertenecieron, en particular «las ruinas de edificios antiguos», como paredes, cercas, sepulturas, templos, etc., así como las vasijas, herramientas, armas, dijes, ídolos, adornos, divisas, insignias, ropas y tejidos, etc., sin olvidar los nombres asignados a tales artículos. Como las instrucciones dadas por Ulloa obraban en las oficinas de los virreyes y gobernadores, puede decirse que Estachería no hace más que adaptar a las condiciones de Palenque las que, de forma genérica, había elaborado Ulloa. Estachería dirige sus *Instrucciones* al arquitecto Antonio Bernasconi, que, llegado en 1777, ha participado en la modélica creación de la nueva Ciudad de Guatemala. Es a él al que ha encargado la exploración de Palenque. En febrero de 1785 Estachería escribe a su superior en España, el secretario de Estado José de Gálvez, notificándole cómo ha tenido conocimiento de las ruinas de Palenque y los pasos que ha dado. Junto con la carta van los originales del informe de Calderón y demás documentos. Estachería señala en su oficio que la investigación «pudiera acaso ministrar ideas beneficiosas a la Historia, y alguna ilustración a los conocimientos de la antigüedad en estas partes, máxime si su fundación resulta ser de ultramarinos, como quieren indicarlo algunas de las particularidades referidas en el informe del Teniente de Palenque». Esos «ultramarinos» no son otros que los «romanos», a los que Pompeya y Herculano han dado tanta actualidad.

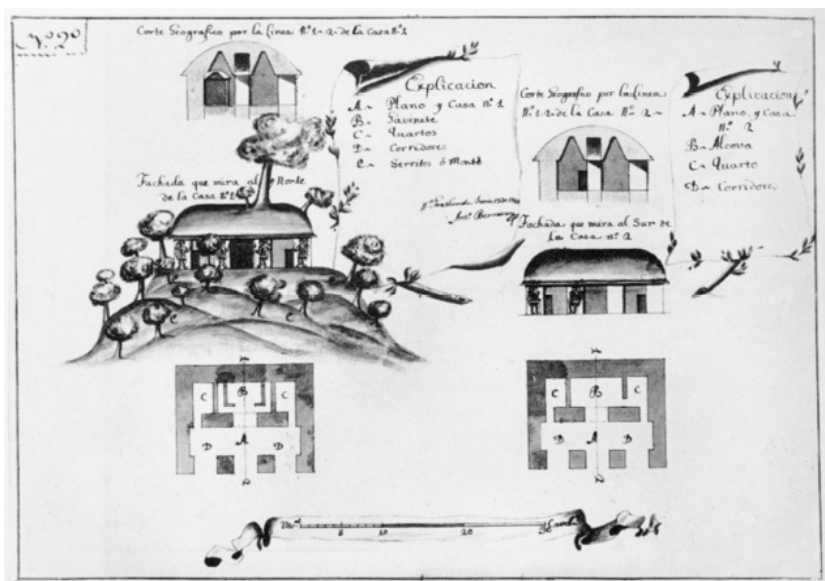
El 25 de febrero Bernasconi inicia su tarea, que debió de durar unos cuatro meses, pues fecha su informe el 13 de junio. Mientras tanto, llegan a España los escritos remitidos por Estachería. El 7 de julio Carlos III da su aprobación, que es

enviada el 11 de julio, y se muestra interesado en la investigación emprendida. Él, que durante años ha seguido de forma asidua y sistemática las excavaciones de Herculano y Pompeya, seguramente se preguntó alguna vez: ¿No será Palenque la Pompeya del Nuevo Mundo? (*Láminas XLIV y XLV*).

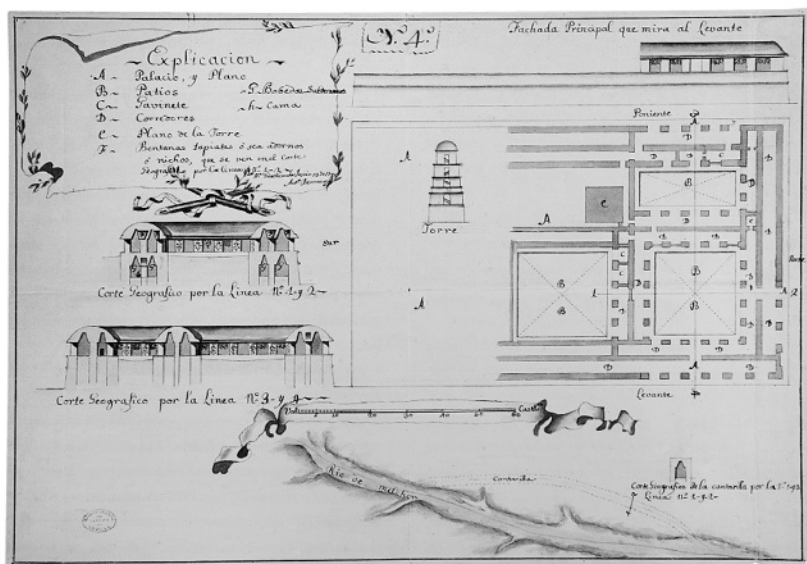
Bernasconi empieza su trabajo levantando el mapa de una amplia zona en el centro de la cual se halla el edificio que llama, como lo había hecho Calderón, palacio. Tras describir el lugar, menciona la existencia de otras ruinas situadas al oeste a casi tres kilómetros, fuera del mapa, y contabiliza un total de veintidós construcciones que pueden ser calificadas de templos. A continuación, traza el plano del palacio, explica cómo está construido, observa la ausencia de cualquier elemento defensivo y destaca una piedra grabada que dibuja en la tercera lámina. Como este relieve con glifos se encuentra en el museo de América de Madrid, cabe deducir que lo envió a la Corte. También estudia las antiguas vías de comunicación de las ruinas y destaca la inexistencia de volcanes cuya erupción hubiese sido la causa de su abandono, a diferencia de lo que pasó en Pompeya y Herculano.

Lo esencial del informe de Bernasconi está en los dibujos y cartelas. La primera estampa muestra un mapa del yacimiento con la localización de los monumentos inspeccionados, que son los que, básicamente, se visitan en la actualidad. En la segunda estampa se ven dos construcciones rectangulares, con sus planos y alzados. Estos adoratorios se alzaban sobre pirámides escalonadas, las cuales, cubiertas como estaban de maleza, parecían cerros (*Fig. 35*). La tercera estampa ofrece una selección de los bajorrelieves del palacio y de los templos, de manera que cada figura describe los diferentes tipos escultóricos. La cuarta reproduce el edificio conocido como el palacio y que, en efecto, había sido residencia real. Ésta es quizá la lámina más lograda y de comprensión más fácil. Lo que se ve es un edificio elevado

cerca de un riachuelo sobre una plataforma. Tiene una torre y tres patios rodeados de corredores con relieves (Fig. 36).



35 Estampa 2.ª, por A. Bernasconi.

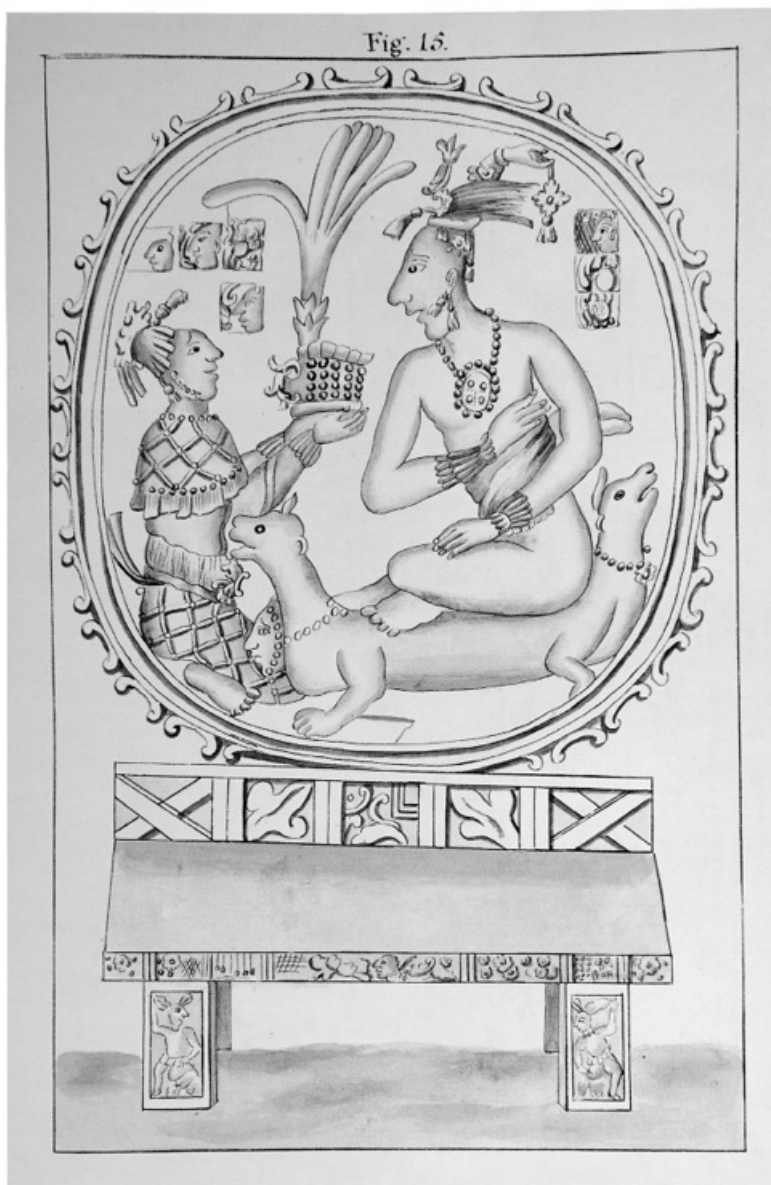


36 Estampa 4.ª, por A. Bernasconi.

En las «bóvedas subterráneas» del palacio, señaladas en el plano con la letra «G», Bernasconi marca la situación de una «cama» con una pequeña «h». Se trata del trono del rey Pakal de

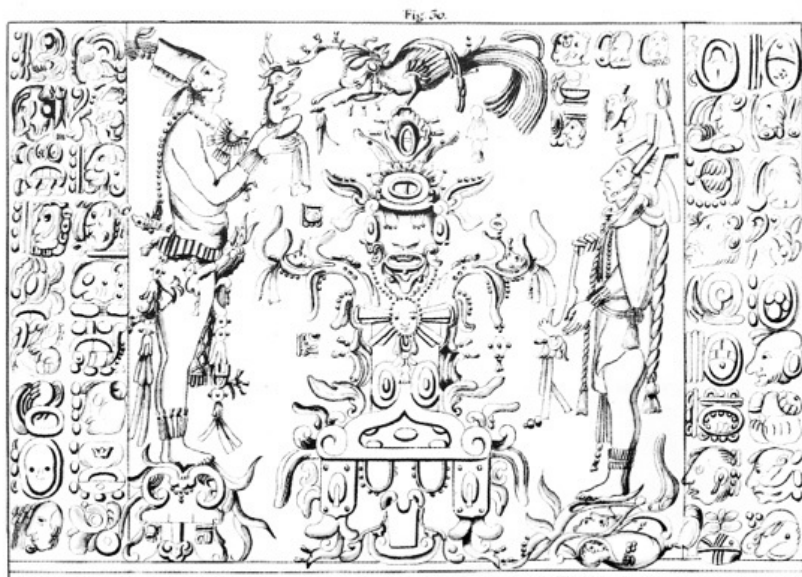
Palenque, pero lo llama cama por tratarse de una superficie horizontal lisa que, sujeta a la pared y sostenida por dos patas labradas, ofrece un magnífico relieve en el respaldo, que representa a la madre del rey imponiendo a su hijo la corona. En esta «cama» se sentaba el rey con las piernas cruzadas durante las recepciones. Que los arqueólogos son conscientes de su carácter excepcional lo demuestra el hecho de que volverá a ser dibujada en la siguiente expedición y se le extraerá una de las patas, posiblemente a demanda de Estachería, para enviarla al Gabinete del Rey. Esa pata, conocida como la *Estela de Madrid*, representa al rey Pakal de Palenque, que, con su característica nariz saliente y pómulos aplastados, aparece también en la estela que se alza sobre su tumba en el Templo de las Inscripciones, y en el gran relieve circular que conmemora, sobre el trono, su entronización, según se puede ver en los dibujos de Bernasconi y Almendáriz (Fig. 37).

Fig. 15.

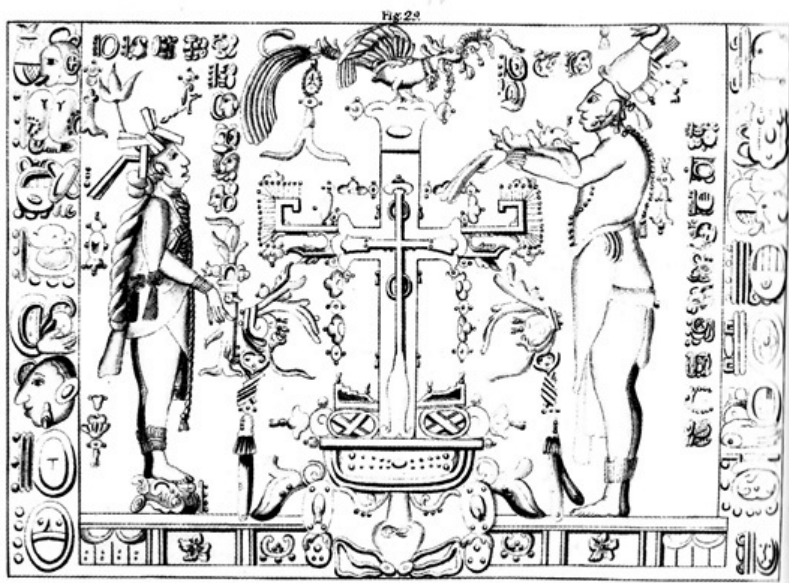


37 El rey Pakal de Palenque (*Estela de Madrid*), por Almendáriz.





38 Bajorrelieve central del Templo de la Cruz Frondosa, por Almendáriz.



39 Panel central del Templo de la Cruz Frondosa, por Almendáriz.

En agosto de 1785 el presidente Estachería notifica al ministro Gálvez el resultado de la visita de Bernasconi a las ruinas, le remite los planos y dibujos hechos por este último y termina su oficio diciendo que se muestra ansioso de que en el

informe «halle su alta comprensión algo digno de los conocimientos de Su Majestad», pues, obviamente, no ignora la profundidad de los conocimientos arqueológicos de Carlos III. Estachería es también consciente de que el informe de Bernasconi es demasiado sucinto y no cumple con todos los puntos señalados en sus *Instrucciones*, lo que tal vez fue debido al estado de salud del arquitecto, que morirá al año siguiente.

Cuando llegan los papeles de Bernasconi a Madrid, Carlos III decide en febrero del siguiente año (1786) que se prosiga la investigación arqueológica y que, mientras tanto, la documentación recibida pase a manos de Juan Bautista Muñoz, el historiador oficial de Indias. Muñoz la estudia con rapidez, redacta un dictamen con fecha del 7 de marzo y lo remite al ministro Gálvez. El historiador evidencia la finura de su metodología cuando dice que procura «investigar con los hechos y documentos, huyendo el general vicio de formar sistemas», lo que recuerda a la metodología empleada dos siglos antes por José de Acosta; señala que en las ruinas de Palenque se observa «una demostración ocular de la veracidad de nuestros Conquistadores e Historiadores primitivos en orden a los edificios hallados en la Nueva España y sus cercanías, especialmente a la parte del mediodía. Entre ellos se distinguían por grandeza y arte los de las provincias comprendidas en el distrito de Guatemala y la de Yucatán», y pone los antiguos monumentos de Palenque en relación con los otros mayas de la región, a los que, según hemos visto, ya había hecho amplia referencia Diego de Landa dos siglos antes.

Muñoz observa que, por la información que se le ha remitido, las construcciones de Palenque «prueban claramente que los pobladores antiguos de aquellos países eran superiores en saber y cultura a los del tiempo de la Conquista», pero que los informantes (se refiere, sobre todo, a Calderón) no se expresan bien cuando hablan de arcos y bóvedas, ya que, en realidad, se

trata de «los llamados arcos a lo gótico». En conclusión, aconseja «que se observe todo nuevamente, distinguiendo cuidadosamente entre puertas, nichos y ventanas; examinando así lo que se halle de piedras de sillería, como lo que se dice de cal y canto, y de mezcla; haciendo puntual descripción y dibujos de las figuras, los tamaños y los cortes de piedras y ladrillos o adobes, con particularidad en los llamados arcos y bóvedas».

Muñoz adjunta a su dictamen una carta fechada en 1576 y dirigida a Felipe II, en la que el licenciado Palacio habla de las ruinas de Copán —«vestigio de gran población y de soberbios edificios»— y hace referencia a «una estatua grande de más de cuatro varas de alto labrada como un Obispo vestido de Pontifical con su mitra bien labrada y anillos en las manos. Junto a ella está una plaza muy bien hecha con sus gradas a la forma que escriben del Coliseo Romano». El licenciado Palacio estima que esos edificios «se puede creer que fueron de una nación los que hicieron lo uno y lo otro». Ciertamente, las ruinas de Palenque están emparentadas con las que había inspeccionado Palacio, hacia 1576, en Yucatán, Tabasco y zonas aledañas. El informe de Juan Bautista Muñoz influye para que la resolución de continuar las investigaciones se concrete en una Real Orden de 15 de marzo de 1786, en la cual se señala que Carlos III está al corriente de toda la información que se ha remitido a la Corte acerca de las ruinas.

El 12 de agosto de ese mismo año el presidente Estachería comunica al ministro Gálvez que, habiendo muerto el arquitecto Bernasconi, encomienda las investigaciones al capitán de artillería Antonio del Río, el cual, acompañado por el dibujante Bernardo Almendáriz, llega a Santo Domingo de Palenque el 3 de mayo. Delimita un área rectangular de 250 por 376 metros y selecciona unos catorce edificios o casas. El área delimitada es la misma en la que se harán, hasta hace poco, todos los estudios arqueológicos, y la misma también que es visitada y descrita. El

informe que elabora Del Río en junio de 1787 demuestra que conoce muy bien todo lo realizado hasta la fecha y responde con creces a las expectativas. Siguiendo los pasos dados por sus predecesores, realiza, como señala Paz Cabello Carro, «la primera excavación que se pueda considerar científica en América». Y la primera también dirigida por un equipo cuyos componentes se encuentran a miles de kilómetros de distancia, en Madrid (Muñoz), Ciudad de Guatemala (Estachería) y Santo Domingo de Palenque (Del Río). En el informe se documentan todos los pasos dados en la excavación, y se detallan los recorridos, ubicándolos en relación con los puntos cardinales, de forma que es fácil identificar, con sólo consultar el plano, los edificios y habitaciones, los puntos de origen de los materiales recogidos y el itinerario seguido.

Del Río se hace eco de las analogías de las ruinas de Palenque con las dejadas por los romanos, pero con matices. No es que esté persuadido de que la gente de Palenque hubiera tenido contacto con los romanos, pero tal vez pudo ocurrir que «algunos de otra nación culta se asomaron por estos países» y los naturales de la región del Yucatán recibiesen de ellos «alguna idea de las artes como en recompensa de su hospitalidad». Del Río estima que del estudio de las edificaciones y de otros indicios «queda probada hasta la evidencia la uniformidad de los antiguos habitantes yucatecos y palencanos». El ingeniero militar describe su sistema de comunicaciones a través de determinados ríos que les ponían en contacto con la provincia de Tabasco y, sobre todo, con el reino de Yucatán, con cuya gente la de Palenque debió de estar emparentada, según revelan las costumbres, la religión, los conocimientos, el parentesco, así como «lo demuestra la uniformidad y similitud de sus edificios según el informe circunstanciado que me dio el R. P. F. Thomas de Sosa». A este respecto menciona Del Río las ruinas de Uxmal, y al citar las de Maní dice que en ese pueblo hay «un antiquísimo

Palacio, muy parecido al que se conserva en Palenque y estaba habitado según la tradición al arribo de los conquistadores españoles por un reyezuelo indio, llamado Htutulxiu». En resumen, según Del Río «queda probada hasta la evidencia la uniformidad de los antiguos habitantes yucatecos y palencanos, por la analogía de sus costumbres, edificios y conocimientos de las artes, cuyos restos se distinguen en los monumentos que perdonó el transcurso de los siglos».

Al tratar del interior del palacio, describe sus componentes arquitectónicos, copia sus principales elementos, hace algunas consideraciones de índole iconográfica y añade de una forma cauta y epistemológicamente rigurosa: «Yo conozco que mis reflexiones se apoyan solamente en meras conjeturas, débil fundamento para sentar unas proposiciones que no exceden los límites de la probabilidad, si bien es preciso recurrir a ellas, no habiendo desenvuelto hasta ahora la Historia el origen de estas antigüedades y expresión significativa de sus imágenes; por lo que sin detenerme en discursos puramente ideales, paso a examinar lo interior de esta galería con la pieza siguiente, que mira a un patio». Y así va enhebrando su descripción de las formas arquitectónicas de las construcciones de Palenque y de las figuras labradas en la piedra y los glifos, todo ello representado por los dibujos de Almendáriz. Al tratar de la figura 7ª, que ve semejante a «un mascarón propio de Carnaval, con su corona y barbas como de cabrón, con dos cruces griegas al pie, inscrita la una en la otra», añade que «es verosímil que adorasen a esta fantasma y otras semejantes de capricho». En apoyo de esta tesis, aduce la similitud con ciertas imágenes de la religión romana. Tras describir las diferentes construcciones que se pueden discernir en el conjunto, como son los llamados Templo de las Inscripciones, Templo del Hermoso Relieve, Templo del Sol, Templo de la Cruz Frondosa, Templo de la Cruz (*Figs. 38 y 39*) y sus relieves escultóricos, dirige su atención a los utensilios y

armas encontrados en las ruinas y, al tratar del bajorrelieve conocido como *Estela de Madrid*, hace consideraciones de orden práctico, que muestran la organización de las comunicaciones entre España y América: estima que el traslado de estas piedras a Madrid costaría lo mismo que si fuesen «de Cádiz a la Corte».

El presidente Estachería tarda un año en notificar a Madrid los resultados de las excavaciones, debido probablemente a la noticia de la muerte, en junio de 1787, del secretario de Indias José de Gálvez. A primeros de julio de 1788 escribe a su nuevo superior, Antonio Valdés, y le remite el informe, los dibujos y los materiales recogidos por Del Río. Valdés escribe el 12 de marzo de 1789 a su colega de Justicia de Ultramar, Porlier, para pasarle el envío de Estachería. Porlier estima que el rey es quien debe resolver la cuestión, ya que se ha «interesado en este tema y en otro similar: las excavaciones de Pompeya y Herculano». Cuatro días después Carlos IV, pues en diciembre de 1788 ha fallecido su padre Carlos III, decide que se envíen al Real Gabinete de Historia Natural las antigüedades, dibujos e informe, y que se haga con ellos lo que convenga para ilustrar la *Historia antigua de América* que está escribiendo Juan Bautista Muñoz.

Es muy verosímil que Carlos III, ya en los últimos meses de su existencia, quisiese estudiar esos documentos arqueológicos que le devolvían a los años de su juventud, le hacían revivir su antigua pasión por las ruinas de Herculano y Pompeya y le permitían discernir las semejanzas y diferencias de los antiguos romanos y los misteriosos mayas. Debió de interesarse especialmente en los dibujos, pues, según hace saber el vicedirector del Real Gabinete el 5 de mayo de 1789, o sea, cinco meses después de la muerte de Carlos III, cuando llegaron a su despacho la documentación y los objetos de Palenque, faltaban los dibujos, que con una mezcla de extrañeza e intriga debió de contemplar el rey. De estos dibujos se sabe que quedaron retenidos, junto con el informe original de las excavaciones, en la

Junta de Estado, y que Floridablanca ordenó sacar una copia para depositarla en su archivo y remitir al Real Gabinete los dibujos originales, lo que consta que se hizo. Sin embargo, los dibujos originales no se encuentran actualmente en el museo de Ciencias Naturales, sucesor del Real Gabinete. Por eso, la única colección completa de dibujos que se conserva es la copia mandada hacer por Floridablanca, que se guarda en la Biblioteca de Palacio. ¿Cómo explicar la desaparición de los dibujos originales, de los que se sabe que entraron en el Real Gabinete el 10 de agosto de 1789, o sea, apenas ocho meses después del fallecimiento de Carlos III? Paz Cabello Carro piensa con razón que pudieron ser sustraídos, ya que a mediados del siglo veinte desaparecieron del museo de Ciencias Naturales de Madrid materiales diversos, y estima que esos dibujos podrían ser los que salieron a subasta el 16 de diciembre de 1992 en Nueva York.

Las excavaciones de Antonio del Río en 1787, como antes la de Bernasconi en 1785 y, antes todavía, la de Calderón en 1784, constituyen las primeras excavaciones científicas realizadas en América. No son, sin embargo, un hecho aislado. José Antonio de Alzate explora las ruinas de Xochicalco en diciembre de 1777, el mismo año en que Antonio de Ulloa envía a México (en enero) el *Cuestionario* que instruye acerca de cómo tratar las antigüedades, lo que incita a Alzate a publicar sus *Antigüedades de Xochicalco* en 1791 y a reseñar en 1785 las de El Tajín. Las excavaciones de Palenque y de Xochicalco mueven a las autoridades virreinales a organizar nuevas expediciones arqueológicas, como las que realiza entre 1805 y 1807 Guillermo Dupaix, que está al servicio del rey de España, para investigar ruinas mayas que habían sido dadas a conocer por el jesuita expulso Pedro José Márquez.

Al igual que a las excavaciones de Herculano y Pompeya, también a las de Palenque les saldrá un detractor que, al manejar el informe arqueológico de Del Río, ni siquiera conoce

suficientemente la lengua española, ni los usos de cortesía administrativa. Lo que no es óbice para que se precipite a calificar de serviles a los funcionarios virreinales y a hablar de la opresión que se vivía en las colonias, cuando la forma en que están redactadas las comunicaciones oficiales no demuestra sino un uso protocolario de la lengua. El detractor se llama en esta ocasión Henry Berthoud. En 1822 publica en Londres una traducción del informe de Del Río, sin las láminas que constituyen un elemento esencial y, por supuesto, sin hacer la menor investigación sobre el complejo proceso administrativo dentro del cual tuvieron lugar las exploraciones. En la introducción se atreve a decir que si los manuscritos no fueron publicados fue debido a la «peculiar apatía del carácter español», observación grotesca si se tienen en cuenta la diligencia y el esfuerzo que pusieron los funcionarios españoles en la empresa de Palenque. Huelga decir que Berthoud une a la mala fe una ignorancia completa acerca de las numerosas y decisivas iniciativas que los españoles tomaron en el alumbramiento de la arqueología clásica y extraclásica a lo largo del siglo dieciocho. Comete, además, el error de creer que la fragmentaria documentación que utiliza es la original y que ha sido abandonada por los españoles en los archivos de la ciudad de Guatemala, cuando en realidad es una copia de los originales remitidos a Madrid. La copia de Guatemala es la que, con toda probabilidad, saca de forma ilegal McQuay tras la independencia del país para acabar yendo a parar a la British Library.

En realidad, Berthoud no pasa de ser un triste discípulo de aquel Hamilton que compró en el mercado negro de Nápoles, si es que no robó, un buen número de antigüedades herculanenses, pues, como advierte Paz Cabello, «autores posteriores han entendido que los manuscritos recatados del olvido fueron en realidad sustraídos o comprados de manera más o menos ilícita al socaire de las luchas de independencia». La historia de Berthoud



nos permite identificar el oscuro origen de la copia del informe de Antonio del Río que obra en el museo Británico, junto con los otros papeles relacionados con Palenque que Berthoud nunca devolvió a su lugar de origen.



40 *Vista de la bahía de Nutka con las fragatas Santa Gertrudis, Aránzazu, Princesa y la goleta Activa, por Caamaño. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.*



41 *Vista del establecimiento y puerto de Nutka. Museo de América.*

## NOTICIAS DE NUTKA

Nutka, una pequeña isla situada en las costas del Pacífico septentrional junto a la de Vancouver, va a convertirse en los años ochenta del siglo dieciocho en foco de atracción para los comerciantes, cada vez más numerosos, que se dedican a las pieles y, también, para los gobiernos de Rusia e Inglaterra, que empieza a mirarla como un lugar idóneo para fundar en ella un establecimiento. Lo que no podía dejar indiferente a la Corona española, pues considera que ese territorio pertenece a su soberanía. A instancia del ministro Gálvez, el 9 de marzo de 1788 zarpa de San Blas de Nayarit una expedición al mando de Esteban José Martínez. En el curso del viaje, Martínez descubre que los rusos han fundado seis establecimientos desde Onalaska hasta el cabo de Dos Puntas, con un total de cuatrocientos sesenta y dos hombres y seis galeotas, y que aunque no tienen todavía ningún establecimiento en Nutka, piensan fundarlo al año siguiente. La expedición de Martínez regresa a Monterrey el 17 de septiembre, no sin fondear antes en Nutka.

El proyecto ruso de fundar un establecimiento en esa isla impele a las autoridades virreinales a hacer todo lo posible por adelantarse. Nadie debe poner en duda que el derecho de España sobre esa tierra es el mejor, pues, además del que se le ha reconocido tradicionalmente en virtud del Tratado de Tordesillas, los primeros que avistaron el puerto de Nutka y fondearon en él fueron españoles al servicio de la monarquía durante el viaje de Juan Pérez de 1774, en el que participó también Esteban José Martínez. El 23 de diciembre de 1788, dos

semanas después de retornar, el virrey Flórez ordena a Martínez que regrese a la zona. La expedición sale de San Blas el 19 de febrero de 1789, y, cuando el 5 de mayo llega a Nutka (*Figs. 40 y 41*), los indios festejan la llegada de los españoles con bailes y cantos, y su jefe Macuina (*Figs. 42 y 43*) muestra a Martínez las conchas de Monterrey que él y Juan Pérez le habían regalado quince años antes, cuando la expedición de 1774.



42 Macuina, Jefe principal de Nutka, por Tomás de Suria. Museo de América, Madrid.



43 *Sombrero del Jefe de Nutka, Macuina*. Museo de América, Madrid.



44 *Vista del fuerte de San Miguel en Nutka*. Expedición Malaspina. Museo de América Madrid.

El problema surge el 2 de junio, cuando llegan a Nutka dos buques al mando del inglés Colnett con el propósito de fundar un establecimiento desde donde la compañía de John Meares, a la que pertenecen esos barcos, piensa dedicarse al negocio peletero. Martínez, que toma posesión formal de Nutka en nombre de Su Majestad Católica el 24 de junio, inicia la construcción del presidio de San Miguel a la entrada del puerto, instala en él una batería de diez cañones (*Fig. 44*) y el 5 de julio requiere a Colnett su pasaporte. Éste se niega a presentarlo y declara que viene como gobernador en nombre del Gobierno británico. El comandante español le contesta que esa tierra pertenece a España desde que la descubrió Juan Pérez. Colnett se insolenta y le echa en cara que esas tierras son inglesas por haberlas descubierto el capitán Cook. Que Colnett le diga eso raya en el sarcasmo, pues precisamente él, Martínez, iba como segundo del mallorquín Juan Pérez Hernández en la expedición que descubrió Nutka en 1774, mucho antes de que Cook llegara allí. Finalmente, Martínez detiene al capitán inglés y al resto de la tripulación y los envía prisioneros, junto con sus barcos, al puerto de San Blas, adonde llegan en la segunda mitad de agosto de 1789.

Martínez retorna a San Blas el 6 de diciembre de 1789 y al día siguiente el nuevo virrey, conde de Revillagigedo, ordena a Juan Francisco de la Bodega, nombrado unos meses antes comandante del puerto de San Blas, que envíe tres buques a Nutka. Tras arribar a la isla el 3 de abril de 1790, los expedicionarios construyen algunas casas, oficinas y huertas, excavan pozos y acequias y crían algunas aves. Mientras los marinos españoles se dedican a esas tareas, llega a Londres la noticia del apresamiento de Colnett y de sus buques. Las autoridades británicas manifiestan su intención de declarar la guerra a España. La ocasión que el «incidente de Nutka» les brinda cuadra bien con sus intereses y posibilidades, pues saben que, sin la ayuda de una Francia puesta patas arriba por la Revolución, España está debilitada. Además, ha quedado huérfana del prestigioso y experimentado Carlos III, fallecido un año antes. El belicismo inglés sube de tono cuando el 13 de mayo de 1790 Meares presenta a la Cámara de los Comunes un memorial en el que pide la guerra contra España. Poco importa a esa Cámara que ese documento contenga informaciones falsas que invalidan las razones que da Meares para hacer la guerra, concretamente la de que su compañía ha comprado al jefe indio Macuina unos terrenos. El 24 de mayo Floridablanca avisa a todos los virreyes y gobernadores de Indias de la posible ruptura de relaciones con Inglaterra. En medio del forcejeo diplomático que entonces se inicia, el Gobierno inglés envía a Madrid a Alleyne Fitz-Herbert como ministro plenipotenciario. Las negociaciones se hacen interminables, y las escuadras inglesa y española se aprestan al combate. Finalmente, Floridablanca, deseoso de evitar la guerra, transige. El resultado es la *Convención de San Lorenzo del Escorial*, que se firma el 28 de octubre de 1790 y se ratifica el 22 de noviembre siguiente.

El 25 de diciembre el Gobierno remite al virrey Revillagigedo copias de la *Convención* y le encarga que consolide la posición

española en Nutka y ocupe, además, la parte de la isla, que más adelante se llamará Vancouver, situada al sur del paralelo 48°. Revillagigedo informa inmediatamente a Madrid del peligro que entrañan las cláusulas demasiado vagas de la *Convención*, especialmente las que establecen el límite de las posesiones españolas y la fijación de los terrenos supuestamente adquiridos por Meares, y encarga al experto marino Juan Francisco de la Bodega y Quadra que se traslade a Nutka. Allí habrá de reunirse con George Vancouver a fin de llevar a efecto los acuerdos suscritos por sus respectivos gobiernos en El Escorial. El virrey encarga al naturalista José Mariano Mociño que tome nota de cuanto considere interesante y disponga para su trabajo de la ayuda del acreditado dibujante Atanasio Echevarría, que también formará parte de la expedición, la cual, por otro lado, se cruzará en las aguas de Nutka con la de Malaspina. Fruto de la expedición de límites (así se la llama) son el *Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional* de De la Bodega y las *Noticias de Nutka* del también criollo Mociño, que es la obra que aquí nos va a ocupar especialmente.

El 29 de abril de 1792 la expedición fondea en Nutka. No ha dejado de caer el ancla cuando el jefe indio Macuina se presenta ante De la Bodega con otros jefes de las rancherías próximas para manifestarle el afecto que profesan a los españoles y sus deseos de que los tenga por amigos, «a cuyas sencillas expresiones correspondí con el mayor agrado», refiere el comandante, «quedando tan pagados que, en prueba de su reconocimiento, me acompañaron a ver el establecimiento y ofrecieron a su despedida dar un baile en una de sus principales casas». En la carta que escribe el 27 de junio a las autoridades de la Nueva España, el comandante les dice que Macuina y otros jefes indios le han hecho saber formalmente que «aborrecen el nombre inglés» y —punto importante para las negociaciones entre España e Inglaterra— que es falso lo que escribió el comerciante

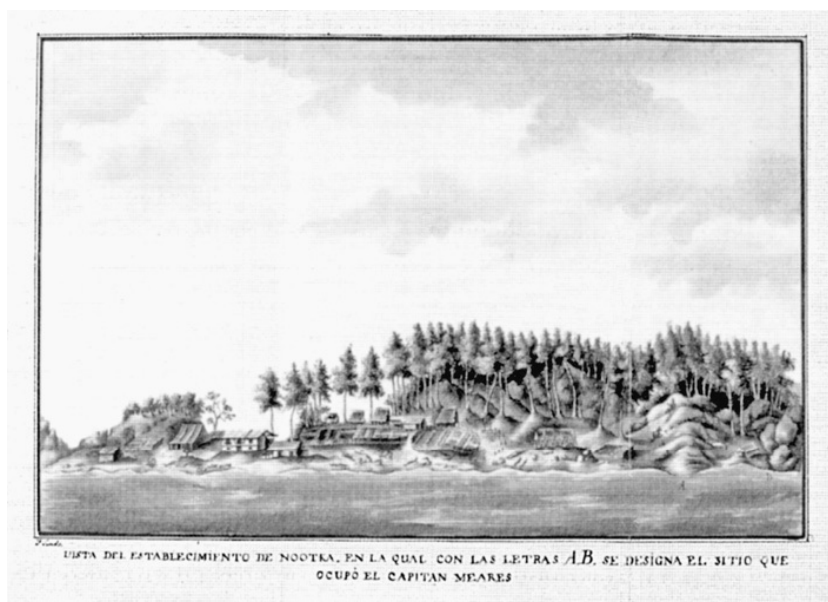
Meares de que ellos le cedieron parte de su territorio. Sobre la relación amistosa de los españoles y los naturales, Mociño se expresa de forma amplia y detallada: «En los cinco meses que nos mantuvimos entre ellos, no experimentamos una ofensa de su parte. La casa del comandante estaba de día y noche llena de ellos. Macuina dormía en su alcoba. [...] Muy pocas fueron las ocasiones en que se advirtieron hurtos ligeros [...]. Muchos de nuestros oficiales fueron solos y sin armas a visitar algunas rancherías, conducidos en las mismas piraguas de los salvajes, y volvieron siempre prendados del cariño y mansedumbre que habían observado en todos ellos».

Durante la primavera y el verano de 1792 el fondeadero de Nutka va a tener un considerable movimiento naval. El 11 de junio de 1792 entra un paquebote procedente de Macao, al mando del cual va un marino llamado Viana que tres años antes fue testigo de la actuación de Martínez que puso a Inglaterra en pie de guerra contra España. La información que Viana proporciona a De la Bodega invalida las acusaciones de Meares contra Martínez y permite aclarar los dos primeros artículos de la *Convención del Escorial* en un sentido favorable a España.

Esa información se ve revalidada por la que, de nuevo providencialmente, llega a conocimiento de De la Bodega unas semanas después: el 31 de julio entra en el puerto un bergantín norteamericano que lleva a bordo a dos marinos, Ingraham y Gray, que fueron también testigos de los hechos acaecidos en 1789. Sus declaraciones confirman las dadas por Viana. También ellos contradicen el informe de Meares sobre la compra de terrenos que habría hecho a Macuina. El propio Macuina confirma ese punto, y llama a Meares *Aita-Aita Meares*, o sea, «mentiroso Meares» (*Fig. 45*). El 27 de agosto llega, por fin, Vancouver. De la Bodega le presenta a Macuina y le lleva a ver las oficinas, almacenes y huertas. Vancouver manifiesta su admiración al ver lo mucho que han trabajado los españoles en



tan corto espacio de tiempo. De la Bodega le hace saber que se sentiría muy contento si le acompaña todos los días a comer con sus oficiales y si usa «como cosa propia de cuanto ofrecían las huertas y ganado». Iniciadas las conversaciones oficiales, Vancouver se ve obligado a reconocer, a la vista de las alegaciones que le presenta el comandante español, que no están claros puntos esenciales de la *Convención* y que lo mejor que pueden hacer ambos capitanes es dejar que sus respectivas Cortes aclaren esos puntos, en particular la cuestión de a cuál de los dos países corresponden los derechos de propiedad sobre los terrenos de Nutka, y den una solución al contencioso. Comoquiera que la relación entre el maduro marino español y el joven inglés se caracteriza por la amistad y la cortesía, Vancouver suplica a De la Bodega el 19 de septiembre «el honor de eternizar nuestra amistad poniendo a la gran isla de Fuca mi nombre y el suyo». Y así por algún tiempo el nombre de «Quadra and Vancouver Island» aparece en los mapas ingleses, y el de «Isla de Quadra y Vancouver» en los españoles.



45 Vista del establecimiento Nutka con detalles relativos a Meares, por F. Lindo. Archivo del Museo de Asuntos Exteriores, Madrid.

Al ver cómo Macuina se lamenta de que los españoles estén a punto de salir de Nutka, Vancouver, según dice él mismo, «no podía menos de maravillarse con mezcla de sorpresa y alegría, de cómo los españoles habían logrado captar la simpatía y confianza de estas gentes». No poco de esa simpatía débese a la personalidad de De la Bodega, pues, como bien dicen Scholefield y Howe, era un hombre bravo, cortés, honrado, noble de aspecto y encantador de maneras, «la personificación de la gracia y la sagacidad españolas». Para los indígenas de Nutka, Quadra y Vancouver quedarán unidos para siempre como ejemplos de bondad y gentileza. Y Vancouver evocará con el más vivo sentimiento al amigo español, cuando unos años después llega a sus oídos la triste noticia del fallecimiento del capitán nacido en Lima.

Pero si desde el punto de vista diplomático las reuniones de Nutka fueron a parar en un callejón sin salida, no puede decirse lo mismo de las que el naturalista Mociño tiene con los habitantes de aquella tierra durante los cinco meses que dura su estancia en ella. Así lo acredita la trascendencia científica de su estudio etnológico y antropológico cultural. Iris H. Wilson Engstrand parangonó su nombre con el de Alejandro de Humboldt «por sus extensos trabajos, no sólo como botánico, sino como médico y etno-historiador» y el historiador mexicano Alberto Carreño ha podido decir de él con razón que fue «una de las personalidades científicas más conspicuas que México produjo en el siglo XVIII cuando todavía era la Nueva España». Nacido en Temascaltepec en 1757 de padres españoles, José Mariano Mociño y Suárez de Figueroa, antes de formar parte de la expedición de límites, colaboró con el aragonés Martín de Sessé en la Real Expedición Botánica a la Nueva España. Las setenta páginas de las *Noticias de Nutka*, redactadas en 1793, ponen broche de oro a la tradición de estudios de antropología cultural y etnología que, iniciados por autores españoles del siglo dieciséis

trasladados a América, constituyen el hito fundacional de esas disciplinas, que sólo un siglo después de la monografía de Mociño alcanzarán el nivel científico en que este autor las había dejado.

Sobre el nombre de Nutka, hace la observación de que los naturales desconocían ese vocablo y sólo empezaron a oírlo cuando los ingleses empezaron a comerciar allí. Sospecha que lo que dio ocasión a ese error «fue la palabra *Nut-chi*, que significa Montaña, pues lo que Cook llamó *Nutka* nunca ha tenido entre los isleños otro nombre que *Yut-quatl* [Yuquot]». De hecho, Mociño y sus compañeros de expedición la llamaban Mazarredo. Después de tratar del descubrimiento, situación y producciones naturales de la isla, pasa a estudiar las costumbres, gobierno, ritos, creencias religiosas, cronología, idioma, música, poesía, caza y comercio de sus habitantes. Por último, hace una relación de los viajes realizados a Nutka por los europeos y, en particular, por los españoles, desde que en 1774 la descubriera el marino Juan Pérez, y de la *Convención del Escorial*. Mociño inserta, pues, su investigación etnológica dentro del contexto político y económico en que se produce. A modo de apéndice, adjunta un diccionario, ilustrado con láminas, de la lengua nutkesa, elaborado por el propio etnólogo durante los cinco meses que permaneció en la isla.

Al describir el paisaje, Mociño emplea expresiones en las que el encanto de lo pintoresco de las altas montañas se combina con lo agreste de los precipicios y peñascos. Los naturales, según observa, sólo habitan «las playas, quedando los bosques reservados a los osos, los lince, los mapaches, las comadreas, las ardillas, los ciervos, etc.». Como se podía esperar de un naturalista de su categoría, Mociño describe con precisión la flora de la zona, y sobre la anatomía de los indígenas repara en la forma apilonada de las cabezas. La causa de ese rasgo no está en algún vicio de la naturaleza, sino en una práctica común en la

tribu, consistente en modelarles la cabeza desde que nacen mediante fuertes ligaduras a fin de que la frente quede levantada, la nariz aplastada por la base y ancha de ventanas, los huesos de los pómulos se eleven y distancien entre sí, de donde resulta que la mayoría de los nutkeses sean carianchos y carirredondos. Estas operaciones se efectúan tras colocar a los niños en un cajón oblongo que les sirve de cuna portátil. Dos siglos antes, Diego de Landa hizo referencia a manipulaciones semejantes llevadas a cabo por las madres de Yucatán para configurar las cabezas de sus criaturas. De hecho, el relato del franciscano del siglo dieciséis es más detallado que el del naturalista del dieciocho. Mociño observa en los ojos de los indígenas una vivacidad tan expresiva que por ella podía adivinar algunos de sus pensamientos sin gran dificultad.

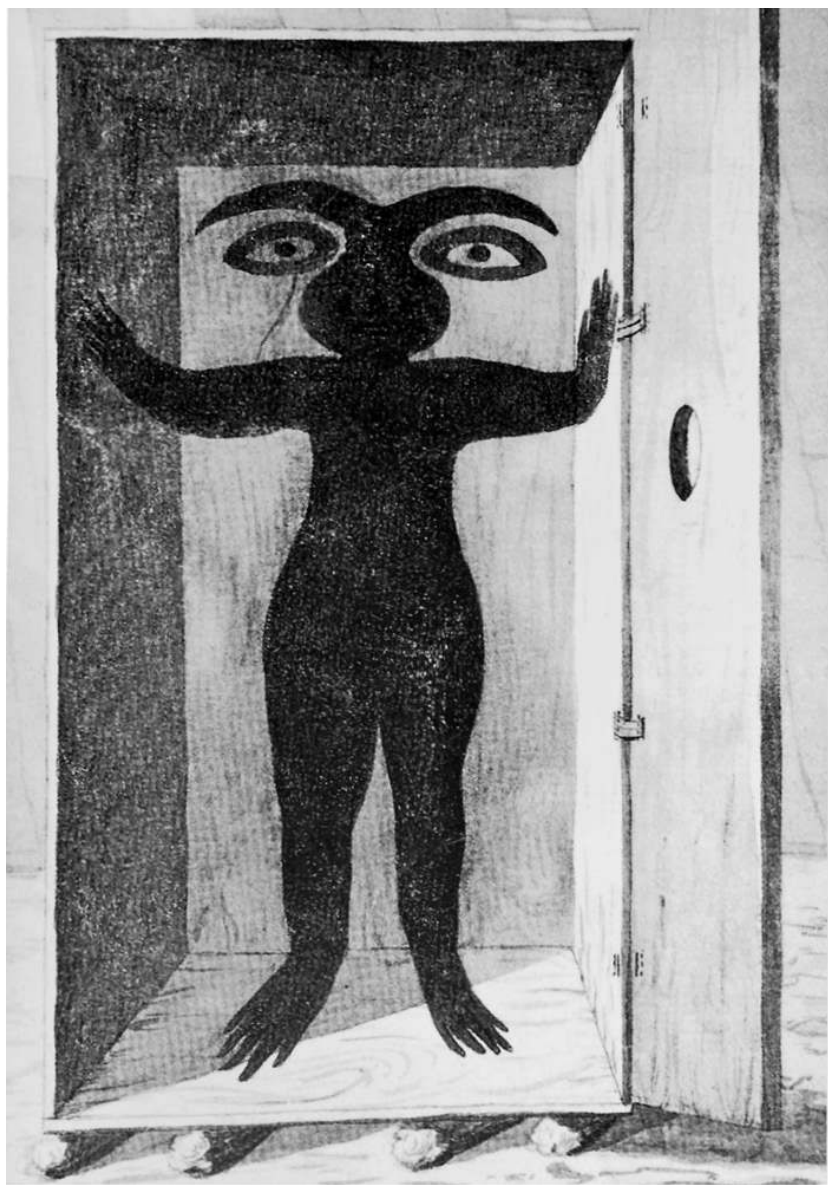
Mociño toma nota de la grasa con que los nativos se embadurnan el cuerpo y el almagre con que lo pintan y, al igual que Antonio de Ulloa, observa la relación directa que hay entre la suntuosidad mayor o menor del tatuaje o la pintura con que adornan su anatomía y la condición social. Mientras que los príncipes están facultados para pintarse con figuras estrafalarias, los plebeyos, en cambio, sólo tienen derecho a teñirse el rostro incluyendo párpados y frente, pero sin ningún dibujo. Al tratar del sentido que dan a la ornamentación personal, se fija especialmente en la relación que su forma y decoración tiene con el rango dentro de la jerarquía tribal.

Tras describir con detalle sus primitivas armas tradicionales —lanzas y flechas—, lamenta que ciertos capitanes ingleses, concretamente Baker y aquel Brown que tan inhumanamente trató a los indígenas, según le refiriese Macuina a De la Bodega, les proporcionasen armas de fuego y barricadas de pólvora, con las funestas consecuencias que ese comercio tendrá para los proveedores y, sobre todo, para los proveídos.

Después de declarar que «la vista de sus casas anuncia por todas partes la miseria, el desorden, el abandono y la suciedad», pasa Mociño a describir su forma, partes y construcción. En ellas se fija particularmente en las gruesas columnas cilíndricas de pino que sostienen la viga intermedia de la techumbre, pues en esos postes «están esculpidos rostros humanos, disformes por la magnitud y fealdad de sus facciones, a los cuales dan el nombre de Tla-má». Tras informarse sobre el valor simbólico que se les atribuye, llega a la conclusión de que son sólo un adorno y que, si acaso significan algo, es el esfuerzo del hombre que ha elevado aquel poste hasta el sitio en que se halla. De la Bodega en su *Viaje* da una opinión más matizada sobre esos postes totémicos que con la sucesión de figuras sentadas unas sobre otras representan a los antepasados en relación con los animales protectores o totémicos de la estirpe, y contrapone su significación teológica a la noción de Dios Creador que tienen los naturales de Nutka. Los nobles o taises esperan que ese Dios les otorgue tras la muerte el don de disfrutar de su visión como premio por los ayunos, oraciones y sacrificios que hacen con aceite de ballena y plumas. Aparte de las sartas de sardinas y otros pescados y mariscos destinados al sustento que cuelgan de las vigas sobre las que se asienta la techumbre de las viviendas, Mociño observa que en el mejor sitio de la casa se halla un cajón oblongo de poco más de dos varas de largo y media de ancho, en cuyo interior está pintada una figura monstruosa con rostro humano, brazos sumamente largos, uñas semejantes a las de las águilas y pies parecidos a los del oso (*Fig. 91*), el cual está destinado a un particular uso religioso de los jefes o taises. Éstos se encierran en esos cajones después de haber realizado el sacrificio de retirarse a una montaña para practicar la abstinencia, tumbados boca arriba durante dos o tres días sin tomar más alimentos que algunas hierbas:

«Encerrado entonces en el cajón o nicho de que hemos

hablado antes, golpea muy reciamente las tablas de un lado y otro con las manos, y a voz en cuello entona sus preces, una de las cuales pude yo aprender y presento aquí traducida a costa de ingentísimo trabajo: “Cacatzu-ó-co-majai; ja-quel, ó javi-jlil-jlem-oo-jauí clut-nas: Chimipeo tzepe-tizmo: Nachac-tu-tzo, manac-tzeptme-chaatla jahua cha-tlehuit zeja-qui. Yx-jo-ja quetl chu-atl-chatl, á caqui-mult-je, jaquetl chul-jas nac-hunas jaquetl”. “Danos Señor un buen tiempo, concédenos la vida: no nos hagas perecer, vuelve a nosotros tus ojos, aparta de la tierra las tempestades, y de sus habitantes las enfermedades: interrumpe la frecuencia de las lluvias: Déjanos ver los días claros y los cielos serenos.” Queda después en el más profundo silencio, y las mujeres se acercan a su tabernáculo, lo llaman repetidamente por su nombre y le ofrecen de comer, mas él sordo a sus importunaciones, si por ventura llega a desplegar sus labios, es sólo para orar con un nuevo género de fervor, arrebatándose cada vez más y más con el ímpetu de su devoto entusiasmo».



46 *Cajón iniciático donde se encierra el Jefe de Nutka, Macuina*, por Cordero. Museo de América, Madrid.

Tras describir el sacrificio en el que, a la orilla de un lago, el oficiante se llaga los carrillos con una áspera corteza de pino, piensa Mociño «que en el día no frecuentan los sacrificios humanos» debido a la influencia de los españoles y otros europeos con los que han tenido trato. En los meses del invierno

los meschimes, o plebeyos, pasan las largas noches de esa estación cantando y bailando alrededor de las hogueras que encienden para defenderse del frío y se abandonan «a todos los excesos de la liviandad».

Mociño describe los hábitos culinarios de los nativos sin ocultar el ambiente hediondo que impregna las viviendas debido a los restos de la comida. Entre las especies vegetales de que se alimentan, menciona raros especímenes como las bayas de andrómeda, los baccionios, las cerras, las peras silvestres, los madroños, las grosellas, las fresas, las rosas del geo, las potencillas, los tallos de angélica, las hojas de litospermo, las raíces de trifolio, las rastreas «y la escamosa cebolla de la azucena». También observa que carecen de toda bebida fermentada y no saciaban su sed más que con agua, hasta que comenzaron a tratar con los europeos. «De entonces acá han tomado bastante afición al vino, al aguardiente y a la cerveza, a todo lo cual se entregan con demasía siempre que hay quien los provea liberalmente, pues hasta ahora no parece haberles ocurrido el pensamiento de procurarse por medio del comercio esos licores». De los alimentos que los europeos les han dado a conocer los que más les gustan son el pan, el chocolate, el azúcar, la panocha y las confituras. Del té y el café dice Mociño que les gusta excesivamente. En cambio, les causan gran fastidio la leche, la manteca, el queso, el aceite de oliva, el vinagre, y toda la especiería de que los europeos suelen utilizar. Al final del artículo dedicado a la alimentación, Mociño refiere una historia truculenta. En cierta ocasión los nativos fueron a vender a bordo del paquebote *San Carlos* y de otras embarcaciones la mano cocida de un infante y otros miembros preparados del mismo modo. Al ver el gesto de disgusto y abominación que esos alimentos suscitaron entre los españoles y las amenazas con que se les ha prometido castigar tan execrable crueldad han hecho retirar de sus mesas esta vianda, a no ser que la paz que han



disfrutado no les haya permitido proveerse de prisioneros. Un nativo ha asegurado a Mociño que no todos comían carne humana, ni en todos los tiempos, sino sólo los guerreros más animosos cuando se preparaban a salir a campaña, pero nuestro etnólogo duda de que esa información sea cierta. En todo caso, llama la atención que tres siglos después de que los españoles suprimiesen los sacrificios humanos seguidos de banquetes caníbales de los aztecas, esas prácticas estuviesen vigentes todavía entre las tribus indias de la América del Norte, lo que demuestra su aislamiento cultural y, también, la analogía de sus prácticas sociales con las de los indios de otras latitudes.

Mociño califica el gobierno vigente entre los naturales de Nutka de patriarcal, ya que el jefe hace al mismo tiempo los oficios de padre de familias, rey y sumo sacerdote. Debido a la fusión de lo político y lo religioso, el sistema le parece análogo al de los califas. Aunque en ciertos aspectos es más despótico que éste, en otros puede decirse que es más moderado, debido al trato paternal que el cacique dispensa a sus súbditos, lo que hace de la tribu una especie de gran familia.

En su religión observa puntos de coincidencia con el maniqueísmo, pues junto al Dios Creador colocan una deidad maligna, terrorífica y monstruosa, llamada Matlox, que es la autora de las guerras, las enfermedades y la muerte. Según el mito con que estos indios explican el origen de la especie humana, Dios creó una mujer a la que dejó abandonada en un lóbrego bosque. Llorando por su soledad, se le humedecieron las narices y el humor salido de ellas cayó sobre la arena. Entonces *Qua-utz*, o sea, el Creador, le ordenó que recogiese lo que había arrojado, y con asombro la mujer vio cómo palpitaba el cuerpecito de un hombre que acababa de formarse. De la Bodega, que también conoce ese mito, lo resume así: «Según sus tradiciones, la mujer se crió primero que el hombre; vino Dios a visitarla en una canoa de cobre y del humor que arrojó ésta de las

narices formó el primer hombre que, uniéndose con ella, dio origen por medio de un primogénito a los taises y por el de los otros hijos al resto del pueblo».

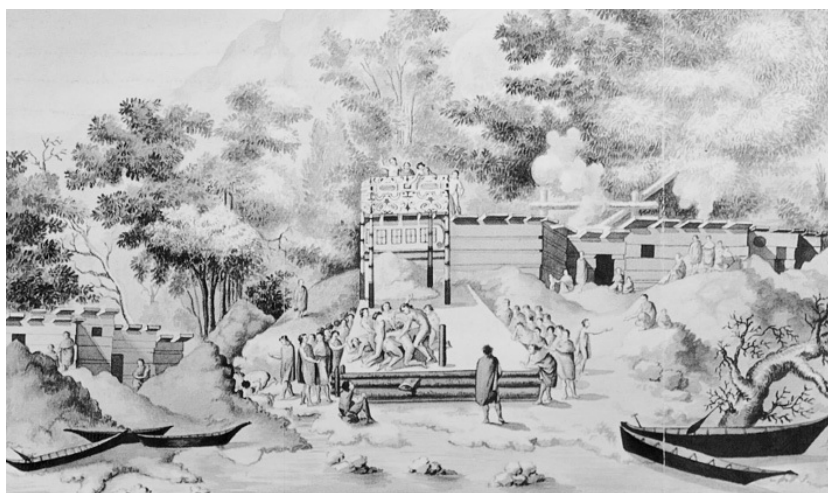
Respecto a la organización y funcionamiento de la sociedad, Mociño anota que la clase superior de los taises o patricios tiene obligaciones sociales y religiosas de las que están exentos los meschimes, o sea, los plebeyos, los cuales pueden disfrutar en todo tiempo los deleites de la sensualidad, pues no están sujetos a la penosa observancia del ayuno ni de las oraciones, que en cambio obliga gravemente a los patricios. Esta diferencia ha persuadido a éstos de que los plebeyos no son dignos del galardón consistente en asemejarse a la divinidad que los taises obtienen después de la muerte. La más rigurosa vida de los jefes o patricios tiene, pues, su compensación en el mundo de ultratumba.

Mociño se extiende en la descripción de las prácticas funerarias y de las creencias relacionadas con el mundo de ultratumba, y termina el artículo 3 señalando que, a pesar de la suma veneración que tienen los meschimes a los taises, se portan con ellos de la forma más familiar imaginable. Precisamente, en las fechas en que Mociño está en Nutka el dibujante Fernando Brambilla nos permite ver la visita de algunos participantes de la expedición de Malaspina al sepulcro familiar del jefe indígena de la zona de Mulgrave en Alaska. Un inmenso ídolo tallado en madera, que se destaca entre dos piras funerarias, es contemplado por los expedicionarios en un claro del bosque. Aquí y allá, alrededor del ídolo, se ven restos óseos (*Fig. 47*).



47 Piras y sepulcro en puerto de Mulgrave, por Fernando Brambila. Fotografía hacia 1876.

El artículo 4 trata de la dignidad del tais y sus casamientos, las ceremonias con que las mujeres celebran sus partos, la forma como van dando diferentes nombres al niño según las edades por las que pasa, y describe la ceremonia que el cacique Macuina organizó para festejar la primera menstruación de su hija Apenas, la cual desde ese momento pasó a llamarse *Yztocoti-clemot*. Mociño hace un bello y pormenorizado relato de «la pompa salvaje con que se solemnizó» la menstruación de la princesa, que dos artistas que acompañaban a la expedición de De la Bodega ilustran con dos preciosos dibujos (*Figs. 48 y 49*).



48 Proclamación de la princesa Yztocoti-Tlemoc, por J. Guerrero. Archivo del Ministerio de



49 *Fiesta celebrada en Nutka por la proclamación de la princesa Ystocoti-Tlemoc*, por José Cordero.  
Museo de América, Madrid.

La ceremonia tiene lugar en la esquina de una casa situada en la falda de las frondosas montañas de Copti. Allí han elevado los naturales un tablado a modo de balcón o mirador cercado de tablas y sostenido por cuatro gruesas columnas. Balcón y pilares están pintados de blanco, amarillo, encarnado, azul y negro con figuras extrañas, espejos de diversos tamaños, y, en las esquinas, se ven dos bustos con los brazos abiertos y las manos extendidas para significar la magnificencia del monarca. Al pie de las columnas se había aplanado el terreno formando una plataforma que servía de atrio al mirador y se le había rodeado con una valla de madera. En el primer acto de la ceremonia la joven princesa se encuentra en el interior de la casa sobre unas esteras nuevas. Está vestida con las telas más finas del ciprés y adornada con innumerables sargas de menudas púas de algunas especies de concha de Venus, que, recortadas por las puntas, tienen un lustre muy bello y forma de abalorios. La princesa lleva el cabello dividido en dos partes iguales por una raya en medio de la cabeza y asido por las puntas con muchos cilindros de cobre bien bruñidos semejantes a los que cuelgan de las orejas. En un momento dado, Macuina toma a su hija por la mano, la conduce

hasta el balcón, la coloca en el centro de la tribuna, quedando él a la derecha, y a la izquierda su hermano Quat-lat-zape. Al verles, el numeroso concurso de indígenas que ocupa el atrio y la playa se sume en el más profundo silencio. Macuina se dirige a ellos con estas palabras: «Mi hija Ap-enas ya no es niña, sino mujer. De aquí en adelante será conocida con el nombre de *Yztocoti-clemot*. Ésta es la gran taisha de Yuquot». Todos corean las palabras del cacique con un solo grito: «Hua-cás, Hua-cás, Macuina, Hua-cás *Yztocoti-clemot*». Hua-cás significa amistad y equivale a *Viva*, pues el mayor elogio que pueden expresar los naturales de Nutka lo asocian a la amistad. Seguidamente, los taises y demás nobles se ponen a cantar y bailar, y la princesa arroja desde el tablado en nombre de Macuina una importante alhaja para cada uno de ellos. Uno de los principales juegos de la ceremonia consiste en una lucha. De palestra sirve el atrio aplanado para ese fin. Una concha es el premio que se ofrece al vencedor. Veinte o treinta atletas desnudos se disputan el honor de la victoria. Quat-lat-zape lanza desde lo alto sobre ellos un pequeño cilindro de madera que los competidores porfían en recoger en sus manos. Unos y otros pelean con todas sus fuerzas para apoderarse de él y conservarlo en su posesión hasta que el más esforzado, o astuto, consigue el triunfo final. Los marineros españoles toman parte en el combate, y el premio que logran los vencedores de nación española, observa Mociño, es superior al de los naturales, pues a éstos no se les dan más que conchas y a los españoles excelentes pieles de nutria. Macuina agradece sobremanera a los españoles el haber asistido al festejo y testifica a Mociño la complacencia que le ha causado haber visto danzar en presencia de su hija la princesa tanto al propio etnólogo como a uno de los capellanes.

Concluida la ceremonia, que se celebró en medio de varios días dedicados a los regocijos públicos, Macuina manda a su hija *Yztocoti-clemot* bajar del tablado y, acercándola a uno de los

telares que había en el mejor sitio de la casa, le dice: «Ya eres mujer, hija mía, ya no debes ocuparte más que en las obligaciones de tu sexo». Desde aquel día comienza la joven a hilar y a tejer, dando con su conducta laboriosa una viva reprehensión, dice Mociño, «a todas aquellas señoritas que no reputan por nobleza a la que no encuentra entre sus vicios la ociosidad». Los españoles experimentan en seguida el cambio que se produce en la conducta de la joven princesa, pues antes de la época de menstruación todos los días iba a visitarles, cantaba, bailaba y paseaba alegremente delante de ellos, siempre mostraba un semblante risueño e iba acompañada de las más festivas entre todas sus parientas y criadas. Pero después de la menstruación y la fiesta que se acaba de describir, a todos los españoles les sorprende la gravedad con que se conduce. La joven princesa ya no contesta a sus saludos sino con una inclinación de cabeza, y sólo a hurtadillas se sonríe y dice unas pocas palabras. A pesar de que De la Bodega disfruta de la amistad de Macuina en el grado más eminente a que puede llegar la confianza, sin embargo no bastan sus ruegos para obligar a aquel jefe a traer a su hija a comer un día siquiera en compañía de los españoles, pues siempre que se le habla sobre el particular responde que su hija ya es mujer y no puede salir de casa.

Últimamente, Mociño ha averiguado que la superstición influye poderosamente en esta forma de conducirse. El caso es que los indígenas están persuadidos de que peca gravemente contra Quautz la taisha que habiendo visto la primera sangre, que da indicio de su pubertad, no se mantiene encerrada durante diez meses comiendo poco, y eso de determinados manjares, porque de lo contrario se expone a perder la vida en castigo de su delito. El trato con los españoles ha relajado algo el rigor de esta disciplina, y así, en dos visitas que posteriormente les hizo la princesa, les habló con más soltura y, en la última, salió acompañada de su madrastra Cla-sia-ca a un lugar resguardado

que está en la orilla del mar y desde allí «con señas muy expresivas nos repitió varias veces sus adioses».

Con ese toque prerromántico de los adioses —estamos en los años 1792 y 1793— que con señas lanza la muchacha en esa remota playa de Nutka, termina Mociño su relato de la fiesta menstrual, en el que llama la atención la fraternidad con que los marineros españoles tratan a los indígenas y se unen a sus fiestas, sin que falten, en el momento culminante de las danzas, ni el capellán de la expedición ni el etnólogo. También De la Bodega y Quadra describe la fiesta de la «puesta de largo» de la princesa india, pero lo hace de forma mucho más sucinta.

Mociño pasa luego a describir cómo los nativos de Nutka trasladan sus viviendas de un lugar a otro, cómo funciona su rudimentaria administración civil y criminal, y se lamenta de que «el tráfico con los europeos les ha hecho conocer varias cosas de que les hubiera sido mejor haber carecido siempre, y conservado la primitiva simplicidad de sus costumbres», aun cuando reconoce que entre sus costumbres las hay tan poco recomendables como la de que los jefes prostituyan a las mujeres de baja condición, cosa que hacen sobre todo con los extranjeros para sacar algún provecho de ese tráfico. Mociño ha averiguado que uno de los indios más condecorados entregaba a su propia mujer siempre que el interés que se le ofrecía llegaba a parecerle extraordinario. Pero, por lo general, excluyen a las taisas cuando quieren emplearse en la tercería, oficio que, por otro lado, no reputan ignominioso. Esta complacencia «ha sido seguramente funesta para aquellas cortas poblaciones, que van resistiendo ya los estragos del mal venéreo, el cual dentro de pocos años puede arruinarlos de modo que perezca enteramente su estirpe».

La carpintería, la pesca y la caza son ocupaciones exclusivas de los varones. El hilado y el tejido lo son de las mujeres. Los únicos instrumentos de que se sirven los carpinteros son el fuego, las

conchas y los pedernales. Después de detallar la forma como construyen sus cajas y canoas, Mociño dedica el artículo 6 a describir la forma como practican la pesca, en particular la de la ballena, faena que suscita gran admiración en el etnólogo y le hace decir que el genio inventivo de los salvajes de Nutka no es, en ese respecto, en nada inferior al de las naciones más civilizadas. No hay pesca que los naturales solemnicen más, ni de la que saquen mayores ventajas. El mismo jefe va a presenciar su distribución, y hecha ésta da un espléndido banquete a todas las rancherías. Pero la pesca que brinda un espectáculo más divertido y se presenta con más abundancia es la de la sardina. Mociño describe ese espectáculo, que De la Bodega también ha presenciado, pero omite hacer su descripción, «pues lo representa con la mayor propiedad la estampa que mandé dibujar a este intento» (*Fig. 50*).



50 *La pesca de la sardina*, por Tomás de Suria.

Para el hilado y el tejido las mujeres «no tienen más rueca que sus muslos y dedos para unir las hebras del ciprés, lana y pelo de nutria con que forman primeramente el torzal grueso, que después adelgazan, alargan enredándolo con una varita de cerca de un pie de largo que giran sobre una pequeña tabla con la misma destreza y agilidad que acostumbran nuestras indias en



sus malacates». Mociño describe a continuación los sencillos telares de que se sirven, y da detalle de otras labores de esa clase, no sin señalar que «para las esteras no gastan más aparato que nuestros indios de Xochimilco», comparación que sugiere la posibilidad de fundar una ciencia nueva, que podríamos llamar antropología o etnología comparada, avistada por Antonio de Ulloa, y parangonable con la lingüística comparada que en las fechas en que Mociño escribe su trabajo Lorenzo Hervás y Panduro está fundando en el Viejo Mundo.

Al tratar de la caza, aparecen en las *Noticias de Nutka* referencias, que ya hemos encontrado en Ulloa y en no pocos autores españoles del siglo dieciséis (Gómara, Motolinía, entre otros), a las danzas típicas de la cultura totémica, en las que los actores-danzantes se transforman conforme a los diferentes papeles, en general animalescos, que representan y con los que se identifican mientras ejecutan el rito. Mociño pone esas danzas *metamórficas* en relación directa con la caza, que es la fuente principal de su subsistencia, y les encuentra analogías con los disfraces que utilizan los indios de California cuando salen a sus batidas: «Como sus bailes son muchas veces representativos de este género de ejercicio [o sea, la caza], en uno de ellos advertí el aparato de las redes y también la imitación de los animales precipitados a un foso cubierto por encima de delgadas cañas, capaces de quebrarse con el peso de su cuerpo. El haberles visto cabezas de osos y ciervos, enteras y bien dispuestas para colocarlas sobre las suyas, me ha hecho pensar que sigan el mismo estratagema con que aseguran sus tiros los californios disfrazándose con las apariencias del bruto que solicitan matar».

También De la Bodega hace referencia a esa clase de bailes y a otra clase de festejos poniéndolos en contexto. El primero se lo brindó Qui-co-ma-cia, subjefe tribal que también agasajó a Galiano y Valdés —de la expedición de Alejandro Malaspina— (Fig. 51); el segundo le fue ofrecido por Tlupanamul, jefe

importante del lugar, que pretendió, sin éxito, que el comandante español le otorgase un rango superior al de Macuina, el cual fue retratado por Tomás de Suria durante su visita a Nutka con la expedición de Malaspina (*Fig. 42*). Escuchemos las palabras de De la Bodega: «El primero [procuró festejarme] con un baile de máscara en que representaba los movimientos de varios animales; y el segundo con una evolución naval en una de las mayores piraguas que he visto, cuyos bogadores dieron vuelta por tres veces a la embarcación, golpeando armoniosamente las bordas con los canaletes [o sea, remos], cantando un himno en elogio de la amistad, sirviéndole un anciano de maestro de capilla».



51 Fiesta en Nutka ofrecida a los miembros de la Expedición Malaspina, por Tomás de Suria.  
Museo Naval, Madrid.

Y el comandante estampa a continuación un párrafo que refleja muy bien el buen concepto que le merecían los indígenas de Nutka y la favorable actitud que tuvo hacia ellos: «Podría acaso lisonjearme de que, tratando a estos indios como deben tratarse los hombres y no como a individuos de inferior naturaleza, he vivido en el seno de la tranquilidad, y si algunos ejemplares no me hicieran sospechar contra la fidelidad de los de Yzt-coatl, diría que todos generalmente carecen de hiel, pues

nunca tomaron venganza por su mano, aun cuando se veían agraviados por algunos de los perversos que jamás faltan en las tripulaciones a pesar de las órdenes, cuyo exceso contuve con sólo un castigo que les sirvió de escarmiento y a ellos de idea de nuestra justicia».

De la escritura y pintura practicadas por los nativos Mociño se limita a decir que son «tosquísimas» y que «no sólo no están en la infancia estas artes entre ellos, sino para hablar con exactitud, ni aún en embrión». En cuanto a la lengua, le parece fonéticamente muy áspera, sospecha que tiene algunas semejanzas con la mexicana, la considera muy pobre, y pone esa penuria en correspondencia con el limitado acervo de sus conocimientos. Lo que no quiere decir que estos indios no puedan llegar a ser muy elocuentes. Después de todo, la elocuencia no tiene tanto que ver con la extensión de los conocimientos como con la intensidad de las pasiones y la capacidad que éstas tienen para colorear la imaginación. «Jamás olvidaré», dice Mociño a este respecto, «un discurso tan nervioso como poético que oí a Macuina en ocasión de satisfacer a nuestro comandante sobre un crimen de que injustamente lo habían algunos sospechado autor». Aparte de sus indudables cualidades retóricas, el discurso tiene el interés de manifestar la forma de pensar y sentir del jefe de esa tribu apartada de la civilización.

También anota Mociño que todos los nativos de Nutka son aficionados a cantar, ya porque la música forma parte de sus ritos, ya porque constituye una de las manifestaciones del ceremonial cortesano. Y pasa a describir los rasgos que caracterizan esa música. Así aprendemos que de cuando en cuando uno de los músicos abandona el canto y da gritos desaforados repitiendo de forma resumida el asunto de la canción. Y también que los nutkeses pusieron reparos al estilo de la música occidental que las tripulaciones de los buques europeos les dieron a conocer, pues, como trataban de amores y elogios del

vino y de las buenas mozas, pensaban que ni los españoles ni los ingleses tenían Dios, pues «sólo celebran la fornicación y la embriaguez. Los taises de Nutka no cantamos más que para alabar a Quautz y pedirle su socorro». Tampoco gustaron mucho a este tais algunos de los instrumentos musicales europeos. Le parecían semejantes al canto de los pájaros que recrean el oído, sin tocar el entendimiento. Mientras tanto, otro tais «murmuraba nuestros trinos, y toda música en que sobresalía la suave languidez de los bemoles, diciendo que el que trinaba parecía que tiritaba de frío, y el otro cantaba con aire soñoliento». Mociño observa, sin embargo, que los plebeyos o meschimes no eran tan moralistas y puritanos como los jefes: «En una noche nos dieron un espectáculo, que seguramente excedía a la indecencia mímica de los antiguos griegos y romanos, y tengo noticia que en ese género de recreos pasan todas las noches de invierno en Tahsis, siendo muchas veces espectadores de su ópera disoluta los mismos taises, que sólo escrupulizan mezclar sus voces con las canciones obscenas».

Mociño pasa ahora a tratar de los rasgos característicos de los bailes autóctonos: «Se disfrazan algunas veces con las pieles y cabezas de osos y ciervos, o con máscaras de madera que representan en un enorme tamaño la figura de algunas aves acuáticas, cuyos movimientos procura imitar, como los del cazador que las acecha. La caída del oso en una red, su muerte, o la del ciervo atravesado el corazón con una flecha, son cosas que representan tan al natural y tan al compás de la música que no pueden menos que excitar a admiración». Gracias a estas líneas Mociño nos brinda el privilegio de asistir a las funciones de teatro más arcaicas de que se tenga noticia, pues así debían de ser las que realizaban los hombres del Paleolítico, miles de años antes de que fueran pintados los bisontes de Altamira. Pero la expedición de límites no sólo nos proporciona estas inestimables luces arqueológico-etnológicas, sino que el dibujante Vázquez,

que iba en la expedición, nos ha dejado un hermoso dibujo que permite ver el interior de la morada del cacique Macuina, con todas las ristras de pescado que cuelgan de las vigas, con el poste totémico que abre sus fauces en el centro y, sobre todo, con la figura de Macuina bailando envuelto en una capa de piel de nutria, mientras sus domésticos, cuyo atuendo ostenta figuras geométricas y, en un caso, una extraña cabeza encima de la suya correspondiente, cantan y tocan instrumentos ante los comandantes De la Bodega y Vancouver y otros marinos de sus respectivas expediciones (*Fig. 52*).



52 El baile de Macuina en el interior de su morada en honor de De la Bodega, por Vázquez.

De la Bodega nos ha dejado también una excelente descripción de esta singular fiesta y del contexto social en el que se produjo:

«Los naturales son de la índole más apacible y menos dispuestos a la venganza [...]. No me ha costado dificultad entablar con ellos el sistema de humanidad a que propende naturalmente mi genio. A Macuina lo trato constantemente como a un amigo, distinguiéndolo entre todos con las más claras demostraciones de aprecio. Siempre ocupa el primer lugar cuando come a mi mesa y yo mismo me tomo la pensión de servirlo y obsequiarlo

con cuanto puede darle gusto, y él hace alarde de mi amistad y estima mucho que lo visite en sus rancherías. La primera vez que lo hice, yendo a la que tenía en la punta de su mismo nombre, me dio un baile, danzando él solo al compás de la canción que entonaban sus parientas y criados, golpeando con astas de lanzas y fusiles el pavimento para hacer el bajo de su música, sin embargo de poco figurada. Al fin de cada bailete me presentaba por medio de su hermano Qua-tla-zape una rica piel de nutria, testificándome a voces su benevolencia».

Mociño concluye sus *Noticias de Nutka* con una descripción del calendario nutkés, que presenta algunos paralelismos con uno de los utilizados por los aztecas. Dividen el año en catorce meses, y cada mes en veinte días. Agregan luego algunos días intercalares al fin de cada mes, cuyo número varía y se determina según sea el objeto que caracteriza cada mes. Nuestro etnólogo da después los nombres de los meses, detalla sus aspectos más relevantes, hace cálculos sobre la época en que se pobló la isla de Nutka, evalúa la longevidad a que pueden llegar sus naturales, anota que «el que llegare a poseer el idioma en términos de entender las canciones con que celebran los taises las hazañas de sus antepasados, podrá con el tiempo instruir a los curiosos sobre innumerables pasajes que pueden tal vez ser interesantes», y señala las relaciones comerciales y de parentesco que los de Nutka tienen con otras tribus. Trátase de un comercio forzosamente «lánguido por verificarse entre naciones poco más o menos surtidas de los mismos efectos».

A partir de ese momento, y tras apuntar algunos de los primeros contactos comerciales que los indios de Nutka tuvieron con los europeos, Mociño destaca dos años, el de 1774 y el de 1778. El primero porque fue cuando vieron «estos isleños un buque español mandado por el piloto graduado D. Juan Pérez, el

cual estuvo fondeado en la punta a que él mismo llamó de S. Esteban», o sea, Estevan Point. La vista de esta embarcación llenó de terror a los naturales. Creen que Quautl, el cual viene a hacer el papel de Quetzalcóatl para los aztecas al ver a Cortés, les viene a hacer una visita, y aun recelan que llegue para castigar sus maldades. Unos se ocultan en las montañas, otros se encierran en sus cabañas, hasta que, al cabo de un tiempo, son atraídos por las señas amistosas con que la tripulación española los llama. Los indios suben entonces a bordo y observan con admiración tantos objetos nuevos y extraordinarios como son los que el buque les presenta. Reciben algunos regalos, y por su parte obsequian con pieles de nutria al capitán. Los marineros echan después de menos, entre otras cosas, «algunas cucharas que excitaron desde luego la codicia de los naturales, en cuyo poder encontró una de ellas cuatro años después Cook». La segunda fecha que Mociño destaca hace referencia a este capitán, el cual «les regaló algún cobre, y su tripulación compró una porción de nutrias por pedazos de este metal, navajas, anzuelos, abalorios y otras bagatelas. Creyeron los naturales haber logrado deshacerse de sus mercancías por un precio muy ventajoso».

¿A qué se debe que Nutka llamase la atención de los navegantes? Mociño piensa que la razón está en haberse revelado como un buen enclave para el comercio peletero. No fue otro el objeto del viaje que hizo a Nutka el comerciante Meares. ¿Y a qué se debe la intensidad que adquiere en la época el comercio peletero? Al ansia, dice Mociño, que los chinos manifestaban por hacerse con pieles de nutria. El naturalista novohispano, al igual que De la Bodega, es un decidido partidario de liberalizar el comercio peletero entre los españoles de ambos continentes, pero va más lejos que el capitán. Para éste la liberalización sería el instrumento que permitiría a la Corona aumentar sus recursos financieros. Unos recursos necesarios si aspira a asegurar la frontera del norte de su Imperio. El marino limeño está

convencido de que, dadas las ventajas que España tiene en la zona, podría echar fácilmente fuera del mercado de las pieles a los extranjeros, además de favorecer la economía de importantes provincias de la Nueva España.

Aunque tiene claro que los ingleses no tienen derecho para pretender la soberanía sobre Nutka, Mociño se pregunta si realmente interesa a España conservar ese enclave. Por un lado está el nulo beneficio que ha reportado hasta la fecha y los exorbitantes gastos que ha supuesto su mantenimiento. El comercio peletero podría desarrollarse sin necesidad de mantener la posesión de Nutka, como demuestran los comerciantes de Boston. Por otro lado, esa posición no sirve para afianzar las posesiones de la Nueva España y California, ya que dista de San Francisco más de doscientas leguas. A este respecto, Mociño piensa que las islas Hawái y las de Tahití y Tonga tienen un interés estratégico mayor. A su juicio, «California debe ser el primer objeto de nuestras atenciones. [...] El puerto de San Francisco (digan lo que quieran los pilotos de San Blas) es el mejor de cuanto se ha visto en toda la costa». Lo mejor que se podría hacer, según Mociño, es abandonar Nutka y cuanto hay al norte a fin de «amparar a la California, y promover en ella los ramos de industria de que es susceptible, para que lejos de ser gravosa al Estado, como hasta aquí, pueda sostenerse a sí misma y subvenir a las necesidades de la corona». Uno de los arbitrios más adecuados para lograr ese fin sería, como también señala De la Bodega, el comercio de la peletería que, bien llevado, podría pertenecer en exclusiva a los españoles a la vuelta de pocos años.

Esta sensata política no será seguida por Carlos IV, que en 1792, sólo unos meses después del paso de De la Bodega y de Mociño por Nutka, eleva a la jefatura del Gobierno al joven de veinticinco años Manuel Godoy, el cual firma con Inglaterra dos convenios que reflejan la debilidad sobrevenida a España. De ahí que para el historiador de la armada Cesáreo Fernández Duro la



crisis de Nutka represente «el principio del fin del imperio español en América», no tanto, me permito añadir, porque España se viese obligada a abandonar Nutka como porque alguna vez pensó que le convenía tener ese enclave, lo que al fin y al cabo era el resultado de un cálculo mal hecho sobre los verdaderos intereses y capacidades de la Corona. La ambigüedad que se observa en los primeros artículos de la *Convención del Escorial* era la manera como el cauto conde de Floridablanca quería ganar tiempo y evitar una resolución precipitada. Tampoco la tomó dos años después De la Bodega. Probablemente, en esa coyuntura, lo mejor para España habría sido facilitar a los rusos su instalación en Nutka y llegar a una alianza con Rusia. Cuando Floridablanca la buscó, ya era demasiado tarde.

En el contexto comercial en el que se producen las conversaciones de Nutka, nuestro clarividente etnólogo se detiene un momento en los estadounidenses. De la diligencia comercial demostrada por éstos, dice que «quiere exceder a la de sus antiguos progenitores». A Mociño le repugnan las consecuencias de la avidez comercial del estadounidense Kendrick, cuando compró a Macuina «por diez fusiles y un poco de pólvora un pedazo de tierra en que pasar la invernada»:

«No podré decir si fue el interés o la rivalidad con los ingleses la que les sugirió la perversa idea de enseñar a los salvajes el manejo de las armas de fuego, doctrina que puede ser perniciosa a toda la humanidad. Él regaló a Macuina un pedrero [o sea, una boca de fuego para disparar piedras]: él proveyó a Huiquinamis de más de doscientos fusiles, de dos barricas de pólvora y una porción considerable de balas que acaban de emplearse en los infelices marineros de los capitanes Brown y Baker».

Diríase que, en ese momento, la investigación sobre el modo

de vida de los pueblos primitivos se desliza hacia las arenas movedizas de la Edad Contemporánea.

## LA PIEDRA DEL SOL

Carlos III está tan interesado en la enseñanza de las bellas artes en México que funda, en 1783, la Real Academia de San Carlos de las Nobles Artes de la Nueva España. Dos años después se le solicita el envío de vaciados de esculturas clásicas para mejorar la enseñanza de escultura y dibujo, pues la mayor parte de los que se enviaron en 1778 se perdieron durante el viaje. Los trámites se alargan hasta que el 20 de febrero de 1791 doscientas setenta y cinco copias de los vaciados existentes en la Real Academia de Bellas Artes de Madrid se embarcan al cuidado del académico Manuel Tolsá. Al arribar a México, forman la más importante colección de escultura clásica del continente, y eleva a la Academia de San Carlos a la altura de las mejores de Europa. Alejandro de Humboldt tiene la oportunidad de contemplarla en abril de 1803, y queda tan asombrado por su calidad y amplitud que la considera «más bella y completa que ninguna de las de Alemania», y añade: «Se admira uno al ver que el Apolo de Belvedere, el grupo de Laocoonte y otras estatuas aún más colosales han pasado por caminos de montaña que por lo menos son tan estrechos como los de san Gotardo» (*Fig. 53*).



53 Real Academia de San Carlos, en México, fundada por Carlos III en 1783, con su colección de copias de esculturas clásicas.

Humboldt destaca el benéfico influjo de la Academia en la formación del gusto del país, lo que se hace especialmente visible en la regularidad de los edificios que se ven en la capital del virreinato —podrían figurar «en las mejores calles de París, Berlín y Petersburgo», dice— y también en las ciudades de provincia. En efecto, la Ciudad de México, cuyos edificios

barrocos más sobresalientes son contruidos entre 1730 y 1790, impresiona al geógrafo prusiano por su riqueza y grandiosidad. Humboldt pone también de relieve que la enseñanza que se imparte en la Academia es gratuita, que todas las noches se reúnen en grandes salas muy bien iluminadas centenares de jóvenes para hacer dibujos de las esculturas o del natural, si es que no copian diseños de muebles, candelabros u otros adornos de bronce, y que en esas sesiones se hallan mezcladas las clases, los colores y las razas: «Allí se ve al indio o mestizo al lado del blanco, el hijo del pobre artesano entrando en concurrencia con los de los principales señores del país». Con razón concluye Humboldt que bien puede llamarse al rey Carlos III «el bienhechor de los indígenas».

Es una filantropía que sale cara al erario, pues la colección de yesos llevada a México ha costado al rey cerca de 40.000 pesos, y diez veces más se ha gastado en ayudar a la ciencia. A la vista de estos y otros datos uno no puede por menos de dar la razón al historiador Carlos Seco cuando concluye que «el cuadro que Humboldt trazó de la realidad mexicana casi en vísperas de la independencia es, de por sí, un alegato a favor de la obra de España en América durante el reinado de Carlos IV», que, en ese terreno, es un digno sucesor de su padre Carlos III. Humboldt reconoce que ninguna ciudad del Nuevo Continente, sin exceptuar las de Estados Unidos, presenta establecimientos científicos tan grandes y sólidos como la capital mexicana, y para probar su aserto menciona instituciones tan prestigiosas como la Escuela de Minas y el Jardín Botánico, además de la Academia de Pintura y Escultura. También señala la difusión que ha conseguido en el país el estudio de las matemáticas, la química, la mineralogía y la botánica, y que «en todas partes se observa hoy día un grande impulso hacia la ilustración y una juventud dotada de singular facilidad para penetrar los principios de las ciencias».

Un día, mientras recorre las salas y patios de la Real Academia

de San Carlos, en la mente de Humboldt apunta una fantasía: la de que en uno de los patios de la Academia se reuniesen algunas estatuas aztecas colosales de basalto y pórfido, cargadas de jeroglíficos, que allí mismo se encuentran y que presentan ciertas analogías con el estilo egipcio e hindú, junto con las esculturas del arte griego y romano. «Sería una cosa muy curiosa», dice, «colocar estos monumentos de los primeros progresos intelectuales de nuestra especie, estas obras de un pueblo semibárbaro habitante de los Andes mexicanos, al lado de las bellas formas nacidas bajo el cielo de la Grecia y de la Italia».

En cierto modo esta fantasía ya era una realidad a causa del hallazgo producido en el corazón de la ciudad catorce años antes de llegar Humboldt a la capital del virreinato y dos antes de hacerlo la gran colección de vaciados clásicos. A mediados de 1789, mientras se están reparando las alcantarillas y poniendo un nuevo empedrado en el suelo de la Plaza de Armas, o Zócalo (*Fig. 54*), se descubre, entre agosto y diciembre de ese año, dos de las piezas escultóricas más famosas del arte prehispánico: la colosal diosa Teoyaomiqui o Coatlicue y la aún más conocida y enigmática Piedra del Sol, llamada también el Calendario Azteca y, en tiempos de Humboldt, el Reloj de Moctezuma. No sin sorpresa, ve Humboldt que la escultura de la diosa Coatlicue se halla en un corredor de la Real y Pontificia Universidad de la Nueva España, mientras la Piedra del Sol está empotrada, con sus 24 toneladas de peso y 3,60 metros de diámetro, en el costado de la torre de poniente de la catedral. El aspecto extraño, monstruoso, de la diosa no podía ser más opuesto al de las diosas del arte griego, aunque tal vez cabía reconocer en ella lazos de parentesco con deidades infernales del mundo clásico, como las Erinias. En cuanto al Reloj de Moctezuma, es una composición de círculos, de inspiración astronómica, que sirven de albergue a extrañas fisonomías, todo lo cual podía hacerle pensar al viajero en las muestras, poco conocidas en la época, del arte gnóstico de

los primeros siglos de la era cristiana.



54 Plaza del Zócalo de México, por Fernando Brambila.

Probablemente, Humboldt contempla ambas piezas auxiliándose del erudito ensayo que les ha dedicado Antonio de León y Gama en su *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*<sup>7</sup>, obra publicada en México en 1792, pues Humboldt conoció al autor a su paso por la Nueva España. De hecho, León y Gama se había adelantado diez años a Humboldt en su fantástica idea de poner en relación las esculturas del arte azteca y las del arte clásico, al establecer una cierta relación entre esas dos modalidades escultóricas, y ambas con la política arqueológica de Carlos III. En efecto, refiriéndose al hallazgo de Coatlicue y la Piedra del Sol, dice en su *Descripción*: «Si se hicieran excavaciones, como se han hecho de propósito en la Italia para hallar estatuas y fragmentos que recuerden la memoria de la antigua Roma, y actualmente se están haciendo en España, en la Villa de Rieves, tres leguas distante de Toledo, donde se han descubierto varios pavimentos antiguos, ¿cuántos monumentos históricos no se encontrarían de la antigüedad Indiana?». Y, una página después, confía al lector que si se decidió a publicar sus estudios sobre esas dos muestras del arte azteca fue «para dar

algunas luces a la literatura anticuaria, que tanto se fomenta en otros países, y que nuestro católico Monarca el Sr. D. Carlos III (que de Dios goce) siendo Rey de Nápoles, promovió con el célebre museo que, a costa de inmensas sumas de dinero, hizo fundar en Portici, de las excavaciones que mandó hacer en descubrimiento de las antiguas ciudades de Herculano y Pompeyana».

Ahí tenemos reunidos en una misma guirnalda a Carlos III, la Academia de San Carlos, Herculano, el museo de Portici y las esculturas aztecas descubiertas en el corazón de México. Y, como para confirmar la significación de esta guirnalda arqueológica, a unos metros de donde fueron halladas las esculturas aztecas se erige en 1803 en la Plaza del Zócalo la magnífica estatua ecuestre de bronce de Carlos IV, que marcha a caballo con los atributos de un antiguo *imperator* romano. No es casual que el autor de esa estatua fuese el académico Manuel Tolsá, que arribó a la Nueva España acompañando los vaciados de la estatuaria clásica enviados por Carlos III, que la llegada de los vaciados se produjese sólo un año y medio después del hallazgo de la diosa Coatlicue y de la Piedra del Sol y que el peso de la estatua ecuestre sea semejante al de la diosa Coatlicue. La de Carlos IV es la segunda estatua de bronce fundido más grande del mundo. Humboldt, que estuvo presente cuando fue desvelada, estimaba que sólo era inferior a la de Marco Aurelio del Capitolio romano.

El estudio que hace León y Gama en su *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras* responde al encargo que le hace el virrey Revillagigedo de explicar su significación, pero, sobre todo, al deseo de emular la revolución cultural que, en el conocimiento del mundo clásico, supusieron las excavaciones de Pompeya y Herculano. Simultáneamente, atiende el autor a otra realidad político-cultural de la época. Quiere reivindicar la cultura indígena, como dos siglos antes hicieran Bernardino de Sahagún, José de Acosta, Toribio de Motolinía y tantos otros



españoles. «Me movió también a ello», dice, «el manifestar al orbe literario parte de los grandes conocimientos que poseyeron los indios de esta América en las artes y ciencias, en tiempo de su gentilidad, para que se conozca cuán falsamente los calumnian de irracionales o simples los enemigos de nuestros españoles, pretendiendo deslucirles las gloriosas hazañas que obraron en la conquista de estos reinos».

Con esas palabras, el sabio novohispano nos deja ver hasta qué extremo había llegado la leyenda negra que se difundía, sobre todo, desde Inglaterra, Holanda y Francia: con tal de rebajar el mérito de la acción descubridora, conquistadora y civilizadora de España, se llegaba al extremo de rebajar a los indios a la condición de seres irracionales. La reivindicación indigenista de León entronca con la ulterior corriente de la arqueología y está en línea con la *Oración apologética por la España y su mérito literario* que escribe Juan Pablo Forner en 1786, sólo seis años antes de publicarse la *Descripción* de León y Gama. En ella dice Forner contra los que difunden la leyenda negra: «Hombres que [...] jamás han visto uno de nuestros libros, que ignoran el estado de nuestras escuelas, que carecen del conocimiento de nuestro idioma, precisados a hablar de las cosas de España [...], en vez de acudir a tomar en las fuentes la instrucción debida para hablar con acierto y propiedad, echan mano, por más cómoda, de la ficción; y tejen a costa de la triste Península novelas y fábulas tan absurdas como pudieran nuestros antiguos escritores de caballerías».

Matemático, astrónomo de prestigio internacional y anticuario, Antonio de León investiga a fondo las complejidades astronómicas, religiosas, sociales y mitológicas del calendario mexicano. Dispone para ello de la colección de trescientos antiguos códices mexicanos del cronista Fernández Echeverría, inicialmente formada por Boturini, y ha dedicado doce años al estudio del náhuatl del siglo dieciséis. De esos documentos y de

sus variados saberes se sirve para interpretar los dos hallazgos arqueológicos de 1789 —en particular la Piedra del Sol— dando así lugar al nacimiento de la arqueología en el México central de manera independiente a la arqueología maya, que, como hemos visto, tuvo su punto de partida unos años antes en Palenque. Y así, si podemos ver las *Noticias de Nutka* como el hito fundacional de la antropología cultural y de la etnología científica, el análisis que León hace de la Piedra del Sol convierte a su *Descripción* en hito decisivo de los estudios anticuarios y arqueológicos de la América prehispana.

León empieza por exponer el calendario mexicano, pues sólo sobre esa base se puede entender el Reloj de Moctezuma, nombre que se acomoda al uso que, como reloj de sol, León y Gama le atribuye, además del calendárico. Por ese reloj los sacerdotes aztecas conocían diariamente «las horas en que debían hacer sus ceremonias y sacrificios, por medio de unos gnómones, o índices que le fijaban». La secuencia calendarística que describe el sabio novohispano iba desde la unidad menor (las partes del día) hasta la mayor (el ciclo). El día se dividía en cuatro u ocho partes. La agrupación de cinco días daba lugar al quintiduo, en los cuales se hacían las ferias llamadas *Tianquiztli*. La agrupación de cuatro quintiduos, o veinte días, daba lugar al mes. La agrupación de dieciocho meses daba lugar a los trescientos sesenta días útiles del año solar, al que agregaban cinco días vanos o inútiles, a fin de tener un año solar completo, «del mismo modo que los egipcios para ajustar el suyo a un igual número de días, añadían al fin del mes último, otros cinco días, que llamaban *Epagomenas*». León puntualiza que los antiguos mexicanos conocían una forma de año bisiesto que era la «más exacta de cuantas se han inventado para reducir los años civiles a los solares», y «representaban los 18 meses de su año en forma circular, con otras tantas divisiones o casillas, donde figuraban los símbolos respectivos con que se conocía cada uno de los dichos meses. Llamaban a esta especie de

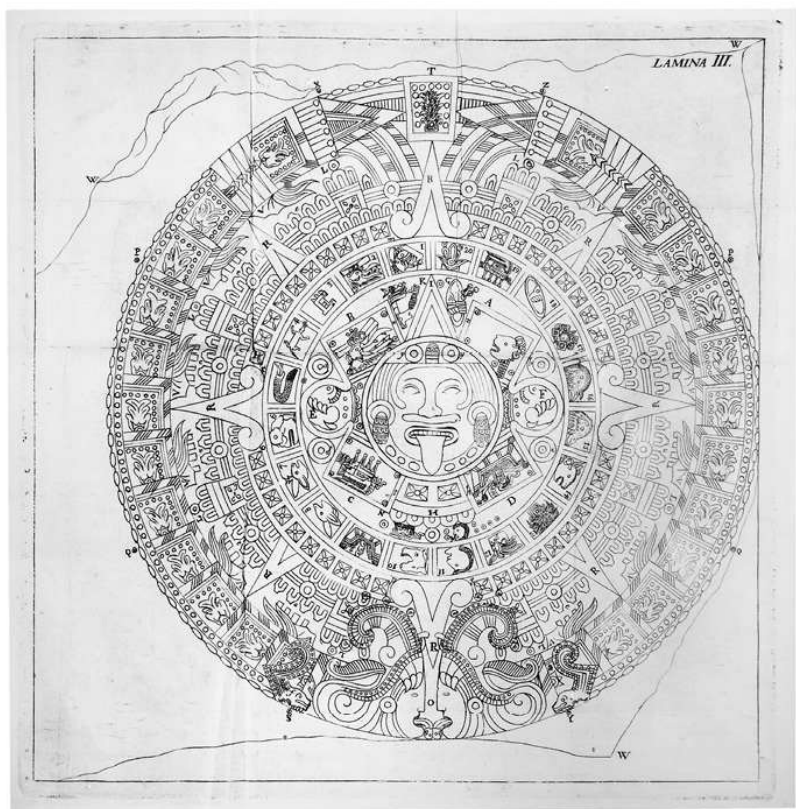
rueda [...] cuenta del año, y en el centro de ella figuraban la imagen del sol».

Con la misma forma circular representaban el ciclo o «atadura de años», que abarcaba un período de cincuenta y dos años y se dividía en cuatro triadecaetérides, o porciones de trece años. «Algunas veces pintaban dos ruedas concéntricas, la una que contenía los 18 meses, y la otra que estaba encima de ella era el período de los 52 años». Este período lo circunscribían con una culebra que hacía cuatro inflexiones o vueltas, una en cada cuadrante del círculo, empezando desde la cabeza, en la cual entraba la extremidad de la última inflexión; significando así que donde terminaba un ciclo allí mismo comenzaba el siguiente. La suma de dos ciclos componía el ciclo máximo de ciento cuatro años años, que llamaban «edad». Cuatro símbolos (pedernal, casa, conejo y caña) que se repetían trece veces servían para caracterizar el ciclo de los cincuenta y dos años. Gama explica los símbolos pictográficos utilizados para reconocer esas divisiones, así como las fiestas que se hacían según los tiempos. En cuanto a los caracteres numéricos, los antiguos mexicanos se servían de unos puntos gruesos, que repetían de cinco en cinco, cifra esta que tenía un carácter gráfico diferente. A partir del 5, se utilizaba como base de numeración el 20, el 400 y el 8.000.

Como se sabe desde Motolinía y, sobre todo, desde Sahagún, los antiguos mexicanos disponían de un segundo calendario, o cuenta, que comprendía un período de doscientos sesenta días, compuesto de veinte trecenas, que eran, observa León y Gama, a la manera de nuestras semanas, pero con la diferencia de que «cada día de aquéllas llevaba consigo un carácter numérico, para distinguir los símbolos de una trecena de los de las demás, en los que concurrían unos mismos. Estas trecenas representaban los movimientos diarios de la luna». Así «con el artificio de estas trecenas, y el ciclo solar de 52 años, formaban un período luni-solar exactísimo para la astronomía». Esta segunda cuenta, como

nos enseñó en el siglo dieciséis Sahagún, era utilizada para ceremonias rituales. Cabe añadir que, si la primera cuenta (o calendario) servía ante todo para organizar la vida laboral, en particular la agrícola, la segunda atendía más a la vida espiritual de la sociedad.

Después de exponer el calendario, León y Gama pasa a descifrar los principales rasgos de la Piedra del Sol, disco monolítico de basalto tallado hacia el año 1479, que ocupó un lugar destacado en el Templo Mayor de México-Tenochtitlán y sirvió, probablemente, de recipiente ceremonial o de altar de sacrificio gladiatorio (*Fig. 55*). Los nombres de Piedra del Sol y de Calendario Azteca que se le suelen dar se basan en las explicaciones del propio León y Gama, quien empieza identificando el rostro que se destaca en el centro como la imagen del Sol, y añade que «sus principales rayos son los ocho que van señalados con la letra R». La L denota las otras ocho especies de ráfagas con las que también suelen adornar su figura.



55 La Piedra del Sol o Reloj de Moctezuma.

Los cuatro cuadros A, B, C, D, junto con las figuras circulares E y F de los lados, el triángulo I de la parte superior y la pieza H, de la inferior, forman la figura total I, B, E, C, H, D, F, A, que simboliza el movimiento del Sol. Al agregarle los caracteres numéricos *a, b, c, d*, la figura central pasa a representar al Sol de Movimiento. Así, pues, lo que tenemos delante es el Movimiento del Sol, o el Sol en Movimiento. No otra cosa es lo que quiere representar todo calendario.

El ángulo agudo del triángulo I denota la primera división de los veinte días del mes. El rayo vertical R, que se eleva sobre el primero y el último de los días del mes, termina en la zona del círculo más exterior, señalando la casilla T, dentro de la cual se halla el símbolo Caña con trece circulitos. De este modo se

quiere dar a entender «que el estado del ciclo o movimiento del sol, que representa la piedra, no es general para todos los 52 años, por variar en ellos la declinación del sol, a causa del defecto de un día que perdía en cada cuatrienio, como se ha dicho antes». Tras aludir a la forma como concebían el año bisiestro los antiguos mexicanos, León y Gama explica que el resto de esa zona más exterior de la Piedra representa la Vía Láctea.

Las dos cabezas que se encuentran en la parte inferior del círculo (señaladas con la letra O) representan al Señor de la Noche, al que invocaban los hechiceros, ladrones y demás malhechores, que se valían de las tinieblas para cometer sus excesos. Se le dedicaba una gran fiesta, con sacrificio de sangre humana, en la noche del día que celebraban en honor del Sol. León y Gama cree discernir también símbolos de las nubes, compañeras del dios Tláloc, en los jeroglíficos que se observan por toda la circunferencia entre los rayos y ráfagas del sol, que van señaladas con la letra V.

Pasa después León y Gama a explicar la segunda pieza escultórica, que representa a la diosa Teoyaomiqui o Coatlicue (*Lámina XLVI*). Con sus dos metros y medio de altura y doce toneladas de peso, fue exhumada cuatro meses antes que la Piedra del Sol. Concretamente, el 13 de agosto de 1789, o sea, doscientos sesenta y nueve años después de que, en 1521, los españoles tomaran la ciudad de México-Tenochtitlán y doscientos cuarenta y un días después de que en la noche del 13 al 14 de diciembre de 1788 falleciese Carlos III. Esta escultura se halló a metro y medio de profundidad, en la parte del suelo ubicada frente al palacio virreinal, y fue trasladada a la Real y Pontificia Universidad de la Nueva España. León y Gama hace una detallada descripción de la imagen de esta diosa madre, cuyo nombre, en náhuatl, se compone de *cóatl* (serpiente), *i* (prefijo posesivo) y *cueitl* (falda), lo que la define como «la que tiene falda de serpientes».

Un eje vertical divide la imagen en dos figuras simétricas. La primera y principal tiene cuerpo de mujer, y lleva sobre los pechos cuatro manos con las palmas hacia afuera. En la cintura tiene atadas dos cabezas de hombres muertos, una por delante y otra por detrás. Estas cabezas son atributos propios de Teoyaomiqui. Las demás que la adornan de la cintura para abajo son jeroglíficos de dioses que tienen relación con ella, y con su compañero Huitzilopochtli, que es el que se representa unido a ella. Comoquiera que los indios tenían la costumbre de adorar en uno muchos dioses, sobre todo si contribuían a un mismo fin, «varios de ellos están simbolizados en esta estatua, como se ve en el tejido de culebras que la forman un faldellín, jeroglífico propio de la diosa *Cohuathycue*, que supusieron haber sido madre de Huitzilopochtli». León y Gama observa que las culebras y plumas contiguas son símbolos de *Quetzalcohuatl*, o culebra con plumas, el cual, además de ser uno de los principales dioses de la mitología azteca, es aquel con el que Moctezuma y sus súbditos identificaron a Hernán Cortés en los tiempos de la Conquista.

Teoyaomiqui/Coatlicue es una deidad suprema que significa «morir en defensa de los dioses», o sea, la voluntad de los antiguos aztecas de inmolarse por los dioses a los que debían la existencia. Personificación de la muerte y el renacimiento, amparaba la creencia de que los muertos en guerra irían al cielo a morar en la casa del Sol, pues el oficio de Teoyaomiqui era recoger sus almas. La gran cantidad de mitos en que aparece esta diosa, muestra su importancia en la religión azteca. Por su relación con el mundo de ultratumba, de la muerte y de la inmortalidad, esta diosa dice León y Gama, tiene la muy adecuada compañía del dios al que consideraban señor del infierno o del lugar de los muertos, que es lo que significa su nombre, *Mictlanteuhkli*. La imagen de esta deidad está grabada de medio relieve en el plano inferior de la piedra que mira a la tierra. En cuanto a la falda de la diosa, simboliza el cielo donde se

mueven y alternan sus hijos —el Sol, la Luna y las estrellas—, mientras que en su regazo combaten y se alternan el día, la noche y los eclipses. Como madre del Sol, de la Luna, de las estrellas y del guerrero dios tutelar Huitzilopochtli, el vientre de Teoyaomiqui es el *génesis* de la mitología azteca.

Las dos estatuas descubiertas en 1789 encajaban, sorprendentemente, la una en la otra desde un punto de vista conceptual. Si una (Teoyaomiqui/Coatlicue-Huitzilopochtli) habla del tiempo a través de la muerte y el renacimiento, la otra (la Piedra del Movimiento del Sol, el Calendario Azteca, el Reloj de Moctezuma) se refiere a la organización del tiempo de la vida humana conforme a los movimientos del Sol y a los planes de los dioses. Diríase que ambas piedras son monumentos del tiempo y la eternidad, de lo biológico y lo geométrico, del destino de los hombres y de la voluntad de los dioses.

León y Gama aplica su vasta erudición a desentrañar la significación de estas muestras excepcionales de la imaginaria mexicana, con todas sus alusiones al paso del tiempo y a su medida, a la muerte y al renacimiento, sólo unos meses después de la muerte del Rey de las Luces, del Rey Arqueólogo, mientras en el corazón del país con el que España estaba especialmente vinculada en virtud del Pacto de Familia, o sea, en París, la Revolución está demoliendo el Antiguo Régimen. Las turbas enfebrecidas toman la Bastilla en 1790, apenas unos meses después de que el Reloj de Moctezuma y la diosa Teoyaomiqui emerjan del fondo de la tierra, como si quisieran avisar no tanto del 269 aniversario de la toma de México-Tenochtitlán como de la gran mutación que se estaba produciendo en el mundo. Las prensas de México publican el discurso de León y Gama sobre el Calendario Azteca y la diosa de la muerte y el renacimiento en las mismas fechas en que la Asamblea Nacional de Francia anula el viejo calendario gregoriano y lo sustituye por uno nuevo republicano. La nueva era cuya marcha pretende presidir ese



calendario principia con el tumultuario asalto del palacio de las Tullerías. Principia con sangre. La ejecución de Luis XVI, sobrino de Carlos III, tiene lugar en enero de 1793, y la de María Antonieta, hermana de María Carolina de las Dos Sicilias, la nuera de Carlos III, en octubre del mismo año. Al igual que el Calendario Azteca, el de la Revolución ve correr torrentes de sangre.

A la opaca luz de los hallazgos arqueológicos de la Plaza del Zócalo, diríase que los revolucionarios franceses aspiraban a retornar (*revolución* significa literalmente *retorno*) no tanto a la Edad de Oro como a la forma de gobernar de los viejos imperios que inmolaban masas de seres humanos como si fuesen reses. El reguero de sangre que los revolucionarios alimentan empieza con el aportado por Robespierre, sigue con el aún más caudaloso de Napoleón y acabará teniendo, en el siglo y medio posterior, esos afluentes desbordantes que llevarán los nombres de Lenin, Stalin, Hitler, Mao... Pero, a diferencia del azteca, los Moctezumas de los nuevos tiempos y sus sucesores emplearán, para llevar a cabo su empresa sacrificial, procedimientos técnicos caracterizados por una eficacia arrasadora. Los nuevos Moctezumas oficiarán en el altar del Nuevo Calendario, cuya imagen central es el Sol de la Razón, deidad que acabará revelándose como la más irracional de las deidades, pues la Razón sembrada por Kant, alumbrada por Hegel y acunada por Marx sostendrá, como primer dogma de fe, la obligación de poner a los que no estén de acuerdo con ella el sambenito de enemigos (enemigos de la Razón, del Pueblo, de la Verdad), mercediendo por ello ser arrojados a las tinieblas exteriores. El Superhombre y Gran Jugador con el que Nietzsche quiso conjurar a esa Razón de los filósofos no hizo más que intensificar los males que aquélla había traído.

Esa faz tenebrosa de la cultura europea, que demuestra la vanidad de su Siglo de las Luces y que parece haber sido anunciada por la convergencia de los círculos del Calendario

Azteca y de las formas de Teoyaomiqui-Coatlicue con el estallido de la Revolución Francesa, se va a revelar en España de una forma trágica, pues sale a escena, como en las tragedias griegas, para rematar la acción dramática con una mutación rápida, inesperada y terrible. El historiador Warren L. Cook lo ha expresado así en «La atrofia del Imperio», capítulo final del libro que dedica al Imperio español en América durante el siglo dieciocho:

«En el reinado de Carlos III España figuraba entre las potencias rectoras del globo. Cuando, en 1789, Martínez plantó la bandera española en el estrecho de Nutka, Carlos IV podía atribuirse el más vasto imperio de su tiempo —desde Nápoles, Sicilia y los enclaves de África en el este hasta Filipinas al oeste, y desde Tierra del Fuego al estrecho del Príncipe Guillermo en Alaska—: una auténtica pleamar imperial. Sin embargo, en el lapso de treinta años, España se vio despojada de muchos de sus dominios coloniales, y envuelta en frenéticas luchas para retener el resto. Si los esfuerzos de Madrid en las costas del Pacífico septentrional fueron el punto culminante de su expansión, ¿qué factores dieron lugar a su ruina en la abrupta bajamar que siguió?».

Permítasenos, a modo de apéndice, dar unas pinceladas sobre esa «abrupta bajamar» y las sombras crepusculares que empiezan a cernirse sobre el Reino de las Luces. Sólo cuatro años después de que Humboldt dejase la Nueva España, estalla en España la guerra de la Independencia, que dura desde 1808 hasta 1814, para repeler la invasión de las tropas mandadas por Napoleón, que llevan a cabo la mayor destrucción del patrimonio artístico y cultural sufrido por España en toda su historia. Incluso el Real Gabinete de Historia Natural, que albergaba tantas piezas arqueológicas y botánicas recogidas en las expediciones científicas del siglo ilustrado, es saqueado por las tropas francesas. La guerra

contra la invasión será el tema de algunos de los principales cuadros y grabados de Goya, y, sobre todo, la causa de un estado de conmoción como nunca se había vivido en España, ni siquiera durante la guerra de Sucesión, un siglo antes. La combinación de la guerra de guerrillas del pueblo llano con la tradicional de los militares de carrera logra repeler, a un precio muy alto, la invasión, lo que le hará decir a Napoleón: «Esta maldita Guerra de España fue la causa primera de todas las desgracias de Francia. Esta maldita guerra me ha perdido».

Ese estado de cosas va a estimular, a pesar de los esfuerzos de las Cortes de Cádiz, el proceso de la independencia de América, en el curso del cual la sociedad hispanoamericana se empantana en guerras civiles que causan más muertes violentas que las acaecidas en los tres siglos virreinales, se hundén o estancan el nivel y la calidad de vida de sus habitantes, algunos de los principales estados sucesores pierden parte de su integridad territorial, sobre todo México, que entrega a su poderoso enemigo del norte dos terceras partes del territorio que había recibido de España, se frenan las expediciones científicas y arqueológicas iniciadas en el Siglo de las Luces y, como consecuencia lateral de la independencia, se pierden riquísimos archivos y se enajenan numerosos tesoros que, relacionados con la historia de América, se habían conservado hasta entonces.

El destino de la España metropolitana no será mejor. Tres guerras civiles la machacan. Mientras los absolutistas, partidarios del infante Don Carlos (hermano de Fernando VII), se niegan a adaptarse a los nuevos tiempos y a asumir los fundamentos del liberalismo, los liberales, partidarios de la reina Isabel (hija de Fernando VII), se muestran incapaces de hacer una saludable pedagogía política y de asumir los aspectos positivos de la tradición. El resultado va a ser un desmoronamiento político, económico y social, que culmina en el Desastre de 1898. Hacer esa historia se sale de los límites de este libro, pero los momentos

finales del reinado del Rey Arqueólogo y de su Reino de las Luces la dejan entrever.

Claro que esas malaventuras no son el final de la Historia. Ni siquiera de la Historia de España. Bien lo vio Humboldt, que por cierto no se manifiesta favorable a que las provincias hispanoamericanas se separen de la metrópoli, cuando, en uno de los últimos capítulos de su *Relación histórica del viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, evoca las cuatro mil leguas de costas de América pobladas por los españoles y portugueses, y escribe: «Puede decirse que sus lenguas, difundidas desde la California hasta el Río de la Plata, y desde la cima de las cordilleras hasta las selvas del Amazonas, son monumentos de gloria nacional que sobrevivirán a todas las revoluciones políticas».

---

7. El título completo de la obra es: *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras, que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal, se hallaron en 1790*. Los dos párrafos que el autor añade en la página titular vienen a ser un resumen de la misma: *Explicase el sistema de los calendarios de los indios, el método que tenían de dividir el tiempo, y la corrección que hacían de él para igualar el año civil, de que usaban, con el año solar trópico. Noticia muy necesaria para la perfecta inteligencia de la segunda piedra: a que se añaden otras curiosas e instructivas sobre la mitología de los mexicanos, sobre su astronomía, y sobre los ritos y ceremonias que acostumbraban en tiempos de su gentilidad*.

# EL CREPÚSCULO DEL REINO DE LAS LUCES

Carlos III eleva a tal altura el prestigio de España que, en los últimos años de su reinado, convertido en el decano de los monarcas europeos, hacia él vuelven los ojos las potencias. Éstas lo eligen como árbitro de sus diferencias y como el juez prudente que puede mantener el equilibrio internacional. Ése es el sentir en las cortes de Viena, Versalles, Potsdam, Petersburgo, Londres y Estambul, según estima William Coxe. Con razón ha podido decir Vaca de Osma que, en los últimos años del reinado de Carlos III, «España alcanza una posición privilegiada en el concierto mundial, como no tuvo desde los días de grandeza de la Casa de Austria».

Un hombre tan amante de los suyos como él estaba destinado a disfrutar de forma especial las alegrías que le proporciona la familia, y, también, a sufrir con especial intensidad las desgracias familiares. En 1778 tiene la gran alegría de volver a ver, tras cincuenta años de separación, a su hermana preferida, María Victoria, a la sazón reina viuda de Portugal. Tras abrazarla en las cercanías de Madrid, ratifica con ella el acuerdo de paz entre España y Portugal. Pero el gozo del reencuentro se ve empañado por la conducta de su hijo, el rey de las Dos Sicilias. Las relaciones de ambos reyes no hacen sino empeorar, sobre todo tras el fallecimiento de Tanucci en 1783. «Abre los ojos, hijo mío», le escribe Carlos III el 20 de julio de 1784, «y conoce a los que te tienen ciego [...] después que te han hecho perder la honra, el bienestar de tus hijos y aún el alma y no creas que

exagero», y aporta datos y argumentos que ponen en evidencia la actuación de Acton, el cual, como agente inglés en Nápoles, se dedica a crear un ambiente hostil a todo lo que viene de España. «En conclusión, si deseas tenerme contento [...] debes echar a Acton al instante y hacerle salir de esa tierra y si no lo haces no creeré que eres un buen hijo».

Pero Fernando IV no es ni un buen hijo ni un buen rey. En momentos decisivos en que convenía tener la cabeza serena, sólo tiene oídos para los consejos de odio de la colérica reina, que le llegan adobados con las gentilezas de Acton y las zalamerías de la aventurera Emma Hamilton. Cuando Leandro Fernández de Moratín visita Nápoles, y Acton dirige la marina del reino, lo que descubre es una marina «en decadencia y abandono; la mercantil reducida a setecientos buques de transporte, que pocas veces se alejan de las costas; y la Real apenas llegará a dos docenas de buques de guerra, aunque se cuenten todos los navíos que hay en el puerto, viejos, desarmados y acaso inútiles para salir al mar». Unas páginas después el comediógrafo madrileño hace observaciones de índole sociopolítica, que demuestran el indigno comportamiento del sucesor de Carlos III:

«De pocos años a esta parte el Rey se ha apoderado de gran porción de estas riquezas [o sea, las depositadas en los templos por la piedad popular], así en las iglesias de la Corte como en las de las provincias, y acaso hubiera sido plausible determinación si hubiera motivado este despojo, si la nación, informada de los objetos útiles en que estas sumas debían emplearse, hubiera visto la buena administración de ellas, si al mismo tiempo que las aras del Señor se desnudaban de inútiles adornos, se saqueaban los bancos y fondos públicos, no hubiera crecido el lujo, la pompa vana y la escandalosa disipación de los palacios del príncipe; si cuando este lujo sagrado se suprimía, se hubieran fortificado los castillos, aumentado

la marina, organizado el ejército, se hubieran suprimido las pensiones, se hubieran moderado los gastos de batidas [o sea, de cacerías], de las cuales una llega a setenta mil ducados y las otras a treinta mil, repitiéndose anualmente con pródiga arbitrariedad estos excesos; y por último, si el viaje del Rey [a Viena en 1790] no hubiese empobrecido el erario y aumentado la deuda pública, habiendo derramado desde Nápoles a Viena los tesoros que depositó en sus manos la nación, para que con ellos la gobernase, la ilustrase, la enriqueciese y la hiciera formidable a sus enemigos».

En algún momento Carlos III da vueltas a la idea de expulsar a Fernando IV del trono napolitano y poner en él a su hijo el infante Don Gabriel, el *intelectual* de la familia, que a los treinta y tres años sigue soltero y dedicado al estudio y a la música. Con ese proyecto tal vez en la cabeza, el rey concierta con su hermana la reina María Victoria la boda de Don Gabriel con la infanta Doña María Ana Victoria de Braganza y Borbón, hija mayor de los reyes lusitanos. Los desposorios se realizan en 1785 y la infanta María Ana Victoria no tarda en convertirse en la nuera preferida del monarca. Tras dar a luz una hija que fallece al poco tiempo, nace en El Escorial su segundo hijo, pero la infanta, todavía indispuesta por el parto, muere de viruelas sin haber cumplido los veinte años. Siete días después fallece el recién nacido y once meses más tarde, contagiado del mismo mal por no haber querido separarse ni un instante de su esposa enferma, va a acompañarles en la tumba el infante Don Gabriel. El dolor punza tan agudamente a Carlos III, que exclama, resignado: «Murió Gabriel, poco puedo yo vivir».

Postrado, hundido, anonadado, el rey empieza a declinar en El Escorial como el sol que se pone tras las nubes que en la sierra de Guadarrama sirven de telón de fondo al monasterio. Contrae un resfriado y, con el pecho cada vez más cargado, la calentura

degenera en inflamatoria. Por primera vez desde que volviera a España, ha de guardar cama. Los infantes y don José Moñino, conde de Floridablanca, insisten ante el rey para que deje ese real sitio, donde, según un testigo, «la tristeza funeral llenaba las habitaciones». Don Carlos se incorpora en el lecho y, sereno, tratando de dar un tono burlón a sus palabras, le contesta: «Déjate de eso, Moñino. Pues qué, ¿no sé yo que dentro de pocos días me han de traer, para hacer una jornada mucho más larga, entre estas cuatro paredes?».

El 1º de abril, fecha señalada por la etiqueta de palacio, la Corte retorna a Madrid (*Lámina XLVII*). En la noche del 6 el rey se recoge más temprano que de costumbre, con tos y fiebre alta. Sabe que el fin está cerca. Cuando, al cabo de ocho meses, el 13 de diciembre de 1788 por la mañana se le administra el viático, dice a su fiel Pini, el mayordomo de tantos años: «Hace quince días que me estoy preparando para éste. No crean que me da gran pesadumbre, ¿qué dejo yo para que sienta morir sino cuidados, penas y miserias? He hecho el papel de rey y se acabó para mí esta comedia».

Como Augusto en el lecho de muerte, Carlos de Borbón y Farnesio tiene conciencia de que su vida ha sido una función de teatro, en la que le ha tocado hacer el papel de rey como le habría podido tocar el de bufón. En esta última escena le rodean los príncipes, los infantes, la Corte en pleno, todos vestidos de gala. El rey no pierde un último resto de su jovialidad habitual. Cuando ve entrar en la real cámara al relojero de palacio para poner en hora los relojes, le susurra al duque de Bourgoing: «Embajador, éstos son como los médicos que con lo que hacen echan a perder lo que está bueno». Antes vio su vida como una función de teatro. Ahora es su organismo el que se le muestra como un reloj descompuesto. Cuando le administran la extremaunción, todos tienen los ojos arrasados de lágrimas. Al ver las del conde de Floridablanca, que le lleva a firmar el

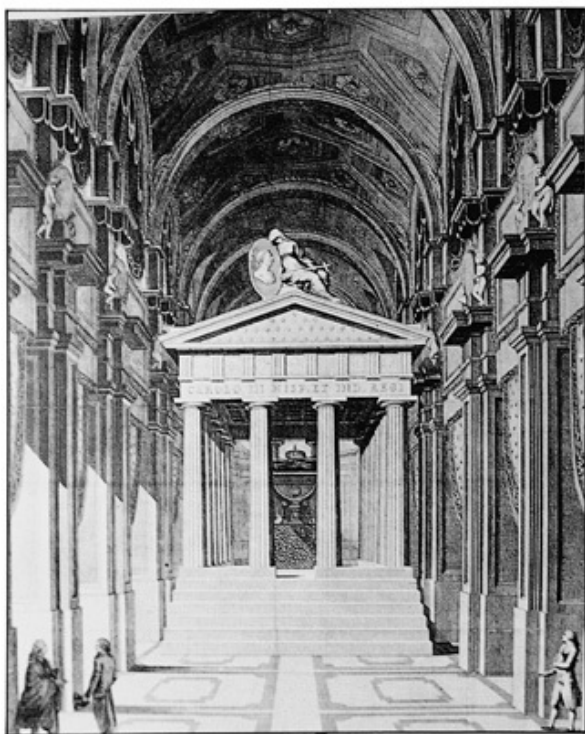


testamento, el rey lo mira con ternura y le dice con una serenidad majestuosa: «Qué, ¿creías que yo iba a ser eterno?».

Tal vez, en la agonizante fantasía del monarca del Reino de las Luces se mezclaron entonces las imágenes mayas de Palenque, que tanto le habían desconcertado en los meses anteriores, con las estatuas clásicas de Roma, que tanto le maravillaron en su juventud al verlas salir del fondo de la tierra, y vio cómo, detrás de la estatua del joven Mercurio sentado sobre una roca, que se encuentra en el gran patio rectangular de la Villa de los Papiros Carbonizados, brotaba de la tierra un disco enorme de piedra labrado con círculos concéntricos y fisonomías terroríficas, y junto a él se erguía un mástil totémico en el que se encabalgaban, una encima de otra, las más raras cabezas que nunca contemplara. Tal vez en ese momento se vio bogando por las aguas del Pacífico rumbo al Polo Norte y, al llegar a esa tierra cubierta de nieves perpetuas (*Fig. 56*), se dejó sumir en las profundidades de la tierra y se sintió transportado a unas ruinas clásicas que se prolongaban en otras ruinas, situadas en el Nuevo Mundo y cubiertas por la densa maleza de la selva, y entonces se posó en la superficie de su conciencia aquel pasaje del Libro de Job en el que éste maldice el día en que nació y sólo quiere dormir tranquilo, descansar en paz en el fondo de la tierra, «lo mismo que los reyes que se alzan mausoleos bajo tierra, o como los príncipes que amontonan oro y plata en sus palacios subterráneos». Al llegar la medianoche del 13 al 14 de diciembre de 1788, cuando sólo le faltaba un mes para cumplir setenta y tres años, pudo ver, tras superar las ansias de la agonía, cómo se abrían delante de él las puertas del reino misterioso (*Fig. 57*).



56 *La corbeta Atrevida entre bancas de nieve el día 28 de enero de 1794*, por Fernando Brambila.  
Museo Naval, Madrid.



57 *Catafalco de Carlos III en la iglesia de Santiago de los Españoles*, Roma.

## BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, José de, *Escritos menores*, Libro de Dominio Público, Librodot.com.
- , *Historia natural y moral de las Indias*, México, FCE.
- , *Predicación del Evangelio en las Indias*, Libro de Dominio Público, Librodot.com.
- Alcalá López, Antonio, *El camino de la vida — Los años felices* (Reconstrucción histórica de los tiempos de Carlos III en forma novelada), Editorial 29, 1978.
- Alonso de Avecilla, Pablo, *La Conquista del Perú*, Librodot.com.
- Andrés, Juan, *Cartas familiares (Viaje a Italia)* (dos volúmenes), Edición de I. Arbilla y C. Valcárcel, Madrid, 2004.
- Anza y Becerra, Juan Bautista de, *Diarios de las Expediciones a la Alta California*, edición de Ángel Luis Encinas Moral, Madrid, 2013.
- Archer, Christon I., «Los viajes de Juan Francisco de la Bodega y Quadra, 1775-1779», Ponencia presentada en Lima, 1994.
- Azara, José Nicolás de, *Epistolario (1784-1804)*, edición de M. D. Gimeno Puyol, Edhasa (Castalia), 2009.
- Ballesteros Beretta, Antonio, *Figuras imperiales*, Madrid, 1947.
- Beckford, William, *Voyage d'un rêveur éveillé, de Londres à Venise*, traduit par Roger Kann, París, 1988.
- , *Voyage d'un rêveur éveillé, de Venise à Naples*, traduit par Roger Kann, París, 1989.
- Black, Jeremy, *Italy and the Grand Tour*, New Haven y Londres, 2003.

- Boerner, Peter, *Goethe*, translated by Nancy Boerner, Londres, 2005.
- Boswell on the Grand Tour: Italy, Corsica, and France 1765-1766*, edited by Frank Brady and Frederick A. Pottle, Londres, 1955.
- Brosses, Président Charles de, *Lettres d'Italie* (dos volúmenes), texte établi et annoté par Frédéric d'Agay, Mercure de France, 1986.
- , *Lettres familières sur l'Italie*, introduction de François de Clermont-Tonnerre, París, 1969.
- , *Viaje a Italia*, tres tomos, Madrid, 1922.
- Capasso, Gaetano, *Viaggio a Pompei. Passegiare virtuali nelle città perdute*, Nápoles, 2005.
- Caro, Stefano de, *Il santuario di Iside di Pompei*, Nápoles, 2006.
- Casado, David, *La Marina ilustrada — Sueño y ambición de la España del XVIII*, Madrid, 2009.
- Casanova, Giacomo, *Memorias (tomo V)*, traducción del francés de Gloria Camarero, Madrid, 1982.
- Carlos III, *Cartas a Tanucci (1759-1763)*, prólogo de Gonzalo Anes, introducción, transcripción y notas de Maximiliano Barrio, Madrid, 1988.
- Céspedes del Castillo, Guillermo, *Ensayos sobre los reinos castellanos de Indias*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999.
- Cieza de León, Pedro, *Crónica del Perú*, Barcelona, Red ediciones, 2011.
- , *Segunda parte de la crónica del Perú, que trata del señorío de los Incas*, Madrid, 1880.
- Chávez, Thomas E., *España y la independencia de Estados Unidos*, Madrid, 2005.
- Ciarallo, Annamaria, *Pompei romantica. Percorsi letterari nell'Ottocento*, Nápoles, 2005.

- Colón, Cristóbal, *Diario de a bordo (Primer Viaje)*, Barcelona, Red ediciones, 2011.
- , *Los cuatro viajes y el testamento*, Acedrex Publishing, 2012.
- Comparetti, Domenico, y Petra, Giulio de, *La Villa Ercolanese dei Pisoni. I suoi monumenti e la sua biblioteca*, Turín, 1883.
- Conde de Fernán-Núñez, *Vida de Carlos III*, edición de A. Morel-Fatio y A. Paz y Meliá, prólogo de Juan Valera, Madrid, 1988.
- Cook, Warren L., *Flood Tide of Empire — Spain and the Pacific Northwest, 1543-1819*, Yale University Press, 1973.
- Corona Baratech, Carlos, *José Nicolás de Azara. Un embajador español en Roma*, Zaragoza, 1948.
- Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, Barcelona, Red ediciones, 2011.
- Crouzet, Michel, *Stendhal et l'italianité. Essai de mythologie romantique*, Ginebra, 2006.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (versión extensa)*, World Classics, 2011.
- Domínguez Ortiz, Antonio, *Carlos III y la España de la Ilustración*, Madrid, 1988.
- Erskine Inglis, Frances (marquesa de Calderón de la Barca), *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, trad. R. Biezmes, Ed. Rey Lear, 2007.
- Fernández, Roberto, *Carlos III*, Madrid, 2001.
- Fernández de Moratín, Leandro, *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*, edición de Ana Rodríguez Fischer, Madrid, 2005.
- , *Viage a Italia*, edición crítica de Belén Tejerina, Madrid, 1991.
- Fernández Murga, Félix, *Carlos III y el descubrimiento de Herculano, Pompeya y Estabia*, Salamanca, 1989.
- Fuster Ruiz, Francisco, *El final del descubrimiento de América — California, Canadá y Alaska (1765-1822)*, Universidad de

- Murcia, Murcia, 1997.
- Gage, Thomas, *A New Survey of the West Indies 1648*, edición al cuidado de A. P. Newton, Londres, 1928.
- Galera Gómez, Andrés, *Las corbetas del Rey — El viaje alrededor del mundo de Alejandro Malaspina (1789-1794)*, Bilbao, 2010.
- García Castañeda, Salvador (coordinador), *Literatura de viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*, Castalia, Madrid, 1999.
- Garcilaso de la Vega, Inca, *Comentarios Reales*, Dominio Público.
- Ghirelli, Antonio, *Storia di Napoli*, Turín, 1992.
- Gibbon's Journey from Geneva to Rome. His Journal from 20 April to 2 October 1764*, edited by Georges A. Bonnard, Londres, 1961.
- Gómez-Tabanera, J. M. (editor), *Las raíces de América*, Madrid, 1968.
- González Díaz, F., y Lázaro de la Escosura, P., *El hilo de la memoria. Trescientos años de presencia española en los actuales Estados Unidos*, Ministerio de Cultura del Gobierno de España, 2008.
- Goethe, Johann W., *Viajes italianos*, en *Obras Completas*, tomo III, recopilación, traducción, estudio preliminar, preámbulos y notas de Rafael Cansinos Assens, Madrid, 1973.
- , *Voyages à Rome*, illustrations de Goethe, traduction et notes de Maurice Mutterer, introduction de Michel Cadot, París, 2002.
- Hansen, Hans Jürgen (editor), *El arte de la navegación y su historia*, Madrid, Ediciones Larraínza-Pamplona, 1974.
- Hersant, Yves, *Italie. Anthologie des voyageurs français aux XVIII<sup>e</sup> et XIX<sup>e</sup> siècles*, París, 1988.
- Jufre del Águila, Melchor, *Compendio historial del Descubrimiento y Conquista del Reino de Chile*, Librodot.com.
- Knight, Carlo, *Hamilton a Napoli. Cultura, svaghi, civiltà di una*

- grande capital europea*, Nápoles, 2003.
- La Condamine, Carlos María de, *Viaje a la América Meridional*, Madrid, 1962.
- Landa, Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*, Barcelona, Red ediciones, 2011.
- Lavalle-Cobo, Teresa, *Isabel de Farnesio, la reina coleccionista*, prólogo de Gonzalo Anes, Madrid, 2002.
- Le antichità di Ercolano esposte*, Nápoles: *Le Pitture* (Tomo I: 1757, II: 1760, III: 1762, IV: 1765, V: 1779), *De'Bronzi* (Tomo I: 1767, II: 1771), *Le Lucerne ed i Candelabri* (Tomo único: 1792).
- León y Gama, Antonio de, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras...*, México, 1792 (2ª ed. 1832).
- León Tello, F. J., y Sanz Sanz, M. M. V., *Tratados neoclásicos españoles de pintura y escultura*, Valencia, 1980.
- López Chávez, Celia, «Benjamin Franklin, España y la diplomacia de una armónica», en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie IV, Hª Moderna, t. 13, págs. 319-337, 2000.
- López de Gómara, Francisco, *Historia general de las Indias*, ed. electrónica.
- Luca de Tena, Torcuato, *Los mil y un descubrimientos de América*, Madrid, 1968.
- Mafrici, Mirella, *Il re delle speranze. Carlo di Borbone da Madrid a Napoli*, Nápoles, 1998.
- Maiuri, Bianca Teolato, *Museo Nazionale — Napoli*, Novara, 1980.
- Mancini, Franco, *Feste ed apparati civili e religiosi in Napoli dal Vicerregno alla Capitale*, Edizioni Scientifiche Italiani, Nápoles, 1968.
- Marías, Julián, *La España posible en tiempos de Carlos III*, Madrid, 1963.
- Martínez, José Luis, *Pasajeros de Indias*, Madrid, 1983.

- Martínez Peñas, L., y Fernández Rodríguez, M. (coords.), *El ejército y la Armada en el Noroeste de América — Nootka y su tiempo*, Madrid, Universidad Rey Juan Carlos.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles*, Barcelona, Red ediciones, 2011.
- Monge, Fernando, y Olmo, Margarita del, *Las «Noticias de Nutka» de José Mariano Mociño*, C.S.I.C., Madrid, 1998.
- Morales Padrón, Francisco, *Los conquistadores de América*, Madrid, 1974.
- Motolinía, Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, Red ediciones, Barcelona, 2011.
- Muscettola, Stefania Adamo, *La villa dei Papiri a Ercolano*, Nápoles, 2007.
- Novo y Colson, Pedro de, *Sobre los viajes apócrifos de Juan de Fuca y de Lorenzo Ferrer Maldonado*, Madrid, 1881.
- Ortiz Armengol, Pedro, *El año que vivió Moratín en Inglaterra 1792-1793*, Madrid, 1985.
- Palacio Atard, Vicente, *Carlos III, el rey de los ilustrados*, Barcelona, 2006.
- Palau, Mercedes, y otros, *Nutka 1792. Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional por Juan Francisco de la Bodega y Quadra*, Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, Madrid, 1998.
- Parias, L.-H. (al cuidado de), *Historia universal de las exploraciones. El tiempo de los grandes veleros*, Espasa-Calpe S. A., Madrid, 1989.
- Pereyra, Carlos, *Hernán Cortés*, Buenos Aires, 1941.
- Powell, Philip W., *Árbol de odio*, Madrid, 1991.
- Puig-Samper, Miguel Ángel, *La expedición de Malaspina. Un viaje hacia el conocimiento y la modernidad*, Accenture, 2011.
- Quirante, José Vicente, *Nápoles española*, introducción de Giuseppe Galasso, Nápoles-Madrid, 2009.



- Ranieri Panetta, Marisa (editor), *Pompeii. The History, Life and Art of the buried city*, White Star Publishers, Vercelli, 2004.
- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las Cosas de la Nueva España*, edición de Juan Carlos Temprano, dos vols., Madrid, 2009.
- Saint-Non. Fragonard, *Panopticon italiano. Un diario di viaggio ritrovato, 1759-1761*, per cura di P. Rosenberg con la collaborazione di Barbara Brejon de Lavergnée, Roma, 2000.
- Sánchez-Blanco, Francisco, *El Absolutismo y las Luces en el reinado de Carlos III*, Madrid, 2002.
- Sánchez Espinosa, Gabriel, *Memorias del ilustrado aragonés José Nicolás de Azara*, Zaragoza, 2000.
- Seta, Cesare de, *L'Italia del Grand Tour da Montaigne a Goethe*, Nápoles, 2001.
- Sellés, M., Peset, J. L., y Lafuente, A. (compiladores), *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*, Madrid, 1987.
- Stendhal, *Chroniques italiennes*, édition de Dominique Fernandez, París, 1973
- , *Rome, Naples et Florence (1826)*, édition de Pierre Brunel, París, 1987.
- , *Diario*, Buenos Aires, 1955.
- Taxonera, Luciano de, *Isabel de Farnesio*, Barcelona, 1943.
- Taylor, René, *El arte de la memoria en el Nuevo Mundo*, Madrid, 1987.
- Textos de magia en papiros griegos*, introducción, traducción y notas de José Luis Calvo Martínez y M<sup>a</sup> Dolores Sánchez Romero, Madrid, 1987.
- Tuzet, Hélène, *Viaggatori stranieri in Sicilia nel XVIII secolo*, Palermo, 1995.
- Ulloa, Antonio de, *Noticias americanas*, Librodot.com.
- , *Viaje a la América Meridional*, edición de Andrés Saumell, dos volúmenes, Madrid, 1990.

- Ureña, marqués de, *El viaje europeo del marqués de Ureña (1787-1788)*, con estudio, comentario y notas de María Pemán Medina, ed. Unicaja, 1992.
- Urrea Fernández, Jesús, *Carlos III en Italia (1731-1759). Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid, 1989.
- , *Relaciones artísticas hispano-romanas en el siglo XVIII*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2006.
- Vaca de Osma, José Antonio, *Carlos III*, Madrid, 2005.
- Varios Autores, *Arquitecturas pintadas del Renacimiento al siglo XVIII*, Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid, 2011.
- , *Atlas de los exploradores españoles*, Sociedad Geográfica Española, Planeta, 2009.
- , *Bajo la cólera del Vesubio. Testimonios de Pompeya y Herculano en la época de Carlos III*, Valencia, 2004.
- , *Carlos II — El rey y su entorno cortesano*, dirigido por Luis Ribot, Centro de Estudios Europa Hispánica, Madrid, 2009.
- , *Carlos III — Entre Nápoles y España*, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, 2009.
- , *Carlos III y la Ilustración*, dos volúmenes, Ministerio de Cultura, Madrid, 1988.
- , *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010.
- , *Diseñar América. El trazado español de los Estados Unidos*, Ministerio de Educación del Gobierno de España, Madrid, 2014.
- , *El gusto «a la griega». Nacimiento del neoclasicismo francés*, Madrid, 2008.
- , *El Palacio del Rey Planeta. Felipe IV y el Buen Retiro*, Museo Nacional del Prado, Madrid, 2005.
- , *El Palacio del Buen Retiro y el Nuevo Museo del Prado*, Museo Nacional del Prado, Madrid, 2000.
- , *El Real Alcázar de Madrid. Dos siglos de arquitectura y*

- coleccionismo en la Corte de los Reyes de España*, dirigido por F. Checa, Comunidad de Madrid, Madrid, 1994.
- , *El Westmorland — Recuerdos del Grand Tour*, Fundación Cajamurcia, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, etc., Madrid, 2002.
- , *España en el Mediterráneo. La construcción del espacio*, Madrid, 2006.
- , *España y el mar en el siglo de Carlos III*, Marinvest, S. A., Madrid, 1989.
- , *Exploración del Pacífico. 500 años de Historia*, Exposición Conmemorativa, Casa de América, Madrid, 2013.
- , *Fragmentos, Revista de Arte*, números 12-13-14, junio de 1988, dedicados a Carlos III.
- , *Goya y el infante Don Luis — El exilio y el reino — Arte y ciencia en la época de la Ilustración española*, Comisario Francisco Calvo Serraller, Patrimonio Nacional, Madrid, 2012.
- , *Le Journal de voyage et Stendhal*, Actes du Colloque de Grenoble, textes recuillies par V. Del Litto et E. Kanceff, Ginebra, 1986.
- , *Paradigmas de la Palabra — Gramáticas indígenas de los siglos XVI, XVII y XVIII*, Turner, Madrid, 2007.
- , *Pintura de los Reinos. Identidades compartidas en el mundo hispánico*, Madrid, 2010.
- , *Pompei. the history, life and art of the buried city*, edited by Marisa Ranieri Panetta, Vercelli, 2004.
- , *Pompeya y Herculano a la sombra del Vesubio*, Centro Conde Duque, Madrid, 2007.
- , *Un Camino hacia la Arcadia. Arte en las Misiones Jesuíticas del Paraguay*, Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, Madrid, 2005.
- Vilchis, Jaime, y Arias, Victoria, *Ciencia y Técnica entre Viejo y*

*Nuevo Mundo — Siglos XV-XVIII*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1992.

Voltes, Pedro, *Carlos III y su tiempo*, Barcelona, 1988.

Ybarra y Bergé, Javier de, *De California a Alaska. Historia de un descubrimiento*, Madrid, 1945.

# ÍNDICE DE ILUSTRACIONES CON INDICACIÓN DE SU PROCEDENCIA

## LÁMINAS



Lámina I. *Carlos III, niño*, por Jean Ranc. Museo Nacional del Prado, Madrid. Urrea, Jesús, *Carlos III en Italia (1731-1759). Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid, 1989, pág. 56.



Lámina II. *Exequias de un emperador romano* (detalle), 1634-1645, por Domenico Zampieri, Domenichino. Museo Nacional del Prado, Madrid. Varios Autores, *El Palacio del Rey Planeta. Felipe IV y el Buen Retiro*, Museo Nacional del Prado, Madrid, 2005, pág. 201.



Lámina III. *Perspectiva de un anfiteatro romano*, hacia 1638, por Domenico Gargiulo y Viviano Codazzi. Museo Nacional del Prado, Madrid. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 67.



Lámina IV. *El rey Don Carlos de Borbón visita la basílica de San Pedro*, 1745, por Giovanni Paolo Panini. Galería Nacional de Capodimonte, Nápoles. Urrea, Jesús, *Carlos III en Italia (1731-1759). Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid, 1989, págs. 113 y 115.





Lámina V. *Visita del rey Don Carlos de Borbón al papa Benedicto XIV en dependencias del Quirinal, 1746*, por Giovanni Paolo Panini, Galería Nacional de Capodimonte, Nápoles. Urrea, Jesús, *Carlos III en Italia (1731-1759). Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid, 1989, págs. 113 y 115.



Lámina VI. *Visita del rey Don Carlos de Borbón al papa Benedicto XIV en dependencias del Quirinal, 1746*, por Giovanni Paolo Panini, Galería Nacional de Capodimonte, Nápoles. Urrea, Jesús, *Carlos III en Italia (1731-1759). Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid, 1989, págs. 113 y 115.



Lámina VII. *Visita del rey Don Carlos de Borbón al papa Benedicto XIV en dependencias del Quirinal, 1746*, por Giovanni Paolo Panini, Galería Nacional de Capodimonte, Nápoles. Urrea, Jesús, *Carlos III en Italia (1731-1759). Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid, 1989, págs. 113 y 115.





Lámina VIII. *Paisaje con anacoreta y ruinas clásicas*, 1636-1638, por Jean Lemaire., Museo Nacional del Prado, Madrid. Varios Autores, *El Palacio del Rey Planeta. Felipe IV y el Buen Retiro*, Museo Nacional del Prado, Madrid, 2005, pág. 283.



LÁMINA IX *La familia de Felipe V*, 1743, por Louis-Michel Van Loo. Museo Nacional del Prado, Madrid. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 21. .

El rey Felipe V está sentado en el centro. A su izquierda, la reina Isabel de Farnesio. Entre ambos, el infante Don Luis, cardenal arzobispo de Toledo. Alrededor de la mesa, el infante Don Felipe (1720-1765), duque de Parma, con su mujer Luisa Isabel de Francia (1727-1759); las infantas María-Teresa Antonieta, de pie, y María Antonieta, con su abanico. A la derecha, de pie, Carlos, rey de las Dos Sicilias (Carlos III), acompañado de su esposa, sentada, la reina María Amalia de Sajonia. En el lado opuesto, el príncipe de Asturias (Fernando VI). A su izquierda, sentada, la princesa de Asturias, futura reina Doña Bárbara y, a su lado, en el extremo de la izquierda, la infanta María Ana Victoria (Marianina) (1718-1781), reina de Portugal. En el suelo juegan con un perrito las niñas María Luisa, hija del duque de Parma, y María Isabel, hija del rey Carlos.



Lámina X. *Jarrón nazari de los escudos*, por Diego Sánchez Sarabia, 1762. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 293.





Lámina XI. *Don Carlos de Borbón, rey de Nápoles, 1737-1738*, por Giovanni Maria delle Piane, llamado Molinareto. Museo de Pontevedra, depósito del Museo Nacional del Prado, Madrid. Urrea, Jesús, *Carlos III en Italia (1731-1759). Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid, 1989, págs. 113 y 115.



Lámina XII. *Vista del golfo de Nápoles desde la linterna del Muelle con el Vesubio en erupción, 1757*, por Carlo Bonavia. Cartuja y Museo de San Martino, Nápoles. Varios Autores, *Carlos III – Entre Nápoles y España*, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, 2009, pág. 73.





Lámina XIII. *Vista de la erupción del Vesubio*, 1771, por Antonio Carnicero. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 246.



Lámina XIV. *El Vesubio en erupción*, 1737, por Tomasso Ruiz. Palacio Real de Riofrío (Segovia).  
Urrea, Jesús, *Carlos III en Italia (1731-1759). Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid,  
1989, pág. 93.



Lámina XV. *Monumental escalera principal del Real Palacio de Caserta.* Varios Autores, *Carlos III – Entre Nápoles y España*, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, 2009, pág. 33.



Lámina XVI. *Hércules reconociendo a Telefo en presencia de Arcadia.* (*AntErc*, I, VI, 31.) Varios Autores, *Bajo la cólera del Vesubio. Testimonios de Pompeya y Herculano en la época de Carlos III*, Valencia, 2004, pág. 27.



Lámina XVII. *Vista del Templo de Hera en Paestum*, 1759, por Antonio Joli. Caserta, Palazzo Reale. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 209.



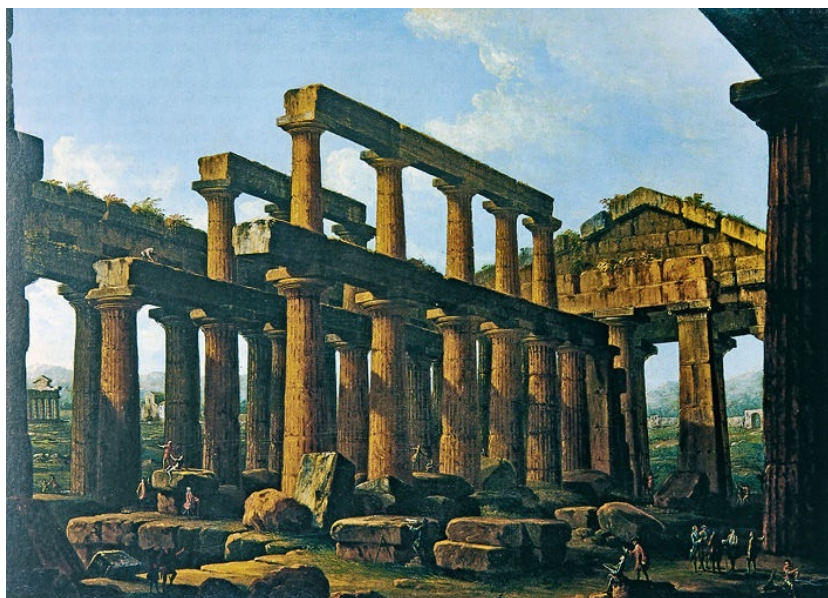


Lámina XVIII. *La Puerta de Herculano en Pompeya*, 1783, por Giovanni Battista Lusieri. Colección Jean Bonna, Ginebra. Weston-Lewis, Aidan, *Giovanni Battista Lusieri and the Panoramic Landscape*, National Galleries of Scotlans, Edimburgo, 2012, pág. 130.



Lámina XIX. *Reconstrucción virtual de la Villa de los Papiros*. Capasso, Gaetano, *Viaggio a Pompei. Passegiare virtuali nelle città perdute*, Napoli, 2005. «Ercolano», pág. 7.

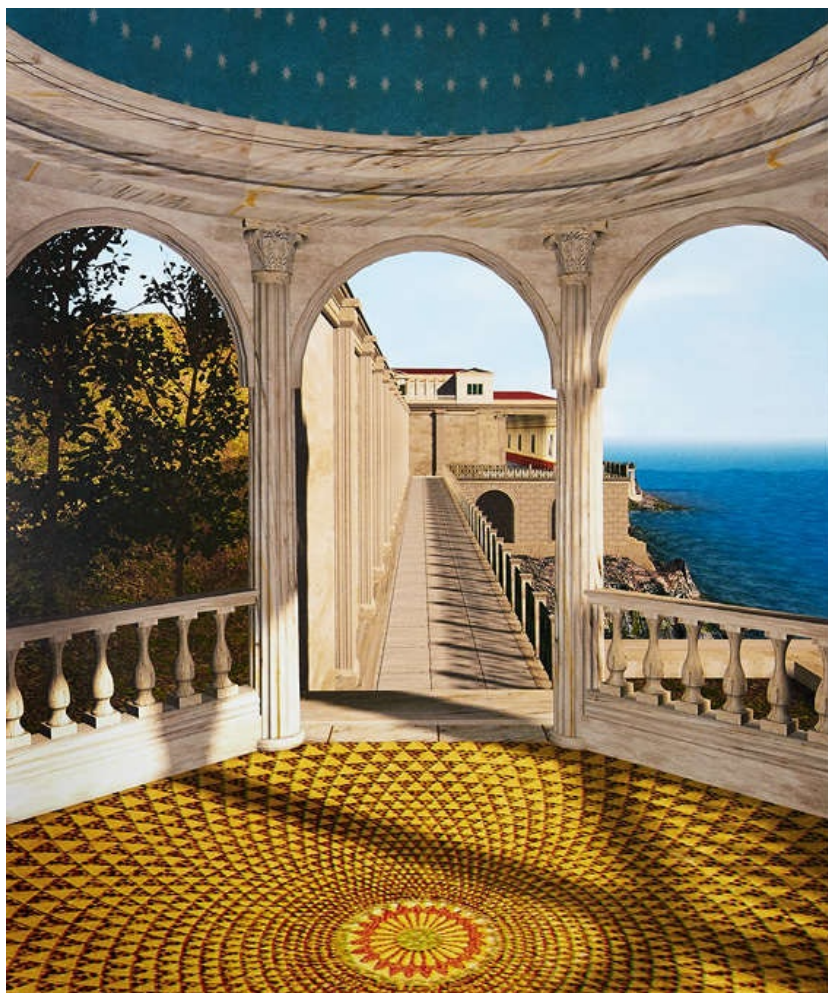


Lámina XX. *Reconstrucción virtual del Mirador en forma de rotonda de la Villa de los Papiros.*  
 Capasso, Gaetano, *Viaggio a Pompei. Passegiare virtuali nelle città perdute*, Napoli, 2005.  
 «Ercolano», pág. 9.





Lámina XXI. *Colección de vaciados de la Villa de los Papiros*, con el *Sátiro ebrio* en primer plano y bustos de filósofos y reyes helenísticos al fondo. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (Madrid). Varios Autores, *Bajo la cólera del Vesubio. Testimonios de Pompeya y Herculano en la época de Carlos III*, Valencia, 2004, pág. 76.

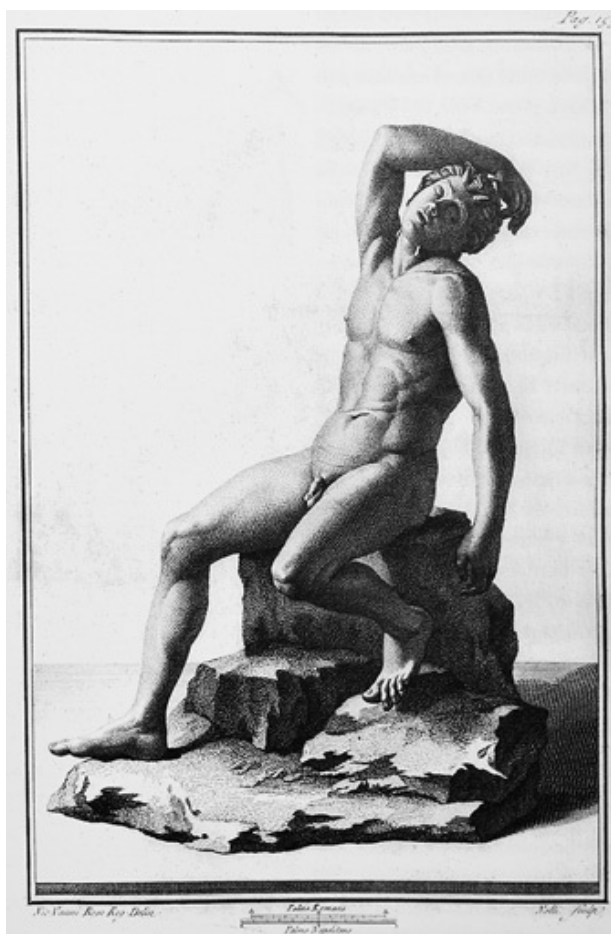


Lámina XXII. *Fauno dormido*. (*AntErc*, II, XL, 153.) Varios Autores, *Bajo la cólera del Vesubio*. *Testimonios de Pompeya y Herculano en la época de Carlos III*, Valencia, 2004, pág. 186.

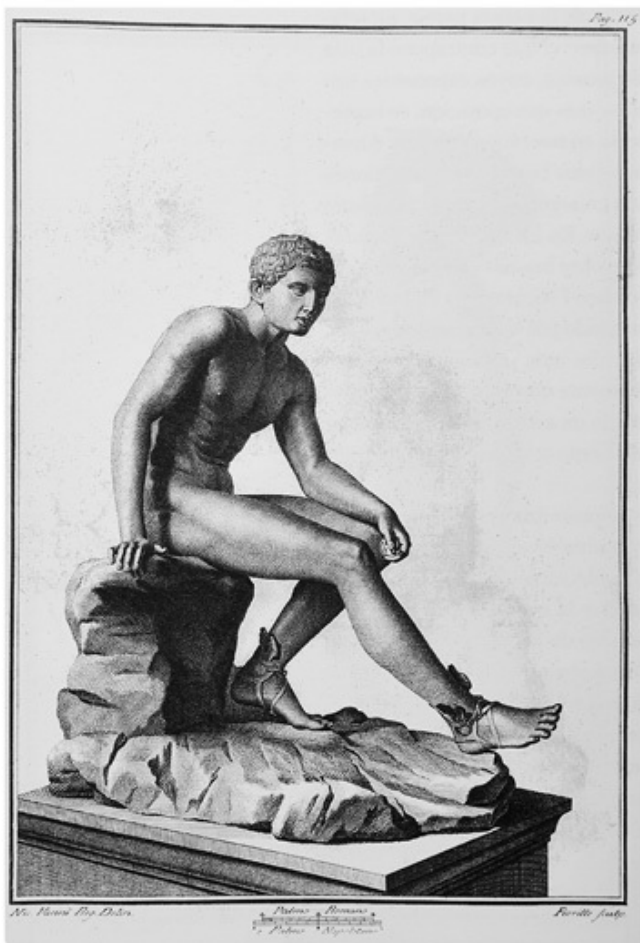


Lámina XXIII. Mercurio sentado en una roca. (*AntErc*, II, XXIX, 115.) Varios Autores, *Bajo la cólera del Vesubio. Testimonios de Pompeya y Herculano en la época de Carlos III*, Valencia, 2004, pág. 188.



Lámina XXIV. *Anillo romano de oro entregado por Carlos III al embarcarse para ser proclamado Rey de España.* Nápoles, Museo Archeologico Nazionale. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 238.



Lámina XXV. *El rey Don Carlos de Borbón renuncia a la corona de Nápoles*, por Michele Foschini, Palma de Mallorca, Capitanía General. Depósito del Museo Nacional del Prado, Madrid. Urrea, Jesús, *Carlos III en Italia (1731-1759). Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid, 1989, pág. 140.



Lámina XXVI. *Embarco de Carlos III en el puerto de Nápoles, 1759*, por Antonio Joli. Museo Nacional del Prado, Madrid. Urrea, Jesús, *Carlos III en Italia (1731-1759). Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid, 1989, pág. 147.





Lámina XXVII. *La salida de Carlos III del puerto de Nápoles vista desde el mar*, 1759, por Antonio Joli. Museo Nacional del Prado, Madrid. Urrea, Jesús, *Carlos III en Italia (1731-1759). Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid, 1989, pág. 151.



Lámina XXVIII. *Ornatos de la calle Platerías con motivo de la entrada solemne en Madrid de Carlos III, el 13 de julio de 1760.* Anónimo. Museo Municipal de Madrid. Varios Autores, *Fragmentos*, *Revista de Arte*, Números 12-13-14, Junio de 1988, dedicados a Carlos III, pág. 56.





Lámina XXIX. *Carlos III cazador*, por Francisco de Goya. Museo Nacional del Prado, Madrid.



Lámina XXX. *Carlos III comiendo ante su corte*, por Luis Paret y Alcázar, Museo Nacional del Prado, Madrid. Varios Autores, *El gusto «a la griega.» Nacimiento del neoclasicismo francés*, Madrid, 2008, pág. 36.



Lámina XXXI. *Fiesta en un palacio barroco-rococó*, por Francesco Battagioni. Reinado de Fernando VI. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Varios Autores, *Carlos III y la Ilustración*, dos volúmenes, Ministerio de Cultura, Madrid, 1988, tomo II, pág. 482.





Lámina XXXII. *Paisaje sacro-idílico (Pompeya)*. Maiuri, Bianca Teolato, *Museo Nazionale – Napoli*, Novara, 1980, pág. 97.



Lámina XXXIII. Paisaje sacro-idílico. (*AntErc*, II, XLV, 251.) Varios Autores, *Bajo la cólera del Vesubio. Testimonios de Pompeya y Herculano en la época de Carlos III*, Valencia, 2004, pág. 278.

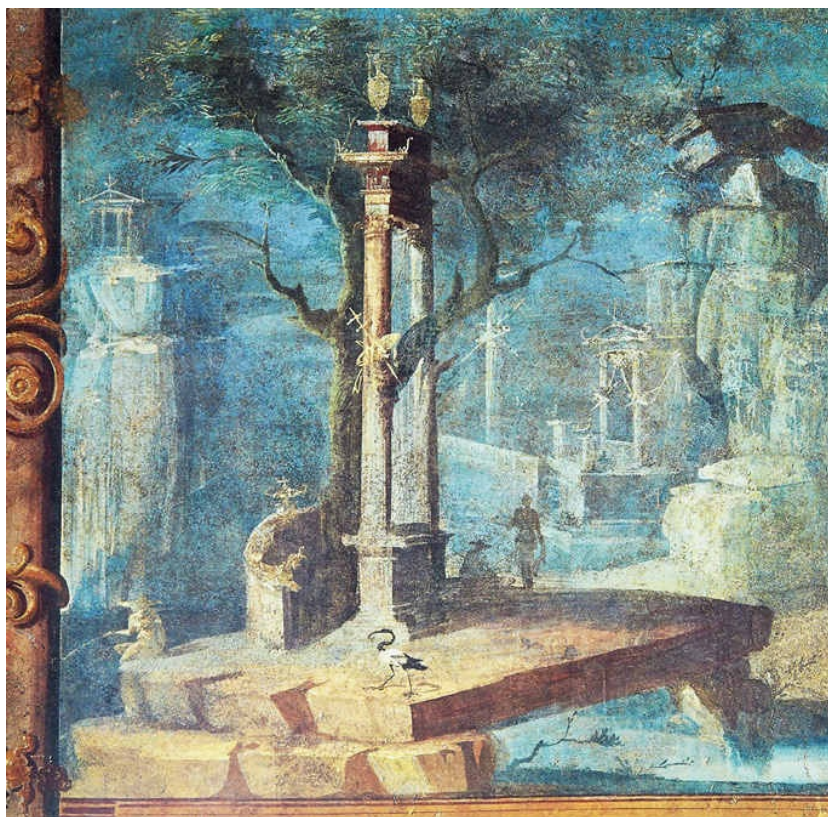


Lámina XXXIV. Paisaje con escena istaca. Caro, Stefano de, *Il santuario di Iside di Pompei*, Napoli, 2006, pág. 31.

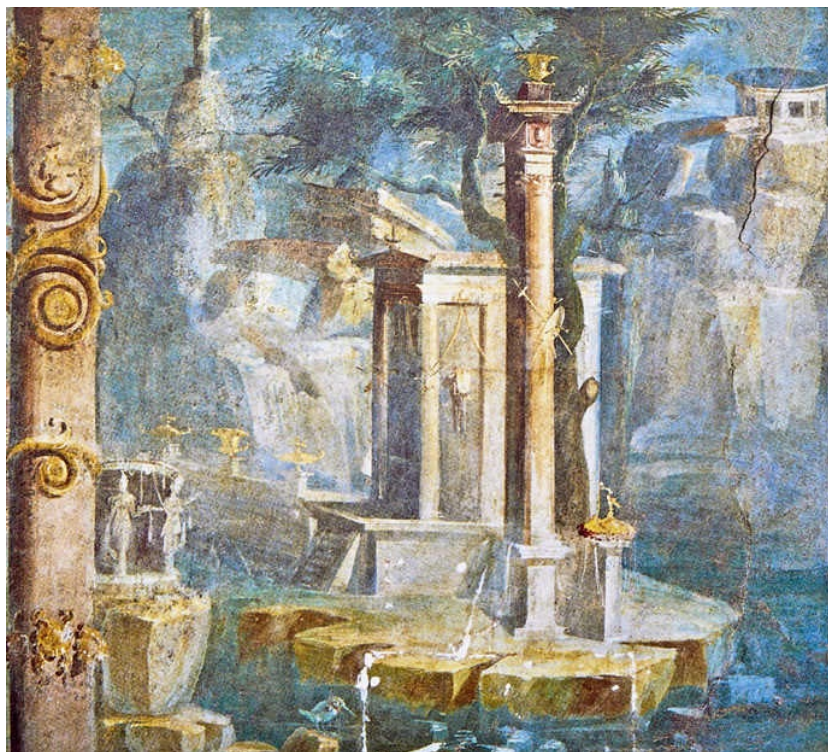


Lámina XXXV. *Paisaje con santuario de Isis*. Caro, Stefano de, *Il santuario di Iside di Pompei*, Napoli, 2006, pág. 72.

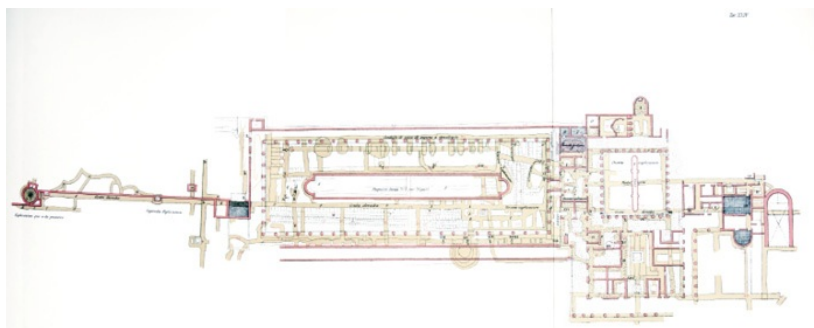


Lámina XXXVI. *Plano de la Villa de los Papiros (desplegable)*. Comparetti, Domenico y Petra, Giulio de, *La Villa Ercolanese del Pisoni. I suoi monumento e la sua biblioteca*, Turín, 1883.





Lámina XXXVII. *Sileno sobre un odre.* (*AntErc*, II, XLIV, 167.) Varios Autores, *Bajo la cólera del Vesubio. Testimonios de Pompeya y Herculano en la época de Carlos III*, Valencia, 2004. Y. Muscettola, Stefania Adamo, *La villa dei Papiri a Ercolano*, Napoli, 2007, pág. 23.



Lámina XXXVIII. *Reconstrucción virtual de la Sala V de la Villa de los Papiros*. Capasso, Gaetano, *Viaggio a Pompei. Passegiare virtuali nelle città perdute*, Napoli, 2005. «Ercolano», pág. 14.

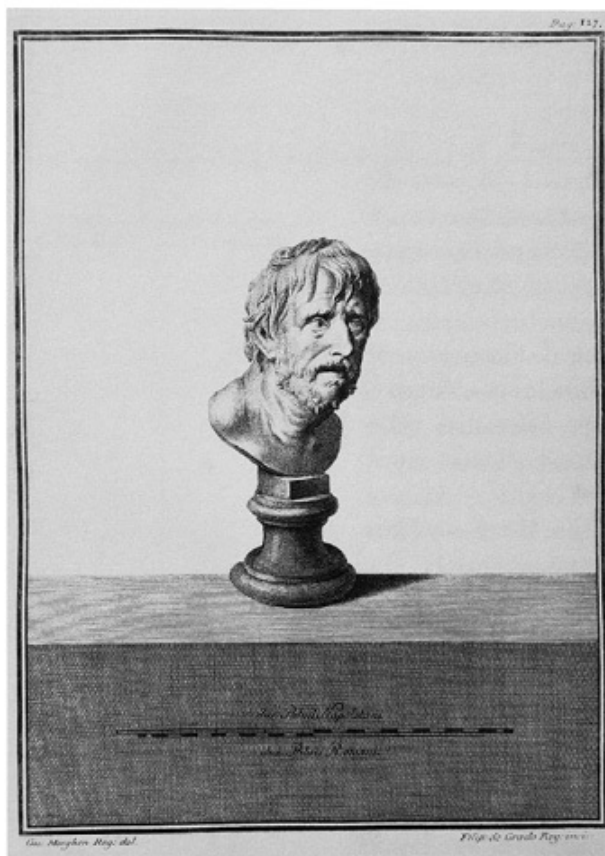


Lámina XXXIX. Busto de Pseudo-Séneca. Varios Autores, *Bajo la cólera del Vesubio. Testimonios de Pompeya y Herculano en la época de Carlos III*, Valencia, 2004, pág. 132.



Lámina XL. *Busto de Pseudo-Séneca*. Comparetti, Domenico y Petra, Giulio de, *La Villa Ercolanese del Pisoni. I suoi monumento e la sua biblioteca*, Turín, 1883, Tav. V.



Lámina XLI. *Pernil horológico*. (*AntErc*, III, 2, Prefacio.) Comparetti, Domenico y Petra, Giulio de, *La Villa Ercolanese del Pisoni. I suoi monumento e la sua biblioteca*, Torino, 1883, lám. XVII, 4.

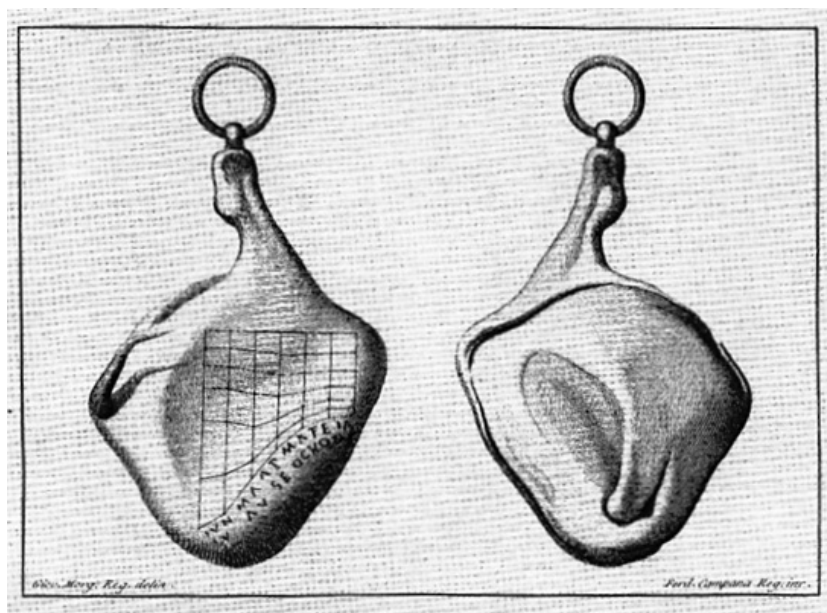


Lámina XLII. Pernil horológico. (*AntErc*, III, 2, Prefacio.) Varios Autores, *Bajo la cólera del Vesubio. Testimonios de Pompeya y Herculano en la época de Carlos III*, Valencia, 2004, pág. 282.



Lámina XLIII. *El emperador Moctezuma contempla el meteorito que anuncia la llegada de los españoles*, *Códice Durán*, Biblioteca Nacional de España. Varios Autores, *Itinerario de Hernán Cortés*, Catálogo de la exposición. Centro de Exposiciones Arte Canal. Madrid, 2015, pág. 83.



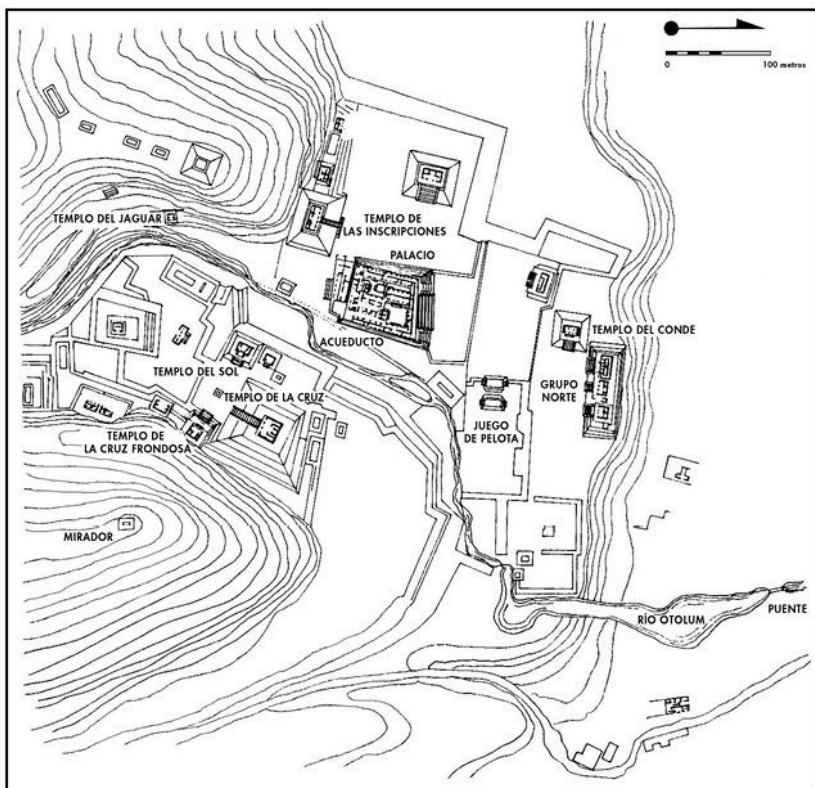


Lámina XLIV. Plano de la zona central de Palenque (tomado de Green, 1983). Cabello Carro, Paz, *Política investigadora de la época de Carlos III en el área maya – Descubrimiento de Palenque* Madrid, 1992, lám. 2.





Lámina XLV. *Yacimiento maya de Palenque (México)*. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 370.

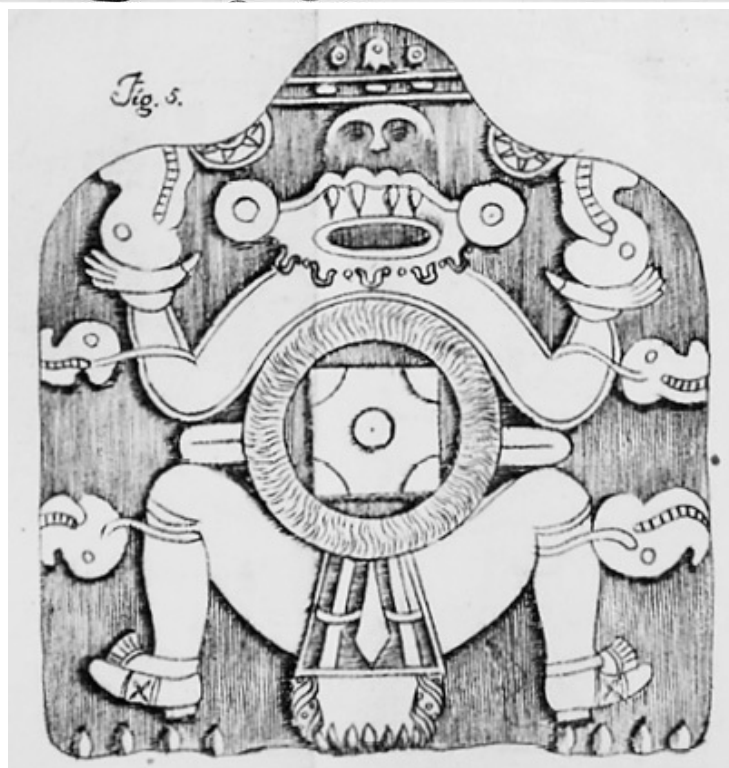
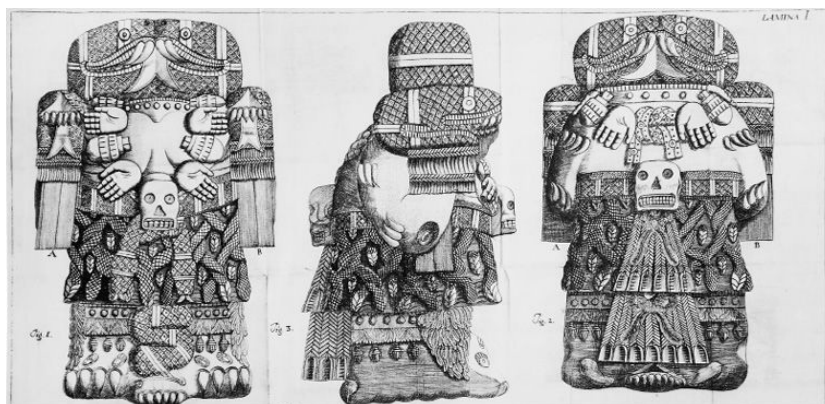


Lámina XLVI. La diosa Teoyaomiqui-Coatlicue. En Antonio de León y Gama, *Descripción histórica de las dos piedras...se hallaron en ella el año 1790, 1792*. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 411.



Lámina XLVII. *El Palacio Real de Madrid*, h. 1762, por Antonio Joli. Palazzo Reale, Nápoles.  
Varios Autores, *Carlos III – Entre Nápoles y España*, Real Academia de Bellas Artes de San  
Fernando, Madrid, 2009, pág. 113.

## FIGURAS

Figura 1. *Mausoleo romano de Miralpeix, Caspe (Zaragoza)*, por Gaspar de Gurrea y Aragón, Conde de Guimerá. Biblioteca Nacional de España. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 53.

Figura 2. *El Puente romano de Alcántara (Cáceres)*, en E. Flórez, *España Sagrada*, tomo XIII, 1756. Real Academia de la Historia. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 155.

Figura 3. *Teatro de Emerita (Mérida, Badajoz)*, documentado por Esteban Rodríguez en la expedición del Marqués de Valdeflores, h. 1753. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 183.

Figura 4. *Teatro romano de Acinipo (Ronda, Málaga)*, documentado por Esteban Rodríguez en la expedición del Marqués de Valdeflores, h. 1754. Real Academia de la Historia. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 152.

Figura 5. *Antigüedades persas*, según los *Comentarios de Don Gaspar de Silva que contienen su viaje a la India y de ella a Persia. Cosas notables que vio en él y los sucesos de la embaxada al Sophi*, h. 1614-1624. Manuscrito. Biblioteca Nacional de España. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 83.

Figura 6. *Antigüedades árabes de España*, 1787 y 1804. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 299.

Figura 7. *Arco triunfal levantado en Livorno en 1732 para recibir a D. Carlos de Borbón*, por F. Ruggieri. Biblioteca Riccardiana, Florencia. Urrea, Jesús, *Carlos III en Italia (1731-1759)*.

*Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid, 1989, pág. 43.

Figura 8. *Observatorio Astronómico de San Fernando (Cádiz)*. Museo Naval. Varios Autores, *Exploración del Pacífico. 500 años de Historia*, Exposición Conmemorativa, Casa de América, Madrid, 2013, pág. 59.

Figura 9. *El palacio real de Caserta a vista de pájaro*, 1756, por Luigi Vanvitelli. Palazzo Reale, Caserta. Varios Autores, *Carlos III – Entre Nápoles y España*, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, 2009, pág. 87.

Figura 10. *Carlos III*, por Camillo Paderni, en *Le antichità di Ercolano esposte*, Nápoles, 1757-1792. Real Academia de la Historia. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 219.

Figura 11. *Real Colegio de Guardiamarinas de San Fernando (Cádiz)*. Museo Naval de Madrid. Palau, Mercedes y otros, *Nutka 1792. Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional por Juan Francisco de la Bodega y Quadra*, Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, Madrid, 1998, pág. 7.

Figura 12. «*Mapa del paso por tierra a la California y sus confinantes, nuevas naciones y misiones de la Compañía de Jesús en la América Septentrional. Descubierto, andado y demarcado por el Padre Eusebio Kino, jesuita desde el año 1698 hasta el de 1701.*» Manuscrito. Archivo General de Indias (Sevilla). González Díaz, F. y Lázaro de la Escosura, P., *El hilo de la memoria. Trescientos años de presencia española en los actuales Estados Unidos*, Ministerio de Cultura del Gobierno de España, 2008, pág. 127.

Figura 13. *Proyecto para el Coliseo de la Cruz de Madrid*. M. M. Rodríguez, 1785. Varios Autores, *Carlos III y la Ilustración*, dos volúmenes, Ministerio de Cultura, Madrid, 1988. Tomo I, pág. 311.

Figura 14. *Plano del pueblo de San Juan Bautista*. Archivo General de Simancas. Varios Autores, *Un Camino hacia la*

*Arcadia. Arte en las Misiones Jesuíticas del Paraguay*, Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, Madrid, 2005, pág. 65.

Figura 15. *Plano de la ciudad de la Beata Virgen María de Candelaria (Paraguay)*. En Peramas, Joseph Enmanuel, *De Vita et Moribus Tredecim Virorum Paraguayacorum*, 1793. Biblioteca del Centro de Loyola, Madrid. Varios Autores, *Un Camino hacia la Arcadia. Arte en las Misiones Jesuíticas del Paraguay*, Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, Madrid, 2005, pág. 69.

Figura 16. *Imagen de la Ciudad de Dios que proclama la igualdad de todos los hombres en el Reino de Cristo*, en la *Rethorica Christiana* de Diego Valadés, Perusiae, 1579. Vilchis, Jaime y Arias, Victoria, *Ciencia y Técnica entre Viejo y Nuevo Mundo – Siglos XV-XVIII*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1992, pág. 271.

Figura 17. *Mujeres conversando*. (*AntErc*, II, XI, 71.) Varios Autores, *Bajo la cólera del Vesubio. Testimonios de Pompeya y Herculano en la época de Carlos III*, Valencia, 2004, pág. 232.

Figura 18. *Ceremonia isíaca*. *AntErc*, II, LIX, 315. Varios Autores, *Bajo la cólera del Vesubio. Testimonios de Pompeya y Herculano en la época de Carlos III*, Valencia, 2004, pág. 278.

Figura 19. *Perspectiva arquitectónica con mujer leyendo*. (*AntErc*, III, LVII, 303.) Varios Autores, *Bajo la cólera del Vesubio. Testimonios de Pompeya y Herculano en la época de Carlos III*, Valencia, 2004, pág. 25.

Figura 20. *Detalle de decoración del II Estilo*. (*AntErc*, III, LX, 317.) Varios Autores, *Bajo la cólera del Vesubio. Testimonios de Pompeya y Herculano en la época de Carlos III*, Valencia, 2004, pág. 253.

Figura 21. *Paisaje nocturno*. (*AntErc*, II, 40.) Varios Autores, *Bajo la cólera del Vesubio. Testimonios de Pompeya y Herculano en la época de Carlos III*, Valencia, 2004, pág. 204.

Figura 22. 147. *Instrumentos de escritura*. (AntErc, II, IX, 55.) Varios autores, *La Villa de los Papiros*, Madrid-Barcelona, 2013, pág. 106.

Figura 23. 147. *Instrumentos de escritura y capsas*. (AntErc, II.) Varios autores, *La Villa de los Papiros*, Madrid-Barcelona, 2013, pág. 107.

Figura 24. «Safo» con instrumentos e escritura. Recopilación de una selección de los grabados *Le antichità di Ercolano esposte. Tomo II, Nápoles, 1760*.

Figura 25. *Ruta de Hernán Cortés desde Veracruz hasta Tenochtitlán*. Varios Autores, *Itinerario de Hernán Cortés*, Catálogo de la exposición. Centro de Exposiciones Arte Canal. Madrid, 2015, pág. 97.

Figura 26. *El lago de México-Tenochtitlán en el conocido como mapa de Clavijero, de 1538*. Varios Autores, *Itinerario de Hernán Cortés*, Catálogo de la exposición. Centro de Exposiciones Arte Canal. Madrid, 2015, pág. 101.

Figura 27. *Baile de los hombres en las islas Vavao*. Dibujo de Fernando Brambila; foto de hacia 1876. Puig-Samper, Miguel Ángel, *La expedición de Malaspina. Un viaje hacia el conocimiento y la modernidad*, Accenture, 2011, pág. 80.

Figura 28. 260. *Cuadrúpedos*, por José Guío, h. 1790. Reverte, Javier, Puig-Samper, Miguel Ángel, y otros, *Expedición Malaspina. Un viaje científico-político alrededor del mundo 1789-1794*, Madrid, 2010, pág. 118.

Figura 29. *Vista de Macao*, por Fernando Brambila. Palau, Mercedes y otros, *Nutka 1792. Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional por Juan Francisco de la Bodega y Quadra*, Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, Madrid, 1998, pág. 38.

Figura 30. *Vista de Querétaro*, por José Gutiérrez. Puig-Samper, Miguel Ángel, *La expedición de Malaspina. Un viaje hacia el*

conocimiento y la modernidad, Accenture, 2011, pág. 182.

Figura 31. *Establecimientos rusos en América del Norte*, 1758, San Petersburgo, Academia Imperial de las Ciencias. Nueva carta de los descubrimientos hechos por los viajeros rusos a las cotas desconocidas de la América septentrional con los países adyacentes. Impreso. Archivo General de Indias (Sevilla). González Díaz, F. y Lázaro de la Escosura, P., *El hilo de la memoria. Trescientos años de presencia española en los actuales Estados Unidos*, Ministerio de Cultura del Gobierno de España, 2008, pág. 218.

Figura 32. *Las corbetas Descubierta y Atrevida en Alaska frente al Monte San Elías*. Palau, Mercedes y otros, *Nutka 1792. Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional por Juan Francisco de la Bodega y Quadra*, Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, Madrid, 1998, pág. 71.

Figura 33. *El dólar*. «*The United Colonies. Four Dollars.*» Leyenda: «Este billete da derecho al portador a recibir 4 monedas de dólar español acordonado o su valor en oro o plata de acuerdo con la resolución del Consejo de Filadelfia del 2 de noviembre de 1776.» Archivo General de Indias (Sevilla). González Díaz, F. y Lázaro de la Escosura, P., *El hilo de la memoria. Trescientos años de presencia española en los actuales Estados Unidos*, Ministerio de Cultura del Gobierno de España, 2008, pág. 234.

Figura 34. *Ídolos*, documentados por fray Juan de Talamanco en *Noticia de los cuatro ídolos de la Isla de Española*, 1749. Manuscrito. Real Academia de la Historia. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 377.

Figura 35. *Estampa 2ª*, por A. Bernasconi. Cabello Carro, Paz, *Política investigadora de la época de Carlos III en el área maya – Descubrimiento de Palenque* Madrid, 1992, lám. 13.

Figura 36. *Estampa 4ª*, por A. Bernasconi. Varios Autores,



*Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 387.

Figura 37. *El rey Pakal de Palnenque (Estela de Madrid)*, por Almendáriz. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 391.

Figura 38. 327. *Bajorrelieve central del Templo de la Cruz Frondosa*, por Almendáriz. Cabello Carro, Paz, *Política investigadora de la época de Carlos III en el área maya – Descubrimiento de Palenque* Madrid, 1992, lám. 67.

Figura 39. 327. *Panel central del Templo de la Cruz Frondosa*, por Almendáriz. Cabello Carro, Paz, *Política investigadora de la época de Carlos III en el área maya – Descubrimiento de Palenque* Madrid, 1992, lám. 66.

Figura 40. *Vista de la bahía de Nutka con las fragatas Santa Gertrudis, Aránzazu, Princesa y la goleta Activa*, por Caamaño. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Palau, Mercedes y otros, *Nutka 1792. Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional por Juan Francisco de la Bodega y Quadra*, Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, Madrid, 1998, pág. 11.

Figura 41. *Vista del establecimiento y puerto de Nutka*.

Figura 42. *Macuina, Jefe principal de Nutka*, por Tomás de Suria. Museo de América (Madrid). Monge, Fernando y Olmo, Margarita del, *Las «Noticias de Nutka» de José Mariano Mociño*, C.S.I.C., Madrid, 1998, pág. 124.

Figura 43. *Sombrero del Jefe de Nutka, Macuina*. Museo de América (Madrid). Palau, Mercedes y otros, *Nutka 1792. Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional por Juan Francisco de la Bodega y Quadra*, Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, Madrid, 1998, pág. 154.

Figura 44. *Vista del fuerte de San Miguel en Nutka*. Expedición Malaspina. Museo de América (Madrid). Palau, Mercedes y

otros, *Nutka 1792. Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional por Juan Francisco de la Bodega y Quadra*, Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, Madrid, 1998, pág. 53.

Figura 45. *Vista del establecimiento Nutka con detalles relativos a Meares*, por F. Lindo. Archivo del Museo de Asuntos Exteriores (Madrid). Monge, Fernando y Olmo, Margarita del, *Las «Noticias de Nutka» de José Mariano Mociño*, C.S.I.C., Madrid, 1998, pág. 154.

Figura 46. *Cajón iniciático donde se encierra el Jefe de Nutka, Macuina*, por Cordero. Museo de América (Madrid). Palau, Mercedes y otros, *Nutka 1792. Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional por Juan Francisco de la Bodega y Quadra*, Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, Madrid, 1998, pág. 213.

Figura 47. *Piras y sepulcro en puerto de Mulgrave*, por Fernando Brambila. Fotografía hacia 1876. Reverte, Javier, Puig-Samper, Miguel Ángel, y otros, *Expedición Malaspina. Un viaje científico-político alrededor del mundo 1789-1794*, Madrid, 2010, pág. 57.

Figura 48. *Proclamación de la princesa Ystocoti-Tlemoc*, por J. Guerrero. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid). Palau, Mercedes y otros, *Nutka 1792. Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional por Juan Francisco de la Bodega y Quadra*, Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, Madrid, 1998, pág. 153.

Figura 49. *Fiesta celebrada en Nutka por Macuina*, por José Cordero. Museo de América (Madrid). Monge, Fernando y Olmo, Margarita del, *Las «Noticias de Nutka» de José Mariano Mociño*, C.S.I.C., Madrid, 1998, pág. 128.

Figura 50. *La pesca de la sardina*, por Tomás de Suria. Palau, Mercedes y otros, *Nutka 1792. Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional por Juan Francisco de la Bodega y Quadra*,

Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, Madrid, 1998, pág. 152.

Figura 51. *Fiesta en Nutka ofrecida a los miembros de la Expedición Malaspina*, por Tomás de Suria. Museo Naval (Madrid). Palau, Mercedes y otros, *Nutka 1792. Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional por Juan Francisco de la Bodega y Quadra*, Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), 1998, pág. 69.

Figura 52. *El baile de Macuina en el interior de su morada en honor de De la Bodega*, por Vázquez. Palau, Mercedes y otros, *Nutka 1792. Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional por Juan Francisco de la Bodega y Quadra*, Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), 1998, pág. 99.

Figura 53. *Real Academia de San Carlos, en Méjico, fundada por Carlos III en 1783, con su colección de copias de esculturas clásicas*. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 44.

Figura 54. *Plaza del Zócalo de Méjico*, por Fernando Brambila. Reverte, Javier, Puig-Samper, Miguel Ángel, y otros, *Expedición Malaspina. Un viaje científico-político alrededor del mundo 1789-1794*, Madrid, 2010, págs. 54 y 55.

Figura 55. *La Piedra del Sol o Reloj de Moctezuma*. En Antonio de León y Gama, *Descripción histórica de las dos piedras...se hallaron en ella el año 1790, 1792*. Varios Autores, *Corona y arqueología en el siglo de las luces*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2010, pág. 409.

Figura 56. *La corbeta Atrevida entre bancas de nieve el día 28 de enero de 1794*, por Fernando Brambila. Museo Naval (Madrid). Puig-Samper, Miguel Ángel, *La expedición de Malaspina. Un viaje hacia el conocimiento y la modernidad*, Accenture, 2011, pág. 117.

Figura 57. *Catafalco de Carlos III en la iglesia de Santiago de los*

*Espanoles (Roma)*. Varios Autores, *Fragmentos, Revista de Arte*,  
Números 12-13-14, Junio de 1988, dedicados a Carlos III, pág.  
138.

Ilustración de cubierta: *Carlos de Borbón, rey de las dos Sicilias*. Museo del Prado (en dep. en la Real Academia de Jurisprudencia, Madrid)

Edición en formato digital: septiembre de 2015

© Ignacio Gómez de Liaño Alamillo, 2015

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9104-140-5

Conversión a formato digital: calmagráfica

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

# Índice

|                                                                                                                                                               |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Destino, Italia                                                                                                                                               | 6   |
| La fundación del reino                                                                                                                                        | 43  |
| El Rey Arqueólogo                                                                                                                                             | 59  |
| El regreso                                                                                                                                                    | 101 |
| Política ilustrada                                                                                                                                            | 110 |
| En el reino subterráneo                                                                                                                                       | 141 |
| La Villa de los Papiros                                                                                                                                       | 163 |
| España y el Nuevo Mundo                                                                                                                                       | 181 |
| Realidad y ficción en el descubrimiento y<br>conquista de América: El predescubrimiento, el<br>paraíso recuperado, el buen salvaje, Eldorado,<br>Quetzalcóatl | 217 |
| Los precursores renacentistas de la etnología y la<br>antropología cultural                                                                                   | 241 |
| Primera parte: Díaz del castillo, López de Gómara,<br>Motolinía, De Landa, el Inca Garcilaso                                                                  | 241 |
| Segunda parte: José de Acosta y Bernardino de Sahagún                                                                                                         | 258 |
| Arqueología y etnología en la América del Siglo<br>de las Luces: Antonio de Ulloa                                                                             | 279 |
| En el mar infinito                                                                                                                                            | 295 |
| Los rusos llegan a Alaska y la búsqueda del Paso<br>del Noroeste                                                                                              | 308 |
| Rumbo al fin del mundo                                                                                                                                        | 321 |

|                                                          |     |
|----------------------------------------------------------|-----|
| Rumbo al fin del mundo                                   | 321 |
| España y el nacimiento de Estados Unidos                 | 339 |
| Las ruinas de Palenque y la arqueología científica       | 370 |
| Noticias de Nutka                                        | 389 |
| La Piedra del Sol                                        | 422 |
| El crepúsculo del Reino de las Luces                     | 440 |
| Bibliografía                                             | 446 |
| Índice de ilustraciones con indicación de su procedencia | 456 |
| Láminas                                                  | 456 |
| Figuras                                                  | 503 |
| Créditos                                                 | 512 |